

A romantic couple is shown in silhouette, kissing in a hallway. The background features a row of small, paper-like houses, suggesting a theme of affordable housing or social housing. The lighting is warm and golden, creating a soft, intimate atmosphere. The overall aesthetic is artistic and evocative.

*analísangar*

*serie las viviendas de papel*

# VOLUNTADES DE PAPEL

*serie las viviendas de papel*

# **VOLUNTADES DE PAPEL**

*analizar*

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Voluntades de papel. Serie las viviendas de papel.

©Análí Sangar, 2019.

Diseño de portada: Adyma Desing.

Maquetación: Adyma Desing.

Corrección: Carol RZ.

Esta novela fue autopublicada en Amazon en febrero de 2019.

*A ti, mamá, por enseñarme que en la vida  
todo es cuestión de voluntad.*

# CONTENIDO

Prefacio

1. Réquiem

2. Los Reyes

3. Samuel

4. Besos consentidos. Besos robados

5. Interesante lección

6. La sonrisa de Darío

7. La venganza de Samuel

8. Pantera y serpiente

9. Un deseo concedido como premio de consolación

10. El adiós que trae consigo la libertad

11. Las dos caras de la moneda

12. La Asunción de María

13. Bajo el mismo cielo

14. Rebeca

15. Las Viviendas de Papel

16. El Árbol de la Vida

17. Tregua fingida

18. El Nudo Celta

19. Un juego de críos

20. Un puñado de sueños rotos

21. Secretos que piden a gritos ser escuchados

22. Lo que nunca nos dijimos

23. La manzana podrida nunca estuvo en el cesto

24. La ira de Samuel

25. El sonido de las hojas secas

26. Por todo lo que perdimos

27. Uniendo los fragmentos de una vida rota

28. Cartas a Rebeca

29. Concesiones

Epílogo

Agradecimientos



## Prefacio

Una de las peores situaciones por las que puede pasar un adolescente, además de criarse en una barriada marginal de la periferia donde la delincuencia, las drogas y los conflictos forman parte del día a día, es hacerlo en el seno de una familia desestructurada, bajo el yugo de un padre alcohólico y maltratador, y con la carencia de una figura materna en la que reflejarse.

Así fue como crecimos Darío y yo, faltos del abrazo de una madre en el que poder refugiarnos de las constantes agresiones físicas y psicológicas a las que nos sometía nuestro progenitor, que sin el mínimo pellizco de remordimiento se afanaba en privarnos de los afectos paternos que todo niño debería atesorar desde su primer minuto de vida.

Reconozco que nuestra realidad fue más llevadera mientras ella vivió ya que, por desgracia, era el único blanco existente a los ojos de ese hombre autoritario y machista que con cada golpe e insulto creía cumplir la voluntad de un dios al que solo servía él. Las citas bíblicas que aquel borracho sermoneaba, cada vez que su mano férrea impactaba sobre el cuerpo indefenso de nuestra madre, consiguieron que dejásemos de creer en las palabras de El Salvador, absorbiéndolas como mensajes con un alto grado de hipocresía y abuso de poder en los que se escudaba para castigarla y doblegarla a su antojo. Pero ella jamás se escondió, y hasta su último aliento trató por todos los medios de proteger tanto nuestra integridad física como

mental ofreciéndose voluntaria a la hora de redimir los pecados inexistentes que él veía.

Yo era una niña cuando murió y entonces la diana de sus puños de acero pasó a ser mi hermano, solo tres años mayor, que al igual que anteriormente había hecho ella, evitó que mi cuerpo fuese marcado por las creencias corrompidas de ese monstruo de mente enferma; aunque nada pudo hacer para librarme de las palabras ofensivas con las que se dirigía a mí.

No obstante, en lugar de lo que cabría esperarse considerando el ejemplo que en casa teníamos, Darío y yo procurábamos comportarnos acorde a lo que en su corta vida nuestra madre nos había inculcado. Los valores que obtuvimos de ella tuvieron el peso suficiente para que evitásemos males mayores, por lo que siempre nos negamos a probar las muchas sustancias ilegales que de mano en mano se distribuían por la barriada y eludíamos, en la medida de lo posible, las provocaciones de otros chicos de nuestra edad. Del mismo modo tuvimos especial cuidado con el alcohol, y en este caso no hizo falta que nadie nos aleccionara puesto que la vida nos había enseñado que la bebida en exceso puede transformar a las personas en animales rabiosos.

Sin embargo, ese recto camino del que intentábamos no desviarnos en su memoria se vio interrumpido una noche de verano mientras celebrábamos la festividad de la Asunción. Aquel quince de agosto se truncaron los sueños, las ilusiones y las expectativas de nuestros espíritus de adolescentes, dejándonos indefensos ante un futuro absolutamente reducido a ascuas. El vacío se instaló en nuestros corazones, y de la culpabilidad arraigada en lo más profundo del alma surgieron las personas en quienes nos convertimos a partir de ese momento.

Desde entonces sé que a cada cual le toca cargar una cruz a su espalda.

Yo tuve la suerte de que la mía se hiciese más ligera con el paso del tiempo. Y aun teniendo la certeza de que jamás podré borrar de mi mente lo que me ocurrió en aquel oscuro pedazo de tierra rodeado de árboles, ni los gritos y el horror de los que fui testigo aquella noche estrellada, pude aferrarme a algo tangible por lo que seguir luchando.

Al contrario que en mi caso, Darío arrastró su cruz durante muchos años. Unas veces la carga fue insoportable y otras apenas si notó su peso, aunque siempre estuvo ahí: invisible, inamovible e inmisericorde, agotando a un hombre que no había conocido más que sufrimiento.

Pero también existen esas cruces que derivan de los propios actos y

adquieren un tamaño tan descomunal que te doblan las rodillas y te mantienen anclado al suelo sin permitirte avanzar.

Fue a Samuel a quien le tocó soportar la carga de una de estas. Una con tantas aristas que lo inundó de odio e impotencia y no paró de sangrar por mucho tiempo que pasó; el peso de su cruz no pudo hacerse más liviano ya que él se autoimpuso esa sentencia de por vida al culpabilizarse por todo.

Recuerdo que en cierta ocasión mi madre nos dijo a Darío y mí que ni los buenos son tan buenos ni los malos son tan malos. En aquel momento no lo entendí y cuando tuve la edad suficiente para comprenderlo, solo estuve de acuerdo en parte, en vista de que hay personas que nunca dejan de ser depravadas a la vez que otras no pueden remediar ser bondadosas por muchas perversidades que se cometan contra ellas.

Con los años aprendí que nada es lo que parece, que una buena intención puede ser interesada y que una palabra airada es en realidad un valioso consejo.

Tuvo que ocurrir aquello para que me diese cuenta de mis errores y de lo equivocada que estaba en ciertos aspectos de la vida; no obstante, fui capaz de corregir, de salir adelante con esfuerzo y centrarme en lo que realmente importaba.

Y fue justo entonces, cuando comenzaba a rehacer mi vida, que el destino decidió ponerme de nuevo a prueba y, sin esperarlo, todos los sentimientos que había logrado enterrar hacía años resucitaron de golpe; o puede que lo mucho que sentí por él nunca se apagara del todo, no estoy segura.

De lo que no tengo ninguna duda es de que existen historias en las que el amor no es suficiente, las equivocaciones son imperdonables y los actos del pasado no se olvidan.



ANTES DE REBECA





# 1. Réquiem

*Jueves, 16 de mayo de 2002*

«Que la fe de Dios Padre Todopoderoso, la esperanza de Jesús Resucitado y el amor del Espíritu Santo

estén con todos vosotros».

«Y con tu espíritu».

Sentados en el primer banco de madera, en la iglesia de la Asunción de María, Darío me rodeaba los hombros con un brazo. Mi padre, de pie a mi izquierda con las manos enlazadas delante del cuerpo, escuchaba con atención las palabras que decía el sacerdote.

Yo me distraía contando los baldosines que formaban el dibujo del suelo, observando a mi hermano, cada dos por tres, por el rabillo del ojo. Pero él no me miraba; no se movía. Mantenía la vista clavada en el ataúd de pino situado ante nosotros.

«Lectura de la segunda carta del  
Apóstol San Pablo a los Corintios».

En la barriada de la Asunción, o también llamada Las Viviendas de Papel, a mi padre se le conocía como el Robles o el Carnicero, apodo con el que años atrás lo habían bautizado las gentes del vecindario por tener un puesto en la plaza donde vendía carne. Y le venía como anillo al dedo.

Todo el mundo sabía de sus largas visitas al bar de Paco, de cómo salía de allí una vez se había gastado el dinero, y de lo que le hacía a mi madre en cuanto llegaba a casa. Sí, mi padre era un auténtico carnicero que no necesitaba de un cuchillo de deshuesar para realizar una carnicería; la fuerza de sus puños siempre le había bastado para someter a su esposa a su voluntad.

«Por nuestra hermana Pilar, para que viva junto a Ti,  
interceda por todos nosotros y sea nuestra mejor  
avanzadilla hasta Ti. Roguemos al Señor».

«Te rogamos, óyenos».

Mi madre ya no pertenecía al mundo de los vivos, y yo dudaba de si ella iría en busca de ese *dios* del que su esposo se había valido para torturarla. Los Salmos Bíblicos eran comunes en mi hogar al menos dos veces por semana, y no porque rezásemos arrodillados frente a la cama o bendijéramos la mesa antes de las comidas. Mi padre solía descargar su ira recitando la Palabra del Altísimo, subiendo el tono del versículo citado conforme incrementaba la potencia de los golpes, afanado en contentar a un dios al que nosotros ni entendíamos ni servíamos.

En las clases de religión que nos enseñaban en la escuela se mostraba a un Padre Todopoderoso que amaba a sus hijos más que a sí mismo, pero la

realidad era bien distinta, y el dios al que veneraba mi progenitor ni era justo ni compasivo.

«Por eso, todos unidos, vamos a pronunciar la  
Palabra del Señor».

«Padre nuestro que estás en los cielos,  
santificado sea tu nombre,  
venga a nosotros tu reino,  
hágase tu voluntad...».

¿Cuál de esas voluntades sería la acertada, la que nos repetía la profesora de religión o la que impartía el Carnicero para eximir los pecados?

Miré a Darío. Él no pronunciaba una palabra de aquella oración. Se mantenía inmóvil a mi lado con los ojos clavados en algún punto distante tras el altar. Deseé que la misa terminara cuanto antes, y por otro lado no quería que acabara nunca.

A lo largo de seis meses fuimos testigos de cómo nuestra madre se iba deteriorando, de cómo sus rasgos perfectos iban desapareciendo conforme avanzaba la enfermedad, y de cómo la poca vida que le quedaba se le escapaba entre quejidos. Pero ni por esas mi padre tuvo piedad de ella, de ese cuerpo frágil que se consumía por días, de esa alma que no obtuvo un segundo de tranquilidad hasta expirar su último aliento.

Por todo aquello mi hermano lo odiaba; el desprecio que sentía hacia esa persona que compartía su misma sangre le brotaba de los poros de la piel. Y por idénticos motivos yo también comencé a odiarlo.

Lo que ese hombre había hecho, hasta la última bocanada de aire en la vida de ella, nos situó en un punto de no retorno en lo que a cariño se refería.

—Ojalá hubiese sido él —susurré acercándome al oído de Darío.

El ligero apretón en mi hombro fue su forma de hacerme entender que estaba de acuerdo conmigo, que apoyaba las palabras que acababa de

pronunciar. Volví a aproximarme a su cuello; quería decirle que estaba muerta de miedo, que sin nuestra madre ya nada nos protegía de él.

Un pellizco retorció la blanda carne de mi muslo izquierdo, anulando mis intenciones. Comencé a llorar en silencio. Me dolía mucho. Me había hecho muchísimo daño.

Nadie supo lo que realmente provocó mi llanto, y los allí congregados supusieron que era la tristeza derramada por una niña de diez años que tenía que decir adiós a la persona que más quería.

Una mano borrosa, que me ofrecía un pañuelo de papel, apareció en mi campo de visión. Alcé la cabeza y miré a mi hermano con los ojos anegados en lágrimas. Darío observó cómo estas se deslizaban por mis mejillas infantiles. Me vi reflejada en sus ojos azul marino. Unos ojos que me recordaban a nuestra madre. Unos ojos exactamente iguales a los míos.

—No voy a dejar que te ponga un solo dedo encima, ¿me oyes, Abril? —dijo muy bajito—. Yo te protegeré.

«El Señor esté con vosotros».

«Y con tu espíritu».

«La Bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo  
y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros».

«Amén».

«Podéis ir en paz».

Pero Darío solo tenía trece años, unos brazos flacos y un cuerpo enclenque que el viento podía arrastrar. ¿Qué pensaba hacer contra nuestro padre? ¿Cómo se suponía que iba a protegerme si ni siquiera podría protegerse a sí mismo?

Los vecinos nos rodearon para darnos el pésame y yo sujeté la mano de mi hermano con fuerza; no quería que nadie me separara de él. Mantuvo firmes sus dedos alrededor de los míos hasta que las condolencias cesaron y

los que habían venido a despedir a mi madre se fueron disipando.



Los padres de Carol y Marta, mis mejores y únicas amigas, nos dejaron en la puerta de nuestra casa al volver del cementerio. Mi hermano y yo entramos y nos dejamos caer en el sofá, agotados. Nuestro padre se fue directo al bar.

—Qué vacío está todo sin ella, ¿verdad, Darío?

Asintió con tristeza.

—Venga, vamos a prepararnos algo de comer —dijo tratando de mantenerse entero por mí.



Nada más oír el sonido de la llave en la cerradura, Darío me instó a que me escondiera. Yo corrí a meterme bajo la cama y me tapé la boca con las manos para que no se escucharan mis sollozos. Cerré los ojos con fuerza cuando la puerta que daba a la calle se cerró.

Los insultos y los golpes comenzaron a elevarse y me tapé los oídos.

—Mamá, mamá, vuelve, por favor. No dejes que le haga daño. No permitas que Darío me abandone también. ¿Por qué nos has dejado, mamá? ¿Por qué te has ido? —pregunté a la oscuridad mientras en la habitación contigua la mano impartía la justicia que proclamaba el Salmo.

«Oh, Dios, rompe los dientes de su boca;

quiebra las muelas de los leoncillos, Señor.

Que se diluya como las aguas que corren;

cuando disparen sus saetas, que sea como

si estuvieran sin punta.

Que sean como el caracol, que se deslíe según se arrastra,

como los que nacen muertos, que nunca ven el sol.

Antes de que vuestras ollas puedan sentir

el fuego de los espinos,

tanto los verdes como los que arden,

los barrerá Él con torbellino.

El justo se alegrará cuando vea la venganza,

se lavará los pies en la sangre de los impíos;

y los hombres dirán: Ciertamente hay recompensa para el justo,

ciertamente hay un Dios que juzga en la tierra».

Un portazo. Después... silencio.

Salí de mi escondite y me arrastré hasta el salón oculto por las sombras de los muebles que no eran alcanzados por los rayos de luna que se filtraban a través de la ventana.

Darío yacía en el suelo con el cuerpo doblado y el rostro ensangrentado. Tenía los pantalones humedecidos en la entrepierna, pero ni una sola lágrima mojaba su desfigurada cara.

Lo abracé. Lo abracé lo más fuerte que pude, sabiendo que aquello era el principio de lo que a partir de esa noche nos esperaba.



## 2. Los Reyes

*Finales de julio de 2006*

Me hice un ovillo bajo las sábanas de algodón presionándome fuertemente los oídos. Mi piel estaba cubierta por una fina película de sudor que nada tenía que ver con el sofocante bochorno que entraba por la ventana abierta de mi habitación. Prefería cocerme viva a poner un pie fuera de la cama.

Las noches en las que sucedía me volvía una persona egoísta que únicamente pensaba en sí misma, lo que me convertía en la mayor de las cobardes, lo reconozco. No podía evitar que el cuerpo me temblara como una hoja y que el miedo me impulsara a esconderme en el primer rincón que me permitiera ocultarme de su vista, dejando solo a Darío. En cambio, él siempre parecía preparado para lo que iba a suceder.

En Las Viviendas de Papel los entrometidos no eran bien recibidos y las leyes estaban para incumplirse, así que nadie hacía nada por evitarle a mi hermano los moratones y heridas que volvían a estar abiertas antes de su cicatrización; menos aún yo que, a mis catorce años, tan solo era una chiquilla frágil y asustadiza.



—Puedes quejarte si quieres, sé que te duele. También puedes

insultarlo, está dormido y no te va a oír.

Darío hacía tiempo que había superado a nuestro padre en altura; ya nada quedaba de aquel chiquillo imberbe y desgarbado. Los músculos de su cuerpo eran duros y estaban definidos, razón de más para que el maltratador que vivía bajo nuestro techo empleara una fuerza superior con tal de seguir manteniéndolo a raya.

—No te preocupes, Abril, no duele tanto.

Las lágrimas que él nunca derramaba salían espesas de mis ojos mientras observaba sus bonitas facciones desfiguradas. Mi hermano se había convertido en un chico muy guapo. El azul de sus ojos, similar a los zafiros de Cachemira, me devolvió la mirada. Su belleza no podía apreciarse en todo su esplendor, siempre oculta bajo los hematomas y la inflamación. Lo marcaban de por vida una pequeña cicatriz en el labio superior, que disimulaba con la barbita que se dejaba crecer, más una ceja partida y el tabique nasal ligeramente desviado de la vez que mi padre le rompió la nariz. En cambio, bajo la piel que se regeneraba tras los tonos azules, verdes y violetas que salpicaban su rostro, y la hinchazón en el párpado y el pómulo izquierdo de la paliza de esa misma noche, se podía apreciar lo atractivo que era; tanto que, de haber nacido en otro lugar o de haber tenido otra vida que no fuera aquella, podría haberle sacado mucho partido a esa belleza innata que poseía. Pero a Darío nunca le importó la percepción que la gente tuviera de él.

Con una gasita impregnada en antiséptico di pequeños toquitos a su magullada cara.

—¿Cuándo va a terminar esto? —Mi voz sonó estrangulada.

—Pronto —contestó con seguridad.

Me estremecí. Mi hermano en menos de dos meses cumpliría la mayoría de edad. Entonces, ¿qué pasaría?

—Duérmete, Abril. Mañana será otro día.

Colocó un mechón de pelo tras mi oreja y, recostándose a mi lado, me abrazó para que me durmiera.

Lo hice pensando en lo que podría ocurrir en apenas dos meses, hasta llegar a la conclusión de que cuando él tuviese dieciocho años, nada cambiaría.



—¿Y por qué dices que se han mudado a Las Viviendas de Papel? — preguntó Carol a su gemela.

—Al parecer sus padres han muerto recientemente y su tío Agustín, el mecánico, se ha hecho cargo de ellos.

Nos encontrábamos sentadas en uno de los bancos de piedra del parque cuando Marta llegó con la jugosa noticia.

—Qué pena —susurré—. Yo sé lo que es perder a un ser querido y el vacío que eso te deja.

—Ya, bueno —comentó Carol con la vista clavada en el banco que teníamos frente a nosotras, ocupado por Darío y Ángel—. Aunque en vuestro caso es peor, ya que por desgracia el cerdo de tu padre sigue aún en este mundo. ¡Es un crimen cómo lleva tu hermano la cara otra vez! ¡Si pudiera mataría a ese cabrón con mis propias manos!

—Qué me vas a decir que yo no sepa. Lo odio, Carol. Lo odio con todas mis fuerzas, pero no puedo hacer nada. —Miré a Darío—. Y él no hace nada por las consecuencias que eso me pueda traer. Al desahogarse con él, a mí me deja en paz, y eso es lo único que quiere mi hermano, que él no me toque. — Bajé la cabeza cuando la imagen se tornó borrosa—. No es justo.

—No te agobies. En unos meses él cumplirá dieciocho.

Marta estaba en lo cierto, aunque yo sabía que nada cambiaría.

—Sí, él los cumplirá, pero yo no. Y mi hermano será incapaz de irse mientras yo siga bajo la tutela de mi padre.

Nos quedamos observando cómo Ángel intentaba sacarle una sonrisa a Darío. Desde que se mudó a Las Viviendas de Papel, hacía más de cinco años, ellos se habían convertido en uña y carne. Ángel era una de las pocas personas que conseguían arrancarle una carcajada sin mucho esfuerzo, y yo lo adoraba por eso.

—Deja de babear, Marta, que al final se va a dar cuenta de lo pillada que estás de él.

La aludida apartó los ojos de Ángel y los clavó en el suelo, dejando que su melena pelirroja ocultara la rojez de sus mejillas. Su gemela había hecho el comentario demasiado alto y ahora ellos nos miraban.

—Eres de lo que no hay, Carol —se quejó en voz baja.

Sonreí a los chicos antes de que estos continuaran con su conversación.

—Venga, sigue contando, que me muero de curiosidad.

Marta suspiró resignada. Ella sabía que los cuatro años de diferencia que Ángel le llevaba eran un abismo entre ellos, de modo que se conformaba con verlo como a ese amor platónico que no podría tener.

Nos miró más calmada; el rubor había desaparecido y las pecas volvían a apreciarse en su piel de alabastro.

—Son tres hermanos: dos chicos y una chica. Y ella, según me ha dicho Eva, es más o menos de nuestra edad.

—Yo no me fiaría de lo que esa cuente. No se puede ser más mala ni más criticona. ¡Qué asco de tía!

—Cállate, Carol, y deja que continúe, que al final me voy a ir sin enterarme de nada.

—Como iba diciendo, la chica es de nuestra edad. El mayor va a empezar a trabajar con su tío en el taller y del mediano no sabe nada.

—¿Y los nombres? ¿Esa cotilla no te ha dicho sus nombres?

—No, Carol, solo me ha dicho esto.

—¡No me lo puedo creer! Hasta para los cotilleos es una negada.

—No te preocupes, pelirroja —dije empujándola con el hombro—. Aquí las noticias vuelan y pronto podrás saber hasta la talla de ropa que usan.

—Y la de calzoncillos —me cortó con una sonrisa de oreja a oreja—. No te olvides de la talla de calzoncillos.



—¡Abril, abre, que es urgente!

No eran ni las once de la mañana cuando Carol aporreó la puerta de mi casa. Mi hermano seguía durmiendo en su habitación y mi padre estaba en la carnicería. Por suerte la noche anterior no había habido golpes.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene tanta urgencia?

Entró y se sentó en el desgastado sofá.

—Adivina a quién he conocido. —La sonrisa le ocupaba la cara.

—A uno de los chicos Reyes, ¿a que sí?

—Pero qué lista es mi niña. Ven, siéntate que te cuente.

Y yo, muerta de curiosidad, me senté a su lado.

—Hace un rato, cuando volvía de comprar el pan, he visto a la chica Reyes y me he acercado a saludarla. Se llama Rebeca y la negada de Eva tenía razón, es solo un año mayor que nosotras. Me ha parecido supersimpática y he quedado con ella esta tarde para presentároslo a ti y a mi hermana. Aquí no conoce a nadie y después de todo lo que le ha pasado, le vendrá bien contar con nuestro apoyo.

—La verdad es que sí, así no se sentirá tan sola.

—Pero eso no es lo mejor. —Sonrió con malicia—. La he sometido a tercer grado. Su hermano mayor, el que trabaja para Agustín, se llama Aarón y tiene veintiún años. Y el otro es Samuel, que es de la edad de Darío. ¿Qué te parece?

—Pues que tienes un morro que te lo pisas. ¿En serio le has preguntado directamente por ellos nada más conocerla?

—Por supuesto que sí. Y créeme, no se lo ha tomado a mal. De todas formas me iba a enterar antes o después, y he preferido que sea por boca de ella y no de Eva. Es muy normal que sintamos curiosidad por la gente nueva que se viene a la barriada, ¿no?

—Hombre, pues... sí. Aunque podías haberte esperado a esta tarde para interrogarla. No sé yo quién es más cotilla, si Eva o tú.

—No compares, bonita —masculló con cara de asco—. Pero la cosa no queda ahí —prosiguió sin darle más importancia a mi comentario—. Como a mi padre el coche le hace un ruido raro, me he pasado por el taller de Agustín para decirle que le haga un hueco. ¡Y lo he visto, Abril! ¡Y joder cómo está ese tío!

Sabía que se estaba refiriendo al mayor de los hermanos, sin embargo, no me quedé perpleja por eso, sino por la caradura que tenía para todo.

Me estaba describiendo con todo lujo de detalles a Aarón Reyes, cuando Darío salió de su habitación en pantalón corto y sin camiseta. Carol, en cuanto reparó en él, se olvidó por completo del chico nuevo y de las virtudes que este poseía.

—Hola, guapo —canturreó con la vista clavada en mi hermano y una sonrisa de tontorrón que no podía disimular.

—Qué pasa, pelirroja —la saludó con voz de recién levantado.

Darío abrió la nevera y bebió leche directamente del cartón.

—¡Qué va a pasar! Que te veo así y se me afloja todo. Me tienes loquita.

El pobre casi se atraganta con la leche.

—Déjalo en paz, que vas a conseguir que se ahogue.

—¿Cómo quieres que lo deje si aparece así? —Lo señaló con las manos, bajándolas lentamente en el aire hasta delimitar toda su altura—. Con ese cuerpazo moreno y esa cara... esa cara... Mírame, Darío. —Él se volvió hacia ella—. Mira qué ojos, Abril. Son los ojos más bonitos de la tierra.

Aquellos piropos tan descarados escondían un acto noble. Carol quería muchísimo a mi hermano y le afectaba verlo siempre tan infeliz. No es que estuviera loca por él, ni mucho menos, solo era la estrategia que utilizaba para animarlo, para que de algún modo se sintiera valorado y querido, para subirle un poco su autoestima pisoteada. Ella era así de espontánea con todo el mundo, y más si de chicos se trataba. Pero con Darío se esforzaba hasta la saciedad y no lo dejaba tranquilo hasta verlo sonreír.

—No exageres, pelirroja, que ojos como los míos hay millones.

—No seas modesto, bombón. Tus ojos son exclusivos en el mundo, porque no es solo el color que tienen, es tu forma de mirar lo que los hace únicos.

Y ahí estaba esa inapreciable sonrisa. Carol lo había vuelto a conseguir.

—Bueno, yo me voy, que mi madre se estará preguntando si he ido a comprar el pan a la panificadora en lugar de a la panadería de la esquina.

Cuando se marchó, mi hermano se sentó en el sofá junto a mí.

—Lo que ha dicho es cierto, ¿sabes? —comenté mirándole el perfil, que iba perdiendo la inflamación de la última paliza—. Aunque sea tu hermana me doy cuenta de lo guapo que eres.

Apretó los dientes y los músculos de la mandíbula se le tensaron.

—¿Y eso de qué me sirve? ¿De qué me sirve un físico bonito cuando mi interior no vale nada?

Se levantó y se dirigió hacia su habitación. Al llegar a la puerta se detuvo mirando al suelo.

—Tú sí que estás cada día más guapa. —Suspiró—. No te pudras por dentro, Abril. No permitas que tu físico sea lo único que quede en pie.

Entró en su dormitorio y cerró tras de sí.



Nada más doblar la esquina el intenso olor a gasolina y aceite quemado me inundó las fosas nasales. Aminoré el paso al llegar a las cocheras, mirando por el rabillo del ojo. Estaba tan oscuro que tuve que girar la cabeza para distinguir mejor las siluetas de los hombres que se movían entre los

coches estropeados. Las voces de los mecánicos que trabajaban para Agustín me eran conocidas y ninguna tonalidad diferente me indicaba que la persona a la que quería ver se encontrara allí.

La tarde anterior había conocido a Rebeca y tuve que dar la razón a Carol en lo simpática que era. Estuvimos las cuatro charlando hasta que la noche cayó sobre nosotras y me vi obligada a irme a casa. Nunca podía llegar después de la hora impuesta por mi padre; norma que ni Darío ni yo nos atrevíamos a desobedecer por miedo a las represalias. Rebeca nos contó lo sucedido en el accidente que acabó con la vida de sus padres y también los meses posteriores que pasaron viviendo en la casa de su abuela hasta que su tío le ofreció trabajo a su hermano mayor. Además, nos confió lo preocupada que estaba por su hermano Samuel, que se había encerrado en sí mismo por algo que le ocurrió antes de la tragedia, y tras la cual su hermetismo había empeorado, y de cómo su tío esperaba a que estuviese un poco mejor para incluirlo en la plantilla del taller. Era lo máximo que Agustín podía ofrecerles; más de lo que cualquiera les había ofrecido. Me constaba que el mecánico de la barriada, al que todos conocíamos, era un buen hombre, y creo que acoger bajo su protección a los hijos de su difunto hermano tapaba de algún modo el vacío de no haber podido tener los suyos propios. Pero lo que más me llamó la atención de la chica nueva, y solo hablo de una apreciación mía, es lo diferente que esta habló de cada uno de sus hermanos. A Aarón me dio la sensación de que no le tenía demasiado cariño, mientras que a Samuel parecía quererlo más que a su propia vida; y de eso yo entendía algo.

—¿Por qué no miras para adelante, atontada?

La señora Mercedes ocupaba toda la acera y por mi distracción no la vi venir. Me envistió, sin consideración alguna, con el andador oxidado, que golpeó mis espinillas haciéndome perder el equilibrio. Solté la bolsa de la compra y las manzanas rodaron por la calle. Vi cómo se esparcían, sin atreverme a recogerlas por si también le daba por atropellarme las manos en su lento caminar, lo que era muy probable.

Agachada, frotándome la pierna, la observé alejarse calle abajo farfullando maldiciones que la alejaban de esa imagen de ancianita desvalida que pretendía dar.

Una sombra cayó sobre mí, ocultando la luz del sol que me daba en la cara. Alcé la vista y me quedé embobada; incluso dejé de respirar. El chico más guapo que había visto en mi vida se encontraba frente a mí, mirándome

fijamente mientras degustaba en su boca el sabor ácido de una de mis manzanas. Llevaba la parte superior del mono de trabajo colgando a la altura de las caderas, dejándole el torso cubierto tan solo por una camiseta blanca ajustada que había visto mejores tiempos.

—¿Estás bien? —Se agachó, flexionando las rodillas, hasta que su rostro estuvo a la altura del mío.

La descripción milimétrica que Carol me había hecho de él no le hacía justicia. El color de sus ojos era de un castaño tan claro que rozaba el amarillo, grandes y vivos, rodeados de largas y espesas pestañas. Tenía la piel dorada como el caramelo y el cabello marrón oscuro más largo en la parte de delante que en la de detrás. Una mancha de grasa que cubría buena parte de su pómulo derecho, unida a una barba descuidada, le daba un aspecto sobrecogedor. Y peligroso. Y muy atractivo.

—No te preocupes, Aarón, no ha sido nada.

Arqueó una ceja, sorprendido.

—Y... ¿tú eres? —Noté cómo el sofocón me cubría la cara. Al darse cuenta se encogió de hombros restándole importancia—. Veo que sabes quién soy, así que lo justo es que yo también sepa con quién hablo.

—Sí... Bueno... La barriada es pequeña y todo el mundo sabe sobre todo el mundo; además de que las noticias vuelan y de que ayer conocí a tu hermana.

Una chispa de algo parecido a la desilusión bailó en sus ojos entornados al tiempo que una mueca de disgusto le arrugaba la nariz.

—Eso no contesta mi pregunta. ¿Quién eres tú, Ojos Azules? —Sonrió de medio lado.

—Abril.

Incliné la cabeza hacia abajo, dejando que mi pelo ocultara parcialmente el rubor de mis mejillas. Un desfile de diminutas hormigas obreras transportaba cáscaras de pipas por un circuito imaginario, del que no se desviaban, hasta un pequeño orificio de la desgastada acera situado entre mis pies.

Permanecíamos en la misma postura, yo había dejado de masajearme la espinilla y él continuaba acucillado delante de mí.

—Bonito nombre. —Sujetó mi barbilla, alzándome la cara para que lo mirara—. Pero me gusta más Ojos Azules.

Y en aquel momento, mientras sus dedos acariciaban mi piel y su mirada se perdía en la mía, me enamoré por primera vez en la vida.



—No quiero volver a verte con esa gente. Sabes de sobra cómo son los que van con él y también en lo que andan metidos.

—Pero él no es como ninguno de ellos, Darío.

—Lo vi fumando droga, Abril. Estaba igual de colocado que todos los demás. El ambiente en el que esos tíos se mueven no es el tuyo, así que quédate en el parque con tus amigas. No vuelvas a poner un pie en la finca; te prohíbo que te acerques de nuevo. Haznos un favor a ambos y olvídate de él.

Hacía solo una semana que conocía a Aarón, en la cual en dos ocasiones lo había acompañado al interior de la finca San Telmo. Era cierto que él había hecho amistad con lo peorcito de Las Viviendas de Papel; Sebas, Álex y los que los acompañaban eran chicos mayores sin oficio ni beneficio que pasaban drogas en la barriada y también las consumían. Pero Aarón no era como ellos, me trataba bien y me respetaba, y no me había ofrecido ni hierba ni alcohol las dos tardes que pasé con él y sus amigos. Sin embargo, Darío se empeñaba en que me alejara sin un motivo real.

—Estás actuando igual que papá. No me escuchas. No me entiendes. No te pones en mi lugar —le grité.

Apretó la mandíbula, mirándome fijamente.

—Te equivocas. Te he escuchado y sé que ese tío te gusta, como también sé que no es lo que te conviene. No me estoy comportando como él, Abril, lo estoy haciendo como lo haría mamá.

Aquella misma noche me arrepentí de mis palabras cuando el Salmo y los golpes quebrantaron el silencio de la madrugada.



### 3. Samuel

*Mediados de agosto de 2006*

No volví a adentrarme en la finca San Telmo, aunque continué manteniendo contacto con Aarón pasándome por el taller a charlar con él alguna que otra mañana. Darío tenía razón en lo que a Sebas y a sus amigos se refería, pero con respecto al chico Reyes se equivocaba. Las contadas ocasiones en las que pude verlo me habló con un cariño y una dulzura totalmente inusuales en aquella barriada. Él no pertenecía a la Asunción. No se había criado allí. No tenía el carácter agrio de las gentes nacidas en Las Viviendas de Papel. Y no me trataba como a una cría a pesar de los siete años que nos separaban. A sus veintiuno lo normal era relacionarse con chicos de su edad, que no eran otros que los que rodeaban a Álex y Sebas. Sin embargo, seguía conversando conmigo, dándome un poco a entender que yo le gustaba y llamándome Ojos Azules cariñosamente.

No me debatió el que me negara a acompañarlo a la finca, y tras la tercera invitación rechazada, dejó de proponérmelo sin pedirme explicación alguna. No me preguntó los motivos ni a qué se debía mi repentino cambio de parecer. Simplemente respetó mi decisión sin cuestionarla y continuó tratándome de la misma manera.

Me costaba verlo adentrarse por las tardes entre los árboles frutales y las higueras de San Telmo y no acompañarle, pero Darío tenía razón y en el claro de la finca donde se reunían, las drogas y el alcohol pasaban de mano en mano sin que a ninguno de ellos le importara, incluido Aarón.



—¡Abril, Abril! ¡Estamos aquí!

Marta alzaba el brazo desde uno de los bancos del parque, llamando mi atención. Esa tarde hacía un calor sofocante, lo que no impedía que la mitad del vecindario se encontrara allí. Las madres conversaban a voces sobre sus quehaceres diarios mientras los niños correteaban entre sus piernas, los ancianos jugaban a las cartas en mesas plegables que sacaban de sus casas, y los chicos de mi edad se agrupaban en los bancos de piedra que rodeaban aquel espacio que bullía de vida cada verano. Mi hermano, Ángel y Marta ocupaban uno de ellos.

—Hola. —Tomé asiento entre Darío y la gemela—. ¿Dónde está Carol?

—Se ha acercado con Rebeca a su casa para que se cambie de ropa. Hace mucho calor y los pantalones largos la estaban asfixiando —me explicó Marta.

Carol, seguramente, se encontraría con Aarón y podría hablar con él un rato; lo que me daba algo de rabia porque me había fijado en cómo la miraba. Hacía tres días que no lo veía y me hubiese gustado ser yo quien acompañara a Rebeca para tener la oportunidad de cruzar unas palabras con él. Sentí más rabia aún por no haber estado en el parque y desaprovechar aquella oportunidad servida en bandeja de la que Darío no habría sospechado.

Inmersos en una disputa sobre fútbol, Ángel y mi hermano, sentados cada uno en un extremo del banco, nos estaban volviendo locas. Marta reía tímidamente escuchando el vozarrón del rubio que la traía de cabeza, que se dedicaba a picar de la forma más sencilla el orgullo de aficionado de Darío, criticando al equipo de la barriada. Ese descaro que usaba al hablar, los gestos exagerados que siempre empleaba y su perpetua mirada maliciosa, la hacían sonreír. En cambio, yo solo escuchaba a medias la acalorada conversación.

De repente, dejaron de discutir. La profunda voz de Ángel se transformó en un susurro prácticamente inaudible entre la algarabía de los niños que jugaban.

—¿Quién es el tío que viene con tu hermana y la nueva?

Giré la cara en la dirección que miraban los tres y mis ojos se quedaron fijos en los de aquel chico al que nunca había visto.

—Ese debe de ser Samuel —comentó Marta en un tono similar al usado por Ángel—, el mediano de los Reyes.

A mí no me hizo falta tal aclaración, puesto que tenía los ojos de idéntico color a los de su hermano mayor, aunque en los demás rasgos no hubiera parecidos. Este tenía el cabello más corto, de un color rubio oscuro que se aclaraba en las puntas, y, conforme se acercaba, también pude apreciar que era más alto que Aarón y bastante más corpulento, pese a ser menor que él. Me quedé mirando su cara, intentando encontrar alguna similitud con la del chico del que estaba enamorada. No encontré nada a excepción de los iris ambarinos; es más, ni sonreía ni parecía tan sociable, más bien todo lo contrario. La forma en la que me devolvió la mirada, con ese pequeño brote de ira que le unía las cejas, me dio miedo, y la palabra «cuidado» se iluminó en mi mente.

Sabía por Rebeca de lo tocado que estaba, que no terminaba de aceptar del todo la muerte de sus padres, que lo habían obligado a venir a la Asunción y que lo que hacía, lo hacía a la fuerza y no por voluntad propia. Samuel la tenía muy preocupada porque su carácter empeoraba por días. Nos decía que estaba más irascible y más borde de lo normal, y que desafiaba continuamente las decisiones de su tío, que con tanto amor los había acogido. Aunque ella afirmaba que pasaba por una especie de transición y que en cualquier momento volvería a ser el que siempre había sido. La pequeña de los Reyes casi nunca hablaba de Aarón; era como si su hermano mayor no existiera. En cambio, aun siendo la primera vez que veía a Samuel en persona, prácticamente conocía toda su vida por lo que ella me había ido contando. Pero por los morros que traía Carol, por la rabia que despedía la mirada amarilla de él y por el tormento que observé en la cara de Rebeca, supe que el mediano de los Reyes no buscaba nuestra amistad y que lo único que nos aportaría serían problemas.

Apenas despegó sus ojos de mí en los escasos cinco minutos que estuvo en el parque. Rebeca, algo indecisa, nos presentó oficialmente a su hermano predilecto. Ni una sola palabra salió de su boca. No hubo un asentimiento de conformidad por las presentaciones. Ni tan siquiera dirigió una leve ojeada a los que estaban a nuestro alrededor. Aquel chico parecía ido y no apartaba sus enormes ojos de mí. Un escalofrío me subió por la columna y me abracé instintivamente a la cintura de Darío. Él siguió el movimiento de mis brazos

y, sin despedirse, dio media vuelta yéndose por donde había venido.

Me quedé embobada viendo cómo se alejaba. Era realmente alto para su edad, y bastante musculoso. También era muy guapo, tanto o más que Aarón, aunque su belleza era más ruda y estaba desprovista de su magnetismo. Sin olvidar que el aura que lo rodeaba te incitaba a apartarte de su camino, a no querer tener nada que ver con él.

—Perdonadle —musitó Rebeca viéndolo marchar—. Samuel nunca ha sido así. El psicólogo del centro de salud afirma que continúa en el periodo de negación y que cuando acepte el cambio volverá a ser el que era. —Suspiró—. Lo malo es que él no sabe todo lo que tendría que saber.

Aquella última frase me chocó. ¿Qué escondía el mediano de los Reyes? ¿Qué era lo que Rebeca no nos había contado?

—Pues sí que es rarito ese hermano tuyo —la cortó Ángel, soltando aquello como al descuido.

—No es raro, tío. Es que las heridas tardan en sanar y las tuyas aún siguen abiertas.

Miré a Darío sorprendida. Por lo visto él no había visto en Samuel lo mismo que yo.



—Pues... un cuarto de boquerones y otro de bacaladillas.

La plaza de abastos estaba a rebosar de compradores que rodeaban los puestos llamados por las ofertas que salían a grito limpio de las gargantas de los placeros. La carnicería de mi padre también tenía clientes esperando pacientemente su turno para ser atendidos por el Robles.

Había comprado las frutas y verduras que Darío me había dejado escritas en una nota pegada en la nevera, pero como me había sobrado dinero, me acerqué al puesto de Paquita a por un poco de pescado para la cena. Estaba harta de comer desperdicios de animales a diario, y esa noche mi hermano y yo nos daríamos un banquete de pescadito frito antes de que nuestro padre volviera del bar de Paco con tanto alcohol en su cuerpo como vacíos traería los bolsillos. Así era cada viernes de cada maldita semana de cada asqueroso año.

—Aquí tienes, cariño. Son cinco euros para ti... Y de regalo —dijo pegando su rostro al mío para que nadie más la pudiera oír— te he metido en la bolsa un poquito de contrabando de ese que a tu hermano y ti tanto os gusta.

Me guiñó un ojo al pasarme la bolsa con el pescado y yo le sonreí con complicidad. Paquita era la pescadera más popular de la plaza, la que tenía el pescado más fresco y la que mejor me trataba. Había sido amiga de mi madre y llevaba años sin hablarse con mi padre porque sabía cómo era y no lo aprobaba. Yo tenía terminantemente prohibido comprar en su puesto, pero aprovechando la muchedumbre que me ocultaba, decidí romper una de esas reglas impuestas. Ella, pese a que el odio que sentía hacia mi progenitor le había hecho en más de una ocasión amenazarle con el cuchillo de filetear el pescado, cada vez que tenía *chanquetillo* de contrabando nos lo hacía llegar a Darío y mí de una forma o de otra, sabiendo lo mucho que nos gustaba.

—Gracias, Paquita —susurré ganándome otro guiño de sus maquillados ojos.

Yo le correspondí con una sonrisa mientras me alejaba de su mesa.

Estaba entretenida mirando el puesto de las flores frescas cuando escuché gritar mi nombre. Las bolsas comenzaron a temblarme entre los dedos. Me volví lentamente hacia la barraca y lo vi afilando un cuchillo del tamaño de su antebrazo. A paso vacilante me acerqué a la carnicería, observada por los clientes que esperaban ser atendidos. No quería que descubriera lo que llevaba en las bolsas de la compra; tiraría el pescado y luego le haría pagar a Darío mi desobediencia.

Sin ser consciente, las oculté tras mi espalda.

—¿Qué llevas ahí? —rugió como la bestia que era.

Tragué saliva con fuerza intentando calmarme; sabía que de lo contrario el temblor me delataría.

—Lo que Darío me ha encargado.

Dejó sobre la tabla de corte el cuchillo y el afilador y se limpió las ensangrentadas manos en el delantal antes de abrir la compuerta que daba acceso a la carnicería. En dos zancadas lo tenía mirándome desde arriba con la intención de descubrir lo que ocultaba.

—Enséñame esas bolsas que escondes. Y por tu bien espero que no haya ninguna de la pescadería. —Un relámpago de esperanza cruzó sus fieros ojos ante la expectativa de que eso que descubriera le proporcionara la excusa que buscaba.

Pensé en una respuesta rápida que me librara de la humillación que sabía que vendría en cuanto supiera que le había comprado a Paquita.

—Creo que eso es mío.

La voz profunda y desconocida me pilló por sorpresa. Me di la vuelta y alcé la cabeza encontrándome con unos ojos que ya había visto.

Samuel Reyes estaba a unos pasos de mí con el brazo extendido esperando algo.

—¿Cómo dices? —titubeé sin entender a qué se refería.

—Esa bolsa —señaló con el dedo— es mía. La has cogido por error porque estaba en el suelo junto a las tuyas. —Elevé las cejas, perpleja—. En el puesto de verdura. Has pagado y has arrastrado con todas las bolsas que había a tus pies, entre ellas la de mi pescado.

Alargué la mano y él cogió las asas de la bolsa de la pescadería de Paquita.

—Lo siento —dije sin tener claro por qué me disculpaba.

—No pasa nada. Un fallo lo tiene cualquiera.

Se dio media vuelta y se alejó en dirección a la salida.

Miré de soslayo a mi padre, que seguía observándome con esa frialdad sobrecogedora.

—¡Anda, tira! —Me empujó, haciéndome trastabillar, y se adentró de nuevo en la barraca.

Corrí hacia las puertas de la plaza y, al salir, miré a ambos lados de la calle. Samuel estaba apoyado en la fachada; me esperaba. Nada más verme estiró el brazo ofreciéndome la bolsa que sujetaba con uno de sus dedos.

—Gracias —dije al cogerla.

—De nada.

Se metió las manos en los bolsillos, me dio la espalda y se encaminó calle arriba.

—¡Espera, Samuel! —grité corriendo tras él para darle alcance.

Se detuvo y me miró por encima del hombro.

—¿Por qué has hecho eso? Quiero decir... ¿Por qué me has ayudado?

—¿No basta con que lo haya hecho?

—Sí, claro que sí. Pero... no entiendo el porqué.

Entornó los ojos.

—Pues eres bastante cortita, ¿no? —Y comenzó a caminar otra vez.

El bochorno por aquella respuesta se abrió paso en mi interior impidiéndome canalizar la rabia. Dejé salir esa vena macarra que tan poco

utilizaba.

—Gracias de todas formas, ¡capullo!

Escuché sus carcajadas mientras me alejaba en la dirección contraria.



—¿Siempre tienes la lengua tan larga?

Eran más de las dos de la madrugada cuando salí a tirar los desperdicios del pescado para que mi padre no los descubriera por la mañana.

Había llegado bebido y había vuelto a descargar sus frustraciones en Darío, y yo no iba a consentir que unas cuantas raspas fueran la justificación perfecta para que le diera otra paliza, de modo que, cuando tuve la certeza de que los dos dormían, me escabullí a hurtadillas a deshacerme de los restos de esa cena que horas antes mi hermano y yo tan a gusto habíamos compartido.

Me encontraba oculta entre dos contenedores esperando que mi llanto cesara para volver a casa cuando escuché su voz.

Lo miré sin importarme el lamentable aspecto que debía tener. Me daba lo mismo lo que él pensara. Me traía sin cuidado si estaba enfadado por el discurso que le habría dado su hermana al enterarse, por mí misma, de cómo me había tratado esa mañana. Todo me parecía carente de importancia excepto lo que tenía en casa.

—Es una de mis cualidades. —Encogiéndome de hombros con resignación, me abracé los codos preparada para otra humillación.

—¡Eh! ¿Qué te ha pasado? —En una zancada lo tenía frente a mí. Cogió mis brazos y me zarandeó para que hablara, pero yo solo apreté los párpados con fuerza intentando que la pena cesara—. ¿Quién te ha hecho daño?

Y su voz sonó esa vez tan suave que, sin darme cuenta, estaba abrazada a él buscando el consuelo que necesitaba.

Permaneció unos minutos callado, escuchando cómo mis sollozos perdían intensidad en el silencio de la noche, rodeando mis hombros en un cálido abrazo. Cuando me hube calmado, se me quedó mirando a los ojos, como hipnotizado. Sabía que los tendría hinchados y enrojecidos, lo que tampoco me importó.

Le conté lo que en sí era mi vida, mi vida y la de Darío junto al hombre que sin sentir como tal llamábamos padre. No estoy segura de por qué lo

hice, de por qué detallé nuestras miserias a un desconocido que únicamente había hablado conmigo una vez y no muy amistosamente. Creo que, además de la desesperación y la impotencia, lo que me empujó a hablarle a Samuel de mi vida fue el vínculo que nos unía por haber perdido a un ser querido.

Me escuchó sin apenas pestañear. Permaneció todo el tiempo con las manos en el interior de los bolsillos de su pantalón, arrugando cada poco la frente y las comisuras de sus párpados, haciendo que sus enormes ojos parecieran dos rendijas estrechas y alargadas, en las cuales un brillo ambarino, casi sobrenatural, reflejaba una ira que escapaba a mi entendimiento. Apretó la mandíbula, rechinando los dientes, cuando supo de las palizas que recibía Darío y de cómo este se dejaba golpear para protegerme.

Al terminar de relatarle esos años de sometimiento, se ofreció a acompañarme a casa. Era muy tarde. Habían pasado cerca de dos horas desde que había salido a tirar los desperdicios y en la barriada solo se escuchaba el cantar de los grillos que habitaban la finca San Telmo.

Introduje la llave en la cerradura y abrí. El interior de la casa estaba sumido en total oscuridad.

—Gracias otra vez —susurré a modo de despedida.

Asintió con la cabeza y se giró para bajar los tres escalones que separaban mi vivienda de la acera.

—¿Dónde coño estabas?!

La puerta se abrió súbitamente, arrancándome las llaves de la mano, y mi padre apareció por ella en ropa interior.

Quedé congelada por el miedo, con los ojos aún clavados en la espalda de Samuel, que solo había bajado dos de los tres escalones. Se giró lentamente hacia nosotros, sacando las manos del interior de sus bolsillos convertidas en puños, y, de un salto, llegó hasta mi padre y lo empujó contra la pared desnuda del recibidor.

Mis músculos continuaban sin reaccionar, viendo cómo Samuel impartía el mismo castigo que tantas veces recibía mi hermano. Lo insultaba a voz en grito mientras sus puños golpeaban sin cesar.

Una puerta en el interior se abrió y Darío salió de ella a la carrera, alarmado por la pelea. Las luces de las casas colindantes se encendieron y las cabezas de mis vecinos asomaron por las ventanas, llamados por el escándalo.

Yo permanecía sin moverme: rígida, helada a pesar del calor de agosto,

neutralizada por el asombro, confundida. Pero, sobre todo, satisfecha de una forma sádica por lo que ante mí ocurría.

Darío apartó a Samuel del flácido cuerpo de nuestro padre, que se deslizó por la pared hasta el suelo como un trozo de carne ajada de los que vendía.

—Vete a tu cuarto, Abril. —Miré a mi hermano y después a Samuel, que a su vez observaba fijamente el ojo cerrado por la hinchazón, el feo corte en la barbilla y los hematomas que desfiguraban la cara de Darío—. Por favor, ve a tu cuarto.

Salí corriendo y me encerré en mi habitación. Me metí en la cama, aunque no logré relajarme por lo que acababa de suceder.

Oí los ruidos que venían de fuera, haciéndome una clara imagen en la cabeza de lo que allí ocurría. La puerta de la calle al cerrarse y algo que era arrastrado por el suelo, seguramente el cuerpo de ese maltratador. El sonido de los muelles oxidados de su cama, al dejarlo caer sobre el colchón, y el chirrido de la puerta de su dormitorio. El quejido del sofá de piel despellejado al recibir el peso de un cuerpo. Pasos. La nevera abrirse y cerrarse y el sonido del vidrio al chocar. De nuevo el quejido cuando el peso aumentó en el viejo sofá. Después, solo la cadencia de dos voces graves que dialogaban invitándome al sueño.

A partir de aquella noche estrellada de agosto, Samuel se convirtió en alguien imprescindible en la vida de Darío. Una amistad sin fisuras nació de la defensa desinteresada que él me ofreció sin yo pedirla, y que mi hermano le agradecería de por vida.

Conforme transcurrieron los días, las semanas y los meses pude comprobar que, tras la actitud problemática, el carácter voluble, el temperamento irascible y la mirada recelosa de Samuel, se escondía un enorme corazón capaz de defender con convicción y valentía las injusticias que todo el mundo se negaba a ver en aquella barrida insignificante apodada Las Viviendas de Papel.



## 4. Besos consentidos. Besos robados

*5 de abril, Semana Santa de 2007*

El día de mi decimoquinto cumpleaños transcurría como cualquier otro, con la diferencia de un libro envuelto en papel de regalo que recibí de Darío al despuntar el alba y que ese año la fecha de mi nacimiento cayó en Jueves Santo y mi padre nos obligó a asistir a la misa vespertina.

Al salir de la iglesia, Darío se encaminó al parque y yo lo hice a casa de Rebeca.

—¡Qué sorpresa, Ojos Azules!

Aarón salía en el momento en que yo levantaba el puño para tocar a la puerta.

—Hola, Aarón.

El encontrármelo de imprevisto iluminó mi cara y espantó el mal humor que había arrastrado a lo largo del día. En los nueve meses que lo conocía, mi cuerpo respondía de la misma forma cada vez que nos encontrábamos: en el estómago notaba un aleteo incesante y mi corazón se saltaba un latido para luego desbocarse. Me gustaba muchísimo Aarón: su rostro angelical, su pose despreocupada, su cuerpo modelado, y su simpatía y buen humor; sobre todo eso.

—¿Qué te trae por aquí?

—Pues... Es que hoy es mi cumpleaños y vengo a ver si a tu hermana le apetece venirse con las gemelas y conmigo a una pizzería.

Noté que me ponía roja. Él no dejaba de mirarme con esos ojos juguetones y esa preciosa sonrisa ladeada que lo único que conseguía era ponerme más nerviosa. Mis quince estrenados años en comparación con sus veintidós no tenían nada que hacer, aunque eso no frenaba cómo respondía mi cuerpo en su presencia, acrecentando la sospecha que él ya tendría acerca de mis sentimientos.

—Mi hermana se fue hace un rato con las pelirrojas; estarán en el parque.

—Ah... bien... Pues... entonces me voy. Hasta luego.

Subí la mano y moví los dedos, despidiéndome de él con un gesto de lo más infantil, y al comprobar cómo su sonrisa se ampliaba por lo alterada que estaba, me volví veloz para irme de allí.

—Espera, Ojos Azules, que no voy a comerte. —Me alcanzó y se colocó a mi lado, caminando al paso que marcaban mis pies—. Así que hoy es tu cumpleaños. —Asentí imperceptiblemente—. Y lo vas a celebrar en una pizzería. —Volví a afirmar con la cabeza—. ¿Y qué te han regalado?

—Un libro. Mi hermano.

Tuve que contestar porque otro asentimiento a esa pregunta me habría hecho parecer una idiota, pese a que mantener una conversación en aquel instante y con él era lo último a lo que quería someter a mis ya maltrechos nervios.

—¿Algo más?

—No, solo eso. Mi padre nunca me regala nada y madre sabes que no tengo.

Se detuvo, cogiéndome del brazo, e hizo que me girara para terminar frente a él. A muy pocos centímetros de él.

—¿Cuántos años has cumplido, Ojos Azules? —Su voz sonó extrañamente dulce.

La sonrisilla de suficiencia había desaparecido y el brillo burlón que normalmente mostraban sus ojos se había apagado.

—Quince —respondí a duras penas, agachando la cabeza para no tener que mirarlo.

Se quedó en silencio, pensativo, sin ser consciente de cómo sus dedos alrededor de mi brazo y el rumor suave de su respiración en mi cara me

perturbaban. Inhaló bruscamente, al tiempo que colocaba un mechón de pelo tras mi oreja.

—Vente conmigo. —Di un respingo y lo miré totalmente desconcertada—. Aún es temprano para esa pizza y porque un día no vayas a esa mierda de parque, no va a pasar nada. Una hora, Abril. —Por primera vez Aarón me llamó por mi nombre—. Solo te voy a robar una hora. Rompe las reglas hoy y haz que este día sea diferente a todos los demás. Olvídate de todo y de todos, y ven conmigo.

—Pe-pero ¿adónde?

Sonrió acariciándome la mejilla.

—Confía en mí. Vamos a hacer que tu decimoquinto cumpleaños no pase de largo, que perdure en el tiempo. —Dudé—. Ojos Azules, solo va a ser una hora, luego podrás ir con tus amigas a esa pizzería.



Nos detuvimos en el claro rodeado de árboles que había en medio de la finca, donde los chicos mayores se reunían para hacer sus cosas a espaldas de la vecindad. Había estado con él allí un par de veces, pero desde que Darío me lo prohibió, era la primera vez que lo desobedecía.

Nos acercamos a la fogata donde Sebas, Álex y compañía estaban reunidos. Andrea, la hermana mayor de Eva, también se encontraba con ellos, y si Eva se enteraba de que había ido a San Telmo lo sabría toda la barriada, incluido mi hermano. Pensé en darme la vuelta y salir corriendo, evitando un enfrentamiento con Darío que ni buscaba ni necesitaba, pero Aarón me había prometido que solo tardaría unos minutos y que luego nos iríamos de allí.

Me mantuve apartada mientras él cruzaba unas palabras con Sebas, que clavó sus ojos negros como la obsidiana en mí durante unos segundos. No oí lo que se dijeron, aunque sí pude ver el intercambio que hacían. Aarón acababa de pillar algún tipo de sustancia ilegal, de eso no me cupo duda.

—Vamos, sígueme.

—¡Eh, Aarón! —gritó Andrea llamando su atención cuando ya habíamos empezado a caminar—. ¿No te quedas?

—No —contestó sin aminorar el paso.

—¿Qué pasa?, ¿vas a cambiarme por la mocosa?

Me detuve en seco. Las risas resonaban a nuestras espaldas, sobre todo la de Álex, ese chico que siempre andaba metido problemas. Aarón también se había detenido. Se dio la vuelta lentamente y le dedicó una sonrisa llena de

intenciones a Andrea, manteniéndole la mirada durante unos instantes. Volví la cara lo suficiente para ver que ella no sonreía, sino que se veía enfadada. Y traicionada. ¿Por qué? También pude percatarme de cómo nos observaba Sebas. Giré mi rostro evitando encontrarme con sus ojos de nuevo.

—Al parecer sí que va a cambiarte por la mocosa —se mofó el estúpido de Álex entre risotadas como si hubiese hecho un chiste bueno.

Sin decir una palabra, que lo habría hecho entrar en aquel juego, Aarón rodeó mis hombros con un brazo e hizo que siguiese caminando.

—No hagas caso, Ojos Azules —me susurró al oído—. Él es un bocazas y ella está celosa.

—¿De mí?! —pregunté sorprendida.

—¿De quién si no?

Fue lo único que dijo mientras nos adentrábamos entre los árboles y la maleza de la parte norte de la finca. No hizo falta mucho más, entendí perfectamente lo que había pasado: Andrea estaba celosa porque Aarón había tenido o tenía algo con ella, y acababa de plantarla para estar conmigo.

Nos sentamos sobre la hierba crecida, salpicada de vinagretas amarillas, en un pequeño espacio situado entre naranjos dulces. Aarón sacó la bolsita que Sebas le había entregado de un bolsillo de la chaqueta junto con papel de liar y tabaco. Miré hacia otro lado.

Por el olor que colapsó mis fosas nasales, el porcentaje de lo que se estaba fumando tenía mucho de hierba y poco de tabaco.

—¿Quieres? —preguntó acercándome el porro a la cara.

—No, gracias. —Me eché hacia atrás, retirándome—. Nunca he fumado y no voy a empezar a hacerlo hoy con un cigarro aliñado de vete tú a saber qué.

Tosió expulsando el humo, riéndose a carcajadas. Su risa tenía un timbre bonito, pero no estaba dispuesta a dejarme llevar por él.

—¿Qué hacemos aquí, Aarón? Bueno, lo que tú haces está claro, lo que no sé es qué hago yo.

Mi crítica fue mordaz. ¿Para qué me había llevado hasta allí?, ¿para que fuera testigo de cómo se colocaba? Eso lo tenía más que visto, formaba parte del ambiente que se respiraba en Las Viviendas de Papel.

—En cuanto me termine esto —dijo sujetando el cigarro hecho a mano con el pulgar y el índice—, soy todo tuyo.

¿Todo mío? ¡¿Cómo que todo mío?! ¡¿A qué se refería con todo mío y qué se pensaba que quería hacer con él?!

Se carcajeó de nuevo al contemplar la cara que se me había quedado; incluso la saliva se me atascó cuando intenté tragar, reproduciendo el sonido del miedo.

—Relájate, Ojos Azules, que no muerdo.

Yo ya no estaba tan segura de eso.

Se tomó su tiempo en consumir esa porquería, deleitándose con cada calada que entraba a sus pulmones.

Me tumbé sobre los codos y observé el firmamento. La luna estaba en los primeros días de su fase menguante y su circunferencia aún era considerable en medio de aquel cielo negro. Gracias a eso, el lugar en el que nos hallábamos no estaba sumido en total oscuridad. Sentí a Aarón moverse, pero me negué a mirarlo. De pronto, la luna que yo admiraba quedó oculta por su rostro, situado peligrosamente cerca del mío. Me quedé muy quieta, mirándole a los ojos, con el cuerpo entero en tensión. Él se apoyaba en el mullido césped con una mano. La otra, lentamente, la posó sobre mi estómago.

—Dime, Ojos Azules, ¿alguna vez te han besado?

Negué con la cabeza exageradamente al notar cómo se inclinaba más sobre mí.

—¿Quieres que te bese? —preguntó junto a mi boca.

—Sí —susurré en la suya, notando el tierno grosor de sus labios calientes.

Me agarró por la nuca, y la mano que reposaba en mi estómago se desplazó y rodeó mi cintura. Me dejé caer entre sus brazos a la húmeda tierra, sintiendo parte del peso de su cuerpo en mi pecho.

Sus labios eran lo más dulce que yo había probado, y... dejándome llevar por el primer beso y las primeras caricias íntimas que mi piel con gusto aceptaba, perdí la noción del tiempo.



Era muy tarde cuando llegué a la puerta de mi casa. Sostenía las llaves en la palma de mi mano, rodeándolas fuertemente con los dedos para evitar el tintineo al introducirlas en la cerradura; si mi padre me pillaba volviendo a esas horas, ni Darío me libraría de la paliza.

—Te he estado esperando.

Me giré sobresaltada al escuchar su voz.

—Samu, me has asustado —susurré llevándome las manos al pecho—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Estaba con el hombro apoyado en la esquina derecha de la fachada, oculto entre las sombras que proporcionaba la madrugada.

—No has venido al parque, y no quería irme a casa sin antes darte esto.

Estiró el brazo, con la palma de la mano hacia arriba, mostrando un pequeño paquetito adornado con una cinta de regalo.

—¡Oh! —Me quedé embobada observando aquel envoltorio cuadrado.

—Toma, cógelo. Es para ti. Por tu cumpleaños.

Lo tomé de su mano y lo abrí con dedos temblorosos. Era la primera vez, o por lo menos la única que recordaba, que alguien que no fuera Darío me hacía un regalo.

—«Cambia tus hojas, pero no tus raíces» —leí en voz alta el grabado impreso en la circunferencia que bordeaba aquel pequeño colgante de plata. Era un Árbol de la vida sujeto a una cadena también plateada—. ¿Qué significa? —pregunté mirándolo a los ojos.

—Significa que vas a cumplir muchos años, y espero que también muchos sueños. Tu situación no va a ser siempre así, Abril, y cuando esta cambie y todo sea más fácil para ti, tendrás que pasar página, sustituyendo unas hojas por otras. —Me apretó la mano en la que yo sujetaba el colgante y me miró muy serio—. Que eso no te haga cambiar. Que no haga que te olvides de tus raíces, porque gracias a ellas, por muy estúpido que esto te suene, sabrás diferenciar lo que te conviene de lo que no; lo malo de lo bueno. Y a pesar de que te costará renunciar a ciertas cosas, tus raíces te indicarán el camino correcto, el que debes seguir. —Sonrió—. La vida te ha hecho madurar antes de tiempo. Nunca has tenido el privilegio de disfrutar de una infancia feliz, aunque eso cambiará. Esta misma vida que has llevado es la que te ha hecho ser como eres, así que cuando todo te vaya bien, muda tus hojas sin mirar atrás, pero nunca, nunca, olvides quién eres de verdad, porque eso es lo que te hace especial.

Los ojos me escocían y el rostro de Samuel se volvió borroso.

Su mirada se quedó por unos segundos anclada en la mía.

—No llores, tonta —dijo riéndose, apretando más mi mano—. Anda, date la vuelta.

Cogió el colgante y deslizó la cadena alrededor de mi cuello. Cuando lo hubo abrochado, me giré de nuevo quedando frente a él. Muy cerca de él.

Samuel olía realmente bien. Alcé la cabeza y me perdí en el color ambarino de sus ojos, que estaban otra vez fijos en los míos.

—Gracias —conseguí decir. Fue solo un susurro, un movimiento imperceptible de mis labios al que él correspondió con una cálida sonrisa.

Continuaba con una mano posada en mi cuello, acariciándome suavemente la garganta con el pulgar. Quieto. Muy quieto. Sus ojos de felino clavados en mis pupilas me parecían hipnóticos. Lo vi humedecerse los labios, deslizar la punta de su lengua primero por el inferior y luego por el superior. Inclino la cabeza, dejándose caer lentamente, comiéndole terreno a esos buenos veinticinco centímetros que nos separaban de altura, hasta que su nariz rozó la mía y su aliento impactó contra mi boca. Sí, Samuel olía muy bien, pero esos segundos en los que sus labios estuvieron suspendidos a un suspiro de los míos me dieron la oportunidad de reaccionar. Samu estaba a punto de besarme.

—Espera —le pedí apoyando las palmas de las manos en su pecho para frenarlo.

—No quiero esperar a nada, solo quiero besarte.

Y yo quería que lo hiciera, por muy ilógico que parezca. No hacía ni media hora que había estado besándome con su hermano; unos besos que había deseado desde el mismo instante que lo conocí. En cambio, de Samuel nunca había esperado algo semejante; es que ni lo había imaginado, y no lograba entender de dónde nacía esa necesidad casi insoportable de querer comprobar a qué sabía su boca.

Me resistí a ese deseo nuevo, imponiendo la razón a todo lo demás, porque me parecía mal hacer aquello sin que él supiera la verdad.

—Samu, espera. —Empujé su pecho. No para separarlo de mí; no era esa mi intención, sino para retenerlo justo donde estaba hasta que me escuchara—. Quiero que me beses. De verdad que quiero y no sé por qué. —Noté el peso de su cuerpo en las palmas de mis manos cuando se inclinó un poco más—. Escúchame, por favor —supliqué antes de que fuera demasiado tarde—. Hasta hoy nadie me había besado —tragué saliva—, pero acaba de hacerlo tu hermano.

Advertí el cambio que hubo en él sin necesidad de que dijese una palabra. Los latidos de su corazón, hasta el momento sosegados, golpearon con fuerza bajo las palmas de mis manos. Su mirada felina se endureció, pasando de ser la de un tierno gatito a la de una feroz pantera. Apretó los labios, convirtiéndolos en una línea fina, a la vez que aumentó la presión que

sus dedos ejercían en mi cuello. Conocía a Samuel lo suficiente para saber que era un chico de extremos, que pasaba de la calma a la ira con demasiada facilidad. Lo había visto descargar sus puños por mucho menos que eso; yo sabía la animadversión que sentía hacia Aarón. En los nueve meses que llevaba viviendo en la barriada se había ganado el respeto de todos, incluso de los que eran mayores e hipotéticamente más peligrosos que él. No se dejaba intimidar y plantaba cara a cualquiera que tuviera la intención de pisotearlo. Entonces me entró miedo porque, aunque también había conocido su faceta más humana, esa que le impulsaba a defender las injusticias y abusos que se cometían contra los demás y que le habían hecho ganarse la gratitud de muchos, sabía lo inestable y violento que podía llegar a ser en momentos determinados.

—Samu, por favor —rogué con la barbilla temblorosa, esperando una mala reacción de las tuyas.

La presión en mi cuello cedió.

—¿Te ha forzado? —preguntó con los dientes apretados, sin alejarse de mí. Sus labios casi habían rozado los míos.

—¡No! Solo ha querido hacerme un regalo, al igual que tú. Él ha querido regalarme el primer beso. Pero no ha sido forzado, Samuel; créeme.

Cerró los ojos con fuerza, siseando entre los dientes. Y cuando los volvió a abrir, esa reacción que yo temía, no se hizo esperar.

Sentí de nuevo cómo se crispaban sus dedos alrededor de mi garganta. Con la otra mano me sujetó por la cabeza y, antes de que pudiera darme cuenta, su boca impactó contra la mía salvajemente. Tal y como era él.

Succionó con rabia mis labios hasta que estos se abrieron y pudo entrar en mi boca sin ningún permiso y con considerable desesperación. Intenté resistirme a esa invasión no autorizada, a ese asedio feroz impuesto por la fuerza; sin embargo, cuando su lengua encontró la mía y se enredaron en una lucha de voluntades, me vi respondiendo con la misma agresividad que él.

Si Samuel olía bien, aún sabía mejor.

No soy capaz de explicar lo que sentí con aquel beso, porque lo sentí todo y en todos los rincones de mi cuerpo. Quizá fuera mi falta de experiencia en lo que a chicos se refería lo que hizo que me entregara a su forma voraz de besar, o simplemente se trataba de que Samu me gustaba mucho más de lo que me atrevía a reconocer. El caso es que me abandoné a su boca mientras mis defensas caían una a una. Subí las manos por su firme torso, entrelazando los dedos alrededor de su nuca, y tiré de él hasta que

nuestros pechos colisionaron.

Sin saber cómo ni por qué la presión en mi cuello fue sustituida por el roce de cinco dedos calientes que lo recorrían en su longitud, y la mano que sujetaba posesivamente mi cabeza ahora descansaba con ternura en mi mejilla. Sus labios comenzaron a moverse con suavidad sobre los míos y nuestras lenguas dejaron de pelearse para ejecutar una danza acompañada la una alrededor de la otra. Me perdí en ese beso sedoso para después encontrarme, y al hacerlo, dejé de pensar y solo me permití sentir.

Cuando despegamos nuestros labios sus manos enmarcaban mi rostro. Abrí los párpados y me encontré con su mirada brillante, determinada. Los dos respirábamos con fuerza contra la boca del otro. Paseó una última vez su lengua por mi labio superior antes de pegar su frente a la mía, sin dejar de mirarme del modo en que él me miraba, del mismo modo que me había mirado siempre y yo no había sabido interpretar hasta ese momento.

—Lo siento, Samuel —murmuré con falta de oxígeno.

Entonces todo se echó a perder: el beso que acabábamos de darnos, el instante tan íntimo que vivíamos y la oportunidad de repetirlo.

Su mirada tuvo un segundo de confusión antes de endurecerse.

—¿Que lo sientes?! ¿Y qué es exactamente lo que sientes?

No era el habernos besado lo que sentía, sino el dolor que intuí en él al confesarle lo de su hermano. Pero fue demasiado tarde cuando me di cuenta del malentendido.

—No me ha parecido que lo sintieras mucho —declaró furioso, con la mandíbula apretada—. Ni que te haya supuesto una jodida tortura.

—Samu, yo no...

Capturó con los dientes mi labio inferior, que se deslizó entre ellos hasta liberarse del todo.

—Él nunca va a besarte como yo te he besado, y ¿sabes por qué? Porque siempre planifica todo lo que hace; premedita con anterioridad sus movimientos para no salir perjudicado. —Tomó una honda bocanada de aire—. Él sabe esconder muy bien lo mierda que es en realidad tras esa fachada de tío perfecto, mientras que a mí me delatan mis impulsos. Por eso yo soy el volátil y el agresivo a ojos de los demás. Soy el que tiene un puto fallo a tus ojos.

—Tú no tienes ningún fallo.

—¡Oh!, sí que los tengo. Muchos. Lo que pasa es que jamás se me ha dado bien actuar como un hipócrita para ocultarlos. Soy como soy y punto. A

mí se me ve venir, y me gusta que así sea.

—A Aarón también —lo corté para defender a su hermano.

Oí cómo rechinaban sus dientes al apretarlos aún más.

—No tienes ni puta idea —escupió con rabia.

Me soltó bruscamente, se dio la vuelta y bajó los escalones.

—¡Samuel! —grité para que se detuviera.

—Cuídate de él —lanzó al aire sin mirarme.

Su silueta se camufló entre las sombras de la calle.



No era capaz de pegar ojo; lo sucedido ese día no me permitía conciliar el sueño.

Me había besado con los hermanos Reyes aquella misma noche en un intervalo de tiempo tan corto que apenas podía asimilarlo. Todos los esquemas de lo que en sí sería mi primer beso se habían roto, aunque eso no era lo que me tenía el sueño quitado. Sí, Aarón había sido el primer chico al que había besado, y Dios sabe cuánto había imaginado aquel beso, pero lo que sentí al besarme con Samuel era incomparable a nada sentido anteriormente. Con Samu deseé que ese beso fuera a más. Sentí la necesidad de que me explorara y de yo explorarlo a él. Sentí cómo hervía mi sangre y se contraía mi vientre. Sentí tanto, y de una forma tan visceral, que me arrepentí de no haber acudido al parque y que mi primer beso le hubiese pertenecido a él.



## 5. Interesante lección

*Julio de 2008*

Hacía más de un año de mi beso con Samuel. Un beso que conseguía que me hormiguearan los labios cada vez que mi mente lo evocaba.

A mis dieciséis años tan solo había besado a dos chicos: los hermanos Reyes. Con el mayor había repetido en varias ocasiones, y las había disfrutado, lo reconozco, pero en ninguna de ellas sentí ese fuego que me recorrió la piel como aquella noche que me besó Samuel.

Aarón y yo no teníamos nada serio, solo nos enrollábamos esporádicamente cuando nos apetecía, aunque las dos últimas veces advertí que él esperaba algo más de mí, algo para lo que aún no me sentía preparada. No era ningún secreto que también se dejaba querer por Andrea cuando esta se le ofrecía y, por extraño que pareciera, apenas me importaba que anduviera jugando a dos bandas. Era lógico que a su edad los beneficios que obtenía de ella le resultaran más satisfactorios que los que obtenía de mí, pero yo no estaba dispuesta a ir más allá por mucho que me agradara su compañía; no después de haber llegado a la conclusión de que Aarón no me atraía ni la mitad de lo que lo hacía su hermano.

Precisamente por lo mucho que me gustaba Samu me ponía enferma cuando lo veía irse con Eva. Imaginarlos besuqueándose era superior a mis fuerzas, superior a cualquier rabia jamás sentida, porque yo deseaba que sus besos fueran para mí. No sabía medir exactamente cuánto sentía por él, pero era mucho más que la mínima amistad que en esos momentos nos unía. Amistad que me brindaba casi por obligación por no hacerle un feo a Darío.

No volvimos a hablar de aquel beso que me robó en la puerta de mi casa, tampoco de qué lo provocó ni de lo que ambos sentimos. Apenas me dirigía la palabra y se pasaba la mayor parte del tiempo ignorándome, como si no existiera. Sin embargo, por la expresión furibunda que asomaba a su rostro las veces que me iba con su hermano, sabía que aquello le molestaba tanto como a mí verlo alejarse en compañía de Eva dirección a San Telmo. Pero yo solo me daba cuatro besos con Aarón, nada que ver con lo que él hacía al cobijo de los árboles con ella.

Tenía a los hermanos Reyes a todas horas en el pensamiento. Me gustaba cómo era Aarón, cómo se comportaba conmigo y cómo me trataba, por lo que me habría encantado darme una oportunidad con él, aunque eso ya no era posible. No cuando lo que de verdad deseaba era sentir de nuevo el tacto de los labios de Samuel sobre los míos. A él sí que me habría entregado en cuerpo y alma sin necesidad de que me lo pidiera. La pena es que después de aquella noche optó por no querer nada conmigo.

Su sola presencia me creaba ansiedad, siempre a la espera de una señal que no se producía. Distinguía sus carcajadas de entre todas las que flotaban en el parque, aunque sus risas jamás tenían que ver conmigo. Diferenciaba con claridad el timbre de su voz profunda abriéndose paso a través de los ecos de las demás voces, si bien sus palabras nunca iban dirigidas a mí. Aguantaba sus miradas recelosas con la esperanza de que alguna vez se tornaran cálidas, cosa que en ningún momento sucedió. Samuel, después de nuestro beso, se convirtió prácticamente en un extraño, alguien inaccesible para mí.

Mi hermano llegó a preocuparse al principio, cuando sospechó que algo grave nos tenía que haber pasado para que nuestra conducta cambiara de ese modo. Pero al poco tiempo desistió de hacer preguntas al no obtener ninguna respuesta, contentándose con la tolerancia que mostrábamos el uno en presencia del otro.

La única que sabía lo que ocurrió la noche de mi decimoquinto cumpleaños era Carol. Se lo había contado por desahogarme, y también

porque sabía que ella no me juzgaría.

*Es un tío, Abril —me había dicho—, y seguro que le ha jodido que su hermano se le haya adelantado. Se nota que no hay relación entre ellos, y que Aarón te haya dado el primer beso ha tenido que herir su ego, sobre todo porque el primer beso nunca se olvida. No le des más vueltas, ya lo conoces para saber cómo reacciona, lo desmedido que es con todo. No tardará en olvidarse.*

Y no tardó, a pesar de que sus miradas me indicasen lo contrario.

Lo más triste es que Carol se equivocaba, porque yo llevaba un año y tres meses pensando en aquel beso que nos distanció cuando nos tendría que haber unido, pensando en el regalo que me hizo y en lo que en él había grabado, y pensando en si algún día mis labios volverían a ser recorridos por los suyos. Sí, Carol estaba muy equivocada, porque el beso de Samuel lo tenía grabado en el alma y no había sido el primero.



Hacía mucho calor y me resistía a salir del agua.

La calita donde estábamos se hallaba prácticamente desierta, a excepción de unos pocos bañistas salpicados aquí y allá. Ese domingo habíamos decidido cambiar las aglomeradas playas de la ciudad por algo más tranquilo y había merecido la pena, aunque el viaje durara casi una hora y el subir y bajar la montaña, tras la que se ocultaba la cala, otros buenos cuarenta minutos.

Ángel había pedido prestado el coche a su padre y con él habíamos viajado las gemelas y yo. Rebeca y Darío fueron con Samuel en el vehículo de Agustín, y gracias a todos los dioses que Eva se había indispuerto en el último momento y no pudo acompañarnos. Para Samu este contratiempo supuso una gran trastada, en cambio, para mí fue como un soplo de aire fresco. No me apetecía pasar el día con ella, aunque eso no significaba que fuera a pasarlo con él, y menos después de los morros que tenía al jorobársele su *plan*. Pero dentro de todo lo malo, de su carácter medio agrio y de sus pullas afiladas, yo estaba allí y ella no.

Giré el cuello hacia la arena, alertada por las risas de las pelirrojas, y descubrí a Ángel gesticulando exageradamente con los brazos al tiempo que sus labios se movían con rapidez. Me escuché soltar una carcajada, contagiada por su hilaridad. Y es que era imposible no reírse cuando Ángel andaba cerca.

A unos metros de ellos, Darío y Rebeca, tumbados boca abajo, compartían la toalla y conversaban dándose toquecitos con los pies, que ambos mantenían en alto. Sonreí de nuevo. Cada día eran más frecuentes aquellas conversaciones que iluminaban la cara de mi hermano más que el sol que en esos momentos nos alumbraba. Cuando Rebeca le arrancaba una sonrisa me sentía feliz. Era más que evidente que se gustaban, que buscaban la compañía del otro cada vez con mayor asiduidad y que se entendían a las mil maravillas. Sin embargo, el paso que a todo eso le seguía ninguno se había atrevido a darlo aún. Quizá fuera por el respeto que Darío le tenía a Samuel, o simplemente esperaban a una mejor ocasión, una que solo les perteneciera a ellos; todo se vería.

Samu era el único que no estaba allí con nosotros en esos momentos. Hacía un buen rato que lo había visto alejarse caminando por la orilla hasta que su silueta se perdió entre las rocas. Me había quedado hipnotizada observando el movimiento de los músculos de su espalda y tampoco había podido evitar fijarme en la anchura de sus hombros, en los dos hoyuelos que se le marcaban en la parte baja de las lumbares y en sus estrechas caderas. Pero mi visión había quedado suspendida, más tiempo del debido, en el tatuaje que se había hecho en el omóplato derecho. No sabía qué significa, aunque le quedaba realmente bien.

Suspiré con pesar. Era consciente de que Samuel me gustaba cada día más, y también de que yo parecía importarle cada día menos.

Con las risas de las gemelas de sonido de fondo, el arrullo del mar y el murmullo de las olas, miré al horizonte, donde cielo y agua se fundían, y me sumergí para dejar de oír las voces que inundaban mi cabeza.

Nunca fui buena nadadora, buceadora menos aún, de modo que, al avanzar bajo el agua con los ojos cerrados, mi cabeza chocó contra algo blando y unos tentáculos se ciñeron a mi cara. Abrí la boca en un grito mudo al tiempo que me vi impulsada hacia la superficie. Salí tosiendo, con el cabello cubriéndome el rostro y braceando como si me fuera la vida en ello. Traté de escapar de aquello que me retenía, tirando hacia atrás con todas mis fuerzas.

Mis extremidades quedaron laxas cuando clavé la mirada en sus ojos amarillos. Tenía una expresión dura, con la frente arrugada y las cejas casi juntas, y eran sus dedos los que enmarcaban mi cara y no los tentáculos de un pulpo como yo había creído.

—Tú... Tú... ¡Tú no estabas aquí hace un momento!

Retiró el pelo mojado de mis mejillas, sin decir una palabra, y me dio la espalda lanzándose a nadar.

La rabia zigzagueó hasta mis manos y las apreté clavándome las uñas en las palmas.

—¡Samuel! —grité sin importarme que me oyeran los demás—. ¡Detente ahora mismo!

Para mi asombro dejé de bracear y se alzó en toda su estatura. Se giró hacia mí, con la cabeza ladeada y mirándome entre las pestañas al convertir sus ojos en dos rendijas.

—No te vayas así —le pedí con más suavidad—. Di lo que sea. Háblame.

Algo similar al arrepentimiento cruzó sus iris dorados. O puede que lo imaginara, ya que solo duró un segundo.

—¿De qué quieres hablar, Abril? ¿De las veces que te has enrollado con mi hermano aun cuando te avisé de que tuvieras cuidado con él, o de los celos que sientes cuando soy yo el que me enrolló con Eva?

¡¿De verdad me estaba preguntando aquello?!

—De lo que prefieras —contesté con decisión, sin admitir o negar ninguna de ambas cosas—. Me da igual el tema, lo que importa es que hablemos. ¡No puedes ignorarme toda la vida!

—Sí que puedo, créeme.

Me sorprendió su frialdad al decirlo.

—No, no puedes. Ni quieres. —Me atreví a rebatirle.

—Lo que yo quiera de ti importa una mierda. —Se iba acercando conforme hablaba—. Ahora lo que me intriga es qué quieres tú de mí.

—Yo... Yo quiero que me trates como antes. Que te dirijas a mí sin esa rabia en los ojos. Que seas capaz de entenderme un poco.

—¿Y qué se supone que tengo que entender?

El sol quedó oculto tras su imponente cuerpo en cuanto se detuvo frente a mí. De lo cerca que estábamos, tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarle a la cara.

—Que lo que pasó entre nosotros no es motivo para que hagas como que no existo.

—Para mí sí lo es.

—¡¿Por qué?! —Emití un pequeño chillido de desesperación.

—Porque te estuve esperando aquella tarde como un gilipollas. Porque me importabas más de lo que imaginas. Y porque no me hubiese dolido tanto

si hubieras elegido a otro. ¿Te parecen suficientes motivos? —Se agachó aproximando su rostro al mío—. Pero tuviste que elegirlo a él, y eso lo cambia todo.

—Pero... ¿por qué? —repetí sonando a súplica, pidiendo una explicación para poderle entender.

—Porque él destruye todo lo que toca, y yo no quiero estar cerca de ti cuando eso suceda. Si no tengo nada que ver contigo, no me afectará cuando te destruya.

Lo dijo con tanta seguridad que le creí, aunque su hermano no se pareciera en nada a esa persona que él describía.

—Él no va a destruirme, Samu.

—Aún no lo ha hecho, pero lo hará. Y yo no voy a estar ahí para verlo.

—¿Qué te hizo? ¿Qué hizo tu hermano en el pasado para que hables así de él?

—Todo —rugió con los dientes apretados—. Todo —repitió en un susurro cargado de dolor.

Y ese fue el interruptor.

Agarrándome con fuerza a sus hombros, me impulsé contra su boca, decidida a no dejar que me apartara de él. Necesitaba saber si su comportamiento hostil hacia mí se debía únicamente al rencor que le guardaba a su hermano o si, por el contrario, había otro tipo de sentimientos implicados.

Al instante me quedó claro, en cuanto sus brazos rodearon mi cintura, pegándome a su pecho, y sus labios se movieron violentamente sobre los míos. No se trataba solo de esa rabia que salía al exterior cada vez que yo nombraba a Aarón, sino también de la que sentía hacia sí mismo. Una que había fermentado por lo que deseaba y al mismo tiempo no quería, por ese algo que le pedía el corazón y era acallado por un grito de la razón, por todas las palabras que no se atrevía a pronunciar por temor a que terminaran haciéndole daño. Samu no pudo ocultarme sus sentimientos; todo en él lo delataba, pese a que de su boca no saliera confesión alguna.

Al igual que la primera vez, ese beso desaforado fue tornándose más y más suave. Me perdí en el sabor de Samuel, en la cálida humedad de su boca y en la textura rugosa de su lengua danzando alrededor de la mía.

Bajó las manos por mis costados y, agarrándome por las nalgas, me apretó contra su cuerpo. Y aquello blando con lo que minutos antes había chocado en mi inoportuno buceo ahora estaba muy duro y clavado en mi

vientre.

Me asusté. Mucho.

—Espera, Samu. Espera, por favor —le pedí entrecortadamente.

No era lo mismo haberlo pensado que hacerlo real. Mi seguridad cuando me había imaginado íntimamente con él se venía abajo.

Tenía el ceño fruncido y una mirada calculadora.

Clavó los dedos en mis glúteos con más fuerza, elevándome en el agua sin esfuerzo, y restregó su erección con energía contra mi sexo.

Todo eso lo hizo sin dejar de observarme, con las pupilas ligeramente dilatadas y los iris teñidos de deseo e ira a partes iguales. Un gemidito que escapó de mi boca le hizo estrujarme un poco más.

—Sa-Samu —tartamudeé—, no estoy preparada para esto.

—¿Para qué? —indagó con voz ronca, mordiéndome el labio.

—Para hacerlo contigo. Bueno... Para hacerlo con nadie, en realidad. ¡Nunca lo he hecho con nadie!

Sus manos dejaron de sostenerme y me hundí en el mar.

—Bien, aún estás a tiempo de elegir con quién acostarte la primera vez. Y espero que cuando llegue el momento no te equivoques de tío.

Comenzó a salir del agua, en dirección a la orilla, y me fue imposible no fijarme de nuevo en el tatuaje. Al tenerlo a poca distancia pude observar que se trataba de un intrincado círculo compuesto por cuatro triángulos simétricos. Cuatro porciones exactas enlazadas las unas a las otras entre sí para formar un solo cuerpo. Similar a un amuleto grabado en la piel. Un símbolo tribal, seguro, pero ¿cuál?

—¿Qué es ese tatuaje?

—Un nudo celta —contestó sin detenerse ni darse la vuelta.

—¿Y qué significado tiene?

—Uno que no te voy a explicar.

Las aguas frías que me rodeaban eran insuficientes para aplacar el fuego que habitaba en mí. Al ascenso de temperatura sufrido por tenerlo tan cerca, por besarlo como llevaba tiempo queriendo y por tocarme como me había tocado, se sumó el sofoco de sentirme manipulada por esa vena sádica que le venía de serie. Samuel se había aprovechado de la reacción de mi cuerpo con el fin de darme una lección. Su maniobra para hacerme entender que por un calentón no debía perder la cabeza con la persona inadecuada resultó muy hábil. Me sentía como una idiota por permitirle utilizar mi propio deseo contra mí, dado que su única intención había sido la de provocarme

esperando a que llegasen las dudas y tener así la garantía de que no me había entregado a su hermano. Pues bien, ahora él lo sabía.

Sí, Samu se había aplicado a fondo en obtener dicha información aun habiéndole costado una erección que tardaría en bajarle. Tal vez eso explicara lo borde que había estado con su última contestación.



## 6. La sonrisa de Darío

*10 de septiembre de 2008*

Nos encontrábamos en el claro de la finca San Telmo reunidos alrededor de una pequeña hoguera, aunque en esta ocasión no estaba haciendo nada indebido. Darío cumplía veinte años y lo celebrábamos allí. Veinte años marcados por una mano firme que había dejado cicatrices a lo largo del tiempo y que esa noche, a la luz naranja de las llamas, volvía a anunciar las consecuencias de la noche anterior como un regalo anticipado del que mi hermano no podría olvidarse.

Su cara solo mostraba un pequeño corte en la comisura derecha de sus labios; esta vez la atrocidad se ocultaba bajo la camiseta. Mi padre le había dejado la espalda amoratada y llena de bultos por la vehemencia con la que había usado el cinturón. El impacto de la hebilla se marcaba en cuatro zonas distintas reproduciendo un horrible mapa en el que parecían representarse los puntos cardinales, unidos a las franjas violáceas producto de la larga tira de cuero.

Pero a pesar del daño, el dolor y la impotencia, Darío se veía inmensamente feliz. Esa noche sonreía de una forma que nunca le había visto, y aquella sonrisa me pareció la más maravillosa del mundo: dulce,

cálida, espléndida.

Ajenos a los demás, Rebeca y él conversaban muy juntos.

Contemplé, fascinada, aquel brillo que adquiriría el rostro de mi hermano cada vez que ella lo acompañaba y deseé de corazón que la felicidad que se regalaban el uno al otro les durara para siempre. Ángel y Carol, sentados junto a mí, uno a cada lado, parloteaban por encima de mi cabeza, aunque yo no les prestaba atención, tan absorta como estaba en ese momento estudiando los dibujos que los dedos de Rebeca trazaban sobre la piel desnuda del brazo de Darío.

—Me gusta verlos así.

Parpadeé varias veces y miré a mi izquierda.

Samuel estaba sentado a mi lado con las rodillas flexionadas y los codos apoyados en ellas. No me di cuenta de en qué momento Ángel y Carol se habían levantado para ir a sentarse junto a Marta, ni tampoco cuándo él había ocupado su lugar.

Enfocaba la vista al frente, lo que me ofrecía una increíble perspectiva de su perfil iluminado por la danza de las llamas, que yo aproveché para examinar con atención. El cabello rubio oscuro de puntas doradas le caía algo despeinado sobre la frente; al contrario que la zona de la nuca, que estaba despejada exponiendo la piel bronceada del cuello. Sus pestañas eran largas y densas, un poco más oscuras que el tono de su pelo, y le ensombrecían los pómulos cada vez que parpadeaba, revelando la luz que existía en sus ojos ambarinos cuando dejaba de hacerlo. La nariz recta, los labios gruesos y carnosos, y ese vello incipiente que marcaba la línea dura de su mandíbula, eran la composición final de un rostro dotado de perfección.

—Sí, a mí también —respondí abrazándome las piernas.

Giré la cabeza, fijándome de nuevo en la imagen que él observaba, y entonces sucedió.

Paulatinamente, como en una visualización a cámara lenta, fuimos testigos de cómo sus labios se unían y sus párpados se cerraban, de cómo ella le rodeaba el cuello y él la abrazaba por la cintura, y de la sonrisa espectacular que dibujó Darío cuando se separó de Rebeca y se perdió en sus ojos. ¡Dios mío, sí! Por fin la había besado. Él acababa de dar con otra razón, que no fuese yo, por la que seguir luchando. Nunca me había hablado de sus sentimientos hacia ella, pero no había hecho falta porque sabía exactamente qué sentía; se lo veía en los ojos. Mi hermano estaba locamente enamorado de la chica Reyes.

Caí en la cuenta de que Samuel también los habría visto y, disimuladamente, miré por el rabillo del ojo para ver qué tal se lo había tomado. Él era la persona más expresiva que conocía, y, dependiendo de lo que su semblante mostrara, me haría una clara idea de cómo le había sentado aquello.

Samu tenía una tibia sonrisa plasmada en el rostro mientras los observaba tan atentamente como había estado haciendo yo.

—Parece que no te molesta —tanteé con cautela.

—No sé por qué iba molestarme —dijo sin dejar de mirarlos, ampliando su preciosa sonrisa—. No han sabido disimularlo una mierda; estaba cantado. Además, tu hermano es de lo mejor que me he echado a la cara, un tío legal al que se le ve venir, de los pocos con huevos para ir de frente. No creo que haya nadie mejor para ella.

Se veía contento con el paso que su hermana y Darío acababan de dar. También más relajado que de costumbre, por lo que me pareció un buen momento para tratar cierto tema que había pendiente entre nosotros.

Estudié por encima de mi hombro al grupo que se hallaba tres hogueras por detrás de la nuestra.

—Tenías razón, Samu.

Desvió la vista en la dirección que yo miraba.

—Me alegro de que lo hayas calado tú misma.

—Bueno... Ha sido un poco gracias a ti.

Los dos giramos la cara al mismo tiempo deteniéndonos en los ojos del otro. Él dibujó una sonrisa torcida.

—¿Qué insinúas, que he sido yo el que ha hecho que se te caiga la venda de los ojos?

—Hombre, reconoce que tus métodos han sido bastante convincentes.

—Le devolví la sonrisa, consciente de que eran muy pocas las veces en las que se permitía bromear, y menos conmigo.

Volvimos a mirar de nuevo al lugar en el que se encontraba su hermano y la sonrisa le desapareció.

—Ahí tienes una muestra de quién es en realidad —masculló con asco—. No te engañé al decirte que tuvieras cuidado con él.

—Lo extraño es que no me duela, ¿sabes? Como si en el fondo estuviera preparada para que no me importase.

—Mejor así, créeme. De lo contrario habría terminado haciéndote daño.

Acabábamos de presenciar cómo Aarón besaba a Andrea, y ahora los

veíamos pasar por nuestro lado camino del cobijo que ofrecían los naranjos dulces y las higueras.

—¿Tampoco te molesta saber a qué van?

Lo miré otra vez y vi la rabia que contenían sus ojos.

—No. —Hice un mohín con la boca—. Lo que no es muy buena señal, ¿verdad?

—¿Y eso por qué?

—Porque significa que no me gustaba como yo pensaba. Me atraía, sí. Pero solo eso.

Entrecerró los párpados y frunció el ceño, pensativo.

—¿En serio te atraía?

Su expresión era poco menos que cómica. Él no tenía manera de entender mi supuesta atracción por su hermano.

—Nunca tanto como tú.

Me tapé la boca con las manos justo cuando las palabras abandonaron mis labios: claras y contundentes.

Abrió mucho los ojos, mostrando todo el esplendor del oro líquido, totalmente sorprendido. Sí, acababa de dejar a Samuel, al que nada le pillaba desprevenido, sin palabras. Pero fue solo un segundo, al siguiente volvía a tener la máscara de chico duro y la mirada de felino. Sus ojos me recordaban a los de una pantera, y la mayor parte del tiempo desprendía tanto peligro como si en realidad fuera una de estas, aunque no en aquel momento.

Se levantó de un salto y extendió el brazo con la palma de la mano hacia arriba.

—Ven, acompáñame.

Y posando mi palma en la suya, dejé que me elevara del suelo.

Esquivamos las hojas secas de las higueras mientras nos adentrábamos en la oscuridad de la arboleda por el lado opuesto al que lo habían hecho Andrea y Aarón. Sus pasos eran largos y yo casi iba corriendo, arrastrada por él.

Cuando dejó de verse el resplandor de las hogueras, pegó mi espalda contra el tronco de un árbol y apoyó las manos por encima de mi cabeza, encorvándose un poco para que sus ojos quedaran a la altura de los míos. Esos iris de felino me observaban fijamente, entornados y con cierto destello que no lograba adivinar.

—Explícame eso. —Su tono fue exigente—. Explícamelo, porque me muero por besarte y más tarde no me quiero arrepentir.

Un sonido extraño surgió de mi garganta cuando tragué.

—Explícamelo, Abril —insistió—. Tengo derecho a saber por qué has dicho eso, joder.

No entendía de dónde nacía esa rabia que parecía acumular ni por qué mis palabras le habían afectado de aquel modo. Lo que sí sabía era que no me iba a dar tregua hasta que no le dijese algo.

—Pues... —Agaché la cabeza—. Porque con él no he sentido nunca lo que siento cuando tú me besas.

—¿Y qué sientes? ¿Qué es exactamente lo que sientes cuando te beso?

¿Por qué estaba enfadado? ¿Por qué le sentaba tan mal aquello que se suponía que era bonito? ¿Y por qué tenía la sensación de que iba a saltar sobre mí de un momento a otro para destrozarme?

«Pantera —pensé—. Salvaje».

—Dime qué coño sientes cuando te beso —siseó impaciente.

La ira afloró en mi interior a la par que el miedo, y mirándolo fijamente, con la mandíbula tan tensa como él tenía la suya, le solté de carrerilla lo que quería saber.

—Tú me besas con fiereza, con una pasión que me anula la mente y me corta la respiración. No escondes quién eres ni cómo sientes, como un animal salvaje que se guía por instinto. He sido testigo de lo que haces cuando ves algo injusto, del sentido de la defensa que te mueve en cada acto. Y admiro tu fuerza, tu seguridad, lo que muestras de ti y cómo lo muestras. Admiro tu entrega. —Respiraba enérgicamente contra mi rostro, al borde de tener una de sus típicas reacciones e intentando contenerse hasta escucharlo todo—. Porque en el fondo eres un chico estupendo, Samu. —Enmarqué su cara con mis manos y se estremeció—. Porque cuando me besas consigues que me sienta viva. Tus brazos me dan seguridad. Tu cuerpo hace que quiera más. Y me encantaría que nunca dejaras de hacerlo, que nunca dejaras de besarme de esa manera. Aunque se me parte el corazón cada vez que te veo alejarte con Eva sabiendo que la besas igual que me besas a mí.

Su respiración se había suavizado gradualmente y sus ojos ya no se mostraban hostiles.

—Solo te lo voy a decir una vez, así que atiende. A Eva jamás la he besado como te beso a ti, y ¿sabes por qué? Porque por ella no siento nada. —Abrí los labios y su mirada se deslizó hasta allí—. Sé que no lo entiendes del todo, que no comprendes por qué actúo como actúo en según qué ocasiones. Pero quiero que sepas que mis acciones son un reflejo de las tuyas.

Soy así, alguien con un fondo turbio que si le hacen daño provoca dolor, que si lo hieren se defiende usando la venganza. Alguien que no se arrastra por nadie, que no intenta no cometer el mismo error porque le da igual cuántas veces tropiece y cuántas tenga que levantarse. Y alguien que carece de remordimientos si cree que ha actuado bien.

—Samu —susurré dejando que las lágrimas corrieran por mis mejillas—. Yo no te he hecho nada tan malo para que digas todas estas cosas, para que hables de errores, rencores y venganza. Me acabo de abrir a ti y... ¿me respondes con esto?!

Abarcó mi cara con sus grandes manos.

—Tú no eres la razón de la venganza. No eres el error ni estás dentro de esos rencores. Tú solo eres el resultado que quiero evitar. Porque me importas, Abril. Porque la primera vez que te vi en el parque ya calentaste mi sangre. Porque tengo que contenerme y esconder tras la rabia las ganas de besarte cuando te tengo delante. El odio que ves es el que siento hacia mí mismo por haberme enamorado de una niña que regaló su primer beso a mi peor enemigo.

Su boca se precipitó sobre la mía tan salvaje como lo era él: posesiva, determinada, voraz. Cuando nuestras lenguas impactaron, la una con la otra, hubo una lucha de poder entre ellas. Ambos respirábamos agitados, robándonos el oxígeno que pertenecía al otro. Pegó su cuerpo al mío, que quedó apresado entre el bloque de músculos que componían su anatomía y el tronco del árbol, y esos besos agresivos, que eran el primer asalto en una medición de voluntades, se tornaron delicados y profundos, ardientes y pasionales, despertando cada célula de mi piel. Su boca se desplazó hasta mi barbilla y la mordió ligeramente, después deslizó los labios arriba y abajo por mi cuello. Se abrazó con fuerza a mi cintura, continuando con aquella húmeda tortura para terminar en mi oído, mordisqueándome el lóbulo.

—Joder, Abril —musitó con voz ronca—. Tenemos que parar.

—No, no tenemos que parar —repliqué cogiéndolo posesivamente por la camiseta.

—Sí, sí tenemos que hacerlo. Ahora mismo.

Desprendiéndose de mi agarre, se retiró de mí, dejándome el cuerpo helado y una sensación hormigueante en la punta de la lengua. Se pasó los dedos por el cabello, tirando de él levemente como para despejarse.

—¿Por qué? —pregunté queriendo verle sentido a todo aquello—. ¿Por qué quieres que paremos? Yo estoy preparada para seguir... hasta el final.

Se quedó paralizado mirándome, con las manos convertidas en puños entre los mechones de su pelo.

—No estás preparada.

—¿Y tú qué sabes? —grité—. ¿Por qué siempre piensas que lo sabes todo?

Me dieron ganas de darle una bofetada por creerse conocedor de la verdad absoluta en todo lo que a mí se refería.

—Lo sé, maldita sea, y con eso vale.

—No, no vale. Ahora eres tú el que me va a explicar por qué después de cómo me has besado, de lo que sé que has sentido, quieres parar.

—¡Mierda! —rugió—. Solo tienes dieciséis años; eres todavía una niña. ¡Eres virgen, joder! Y me niego a que tu primera vez sea tirada en un suelo de tierra, clavándote las piedras en la espalda y a medio desvestir.

—Pero eso me toca decidirlo a mí.

—Y a mí también si formo parte de ello.

—Eres... Eres... Eres....

—Solo soy alguien a quien le importas —me cortó sujetándome por los hombros. Tragó saliva sin apartar sus ojos de los míos—. Alguien que desea lo mejor para ti. Tú no mereces ser desvirgada en un sitio como este.

—¿Por qué no? —pregunté tozuda—. Muchas chicas han tenido algo peor en su primera vez.

—Pero no tú si de mí depende. —Agaché la cabeza para que no viese el brillo acuoso de mis ojos—. Mírame, Abril. —Lo hice por la suavidad con la que me lo pidió—. Yo no quiero follarte aquí en dos empujones y hacerte pedazos. La primera vez duele.

—Lo sé y estoy preparada.

Intentó disimular una sonrisa.

—Me lo estás poniendo realmente difícil, ¿sabes? Eres incluso más cabezota que yo. —Sujetó mi barbilla con los dedos, pasando el pulgar a lo largo de la línea curva de mi labio inferior—. A ver, ¿tú quieres que tu primera vez sea conmigo?

—¡Pues claro que sí! —contesté enfadada—. ¿Acaso crees que podría ofrecerte a otro como me estoy ofreciendo a ti? Quiero que seas tú, solo tú.

Asintió con la cabeza.

—Entonces será a mi manera.

—¿A tu manera?! Me acabas de llamar niña y... ¿Qué se supone, que tengo que esperar a los treinta para que te acuestes conmigo?

No me reconocía hablando de aquel modo.

—No es eso, joder. —Vaciló un segundo—. Solo es que cuando pase, y te juro que pasará, tú vas a estar en una cómoda cama sin destrozarte la espalda, completamente desnuda para que pueda admirarte entera, y sin nadie alrededor que nos pueda interrumpir. Porque voy a disfrutarte lentamente. Porque voy a besar todos los rincones de tu cuerpo hasta que estés tan excitada que no notes el dolor.

—¿Con Eva eres igual de considerado? —No pude callarlo.

¡Oh, oh! Su expresión dulce había desaparecido.

—A Eva me la follo, a ti te haré el amor.

—Trato hecho. —Ascendí una mano entre nuestros cuerpos hasta dejarla delante de su cara. Volvió a abrir mucho los ojos, sorprendiéndose por segunda vez aquella noche. Sí, yo también sabía jugar mis cartas—. Con una condición.

—Dila.

—Hasta que eso pase, y será cuando tú lo decidas, no quiero que te vuelvas a acercar a Eva. Cuanto más tiempo lo dejes, más tendrás que aguantar. —Abrió la boca para decir algo, pero no se lo permití—. No. Sea lo que sea, no. Me da igual cuánta necesidad tengas, que no sientas nada por ella o que se trate solo de sexo. No me importan los motivos, así que prométeme que no la buscarás para desahogarte, que pasarás de ella.

Sonrió abiertamente mostrando su dentadura perfecta y los dos preciosos hoyuelos que en tan escasas ocasiones se dejaban ver. ¡Qué guapo estaba cuando sonreía y qué pocas veces lo hacía!

—Únicamente iba a decir que estoy de acuerdo con el trato. —Ladeó la cabeza, arrugando las comisuras de los ojos—. Pero tú tampoco te acercarás a Aarón.

Esa era su condición.

—No, Samuel, yo solo quiero estar contigo.

Me abrazó con dulzura y me dio un beso en la sien.

—Pues mientras tú lo quieras, me tendrás a tu lado.



## 7. La venganza de Samuel

*7 de febrero de 2009*

—Pero... ¿cómo que no quiere? ¡¿Por qué no quiere?!

—No lo sé, Carol, no me ha dicho el motivo. —Suspiré resignada—. Cada día lo entiendo menos. He intentado convencerle por todos los medios; hasta he llegado a proponerle hacer algo solos, sin nadie más.

—¿Y ni por esas?

—Ni por esas. Dice que pasa, que no va a salir ni quiere ver a nadie.

Volvíamos en autobús del centro comercial donde había comprado un regalo para Samuel. Ese día cumplía veintiún años, y aunque había encontrado justo lo que buscaba, no sabía si me daría la oportunidad de dárselo. Llevaba días con un humor de perros solo porque yo había mostrado mi entusiasmo ante la llegada de su cumpleaños y le había dado algunas ideas de cómo podríamos celebrarlo; ideas que ni había querido escuchar. Traté de hacerle cambiar de opinión en varias ocasiones, incluso le pedí, con tal de entenderlo, que me explicara por qué ese día no significaba nada para él, cosa que no hizo. Lo que sí que hizo fue zanzar el tema con un bufido de los suyos que me hizo enmudecer.

—En la intimidad es todavía más raro, ¿verdad, Abril?

Carol acababa de tocar un tema que, pese a que desconocía, podía intuir de manera clara. Si Samu ya era complicado de por sí en el día a día, nadie sabía de la lucha constante que suponía mantener una relación con él. Llevábamos juntos desde el cumpleaños de mi hermano; descripción que, por cierto, nos venía muy grande. Desde aquella noche que le confesé que quería estar con él, pasamos de ser simples amigos a algo más, si bien ese «algo más» no tenía aún un concepto definido en mi diccionario interno. Y no es que no me demostrara lo que sentía por mí. Sus besos eran apasionados, y cuando me abrazaba, podía notar el desenfrenado ritmo de su corazón. Pero eso era todo lo que Samuel estaba dispuesto a darme, ya que cuando la intensidad del momento se me hacía insoportable y él sospechaba que yo quería ir a más, se separaba de mí lanzándome una mirada de reproche, a medio camino entre el enfado y el deseo, que conseguía hacerme desistir.

—Ni te lo imaginas, Carol.

Tenía claro que para Samuel aún era una cría, que a mis dieciséis años no me veía preparada para dar el siguiente paso. Y sí que lo estaba. Bueno, lo estaba porque se trataba de él. Mis amigas hacía tiempo que habían perdido la virginidad; hasta su hermana ya lo había hecho con Darío. Yo era la única, creo que en toda la barriada, que aun teniendo pareja estable no había pasado de unos cuantos besos y unos pocos magreos. Y no por mi negativa, que quizá hubiese sido lo más normal, sino por la suya. Aunque eso nadie más lo sabía.

Nos quedaba una última parada para llegar a la Asunción. Miré la cajita que tenía entre las manos y sonreí; acababa de decidir que iría a dársela nada más llegar. Si Samu no quería celebrar su cumpleaños ese era su problema, pero a mí no podía impedirme que tuviera un detalle con él, más cuando él lo tuvo conmigo al cumplir los quince sin apenas conocerme y de forma desinteresada. Mis manos volaron hasta mi cuello para palpar el Árbol de la vida que prendía de él. No me lo había quitado desde entonces.



—Hola, pequeña. Si buscas a mi sobrina, no está. Se ha ido hace un rato.

—Hola, Agustín. No, no vengo por Rebeca. —Eché un vistazo por encima de su hombro al interior de la casa—. ¿Está Samu?

—¡Ah! ¿Él? Sí, sí. Pasa, anda, que ahora mismo le digo que salga.

Haciéndose a un lado, abrió la puerta de la calle al completo para que pudiese entrar.

—Siéntate, voy a buscarlo.

Avanzó por el pasillo hasta la última habitación. No lo veía, pero supe que se dirigía allí porque ese era el dormitorio de Samuel.

Desde su divorcio, el mecánico había vivido solo en una de las casas más grandes de la Asunción. No era una vivienda nueva y durante años había permanecido con muchas de sus habitaciones cerradas sin esperanza de ser ocupadas. En cambio, cuando se trajo consigo a sus sobrinos, esas tres estancias solitarias que nunca utilizó se llenaron de vida y él se veía feliz por ello. Le había ofrecido un empleo a Aarón nada más llegar y ahora Samuel también trabajaba para él, haciéndoles partícipes activos de ese pequeño legado que un día les dejaría. En cuanto a Rebeca no solo pagaba sus estudios, sino que su implicación fue más allá y se unió a la directiva de la Asociación de padres del instituto para colaborar en las mejoras de este. Sí, Agustín era una persona extraordinaria, mucho mejor que cualquier padre de familia de la barriada.

—Ahora mismo sale. Yo me voy un rato al bar a echar unas partidas. Portaos bien.

Descolgó una chaqueta del perchero situado al lado de la puerta y se la puso.

—Abril..., mi muchacho lo ha pasado mal —dijo con la vista clavada en suelo, sujetando la manilla para abrir—. Me alegro de que hayas venido a recordarle a ese cabezota que hoy cumple años. —Carraspeó incómodo cuando sus ojos se encontraron con los míos—. Necesita que alguien lo anime y en estos momentos tú eres la única que puede hacerlo. Ya es todo un hombre y tiene que empezar a pensar como tal, pensar en el futuro, y eso no podrá hacerlo mientras siga anclado al pasado. Es un chico complicado y difícil de tratar, ya lo sabes, así que agradezco tu esfuerzo. Con todo y con eso, tiene un corazón de oro. —Sonrió—. No te rindas con él, pequeña.

El mecánico de la barriada sabía de los oscuros secretos de Samuel y me estaba dando su aprobación para que actuara con él de la forma que yo viese más conveniente, o por lo menos eso fue lo que me pareció.

Asentí con la cabeza, aceptando sus consejos.

—Bueno, que lo paséis bien.

La estancia se sumió en el más absoluto silencio tras su marcha.

Esperé sentada varios minutos en los que mis nervios se incrementaron.

¿Por qué tardaba tanto?

Me levanté y fui hasta la percha para colgar mi abrigo cuando oí pasos que avanzaban por el pasillo. Giré lentamente sobre mis talones escondiendo el regalo tras mi espalda.

—¿Qué haces aquí?

Se detuvo bajo el dintel de la puerta que daba al salón. Vestía un pantalón de chándal negro y una sudadera gris con capucha en la que ocultaba las manos dentro del bolsillo delantero tipo canguro.

—Hola, Samu. —No contestó—. ¡Felicidades!

Aceptó con un movimiento de cabeza, mirándome fijamente con semblante adusto.

—Toma. —Me adelanté hasta quedar frente a él y alargué los brazos—. Esto es para ti.

Deslizó su mirada ambarina de mis ojos a mis manos, deteniéndola unos segundos en la cadena plateada que pendía de mi cuello.

Sacó una mano del bolsillo de la sudadera y cogió la cajita de entre mis dedos. Le dio varias vueltas como si quemara, observándola de un modo extraño, y sin decir una palabra se la guardó en el interior del bolsillo.

Parpadeé incrédula.

—¿No vas a abrirlo?!

—Quizá mañana —contestó con voz apagada.

Subí la vista y me quedé anclada en esos ojos amarillos.

—¿Y por qué no hoy? —le pregunté sin entender—. Mañana ya no será tu cumpleaños y este regalo no tendrá ningún sentido. Ábrelo ahora, Samuel —exigí—. No me he pasado la tarde en el centro comercial para que le hagas este aprecio.

—Nadie te dijo que lo hicieras.

—Pero lo he hecho, así que ábrelo ahora mismo —insistí cruzándome de brazos.

—Mañana —siseó con los dientes apretados.

La paciencia no era su fuerte y lo sabía, lo que no me explicaba era por qué hasta lo más sencillo resultaba tan complicado con él. ¿Por qué siempre tenía que actuar de esa manera?

—Muy bien —contesté arrugando los ojos—. Haz lo que te dé la gana.

Me di la vuelta para marcharme con la fugaz esperanza de que entrara en razón y me retuviera, dándome el gusto de abrir mi regalo. No lo hizo.

Cogí mi abrigo y lo miré una última vez. Sus ojos seguían fijos en mí, aunque habían perdido todo rastro de enfado y ahora se mostraban decepcionados por mi incomprensión. Me dolió verle esa mirada tan defraudada, pero es que al paso que íbamos jamás podría comprenderlo.

Cerré con un portazo y dirigí mis pasos a San Telmo, donde probablemente estarían los demás.

Hacía unos meses que habíamos cambiado de ubicación y ahora nuestras reuniones tenían lugar en el interior de la finca. Ese cambio se produjo nada más inició mi hermano su relación con Rebeca, ya que delante de los niños que correteaban en el parque besarse en los labios no estaba muy bien visto. No obstante, Darío me dejó claro en su momento que siempre que estuviese en el claro tenía que estar acompañada por él o, en su ausencia, por Samuel o Ángel, pero nunca sola con las chicas.

Estaban sentados alrededor de una fogata, hablando y riendo, cuando aparecí. Se quedaron observándome en silencio nada más verme; debía tener los ojos rojos de llorar durante el camino. No me importó mostrar mi tristeza ante ellos, puesto que el que hubiese llegado sola significaba que Samu y yo habíamos discutido, y era de estúpidos disimularlo cuando todos sabían de nuestros continuos desacuerdos.

Me había dolido mucho tanto su desplante como su indiferencia, y fue ese dolor clavado en el pecho lo que me empujó a saltarme esa regla de no entrar sola en el claro que al principio me impuso mi hermano y más tarde lo hizo mi supuesto novio.

Hacía tiempo que había desistido en mi empeño de sonsacarle a Rebeca algún dato que pudiera esclarecerme lo que sucedió entre sus hermanos. Creo que a ella no le hubiese importado poner fin a mi ignorancia sobre aquel tema y, por consiguiente, a mis inútiles esfuerzos por comprender algo que se escapaba a mi entendimiento. Pero nunca soltó prenda, manteniéndose firme en guardar ese secreto que pertenecía a su familia y que Samuel no quería que se aireara. Sin embargo, esa noche estaba decidida a obtener aquellas respuestas de la boca de Aarón, al cual nunca había preguntado nada al respecto. Desde finales de verano no me dirigía a él y estaba dispuesta a saltarme otra de esas estúpidas normas impuestas con tal de entender, aunque fuese una mínima parte, el comportamiento del chico del que estaba enamorada.

—¿Podemos hablar?

Mi voz sonó firme, abriéndose paso entre las conversaciones que ellos mantenían. Aarón alzó la vista y por unos instantes se quedó sorprendido. Sebas y los otros también me miraron.

Retiró el brazo de los hombros de Andrea y se levantó, sacudiéndose la arena del trasero mientras venía a mi encuentro.

—Qué sorpresa, Ojos Azules. —Sonrió.

—Sí, bueno... —Di unos pasos hacia atrás con la intención de que él los diera hacia delante y de ese modo evitar que sus amigos nos escucharan —. Mira, Aarón, quería preguntarte algo.

—Sobre mi hermano. —Fue una afirmación.

Asentí a la vez que pensaba qué quería preguntarle primero. Era tanto lo que Samuel me ocultaba que no sabía por dónde empezar.

—¿Por qué odia el día de su cumpleaños?

Aarón elevó los hombros e hizo una mueca con la boca.

—No tengo la menor idea —contestó al tiempo que llevaba su mirada por detrás de mí.

Supe que me mentía.

Yo no quería mirar a mi espalda porque estaba segura de que Darío y los demás nos observaban. Se estarían preguntando qué diablos querría de él.

Aarón torció el gesto con disgusto, pero al momento cambió esa expresión por una más animada. Cogió mis manos entre las suyas y las frotó al reparar que me habían empezado a temblar. Lo que él no sabía era que no me temblaban de frío.

—Venga, Ojos Azules, cámbiame esa cara de pena por una sonrisa. ¿Te han dicho alguna vez lo guapa que estás cuando sonríes? ¡Oh, sí! Seguro que él te lo ha dicho muchas veces.

Desvié la mirada al suelo al notar que me ruborizaba.

Aarón jugueteó durante unos segundos con un mechón de mi pelo que se había soltado de la coleta, después lo colocó tras mi oreja con delicadeza y me acunó la mejilla. Lo miré por encima de las pestañas y respondí a su sonrisa tibia con otra. ¿Qué malo veía Samuel en él? No lo entendía.

Escuché una palabrota a mi espalda acompañada de unos pasos contundentes que aplastaban la gravilla y al instante lo vi pasar por nuestro lado con el rostro oculto bajo la capucha de la sudadera. Dejé de respirar cuando se paró frente a Eva, sacó la mano del bolsillo, tendiéndosela para que esta se la diera, y distinguí el brillo que las llamas arrancaron a su muñeca.

Un brillo que antes no estaba ahí. Entonces supe que Samu había abierto mi regalo; él llevaba puesta la pulsera de cuero trenzado negro con las dos cabezas de pantera plateadas engarzadas en los extremos.

Giró la cara hacia mí, dejándome ver la ferocidad que despedían sus ojos, antes de internarse de la mano de Eva en la oscuridad de los árboles que rodeaban el claro.

Lo único que había aprendido a identificar con exactitud en el tiempo que lo conocía era qué tipo de sentimiento lo recorría dependiendo de cómo me mirara. Aquella mirada llevaba la palabra venganza escrita en ella. Una venganza que él sabía que me dolería en lo más profundo del corazón. Una venganza que yo no merecía.

Llegué a casa ahogándome en mis propias lágrimas. Salté sobre la cama, haciéndome un ovillo, con la mano apretada en torno al colgante que quería arrancarme y no podía. Mi padre aún no había llegado y podía hacerlo en cualquier momento, aunque poco me importaba que me descubriera así ni que eso le proporcionara la excusa perfecta para desquitarse conmigo. Probablemente sus golpes no me causarían tanto dolor como el que Samuel acababa de ocasionarme.

—Abril, ¿puedo pasar?

La voz de Rebeca me llegó amortiguada a través de la puerta cerrada de mi habitación. No contesté. Al cabo de un minuto las bisagras chirriaron dos veces: una cuando abrió sin mi permiso y la otra al cerrar tras de sí. Se acercó a la cama y noté cómo el colchón cedía por su peso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en un susurro.

—Ya has visto lo que ha pasado —contesté con la voz entrecortada—. Que se ha ido con Eva. Se la ha llevado entre los árboles para hacerme daño. Él mismo me dijo qué hacía con ella allí.

Comencé a llorar con más fuerza, tumbada de lado y abrazándome la cintura para evitar que el contenido de mi estómago me subiese a la garganta.

—Me duele verte así, pero debes saber que de algún modo tú has provocado esto.

Me incorporé como impulsada por un resorte y me quedé mirándola, perpleja.

—¿Lo estás excusando?! ¡¿Estás defendiéndolo después de lo que me acaba de hacer?!

No daba crédito. Cualquiera que no estuviese ciego se daría cuenta de la mala intención de Samuel.

—No lo defiendo —confesó bajando la vista al colchón y sacudiendo con la mano algo que solo veía ella—. Solo es que sé cómo funciona mi hermano.

—¡Pues yo no! —grité—. Yo no sé cómo funciona ni qué lo empuja a actuar como actúa. ¡No lo entiendo! No comprendo por qué ha tenido que despreciar un regalo que he comprado con tanto cariño ni por qué le ha sentado tan mal que me acercara a felicitarlo. Pero lo que menos entiendo es por qué no soporta que hable con Aarón cuando no me ha hecho nada malo.

Clavó sus ojos marrones oscuros en los míos.

—Porque Aarón es el culpable de que Samu haga lo que hace.

—¿Qué pasó, Rebeca? ¿Tan gordo fue lo que ocurrió entre ellos para que yo no pueda saberlo?

—Eso te lo tendrá que contar él. Yo solo puedo decirte que el día de su cumpleaños es una fecha que trata de olvidar, que no quiere recordarla ni que nadie se la recuerde. Y Aarón es el culpable de eso.

—Pues cuando le he preguntado me ha dicho que no tenía la menor idea de por qué Samu odia este día.

—No le creas; él es el único responsable.

Sorbí por la nariz y me retiré las lágrimas de la cara con el dorso de la mano.

—Ya, pero yo de eso no sé nada ni tampoco tengo la culpa. Solo intentaba hacerlo feliz.

Su mirada se suavizó. Alargó el brazo y, con uno de sus dedos, capturó una solitaria lágrima que resbalaba por mi mejilla izquierda.

—Y lo haces feliz. Eres la única persona que consigue hacerle sonreír de verdad.

—Muy pocas veces.

—Él te quiere, Abril —confesó entre susurros—. Tiene una forma extraña de demostrarlo, pero sé que te quiere.

—Yo no lo creo —le rebatí en el mismo tono que ella usaba—. Con Eva se ha acostado varias veces y esta noche le sumará otra más. En cambio, conmigo no quiere hacerlo. —Abrió los ojos desorbitadamente—. Sí, no me mires así. En el tiempo que llevamos juntos han sido muchas las veces en las que hemos tenido oportunidad. Muchas en las que le he insistido, en las que le he dicho que estaba preparada. ¿Y cómo ha respondido a todas ellas? Mosqueándose, Rebeca. Se pone medio loco cuando saco el tema. Dice que soy una niña aún, que no quiere que después me arrepienta. ¡Excusas! —

escupí.

—Dale tiempo. ¿No has pensado que quizá el que no está preparado es él?, ¿que lo que le pasó lo dejó tan marcado como para querer esperar hasta estar totalmente seguro?

—¿Y para follarse a Eva sí lo está? —pregunté con rabia, intentado no alzar la voz—. No me hagas parecer más tonta de lo que ya soy.

—Eva tiene su misma edad. Además de que por ella no siente nada y por ti sí. —Suspiró con pesar—. Está aguardando a que te conviertas en la mujer que sabe que te vas a convertir, y créeme, no le importa cuánto tiempo tenga que esperar hasta que eso pase.

—Ex-cu-sas.

—Abril, él tiene veintiún años y tú solo dieciséis.

—En dos meses cumpliré diecisiete.

—¡Es igual! —exclamó exasperada—. En su modo de pensar no cree que sea tu momento, y mucho menos el suyo.

—Rebeca, mi hermano también te lleva unos años y sé que ya lo habéis hecho.

Bajó la cabeza, avergonzada, aunque no lo negó. Era cierto que ellos no se llevaban ni tres años y que a Samu y a mí nos separaban casi cinco, sin embargo, él fue quien quiso estar conmigo, quien me quiso a su lado y quien cuando me besaba no era como si besara a una niña.

—Darío tiene sus sombras, pero no son tan oscuras como las de Samuel. En lo que a una relación se refiere, quiero decir. —Agarró mis manos en un ligero apretón—. Mi hermano no está seguro de qué paso debe dar contigo. Ten paciencia, por favor. —Aquello, más que un consejo, era como una súplica—. Sé que está loco por ti. Él no pudo evitar enamorarse de la niña que eras y sufre porque esos sentimientos se negaron a esperar a que esa niña, de la que se quedó prendado nada más conocerla, se hiciera mujer. —Samu era muy importante para ella y eso se notaba—. Te saca cinco años, Abril, entiéndelo.

—Cuatro años y dos meses —la rectificué—. No soy tan cría, Rebeca, y tú mejor que nadie sabes que tanto Darío como yo nos vimos obligados a madurar antes de tiempo. ¿Qué hay de malo en que quiera perder la virginidad con él?, ¿en que no quiera esperar?

—No hay nada de malo, y entiendo perfectamente cómo debes sentirte cuando no tienes ni idea de por qué has de esperar o a qué se supone que está esperando él. —Inspiró con fuerza—. Pero necesita tiempo. Necesita el

momento adecuado.

—Pues yo ya me he cansado de esperar. Me he cansado de seguir sus normas sin que me dé una explicación. Que se quede con Eva y que sean muy felices; ya encontraré a alguien que sepa tratarme mejor y no me esconda sus secretos.

—No lo dices en serio. Estás dolida y por eso hablas así.

—Lo digo muy en serio, Rebeca. Se acabó. Me doy por vencida. Que otra cargue con las rarezas de Samuel, yo ya no puedo con ellas.

Se fue de mi casa sin decir una palabra más.

Me daba mucha rabia que ella estuviese tan convencida de lo que su hermano sentía mientras que a mí me faltaba esa seguridad. Y más rabia de que tratara de justificarlo a él y de convencerme a mí cuando los hechos hablaban por sí solos.

De pronto me vino a la mente uno de los refranes que mi madre solía recitar.

*Febrerillos sin ser locos se han conocido muy pocos.*

Y en el caso de Samuel, cuánta razón tenía.



## 8. Pantera y serpiente

*Finales de junio de 2009*

—Lo siento, no estaba miran...

La disculpa quedó atascada en mi garganta cuando elevé la vista y descubrí la cara de la persona que iba unida al sólido pecho con el que acababa de estamparme en el supermercado.

—Samu. —Mis labios pronunciaron su nombre pese a que la voz no me salió del cuerpo.

—Hola, Abril —articuló despacio; cálidamente; como si saboreara cada sílaba en el paladar.

Quedé cautivada por esos ojos dorados que no se molestaban en ocultar el temor a un nuevo rechazo.

Samuel había tratado de hablar conmigo en muchas ocasiones sobre lo que sucedió en el claro la noche de su cumpleaños, pero yo siempre había encontrado un pretexto para salir huyendo y no escucharle. Y no quería escucharle porque no quería saber qué hizo con Eva en aquella oscuridad proporcionada por los árboles. Saberlo de sus propios labios me dolería, y el dolor ya era insoportable sin conocer todos los detalles.

Intenté esquivarlo por la derecha y mi fuga fue interceptada por un

brazo duro como el mármol que se interpuso horizontalmente en mi camino agarrando el estante de las conservas en aceite. Di tres pasos hacia la izquierda y a él solamente le hizo falta dar uno para bloquearme el pasillo de nuevo. Me di la vuelta y eché a correr en dirección contraria, directa a la salida, dejando mi cesta de la compra a sus pies en el suelo. Sí, acababa de actuar como una cría, pero... ¿no era de ese modo como él me veía?

Llegué a casa sin nada para la cena y ni pan había quedado del mediodía para poder preparar unos bocadillos

—Darío. —Llamé con los nudillos a la puerta del baño donde se escuchaba correr el agua de la ducha—. No he podido traer nada del súper. Solo queda un poco de pan de molde, si quieres te hago unos sándwiches.

Mi hermano había conseguido un trabajo en una empresa de montaje y mantenimiento de instalaciones de climatización gracias a un grado medio de Formación Profesional. Llevaba en ello poco más de dos meses y, aunque la economía de nuestro hogar apenas había variado, por lo menos ya no dependíamos tanto de las limosnas que nuestro padre nos dejaba para subsistir. Darío me daba dinero para la compra semanal sin ponerme un tope establecido, lo que no quería decir que el sueldo que él traía a casa se malgastara. Mi hermano se afanaba en guardar gran parte de este sin explicarme los motivos. Yo tampoco le preguntaba, pues sabía que si lo estaba haciendo sus razones tendría.

—Joder —me lamenté en voz baja. Él debía estar cansado y hambriento, y yo no pensé en eso cuando salí corriendo—. ¿Me has oído?

—Sí. —Escuché cortarse el agua—. No te preocupes, cuando vaya a recoger a Rebeca me pillo un bocata en el bar. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, déjalo, ya me como un sándwich —contesté—. Y por el monstruo no te preocupes, quedó pollo del almuerzo para él.

Arrastré los pies hasta la cocina sin dejar de reprocharme lo tonta que había sido.

A los diez minutos entró en el salón vestido y perfumado. Sonreí al verlo tan guapo.

—¿Qué? —preguntó entornando los ojos.

—Nada, solo es que últimamente te esmeras mucho en estar bien. ¿Dónde quedó eso de que lo más importante no es un físico bonito?

—Quedó con aquel tío que no tenía ningún motivo para cuidarse.

—¿Y dónde está ese tío ahora? ¿Qué fue de él?

Me levanté del sofá y lo abracé por la cintura.

—Pues... se dio cuenta de que en la vida hay cosas por las que merece la pena continuar en pie. Como una hermana pequeña o...

—Una novia guapísima, ¿no?

—Tú lo has dicho. —Movi6 repetidamente las cejas, dándole énfasis a su respuesta, al tiempo que me abrazaba.

—Te gusta mucho, ¿verdad?

No solía hablar con él de ciertos temas, pero no pude evitar preguntar sobre algo que parecía importarle tanto.

—No es solo que me guste, es que estoy loco por ella.

Poniéndome de puntillas, lo besé en la mejilla.

—Esa es una locura que toda persona debería experimentar al menos una vez en la vida —susurré.

Llamaron a la puerta y ambos nos volvimos al unísono.

—Será ella, no la hagas esperar.

Darío dudó un segundo.

—Creí haberle dicho que yo iría a buscarla —musitó para sí—. Bueno, es igual.

Se fue a abrir y yo me senté de nuevo a continuar con la novela que estaba leyendo.

—Qué pasa, tío.

Sentí el sonido inconfundible del aire al ser expulsado con brusquedad por la nariz. Me asomé por encima del libro y la respiración se me cortó.

Samuel estaba en la puerta de casa sujetando una bolsa del súper en cada mano.

—Abril se ha olvidado esto.

Alzó los brazos mostrando las bolsas. Mi hermano las observó extrañado y a continuación nos miró alternativamente con cara de total incomprensión.

—Ah... Pues... Pasa, pasa, no te quedes en la calle. —Se apartó a un lado para que pudiese entrar—. Déjalas por ahí, donde tú veas.

Samuel avanzó hasta la cocina y, de espalda a mí, comenzó a sacar la compra tranquilamente y a colocarla sobre la encimera. Fijé mi atención en Darío, que me estudiaba con las cejas casi juntas preguntándome sin palabras qué había pasado esa vez. Me encogí de hombros como si no tuviera ni idea y él arrugó las comisuras de los ojos sabiendo que le mentía. Mi hermano no tenía un pelo de tonto. Tampoco era de los que se inmiscuía en las vidas ajenas, pero viendo que no terminábamos de solucionar nuestras diferencias,

esa noche decidió intervenir a su manera.

—Bueno, yo tengo que irme. Esto... Que os divirtáis —soltó dibujando una sonrisa torcida que solo yo pude ver.

Espantada, negué con la cabeza para que no se fuera, lo que le hizo ampliar la sonrisa. Salió y cerró tras de sí. Apreté los párpados con fuerza y maldije en silencio. Cuando los abrí, Samuel me observaba con la cadera apoyada en la mesa de la cocina y los brazos cruzados a la altura del pecho.

Tragué con seria dificultad.

—¿Qué te debo por eso? —Señalé los alimentos esparcidos a lo largo de la encimera al tiempo que me ponía en pie.

No contestó. Continuó examinándome de arriba abajo mientras me acercaba. Le rehuí la mirada y me dispuse a colocar la compra.

Al pasar por su lado, con un movimiento tan preciso como el de un felino, me atrapó por la cintura y me situó entre sus piernas, que ejercieron presión en mis muslos cuando cruzó un tobillo por encima del otro, consiguiendo que mi cuerpo lo sintiera por entero.

No me esforcé en hacer el intento de soltarme, sabía que era imposible. Yo permanecía con la cabeza gacha, ahora fija en el subir y bajar sosegado de su pecho. Me sentía encarcelada por los músculos de su cuerpo: sus tensos brazos alrededor de mi cintura, sus fuertes piernas apresando las mías y su duro estómago impactando contra el mío con cada inspiración que tomábamos. No era miedo lo que experimentaba. Bueno, sí... pero no a él, sino a lo que intuía que había venido a decirme.

Curvó un poco la espalda para que su rostro quedara a la altura del mío.

—Lo siento mucho, nena.

Alcé la cabeza y mis ojos se encontraron con los suyos. No fue una mirada airada lo que vi en ellos, ni tan siquiera una de justificación buscando un perdón que no había conseguido. Samu estaba realmente arrepentido y eso me produjo un dolor mucho mayor. Si se sentía tan culpable como mostraban sus ojos eso significaba que aquella noche en el claro llegó hasta el final con Eva, a pesar de haberme prometido que estaría conmigo mientras yo quisiera y que jamás volvería a acostarse con ella.

No fui capaz de ocultar mi tristeza. Esa traición que en el fondo sospechaba acababa de hacerse real y mis lágrimas fueron la muestra de lo que aquello dolía.

Él se quedó atrapado en ellas, viéndolas deslizarse por mis mejillas. Y esas lágrimas, en un principio silenciosas, se convirtieron en sollozos tras la

decepción del primer amor. Y es que amaba a Samuel con todo mi corazón. Cada célula de mi cuerpo gritaba por abrazarle, sin embargo, no podía. Ya no. Para él yo era una niña, pero esta niña se negaba a ser el segundo plato de nadie.

—Da igual, Samu, ya no importa —balbuceé con la voz rota, tratando de separarme de él—. Tú tomaste una decisión en aquel momento; equivocada, pero la tomaste, y ahora es tarde para pedir perdón. Como ves el daño está hecho, y eso ni puede cambiarse ni el que estés arrepentido hace que duela menos.

—Abril, escúchame, por favor —pidió angustiada—. No me acosté con ella, lo juro. Ni siquiera la besé.

—¿Qué-Qué quieres decir?

¿Era posible que hubiera oído mal?

—Mírame a los ojos, nena. —Sujetó mi cara entre sus manos, obligándome a mirarlo—. Fui un gilipollas, ¿me oyes? Me dio tanta rabia verte hablar con él que actué sin pensar. Quería hacerte daño y te lo hice, y por eso te pido perdón. Sabes que no aguanto que jueguen conmigo, que no aguanto a mi hermano y que te pedí que no te acercaras a él. —Expulsó con fuerza el poco aire que le quedaba antes de tomar una larga inspiración—. Pero eso no justifica cómo me comporté. Lo siento mucho. Te pido que intentes perdonar a este capullo que se dejó llevar por los celos.

—¿Solo querías que sintiera lo que estabas sintiendo tú?

—No fue solo eso. —Negó con la cabeza y yo ladeé la mía, que continuaba entre sus manos, sin entender—. Podría engañarte, pero no voy a hacerlo. Mi intención era la de follármela y olvidarme de lo que había visto. ¡Él te estaba tocando, joder! Me vio allí y siguió haciéndolo sabiendo cómo me sentaría y cuál sería mi respuesta. Por eso lo hizo, Abril. Y en aquel momento la rabia impidió que me diese cuenta de lo que se proponía.

—Pero... Pero...

—Pero no fui capaz. Cuando Eva se me abalanzó al cuello, la empujé y me largué de allí. He querido explicártelo durante todo este tiempo y no me has dejado. Huías de mí como de un contaminado.

—Tenía miedo a lo que pudieras decirme.

—Lo sé, y por eso mismo no he dejado de insistir, porque tenías que saberlo.

Respiré profundamente, llenando mis pulmones con el aire que olía a él.

—Gracias por ser tan persistente. —Una pequeña sonrisa curvó mis

labios.

—No podía hacer otra cosa; no me diste alternativa —respondió con otra sonrisa.

—Podías habértelo callado y haber pasado de mí.

—Eso que dices es imposible —declaró con voz queda, apenas sin intensidad—. Yo ya no puedo pasar de ti, ¿no lo entiendes? Te has metido bajo mi piel y haces circular mi sangre. —Entreabrí los labios, asombrada por su confesión—. Te quiero, Abril —soltó con ferocidad, apretando mis mejillas y acercándose a su boca—. Estoy enamorado de ti y haré cualquier cosa que me pidas con tal de continuar a tu lado, aunque eso implique que tenga que soportar verte con él.

Le rodeé el cuello con mis brazos y él pegó su frente a la mía.

—Solo hablé con Aarón porque quería saber qué te ocurría. Tú no me dices nada y Rebeca tampoco lo hace. Necesito entenderte, Samu. Necesito saber qué pasó para estar segura de cómo actuar contigo.

—No te cortes, nena, tú actúa como tengas que actuar. No tienes por qué aguantar callada todas mis mierdas, así que pregúntame cada vez que quieras saber. Me enfadaré, seguro, pero eso no es lo importante.

—Sí que lo es. Yo no quiero que explotes por algo que pueda decir. No quiero que te arrepientas de estar conmigo.

Clavó sus ojos en los míos.

—Eso no va a pasar. No podría arrepentirme de lo único bueno que me ha pasado en mucho tiempo.

—No hablaré con tu hermano de nuevo, pero necesito entender... ¿Qué pasó, Samu?, ¿qué te hizo para que no puedas perdonarle?

Una densa lágrima se deslizó por su mejilla y me cortó la respiración.

Sus iris ambarinos, brillantes como el sol de agosto, estaban cargados de tanta tristeza que me rendí.

—Cuando estés preparado. —Me adelanté antes de que se viera obligado a contestar algo que se veía claramente que lo torturaba—. Esperaré el tiempo que haga falta hasta que estés preparado para contarme lo que pasó. No habrá más preguntas, lo prometo. Seré paciente hasta que me lo quieras decir. Sin agobios, ¿vale?

Le pasé la mano por el cabello. Él apretó los párpados.

—No es que no quiera acostarme contigo —dijo de pronto—. No puedes llegar a imaginarte las ganas que tengo de hacerte mía de verdad. No sabes el esfuerzo que tengo que hacer para controlarme. Todo tiene que ver

con eso que aún no estoy preparado para compartir. Todo tiene que ver con lo que él hizo.

Samuel trataba de explicarme por qué hacía lo que hacía, si bien es cierto que mucho en claro no podía sacar de lo que me estaba diciendo. No obstante, comprendía que era el único modo que encontró de hacerme saber que la pega no estaba en mí y que, llegado el momento, me lo demostraría.

Asentí con convencimiento; tampoco volvería a sacar aquel tema.

—No insistiré más. Cuando quieras que pase, pasará. Mientras tanto, solo nos besaremos. —Sonreí para hacerle sentir mejor.

Samuel era un hombre; eso sí, un hombre demasiado contenido en algunos aspectos. Yo había comprobado cómo se manifestaba su cuerpo en respuesta a nuestros besos y caricias. Lo notaba cuando estaba pegado a mí, e incluso había podido verlo cuando vestía pantalón de chándal.

—¿Cuándo quiera que pase, pasará?! —preguntó algo más animado, lo que me hizo sonrojar—. Si por mí fuera hubiese pasado el mismo día que te conocí. O en la puerta de tu casa cuando cumpliste quince años. O aquel día en la playa cuando te agarré del culo y me besaste. —Se le enronqueció la voz—. O cada una de las veces que te tengo como ahora.

—¿Y por qué no lo haces?

Sé que acababa de prometerle que no habría más preguntas, pero me fue imposible quedarme callada.

—Porque he aprendido de los errores del pasado y contigo no me quiero equivocar. Y porque te quiero demasiado para que en tu primera vez yo vaya con miedo en lugar de sentir todo lo que estoy seguro de que sentiré cuando llegue el momento. Esperaré por ti; no habrá rollos de una noche; no habrá ninguna otra. Haz tú lo mismo, nena. Espera por mí. Espera por nuestro momento.

A mí aquel momento en el que estábamos solos en mi casa me parecía perfecto, sin embargo, asentí y dejé que sus labios cubrieran los míos, concentrándome en esos besos que tanto había echado de menos.



—Ya veo que mi hermano y tú lo habéis arreglado.

Habían pasado tres días desde que Samu y yo habíamos solucionado nuestros problemas y volvíamos a estar juntos, y ya lo sabía toda la Asunción. No por mi boca o la suya, no. Alguien con muy mala baba lo había visto salir de mi casa a altas horas de la noche y los rumores sobre lo que entre esas cuatro paredes habría ocurrido se extendieron, sobrepasando con creces la realidad. Una realidad que a mi parecer no tendría nada de extraño y que, por el contrario, a Samuel parecía molestarte mucho.

—Sí, y ya veo que tú también estás enterado.

—Las noticias jugosas vuelan.

—Ya veo, ya.

—¿Y a tu padre qué le parece todo eso de que su hijita se haya acostado en su propia casa con el colgado de la barriada, Ojos Azules?

Frené en seco. No tenía intención de hablar con él, pero aquello traspasaba los límites de la cordialidad. Y no porque me importara lo que pensarán él y todos los demás ni tampoco porque hubiera llegado a oídos de mi padre, al que seguro le daba igual, sino por el poco respeto que mostraba hacia su hermano.

Me volví y le planté cara.

—Tú tienes parte de culpa de esos rumores —dije elevando la voz y señalándolo con el dedo.

—Si no me falla la memoria yo no soy el que se ha metido entre tus piernas consiguiendo que todo el mundo hable.

—No, desde luego que no; ya te gustaría. —Decidí justo en aquel instante no sacarlo de su error. De todas formas, ya éramos la comidilla de aquella gente que no tenía nada mejor que hacer que inmiscuirse en las vidas ajenas—. Lo digo porque tú provocaste a Samuel con toda la intención sabiendo cómo iba a responder. Me utilizaste para joderlo y... ¿¿tienes la desfachatez de llamarlo colgado?! ¿Quién es el inestable, Aarón, el chico que defiende algo que es injusto o el que maquina una injusticia solo para incitar?

—Yo no he incitado a nadie, pero tampoco esperes que me quede de brazos cruzados mientras él trata de putearme. Donde las dan, las toman.

—¿Y cómo te puteó aquella noche? ¿Qué hizo él para que lo provocaras?

—Me quiere apartar de ti como me apartó de mi hermana —gruñó acercando su cara a la mía—, y no pienso permitirselo.

—Yo solita me he apartado de ti. —Di un paso atrás—. El rollo que os lleváis tus amigos y tú no va conmigo.

—No parecías muy disgustada cuando nos besábamos. —Bajó el tono de voz hasta convertirlo en un susurro—. Recuerda que me elegiste a mí para que te diera el primer beso, y puede que también me elijas para darte todo lo demás, ¿quién sabe? Después de todo, él y yo nos parecemos.

Al principio no sabía a qué se refería con eso de que quizá lo eligiera para todo lo demás, pero conforme sus palabras fueron cobrando sentido, me tensé.

—Tú... Tú... Tú...

—Sí, yo. Porque sé que ese «colgado» —pronunció con retintín— no te ha tocado. Y no te tocará en mucho tiempo. —Su sonrisa ladeada se transformó en una mueca mustia—. Ojos Azules, al final te acabarás cansando de él, de que siempre ande a medio camino entre la ira y la autocompasión.

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

—¿Cómo lo sabes? —grité—. ¿Cómo sabes lo que pasará?

—Porque está roto y ni siquiera tú puedes arreglarlo.

Sus últimas palabras contenían una gran dosis de sufrimiento, lo que me resultó de lo más extraño.

Había podido ver el resentimiento en los ojos acaramelados de Aarón, los ojos de una serpiente dispuesta a utilizarme contra su propia sangre. Entonces... ¿por qué aquellas palabras me habían llegado envueltas en tanto dolor?, ¿por qué parecía tan afligido por Samu? ¿Qué secreto guardaban los hermanos Reyes para que no tuviera claro si se querían o se odiaban? Demasiadas preguntas sin respuestas. Bueno, una quizá sí, y es que, según él, Samuel había apartado a Rebeca de su lado.

Lo más curioso era que le creía.



## 9. Un deseo concedido como premio de consolación

*Navidades de 2009/2010*

«Oh, Dios de mi alabanza, no calles.

Porque contra mí han abierto su boca impía y engañosa;

con lengua mentirosa han hablado contra mí.

Me han rodeado también con palabras de odio,

y sin causa «»han luchado contra mí.

En pago de mi amor, obran como mis acusadores,

pero yo oro.

Así me han pagado mal por bien,

y odio por mi amor...».

¡Oh, Dios! Y todo porque el cordero de Nochebuena se me había pegado un poco y dejaba un regustillo como a quemado en el paladar.

Mi padre, aunque no tan ebrio como otras veces, comenzó a gritarme nada más haber dado el primer bocado. Me llamó inútil. Dijo que era una incompetente para todo salvo para zorrear. Ahí fue cuando Darío ya no pudo callarse y, alzando la voz como nunca, le exigió que no volviera a insultarme. Yo temblaba igual que la gelatina que había preparado para el postre, y no por cómo me estaba tratando mi progenitor, no. Mis temblores se debían a la certeza de que mi hermano pagaría cara esa sublevación. Y así fue. Encerrada en el baño oía cómo, mientras el Salmo se elevaba, el chasquido del cinturón impactaba contra la carne. Él ya no empleaba los puños desde que Darío lo había superado en corpulencia y altura, y de eso hacía bastante. Por eso me era muy difícil digerir que mi hermano no usara esa ventaja, que no lo encarara ni hiciera frente a sus golpes imponiéndose por la fuerza. Se limitaba a apremiarme para que me escondiera y dejaba que pasase. Todas las veces.

Cuando se hizo el silencio, tras el portazo que por costumbre ponía punto y final a aquella tortura, corrí al salón.

—¡Darío, Darío! —Él intentaba sacarse el jersey de lana por la cabeza sin conseguirlo—. Por favor, siéntate y deja que yo lo haga.

Con muchísimo cuidado se lo quité y comencé a desabotonarle la camisa. Él mantenía los ojos fijos en mis manos, que se agitaban levemente luchando contra los diminutos ojales. Al deslizársela por los hombros contemplé espantada las franjas en tono carmesí que le cruzaban la espalda. No había señales de maltrato en ningún otro lugar de su cuerpo; se había ensañado concretamente en aquel, donde era más difícil que alguien lo viera. ¿Ahora tenía reparos en que los vecinos supieran cómo pegaba a su hijo? Por lo visto sí, o al menos yo prefería pensar que se trataba de eso y que en su conciencia aún quedaban restos de vergüenza por lo que hacía, y no que fuese tan cruel que sus castigos se centraran en hacerle tal daño que ni recostándose sobre la cama encontrara un poco de alivio.

—Voy a por la pomada, no te muevas.

Le impregné la espalda con una gruesa capa de crema antiinflamatoria. Poco más podía hacer.

—Ya es suficiente, Abril, que vas a dejar el tubo seco para la próxima vez.

—¿Y por qué tiene que haber una próxima vez? —pregunté enfadada, arrodillándome ante él—. Tú eres más fuerte. Podrías pararlo si quisieras. Podrías... Podrías pegarle también.

—Me echaría de casa y entonces... ¿qué sería de ti?

Me quedé muda, mirando sus ojos resignados y comprendiendo el significado del dolor que había en ellos.

—No lo hagas por mí. —Agarré sus manos, apretándolas con suavidad entre las mías—. No dejes que te haga más daño.

—Unos pocos meses más, eso es todo lo que tenemos que esperar.

Se fue a su dormitorio sin darme opción a preguntarle a qué se refería con aquello.



—Solo tienes que pedírmelo y haré que ese cabrón se arrepienta de haber nacido.

Rebeca y Samuel aparecieron en mi casa el día de Navidad por la tarde y fueron testigos del lamentable aspecto que presentaba Darío, que apenas era capaz de mantenerse erguido.

Ella se sentó en silencio junto a él y le acarició el brazo casi con miedo. Yo estaba acomodada en el otro extremo del sofá, observando cómo Samu, de pie frente a nosotros, apretaba con fuerza los puños a los costados. Tenía una mirada de asesino que no podía disimular.

—Ya sabes lo que quiero, tío. Cuando llegue el momento, cuento contigo.

Rebeca y yo nos miramos sin entender de qué iba esa conversación.

—¿Qué es lo que quieres, Darío? —pregunté con voz temblorosa—. ¿Y para qué vas a necesitar a Samu cuando llegue el momento?

Las imágenes que asomaron a mi mente fueron muchas y a cuál más aterradora. Mi hermano debió leer el temor que a todas luces exhibía mi cara. Estiró el brazo, apartándome un mechón de pelo, y con los nudillos me acarició la mejilla.

—No te preocupes por nada.

—¿Cómo no voy a preocuparme cuando estáis hablando en código

sobre algo que me afecta directamente? —me lamenté.

—Tiene razón —intervino Rebeca—. Lo que estáis comentando no suena nada bien, y tanto a ella como a mí nos gustaría saber qué es lo que ocultáis.

Mi hermano y Samuel se miraron un segundo y vi que este último negaba con la cabeza con la intención de dejarnos al margen. Él no quería que ni su hermana ni yo supiéramos nada de aquel tema y Darío, por lo visto, opinaba igual.

—Muy pronto lo sabréis. —Suspiró—. Todo está controlado. Tu hermano me ayudará a resolverlo.

—Pero... Darío —insistió.

—Por favor —entrelazó los dedos a los de su chica—, no me presiones, solo confía en mí.

Ella asintió despacio a su petición.

Samuel tenía sus ojos fijos en mí, solicitando en silencio lo mismo que mi hermano acababa de pedirle a su hermana: paciencia y confianza. Alcé la barbilla con terquedad, negándome a ceder tan fácilmente. Arrugó el contorno de los ojos, ladeó la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho, no contento con mi respuesta. Le sostuve durante unos segundos la mirada con el fin de imponer mi voluntad a la suya, pero él no era de los que concedían rendición dócilmente. Samu irradiaba poder, fuerza y determinación, y al contrario que yo, parecía inmune al miedo. Asentí entonces con reticencia, advirtiendo cómo se relajaban los músculos de su mandíbula. Él sabía lo que se hacía y si algo tenía que pasar, mi hermano no podía tener a nadie mejor a su lado, de eso no me cabía duda. Sí, Samuel podría ser volátil e incluso peligroso, pero Darío tenía plena confianza en él para cuando llegara el momento. ¿Qué momento? No lo sabía. ¿Con qué finalidad? No tenía ni idea. Tendría que esperar para descubrirlo y rezar para que no hicieran algo de lo que tuvieran que arrepentirse.



Los fuegos artificiales que despedían el año creaban unos efectos visuales espectaculares al estallar en el cielo negro. Mil ramas de colores superpuestas unas con otras a distintas alturas se extendían sobre nosotros.

Estábamos tumbados en el techo del coche de Agustín contemplando la

exhibición pirotécnica más hermosa que recordaba.

—Rojo. Azul. Blanco —nombraba cada estela tintada que iba apareciendo mientras Samuel lucía una bonita sonrisa en el rostro—. Violeta. Verde. Dorado como tus ojos.

Ladeó la cabeza al mismo tiempo que yo.

Solo nos separaban unos pocos centímetros.

—Tienes unos ojos preciosos —susurré junto a su boca.

—No tanto como los tuyos.

Sonreí. Yo sabía que el color de mis ojos era bonito; no tenía más que mirar los de Darío para convencerme de ello. Pero los de Samu eran únicos. Dependiendo del grado de claridad, de la emoción que lo recorriera en el momento o de cuántas nubes hubiese en el cielo, podían variar desde el tono del oro líquido hasta el del caramelo fundido. Y brillaban. Siempre brillaban. Ni tan siquiera Aarón los tenía como él.

—¿Sabes que tus ojos son idénticos a los de una pantera negra?

Se contuvo para no echarse a reír por la infantil comparación. Al segundo, arrugó la frente y elevó el brazo hasta que su muñeca quedó a la vista, observando, como si fuese la primera vez, la pulsera que once meses atrás le había regalado para su cumpleaños. La contempló detenidamente desde todos los ángulos antes de mirarme de nuevo y obsequiarme con su maravillosa sonrisa de hoyuelos pronunciados.

Samuel acababa de entender el significado de mi regalo.

—¿Por qué una pantera, Abril? Un lobo también tiene los ojos amarillos. Y el búho, y el cocodrilo —enumeró con los dedos—. ¿Por qué te recuerdan a los de una pantera en lugar de a los de cualquier otro animal?

Y yo le expliqué por qué la pantera y no ningún otro.

—No es solo por el color, aunque ese fue el primer rasgo que me hizo pensar en la pantera. También es porque es solitaria y actúa de forma individual, al igual que hacías tú. A eso se sumó tu forma de ser: siempre alerta, controlando la situación a tu alrededor sin alterarte; callado; peligroso; cauto hasta el momento de asaltar a tu presa. Es cierto que estas mínimas alteraciones en ti solo duran unos segundos y que, si no prestas atención, pasan desapercibidas. Por eso hay quien cree que eres inestable, que reaccionas sin pensar. Yo también lo creía hasta que te conocí de verdad. Actúas por instinto, sí, pero antes lo meditas, planeas de qué forma vencerás, incluso sin ser consciente de ello. Como una pantera cuando va de caza. — Sonreí al verle pensativo, repasando todas esas características de él que yo

exponía de manera clara—. Por eso me es imposible compararte con un búho o con un cocodrilo. Tú no puedes verte en acción, Samu. No puedes ver lo que yo veo en ti.

—¿Es que aún hay más cosas?!

—Muchas más —afirmé riendo abiertamente—. Cuadras los hombros y los músculos de tu cuerpo se tensan un segundo antes de atacar. —Arqueó las cejas sorprendido—. Sí, no pongas esa cara. Cuando todos tus sentidos se ponen en alerta, arrugas los ojos para fijar tu atención y... ¡zas! —Di una palmada—. Objetivo cazado.

Dejó ir una carcajada de lo más natural.

—Joder, nena, no tenía ni idea de que me vieses de esa forma. No soy tan agresivo, ¿sabes? No voy por ahí buscando bronca ni planeo nada.

—Sí que lo haces, no seas hipócrita. No lo de buscar bronca, sino lo de calcular la siguiente jugada.

—¿En serio lo crees? —No dejaba de reírse.

—Sííí, claro que lo creo.

Pasaron unos minutos hasta que volvió a hablar.

—Oye, Abril, ¿alguna vez me has tenido miedo?

Fruncí los labios, sopesando qué contestar. Al final decidí no mentirle.

—Antes sí. —Su preciosa sonrisa desapareció—. Hubo algunas veces que solo tu forma de mirarme hizo que me estremeciera, porque no sabía hasta dónde serías capaz de llegar y temía que fuese demasiado lejos.

—¿Y ahora?

Me puse de costado y le acaricié la áspera mejilla.

—No, Samu. Hace mucho tiempo que no.

—Jamás te haría daño. Al menos conscientemente.

—Lo sé, no tienes que convencerme de nada.

Se giró, quedando frente a mí, deslizó un brazo alrededor de mi cintura y me acercó a su pecho. Capturó mis labios entre los suyos: primero el superior, después el inferior. Los abrí, deseando que entrara en mi boca, deseando experimentar ese cosquilleo ascendente que se producía en mi cuerpo cada vez que me besaba.

Cuando sus labios apacibles se tornaron codiciosos, se me escapó un suspiro prolongado acompañado de un leve gemido que nació en lo más profundo de mi ser. Respondí de igual modo, convirtiendo un dulce beso en algo casi prohibido. Mis manos volaron a sus caderas y me apreté contra él. En respuesta me tumbó de espaldas, situándose sobre mí, introdujo las suyas

bajo mi jersey y cubrió mis pechos con ellas por encima del sujetador, con más ganas de explorar que de costumbre. Su respiración se hizo pesada y sonora mientras se impulsaba contra mi vientre, intentando terminar con la presión que sentía bajo los pantalones. Por un instante tuve miedo de que ese descontrol al que se había abandonado diera como resultado que nuestra primera vez tuviese lugar sobre el techo de un coche viejo sin más abrigo que el aire frío de la primera noche del año. No obstante, mis dedos continuaron aferrados a sus glúteos, disfrutando de cómo se endurecían cuando empujaba para friccionarse contra mí. Dejé de razonar cuando mi carne tembló bajo sus palmas curtidas. Sí, él acababa de romperme de un tirón el sujetador y ahora trazaba círculos en mis pezones con los pulgares. ¡Qué sensación tan extraña y reconfortante en mi bajo vientre! Una mezcla de dolor y algo tan placentero que era difícil de separar. Una sensación que jamás había experimentado de un modo tan intenso y que me hacía querer más. ¿Qué importancia tenía una prenda rota frente a todo lo que me estaba haciendo sentir? Ninguna, desde luego. Abrí las piernas por inercia, guiada tan solo por los estímulos a los que mi cuerpo estaba cediendo, sometiéndome sin timidez a las caricias de Samuel.

Ya estaba totalmente convencida de que había llegado nuestro momento, de que era la hora de entregarnos por completo el uno al otro, cuando se separó de mí como si hubiese recibido una descarga eléctrica y se dejó caer sobre la chapa de metal. Lo miré desconcertada. Y desilusionada, para que negarlo. Samu tenía los ojos cerrados y las facciones de su cara estaban contraídas en una mueca de dolor. Dobló las piernas por las rodillas, apretando con fuerza un muslo contra el otro, mientras trataba de controlar su respiración. A mí también me costaba canalizar la entrada y salida de aire en mis pulmones.

—Samu —susurré llevando la mano a su estómago.

—Espera un segundo, nena. —Apenas podía vocalizar.

Me incorporé, volcando la mitad de mi cuerpo sobre el suyo.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

Negó con la cabeza, apretando los párpados aún más. Sus dientes rechinaron.

Le rocé la mejilla con mis dedos y abrió los ojos. Los tenía de un amarillo intenso, muy oscuro.

—No me toques ahora, Abril —gruñó con la voz enronquecida. Retiré la mano de su cara y me agarró por la muñeca antes de poder bajar el brazo

—. Casi no freno. Me he excitado tanto que por poco lo jodo todo. —Mi incredulidad debía ser mayúscula, ya que suavizó sus facciones severas y dulcificó el timbre de su voz—. No es que no quiera que me toques; créeme si te digo que en este momento es lo que más me gustaría. Pero no podemos continuar.

—¿Por qué?! —El gritito frustrado que salió de mi garganta fue solo un insignificante aviso de la confusión que se acumulaba en mi interior.

Sé que le había prometido no insistir ni hacer preguntas en lo referente a aquel tema, si bien no pude evitarlo. Samuel era desconcertante, desesperante e irritante, y no lograba comprenderlo.

—Porque luego me arrepentiría, y no es eso lo que quiero —contestó apesadumbrado—. No quiero arrepentirme, Abril. No quiero tener que lamentarme de nada de lo que haga contigo.

Me dejé caer hacia atrás derrotada. Mi cabeza golpeó la chapa del coche, que sonó a hueco.

—¡Ay! —me quejé llevándome las manos a la coronilla—. ¡Joder!

—Sé que no me entiendes, y que cuando hago estas cosas aún me entiendes menos. —Tomó una densa bocanada de aire—. Todo tiene sentido aquí dentro, ¿sabes? —Se señaló la sien—. Por lo menos para mí.

—Querrás decir solo para ti. Para mí no lo tiene. Y no lo tiene porque no tengo ni idea de qué va lo que sea que haya en tu cabeza.

Nos mantuvimos en silencio durante unos minutos. Él pensativo. Yo muy cabreada.

—¿Recuerdas que me preguntaste qué era el tatuaje en mi omóplato?

—Me dijiste que un nudo celta.

Giró el cuello para mirarme a los ojos y entrelazó sus dedos con los míos.

—Sí —afirmó—. Pero no es un simple nudo, es uno perenne. Una especie de lazo que no se puede romper, que representa una unión duradera; eterna. En la tradición celta, las parejas se intercambiaban este símbolo como prueba de su amor, para que durase siempre.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? —pregunté secamente.

No me pasó por alto su cambio brusco de tema intentando que me olvidara de la conversación anterior y de lo que sus rechazos dolían. Él lo sabía. Yo también.

—Porque me lo hice pensando en ti. Porque sé que lo que siento no es pasajero, no es algo que se apagará.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Quiero decir... ¿Cómo sabes que lo que sientes por mí no se te pasará dentro de un tiempo?

—Lo siento aquí. —Llevó nuestras manos unidas al centro de su pecho.

—Pero si alguna vez dejas de quererme ese tatuaje no tendrá sentido, y no te lo podrás borrar de la piel.

Exhibiendo una sonrisa preciosa, condujo mi mano hasta su boca y me besó los nudillos.

—Eso no va a pasar nunca, ¿me oyes? Siempre voy a quererte.

Lo dijo tan convencido que lo creí, como si «siempre» fuese una palabra sencilla que no implicara un periodo infinito.

—Te he contado esto —prosiguió— porque es lo justo. Tienes miles de preguntas que esperan miles de respuestas que todavía no te puedo dar. Eres una chica inteligente, Abril, así que sabrás cómo me desarmas cada vez que me besas o me tocas. Tenerte cerca es excitante y doloroso a partes iguales. Nadie ha conseguido alterarme como lo haces tú, que desee tanto algo y con tanta intensidad. Y duele, ¿sabes? Duele tener que controlarme continuamente.

—No lo hagas, Samu.

—Tengo que hacerlo. —Fui a contradecirle, pero me cortó—. No me lo pongas más difícil, que ya es difícil de cojones. Algún día lo entenderás. Pronto. Muy pronto.

Y volvió a capturar mis labios. Esa vez reprimiéndose, dejando a un lado el corazón para guiarse por la mente.

Samuel me había dejado conocer uno de los muchos secretos que guardaba en su interior. Un deseo concedido como premio de consolación por todo lo que yo le pedía y que de ningún modo me daba.



En días como el de la víspera de Reyes me preguntaba cómo era posible que cupiesen tantas personas en la ciudad. Nos encontrábamos apretadas, junto a las vallas que prohibían el acceso a la avenida, entre una multitud que esperaba con ansia el desfile de la cabalgata. Los chicos se habían negado a acompañarnos. *Ni de coña me vais a arrastrar allí*, había dicho Ángel dándole voz a los pensamientos tanto de Darío como de Samuel.

Carol sujetaba un cartucho de castañas y Rebeca uno de pipas saladas de los que picoteábamos las cuatro para amenizar la espera.

—¡Ya se acerca! —exclamó Marta con la misma ilusión que cuando

tenía cuatro años.

Cogimos cuantos caramelos cayeron a nuestro alrededor; carne asegurada de dentista si nos comíamos todo aquello.

De vuelta a la barriada, ya al anochecer, con los bolsillos de los abrigos a rebosar de gominolas dulces, nos cruzamos con Sebas y compañía. Y en esa compañía se incluía Aarón.

Sebas pasó de largo, mirándome como si me estuviese perdonando la vida, en cambio, Álex se plantó delante de Rebeca y atrapó un mechón de su pelo, enredándose en el dedo hasta formar un tirabuzón. Ella dio un paso atrás al tiempo que él cerraba la mano en un puño. El tirabuzón se estiró hasta casi romperse y Rebeca chilló de dolor.

Pasmada, miré a Aarón, que se mostraba impasible ante lo que aquel gilipollas estaba haciendo. Contemplaba la escena con las manos en el interior de los bolsillos mientras ese al que llamaba amigo tiraba del pelo a su hermana sin ninguna delicadeza para acercarla a él.

Sebas inició el coro de carcajadas burlonas que rompieron el silencio de la noche.

Tenía que conseguir que Aarón reaccionara, que parara aquello, pero él había desviado su atención y ahora observaba a Carol, que tenía el rostro demudado, con una sonrisa que no supe interpretar. ¡¿Qué le pasaba?! ¡Era a su hermana a la que estaban acosando! ¿Por qué no la defendía?

—¡Haz algo! —grité al mayor de los Reyes.

Entonces giró la cabeza y me miró entornando los ojos. Los tenía vidriosos y el blanco estaba enrojecido. Iba puesto de todo; tanto, que probablemente no fuera consciente de lo que allí ocurría.

De un manotazo aparté la mano de Álex del cabello de mi amiga. Su risa se esfumó. Contrajo los labios, dejando a la vista una sucesión interminable de dientes amarillentos y medio podridos por la droga.

Por el rabillo del ojo advertí que el poco color que tenían los rostros de las gemelas había desaparecido. Y es que ni Carol, que era la más intrépida de nosotras, sería tan estúpida de retar a aquel chico.

Álex levantó una mano por encima de su cabeza e instintivamente cerré los ojos esperando el golpe.

—Yo de ti me lo pensaba —tronó una voz.

Abrí los párpados y ahí estaba Samuel, parado a pocos metros con los puños apretados a los costados. Mi hermano y Ángel se encontraban tras él, flanqueándolo por ambos lados.

En aquel momento amé con intensidad el amarillo furibundo que desprendía su mirada cargada de odio.

Dejé de sentir miedo, porque había aparecido para salvarme al igual que un príncipe de aquellos cuentos que mi madre me solía leer. Y Samuel imponía. Superaba en altura a todos ellos, tenía la espalda ancha y unos músculos duros que ni la ropa de abrigo disimulaba. Pero lo más intimidante de él era la amenaza implícita que se advertía en su mirada dorada. Eso fue lo que hizo a Álex retroceder. Escupió al suelo y, esquivándome, prosiguió su camino. Sebas repasó a Samu de pies a cabeza antes de darse la vuelta y seguirlo. El único que se quedó ahí parado, con cara de no entender nada, fue Aarón, que miraba a sus hermanos intermitentemente. Andrea retrocedió sobre sus pasos y, agarrándolo del brazo, lo arrastró tras los demás hasta que sus siluetas se perdieron en la oscuridad.

Darío abrazó a Rebeca, que había comenzado a llorar, más por la pasividad de su hermano mayor que por el dolor en sí. Ángel rodeó los hombros de las gemelas, instándolas a caminar en la dirección opuesta a la que había tomado la escoria de la barriada.

Yo me quedé frente a Samuel, que permanecía en la misma pose, con los ojos clavados en la negrura por donde Aarón acababa de desaparecer. Me acerqué y le rodeé la cintura con los brazos, apretándolo contra mi pecho. Él no odiaba a su hermano ni la mitad de lo que creía o nos quería hacer creer.

Respiré de nuevo cuando respondió a mi abrazo y dejó un beso tierno en mi coronilla.



## 10. El adiós que trae consigo la libertad

*Abril de 2010*

En las dos últimas semanas no había visto a Samuel más de cinco minutos por día. Todas las tardes había venido a casa al finalizar su jornada laboral sin haberse duchado ni desprendido del mono de mecánico, aunque no buscaba precisamente mi compañía. Se había limitado a cruzar cuatro palabras conmigo, mostrándose esquivo a mis preguntas, a las que respondía con frases escuetas, el tiempo que Darío tardaba en salir a su encuentro sin despojarse tampoco de su uniforme de trabajo. Luego se marchaban a toda prisa y volvía a escuchar la puerta cuando mi hermano regresaba de madrugada.

El día de mi cumpleaños ninguno de los dos chicos que más quería en la vida se había molestado en felicitarme. Esa tarde ni Samu había venido a recoger a Darío ni este se había pasado por casa al terminar su trabajo. Y allí estaba yo, con la mayoría de edad recién cumplida, sentada frente a mi padre en la cocina, que tampoco dio muestras de acordarse de la fecha que era.

La cena transcurría envuelta en un silencio tenso en el que solo se oía su indignada respiración por la ausencia de mi hermano. No me explicaba cómo Darío podía ser tan insensato sabiendo cuál sería su respuesta en cuanto

apareciera. Lo único que me quedaba era rezar para que cuando él llegara a casa nuestro padre ya durmiera profundamente. Percibía su ira contenida en la fuerza que ejercía al cortar el filete de cerdo, en el temblor de la mesa por el movimiento repetitivo de su pierna y en su forma casi animal de masticar. Mi hermano tenía un serio problema al haberse saltado durante dos semanas la cena en familia impuesta por un padre religioso, dando lugar a que este, noche tras noche, aumentara su enfado. Sabía que estaba perdido y yo no quería tener que curar heridas abiertas el día de mi cumpleaños.

Mi padre terminaba de pelar una manzana cuando se escucharon las llaves en la cerradura. Soltó con fuerza el cuchillo y la pieza de fruta y se puso en pie.

El cuerpo se me agarrotó.

«Hoy no, por favor. Hoy no», pedí para mis adentros.

Darío se dirigió como una exhalación al interior de la casa. Me quedé atónita con los ojos fijos en el pasillo por donde acababa de entrar casi a la carrera. Paralizada de miedo, alcé la vista para ver qué expresión cruzaba la cara de nuestro progenitor en aquel momento, comprobando que no miraba en esa dirección, sino que lo hacía al salón. Giré la cabeza lentamente y descubrí a Samuel, con el mono azul lleno de manchas de grasa y el pelo revuelto, parado a los pies del sofá con las piernas ligeramente separadas, la cabeza ladeada y sus ojos clavados en mi padre.

—Recoge tus cosas. —Aquello era una orden y supe que iba dirigida a mí, aunque él no me mirara—. Abril —dijo con los dientes apretados al ver que no me movía—, levanta el culo y ve a por tus cosas. ¡Ya!

¿A por qué cosas tenía que ir?!

No me atrevía a preguntar. No estaba segura de cuál de los dos me imponía más, si mi padre aguantándose las ganas de descargar su ira contra quien fuera, o Samu en su faceta más intimidatoria, instándome a hacer algo que no entendía.

Arrastré la silla al ponerme en pie y comencé a dirigirme al pasillo.

—¡Siéntate! —vociferó mi padre consiguiendo que me quedara clavada al suelo.

Samuel dio un paso hacia él, acortando la distancia.

—Ve a por tus cosas de una maldita vez.

Cerraba y abría los puños. Con cada movimiento, los músculos de sus brazos se contraían y las venas se engrosaban.

De fondo se escuchaba el abrir y cerrar de puertas y cajones en la

habitación de mi hermano. ¡¿Qué ocurría?! El pánico iba apoderándose de mí, convirtiendo mi sangre en hielo y dificultando la movilidad de mis extremidades, que eran incapaces de reaccionar.

—¡Que vayas a por tus cosas, joder! —rugió Samuel sobresaltándome.

—No se te ocurra moverte de donde estás.

Miré a ambos sin saber qué hacer.

Samu dio otro paso hacia nosotros y mi instinto me dijo que le obedeciera; la alternativa la conocía. Comencé a avanzar despacio a su encuentro.

Los dedos de mi padre se ciñeron como pinzas a mi muñeca. Me volví, percibiendo la amenaza en su mirada, y tiré inconscientemente para soltarme sin obtener ningún resultado. Me zarandeó con violencia, concentrando esa rabia reprimida en cortarme la circulación mientras me retorció el brazo. Las lágrimas escaparon de mis ojos: mitad miedo, mitad dolor.

Lo que ocurrió a continuación sucedió tan rápido que cuando quise darme cuenta me encontraba tras Samuel, que con uno de sus brazos me mantenía sujeta por el muslo pegándome a su espalda. Había sentido el tirón seco que me liberó de las garras de ese maltratador a la vez que el crujir de huesos. Ahora mi padre estaba tirado de espaldas en el suelo cubriéndose la cara con las manos. De entre sus dedos brotaba sangre, probablemente de su nariz rota. No sentí lástima por aquel hombre que había dedicado su vida a torturar a la familia que debería haber amado, ni tampoco encontré un ápice de cariño que me obligara a reprocharle a Samuel que lo hubiese golpeado.

—Ve a tu cuarto —siseó volviéndose hacia mí con los dientes tan apretados que pensé que se le partirían.

—Samu... —gimoteé con voz temblorosa.

—¡A tu cuarto! —bramó con los labios contraídos.

Salí corriendo, chocándome en el pasillo con mi hermano que sostenía en la mano una gran bolsa de lona. Lo miré a los ojos un segundo y volví a correr hasta encerrarme en mi habitación. Me apoyé de espaldas contra la puerta y me deslicé hasta el suelo, abrazándome las rodillas. Sollocé con fuerza al oír platos y vasos rompiéndose mientras Darío le gritaba a Samuel que se detuviera. Pero él estaba dispuesto a matar a mi padre, lo había visto en sus ojos.

—¡Para, joder! ¡Que pares te digo! Esto no es lo que habíamos acordado.

—¡Suéltame! —Su ronco rugido me hizo temblar—. Le ha puesto las

manos encima. Se ha atrevido a tocarla y le ha hecho daño. Nuestro puto acuerdo ya no tiene ningún valor.

El que no pudiese verlo no impedía que supiera que Samu había perdido el poco control del que estaba dotado. Su cordura había sido anulada por la ira, y yo debía hacer algo si no quería que aquello terminase en tragedia y que él pagara las consecuencias de por vida.

Me puse en pie de un salto, salí de mi habitación y recorrí el pasillo a toda velocidad. Frené en la puerta del salón, observando la escena. Mi padre estaba agazapado en un rincón, lamentándose e intentando parar la hemorragia de su nariz. Darío sujetaba desde atrás los brazos de Samuel, que se revolvía inclinando el cuerpo hacia delante con la intención de saltar. La vajilla de la cena estaba hecha añicos por todo el suelo con las sobras desperdigadas a su alrededor, y una silla de la cocina se hallaba sobre la mesa con dos de sus patas de madera partidas y fuera de su lugar.

—¡Baaasta! —chillé, tapándome los oídos.

Se volvieron al escuchar la súplica que había elevado mi voz hasta hacerla irreconocible.

—Ve con ella y ayúdala —pidió mi hermano sin dejar de mirarme.

En tres zancadas Samuel había agarrado mi brazo y me arrastraba de vuelta a mi habitación. Cerró con un portazo.

—¿Dónde tienes una maleta o una bolsa de viaje grande?

Respiraba agitado.

—¿Qué está pasando? —demandé incapaz de dejar de llorar.

—Después, Abril. —Miraba en derredor—. Una maleta. ¿Dónde coño hay una jodida maleta?

—Debajo de la cama.

Se agachó y arrastró la pesada maleta que había pertenecido a mi madre, la puso sobre el colchón y la abrió. Se fue al armario y tiró de los pomos de las puertas con tanta fuerza que me extrañó que no partiera las bisagras. Comenzó a sacar ropa a toda prisa, metiéndola de cualquier manera dentro de la maleta.

—Samu... ¿qué estás haciendo?

—Sacarte de aquí. Te largas de esta puta casa ahora mismo.

Él continuaba descolgando prendas de los percheros sin prestarme atención.

—No puedo irme —grité con desesperación—. No puedo abandonar a Darío.

Se detuvo un segundo y giró el cuello para mirarme.

—No vas a abandonar a nadie. Él se larga contigo. —Y siguió con aquella tarea que estaba realizando completamente mal.

Una luz iluminó mi mente, cortando mi llano de forma súbita.

—Aparta —lo empujé—, así no vas a conseguir que cierre. Los cajones de la mesita de noche —señalé.

No hizo falta más indicación, Samuel me había entendido. Mientras yo me afanaba en doblar algo mejor todo ese desastre de prendas revueltas, él metía mi ropa interior en una mochila.

Me volví cuando la cremallera estuvo cerrada y asentí. Samu se echó la mochila al hombro, levantó la maleta con una mano como si no pesara nada y me ofreció la otra. Trencé mis dedos a los suyos y, juntos, regresamos al salón.

—Verte solo hasta el final de tus días es lo que mereces —decía Darío a nuestro padre, que se había sentado en el sofá cubriéndose la nariz con un paño de cocina—. Te tengo asco desde hace mucho. Jamás olvidaré las palizas que le dabas a mi madre incluso cuando la enfermedad la debilitó. Eres un miserable, y si no te devolví los golpes fue para que no me echaras de casa y dejar a mi hermana desprotegida a voluntad de un cerdo como tú. Por eso he aguantado, no por miedo. Hace años que tus castigos dejaron de afectarme y tus putos Salmos nunca fueron un correctivo para mí, porque no creo en ellos. Solo esperaba a que Abril cumpliera la mayoría de edad y ese día por fin ha llegado. —Acercó su cara a la de él—. Eres un desgraciado. Un marido y un padre de mierda —escupió con repugnancia—. Un puto cobarde que se cebaba, creyéndose el Mesías, con una pobre enferma y un crío asustado. Pero hasta aquí, ¿me oyes? Hasta aquí esa macabra autoridad que creías tener derecho a ejercer sobre nosotros. Y si sigues respirando es gracias a que me niego a ser como tú, de lo contrario, hace tiempo que habría acabado con tu vida.

Estaba congelada, jamás le había escuchado hablar así a nuestro padre. Su rabia contenía el recuerdo de los abusos de toda una vida y sus palabras carecían del miedo que acobarda a los sometidos. Mi hermano poseía una fortaleza interna que no flaqueaba, que se había mantenido intacta solamente por mí.

—Estamos listos —anunció Samuel sabiendo que todo estaba dicho entre ellos.

Darío enderezó la espalda, se irguió en toda su altura y avanzó hacia

nosotros.

—Hijos míos... —La voz de aquel hombre sonó a ruego, pero en sus ojos no había un ápice de arrepentimiento.

—No somos tus hijos. Para nosotros estás muerto hace más años de los que puedo recordar.

Esas fueron las últimas palabras que Darío dedicó a nuestro padre antes de rodear mis hombros para cruzar juntos el umbral de aquella casa por última vez.

Ninguna palabra de despedida brotó de mis labios.

No había en mí dolor alguno por abandonar a ese hombre que había hecho de nuestras vidas un infierno.



Sentada sobre la cama en esa habitación de muebles blancos desconocida para mí, estudiaba minuciosamente cada detalle con que los dos hombres de mi vida la habían decorado con la intención de que la sintiese un poco mía. Dos estanterías perfectamente alineadas sostenían los libros que no noté que faltaran en mi antiguo dormitorio y en la mesita de noche reposaba una lamparita con un foco amarillo opaco que daba luz a una antigua fotografía de mi difunta madre. Disponía de escritorio propio para estudiar y tres cuadros con marcos de colores, que exponían ilustraciones primaverales, vestían la pared que había sobre él. Las cortinas eran transparentes del color de los limones y el tono de las paredes de un azafranado pálido. Un armario de tres puertas ocupaba la pared derecha y al lado de este había un espejo de cuerpo entero bastante más alto que yo, en el que podría verme desde todos los ángulos.

Oí los pasos de mi hermano acercándose a mi nueva habitación después de que se hubiese despedido de Samuel.

—¿Te gusta? —preguntó apoyando el hombro en el marco de la puerta.

Asentí una sola vez.

—¿Por qué se ha ido Samu?

—Está hecho polvo. —Entró y se sentó en la cama a mi lado—. Han sido dos semanas de locos. Si no llega a ser por él...

Miró en derredor con una sonrisa dibujada en la cara.

—¿Desde cuándo teníais planeado esto, Darío?

—Desde que empecé a trabajar.

—Y... Y... ¿por qué ninguno me habéis comentado nada? —le reproché con voz aguda.

Se giró en el colchón para quedar de cara a mí.

—Le hice jurarme que no te lo diría. Primero se enfadó, insistía en que tenías derecho a saberlo. Luego, cuando le expliqué mis motivos, lo entendió.

—¿Qué motivos son esos?

—No quería crearte expectativas por si no salía bien. Entiéndeme, no podía decirte nada, solo esforzarme al máximo para sacarte de allí en cuanto llegara el momento.

Le acaricié la mejilla con ternura. Mi hermano se había pasado la vida cuidándome.

—Lo entiendo, tenías miedo a que me ilusionara y tus planes se torcieran.

—Exacto. —Me miraba fijamente a los ojos y no vi rastro de aquella tristeza que siempre lo había acompañado en los suyos—. Samu me ha ayudado en todo, ¿sabes? Salía del curro y me acompañaba sin protestar. Ha trabajado conmigo, codo con codo, todos estos días hasta bien entrada la madrugada para que la casa estuviese lista hoy. No lo he escuchado quejarse ni una sola vez, y Dios sabe que debía dolerle el cuerpo tanto como a mí. Pero no bajaba el ritmo ni un segundo. —Sonrió—. Todos los muebles son de segunda mano excepto estos. —Abarcó la estancia con un movimiento circular de su brazo—. Estos los ha pagado él. Fue a comprarlos sin consultarme porque sabía que no lo aprobaría. Ha pintado tu habitación, ha elegido las cortinas y la decoración. Se ha esforzado mucho.

—No sé por qué me da la sensación de que tratas de justificar de algún modo su comportamiento de esta noche.

—No trato de justificarlo. Él hace lo que cree que tiene que hacer y asume las consecuencias. Por eso se ha marchado, para darte espacio y dejar que te tranquilices después del mal rato que has pasado, según él, por su culpa. No quiere presionarte. —Suspiró—. Samuel me ha demostrado lo que significas para él y solo por eso ya tiene mi amistad de por vida, incondicional, sin reproches ni malas caras por como actúe cuando la situación pueda con él. Así que te pido —carraspeó— que no seas demasiado dura cuando lo veas.

—No lo seré, puedes estar tranquilo. No estoy tan ciega como para no darme cuenta de lo que ha hecho por nosotros. Además... él también

significa mucho para mí.

Darío asintió conforme.

—Venga, duérmete. —Palmeó mi pierna al levantarse—. Esto... siento no haberte comprado un detalle ni haber estado contigo en todo el día —susurró parándose en la puerta, de espaldas a mí—. Pero no vi mejor regalo para tus dieciocho años que ofrecerte la vida que te mereces, la libertad de la que nunca has podido disfrutar y la tranquilidad de saber que ya no nos hará más daño.

—Nada podría hacerme más feliz —respondí con un nudo en la garganta.

Me miró por encima del hombro y sonrió.

—Pues entonces... felicidades, Abril.



—Hola, Samu.

—¿Puedo pasar? —preguntó con algo de recelo.

—Claro.

Abrí la puerta de par en par, invitándolo a entrar con un gesto de la mano.

Samuel se plantó en medio del salón mirándolo todo como si fuese la primera vez que lo viera.

—¿Qué te parece? —habló al fin—. Ha quedado bonito, ¿verdad?

Yo continuaba en el recibidor, apoyada en el pequeño mueble, observándolo.

Él conocía la respuesta a esa pregunta que me acababa de hacer. Sabía que aquello era lo mejor para Darío y para mí, independientemente de que el mobiliario pudiese gustarme más o menos. No tenía ninguna duda de que todo me parecía perfecto: mi nueva casa, mi nueva vida, mi nueva habitación. Solo lo preguntaba por romper el hielo, pura inseguridad en cuanto a lo molesta que yo podía estar con él. No por la casa o el cambio, eso era bastante obvio, sino por haberse mostrado la noche anterior tan autoritario y haber perdido el control. Pero yo no tenía en cuenta eso y sí lo que se había esforzado por que mi hermano lo consiguiera; además de lo que le habría

costado no hacerme cómplice por lo que pudiese salir mal, dada su naturaleza franca.

—Gracias, Samu —dije simplemente—. Gracias por todo lo que has hecho por nosotros.

Su pecho se expandió con una honda inspiración para después quedar vacío al expulsar el aire con violencia.

Volvió la cara hacia mí y sus ojos amarillos me buscaron.

—Te quiero, nena —declaró como quitándose un enorme peso de encima.

Corrí a su encuentro y lo abracé con fuerza. Él rodeó mi cintura y me elevó del suelo, escondió la cara en el hueco de mi cuello y me meció.

—Te quiero tanto que me duele —musitó en mi oído.

Y ahí supe que mi verdadero hogar siempre sería él.



—Entonces... ¿esto es lo último?

Me giré hacia Samu tras cerrar las puertas del armario, que ya contenía toda mi ropa ordenada, y vi que sostenía entre sus manos un puñado de braguitas. Mis braguitas. El calor ascendió por mi cuello. Él las acunaba moviendo los pulgares sobre ellas, acariciando los encajes y lacitos que las adornaban, con los ojos fijos en mí.

Carraspeé para aclararme la garganta.

—Sí, van ahí, en el segundo cajón.

Lo abrió y las depositó con cuidado, repartiéndolas por la superficie de madera para que todas quedaran a la vista.

—Bonita colección —murmuró para sí, cerrando el cajón lentamente.

Cuando me miró de nuevo, tenía una expresión inescrutable en la cara.

—Tenemos que hablar.

Por la seriedad en su tono intuí que aquella conversación no me iba a gustar. Y no porque supiese de qué trataba; es más, no tenía ni idea de por qué su humor se había oscurecido tan de repente, pero me daba la sensación de que no era algo agradable para él y que tampoco lo sería para mí.

—¿Y tiene que ser ahora? —me quejé—. Mira, Samu, estoy cansada.

Hoy ha sido un día agotador y solo quiero...

—Abril —me interrumpió—, tiene que ser ahora. Necesito que sea ahora. Ven, siéntate.

Cogió mi mano y tiró de ella hasta que estuve sentada en la cama junto a él. Se me quedó mirando unos largos segundos, dio dos profundas inspiraciones y entonces habló:

—Salía con una chica antes de venir a la barriada. Ella tenía quince años y yo, por aquel entonces, diecisiete. Llevábamos solo un par de meses juntos cuando todo se jodió. —Volvió a inspirar, soltando el aire por la nariz—. Me acosté con ella el día que cumplí dieciocho años. Ese fue el regalo que quiso hacerme, y tal y como andaban mis hormonas en aquel tiempo, ni me lo pensé. —Dibujó una sonrisa triste—. No era virgen, ¿sabes? No es que me lo dijera ni que yo le preguntara, pero para ser solo una cría parecía tener bastante experiencia en el sexo, y yo tampoco era ningún inexperto en el tema para que ese detalle me pasara por alto. Lo confirmé cuando la penetré, aunque no puedo decir que su virginidad me importara una mierda; eso nunca había sido algo prioritario para mí. Hasta aquel día —confesó bajando la voz—. El caso es que lo hicimos un par de veces aquella tarde.

Pasó las manos por su cabello estirándolo hasta acabar con los dedos entrelazados en la nuca.

—¿Po-Por qué me cuentas esto? —No sabía a dónde quería llegar.

Un escalofrío me recorrió la columna al pensar que él pudiese seguir enamorado de esa chica. ¿De eso iba aquella conversación?

—Déjame que termine. —Sujetó mis manos entre las suyas—. Cuando se fue de mi casa ya era tarde y el barrio en el que vivíamos no era mucho mejor que este. —Cerró los ojos con fuerza, como si todo el cuerpo le doliera por lo que estaba recordando—. La violaron, Abril. La llevaron hasta un callejón y abusaron de ella.

—¡Oh, Samu...! —Se me cerró la garganta—. Lo siento.

—No lo sientas todavía, aún queda lo peor. —Dejó caer la cabeza, fijando la vista en nuestras manos unidas—. A pesar de su corta edad, se acostaba con otros tíos del barrio, aunque de eso me enteré después. —Resopló—. Aquella madrugada, cuando todos dormíamos, aporrearon la puerta de mi casa. Mis padres se asustaron al imaginarse lo peor, ya que mi hermano aún no había regresado. Cuando la policía entró al salón yo también temí que a Aarón le hubiese sucedido algo. Pero no. Ellos venían a detenerme, porque la que se suponía que era mi novia me había acusado de

violarla. —Levantó la cara y pude comprobar lo vulnerable que se sentía—. Perdí los papeles, nena. Golpeé a un poli gritando que yo no había hecho nada de eso, que yo no la había forzado en ningún momento. Esos hijos de puta ni me escucharon. Se limitaron a detenerme y me condujeron a comisaría para tomarme declaración. Yo era mayor de edad, Abril —dijo con desesperación—, y me había acostado con una menor. Eso era lo único que rondaba mi jodida la cabeza. Ahí fue cuando me di cuenta de hasta dónde había metido la pata. ¡Me iban a procesar por un delito de agresión sexual y yo no había hecho nada!

—¿Y qué pasó? —Ahora sí quería saber. Todo. Hasta el final.

—Mis padres llegaron con Rebeca y, gracias al testimonio de mi hermana, el comisario encargado del caso decidió investigar un poco más a fondo. Ella estaba en casa esa tarde y nos escuchó. Sabía que yo no la había forzado, que no existía tal agresión. Interrogaron a mis vecinos, que afirmaron haberla visto entrar y salir por voluntad propia, y luego otros chicos del barrio corroboraron mi declaración cuando confesaron que también se la tiraban. La policía la presionó tanto que terminó admitiendo que no había visto la cara de su agresor y, aunque me pasé tres putas noches en un calabozo, al final el caso fue archivado y me soltaron sin cargos.

Ahora entendía su reticencia. Yo, hasta el día anterior, era menor de edad.

—Bueno, Samu —susurré dándole un apretón a sus manos—, al final no terminó tan mal. Se descubrió la verdad y eso es lo que importa.

Negó enérgicamente.

—No, Abril, lo peor llegó días más tarde. —Apretó la mandíbula y sus labios se convirtieron en una fina línea—. No hace falta decir que lo que teníamos acabó aquel día, pero aún estaba intentando olvidarme de toda esa mierda cuando una tarde apareció otra vez en mi casa. La muy hija de... sabía que mis padres no estaban, que solo nos encontrábamos mi hermana y yo. No la dejé pasar de la puerta, aunque lo que escupió no fue menos doloroso por ello. Rebeca se mantuvo a mi lado el tiempo que estuvo allí y fue ella quien me sostuvo para que no me cayera al suelo.

—¿Por qué? ¿Por qué fue en tu busca de nuevo?

El corazón me iba a mil y apretaba sus manos con más fuerza de la debida.

Me miró intensamente. Su historia me había dejado claro por qué él había evitado a toda costa acostarse conmigo mientras fuese menor de edad;

después de la traumática experiencia por la que tuvo que pasar no se fiaba de nadie, ni tan siquiera de mí. Sin embargo, presentía que lo que iba a confesarme a continuación para él era lo más horrible. Samuel se disponía a revelarme toda la verdad y yo estaba segura de que esta me iba a afectar tanto que no podría olvidarla.

—A pesar de todos sus insultos mantuve la puta boca cerrada por no causarle más dolor. De algún modo entendía su reacción, ¿sabes? Ella me creía culpable y era su modo de desahogarse. Pero las palabras que me escupió seguidamente me descolocaron, y a día de hoy aún me descolocan. —Negó con la cabeza enfatizando con ese simple gesto su incompreensión—. Después de aguantarle que me tachara de ser un mierda cuando yo no hice nada, me soltó que se había acercado a mí por interés, que solo había sido una herramienta estúpida e insignificante. Ahí me tocó los huevos y exploté. Le exigí que me explicara qué coño significaba eso y ni se dignó en contestarme; continuó chillándome como una loca, repitiéndome lo mismo una y otra vez. ¿Qué quería decir que se había acercado a mí por interés? ¿Y qué cojones era eso de herramienta? Quise averiguarlo, pero no fui capaz de hacerle más preguntas; mi mundo se vino abajo en cuanto proclamó a voz en grito que, aunque no hubiera podido verme la cara, sí que había visto mis ojos.

—Pero... Pero... ¡Si tú no fuiste!

—No, yo no fui. Sin embargo, lo que dijo hizo que me tambaleara. Tan solo dos personas en aquel barrio teníamos el mismo color de ojos. Un color extraño que reluce en la oscuridad.

—Aarón.

La verdad me golpeó con la fuerza de un puño. Comencé a temblar.

—Sí, Abril —afirmó con un hilo de voz—. Mi hermano forzó a mi chica y dejó que me acusara.

Sentí su tristeza abriéndose camino en mis propias carnes y anidar en mi corazón.

—¿Por qué no me lo dijiste? —La voz se me quebró y no hice por disimularla. Dolía. Dolía como si me lo hubiesen hecho a mí misma—. ¿Por qué, Samu? ¿Por qué no confiaste en mí? Te habría apoyado. Me habría apartado de Aarón mucho antes y nos habríamos ahorrado más de un problema.

Me miró totalmente abatido.

—Porque quería hacerlo bien esta vez. Porque de habértelo contado antes, esa lástima que ahora mismo me tienes te habría hecho actuar conmigo

de otro modo. Y yo no quiero tu lástima, Abril. Tampoco es que me quedaran ganas de acostarme con otra menor, por mucho que tú me gustes y que te desee, entiéndeme.

—¡Pero yo no soy como ella! ¡Yo jamás te haría algo así!

—Escúchame, nena. Si tú y yo nos hubiésemos acostado hace meses y hubiese llegado a oídos de Aarón, me habría puteado. No me podía permitir otra acusación de lo mismo con otra menor, ¿no lo comprendes? No me podía arriesgar. No contigo, me importas demasiado.

Me acarició el mentón con las yemas de los dedos. Con miedo. Mantenía el control de sí mismo evitando forzar la tensa situación.

—Una violación es una violación se tenga la edad que se tenga, da lo mismo con quince que con treinta. Si un hombre fuerza a una mujer es un delito. Tú no hiciste nada, y si tu hermano hubiera intentado perjudicarte, yo lo habría negado. Nunca hubiese entrado en su juego.

—Ya, pero hay un detalle que desconoces. Practicar sexo con alguien menor de dieciséis años está tipificado como abuso sexual, sea consentido o no, con una pena mínima de dos años de prisión. Aquella vez me libré por los pelos, porque el comisario era un buen tío y vio la injusticia que se estaba cometiendo contra mí. Si no es por él me encierran.

Agrandé los ojos por la sorpresa. Yo no conocía las leyes, no sabía que podían ser tan injustas en algunos casos.

—Aun así, tú sabes cómo soy. Me conoces.

—Y tú sabes lo bestia que puedo llegar a ser a veces, y también que suelo perder los papeles. Suponte que yo hubiese cedido y que, dado lo mucho que me pones, se me va la olla y me dejo llevar. Imagínatelo, no hace tanto que me dijiste que yo te llegué a dar miedo.

—Pero eso era antes...

—Déjame terminar. Ahora supongamos que, una vez que ha pasado y tú y yo lo hemos hecho, mi hermano se entera y te va con el cuento de que sobre mí pesa una acusación de violación y que la persona que me denunció fue mi chica. ¿Qué hubieses pensado, Abril? —Dudé—. Ya te lo digo yo: le habrías creído, me habrías tenido más miedo y te habrías alejado de mí. No me hubieras dejado explicártelo y toda la barriada habría terminado enterándose de mi pasado. Algunos piensan que soy inestable, ¿por qué no iban a creer a Aarón? ¿Por qué no iban a creerte a ti?

—Ya te he dicho que yo no haría nada para perjudicarte.

—No haría falta, con el hecho de darme de lado la gente hablaría; me

juzgaría. Y a ojos de todos terminaría siendo culpable.

—Si me lo hubieras dicho hace tiempo, y yo hubiese estado al corriente de todo, Aarón no tendría nada que hacer.

—Puede que tengas razón, pero... ¿crees que me resulta fácil hablar así de mi propia sangre?, ¿que no me duele haber perdido a mi hermano? Yo lo quería, imitaba todos sus pasos y deseaba ser como él. No fue hasta que comenzó a meterse toda esa mierda en el cuerpo y cambió, que me di cuenta de que no nos parecíamos en nada. Seguramente iría colocado la noche que sucedió aquello, aunque nunca hemos hablado del tema. Él murió para mí aquel día.

Lo pensé un poco mejor y me vi en la obligación de darle la razón.

—Por eso Rebeca también lo odia un poco, ¿verdad?

—Lo que ocurrió hizo daño a mi familia y él no movió un puto dedo para arreglarlo. No pasó ni un mes cuando mis padres fallecieron en el accidente, llevándose con ellos la duda de si su hijo, o sea yo, decía toda la verdad. Mi hermana sabía que mi testimonio era cierto, pero nuestros padres no lo tenían tan claro. No les dijimos que su hijo mayor, el que tantos problemas les estaba dando, había sido quien abusó de aquella chica. Por eso ninguno de los dos podemos perdonarle a Aarón que ellos se fueran con esa pena, con la duda de si yo realmente había cometido aquel delito. Pero quien lo cometió fue él e hizo como si no pasara nada. No le importó. No le importó la tristeza de mis padres. No le importó una mierda cómo, después de aquello, me trataron algunos; cómo pegaron a Rebeca en el instituto, acusándola de haber mentado por mí. ¡Todo le dio igual, Abril! —gritó embargado de dolor—. No derramó una maldita lágrima en el funeral. Es... Es... Como si nunca nos hubiese querido.

—¿Por qué no lo denunciaste?

—Porque hubiese sido otro palo para mis padres, y ya habían pasado bastante con lo mío. Y porque era mi hermano. Es mi puto hermano, joder, ¿no lo entiendes? —terminó susurrando angustiado.

Por supuesto que lo entendía, se había sacrificado por él y yo sabía la razón. Por mucho que lo negara, y por muy alto que afirmara odiarle, Samuel quería a Aarón, y estaba convencida de que ese sentimiento era recíproco.

Bien, ahora sabía toda la historia, todas las respuestas y todos los porqués a sus peticiones e intransigencias. Había llegado el momento de demostrarle que me tenía a su lado, que todas las chicas no éramos iguales. La horrible vivencia de Samu me había afectado, pero le creía. Le creía a pies

juntillas e iba a demostrárselo.

Según aquella ley, a la que él tanto temía, yo ya no era considerada menor de edad, y me propuse borrar todos sus miedos e inseguridades, sus malos recuerdos y su amargura, su poca fe en los demás y en sí mismo.

Me levanté sin decir una palabra y me situé frente a él.

Sentado, siguió mis movimientos con la mirada, adoptando una postura tan rígida que debían de dolerle los músculos.

Cuando mi jersey cayó al suelo y quedé en sujetador, clavé mis ojos en los suyos.

—¿Qué-Qué coño haces, nena?

—Ya no soy la menor por la que podías sentirte acobardado. Ya nadie te podría acusar, por muchos dedos que te señalaran. Ya no puedes obligarme a esperar algo que deseo desde hace tiempo. Y ya, Samu, no tienes ninguna excusa para posponerlo.

Mientras le exponía lo evidente, me desabroché el pantalón y lo deslicé por mis piernas. Noté la alteración en su respiración y aprecié cómo se le dilataron las pupilas. Pero no se movió. Se limitó a acariciarme el cuerpo lentamente con su mirada dorada. Nunca antes me había visto en ropa interior y los bikinis no contaban, dado que ni eran transparentes, como aquel conjunto celeste que me cubría, ni llevaban encajes. Me adelanté, separando las piernas para que las suyas quedaran entre mis muslos, y me senté a horcajadas sobre él, que ahora tenía los ojos fijos en mi pecho. Alzó la cara y me miró al tiempo que arrastraba las palmas de sus manos de mis rodillas a mis glúteos.

—Se acabaron las esperas y las excusas, ¿me oyes?

Asintió, tragando con dificultad. Sus dedos se clavaron en la carne de mis nalgas cuando me acopló mejor a su cuerpo duro y excitado. Muy excitado.

El paladar se me secó. Humedecí mis labios con la punta de mi lengua y entonces Samuel perdió el control. Me giró y cayó sobre mí en el colchón, devorándome la boca.

Por lo poco que él me había dejado ver a la hora de entregarse a las apetencias de su cuerpo, sabía que actuaría por instinto, casi con agresividad, tal y como habían sido los besos que me había dado en todo ese tiempo. No me equivoqué.

No fui capaz de advertir en qué momento preciso aquel beso feroz, que amenazaba con engullirme, se convirtió en una danza lenta, suave y profunda

que estaba robándome el alma. Sus labios habían dejado de ser duros, y me centré en disfrutar del grosor y la textura de su boca de seda. Su lengua había desistido de pelearse con la mía para bailar alrededor de ella, ejecutando una coreografía perfectamente sincronizada en la que se excitaban a la vez. Y sus manos posesivas se tornaron de terciopelo mientras recorrían cada pedazo de mi piel.

Se separó de mí, poniéndose en pie, y el miedo a que hubiese cambiado de opinión se abrió paso en mi interior. Comencé a temblar.

—Eres preciosa —susurró deslizando su mirada amarilla a lo largo de mi cuerpo.

Sacándose bruscamente la camiseta por la cabeza y deshaciéndose de los pantalones, volvió a tumbarse sobre mí. Sentir el peso de su cuerpo desnudo espantó cualquier resquicio de temor que pudiera subsistir. No fui consciente hasta ese mismo instante de cuánto deseaba hacer el amor con él.

—Nena, esto puede que te duela un poco.

—Lo sé —respondí sin titubeos—. Pero no me importa.

Me abracé a la piel firme de su espalda, sintiendo en las palmas de mis manos la solidez de los músculos contraídos.

—Intentaré que sea lo menos doloroso posible, ¿de acuerdo? Tú solo déjame a mí. Y si en algún momento no puedes soportarlo, dímelo y pararé.

Asentí una sola vez.

Me desabrochó el sujetador y lo lanzó al suelo. Sus pupilas descendieron y se quedaron ancladas en esa carne que veía por primera vez. Y no porque yo me hubiese negado con anterioridad a descubrirme ante él, sino por ser otra de las muchas prohibiciones que se había impuesto a sí mismo. Se humedeció los labios antes de precipitarse contra mi boca, rescatando esa danza de lenguas desquiciantemente lenta. Sus dedos se desplazaron hasta uno de mis pechos, apretándolo con suavidad, trazando círculos con el pulgar sobre el pezón contraído. Gemí, adelantando las caderas involuntariamente. Comenzó a besarme el mentón, el cuello, la clavícula y mi otro pecho desatendido, al que su lengua colmó de atenciones realizando los mismos trazos circulares. Volví a gemir, presa de infinidad de sensaciones a flor de piel que hasta aquel momento no sabía que existieran. Abandonó mi pecho y bajó por mi estómago deteniéndose en el ombligo, que también castigó con el poder de su boca. Se deshizo de mis braguitas sin dejar de besarme la carne erizada del abdomen.

El oxígeno que inspiraba era insuficiente, los latidos de mi corazón

sonaban irregulares y en mi vientre, un extraño encogimiento, mitad doloroso, mitad delicioso, se intensificaba por segundos. Cerré los ojos, dejándome arrastrar por la experiencia sensorial que me rodeaba.

Samuel envolvió mis muslos con sus brazos y me separó las piernas hasta que mis rodillas rozaron el colchón. Agarré con fuerza las sábanas, arrugándolas entre mis puños, cuando su lengua resbaló por mi sexo. Todo dejó de existir excepto esa maravillosa concentración en mi vientre que iba a más. Jadeé con fuerza y elevé las caderas buscando el contacto. Lamió mi clítoris cada vez con mayor rapidez: presionándolo, pellizcándolo con los labios. Lo que me recorría por dentro llegó a ser tan intenso que creí que me moriría. Introdujo un dedo en mi interior. Luego otro. Y los movió alrededor de las sensibles paredes, entrando y saliendo de mí, aumentando un placer que creía insuperable.

Grité y me retorcí cuando el amasijo que se anudaba en mi vientre estalló, propagándose por mi columna hasta alcanzar cada fibra de mi ser. Mis músculos internos se contraían violentamente y mi pecho subía y bajaba sin ningún control.

Samu se sacó el bóxer y se puso un condón con rapidez. Ver aquello tan inmenso, duro, grueso y firme que él sujetaba con la mano me asustó. ¡No me iba a caber!

Sin perder un segundo, ni darle tiempo a mi cuerpo para estabilizarse o a mi mente para sopesar los daños, se situó sobre mí y, mirándome fijamente, guió su miembro hasta mi entrada y empujó un poco hacia el interior.

—Solo será un segundo.

Con un certero movimiento de cadera se hundió totalmente en mí.

Dejé de respirar, de gemir, de sentir placer y quise cerrar las piernas. Él me observaba atentamente mientras yo creía partirme por la mitad. Durante unos minutos no se movió; dejó pasar el tiempo hasta que mi cuerpo terminó de adaptarse a su brusca invasión.

—¿Aún te duele? —inquirió sobre mis labios. Negué con la cabeza y lo besé—. Ya ha pasado lo peor, pero si en algún momento te notas molesta me lo dices y paro.

—¿Ya ha pasado lo peor? —pregunté confundida—. ¡¿Esto ha sido lo peor?!

Sonrió levemente.

—Creo que sí.

Me agarró una pierna por la rodilla e hizo que le rodeara la cadera con

ella. Después realizó la misma operación con la otra hasta que su cuerpo quedó abrazado por el mío. Se hundió lentamente un poco más, rozando algún punto interno que me hizo estremecer, y se volvió a quedar inmóvil.

—¿Te duele? —repitió.

—No, no duele nada. ¿Por qué me lo vuelves a preguntar?

—Porque a partir de ahora va a ser más difícil que pare. En cuanto deje salir todo lo que he estado reprimiendo, mi cuerpo tomará el control. Y me he reprimido mucho, créeme. Así que contéstame sinceramente, ¿quieres que continúe?

—No te reprimas más, Samu, deja que sea tu cuerpo quien tome el control.

Esas palabras le bastaron. A mí me bastaba el amor que sentía por él.

Salió de mí casi por completo para volver a hundirse después. Lentamente. Muy lentamente. Sus ojos se cerraban y expulsaba el aire entre los dientes cuando su cuerpo resbalaba dentro del mío.

Me miró para estar seguro y me aferré a su cuello para darle seguridad.

Se mordió el labio por lo que estaba sintiendo y fui feliz por ser la razón de lo mucho que sentía.

Gimió sobre mi boca expresando su placer y yo gemí sobre la suya cuando mi placer alcanzó al de él.

Comenzó a moverse más y más rápido.

Yo me arqueé elevando las caderas y me olvidé de cualquier cosa que no tuviese que ver con nosotros y aquel momento.

Salía y entraba con vigor, chocando su pelvis contra la mía. Más rápido. Más fuerte. Más roce. Más placer.

Todos sus músculos se tensaron al tiempo que la ya conocida corriente me atravesaba de nuevo. Rugió como la pantera que yo sabía que era. Esa imagen de Samuel tembloroso al alcanzar su clímax era lo más erótico y sensual que podrían admirar mis ojos, y solo por abandonarse por completo a un deseo que estuvo a punto de destruirnos, me enamoré un poco más de él.



## 11. Las dos caras de la moneda

*Junio de 2010*

—Si quieres puedo acompañarte.

—Gracias, Rebeca, la verdad es que me sentiría mejor. Me da vergüenza ir sola. Conozco a la doctora Campos de toda la vida, pero... hablarle de que he mantenido relaciones y que quiero que me recete la píldora, no es lo mismo que hacerlo de un resfriado.

—No hay problema, cuando pidas cita me lo dices y voy contigo.

—Debería haberla pedido ya —apuntó Marta.

Estábamos en mi casa terminando de arreglarnos para salir. Íbamos a tener una de esas noches de chicas, y Rebeca y las gemelas estaban aprovechando para preguntarme todo lo que delante de Samuel no podían.

—Ya te he dicho que usamos condón, no seas plomo.

Carol se pintaba los labios frente al espejo de cuerpo entero de mi habitación y me miró a través de este alzando las cejas.

Llevábamos cerca de dos horas hablando de lo mismo: mis relaciones sexuales con Samuel, y prácticamente me habían obligado a contar con pelos y señales cómo eran. Al principio me negué, más por Rebeca que por timidez, pero al comprobar lo feliz que le hacía que su hermano y yo

fuésemos en serio, la lengua se me soltó. Y se me soltó más de la cuenta, porque ahora sabían que Samu y yo lo habíamos hecho alguna que otra vez sin usar preservativo. Tenía que admitir que fue una irresponsabilidad por nuestra parte, y les tuve que prometer que iría a hablar con mi médica para que me asesorara sobre la píldora.

—Os lo he dicho, no va a volver a pasar. Así que dejemos ya el tema y centrémonos en divertirnos.

—Sííí —gritó Carol elevando los brazos—. Diversión, alcohol, tíos buenos.

—Diversión y punto —la contradijo su gemela.

—Habla por ti, yo soy libre como el viento.

Marta llevaba un par de semanas saliendo con Ángel; su amor platónico por fin se había vuelto tangible. No sabíamos en qué momento él había visto en ella algo distinto a lo que siempre vio, simplemente había sucedido. Una noche se quedó absorto acariciándole la cara con más detenimiento del habitual entre dos amigos, trazando un camino imaginario con el pulgar a lo largo de sus pecas. A la siguiente, sin motivo o justificación aparente, se atrevió a robarle un beso casto: rápido y breve. Pero ya a la tercera... la pelirroja se armó de valor y, después de varias miradas en las que a los ojos celestes de Ángel asomó un interés por ella lo suficientemente notorio, se abalanzó contra su boca obsequiándole con un beso que no tenía nada de casto, sino todo lo contrario. Él se dejó hacer más que contento y desde entonces, sin palabras de por medio ni promesas a largo plazo, estaban juntos. De modo que Carol era la única sin pareja y por ella decidimos que al menos una vez al mes tendríamos una noche de chicas.



Eran más de las tres de la madrugada cuando entrábamos en la barriada. No íbamos bebidas, aunque nuestras risas escandalosas hacían pensar lo contrario. La noche había ido genial, pese a que tenía los pies destrozados de tanto baile.

—Tenemos que volver a ese *pub*. El camarero está muy bueno y se me ha quedado mirando cada vez que me he acercado a pedir.

—¡Cómo no iba a mirarte! —exclamó Rebeca—. Te has bebido seis Coca Colas en menos de una hora y te has pasado el tiempo haciéndole ojitos y moviendo el culo en toda su cara. Ciego tendría que estar el pobre para no haberte visto.

Marta y yo nos desternillamos. Rebeca había descrito a la perfección la actuación de Carol de esa noche, que se había pasado el rato pegada a la barra, bailando de lo más provocativo, con los ojos clavados en el camarero.

—No se ha notado tanto, ¿no? ¿O sí?

—¡Sííí! —gritamos las tres al unísono.

Nuestras risas se apagaron al reconocer las tres siluetas que bajaban por la calle. Sebas, Álex y Aarón venían en nuestra dirección.

—Bueno, bueno, bueno, pero ¿qué tenemos aquí?

Álex conseguía hacerme temblar solo con su voz. Su fama de problemático le precedía y era bien conocida en la Asunción, en cambio, el que me daba realmente miedo era Sebas. Rondaba los veintiséis o veintisiete años y, de un tiempo acá, en cada ocasión en la que nos cruzábamos, me examinaba exhaustivamente y con mucho descaro. Creo que se olía que me sentía intimidada y disfrutaba con ello. Nunca sonreía, apenas si decía una palabra, sin embargo, sus ojos negros como la obsidiana se deslizaban por todo mi cuerpo sin ningún disimulo hasta volver a mi cara donde se quedaban fijos. Muy fijos. Y yo siempre era la primera en apartar la mirada.

Si a ese miedo le sumaba el comportamiento machista e irrespetuoso que Álex tenía hacia las mujeres, en concreto hacia Rebeca, y que a Aarón parecía importarle bien poco y no se molestaba en defenderla, lo único que nos quedaba era salir huyendo en la dirección opuesta. Pero ya los teníamos encima y era tarde para huir.

Se pararon frente a nosotras, cortándonos el paso que nos llevaba hasta la seguridad de nuestros hogares.

—Hola, bombón. Qué sorpresa tan agradable acabas de darme.

Álex rodeó con un brazo la cintura de Rebeca, que se inclinó hacia atrás evitando que su aliento, probablemente corrompido por el alcohol y otras cosas, invadiera su olfato.

—Suéltame.

No sonó a orden, ni tan siquiera el timbre de su voz fue convincente, sino débil y titubeante. Un vivo reflejo del terror que la recorría.

—No. —La negativa tronó en el silencio de la noche.

—¡Que me sueltes te digo!

Ella le empujaba el pecho con las manos tratando de mantener intacto el insignificante espacio que él hacía por sellar.

—Déjala en paz.

Carol intentó separarlo, agarrándolo por el antebrazo. Por el rabillo del

ojo vi a Aarón dar un paso al frente, pero se detuvo en cuanto Marta se unió a su gemela.

—¿Qué, Zanahorias? ¿Es que queréis enfrentaros a mí? —Miró en todas direcciones con una sonrisa burlona pintada en los labios—. Porque no veo que los maricones que siempre van con vosotras estén por ningún lado.

Iba a acercarme a presentar batalla como hacían ellas cuando Sebas, parado delante de mí, observándome fijamente con sus ojos de demonio, me sujetó por el brazo.

Supliqué sin palabras a Aarón que pusiera fin a aquello antes de que su amigo fuera más lejos. Él se me quedó mirando y durante unos escasos segundos me pareció advertir un atisbo de culpabilidad en sus ojos vacíos.

—Suelta a mi hermana —exigió sin apartar la vista de mí.

Fui testigo de cómo su mirada adquiría la dureza que la situación requería. Una dureza que no iba dirigida a mi persona.

Álex y Sebas volvieron sus caras hacia él.

—¿De qué coño vas, tío?

Aarón por fin se centró en su supuesto amigo.

—Voy de que... o sueltas a mi hermana ahora mismo —dijo encaminándose hacia ellos—, o te doy una paliza que no te reconoce ni la puta de tu madre.

Sebas soltó mi brazo para analizar la escena y algo alarmante vería cuando se dignó a intervenir.

—Suéltala —rugió—. Y tú, Reyes, piénsate bien lo que vas a hacer.

Aarón frenó en seco al oír la amenaza.

—Es mi hermana. —Se giró quedando cara a cara con él—. No quiero problemas contigo, pero si tu perro no se aparta de ella, lo mato.

Un alarido animal brotó de la garganta de Álex al ser insultado y, apretando los puños, se fue a por Aarón.

—¡Tú! —gritó Sebas consiguiendo que se detuviera—. Nos vamos. ¡Ya!

Empezó a caminar calle abajo, seguro de que «su perro» lo seguiría. Y así fue.

Rebeca miró a su hermano y este asintió con la cabeza antes de ir tras ellos y que sus siluetas se mezclaran con las sombras de la madrugada.

—Dios mío, ¿estás bien? —Marta la abrazó con fuerza—. Ese idiota la ha tomado contigo.

—Estoy bien, no te preocupes.

—Rebeca —llamé su atención con la vista aún clavada en la oscuridad por donde habían desaparecido—, Aarón acaba de dar la cara por ti. Lo ha hecho bien esta vez. Tu hermano ha hecho lo correcto.

—Abril. —Me volví hacia ella por la urgencia en su voz—. No podemos contárselo a Samuel.

—¿Por qué no? ¡Él te ha defendido! —recalqué con firmeza señalando la calle desierta—. Creo que se merece un poco de reconocimiento y también algo de gratitud. Quizá a Samu le guste saber que se ha enfrentado a sus amigos por ti.

—Es posible, pero eso no será razón suficiente para que no vaya en busca de Álex a darle su merecido, y no quiero que tenga problemas con esa gente, ¿entiendes? Ni Darío tampoco. —Me apuntó con un dedo—. Prométeme que no les contarás nada. Ni a Ángel. —Miró a Marta—. Ni a nadie —terminó con sus ojos puestos en Carol.

Después de discutir lo que me pareció una eternidad, se lo prometimos. Ella tenía unos argumentos muy sólidos, la verdad. Darío era su novio y aquella falta de respeto no la dejaría pasar. Ángel era un buen amigo y no evitaría la pelea; es más, terminaría uniéndose a ella. Y Samuel, aunque desde que estábamos juntos se veía más relajado, seguía siendo impulsivo y actuaría sin pensar en las consecuencias. De modo que decidimos no contarles nada.



—Aarón, espera.

Atravesaba la arboleda que conducía al claro cuando lo vi. Él se dirigía al mismo lugar y se detuvo al oír que lo llamaba. Se giró lentamente al tiempo que yo aligeraba el paso para darle alcance.

—Hola —susurré frente a él.

—Hola, Ojos Azules. —Dibujó una media sonrisa en la que pude ver cierto deje de amargura más que cualquier otra emoción. Echó un vistazo a nuestro alrededor, cambiando la expresión de su cara—. No deberías estar aquí conmigo, no creo que a mi hermano le haga mucha gracia.

—Seguramente no. —Hice un mohín de disgusto con la boca—. Pero

solo será un momento. —Respiré profundamente y lo miré a los ojos—. Gracias, Aarón. Lo que hiciste hace un par de sábados fue muy bonito por tu parte. —Arrugó la frente sin entender—. Defender a tu hermana; dar la cara por ella.

—Ah, sí, eso. —Se rascó la cabeza en un acto involuntario—. Bueno... Álex se estaba pasando de la raya. Y ella... Ella al fin y al cabo es mi hermana, aunque le repugne la idea.

—No digas eso. —Se me partió el corazón al oírle. Sus palabras iban cargadas de una tristeza infinita. Palabras con sabor a pérdida y soledad. Palabras de resignación por unos lazos de sangre rotos que ninguno en la familia Reyes se molestaba en anudar—. Como bien dices es tu hermana, y si le demuestras con más frecuencia que te importa, tal y como hiciste ese sábado, probablemente vuelva a aceptarte. Y Samu también.

—No sabes lo que dices, Ojos Azules. Ellos jamás me aceptarán de nuevo.

—Lo harán si te retiras de esas amistades que tan poco te convienen y les haces saber que te importan. Yo sé que te importan, Aarón, puedo ver el dolor en tus ojos. Habla con ellos y seguro que te perdonarán el error que cometiste.

—¿Qué sabes tú de mis errores? —soltó a medio camino entre la sorpresa y el enfado.

—Sé lo que ocurrió —contesté sin vacilar—. Sé todo lo que pasó el día que Samuel cumplió dieciocho años.

Sus ojos se abrieron desmesurados un solo segundo, al siguiente eran hostiles, al igual que el resto de su cuerpo.

—Tú no sabes una mierda —siseó, acercando su cara a la mía—. No sabes ni una puta mierda de mí.

Di un respingo ante su drástico cambio de actitud, pero hice oídos sordos a la voz de advertencia que gritaba dentro de mi cabeza que no siguiera por ese camino. Alcé la barbilla en un gesto de desafío.

—Sí que lo sé —le aseguré—. Como también sé que eso pertenece al pasado y que tú no eres la persona fría que ellos creen. Desde que Samu me lo contó te he estado observando, intentando descubrir en ti a ese chico insensible del que él habla. ¿Y sabes lo único que he descubierto? —No dejé que contestara—. El anhelo en tus ojos por no formar parte de una familia a la que quieres. El conformismo al que te has abandonado con los años al no creer que haya una solución para lo vuestro. Y que te pones una máscara de

frialdad cuando estás delante de ellos para no mostrarles lo que en realidad sientes. Eso es lo que yo veo, Aarón, y no lo que ven los demás. No entiendo por qué escondes lo que eres y cómo te sientes y no haces por recuperarlos. Ellos te importan. Mucho. Incluso más que tu propia persona.

—¡No tienes ni puta idea de lo que hablas!! —Estaba fuera de sí—. Deja de sacar absurdas conclusiones y no te metas en asuntos que no te incumben.

—Solo trato de...

—¡Pues no trates, joder! Preocúpate en arreglar toda la mierda que rodea a tu familia. Preocúpate del alcohólico de tu padre y del loco de mi hermano, y a mí déjame en paz.

Si pestañeaba las lágrimas que contenían mis párpados se derramarían, de modo que me quedé mirándolo fijamente mientras digería esas frases cargadas de veneno.

Se escuchó crujir la hojarasca seca que cubría el césped de San Telmo. Giré la cabeza hacia el sonido y me encontré con la mirada acerada de Sebas. Álex venía tras él y, al descubrirnos allí a Aarón y a mí, una sonrisa cínica se extendió por su rostro.

—¡Mira qué tenemos aquí! Nuestro colega nos ha puesto a la niñita del Carnicero en bandeja.

Para mi absoluto asombro, Aarón se dirigió hacia ellos.

—¿Tienes lo mío? —reclamó a Sebas.

Este le puso una bolsita en la mano sin dejar de observarme y él se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Lo siguiente que hizo fue adentrarse por el camino de árboles de donde ellos habían salido.

—Aarón —le llamé suplicante al ser consciente de que me quedaba sola.

Ni se volvió. Continuó caminando en dirección al claro dejándome con lo peor de Las Viviendas de Papel.

Además del miedo que en forma de escalofrío me recorrió la columna, sentí una gran decepción al ver lo equivocada que estaba con respecto al mayor de los Reyes. Samuel tenía razón, a Aarón no le importaba nadie que no fuese él mismo.

Retrocedí de espaldas cuando Álex dio el primer paso hacia mí dibujando una sonrisa aterradora que no prometía nada bueno. Sebas alzó un brazo que impactó en su pecho, frenando su avance.

—Lárgate —le ordenó con voz hueca.

«Su perro» lo miró y sonrió aún más.

—Como quieras, tío. —Levantó los brazos en señal de conformidad—. Nada de compartir trofeos.

Y silbando despreocupadamente, se dio media vuelta y se marchó por el mismo camino que había tomado Aarón.

Sin tener ni idea de a qué se referían, retrocedí de nuevo.

Clavé la vista en los dos pozos negros y fríos que contemplaban con disfrute lo aterrada que estaba. Mis pulsaciones se aceleraron y me costaba respirar. Sebas era un tipo guapo, eso había que reconocerlo, aunque también era oscuro y carecía de empatía.

Dio unos pasos en mi dirección y de pronto se detuvo. Esa mirada que tanto me intimidaba abandonó mis ojos para centrarse en algo que había detrás de donde yo me encontraba. Entonces sentí la agitada respiración a mi espalda y el pánico me impidió moverme.

«¡Dios mío, me están acorralando!» pensé aterrada, buscando con urgencia una vía de escape.

El gruñido animal que emergió de las entrañas de la persona que se alzaba tras de mí hizo que me echara a temblar.

—¿Qué coño pasa aquí?

Me pegué instintivamente al duro pecho de Samuel.

La oscura mirada de Sebas regresó a mis ojos. Torció la boca en un gesto que quiso delinear una sonrisa y que terminó siendo una fría mueca de desilusión.

—En otra ocasión, Ojos Azules —dijo antes de perderse entre los troncos de los naranjos.

Dejé que me abrazara por detrás, que su calor me reconfortara y sus brazos me tranquilizaran.

—¿Qué ha pasado, Abril? —preguntó en ese tono tirante y seco que la ignorancia y el cabreo le hacían usar.

—Nada. —Intenté respirar con normalidad—. No ha pasado nada gracias a que has aparecido.

Y en ese instante me desmoroné. Mis sollozos rompieron la cálida paz que se respiraba en la arboleda esa primera noche de verano.

Me volví entre sus brazos y, rodeándole la cintura, seguí llorando. Lloré por la creencia rota en una reconciliación que nunca existiría, por haber tenido fe en alguien a quien en realidad no conocía y por miedo a la maldad que reflejaban los ojos de Sebas. Pero sobre todo lloré por no haber creído

ciegamente en Samuel y haberme acercado de nuevo a su hermano.

Sin ser consciente de lo que podría desencadenar lo que yo dijera, con la voz entrecortada, me sinceré con él, explicándole todo: la defensa de Aarón hacia Rebeca de hacía un par de sábados, las suposiciones a las que llegué acerca de él, mi intento de arreglar una relación destruida y cómo su hermano me había dejado indefensa ante Álex y Sebas sin el mínimo remordimiento.

Samu se tensó, aunque no dejó de abrazarme. No perdió los papeles conmigo como imaginé que pasaría, y me vi en la obligación de pedirle perdón por no hacer caso a sus consejos, por ver en su hermano a alguien mejor y por volver a dirigirme a él sabiendo lo que eso le molestaba.

—Ya vale, Abril, deja de disculparte como si hubieras hecho algo malo. No estoy mosqueado contigo.

Levanté la vista y lo miré. ¡Qué pequeña me sentía rodeada por su cuerpo! Y qué segura también.

—Lo siento —repetí perdiéndome en sus ojos amarillos—. Lo siento de corazón.

Se inclinó despacio y besó mis labios con una dulzura que contrarrestaba la dureza de sus facciones. Volqué en ese beso todo mi amor y mi cariño, tratando de que se olvidara de lo mucho que le faltaba en la vida.

Me elevó del suelo y anduvo sin abandonar mi boca hasta la parte más oculta de aquellos árboles, donde las hojas caídas se quebraron bajo nuestro peso al tumbarnos sobre ellas. Sus pausados besos comenzaron a ser apremiantes y, sin apenas darme cuenta, me encontré desnuda yaciendo en plena naturaleza con el único abrigo de un cielo estrellado. Samuel aún estaba vestido. Le saqué la camiseta por la cabeza, casi a la desesperada, e hice por atraerlo de nuevo a mis labios hambrientos sin conseguirlo. Su mirada era dura, cargada de resentimiento. Me era muy sencillo adivinar el estado anímico de Samu al ser incapaz de disimular lo más mínimo cómo se sentía. Y en aquellos momentos se sentía furioso con su hermano, dolido conmigo e impotente por no poder descargar su rabia contra Álex y Sebas; una rabia que pretendía aplacar de otro modo para que yo no volviera a olvidarme de ninguna de sus advertencias.

Al hacerme una idea precisa de lo que se proponía, traté de apartarle la mano con la que me cubrió el sexo. Le agarré con fuerza del antebrazo intentando en vano que la retirara de ahí. Hacía mucho tiempo que dejé de tenerle miedo, pese a lo volátil de su carácter. Y no era miedo lo que sentía, solo disconformidad ante esa actitud posesiva que a veces se dejaba ver. Con

la mano libre me sujetó las muñecas por encima de la cabeza sin esfuerzo mientras friccionaba los dedos de la otra entre mis pliegues. Gemí en respuesta, sin posibilidad de contener la reacción de mi cuerpo ante sus experimentados dedos.

—Dime que me deseas, Abril —pidió con voz ronca e irregular, acelerando el ritmo de sus caricias—. Dime que solo me deseas a mí.

—Te deseo, Samu —logré decir a duras penas, a punto de alcanzar el clímax.

Se detuvo, sabiendo lo poco que me faltaba, y se lanzó a mi boca con ferocidad. Noté cómo se desabrochaba el vaquero y se lo bajaba hasta medio muslo. Su pene presionó el nudo de mi entrepierna: una, dos, tres veces, sin llegar a entrar en mí.

—Samuel, por favor, por favor, por favor —le rogué tratando de liberar mis brazos para ceñirme a su cuello.

Soltó mis muñecas y bajó sus ásperas manos hasta mi cintura. No me dio tiempo a rodearle el cuello; en un pestañeo me había girado y ahora estaba a cuatro patas con su pecho pegado a mi espalda.

De una sola embestida se coló en mi interior. Me pasó un brazo bajo la axila y, doblándolo por el codo, se aferró a mi hombro a la vez que deslizaba la mano libre por mi vientre buscando mi humedad. Comenzó a moverse con rapidez, dejando caer casi todo el peso de su cuerpo sobre el mío, y clavó los dedos en mi hombro, entrando y saliendo como un animal rabioso.

—Júrame que solo existo yo —jadeó junto a mi oído.

—Solo tú, solo tú —repetí al límite de mi contención.

Me fallaban las fuerzas de los brazos y me daba vueltas la cabeza por todo lo que sentía.

Sin dejar de empujar me enderezó y, cuando estuvimos erguidos, me sujetó por la cintura para colar los muslos entre mis piernas y que me apoyara en su pecho. Una de sus manos volvió a mi sexo mientras la otra rodeaba con firmeza mi cintura manteniéndome pegada a él. Aceleró las penetraciones junto a la fricción en mi clítoris hinchado.

—Córrete, nena. Ahora.

Y como si mi cuerpo obedeciera la orden de su voz enronquecida, fue sacudido por el orgasmo, que vino aumentado por su petición rabiosa.

Sin dejar de convulsionar, succionando su miembro hasta lo más profundo de mi ser, me dio la vuelta y se recostó sobre mí. Su pene seguía erecto, entrando y saliendo con fuerza de mi interior palpitante. Le agarré los

glúteos con ambas manos, que se endurecían con cada embestida. Él apretaba los dientes dejando salir el aire entre ellos.

—No me traiciones nunca, Abril. No podría soportarlo.

El terror ante esa posibilidad se abrió paso en sus ojos, masacrando la rabia que hacía un instante los cubría.

—Te quiero, Samuel —susurré en sus labios, mirándolo intensamente.

—Te quiero, joder. Te quiero más que a nada en esta vida —expresó con tanta desesperación que parecía dolerle.

Tensándose ante mí en su gloriosa perfección, incapaz de contener por más tiempo su propio clímax, rugió como la pantera que a mis ojos era. Y en aquella postura adquirida por el ímpetu de la liberación, mientras la luna arrancaba destellos a su cuerpo brillante por el sudor del esfuerzo, me di cuenta de que su personalidad me había atrapado y de que toda mi existencia le pertenecía. Nunca habría lugar para otra persona, en mi corazón ya solo había cabida para Samuel, y supe que al único que podría amar con esa intensidad, ahora y siempre, sería a él.



Sentados en el sofá de mi salón, contemplaba su perfil. Él tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo, ligeramente ladeada hacia mí, y respiraba sosegadamente expulsando el aire por los labios entreabiertos.

Habían pasado dos horas desde que habíamos vuelto de San Telmo tras saciarnos el uno del otro mediante un sexo desenfrenado que nos nubló el juicio hasta el punto de no reparar en la posibilidad de que cualquiera podría habernos visto. Nada más terminar nos vestimos y, cogidos de mano, nuestros pasos nos guiaron hasta mi casa, donde me hizo el amor de nuevo, esa vez con tanta dulzura y tan pausadamente que estuve a punto de echarme a llorar.

Pero ahora, mientras él dormía derrotado por la tensión y el cansancio, no paraba de preguntarme por qué continuaba desconfiando de lo que teníamos. Yo estaba totalmente segura de lo mucho que le amaba, en cambio, aunque la mayor parte del tiempo Samu también pareciera seguro, en cuanto

una pequeña parte se escapaba a su control le atosigaban las dudas. Eso mismo fue lo que había captado esa noche, una incertidumbre y un miedo poco comunes en él a que lo nuestro no fuera real, a que yo pudiese dejarlo por otro o a que aún siguiera sintiendo algo por su hermano. Por eso se había mostrado de aquella forma: posesivo, desmedido e incluso violento; inestable e impulsivo, como pensaba la gran mayoría de la gente. Pero yo sabía la verdad. Él era incapaz de contenerse cuando lo asaltaban las emociones, y lo que a ojos de otros hubiese parecido un sometimiento, era en realidad el modo de amar más puro que conocía, su manera de convencerse de que seguíamos siendo el uno del otro.

Samuel era igual que un animal enjaulado intentando protegerse de un mundo que no había hecho más que dañarlo y se defendía, mostrando su lado más salvaje, cuando se veía amenazado. Yo en ese momento era su mayor amenaza y lucharía del único modo que conocía para que lo que teníamos no se acabara, incluso si eso implicaba dañarme a mí o a sí mismo.

Lo que Samu desconocía es que justo por ser como era lo quería tantísimo, puesto que con esas reacciones tan desmedidas no hacía otra cosa que demostrarme lo mucho que yo significaba en su vida.



## 12. La Asunción de María

*15 de agosto de 2010*

Me desperté con el estruendo del chupinazo que daba inicio a la festividad de la Asunción de María, patrona de la barriada.

Como todos los años, el bullicio de los vecinos era notable desde primera hora de la mañana y las voces infantiles, cargadas de alegría, se colaban por la ventana abierta de mi habitación junto al sonido de cornetas y tambores de la banda de música de la iglesia, que ya había comenzado su desfile por las calles.

Las fachadas de las casas habían sido engalanadas, días antes, con farolillos de colores y, en el parque, los feriantes habían montado atracciones infantiles, puestos de tómbolas y de hamburguesas con el fin de que la fiesta no decayera en ningún momento y se alargara hasta altas horas de la madrugada.

La misa que oficiaría el párroco se extendería más de lo habitual y la iglesia estaría atestada de feligreses, algunos de ellos tan hipócritas como mi padre, que escucharían con devoción La Palabra del Altísimo. Pero yo ese año no estaría sentada en los bancos de madera haciendo como que prestaba

atención a unas escrituras en las que no creía. Darío tampoco lo haría. Ya nadie podía obligarnos. Ya no tendríamos que abandonar la fiesta por una hora de llegada impuesta que no nos atrevíamos a rebasar. Ya no existía ese miedo a encontrarnos con los puños que en tantas ocasiones nos habían esperado. Todo había cambiado en nuestras vidas, y esa noche, pese a que la ansiedad que arrastraba desde hacía más de un mes no desaparecería, iba a disfrutar de la fiesta que todos los años organizaban los adolescentes en el claro de San Telmo hasta que el sol de un nuevo día volviera a clarear el cielo.



—Hola otra vez, guapo —saludé a Samu colgándome de su cuello nada más abrir la puerta de casa.

Él me sonrió, abrazándome por la cintura, y se me contrajo de nuevo el estómago por esa sensación que últimamente no me abandonaba.

Rebeca estaba tras él, mirando hacia el pasillo por donde salía Darío terminando de abrocharse los vaqueros.

Habíamos pasado el día bailando en la plaza al son marcado por la orquesta contratada por la asociación de vecinos y jugando al tiro al blanco en las casetas instaladas en el parque. Solo me había separado de Samuel el tiempo de darnos una ducha y cambiarnos de ropa antes de ir al claro donde la verdadera fiesta tendría lugar.

—Hola de nuevo, nena —respondió alzándome del suelo para darme un pico en los labios.

Sonreí pegada a su boca. Él también lo hacía. Llevábamos un tiempo en el que solamente había amor y compenetración entre nosotros. Cada día que pasaba mi corazón latía más fuerte por él. Cada minuto a su lado era un regalo que me insuflaba vida. Cada beso de sus labios se adueñaba de un trocito más de mi alma. Lo amaba con devoción, tanto, que mi mundo giraba en torno a él.

—Venga, vamos a divertirnos. —Darío cerró la puerta de casa y pusimos rumbo al claro.

Samu y mi hermano iban unos pasos por delante de nosotras manteniendo una conversación bastante animada que no llegaba a mis oídos. Una amplia sonrisa se dibujó en mi cara mientras los veía caminar. En Darío ya no quedaba rastro de ese chico triste y taciturno al que nuestro padre se afanó en pisotear; se había liberado de las cadenas del maltrato que durante

años lo tuvieron sometido y esa libertad se reflejaba en su cara. Sí, él se veía feliz ahora que éramos libres, pero lo que le daba ese brillo tan intenso al azul de sus ojos era el amor que sentía por Rebeca.

Samu, por su parte, no dejaba de asombrarme. Atrás quedó el carácter hosco que tantas veces había salido a relucir. Ya no se enfadaba casi nunca y cuando lo hacía, solía ser por algo justificado y no llegaba al extremo de perder el control. También sonreía con más asiduidad, permitiéndome disfrutar de esos hoyuelos con forma de media luna que aparecían en sus mejillas y que hacían que me resultara aún más atractivo.

—¿Por qué sonríes?

Rebeca caminaba cogida de mi brazo cuando me hizo la pregunta.

—Por ellos, míralos. —Los señalé levantando la barbilla—. Se ven bien. Se ven realmente felices.

—Porque lo son.

Al mirarla la descubrí esbozando una pícaro sonrisa.

—¿Y tú de qué te estás riendo?! ¿De mí?

Soltó tal carcajada que ambos giraron el cuello a la vez. Luego se acercó a mi oído para que solo yo pudiera escucharla.

—Ya sabes lo que quiero a Samuel. —Asentí—. Como también sabes lo enamorada que estoy de tu hermano. —Volví a afirmar en silencio—. ¿Te das cuenta de lo bien que se llevan?, ¿cómo se compenetran el uno con el otro?

—Claro que me doy cuenta, Rebeca. Es algo que sucede desde el principio.

—Tengo ilusiones de futuro. Sueños y esperanzas, ya sabes.

—No, no sé —admití riéndome—. ¿Qué intentas decirme?

—¿Conoces a Ana y a Carmen?, ¿las vecinas que viven a espaldas de la casa de mi tío?

—Sí, claro que las conozco.

—Entonces sabrás por qué se llevan tan bien.

Rebeca me tenía descolocada, e intrigada.

—Sé que son amigas de toda la vida, que se mudaron a la barriada cuando se casaron y que tienen tres hijos cada una. Lo que no sé es qué pintan ellas en tus sueños de futuro.

Mi miró y una preciosa sonrisa le iluminó la cara.

—Ellas eran dos amigas que tenían cada una su pareja desde muy jóvenes, al igual que nosotras. Salían los cuatro juntos y se llevaban muy

bien. ¿Te suena de algo? —Sonreí al captar la comparación—. Pues bien, cuando decidieron poner las fechas para sus respectivas bodas, siguió pesando esa gran amistad que las unía. Ana se casó una semana antes que Carmen y cuando esta última también lo hizo, se fueron juntas de viaje de novios a Grecia. No eligieron el mismo día para pronunciar sus votos porque prefirieron estar presentes la una en el enlace de la otra. Así que Ana esperó una semana a que Carmen se casara para poder vivir juntas esa experiencia.

—¿Yyy?

—Pues que ese es mi sueño, aunque todavía sea muy joven para pensar en casamiento. Me encantaría hacerlo como lo hicieron ellas. Casarme de blanco agarrada del brazo de Samuel mientras tú acompañas a Darío, y que a la semana lo hicieseis vosotros y tu hermano y yo fuésemos vuestros padrinos.

—Ya sabes que Darío y yo no somos mucho de iglesias ni curas.

—No tendría por qué ser en una iglesia ni que la ceremonia estuviera oficiada por un sacerdote. Podría ser por lo civil; claro que eso no impediría que me vistiera de blanco con un traje de princesa.

Nos reímos a la par.

—Es un sueño bonito, Rebeca.

—Que espero se haga realidad en el futuro.

—Algún día —afirmé con seguridad, haciendo mío su sueño.

—Algún día —repitió con los ojos llenos de esperanza.

Al adentrarnos en San Telmo, conforme cruzábamos la arboleda, fuimos vislumbrando la claridad de las hogueras, que desafiaban sin miedo la negrura de la noche mientras las risas y voces se iban haciendo más sonoras. Cuando entramos en el claro me quedé paralizada observando el multitudinario encuentro que allí tenía lugar. Las numerosas fogatas que se dispersaban a lo largo de la vasta explanada eran imponentemente grandes, mucho más que de costumbre, con lenguas anaranjadas que danzaban sinuosas hasta lamer el cielo. Los chicos y chicas bailaban, cantaban y corrían alrededor de estas, haciendo que la alegría por tal celebración fuese lo más significativo en el claro de la finca.

Pasamos bordeando los fuegos, esquivando a unos y a otros, hasta llegar donde Ángel y las pelirrojas se encontraban. Sabía que esa noche sería una noche de excesos; la desinhibición producida por el alcohol ya se reflejaba en algunos.

Junto a Marta había dos bolsas de las que sobresalían varios cuellos

alargados de botellas de cerveza, lo que en realidad no me importaba, ya que era momento de eso y la mayoría de los que allí se congregaban no arrastraban el trauma de haber convivido dieciocho años con un alcohólico maltratador. En cambio, yo no pensaba beber otra cosa que algún que otro refresco, aunque entendía que una borrachera de cuando en cuando no le hacía mal a nadie.

—Joder, tíos, sí que habéis tardado. No entiendo cómo echarse un agua puede llevar más de una hora —se quejó Ángel nada más aparecimos.

—Abril, Rebeca —gritó Carol—, he traído unas toallas grandes para el suelo. Están en aquella mochila. —Señaló tras su espalda—. Cogedlas antes de sentaros.

Darío cogió dos toallas y le lanzó una a Samuel. Le ayudé a estirla sobre la tierra seca y nos acomodamos en ella alrededor de nuestra hoguera.

Sentada entre las piernas de Samu, con la espalda apoyada en su pecho, me reía de la discusión a voces que Carol y Ángel mantenían. Apenas solían ponerse de acuerdo en nada, si bien las pullas que se lanzaban eran igual de falsas que las miradas de enfado que se dirigían. En el fondo se llevaban la mar de bien, y disfrutaban de ese tira y afloja que se había convertido en un juego para ellos. La única que a veces parecía pasarlo realmente mal era Marta, que no sabía nunca a qué lado posicionarse: si al de su gemela, o al del hombre que le robó hacía años el corazón. Jamás hubiese imaginado que Ángel se enamoraría de ella como se había enamorado, poniendo tanta pasión en demostrárselo que lograba que se sonrojara. Pero es que ninguna de nosotras éramos esas crías que él conoció, y en el caso de las gemelas el cambio había sido abismal. Sus cuerpos se habían tornado curvilíneos y sensuales, y en sus caras había desaparecido cualquier rastro de niñez. Eran idénticas en todo, excepto en la forma de ser. Eso fue lo que le robó la razón a Ángel e hizo que se sintiera atraído por Marta en lugar de Carol. La primera era dulce al hablar, no alzaba la voz y evitaba discutir. Tenía una mirada cálida y una bonita sonrisa que le arrugaba la naricilla respingona. La suma de su físico más su tierno carácter hacían que no pasara fácilmente desapercibida entre los chicos de la Asunción, y Ángel no había salido indemne a esos encantos naturales que ella ni sospechaba que tenía. Todo lo contrario que Carol, para la que hasta el tema más insignificante era motivo de debate y la mayoría de las veces espantaba con frías miradas, y algún que otro bufido, a los moscardones que se le acercaban. Así que sí, apartando el parecido físico, eran como la noche y el día.

—Te veo feliz.

—Es que lo estoy, Samu.

Me besó detrás de la oreja y cerré los ojos.

—Me gusta verte así.

Rodeó mi cintura con sus fuertes brazos y siguió besándome. Gemí de puro placer.

—No hagas eso, nena —susurró a modo de aviso, deslizando la punta de la lengua hasta mi nuca. Volví a gemir.

De pronto se puso en pie.

—Vamos —pidió con la mano extendida hacia mí. Posé mi palma sobre la suya, sin saber a qué se debía ese cambio, y de un tirón me levantó—. Volvemos enseguida —dijo a Rebeca antes de comenzar a dar grandes zancadas arrastrándome con él.

—Samu, Samu. —Traté de frenarlo sin resultado. Íbamos prácticamente a la carrera y parecía cabreado—. ¿Qué te pasa? ¿Dónde me llevas?

Encorvó la espalda para pasar debajo de las ramas de los árboles más bajos y nos adentramos en la parte norte de la finca donde el follaje era más espeso.

—Samuel, para. ¡Para, joder! —insistí con los dientes apretados.

Se giró de improviso y me pegó de espaldas contra el tronco del árbol que había más cercano, tiró del escote de mi camiseta hacia abajo y liberó mis pechos al tiempo que su boca caía sobre ellos.

Jadeé poniendo los ojos en blanco.

—Ahora puedes gemir todo lo que quieras, Abril. Ahora nadie más que yo va a escucharte.

Me subió la minifalda hasta la cintura y, apartándome las braguitas a un lado, coló dos dedos dentro de mí. Grité al ser invadida tan de improviso. Samuel tenía unos dedos grandes que se compensaban con el resto de su anatomía, y también tenía razón en que allí nadie oiría los jadeos que escaparon de mi boca en cuanto la fricción en mi interior adquirió un ritmo constante.

Enrosqué una pierna a su cadera y alcé la pelvis.

—Joder, nena, no sabes cómo me pone verte así —declaró con dificultad—. No sabes hasta qué punto me empalmo cuando te veo de esta manera.

Se separó de mí, retirando los dedos castigadores de mi sexo, para sacar un preservativo del bolsillo trasero de su pantalón. Rasgó el envoltorio con

los dientes, se desabrochó la bragueta y, liberando su miembro palpitante, se lo ajustó con presteza.

Ni me había dado tiempo a pestañear cuando volvía a tener la pierna enroscada en su cadera.

Samuel se enterró en mí hasta lo más profundo con un certero movimiento que nos hizo estremecer a ambos, pegó su frente a la mía y, sin dejar de mirarme a los ojos, comenzó a impulsarse con ferocidad, elevándome del suelo con cada acometida.

—Me voy a correr, joder. Esto va a ser muy rápido.

—No, aún no —le pedí al ver que no lo alcanzaría—. Aguanta un poco.

Apenas era capaz de articular palabra, pero él supo interpretar aquella especie de balbuceo. Salió de mí, se arrodilló sobre la hojarasca y se deshizo de mis braguitas, lanzándose de cabeza a mi sexo. Enredé los dedos en su pelo e, instintivamente, adelante la pelvis.

El clímax me alcanzó pegada a su boca y si sus manos no me hubiesen estado sujetando de los muslos, habría acabado desplomada en el suelo.

Samu no destacaba precisamente por conceder tregua, por lo que se puso en pie de un salto con la misma agilidad que una de esas panteras a las que tanto se asemejaba y, elevándome con los dedos clavados en mis glúteos, entró en mí con fuerza. Lo rodeé con las piernas y él apoyó la frente en el hueco de mi cuello, arremetiendo con ferocidad a la caza de su liberación, que no tardó en llegar ni dos minutos después; echó la cabeza hacia atrás, tensó cada fibra de su ser y, lanzando un rugido a la noche, se dejó ir.

Cuando su cuerpo terminó de agitarse buscó mis ojos y, sin salir de mi interior, sus labios cayeron sobre los míos de la forma más suave para regalarme un beso algodónoso que exteriorizaba sin antifaces el inmenso amor que me tenía. Su boca sabía a cerveza, pero también sabía a mí. Y sobre todo a él, a la esencia de Samuel.

—Soy adicto a ti —musitó en la comisura de mis labios—. Muy adicto. Cada día más. Me vuelves loco, nena.

—Loco ya estás un poco —dije sonriendo.

—Es cierto —reconoció convencido—. Me haces perder la cabeza.

Nos fundimos en otro beso que lo decía todo sin necesidad de palabras.

—¡Samu! —La voz de Ángel se escuchó cerca—. ¿Dónde cojones te has metido?

Nos separamos, arreglándonos la ropa a toda velocidad, y salimos de entre el follaje en su dirección.

—¡Estoy aquí!

—Venga, tío, que estamos muertos de hambre. —Al vernos aparecer frenó en seco, alzó las cejas y, trazando una media sonrisa de comprensión, meneó la cabeza de izquierda a derecha—. Joder, Samuel, nosotros esperándote para ir a comprar las hamburguesas y tú ya te has comido el postre. ¡Serás mamón!

Ángel salió corriendo, riéndose a carcajadas, cuando Samu se lanzó a por él.

Al entrar de nuevo en el claro vi a mi hermano mirando en todas direcciones.

—Ya los he encontrado.

Darío nos observó un segundo y, acto seguido, puso los ojos en blanco al imaginarse que veníamos de darnos el lote.

—Venga, vamos a buscar esas hamburguesas —dijo sin hacer ningún comentario, lo cual agradecí.

—¡Mierda! —exclamé bajito—. ¡Mierda, mierda, mierda!

—¿Qué pasa? —Samu ladeó la cabeza para mirarme—. ¿Qué te ocurre, Abril?

—Joder. —Me puse de puntillas, acercándome a su oído para que nadie más pudiera escucharme—. Me he dejado las braguitas ahí dentro.

La risilla que brotó de su garganta, y que intentaba contener al ver mi cara demudada, me molestó muchísimo.

—Eso, tú riéte, capullo.

Y por supuesto que se rio. Mucho. A carcajada limpia.

—Vamos ya, tío —insistió Ángel, que parecía no haber comido en décadas.

—Voy —contestó antes de acercarse al lóbulo de mi oreja—. Ya sabes el camino. Cuando vuelva quiero que tus bragas estén donde deben estar, o de lo contrario mis dedos no sabrán estarse quietos.

Di un respingo y lo fulminé con los ojos, le di la espalda con energía y me dirigí, por segunda vez aquella noche, al interior de la arboleda.

Escuché otra carcajada y eché un vistazo por encima de mi hombro sin dejar de caminar. Vi que exhibía una sonrisa preciosa mientras retrocedía de cara a mí. Fui a sonreírle también, pero mis párpados se abrieron desmesurados cuando se llevó dos dedos a la boca —los que habían estado enterrados en mi cuerpo minutos antes— y se los chupó sin dejar de mirarme. No pude evitar lamerme los labios, lo que le hizo torcer la boca en una mueca

de prepotencia absoluta. Y ya para terminar de rematarme, me dedicó un guiño cargado de promesas antes de darse media vuelta e ir tras Ángel y mi hermano.

—Sí que estás loco, Samuel —dije para mí—. Como un auténtico cencerro, y por eso te quiero tanto.

Esbozando una gran sonrisa me interné entre los árboles de la zona norte que delimitaban el claro.



—¿Dónde estáis, malditas? ¿Dónde narices os habéis metido? — pregunté a nadie, arrodillada sobre las hojas secas, rebuscando en medio de una oscuridad absoluta.

Llevaba más de diez minutos palpando con las manos la zona donde habíamos estado y donde, se suponía, debían estar mis braguitas, y ya empezaba a impacientarme. ¡Ellos iban a volver de comprar las hamburguesas y yo aún no había dado con ellas en los dos escasos metros de hojarasca!

Me sobresalté cuando Samuel me rodeó la cintura con el brazo y se inclinó sobre mi espalda. Su respiración pesada impactó en mi cuello, provocándome una miríada de escalofríos que zigzaguearon por mi columna. Sonreí sin dejar de rebuscar, pasando por alto deliberadamente su exagerada excitación; por lo visto un poco de alcohol lo volvía insaciable.

Cerró su brazo posesivamente alrededor de mi talle y me besó la nuca.

—Ayúdame a buscar mis bragas —susurré—. Tú eres el culpable de que las haya perdido.

Oí la profunda inspiración, a la vez que el sonido metálico de la cremallera de su bragueta, y mis ojos se abrieron como platos al intuir sus intenciones.

—¡Samu! —chillé en un susurro—. Ahora no.

De nada sirvió; con un movimiento preciso de caderas estuvo dentro de mí.

Solo se había molestado en levantarme la falda y sujetarme de los glúteos antes de invadirme a traición. Su brusca intrusión me dolió. ¡Él ni me había preparado! ¡Ni se había molestado en acariciarme para que me sintiese cómoda!

—Para. —Cabreada, me revolví tratando de que me soltara—. Te he dicho que pares.

En lugar de detenerse, ciñó el brazo en torno a mi cintura con más firmeza, hasta oprimirme las costillas, y se recostó del todo en mi espalda, entrando y saliendo de mí con violencia. Con muchísima violencia.

—¡Joder! —rugí esa vez—. Me estás haciendo daño.

Lo sentía jadear sin control junto a mi oído mientras me penetraba duro a la caza de un orgasmo exprés, al igual que un auténtico animal en celo. ¿Por qué se comportaba así?

El dolor se me estaba haciendo insoportable con cada envite.

—Para, por favor —le rogué a punto de echarme a llorar—. Me estás haciendo pedazos.

Pero en vez de hacerlo, se impulsó con mayor energía como si mi sufrimiento lo excitase el doble.

—Samu...

—Él no está aquí, Ojos Azules.

El grito quedó atrapado en mi garganta cuando me cubrió la boca con una mano y enterró los dedos con fuerza en mis mejillas.

¡Me estaban violando, Dios mío! Ese malnacido estaba abusando de mí y yo era consciente de lo que eso significaba y de que nada podía hacer por evitarlo.

Los brazos, que a duras penas podían sostener su peso, empezaron a temblarme al tiempo que sentí las lágrimas, calientes y espesas, deslizarse por mi cara; esa fue la inútil respuesta de mi cuerpo a mi integridad vulnerada.

Dejé que mis manos resbalasen sobre las hojas caídas hasta tocar la aspereza de la tierra seca con la frente.

Desistí del intento de huir.

Renuncié a luchar.

Me resigné al hecho de ser forzada a participar en un acto que hasta esa noche me había parecido hermoso y deseé con todas mis fuerzas que obtuviera rápido lo que buscaba y dejara de someterme.

También deseé que muriera. Y lo peor de todo, deseé morirme yo.

Con un ronco bramido dio un último empujón que lo hizo convulsionarse apretado a mí mientras se derramaba en mi interior.

Cuánto asco sentí. Qué repugnancia más grande.

El resto de mi cuerpo se amparó en la ley de la gravedad cuando su brazo dejó de rodearme la cintura y allí, tirada como una muñeca rota, escuché de nuevo el chirrido de la cremallera.

—No ha estado nada mal, Ojos Azules —dijo con la voz aún agitada,

poniéndose en pie—. Deseaba follarte y esta noche me lo has puesto a huevo. No me lo tengas en cuenta, ¿vale?

Y se marchó tan silenciosamente como había llegado.

Introduje una mano entre mis piernas, me palpé y supe que la humedad que cubrió mis dedos era una mezcla de sus fluidos y de mi propia sangre. Vomité sobre las hojas y no hice por levantarme. Pero para qué iba a hacerlo si ya nada haría que el tiempo retrocediese y me librara de cargar con esa cruz de por vida.

La brisa arrastró un murmullo de alarma procedente de la fiesta que me hizo dejar de llorar y aguzar el oído. No era el mismo rumor colectivo de risas y algarabía lo que ahora llegaba a mí, sino algo descarnado que me puso la piel de gallina. Era el clamor del horror. Gritos desgarrados que rompían el silencio nocturno. Llantos y lamentaciones que cortaban el aliento.

Me puse en pie como pude y, de forma errante, avancé camuflada entre los árboles. La sangre corría por mis muslos, aunque dejé de prestarle atención conforme el terror de aquellas voces comenzó a ser palpable.

Detuve mis pasos en la linde que dividía el claro de la arboleda, apoyándome contra el tronco de un naranjo, y mis pupilas se movieron con rapidez haciendo el esfuerzo de entender lo que sucedía. Todo el mundo parecía descontrolado: unos corrían, otros gritaban y algunos se abrazaba llorando con la vista fija en una de las hogueras.

Nuestra hoguera.

Avancé intentando asimilar lo que ocurría, observando con detalle cuanto me rodeaba, y cuando al fin pude identificar a las gemelas entre el gentío, me quedé clavada al suelo como una estaca. ¿Por qué las pelirrojas se aferraban a Ángel con tanta agonía? ¿Y por qué él tenía el rostro ceniciento mientras las estrechaba?

Reparé en que Aarón también se encontraba allí, algo separado de la multitud, contemplando como ausente un bulto que había unos metros por delante de él.

Los latidos se me dispararon y el oxígeno se negó a entrarme en los pulmones.

Samuel estaba arrodillado con la mirada perdida en las llamas anaranjadas, y por cómo se sacudían sus hombros supe que lloraba.

¿Qué le habían hecho? ¡Esa reacción no era propia de él!

Di la orden a mis piernas de que se movieran, pero solo había dado tres pasos en su dirección cuando fui testigo del abrupto despertar de su auténtica

personalidad y volví a quedarme paralizada.

Samu, en un arranque de ira que le nacía de dentro, golpeaba con los puños la tierra seca. Observé con impotencia cómo se destrozaba los nudillos y me pregunté cómo era posible que esas mismas manos que parecían querer dividir el planeta en dos fuesen capaces de recorrer mi cuerpo con absoluta delicadeza. De pronto, como si de algún modo hubiese advertido mi presencia, sus puños se detuvieron y giró el cuello hacia mí. Esos ojos que tanto amaba conectaron con los míos un breve segundo; suficiente para comprobar que estaban cubiertos por una tristeza infinita y que ya no había en ellos rastro de humanidad.

Entonces fue que vi a Darío, tirado de vientre sobre los guijarros del claro con las facciones de la cara contraídas por el dolor. Mi hermano gritaba como si lo estuviesen torturando mientras estiraba uno de sus brazos, que se encogía sin voluntad nada más hacer contacto con el fuego.

Mi mundo se paralizó.

Caí de rodillas y un aullido inhumano emergió de mi garganta al advertir que una figura medio carbonizada era presa del fuego.

La atmósfera de San Telmo se impregnó con el hedor de la carne quemada, del cabello chamuscado y de la piel derretida conforme mis ojos volaban en todas direcciones tratando de localizar el rostro que me faltaba.

El corazón se me detuvo al no hallarla entre la multitud que se concentraba en el claro y una bruma densa del color de las cenizas me envolvió. La oscuridad comenzó a tirar de mí y perdí el conocimiento al tiempo que mi mente gritaba el nombre de la persona que se abrasaba.



## 13. Bajo el mismo cielo

*Desde mediados de agosto hasta finales de septiembre de 2010*

Cuando abrí los ojos, tras mi desvanecimiento, me hallé recostada en una camilla de hospital con media docena de profesionales alrededor de mí.

Las horas se me hicieron eternas mientras me examinaban, y no fue hasta que asomaron las primeras luces del alba que me llevaron a una habitación.

Carol entró a la carrera nada más salieron los médicos y me arrebató de las manos el informe clínico que estos habían redactado. Al terminar de leerlo se dejó caer en el sillón que estaba junto a mi cama y clavó la vista en la pared. Ella ahora lo sabía todo, si bien le agradecí enormemente que no me hiciera preguntas en ese momento. Aunque yo sí quise saber. Le pedí que me explicara lo sucedido la noche anterior en el claro y, con la voz apesadumbrada, mi amiga me relató la parte que yo desconocía sobre lo ocurrido...

*Darío, Ángel y Samuel se habían dirigido al puesto ambulante de*

*hamburguesas que estaba instalado en el parque y a Abril no se la veía por ningún lado.*

*Rebeca y las gemelas se encontraban sentadas alrededor de su hoguera, una muy superior a la de otros días, con llamas que se alargaban para que el cielo nocturno luciera con la misma luminosidad de un mediodía en la noche de la celebración de la festividad de la Asunción.*

*Álex aprovechó la desprotección que ellas tenían en aquel momento, al no estar acompañadas por los chicos, y se acercó al lugar con claras intenciones y un estado de embriaguez que anulaba por completo su ya escasa capacidad de razonar. Comenzó a provocarlas, sobre todo a Rebeca, con la que llevaba un tiempo obsesionado. Las pelirrojas intentaron protegerla, flanqueándola para que ese desgraciado no se pudiera sobrepasar, pero Álex había ido hasta allí con un propósito en la cabeza fortalecido por el alcohol y las drogas. Agarró a Rebeca por la muñeca y tiró de ella hasta ponerla en pie al tiempo que, con la mano libre, la sujetó por la nuca con la finalidad de besarla. Lo que ocurrió a continuación se desarrolló a tanta velocidad que apenas si fueron conscientes de lo que pasaba. Carol y Marta se levantaron y empezaron a tirar de los brazos de Álex para que soltara a su amiga, pero él, con una fuerza sobrenatural, la mantuvo pegada a su boca. Rebeca también se revolvía, tratando de apartarse, y al comprobar que todos sus esfuerzos eran inútiles, le mordió el labio con todas sus ganas hasta que la sangre empezó a brotar en abundancia. Él aulló de dolor, empujándola con tal violencia que vino a caer en el centro de las maderas prendidas, donde las lenguas de las llamaradas aumentaron su intensidad al ser avivadas por su cuerpo.*

*Los gritos rompieron la alegría de la fiesta y, de tan potentes como eran, llegaron hasta los oídos de Abril, oculta por la maleza.*

*Las gemelas alargaban con desesperación los brazos, pero les resultaba imposible llegar hasta Rebeca para ayudarla a salir del corazón de aquel fuego intenso en el que se retorcía mientras sus carnes se iban ennegreciendo.*

*Al menos una treintena de adolescentes se agolpó alrededor, impotentes ante la escena que contemplaban, sin poder hacer nada para poner fin al dolor que torturaba al cuerpo que lentamente era consumido por las llamas.*

*Cuando los chicos regresaron, abriéndose paso entre las personas que rodeaban el lugar donde ellas se encontraban, Ángel soltó la bolsa de las hamburguesas para retirar a las pelirrojas, que parecían querer entrar a*

*formar parte del fuego crecido. Las gemelas gritaban el nombre de su amiga, pedían con angustia infinita que alguien la sacara de ahí. Fue entonces cuando Samuel se dejó caer de rodillas. Fue en ese instante cuando entendió que aquel cuerpo irreconocible que aún se agitaba luchando entre las llamas era el de su hermana. Y fue en ese preciso momento que supo que ya no podía hacerse nada por ella.*

*Y Darío... ¡Oh, Dios, Darío!, que roto por el dolor se abrasó los brazos al tratar en vano de salvarla. Su piel sanaría con el tiempo, pero su corazón había agonizado aquella noche junto al de Rebeca.*

Lloré al acordarme de lo que yo misma había sido testigo, del terror que me inundó cuando tuve la certeza de a quién pertenecía el cuerpo que se calcinaba. Lo que a mí me habían hecho en la espesura de la arboleda no tenía comparación con lo sucedido en el claro. Mi cuerpo se curaría, aunque mi mente no lo olvidara; en cambio, ella no tendría la suerte de que sus heridas cicatrizaran.

Nunca más vería su sonrisa cálida.

No habría más secretos entre nosotras.

Ya jamás podríamos hacer realidad su sueño de vestidos blancos de princesa.

Pero mi dolor se intensificó, sin conocer límites donde detenerse, cuando fui a buscar a Samu nada más recibir el alta médica y su tío me dijo que se había marchado.

—Pero... ¿adónde, Agustín? —pregunté desesperada—. ¿Adónde se ha ido?

—No me lo ha dicho, pequeña. Le he preguntado esta mañana cuando lo he visto salir con el petate colgado al hombro, pero mi sobrino ni me ha mirado. Ha abierto la puerta y la ha atravesado sin contestarme.

—¿Cómo...? ¿Cómo puede haberse ido? Rebeca está en la Unidad de Quemados. Ella lo necesita a su lado para seguir luchando. —Sentía cómo la ira hervía en mi interior—. Yo lo necesito, Agustín. Lo necesito aquí. Necesito contarle algo muy importante.

El mecánico bajó la vista al suelo. Sus ropas estaban arrugadas y su pelo alborotado, tenía el borde de los ojos enrojecido y su rostro se veía marcado por la tristeza.

—Siento no poder decirte más. —Guardó silencio antes de volver a mirarme—. Ese muchacho ha sufrido mucho, y ahora que empezaba a recuperarse gracias a ti... —Negó con la cabeza y la barbilla le tembló descontrolada—. Pero ahora le ha pasado esto a Rebeca. A mi Rebeca. —Se echó a llorar tapándose la cara con las manos—. Y él no lo ha soportado. No ha podido quedarse para ver cómo se muere.

—Ella está luchando. —Le retiré las manos del rostro y las apreté entre las mías—. Y quizá salga adelante.

—No, pequeña —dijo con la voz rota—. Rebeca no va a salir de esta. Yo lo sé y él también. Por esa razón se ha ido, porque no quiere ver cómo se va apagando. No quiere sentir más impotencia de la que ya siente. No quiere dejarse llevar y que todo termine aún peor. —Sollozó con fuerza y a mí se me partió el alma de verlo sufrir de esa manera—. Créeme si te digo que es mejor así. Es mejor que se haya quitado de en medio. Él se culpa, Abril. Mi muchacho se culpa de lo que le ha pasado a su hermana por no haber estado ahí para defenderla y evitar que ese hijo de puta la empujara a la hoguera. —Su llanto cesó y me miró muy serio—. Pero también sé que nos culpa a todos los demás, a esta barriada a la que lo traje a la fuerza... Y a Aarón. Sobre todo, le echa la culpa a su hermano.

Me mordí el interior de las mejillas con fuerza hasta que noté el sabor de la sangre en mi boca. Sí, yo también creía que Aarón era muy culpable de todo lo que había pasado.



Las palabras de Agustín se hicieron reales.

Rebeca murió ocho días después sin presentar batalla, sin hacer ningún ruido mientras abandonaba este mundo. Simplemente dejó de respirar cuando su corazón dejó de latir, cuando las pocas fuerzas que le quedaban no pudieron soportarlo más.

Los médicos aseguraron que no había sentido dolor, que las quemaduras que le cubrían el cuerpo, casi en su totalidad, no solo habían dañado la piel más superficial que quedaba expuesta a la vista, sino que también habían

anulado cualquier capacidad de recepción en las terminaciones nerviosas.

Ella dejó de existir, aunque su recuerdo siempre formaría parte de nosotros.

Supe por el mecánico, después de que este hablara con su madre sobre el traslado del féretro a Castellón donde se le daría sepultura a Rebeca junto a sus padres, que Samuel se encontraba allí y que asistiría al sepelio. Agustín además me confesó con tristeza que, cuando le pidió a la anciana que él se pusiera al teléfono, esta le dijo que su nieto no quería saber nada ni de la Asunción ni de sus gentes, lo que también me incluía a mí.

No pudimos acompañarla en ese último adiós, su hermano predilecto fue el único de nosotros que pudo despedirla.

Darío apenas habló con nadie los días posteriores a su fallecimiento y aquella tristeza que durante tantos años lo había acompañado regresó a él. Pidió el alta médica antes de que sus manos se recuperasen por completo de las quemaduras y comenzó a trabajar, evadiéndose del sufrimiento de la pérdida de esa manera. Él estaba acostumbrado a lidiar con el dolor físico más que cualquier otra persona, por eso no le insistí. Lo que realmente me preocupaba era el dolor que no se ve, ese que no cicatriza por más tiempo que pase. Rebeca fue el primer amor de Darío, la que logró arrancarle del corazón todas las humillaciones y lo llenó de esperanzas, la que le dio vida a su alma desgastada hasta que en sus preciosos ojos azules no quedó resto de degradación. Ella le había devuelto las ganas de vivir y ella, igualmente, se las había llevado.

Los días pasaron y la rutina volvió a instalarse en la barriada. El movimiento ocupó las calles y sus gentes poco a poco dejaron de hablar de la desgracia de la chica Reyes. En cambio, yo seguía estancada, como si la vida girara a mi alrededor y no fuese capaz de alcanzar su ritmo ágil. Me costaba seguirlo, o quizá simplemente me negaba a hacerlo esperando a que él regresara de donde fuera que estuviese. Porque mi problema seguía ahí, avanzando a la misma velocidad que lo hacía el resto del mundo, y Samuel no se encontraba a mi lado para compartir esa carga conmigo.



—Hola —saludé un tanto insegura.

Tras un par de días dándole vueltas en la cabeza a una idea, había tomado la decisión aquella misma mañana. Sin recapacitarlo un segundo más de la cuenta, había cogido dos líneas de autobuses hasta terminar en la parte sur de la ciudad plantada frente a aquel estudio del que Carol me había hablado.

Las paredes de ese sitio estaban adornadas con bocetos y fotos a todo color, desde trazados muy simples hasta diseños de lo más intrincados, pero yo no buscaba nada de lo que allí había expuesto. Sabía exactamente lo que quería.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarte? —me contestó un chico con *piercings* en la cara.

—Quería cita para hacerme un tatuaje. Algo muy pequeño.

—¿Alguna idea de lo que quieres?

—Sí. Un nudo celta.

Sacó una carpeta del fondo de un archivador de metal y la abrió sobre el mostrador para que viera los distintos diseños que había.

—Lo que quiero se llama nudo perenne —le informé observando los trazados.

Me quitó la carpeta de las manos y pasó las páginas.

—¿Es este símbolo? —Su dedo señalaba el mismo dibujo que Samuel tenía en el omóplato.

—Sí, ese es —susurré, paseando la yema de mi índice suavemente por las líneas curvas, tal y como tantas veces las había paseado sobre su piel.

—¿Dónde te lo harías?

—Pues... junto al hueso de la cadera. Algo muy pequeño que solo pueda verlo yo.

—Ya sabes que esto es permanente, que una vez te lo hagas no hay marcha atrás. —Golpeó varias veces el dibujo de la carpeta.

—Lo sé.

—De acuerdo. —Lo volvió a mirar un segundo—. Esto es fácil. No se tarda mucho al no llevar color. ¡Rubén! —gritó girando la cara al fondo del estudio, donde se veía un pasillo con una puerta a cada lado.

La música *rock* llegó a mis oídos cuando la puerta de la derecha se abrió y un chico, más o menos de la edad de Darío, salió por ella.

—¿Qué pasa? —preguntó acercándose al mostrador.

Se situó junto al de los *piercings*.

—Quiere esto. Muy pequeño y en la cadera. Solo a negro.

El chico observó el dibujo mientras yo le observaba a él. Llevaba el pelo rapado y tenía los brazos tatuados en su totalidad, o por lo menos todo lo que dejaba ver la camiseta de manga corta que llevaba puesta. Eran dibujos bonitos, de muchos colores y unidos los unos a los otros sin una finalidad aparente. Sus manos también estaban tatuadas, signos extraños que descendían desde las muñecas hasta los nudillos.

De pronto alzó la cabeza y me miró. Sus ojos eran del azul más intenso que yo hubiese visto.

—Puedo hacértelo ahora si quieres —me informó, elevando los hombros con indiferencia—. Esta mañana no tengo ninguna cita.

Asentí sin dejar de mirarle a los ojos, que parecían un mar en calma al atardecer.

—Ven, sígueme.

Entramos a la habitación de donde había salido minutos antes y cerró la puerta.

—¿Te importa si dejo la música? —preguntó acercándose a un pequeño equipo al que bajó el volumen.

—No, no, para nada.

Me notaba muy nerviosa, a pesar de tener claro lo que quería. Él debió darse cuenta y me sonrió.

—Tumbate en la camilla, bájate un poco el pantalón y relájate.

Hice lo que me pidió, respirando cada vez con más dificultad.

—¿Duele mucho?

—Molesta un poco. Pero no te preocupes, voy a estar hablándote todo el rato y ni te vas a enterar.

Pasó un algodón empapado en algo frío por la zona.

Llamaron a la puerta y el chico de los *piercings* le entregó un boceto del nudo perenne en una especie de papel de calco. Luego salió y volvió a cerrar.

—¿Ves bien este tamaño? —Me enseñó lo que parecía una pegatina ya recortada. Asentí un par de veces—. Ahora voy a pegarlo. Te miras en el espejo, para ver si lo he puesto donde tú quieres, y si no te gusta el sitio o el tamaño lo retiro y empezamos de nuevo, ¿vale?

Al mirarme al espejo vi que era perfecto, del tamaño de una moneda. También estaba situado en el lugar idóneo, junto al hueso de la cadera.

—Así está bien —afirmé.

Él estaba tras de mí, observando mi imagen a través del espejo.

—Sí, te va a quedar de puta madre.

Volví a tumbarme en la camilla mientras el chico de ojos de atardecer se movía por la habitación preparándolo todo. Cogió un taburete y se sentó junto a mí.

—Venga, voy a empezar.

Un sonido parecido al zumbido de muchos insectos inundó mis oídos y la pistola de tatuar comenzó a inyectar tinta en mi piel.

—¿Sabes el significado de lo que te estoy haciendo?

—Sí, simboliza un lazo de amor indestructible. —Lo vi sonreír y me sonrojé.

—Pero para que sea efectivo tu pareja debe tatuárselo también.

—Él lo lleva tatuado, aunque ya no es mi pareja.

—Pues el capullo se lo pierde.

Dejé de sentir el incómodo escozor que me provocaba la aguja al centrarme en la conversación. Sus ojos estaban concentrados en el dibujo.

—Tú llevas muchos, ¿te los has hecho tú mismo?

—¡Pero qué dices! —Su sonrisa se amplió—. Es mi hermano quien se encarga de hacérmelos, el que has conocido ahí fuera.

—¿Sois hermanos?

—Por desgracia sí.

Sin darme cuenta yo también sonreía.

—¿Por desgracia?

—Eso es —corroboró—. No hay nada peor que trabajar con tu hermano mayor.

—Yo vivo con el mío, así que algo te entiendo.

—¡No jodas! —Dejó de tatuar y me miró—. Yo también vivo con ese cabrón y es una puta tortura.

Me carcajeé de su espontaneidad.

—Darío nunca ha sido una tortura para mí, más bien todo lo contrario.

Y sin saber por qué, relaté mi vida a ese desconocido que grababa en mi cuerpo un recuerdo que siempre pertenecería a Samuel.

—Joder, sí que ha debido ser duro.

Había terminado de tatuarme hacía un buen rato, pero se quedó escuchando las miserias de mi vida, a las que acompañamos con unas tazas de café.

—Muy duro —admití.

—¿Y sigues manteniendo alguna relación con tu padre?

—Ninguna. Lo veo a veces por la barriada o en la carnicería, y ni lo saludo. Hace mucho que dejó de importarme nada que tuviera que ver con él.

—Normal, demasiado aguantasteis. Ahora que, si yo llego a ser tu hermano esa noche que os largasteis, antes lo muelo a golpes.

Volví a mirarme en el espejo admirando aquellos trazos tan bien conseguidos que ahora formaban parte de mí.

—Ya sabes, no te retires el film transparente hasta mañana, y ponte bastante crema hasta que cicatrice. En una semana más o menos estará listo.

—Muchas gracias.

—Ha sido un placer.

Me abroché el pantalón y me dispuse a salir. Él me sujetó del brazo.

—¿Te puedo dar un consejo?

—Claro —contesté algo confundida.

—Pasa de ese tío. Si te ha dejado sin una explicación no merece la pena que pienses en él.

—Ya, pero es que es muy duro todo lo que le ha pasado —traté de justificar a Samuel.

—Es cierto —aceptó—, aunque tu vida no ha sido mucho más fácil que la suya. Debería haberse quedado a tu lado. Lo mejor que puedes hacer es olvidarte de él.

—Lo intento. De verdad que lo intento y me resulta imposible. ¿Alguna vez te has enamorado?

—Si alguna vez me he enamorado —repitió soltándome el brazo. Pensativo, se rascó el mentón cubierto por una barbita descuidada—. Me gusta mucho una tía, si eso cuenta. Pero ella me odia.

—¿Y cómo haces para no pensar en ello?

—Me enrolló con la primera que se me pone a tiro. Es lo más fácil y así no me como el tarro.

—¿Y te funciona?

—A veces sí y otras no. Ella es la hermana de mi colega, de modo que tengo que verla por cojones. Encima tiene un temperamento de la hostia que hace que me guste aún más. Pero entre nosotros jamás habrá nada, no somos compatibles.

—Eso no lo sabes. Quizá algún día te corresponda.

—No la conoces. —Se carcajeó negando con la cabeza—. Yo sé que le gusto, lo supe desde el primer momento. Aunque eso no cambia nada. Por muy pillados que estemos el uno del otro, ninguno dará nunca el primer paso.

Ella no aprueba mi estilo de vida, me lo suelta a la cara cada vez que tiene ocasión. Y yo no pienso cambiar cómo soy por algo que estoy seguro de que no va a funcionar. De modo que no nos queda de otra que soportarnos, y a veces ni eso.

—No pierdas la esperanza, Pinta, yo no pienso hacerlo.

Me dio un abrazo afectuoso.

—Te deseo lo mejor, Abril. De corazón, te deseo que encuentres la felicidad. Y vuelve cuando te apetezca, tanto si es porque quieres otro *tattoo* o simplemente porque necesites hablar con alguien.

—Yo también te deseo lo mejor. A ver si la próxima vez que nos veamos tu banda ya es famosa y me puedes firmar un autógrafo. —Volvió a reírse—. O si esa chica que tanto te gusta ya sale contigo. A veces merece la pena cambiar por una persona, créeme. Yo de ti no lo tendría tan claro.

Salí de allí con una sensación extraña. Estaba igual de destrozada que cuando había llegado, con la diferencia de que cuando entré me encontré con un desconocido y al marcharme había ganado un amigo. Le había abierto mi corazón a ese chico con aspecto de malote que había resultado ser una maravillosa persona, además de una caja llena de buenos consejos.

Cogí el autobús de vuelta sabiendo que yo no era la única que sufría por amor, que ese sentimiento al que no podías oponerte una vez conquistaba tu corazón se había colado en otras personas causándoles el mismo daño que a mí.



—Darío, no puedes seguir así. Tienes que hablar de cómo te sientes, tienes que desahogarte con alguien. Si no quieres hacerlo conmigo, hazlo con Ángel, pero no puedes tenerme con el alma en vilo todo el día. Todos los días.

Continuaba observando la tele y lo más chocante era que llevaba así más de una hora y no había ninguna imagen en la pantalla. Estaba apagada y él la miraba como si fuese la cosa más interesante del mundo.

Me senté a su lado en el sofá.

—Darío, mírame.

Había llegado la hora de obligarlo a luchar, de hacer que reaccionara y no se dejara arrastrar por la corriente de la vida como un barco a la deriva que no logra encontrar su puerto. La muerte de Rebeca había aniquilado su corazón, sí, pero yo tenía un motivo de peso para que volviera a latirle dentro

del pecho. Y aunque era un momento muy duro para él, conocía bien a mi hermano para saber que no me abandonaría. Darío jamás se rindió, y si no lo hizo fue por mí, de modo que se lo solté de golpe.

Me miró con los ojos muy abiertos, saliendo de forma abrupta de ese agujero negro donde tantas semanas llevaba encerrado. Ahora vendrían las preguntas que yo debería contestar, lo cual me dolería, pero no me había dejado opción.

—¿Es eso cierto? —Se veía aterrorizado.

—Completamente —afirmé reprimiendo las ganas de llorar.

Él no supo hasta ese instante lo que me ocurría, ni tampoco lo que me había sucedido la noche de la festividad de la Asunción.

Cogió mis manos y las apretó.

—No te preocupes, Abril, me tienes a mí. Siempre me vas a tener a mí.

Así fue como traje de vuelta a la realidad a mi hermano. No lo hice solo porque necesitara de su apoyo, también lo hice porque él necesitaba del mío. Darío seguiría arrastrando el dolor por la pérdida de Rebeca y yo lo ayudaría a soportar esa carga, del mismo modo que él me ayudaría con la mía, tal y como había hecho toda su vida.



El dolor interno era inmenso, incalculable, imposible de igualar. Cada día que pasaba se me hacía un poco más difícil sobrellevarlo. Acepté mi destino sin cuestionarme las demás opciones, pero la falta de noticias, la incertidumbre de no saber cómo se encontraba o lo que estaba haciendo, era lo que llevaba peor.

Lo amaba con la misma intensidad que lo odiaba; dos sentimientos enemigos que en la balanza de mi corazón pesaban igual. Necesitaba de un modo casi obsesivo tenerlo enfrente y decirle a la cara todo lo que me guardaba, a la vez que besarle con esa desesperación que me desbordaba y me impedía respirar. Quería volver a perderme en sus ojos tanto como olvidarme de ellos.

Samuel no había dado ninguna señal de vida. Se hallaba a kilómetros de mí, no sabía exactamente dónde, intentando probablemente seguir adelante. Se había marchado sin despedirse, rompiendo todos los lazos que nos unían y llevándose en su precipitada huida la esencia de mi corazón. Él fue quien puso tierra de por medio, pero tal vez en algún lugar, bajo el mismo cielo al que ahora yo miraba, continuaba pensando en mí como yo lo hacía en él.

La distancia y el tiempo harían su trabajo, y alguna vez observaríamos ese mismo cielo sin acordarnos de que una vez nos quisimos.



## 14. Rebeca

*Marzo de 2011*

—Vas a pillar una pulmonía.

Marta llevaba una hora en mi casa repitiéndome lo mismo cada cinco minutos. Entendía que no era época de tener las ventanas abiertas de par en par y andar en pantalón corto y camiseta de tirantes, pero tenía calor.

—Lo único que estoy pillando es un dolor de cabeza de lo pesada que eres.

—Anda, deja que yo me ocupe de eso.

Me arrebató el estropajo de las manos, dándome un empujón con la cadera, y se puso a enjabonar los platos sucios del fregadero.

En los meses transcurridos desde la festividad de la Asunción, yo había sufrido un cambio brusco como persona en todos los sentidos. La tristeza por la muerte de Rebeca era algo asentado en mi corazón que nada ni nadie conseguía mitigar, y en el caso de mi hermano aquella desgracia había echado raíces gruesas y profundas que lograron acabar con su alma. Sabía que él hacía por seguir adelante solo por mí, porque lo necesitaba más que nunca.

La violación que sufrí aquella noche dejó de ser un secreto guardado

entre Carol y yo, y a las semanas de que ocurriese, me vi en la obligación de contárselo a Darío, lo que para él supuso una losa aún mayor.

A Marta y Ángel también los hice partícipes al cabo de un tiempo, cuando llegué a un estado de vulnerabilidad en el que un solo roce en el brazo me asustaba. Ellos intuyeron que mi cambio no solo se debía a lo que le pasó a Rebeca o a la posterior desaparición de Samuel. Me insistieron tanto, preocupados por la fragilidad que en mí veían y que a pasos agigantados me estaba consumiendo, que terminé contándoles entre sollozos por qué yo no me encontraba aquella noche en el claro cuando todo sucedió, y de paso, también me desahogué de lo demás.

Las gemelas no dejaron de apoyarme ni un solo día y Ángel se mantuvo más cerca de Darío que de costumbre, lo que hizo que al sentirnos tan arropados la carga fuese más liviana. Al poder hablar sin tabúes, esa pena fue compartida y disminuyó de peso. Por lo menos en mi caso, aunque no podía decir lo mismo de mi hermano.

Sí, él seguía con su vida tal y como estaba antes de que pasase todo, pero sus ojos volvían a estar ausentes y su sonrisa nunca llegaba a alcanzarlos.

Álex cumplía condena por lo ocurrido y de Sebas nadie había vuelto a saber nada desde aquella maldita noche. Desapareció de la faz de la tierra sin dejar ningún rastro, lo que era un alivio no solo para mí. En cambio, a Aarón sí que teníamos que verlo por la barriada. Se había quedado en Las Viviendas de Papel trabajando en el taller de su tío: sin amigos, sin hermanos, sin nadie que le tuviera más cariño que el que se le tiene a una cucaracha. Porque todos en la Asunción de María murmuraban acerca de su implicación en lo sucedido la noche de la festividad.



—No deberías andar sola a estas horas.

Aarón estaba sentado en el tranco de su casa fumándose un cigarro. Yo regresaba de dar un paseo pensando en lo que estaba por venir y en cómo me afectaría, y mis pasos, al igual que en todos aquellos meses, me habían llevado inconscientemente a esa calle donde ya no existía ninguna puerta a la que tocar, porque ya no había ningún motivo que me empujara a querer ir a esa vivienda. Sin embargo, siempre terminaba desviándome hacia allí, como siguiendo un maldito ritual para que los recuerdos que tanto me mortificaban no desaparecieran.

—¿Por qué no te mueres? —escupí sin aminorar la marcha.

Oí la exhalación resignada tras de mí. En cada ocasión en la que nos habíamos encontrado en ese tiempo, no disimulé ni un ápice el desprecio que sentía hacia él, pero el muy desgraciado siempre insistía en dirigirse a mi persona.

—Ojos Azules, alguna vez tendrás que escucharme.

Me giré con ímpetu, quedando frente a él, que había comenzado a seguirme.

—No. No pienso escuchar nada de lo que tengas que decirme.

Él me miró de arriba abajo con una expresión inescrutable en la cara.

—Te veo bien. Estás muy guapa.

—¡Cállate! —grité—. ¡Cállate, cállate!

Sus ojos de serpiente quedaron fijos en los míos. Pude ver dentro de ellos los signos del arrepentimiento, pero si de mí hubiese dependido, Aarón se estaría quemando en el infierno, porque nunca, jamás, lo perdonaría.

—Alguna vez tendrás que escucharme —repitió en voz baja—. Entonces quizás te des cuenta de que la vida no solo ha sido injusta contigo. Alguna vez, Ojos Azules; ahora no quiero darte motivos para que me odies más.

Se dio la vuelta y se dirigió a su casa.



—¡Darío! ¡Darío! —chillé en la oscuridad de mi dormitorio.

Mi hermano entró por la puerta, respirando agitadamente, y encendió la luz. Eran las cuatro de la madrugada y tenía los párpados hinchados por el sueño, pero el susto, que debía haber sido como para provocarle un ataque al corazón, lo había espabilado.

—¿Qué pasa? —preguntó con un tinte de pánico en la voz.

Eché un vistazo a toda la habitación.

—¡Darío! —volví a chillar entre gimoteos—. ¡Haz que pare el dolor!

Me miró con detenimiento y sus ojos se abrieron desmesurados cuando entendió el porqué de mis gritos. Corrió en mi auxilio y, a partir de ese momento, el tiempo se precipitó sin misericordia sobre nosotros.



El llanto taladró mis tímpanos con brusquedad. Yo había cerrado los ojos, intentando canalizar la entrada de aire a mis pulmones. Mi cuerpo llevaba horas empapado por un sudor que ahora se volvía frío y me hacía temblar. Las lágrimas se deslizaron por mis sienes hasta quedar atrapadas en las raíces de mi pelo; los surcos que iban dejando eran los únicos pedazos de piel que notaba cálidos, casi abrasadores por la fuerza con la que emanaban de mis párpados apretados.

Darío se hallaba a mi lado, sujetándome la mano sin articular una sola palabra. No había consuelo posible a lo que acababa de ver: unos ojos ambarinos que siempre me recordarían a él.



—Abril, despierta. —La voz de mi hermano irrumpió en medio de aquel sueño en donde Samuel me sonreía y me abrazaba. Parpadeé varias veces adaptándome a la realidad—. Las pelirrojas están aquí.

Volví la cabeza hacia el lado contrario de donde Darío se encontraba sentado. Marta y Carol se reían, pero aquellas dos templadas sonrisas no iban dedicadas a mí, sino a la personita que se hallaba dormida junto a mi cama.

Miré a través de la pasta transparente de la cuna acrílica de hospital y vi la carita sonrosada, los mechones de suave cabello negro que sobresalían del gorro de lana, y los deditos entrelazados que se llevaba a la boca. Pero lo que hacía que mi corazón se saltara un latido eran sus ojos, de un tono ámbar oscuro del color del caramelo. Unos ojos que al cabo de unos meses se aclararían hasta ser amarillos como los de él.

Aparté la vista cuando no pude soportarlo más, dejando que el cansancio me arrastrara de nuevo al mundo de los sueños donde aquello no era real.



—No puede seguir negándose, Darío. —Las palabras de Carol me

llegaban muy lejanas—. No puede mirar hacia otro lado y hacer como que esto no va con ella.

La voz de la gemela, que tenía un cierto matiz de indignación, iba acompañada por un molesto berrido que no me permitía cobijarme del todo en la somnolencia.

—Abril, venga, abre los ojos. —Ahora era mi hermano quien hablaba, zarandeándome con suavidad del brazo—. Tiene que comer, joder. Ella no tiene la culpa de nada.

Miré a Carol, que se paseaba nerviosa por la habitación con el bebé entre sus brazos intentando calmarlo.

Negué, con los ojos desencajados, cuando me di cuenta de lo que se proponían.

—No puedo —confesé con desesperación.

Carol se paró a los pies de la cama.

—Sí que puedes, y vas a hacerlo ahora mismo.

Se colocó en un lateral y me soltó a la niña sobre el cuerpo. Mis brazos la rodearon en un acto reflejo, aunque mi cabeza no dejaba de negar.

La pelirroja me desabotonó el camisón y lo abrió, dejándome el pecho al descubierto: hinchado y con las venas marcadas. Yo no sabía qué hacer, simplemente me limitaba a sujetarla para que no se cayera. Pero ella encontró el camino que marcaba la madre naturaleza y se enganchó a mi pezón succionando con fuerza.

Ahí fue cuando realmente sentí el peso de lo que ahora era. De un día para otro me había convertido en madre, con todas las obligaciones que conlleva la palabra. Ese bultito de carne suave que protegía entre mis brazos dependía de lo que yo estuviera dispuesta a ofrecerle. Y justo en ese preciso instante empecé a amarla, mientras su manita se agarraba a mi pecho con fuerza para saciar su ansia. Entonces supe que ella sería mi fortaleza, el motivo que me haría salir a flote y la razón por la que seguiría luchando. El horror de lo pasado perdería su poder al tenerla a mi lado, la noche del quince de agosto sería borrada gracias a su presencia, y el recuerdo de Samuel terminaría por dejar de doler. Sí, la carne de mi carne me haría salir adelante, me haría amar como nunca había amado y haría que mis dolencias pasaran a un segundo plano. Ahora ella era lo más importante, esa niña de ojos dorados que acunaba entre mis brazos. La sangre de mi sangre.

El destino me había convertido en madre un día 5, a solo un mes de mi decimonoveno cumpleaños, e iba a hacerlo lo mejor que pudiera.

—Te llamarás Rebeca —me oí decirle al bebé—. Tú harás que nunca nos olvidemos de ella, que siempre permanezca en nuestros corazones. Estaría feliz de verte, ¿sabes? Y se habría sentido orgullosa de que lleves su nombre. Ella también es sangre de tu sangre, aunque jamás puedas conocerla. Rebeca —repetí saboreando cada sílaba en mi boca—. Mi pequeña Rebeca.

Solo se escuchaba mi voz en la habitación, que se había sumido en el más profundo silencio. Miré a Carol y vi que tenía las mejillas húmedas. Luego me centré en Darío, que ocultaba el rostro entre sus manos para que no pudiésemos ver cómo lloraba.



## DESPUÉS DE REBECA





## 15. Las Viviendas de Papel

*Abril*

«Cumpleaños feliz,  
cumpleaños feliz,  
te deseamos todos  
cumpleaños feliz».

—Pide un deseo, enana. —Rebeca apretó los párpados con intensidad y cerró los puños—. ¡Eh!, pero no tan fuerte, que te vas a hacer caca encima.

Colocando sus bracitos en jarras, lo miró muy enfadada.

—No le digas eso, Aarón —le regañé.

Entonces sonrió, al igual que hacía él, sopló las velas y todos estallamos en ovaciones y palmas.

—Miradla —dijo Ángel levantándola por las axilas y lanzándola al aire—. Ya es toda una mujercita.

Ella reía a carcajadas mientras él la hacía volar.

Por su quinto cumpleaños habíamos invitado a casa a sus dos mejores amigas del colegio, las cuales ahora rodeaban a Ángel y le pedían con insistencia las mismas atenciones que tenía hacia Rebeca, o lo que es lo mismo, que las lanzara como simples muñecas de trapo.

Mi hermano y las gemelas también estaban allí, consiguiendo entre todos que mi hija fuera cada día un poco más feliz. Y Aarón. Él no podía faltar. Se había convertido en alguien imprescindible en nuestras vidas.

La primera Navidad de Rebeca se presentó en mi casa con un osito de peluche para ella, y yo le cerré la puerta en las narices, literalmente. En su primer cumpleaños volvió con el osito más un juego de bloques de colores que yo de nuevo rechacé. Y el primer día de guardería me quedé sorprendida cuando su profesora me dijo: «No te preocupes, ya ha venido su padre y ha traído los pañales y las toallitas de este mes». La indignación que me produjo la conclusión a la que había llegado aquella señora me hizo ir hasta su casa y lanzarle tanto pañales como toallitas a la cabeza, además de alguna que otra maldición de cómo podía morir.

Aarón no desistió y, cada fecha señalada, volvía a aparecer con todos los regalos que había comprado para Rebeca a lo largo de esos años más el que correspondía a ese día en cuestión. Así que, en su tercer cumpleaños, acabé por dejarle pasar y que le entregara a la niña todo lo que sostenía entre sus brazos y que ella miraba con absoluta fascinación. Desde ese momento se hicieron inseparables, amigos íntimos, y todos los días se pasaba a jugar con ella un rato.

Conforme el tiempo fue transcurriendo, y sin que yo me diese apenas cuenta, Aarón se fue ganando gradualmente un trocito cada vez mayor de mi corazón. Hablamos de todas las conversaciones del pasado que habían sido vetadas por nosotros mismos y terminé aceptando al hombre en el que se había convertido, olvidándome del chico que nunca fue. Él ya no consumía drogas, bebía solo cuando la ocasión lo requería y estaba centrado en su trabajo en el taller y en su nueva vida. Al final acabé conociendo sus secretos, sus motivos y su proceder, y perdoné los errores que cometió a causa de una culpa que no le correspondía. Los demás también lo aceptaron sin reproches ni rencores una vez supieron la verdad sobre los supuestos pecados que había cometido Aarón.



—No se te ocurra darle chuches cuando te las pida, porque te las va a pedir —susurré para que Rebeca no me escuchara—. Y no dejes que vea la tele hasta tarde. Y no te vayas a quedar dormido hasta que yo vuelva.

—Vete ya, Ojos Azules —exigió exasperado—. Enana —dijo dirigiéndose a la niña que jugaba en el suelo con dos muñecas—, cuando te hagas mayor no seas tan pesada como tu madre, ¿vale?

—Vale, Ron.

—¡Esa es mi chica!

—¿Quieres hacer el favor de no ponerla en contra mía? —siseé con los dientes apretados consiguiendo que se riera a carcajadas—. Cariño... —me arrodillé frente a ella—, hazle caso a Ron, ¿de acuerdo? Yo vuelvo en un par de horas.

La abracé, besándole la cabecita, y ella me devolvió el abrazo dejándome sus babas en la cara.

—Te quiero, mami.

—Y yo a ti, mi vida.

Me puse el abrigo y me giré hacia Aarón con una mirada cargada de advertencias.

—Ojos Azules, vete tranquila, de verdad. Desconecta por un rato y disfruta. Sabes que conmigo va a estar bien.

Asentí con una sonrisa y abrí la puerta.

—Gracias. Te lo compensaré.

—Ya me lo compensas dejándome estar con ella.

Sabía que él la adoraba, que en mejores manos no podía dejarla, pero no estaba acostumbrada a salir sin mi hija.

Me habían contratado como cocinera en el comedor del colegio de la Asunción, donde estudiaba Rebeca. Tan solo llevaba ocupando ese puesto un par de semanas, tras la jubilación de una de las antiguas cocineras, y aunque solo tenía veintitrés años y me había incorporado con el segundo trimestre ya avanzado, mi destreza en la cocina se remontaba a mi niñez al haberme tenido que hacer cargo de mi padre y mi hermano cuando murió nuestra madre. De modo que estaba muy feliz. No era una simple ayudante de cocina que necesitara de aprendizaje, sino que me desenvolvía con soltura pese a la gran cantidad de niños que comían en la escuela. Mis compañeros, Bea y Sergio, se dieron cuenta al momento y lo agradecieron, pensándose en un principio que yo iba a ser una molestia a la que enseñar. Formamos un gran equipo desde el primer día, además de implicarnos en un rodaje conjunto de

lo que prometía ser una gran amistad. Ese trabajo me permitía poder seguir al cuidado de mi hija, dado que teníamos el mismo horario. Y por ese trabajo, que me había devuelto un poco la juventud perdida, fue por lo que todos se empeñaron en salir aquella noche a cenar y luego a tomar una copa. Querían celebrar conmigo ese nuevo logro, y a mis antiguos amigos se unieron también los nuevos. Sergio era un chico muy majo, dos años mayor que yo, pero el interés que él me estaba demostrando no era el mismo que yo buscaba. Por ese motivo, y por la idea de dejar a Rebeca al cuidado de una desconocida, fue por lo que al principio me había negado a celebrar nada. Sin embargo, Aarón se ofreció a cuidar de la niña para que yo pudiera salir tranquila con los demás, y eso hice. Ese viernes intenté ser la chica de veintitrés años que dejó de lado su juventud cuando se convirtió en madre. Aunque una cosa era disfrutar con los amigos y otra muy distinta seguirle la corriente a Sergio y darle falsas esperanzas. Para eso aún seguía sin estar preparada.



Darío y yo entramos en casa pasada la una de la madrugada sin hacer ruido. Aarón estaba dormido en el sofá del salón, cuan largo era, rodeando con los brazos a Rebeca, que dormía sobre su pecho. Los dos tenían los bordes de los labios manchados de chocolate reseco, lo que me hizo sonreír.

—Es una suerte para ella tenerle —dijo Darío en voz baja—. Hicimos bien en darle otra oportunidad.

—La verdad es que sí. Cada día estoy más contenta de haberle aceptado de nuevo. Él ha sufrido tanto como nosotros, se merece ser feliz.

Mi hermano asintió dándome la razón.

—Voy a acostarla en su cama.

Cogiéndola en brazos, se la llevó a su habitación mientras yo desdoblaba una manta para cubrir el cuerpo de Aarón. Su pecho se movía sosegadamente y un leve resoplido escapaba de entre sus labios con cada exhalación. Sonreí acariciándole la mejilla.

—Gracias por no desistir. Gracias por no haberme abandonado.

Una imagen fugaz del chico del que un día estuve enamorada afloró en

mi mente. Era difusa y poco precisa. Ya solo recordaba con nitidez el color que tenían sus ojos, el resto de sus facciones estaban quedando olvidadas con el paso de los años.

Volví a centrarme en Aarón.

—Gracias por no ser lo que él aseguraba que eras.



Después de que Aarón se hubiese marchado de casa con una tortícolis como regalo por el duro brazo del sofá, me acerqué a la churrería para darle una sorpresa a Rebeca cuando despertara. Esa mañana de sábado mi hermano, mi hija y yo celebraríamos en la intimidad nuestra recuperada suerte con un buen vaso de chocolate caliente entre las manos y un gran cartón de churros.

Tras haberme pasado los últimos años dependiendo del sueldo que Darío traía a casa y pendiente de una niña día y noche, mi vida comenzaba a mejorar. Ahora podría ayudar a mi hermano con los gastos y los pagos, que cada vez eran mayores, ahorraría parte de mi salario e incluso podría permitirme el lujo de darle algún capricho a Rebeca, que a sus cinco años no hacía otra cosa que pedir por su boca sin que las constantes negativas le supusieran el mayor problema. Nuestra economía no había dado para mucho, pero eso acababa de cambiar.

Iba haciendo malabares con la bolsa de los churros colgada de un brazo para poder llevar medianamente sujetos los tres vasos de chocolate. Al llegar a la esquina de la plaza de abastos, justo antes de cruzar la calle peatonal, dos vasos se me cayeron, volcando en la acera todo su contenido. Lo que me hizo perder la concentración fue la silueta que acababa de perderse tras doblar la esquina dos calles por delante de mí.

—Mierda —solté al observar cómo el chocolate que iba a degustar se extendía a mis pies.

Al llegar a casa puse los churros en un plato, dejé el chocolate que había sobrevivido en la mesa de la cocina y, mientras salía el café, me dirigí a la habitación de mi hija, que aún continuaba dormida.

—Buenos días.

Jugueteé con los dedos en sus costillas hasta que la risa apareció. Abrió los ojos y, sin dejar de sonreír, estiró su cuerpecillo y dio un sonoro bostezo.

—Buenos días, mami.

—¿Tienes hambre? —Asintió con los ojos entornados—. Pues acabo de

pasar por la cocina y me ha parecido ver un vaso de chocolate y unos churros. Pero si quieres seguir durmiendo me los puedo comer yo.

Saltó de la cama y salió disparada hacia el pasillo.

—¡Tito!, ¡tito! —gritó eufórica—. ¡Tito, levántate! Mami ha traído churros con chocolate.

Me lamenté en silencio por mi hermano al tiempo que la seguía.

Rebeca disfrutaba, como la niña que era, de ese desayuno tan poco frecuente, mojando no solo los churros, sino los dedos enteros.

—¿Solo has traído para ella o es que en los cinco minutos que he tardado en salir ya se ha bebido el mío?

—He comprado tres vasos, pero dos de ellos se me han caído cuando volvía y ella se está tomando el que ha sobrevivido.

Darío cogió una porra y comenzó a masticar con desgana, observando cómo Rebeca se relamía. Me disculpé haciéndole un puchero.

Le acerqué un café y me senté a su lado.

—Mañana es domingo —le comenté.

—¿Y?

—Que te prometo que cuando te levantes te estará esperando un vaso de chocolate humeante.

Lo besé en la mejilla.

—Lo has prometido —dijo arqueando una ceja.

—Sí, lo he hecho. Y si mañana se me vuelve a caer, me doy la vuelta y te compro otro. Prometido.

—Lo has vuelto a prometer —repitió con una extraña sonrisa en los labios.

—Que sí, pesado.

—Recuerda que lo has prometido dos veces. —Me señaló con el dedo—. Aunque sea domingo, aunque tengas sueño y aunque la cama esté muy buena a las ocho de la mañana.

—Ya te he dicho que... ¿Cómo que a las ocho de la mañana? ¡¿Por qué a las ocho de la mañana?!

—Porque he quedado con Ángel a las nueve para ver entrenar al equipo de la Asunción. Así que ese chocolate, que tú me has prometido *dos veces* —puso mucho énfasis a las dos últimas palabras—, tiene que estar aquí a las ocho y media como muy tarde.

—Pero... Pero...

—Sin peros, Abril. Recuerda que lo has prometido.

Su sonrisa se veía tan bonita que no pude negarme.

—Como quieras. Antes de las ocho y media tendrás tu chocolate.

Cogiéndome la cara con las dos manos, me dio un sonoro beso en la frente.

—Eres la mejor hermana del mundo.

—Y tú eres un abusón.

Me levanté a retirar los vasos mientras él se reía del madrugón que yo solita me había buscado.

—¿Aarón no va con vosotros?

Se escucharon unos golpes en la puerta, fuertes e insistentes.

—¡Abril, Darío, abridme!

—Pregúntaselo tú misma.

Entró como un vendaval, totalmente despeinado y con la misma ropa con la que había dormido esa noche.

—No os lo vais a creer. Me cago en mi puta vi... —Cerró la boca de golpe al ver a Rebeca sentada a la mesa. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos—. Hola, enana.

—Hola, Ron. Has dicho una *palabrotaza*.

Lo fulminé con la mirada.

—Sí... Bueno... Perdona.

Comenzó a rascarse la cabeza compulsivamente. Darío, al verlo tan nervioso, mandó a Rebeca a su cuarto.

—Cómo puedes entrar así sin fijarte siquiera si está la niña —le reproché muy enfadada, acercándome a él para no levantar la voz cuando lo que de verdad me apetecía era chillarle—. No quiero tacos delante de Rebeca y lo sabes.

—Lo sé, lo sé, pero es que no he podido contenerme.

—A ver, ¿qué te ha pasado para que vengas como vienes? —inquirió mi hermano apretándole el hombro—. Reléjate, tío, que parece que hayas rebasado tu nivel de cafeína esta mañana.

—Tienes que hacerme un hueco en tu casa. —Estaba pálido y sus palabras sonaban desesperadas—. Por favor, tío, tienes que dejar que me quede aquí durante unos días. Dormiré con la niña... O en el sofá, no me importa.

—No puedes quedarte aquí, Aarón —fui yo la que contesté—. No tenemos sitio. Y tú... ¡Tú tienes casa! ¿Es que piensas dejar solo a tu tío?

Giró la cara hacia mí y pude advertir la inquietud en sus ojos dorados.

—Él ya no está solo, Ojos Azules. Samuel ha vuelto a Las Viviendas de Papel.

El suelo bajo mis pies comenzó a moverse.

### *Samuel*

Tenía que acabar de reparar ese maldito coche.

Solo llevaba tres días en la Asunción y mi tío me había endosado el trabajo más complicado del taller, y yo no sabía si era porque confiaba en mi destreza como mecánico o si directamente me estaba puteando por no haber dado señales de vida en todos esos años. Aunque la verdad era que poco me importaba. Mi única intención era ahorrar algo de pasta antes de volver a largarme, y esa vez sería para siempre.

Hacía más de hora y media que los empleados del taller habían terminado su jornada. Ya estarían en sus respectivos hogares disfrutando de una cerveza bien fría mientras yo continuaba bajo aquella mierda de chatarra apurando mis fuerzas hasta el último segundo con tal de llegar a aquella casa, en la que me ahogaba, tan hecho polvo que ni los recuerdos de mi hermana que tanto me dolían consiguieran mantenerme despierto.

—¡Así que es cierto que Samuel Reyes ha vuelto a la Asunción!

No pude evitar sonreír, y creo que era la primera vez que lo hacía desde que había regresado.

—Ya sabes lo que dicen de este sitio, que aquí las noticias vuelan.

Me impulsé con los pies y la camilla rodante salió de debajo del vehículo. Allí tumbado, sin hacer por levantarme, me quedé mirando a una de las personas que más había echado en falta en los últimos años.

—Si no lo veo no lo creo. ¡Eres tú de verdad!

—En carne y hueso.

Me tendió la mano y le di la mía sin pensarlo, dejando que me ayudara a ponerme en pie.

—Joder, Samu, estás hecho un asco y apesta a gasoil.

Sin soltarle la mano lo atraje hasta mí y lo abracé, no importándome lo

más mínimo estar apestando a sudor y cubierto de grasa.

Darío también me abrazó, palmeándome la espalda. A él por lo visto tampoco le importaba una mierda mi suciedad.

—Te he echado de menos, tío —admití de corazón. Y es que no había sabido cuánto hasta aquel momento.

—Yo también te he echado de menos.

Cuando rompimos el abrazo, nos examinamos con detenimiento de arriba abajo. Había pasado mucho tiempo y ninguno de los dos éramos aquellos niños que jugaban a ser hombres. Darío había cambiado.

—¡Joder, tío! —exclamó apretándome los hombros—. Estás hecho un armario.

Sonreí abiertamente.

—Tú también has crecido.

—Sí, bueno... Pero lo tuyo es... ¡¿En serio tenemos tantos músculos en el cuerpo?! Estás grande, Samu, y tú ya eras enorme cuando desapareciste.

Nuestra alegría se cortó a la vez.

Me dirigí a la entrada del taller y bajé las persianas de las cocheras. Darío y yo teníamos mucho de lo que hablar, exactamente cinco años y medio de los que ponernos al día.

Estuvimos compartiendo confidencias de nuestras vidas durante horas, evitando intencionadamente sacar a nuestras hermanas en la conversación. Hablar de Rebeca hubiese sido doloroso para ambos, y de Abril había notado que no quería decir una palabra, así que no pregunté, apartando de mi mente ese gusanillo que nunca había dejado de picarme.

—Ahora entiendo que no tengas un gramo de grasa, y también todo ese volumen que has ganado.

Los bordes de mis labios se curvaron hacia arriba ante el minucioso examen visual al que me estaba sometiendo.

—No ha sido solo por eso, mi extraordinario metabolismo ha tenido mucho que ver —alardeé.

Le dediqué una sonrisa de suficiencia a la que respondió poniendo los ojos en blanco. Nos carcajamos a la par, con complicidad, como si el tiempo no hubiese pasado entre nosotros.

—Me alegro de que ese tal Abel te diera una paliza —dijo con convencimiento, adoptando una actitud seria.

Alzó el brazo y lo estiró hacia mí con la mano convertida en un puño. Yo adelanté el mío, yendo a su encuentro, y choqué mis nudillos con los

suyos. Ese gesto de hermandad con el que Darío quiso infundirme ánimos mostrándome su apoyo no era por dicha paliza, sino una muestra de conformidad y agradecimiento hacia Abel por no haberme dejado caer.

—Y también me alegro de que la conocieras a ella.

Ni qué decir tiene que no terminé de reparar aquella chatarra esa noche.



Al día siguiente fue Ángel quien se acercó al taller, próximo a la hora del mediodía, y me convenció para ir al bar a tomar unas cervezas. Lo consideraba uno de los pocos amigos de verdad con los que había contado en la vida y siempre me había resultado sencillo mantener una conversación con él. Además de que era un tipo que sabía arrancarte fácilmente una carcajada, lo que en mi caso era complicado. Su interior seguía siendo el mismo, independientemente de su notable cambio físico, y pareció entender muy bien por qué me fui de aquella manera. Lo que tampoco había cambiado en él era que nunca se andaba por las ramas y soltaba lo que se le venía a la cabeza sin pasarlo antes por un filtro.

—Te entiendo, no querías verla morir. ¡Y es que fue una puta mierda! No te imaginas cómo estaba Darío. Llegué a pensar que se moriría con ella. No abandonó la Unidad de Quemados en los ocho días, ¿sabes? Él estaba allí cuando su corazón dejó de latir.

—Ángel, para ya, ¿vale?

No pretendía hablarle mal ni que mis palabras sonaran tan afiladas como lo hicieron. Pero es que dolía, joder. Dolía con la misma intensidad de aquel maldito día.

—Lo siento, tío —se disculpó—. Se me ha olvidado que de quien hablo es de tu hermana.

Necesitaba cambiar de tema ya.

—¿Sigues con la pelirroja?

—¿Con Marta? Desde luego. —Sonrió de oreja a oreja—. Me tiene cogido por los huevos, Samu. Muy, muy cogido.

Apretó los dedos como si sus pelotas estuviesen entre ellos y yo solté una carcajada.

—Me alegro por ti. Es una tía estupenda.

—Es una tía estupenda y... además está cañón. —Golpeó la mesa con las palmas de las manos—. Y tú ¿qué? ¿Hay alguien por ahí?

Negué con la cabeza al tiempo que daba un trago al botellín de cerveza.

—Nadie.

—¿Nadie? Alguien habrá habido en estos años, ¿no? —Al no contestarle abrió mucho los ojos—. No me jodas, Samu. ¿Casi seis años sin follar? Eso no se lo cree ni dios.

—Sin follar, no, pero no ha habido nada serio. —Pedí otro botellín al camarero con un movimiento de la mano.

Arrugó las cejas, pensativo. No quería oír la pregunta que sabía que me iba a hacer.

—¿En serio no ha habido ninguna tía después de ella?

Cerré los ojos con fuerza.

—Tías ha habido muchas —solté a medio camino entre el cabreo y la fragilidad—, pero que me llenaran como me llenó Abril, ninguna. —Quería zanjar aquella conversación, sin embargo, la pregunta salió sin más—. ¿Y ella? ¿Ha estado o está con alguien?

Noté que se ponía rígido. Se bebió del tirón su cerveza y miró para otro lado. Ángel tampoco tenía intención de decirme nada sobre Abril y aquel puto gusanillo en mi cabeza comenzaba a ser molesto.

—¿Sabes que Álex sigue en prisión? —Cambió hábilmente de tema. Asentí con la cabeza—. ¿Y que Sebas se largó de la barriada y no se sabe nada de él? —Volví a asentir—. ¿Sabes también que tu hermano sigue por aquí?

Ángel me estaba tanteando por algo que quería decirme. Me observaba con el entrecejo unido, pendiente de mi reacción. Una reacción que no se hizo esperar. Apoyé los codos sobre la mesa y acerqué mi cara a la suya.

—¿Te parece acaso que me importe una mierda lo que haga Aarón?

—No te pongas así, colega, solo trataba de ponerte al día.

Me eché hacia atrás, recostándome en la silla, y crucé los brazos sobre el pecho.

—Vale, como quieras, ni una palabra más acerca de él. Pero luego no se te ocurra buscarme para darme una paliza por no haberte avisado. Yo he querido hacerlo.

No le pregunté qué era eso de lo que se suponía que tenía que avisarme. Mi tío también había intentado esos días decirme algo sobre Aarón y lo había cortado igual que a Ángel. No me importaba lo que hiciera, cómo le fuera o en qué lío anduviera metido. Lo único que quería era no encontrármelo cara a cara, porque entonces no sabía si todo el trabajo de autocontrol al que me había sometido los últimos años me valdría.



Llevaba menos de dos semanas en Las Viviendas de Papel y ya notaba cómo los demonios me comían. Había estado con las gemelas en un par de ocasiones, junto con Ángel y Darío, pero de Abril no había ni rastro; como si se la hubiese tragado la tierra. Y el que ninguno de ellos la nombrara empezaba a ser preocupante.

—¡Mierda! —Solté la llave con la que estaba desmontando la tapa de la bomba de gasolina—. ¡Mierda! ¡Joder!

—¿Qué pasa, muchacho? —Mi tío se acercó rápidamente al escucharme.

No sabía cómo cojones me había pillado el dedo, y eso me pasaba por no tener la cabeza donde tenía que tenerla.

Maldije por lo bajo mientras Agustín se mantenía a una distancia prudente, observándome. Me jodía sobremanera despertar esa inseguridad en él. Y no es que me tuviese miedo, no. Lo que al pobre hombre le pasaba es que no sabía qué decir en según qué momentos para no incomodarme. Aquello tenía que acabar: su temor a hablar claro, esas reacciones que tanto me había costado mantener a raya y mis putos demonios internos.

—¿Abril sigue viviendo con Darío? —pregunté abriendo y cerrando el puño para que la sangre me volviera a circular por el dedo. Él asintió despacio—. En un rato vuelvo.

Cuando me disponía a salir por las cocheras me llamó:

—Samuel. —Lo miré por encima del hombro—. No creo que sea buena idea que vayas.

Entrecerré los ojos. Ahora sí que me picaba el jodido gusanillo.

Sin hacer más preguntas me encaminé a casa de Darío y, por todo lo que pasaba por mi cabeza, quizá Ángel tuviera razón cuando me dijo que solo trataba de avisarme para que después no le diese una paliza.

*Abril*

Era como si al suelo del recibidor le hubiesen aplicado una capa de pegamento instantáneo. No podía mover las piernas, mis pies no obedecían las órdenes que les enviaba mi cerebro y mis ojos no eran capaces de desviarse de los suyos. Samuel estaba en la puerta, más imponente de lo que recordaba, mirándome de la misma forma que en otro tiempo me había mirado.

Por la indumentaria que llevaba, y el inconfundible olor a gasolina que cosquilleó en mi nariz, supuse que vendría del taller. Sus ojos habían descendido lentamente por mi cuerpo, consiguiendo que me encogiera un poco, para después ascender de nuevo hasta clavarse en los míos. Él estaba diferente, aunque los rasgos de su cara no habían cambiado. Llevaba el cabello algo más largo y una cuidada barba cerrada, pero lo más llamativo eran los kilos, y no precisamente de grasa. Se veía más ancho, y él de por sí siempre fue voluminoso. También más hecho.

Tenía ante mí al hombre en el que se había convertido.

—Hola, Abril.

Su voz, más grave que hacía unos años, fue como un flujo de carga eléctrica que me recorrió la columna hasta llegar a la nuca, erizándome el vello a su paso.

—Hola, Samu —logré decir.

Sabía que cualquier día podría encontrármelo por la barriada, pero para aquello no me había preparado. Aunque bien mirado, ni toda la preparación mental del mundo hubiese evitado que el corazón se me desbocara al tenerlo delante después de tanto tiempo. Después de todo lo que había pasado.

Continuábamos observándonos, como si la persona que tuviéramos enfrente fuese una alucinación en lugar de algo tangible, sin decirnos una palabra a excepción del escueto saludo.

—Mami, ¿quién es el hombre de azul?

No había notado la presencia de Rebeca, que me tiraba del borde de la camiseta para llamar mi atención. La realidad me golpeó inmisericorde trayéndome de vuelta.

Samuel bajó la vista y la fijó en ella. La estudió con tanto detenimiento que, sin ser consciente, rodeé sus hombros y la acerqué a mis piernas a modo de protección. Ella no lo miraba directamente; el no haberlo visto nunca antes y que pareciera un gigante a su lado, creo que la intimidó.

Cuando terminó el escrutinio sus ojos volvieron a centrarse en mí.

—¿Es tu hija? —Su voz sonó vacilante.

—Así es —le confirmé sin titubear—. Mira, cariño... —Me agaché para quedar a su altura— Este es Samuel, un amigo del tío Darío.

Pese a que se notaba cohibida, extendió su bracito con firmeza ofreciéndole la mano. Él se la estrechó sonriendo.

—Encantado de conocerte.

—¿Tú eres amigo de mi tío? —le preguntó con timidez, escondiendo la cara tras mi muslo—. Nunca te he visto. Mis amigas van al cole conmigo. Las veo todos los días y por eso sé que son mis amigas, pero a ti nunca te he visto con mi tío.

Samu me miró, alzando las cejas, y sonrió ampliamente. Yo también lo hice. Ella mostraba su reticencia del único modo que sabía, dándole a entender que tan amigos no serían cuando nunca lo había visto con Darío ni este le había hablado de él.

—Acabo de llegar a la Asunción —le aclaró con dulzura—. Ahora te cansarás de verme con tu tío. Ya verás como no te miento y sí que somos amigos.

Rebeca se atrevió a mirarlo y una gran sonrisa le iluminó la cara.

—¡Mami! —gritó soltándome la pierna y poniéndose a dar saltitos—. Mira, mami, tiene los ojos igual que yo.

Samuel arrugó el entrecejo, se acuclilló para quedar a su altura y se quedó mirándola fijamente. La dulzura en su rostro había sido suplantada por el desconcierto. Ella sonreía, ya sin ningún tipo de prejuicio, saltando sobre las puntitas de sus pies mientras él trataba de deducir de dónde había sacado mi hija ese color de ojos tan peculiar. Y yo no era capaz de respirar porque a mi alrededor no había suficiente aire.

Se escucharon pasos en el interior y Rebeca giró el cuello hacia el pasillo.

—¡Ron, Ron! —chilló abalanzándose hacia él. Samuel, aún en cuclillas, siguió con los ojos los movimientos de la niña—. Mira, Ron, el amigo del tío Darío tiene los ojos como nosotros. No somos bichos raros, Ron —dijo abrazándole, como si él necesitara consuelo por ser uno de esos «bichos raros» que ella nombraba. Pero Aarón tenía toda su atención puesta en su hermano, que se había erguido en toda su altura—. No somos los únicos con los ojos amarillos.

—No, enana —le contestó sin mirarla—, no somos los únicos.

Yo permanecía pegada al suelo, sin acordarme de cómo respirar. Mis ojos danzaban de uno a otro, temiéndome lo peor. Pero los hermanos Reyes

estaban tan inmóviles como yo. Aarón aguardando con sumisión la reacción de Samuel. Samuel entornando los párpados mientras decidía qué hacer.

Dio un paso al frente y, sin pensármelo un segundo, me interpuse en su camino, plantándole las palmas de las manos en el pecho.

—Samu, aquí no, por favor. Delante de mi hija, no.

Bajó la mirada desde mis ojos hasta mis manos, que se veían diminutas sobre su torso. Su nuez se desplazó de arriba abajo varias veces en un movimiento casi hipnótico.

Nos encontrábamos tan cerca que su respiración impactaba en mi cara. Podía sentir el calor de su piel a través de mis manos y ese aroma inconfundible, que creía olvidado, perteneciente a él.

Mi mirada subió desde su cuello hasta encontrarse con la suya, dorada e intensa, y me noté las piernas temblar.

—Aquí no, Samu, por favor —repetí. No me importaba suplicarle con tal de evitar un arranque de los suyos delante de mi hija—. Rebeca adora a Aarón y no va a entender por qué le quieres pegar —susurré para que solo él pudiera oírme.

Samuel seguía viendo en su hermano al monstruo que siempre había visto y aquel no era momento para intentar convencerlo de lo equivocado que estaba.

Arrugó aún más la comisura de los ojos y se acercó tanto a mi cara que pensé que iba a besarme.

—¿Rebeca?! —Fue como si un nudo en la garganta hubiese atrapado su profunda voz, dejando salir solo parte de ella en un tono inusualmente tierno, entrecortado, cargado de un sentimiento tan puro que sonó a poesía en sus labios.

—Sí. Le puse su nombre.

—Rebeca —repitió despacio, como si se hiciera de nuevo a su pronunciación.

Volvió a mirarla unos segundos, olvidándose por completo de Aarón, antes de que sus ojos regresaran a mí, acompañados por una sonrisa triste que terminó en una mueca tensa.

—No te preocupes. Solo he venido a saber qué tal te iba. —Ojeó otra vez a su hermano y a la niña—. Ya veo que te ha ido bien. Me alegro.

Se dio la vuelta y se marchó sin que pudiera decirle que yo también me alegraba de verlo.

Cuando me enteré de que Samuel había vuelto, advertí a todos que ni

me nombraran en su presencia ni le dieran el menor dato sobre mi vida; una forma estúpida de vengarme por todos los años que yo había estado sin saber de él. Aunque imaginaba que tarde o temprano nos íbamos a encontrar, con lo que no había contado, cegada por el rencor de su abandono, era con que ese encuentro resucitara unos sentimientos que había enterrado hacía mucho tiempo. Ahora me daba cuenta de que solo habían estado dormidos y, al ser despertados tan de improvisto, no sabía cómo lidiar con ellos, cosa que me aterraba.



## 16. El Árbol de la Vida

*Samuel*

Estaba con él. Estaba con Aarón y tenían una niña. ¡Ellos tenían una hija en común, joder! Una tan preciosa como ella, con su mismo pelo negro y su piel canela. Una hija con el nombre de mi hermana y los ojos de ese cabrón.

Después de todas mis advertencias al final había logrado engañarla, y yo no había estado para evitar que eso sucediera.

—¡Mierda! —maldije dirigiéndome al taller—. ¡Mierda, mierda, mierda!



—¿Te puedo hacer compañía?

Miré de reojo a Eva, que acababa de aparecer a mi lado, sin apartar los labios del *bourbon* que me bebía. Era el tercero de esa noche.

Le hice un movimiento con la cabeza para que tomara asiento en el taburete vacío que había junto al que yo ocupaba.

—Estás muy poco hablador desde que has vuelto.

—No tengo mucho que decir.

—Bueno... tampoco es que tengas que hablarme para lo que estoy

pensando.

Le di otro trago al *whisky*.

En el mes que llevaba en la barriada me la había encontrado varias veces y me había limitado a cruzar con ella cuatro palabras de cortesía y poco más. Eva nunca me había interesado, pero por lo visto ella sí seguía interesada en mí. Hacía bastante tiempo que no echaba un polvo y, aunque era muy llamativa y no tenía ningún reparo en hacerme saber sus intenciones, no me apetecía. Sí, estaba buena, pero no iba a tirármela solo porque la mujer con la que verdaderamente quería acostarme se follara al cabrón de mi hermano.

—¿Y qué haces aquí tan solo?

Le mostré la copa como una obviedad. No tenía ganas de hablar, ni con ella ni con nadie.

Me había visto obligado a asistir a esa celebración por dos razones para mí de mucho peso. La primera, porque Darío me había insistido hasta la saciedad. Llegó incluso a decirme que a su hermana no le importaba que yo fuese a su fiesta de cumpleaños mientras me supiera comportar. Eso fue como la picadura mortal de un insecto envenenando mi sangre. ¡¿Que me supiera comportar?! ¡¿Pero qué coño se pensaba, que a mí se me iría la olla y perdería los papeles como antaño?! Era cierto que le tenía unas ganas tremendas a Aarón, aunque no pensaba tocarle un pelo. Y no porque no se lo mereciera, sino por respeto a aquella niña. Así que fui de celebración con ellos con tal de dejarles claro que Abril y su vida ya no me afectaban. Pero sí que me afectaban, joder. Había cumplido veinticuatro años y yo no había tenido las pelotas suficientes para felicitarla con un par de besos porque estar demasiado cerca de ella era mi mayor debilidad. El otro motivo por el que me decidí a salir fue porque dejaron a la cría al cuidado de mi tío y yo no tenía humor para escucharla parlotear sin cesar sobre las virtudes de su «Ron»; además de que me recordaba demasiado a su madre y solo mirarla me dolía.

De modo que allí estaba, presente y ausente al mismo tiempo, viendo cómo se divertían sin intención de despegar mi culo del asiento para unirme a ellos.

—¿Quién es ese tío? —pregunté a Eva al observar que Abril llevaba un buen rato hablando con él.

Aarón no estaba en el pub y yo no sabía si era por mí o simplemente prefería estar por ahí metiéndose algo, pero la actitud que aquel tipo tenía con ella me estaba poniendo de los nervios.

—¿Quién?, ¿el que habla con Abril? —Asentí—. Un compañero de trabajo.

Continué observándolos hasta que caí en la cuenta de algo. Volví la cara hacia Eva.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿Es que te han invitado?

—¡Qué va! —Se rio sin parecer ofendida—. Lo que pasa es que este sitio es de entrada libre, y aquí no se celebra ninguna fiesta privada que yo sepa. He venido con aquellas de allí. —Señaló a unas chicas que se encontraban al fondo—. Pero te he visto aquí solito y... qué quieres que te diga, tú eres mucho más interesante que ellas.

Sonreí como un gilipollas sin poder evitarlo; tres *whiskys* eran demasiados.

Durante la siguiente hora Eva se limitó a hablar y yo a hacer como que la escuchaba.

Vi cómo Aarón entró por la puerta, acompañado de Carol, y se dirigió hacia Abril para fundirse con ella en un abrazo. Se me crisparon los dedos alrededor del tubo de cristal. Él la elevó en el aire y le dio un par de vueltas mientras ella se reía con la cabeza inclinada hacia atrás.

No me pude controlar, maldita sea. No fui capaz de asumirlo.

—Vamos —dije a Eva al tiempo que me ponía en pie.

El alcohol estaba haciendo su trabajo en mi organismo, aunque los celos que sentí hicieron estragos en mi mente.

Sonrió y tomó la mano que le ofrecía, la conduje hasta el baño de los tíos y me encerré con ella.

Se colgó de mi cuello y presionó sus labios contra los míos, provocándome para que la dejara entrar en mi boca. Pero yo no buscaba sus besos, no quería sus caricias, tan solo necesitaba follármela y que esa rabia que sentía se calmara.

Dándole la vuelta le apoyé las manos contra la pared, le levanté la falda por encima del trasero y de un tirón le destrocé el tanga. Llevaba puestas unas medias de liga muy sexis que terminaron de ponérmela dura. Saqué un condón de la cartera, rasgué el envoltorio con los dientes y me lo puse mirándole la espalda. Un agujonazo de remordimiento me atravesó el pecho.

—Eva —tragué saliva—, yo solo quiero...

—Follar, lo sé. Y yo quiero que me folles, así que hazlo antes de que alguien nos corte el rollo.

Le separé las piernas un poco más, me agarré a sus caderas y de un solo

golpe la penetré. Cerré los ojos por la sensación y ya no los abrí. Entraba y salía de ella con fuerza y rapidez, manteniendo los párpados apretados porque no quería verla; no quería hacer aquello. Pero contra esos impulsos que de vez en cuando me movían, la conciencia no tenía nada que hacer.

Fue rápido e intenso, como el apareamiento entre dos animales salvajes, sin embargo, a ella pareció gustarle. Me dio un pico en los labios antes de abandonar el aseo de hombres. Yo me quedé allí, apoyado de espaldas contra la pared, intentando no pensar en nada de lo que acababa de hacer. Al menos mi polla se había relajado y ahora colgaba en reposo fuera de los pantalones. Me arreglé la ropa y me eché agua en la cara antes de salir del baño.

Sin poder evitarlo la busqué con la mirada entre la gente. Una parte de mí rezaba para que no me hubiese visto entrar al baño con Eva, pero mi parte más perversa, esa que anulaba mi control, quería lo contrario: que ella me hubiese visto, que supiera lo que había hecho y que sufriera. Que sufriera tanto como yo sufría sabiendo que el que la tocaba era mi hermano.

No la vi por ninguna parte y el ser diabólico que me hablaba se regocijó con la idea de que quizá se había ido al saber lo que estaba haciendo. Me dio asco mi mente retorcida; si no ponía remedio, todos los pilares que había logrado fortalecer Claudia se vendrían abajo enseguida.

No obstante, existían situaciones en las que por mucho que intentara poner de mi parte para evitar los problemas, las acciones de otros conseguían alterarme la sangre. Justo como pasó en ese momento.

Aarón se encontraba a un lado de la pista con Carol. Se reían a carcajadas, cuchicheando uno en el oído del otro. Comenzó a mosquearme el modo en que se comportaban y busqué entre la gente a Darío. Quería asegurarme de que él veía aquello con normalidad, que mis pajas mentales eran las que hacían que me formara un juicio equivocado. A los únicos que logré ver fueron a Ángel y Marta sentados en la barra.

Centré de nuevo mi atención en mi hermano y la pelirroja, y poco a poco el aire se me fue espesando en los pulmones.

Aarón le deslizó la mano por la cintura hasta que esta se ciñó a su trasero, y ella se dejó hacer. Di un paso hacia ellos. Carol le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas. Avancé un paso más. Cuando vi cómo se comían las bocas ya fue tarde para recapacitar.

—Hijo de puta —mascullé con la mandíbula tan apretada que me dolieron los dientes.

Fui donde se encontraban y, agarrando a Carol del brazo, la separé de él

de un tirón. Le metí a ese pedazo de escoria tal puñetazo en la cara que se derrumbó contra el suelo.

Ella comenzó a insultarme a voces, arrodillándose junto a mi hermano, mientras a mí el puño me seguía hormigueando insatisfecho.

—¿Qué haces, capullo? —Ángel me empujó para que no le diera más—. ¿Es que te has vuelto loco?

—¿Tú los has visto? —rugí señalándolos—. Se estaban besando.

Él hizo un movimiento con la cabeza como si quisiera despejarse.

—¿De qué coño me hablas?

—De que la estaba besando —grité pegándome a su cara para que me entendiera.

Como respuesta me dio otro empujón en el pecho.

—¿Y qué? —me gritó al igual que yo había hecho—. ¿Qué tiene eso de malo?

Aarón estaba incorporándose. Le salía sangre de la nariz y las gemelas, arrodilladas en el suelo, intentaban taponársela.

—¿Que qué tiene de malo?! —pregunté sin dar crédito—. Está con Abril. No tiene por qué besar a otra.

—Pero... ¿de qué hablas, tío? ¿Qué película me estás contando?

Me sentía perdido, como si algún dato importante se escapara a mi entendimiento.

—De él y Carol. —Volví a señalarlos como si fuera evidente.

—Joder, Samu —se lamentó y dejó caer la cabeza hacia delante al tiempo que negaba—. Mira que intenté avisarte. Mira que te dije que me escucharas. —Clavó sus ojos en los míos—. Ha pasado un mes desde tu vuelta, se supone que ya tendrías que haberte enterado de ciertas cosas.

—¿Y de qué coño tenía que enterarme?

—De que tu hermano y Carol llevan saliendo casi dos años, por ponerte un ejemplo. —Volvió a golpearme en el pecho—. O de que Abril y él solo son buenos amigos. —Otro golpe más—. Tú estás muy mal, tío. Te haces una versión distorsionada sin pararte a preguntar, sin asegurarte antes. Eres un puto chalado. Pero... ¿cómo se te ocurre lanzarte directamente a por él para arrancarle la cabeza sin tener idea de nada?!

—Él y Abril viven juntos. Y la niña...

—Tienes un serio problema, Samuel, haz que te lo miren. Ellos jamás han estado juntos. Eso ha sido un montaje de tu cabeza, que visto lo visto la tienes bien jodida.

—¿Y la niña?

—La niña es otro cantar que no seré yo quien te lo aclare. —No supe hasta aquel momento que Ángel pudiese cabrearse tanto—. Si quieres saber, pregunta, pero pregúntale a la persona a la que no tienes cojones de preguntar. —Se había pegado totalmente a mí—. Te habrás follado a muchas en estos años; a Eva he visto que también, aunque sigues pillado de ella.

Se dio la vuelta para dirigirse a donde estaban las gemelas con Aarón. Lo agarré del brazo.

—¿Abril lo ha visto? —Quise saber con urgencia.

Se soltó de mi agarre de una sacudida.

—Por supuesto que sí, capullo, ¿qué esperabas?

«Toda esta mierda desde luego que no».

—¿Dónde ha ido?

Ángel comenzó a caminar hacia atrás, alejándose de mí.

—Si tan interesado estás en ella deja de hacer el payaso.

Me dio la espalda y se fue junto a los otros. Yo también me fui, pero de aquel lugar.

«¿Qué he hecho, joder?». Y no me lo preguntaba porque me arrepintiera de haberle atizado a Aarón; si no se había merecido aquel rechazo se merecía muchos otros. De lo que estaba arrepentido era de haberme ido con Eva. Un error que sería difícil subsanar.

## *Abril*

—Muchas gracias, Agustín.

—No tienes por qué darlas, pequeña. Cuando me necesites, aquí me tienes.

Darío llevaba a Rebeca en brazos; según Agustín, hacía bastante rato que se había dormido. Yo les seguía, con la vista fija en el pavimento, intentando comprender por qué me había dolido tanto ver a Samuel alejarse con Eva cuando daba por hecho que mis heridas estaban cicatrizadas. Entonces... ¿por qué razón las sentía abiertas?, ¿por qué escocían como la sal

en contacto con la carne viva? Samu y yo no teníamos nada, ni siquiera algo que se pareciese a una amistad. Él era libre para estar con quien quisiera. Pero Eva... ¿Por qué siempre tenía que ser Eva?

—Abril. —Metía la llave en la cerradura cuando oí mi nombre. Al volver la cara lo encontré parado en la acera, al borde de los escalones—. ¿Podemos hablar?

Samuel le dedicó a mi hermano un leve movimiento de cabeza a modo de saludo.

—No son horas, Samu —respondí tajante.

—Por favor. —El tono de su voz era modulado, imparcial—. Necesito que hablemos.

Miré a Darío buscando su apoyo en silencio, pidiéndole con los ojos que dijese algo que hiciera desistir a Samuel.

—Habla con él —susurró todo lo contrario a lo que yo quería—. Yo acuesto a Rebeca.

—No —lo contradije, acercándome a su oído—. No quiero hablar con él.

—No seas así, joder. —Inspiró con fuerza—. Míralo. —Giré los ojos disimuladamente. Samuel estaba allí parado, con las manos en el interior de los bolsillos de la cazadora contemplando los escalones sin saber si subirlos o no—. No lo está pasando bien, ¿es que no lo ves? Se encuentra solo y está perdido. —Mi hermano me hablaba muy bajito para que él no lo escuchara—. No sabe nada, Abril. Tú nos hiciste jurar que no le diríamos nada.

—No me importa cómo se sienta. No quiero hablar con él.

—Sí que te importa, de lo contrario no estarías así.

—¿Y cómo estoy? —Me crucé de brazos esperando sus palabras, enfadada también con él por querer obligarme a hacer algo que no me apetecía.

—Estás celosa. —Sonrió de lado—. Te ha jodido mucho verlo con Eva, y si te niegas a hablar con él, le va a quedar tan claro como a mí. Va a darse cuenta de tus celos.

—Pero ¿qué dices? Yo no estoy celosa. No tengo por qué tenerle celos a la fresca esa.

Darío elevó las cejas como diciendo «ahí lo tienes» y, para colmo, remató en un tono de lo más condescendiente:

—Qué idiota soy. ¿Cómo se me ha podido ocurrir tal cosa? —Sin esperar una réplica por mi parte, se giró hacia su amigo—. Hasta mañana, tío,

me voy a acostar a la peque.

Entró en la casa dándome un empujón con el brazo al pasar por mi lado. Miré a Samuel, que continuaba allí plantado observándome.

—Di lo que tengas que decir y vete.

Tragó saliva un par de veces y me quedé hechizada con el movimiento de su nuez.

—¿Pasamos a tu casa o prefieres que hablemos aquí en la calle?

¡Qué hábil! Era una pregunta trampa. Él sabía, ya que se lo había dejado bien claro, que no me apetecía hablar. Como también sabía, y me lo estaba dando a entender, que si no lo dejaba entrar y hablábamos en la calle, al día siguiente nuestra conversación podría estar en boca de toda la Asunción.

Sopesé las consecuencias durante unos segundos y al final decidí que lo más sensato sería que hablásemos dentro.

—Pasa, anda.

Cerré despacio la puerta del salón, para no molestar ni a mi hija ni a mi hermano, y colgué el abrigo en el respaldo de una silla.

Él se había quitado la cazadora y estaba sentado en el sofá esperando que yo hiciera lo mismo, pero me quedé de pie haciéndole saber que no debía ponerse muy cómodo. Aquello no iba a ser una charla cordial ni mucho menos, sino que podría decirse que entre él y Darío me la habían impuesto.

—Tú dirás. —Apoyé el hombro en la pared y crucé los brazos por delante del pecho.

Samuel descansaba los codos en sus muslos y jugueteaba nervioso con los dedos. Alzó el rostro y me miró.

—Pensaba que estabas con él —soltó sin ningún tipo de preámbulo—. Juntos. Como pareja, me refiero.

Mi cara debía expresar de forma transparente mi confusión, y por mucho que él trataba de aclararme de qué iba todo aquello, no lo comprendía.

—¿De qué me estás hablando, Samu?

—De mi hermano.

Entonces lo entendí.

Él no se merecía explicación alguna, no obstante, se la di. Y de paso le hice saber que ciertas cosas, a las que tanto se había opuesto en el pasado, habían cambiado desde su marcha.

—No, no estamos juntos. Aarón y yo nos llevamos muy bien, eso es cierto. Adora a Rebeca y ella lo adora a él, pero nunca ha habido nada serio entre nosotros.

—Nunca tampoco sería la palabra correcta. Hace años tuvisteis algo y es lógico que pensara que lo habíais retomado.

—Está con Carol —lo corté tajante—. Ni él me ha buscado de ese modo ni yo tampoco —nos defendí.

—Ya... Bueno... Aunque antes de estar conmigo estuviste con él. Fue al primer chico al que besaste y sé que te gustaba lo suficiente como para haberle dado una oportunidad. De hecho, veo que se la diste, a pesar de que no funcionara. —En ese momento me importó bien poco lo que él pensara, de modo que ni me molesté en aclararle nada—. Entiéndeme, Abril, cuando me fui ni le hablabas. Y ahora que vuelvo lo veo en tu casa y...

—Exacto, te fuiste —lo interrumpí de nuevo—. Tú desapareciste y nuestras vidas continuaron, ¿o qué esperabas?

—No me malinterpretes. Sé que estabais en todo vuestro derecho de seguir adelante.

—Es que no entiendo a qué viene esto.

Se escuchó el girar de la llave en la cerradura de la puerta y al momento Aarón entró en el salón. Al vernos se quedó clavado en el sitio, sin saber si darse la vuelta e irse o dirigir sus pasos a la habitación de Rebeca, donde dormía desde que había regresado Samuel.

Entonces me fijé en su cara, en el pómulo amoratado y la nariz hinchada.

—¡Dios mío! —Corrí hacia él—. ¿Qué te ha pasado?

Cogió aire entre los dientes cuando le toqué la herida.

—Déjalo, Ojos Azules, no es nada.

Pero sí que lo era, y le dolía.

—¿Cómo te has hecho esto? ¿Con quién te has peleado?

—Ha sido un accidente. —Sus ojos se desviaron hacia su hermano una décima de segundo que para mí fue suficiente—. Me voy a la cama que estoy hecho polvo. Hasta mañana.

Me dio un beso en la mejilla y salió del salón, cerrando la puerta tras de sí.

Notaba mi sangre en ebullición y me volví con los puños apretados.

—¿Qué has hecho? —siseé furiosa. No levanté la voz, pero eso no ocultó mi tono de reproche.

—Deja que me explique, ¿vale?

No lo negó. Si me quedaba alguna duda, él acababa de disiparla en ese momento.

—Explícamelo, sí —le ordené furiosa, yendo hacia él—. Explícame por qué siempre tienes que actuar como un animal. A ver, Samuel, ¿qué excusa toca ahora?

Se levantó lentamente del sofá y me vi obligada a echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo.

—Pensaba que él estaba contigo, y al verlo en ese *pub* besándose con Carol, he perdido los papeles. ¡Creí que estaba engañándote, joder!

—Aunque hubiese sido así, ese sería mi problema. —La cara me hervía, sabía que la tenía del color de las amapolas. Era indignante que después de tantos años llegara imponiendo sus normas y sus reglas—. No soy nada tuyo, ¿me oyes? —Lo empujé sin lograr moverlo un milímetro—. No tienes que ir por ahí defendiéndome de nadie.

—Lo sé —admitió con una tranquilidad pasmosa—. Pero no puedo evitar que aún me importes.

Abrí los ojos como platos para al segundo convertirlos en dos rendijas.

—¿Que yo te importo? ¡¿Que yo te importo?! —Mi tono empezaba a sonar más agudo—. Y por lo mucho que te importo es por lo que te has ido con Eva, ¿verdad? —No pudo mantenerme la mirada y agachó la cabeza—. ¡Oh, claro!, queríais recordar viejos tiempos. Dime una cosa, ¿solo os poníais al día o también te la has tirado?

Elevó la vista, mordiéndose el interior de las mejillas, y vi la culpabilidad en sus iris amarillos.

—¡Te la has tirado en el baño del *pub*! —Mi voz salió imprecisa, con un alto grado de sorpresa y algo de desilusión, expresando mi aturdimiento al llegar a esa conclusión real.

Él no lo negó.

¡Aquello era increíble! Y doloroso. Él había golpeado a Aarón argumentando que mi bienestar le preocupaba, sin embargo, se había follado a esa zorra, que tanto me había hecho sufrir en el pasado, en un baño público sin que eso le supusiera el más mínimo problema. ¿Es que no podía haber elegido a otra? ¿Por qué tenía que ser Eva siempre su única opción?

Comencé a negar con la cabeza. No quería que fuera verdad. No quería que eso me doliera tanto.

—Dime que no lo has hecho. Dime que estoy equivocada.

—No, Abril, no estás equivocada.

La bofetada que le di hizo que me palparan los cinco dedos de la mano.

## *Samuel*

Porque tenía la mano pequeña, si no me revienta el oído.

—¿Por qué has tenido que volver? ¿Por qué has tenido que venir a poner patas arriba nuestras vidas?

No sabía qué contestarle, y la respuesta que debía haberle dado no quería que la supiera. Ya no estaba seguro de si mis planes eran tan sólidos como cuando decidí volver. Ya no tenía tan claro si sería capaz de marcharme después de haberla visto, después de descubrir que todo lo que sentí por ella hacía tanto tiempo seguía ahí, igual de vivo e igual de intenso.

En esos momentos únicamente podía contemplarla: el pulso disparado en su cuello, su cabello negro alborotado, sus mejillas encendidas y sus ojos azules brillantes... Abril estaba a punto de echarse a llorar y yo me odié por el modo en que eso me afectaba. No era lástima lo que sentía. No es que la compasión me empujara a consolarla, no. Ella estaba delante de mí, a un paso de derrumbarse, y en lo único que podía pensar era en lo preciosa que era, en lo bonitos que se veían sus ojos cuando brillaban de esa manera, en lo bien que le sentaba a su piel ese tono rosado y en el sabor de esos labios fruncidos que me secaban el paladar.

¡Joder! Abril estaba deshecha y yo solo pensaba en besarla.

La agarré por la nuca y la atraje hacia mí. Solo me permití unos segundos en admirar sus iris azules oscuros y respirar junto a su boca, tiempo suficiente para que sus ojos se abrieran con estupor al intuir mis intenciones. Me estrellé contra sus labios buscando la vida, porque sentía que moriría si no la besaba. Le rodeé la cintura con la mano libre, sin darle otra alternativa que no fuese esa. Mi cuerpo no quiso darle elección.

No la besaba con violencia, no era un beso robado lo que quería de ella. Me limitaba a degustarla, a succionarle levemente sus carnosos labios recordando su sabor, a humedecerlos con la punta de mi lengua. Por el momento eso me bastaba, sentir de nuevo la suavidad de su boca, rendirme sin oposición ante el dominio que sus labios ejercían en mí. Unos labios con un poder de dimensiones titánicas que me habían impedido besar a otras mujeres en los últimos años.

Pero como cualquier mortal estaba empezando a sucumbir a la llamada de la carne. Y esa carne no era otra que los pechos de Abril, que se rozaban

contra mi estómago mientras se revolvía entre mis brazos presentando una batalla que desde el principio tenía perdida. La abracé con más fuerza, elevándola del suelo. Ella pataleó en el aire, luego dejó el cuerpo laxo y me confié. No me devolvía los besos, parecía haberse rendido y pude disfrutar plenamente de su sabor por unos instantes sin que se opusiera. Entonces sus dientes se clavaron con la fuerza de mil cuchillos en mi labio inferior, pero ni por esas la solté. Era tanto lo que provocaba en mí, que ese mordisco, con el que pretendía liberarse, tuvo el efecto contrario y el dolor solo consiguió excitarme más y que mi polla se pusiera dura como el acero.

—Bésame, por favor —me oí suplicarle, sin molestarme en ocultar lo que el efecto del desagradable sabor metálico de la sangre le había causado a mi entrepierna—. Aunque sea una última vez.

Vaciló un segundo.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —Su respiración era desigual y sus palabras titubeantes.

Yo jamás le había mentado, ni tan siquiera cuando me jugué algo realmente importante, y no iba a empezar a hacerlo en aquel momento.

—Hazlo por lástima. Bésame una última vez, aunque solo sea por pena.

—¿Por qué me pides que te bese por caridad, Samu?

Continuaba manteniéndola entre mis brazos, sintiendo como fuego cada curva de su cuerpo.

Tragué el nudo de mi garganta y cerré los ojos.

—Porque no he podido besar a otra. Porque en este tiempo he sido incapaz de dejar que otros besos borrarán la huella de los tuyos. Porque llevo casi seis años de agonía solo de pensar en tu boca. Y porque estoy seguro de que, si no me besas ahora, me muero.

Su silencio me obligó a abrir los párpados.

—¿Qué estás insinuando, que en todo este tiempo no ha habido nadie? —Sentía el desenfrenado latido de su corazón contra mi pecho—. ¿Qué me dices de Eva?

El miedo hizo que la apretara aún más.

—Nunca te he mentado —dije mirándola fijamente a los ojos—. Sexo ha habido, Abril, pero solo con el fin de apaciguar una necesidad de mi cuerpo. No me he acercado a nadie ni he permitido que nadie se acercase a mí con otras pretensiones que no fueran las mismas que las mías.

—¿Por qué? —Parecía una niña pequeña, frágil y perdida, intentando comprender los misterios de la vida.

—Porque no quería a nadie que no fueras tú. Nunca he dejado de quererte, y sigo loco por ti.

No sé en qué momento exacto ocurrió, ni cuál de aquellas verdades fue la que logró penetrar los muros infranqueables que había logrado elevar alrededor de su corazón. Solo puedo decir que, cuando sus labios rozaron los míos por voluntad propia, se me aflojaron las rodillas.

La posé en el suelo, sin abandonar su boca, y llevé las manos a su rostro, dejando que mis pulgares viajaran a sus anchas por el contorno de su mandíbula.

Ella descansó las palmas en mi pecho y yo sentí que moría y a la vez resucitaba. Abril me estaba besando tan dulcemente como siempre me había besado. Primero lo hizo como niña, ahora como mujer. Y, ¡joder!, sus besos eran mil veces mejores de lo que recordaba, y me desarmaron mil veces más rápido también.

Me atreví a introducir la punta de mi lengua en su boca; con miedo al rechazo; con terror a que ese beso terminara. Pero entonces noté el suave roce de la suya y me fue imposible continuar en pie. Me dejé caer al sofá, arrastrándola conmigo. Acoplé su cuerpo ligero sobre mis muslos y me permití vagar por el interior de su boca sin temores, disfrutando de todas las sensaciones que un simple beso suyo causaba a un cuerpo que creía haber estado muerto, rindiéndome a todos aquellos estímulos que hacían reaccionar a cada uno de mis órganos.

No quería ir más allá; me conformaba con ese regalo que me hacía, a pesar de que sabía que sería el último y que lo estaba haciendo por compasión.

Solo cuando la falta de oxígeno llegó a un punto extremo en el que podría ocasionarnos un daño cerebral, consentí que se separara de mí.

Su respiración estaba tan agitada como la mía. Tenía los labios entreabiertos, rojos e hinchados, y su imagen era tan *sexy* y excitante que sabía que no vería otra semejante en la vida.

Subí la mano hasta su cuello, luchando con las solapas de su camisa hasta arriba abotonada, conteniéndome para no cerrar los dedos en torno a la suave tela y tirar de ella hasta que los botones saltaran. Toqué con las yemas de mis dedos la fina cadena que reposaba en la base de su garganta. Mis ojos descendieron hasta allí y, con un movimiento ágil, solté los dos botones superiores. El *Árbol de la Vida* que una vez le regalé subía y bajaba entre sus pechos. Lo cogí con delicadeza, rozando con los nudillos la redondez de la

tierna carne que le sobresalía por encima del sujetador. El paladar se me volvió a quedar seco.

—Aún lo llevas.

Estaba tan fascinado mirando el colgante plateado, que no me di cuenta de que todo acababa de irse a la mierda.

—Sí. Y si aún lo llevo es para no olvidarme de quién soy. —Se levantó a toda prisa, abotonándose la camisa—. Seguí tu consejo, Samuel. Cambié mis hojas, pero no he cambiado mis raíces. Ya no soy la niña a la que podías moldear a tu antojo, esa cría que no rechistaba a ninguna de tus órdenes sin pies ni cabeza, ni aquella imbécil que se dejó utilizar por ti para luego ser abandonada.

Eso me cabreó. ¡Joder si me cabreó!

—Si no recuerdo mal eras tú la que no paraba de insistir, la que me acorralaba cada vez que podía y la que aprovechaba la mínima ocasión para provocarme.

Sus mejillas se encendieron.

—Tú hacías que me comportara así —se defendió, señalándome con un dedo y elevando la voz—. Lo que exigían tus palabras era todo lo contrario a lo que expresaba tu cuerpo. ¡Anulabas mi voluntad!

Terminó alzando la barbilla con dignidad y yo no pude evitar una sonrisa. Ella estaba de pie frente a mí, imponente a pesar de ese cuerpo pequeño, mostrando más cojones que muchos otros que presumían de tenerlos. Me encantaba, no podía evitarlo. Y esos arranques de ira y aquel temperamento hostil no hacían otra cosa que agravar sus encantos.

—Y tú anulabas la mía —contraataqué utilizando su mismo argumento—. Me tenías tan enganchado que no me supusieron ningún trauma los años que esperé a que cumplieras dieciocho.

—Esperaste porque quisiste.

—Y te seguiría esperando.

Sus ojos adquirieron un brillo fiero.

—Por eso te has tirado a Eva, ¿verdad? Por lo bien que se te da esperar.

Golpe bajo. Un tanto que se apuntaba ella.

—No —negué despacio, manteniendo el control—. Me he follado a Eva porque no sabía que estuviera esperando nada.

—No me vengas con esas que nos conocemos.

—Pídemelo, Abril. Pídemelo ahora mismo.

Arrugó la frente, desconcertada.

—¿Que te pida qué?

—Pídeme que no vuelva a estar con ninguna otra mujer. Pídeme de nuevo que no vuelva a acercarme a Eva y date el gusto de verme sufrir otros tantos años. Porque si me lo pides, te juro por mi vida que te esperaré. Pídemelo, nena. —La vi encogerse por el efecto de ese apelativo que con tanto cariño le decía para sentirla mía—. Pídeme lo que quieras y lo haré por ti. Lo que quieras, Abril. Pero dame la oportunidad de enamorarte otra vez. Déjame demostrarte lo que significas para mí.

Un silencio agobiante se instaló entre nosotros.

—Me has dicho que te pida lo que quiera —dijo al fin, y yo asentí—. Pues lo que quiero es que te vayas de mi casa, Samuel. Quiero que te largues ahora mismo.

Y para demostrarle que cualquier cosa que me pidiera la haría sin poner objeciones, con todo el dolor de mi alma y el corazón hecho trizas, me levanté y me fui.

### *Abril*

—Maldito seas —gimoteaba derrumbada en el sofá después de que se hubiese marchado—. Maldito seas por haber vuelto para alterarme como lo estás haciendo. ¿Por qué has tenido que besarme, Samu? —Las lágrimas corrían por mis mejillas—. ¿Por qué has tenido que recordarme a qué saben tus besos? —gritaba sin apenas voz a la habitación vacía—. Te fuiste. Desapareciste. ¡¿Y ahora vienes y te molesta lo que ves?! ¿Vienes después de más de cinco años y pretendes que todo esté igual que antes?, ¿que acate tu voluntad de nuevo? Pues haberte quedado. Porque te vuelves a equivocar de la misma manera que siempre te has equivocado en todo.

—¿Con quién hablas?

Giré la cabeza y encontré a Aarón bajo el dintel de la puerta del salón. Al ver mi lamentable aspecto apretó con fuerza la mandíbula.

—Joder, ¿qué coño ha hecho ese idiota esta vez?

Me lancé a sus brazos y dejé que me consolara. Él había sufrido, y aún

sufría, la ira de Samuel. Él era el que mejor podía comprender cómo me sentía.

—Siempre se ha equivocado en juzgar a la gente que le rodea —sollocé contra su pecho—. Y va a seguir equivocándose. Él no va a cambiar.

—No pierdas la esperanza, Ojos Azules. —Besó mi coronilla—. Nosotros hemos cambiado, puede que algún día él también lo haga.

—No, Aarón. Tu hermano es demasiado obstinado, saca sus propias conclusiones sin pensar que pueda estar equivocado. No pregunta. No reflexiona. No hace por obtener un punto de vista distinto al suyo. Él solo actúa, deja que su instinto lo guie basándose en esa verdad en la que cree, sin fijarse que su verdad está distorsionada y que no se acerca ni de lejos a lo que en realidad es.

Aarón no dijo nada más ni a favor ni en contra de su hermano. Se limitó a acompañarme a mi dormitorio, deshizo mi cama y me invitó en silencio a que me acostara y dejara de pensar. Pero esa habitación que llevaba tantos años ocupando, en lugar de darme paz, hizo que mi mente retrocediera a aquellos momentos del pasado en los que Samuel y yo nos habíamos dado tanto entre esas cuatro paredes. También recordé cómo ayudó a Darío para que pudiésemos liberarnos del yugo de nuestro padre. Él me rescató con el único fin de verme feliz.



## 17. Tregua fingida

*Samuel*

«Una vez me dijiste que era como una pantera, que planeaba mis movimientos antes de atacar. Pues prepárate, nena, porque ahora todos estáis en mi punto de mira».

—¡Agustín! —grité para que me escuchara por encima del ruido del compresor. Eran más de las nueve de la noche cuando mi tío se dirigía a las puertas del taller para irse a casa. Yo me iba a quedar un rato más limpiando el carburador del viejo Ibiza que tenía entre manos—. ¿Puedes venir un momento?

Se dio la vuelta y avanzó hacia mí. Apagué el compresor y me apoyé en el capó del coche.

—¿Necesitas ayuda, muchacho?

Negué con la cabeza y me quedé mirándolo fijamente, pensando en cómo podría hacerle aquella pregunta sin levantar demasiadas sospechas. Ese sería el primer movimiento y, dependiendo de su respuesta, vendrían los siguientes.

—Quería preguntarte si te importaría que me cambiara a la habitación de Aarón. Es algo más grande que la mía y... como él ya no vive contigo,

había pensado en empaquetar sus cosas y mudarme a ese dormitorio para tener un poco más de espacio.

—Pues, yo no sé si... —Se rascó la cabeza, nervioso—. Yo no sé si él estará de acuerdo con eso.

—Ya, pero el dormitorio de Rebeca es intocable; además de que no podría deshacerme de nada de ella. Y él de todas formas vive con Darío, no creo que le suponga ningún problema.

—Él no vive con Darío. —Arqueé las cejas haciéndome el sorprendido. Mis suposiciones no iban desencaminadas—. Solo está pasando allí una temporada.

—Una temporada bastante larga, ¿no? Cuando llegué, hace más de un mes, Aarón ya no vivía contigo.

—Es que al enterarse de que habías vuelto...

—Se quitó de en medio, ¿verdad? —terminé aquella frase que ya no resultaba tan hipotética—. Y ¿puedo preguntar por qué?

—Tu hermano también lo ha pasado mal. —Lo dudaba, aunque no se lo discutí. Volvió a rascarse el pelo grisáceo compulsivamente—. Él no quería que te sintieras incómodo y por eso le pidió a Darío que le dejara quedarse unos días en su casa.

—Explicame eso, Agustín. —Me crucé de brazos ocultando las manos bajo las axilas para evitar que la tensión de mi cuerpo me delatara—. Al Aarón que conozco nunca le han importado los demás; yo el que menos, así que me cuesta creer que se quitara de en medio solo para que no me sintiese mal.

—Pues es justo como te estoy diciendo —soltó secamente a la defensiva.

Elevé una ceja, sorprendido por su reacción.

—Entonces debo entender que él no va a volver mientras yo esté en tu casa, ya que sabe que su presencia me va a molestar siempre. —Ladeé la cabeza y entrecerré los ojos mirándolo fijamente. La gran mayoría de las veces el lenguaje corporal decía mucho más que las palabras—. O... ¿es que todos estáis esperando a que me vuelva a largar para retomar de nuevo vuestras vidas? Porque si no soy bienvenido, no tienes más que decirlo.

Se envaró y el dolor que reflejó su cara fue el mismo que hubiera sentido de haberlo golpeado con un puño. Me agarró por los hombros, clavando sus ojos cansados en los míos.

—Ni se te ocurra pensar eso, muchacho —siseó zarandeándome. Mis

labios se curvaron hacia arriba; el bueno de Agustín me estaba regañando—. Tu sitio está aquí. Tu hogar es este. No voy a dejarte ir de nuevo, ¿me oyes? No vas a volver a desaparecer de mi vida.

Aquellas palabras dichas con tanto convencimiento me llegaron al alma. Desde que llegué a la Asunción por primera vez yo había sido «su muchacho»; un término que encerraba mucho más de lo que a simple vista significaba. En cambio, yo nunca me dirigía a él usando el parentesco que nos unía, sino que lo hacía llamándolo por su nombre, lo que jamás me había reprochado. Quería a mi tío, a pesar de que no se lo demostrara, y reconocía todo lo que había hecho desinteresadamente por nosotros. Sus frases dictadas a modo de orden me conmovieron. Lo sujeté por los brazos, apretándoselos, y dejé que una parte del agradecimiento que sentía saliera al exterior.

—No voy a mentirte, Agustín —confesé con la voz enronquecida—. Mi única intención cuando regresé era la de juntar algo de pasta que me ayudase a buscarme la vida cuando siguiera mi camino. Pero he cambiado de parecer y voy a quedarme. Quiero continuar en el taller, quiero...

Le solté los brazos y me froté la frente.

—Lo sé, muchacho, lo sé —dijo palmeándome la cara con cariño—. Quieres recuperar tantas cosas que no sabes por dónde empezar. —Lo miré expectante, encogiéndome un poco al advertir lo bien que me conocía—. Sé que no deseas que sufra por tu culpa, pero es inevitable sufrir cuando os quiero a los dos de la misma manera: a ti y a él. Tu hermano esta vez está actuando de forma correcta. Sí, no me mires así. Aarón se pudo equivocar en el pasado, en cambio a día de hoy, sabe hacer las cosas bien. —Me mordí la lengua para no soltarle hasta qué punto seguía jodido por lo que él hizo en mi décimo octavo cumpleaños ni hasta qué punto me jodía verlo tan cerca de Abril. Mi tío no se merecía cargar con más mierda, eso era algo entre Aarón y yo—. Cuando se enteró de que habías vuelto se fue con Darío para evitar problemas.

—¿Y desde cuándo es tan buena persona? —pregunté con ironía.

—Desde que dejó las drogas —contestó sin más.

Aquello me descolocó.

—¿Qué quieres decir?, ¿que Aarón ya no se mete nada?

—Aparte de la nicotina del tabaco, nada. Está limpio. Dejó atrás toda esa mierda hace años.

—¿Años? ¿Cómo años?

—Cinco años y ocho meses, exactamente.

No hacían falta más explicaciones, ese era el tiempo que había pasado desde la muerte de Rebeca.



Según cerré el taller me encaminé a casa de Darío. Las palabras de mi tío resonaban en mi cabeza y me estaban provocando un maldito dolor en las sienes. Había detalles que no me quedaban claros, cosas que no me terminaban de cuadrar y que me había propuesto descubrir, aunque fuera por el camino más difícil; por el que más me costaba. Si quería tenerlo vigilado y alejarlo de ella no me quedaba de otra. Él ahora estaba limpio y podía haberlos engañado a todos, pero a mí no me engañaba.

—¡Samu! —Darío se sorprendió al verme en la puerta de su casa a la hora de la cena vestido aún con el mono del taller—. Pasa, pasa, no te quedes ahí.

Cuando puse los pies en el salón las tripas se me retorcieron. Abril y Aarón estaban sentados a la mesa de la cocina, disfrutando junto a la hija que tenían en común de una cena en familia que, por sus caras, acababa de joderles.

—¿Una cerveza? —Darío me dio una palmada en la espalda.

Asentí sin quitarles la vista de encima.

Ni me saludaron ni los saludé.

Bebí un trago del botellín que había llegado a mis manos.

—¿Qué te trae por aquí?

Tragué para contestar a la pregunta.

—Algo que quiero aclarar. —Elevé los hombros quitándole importancia a mi repentina aparición.

—Y... ¿ese algo no puede esperar a mañana?

—Va a ser que no, Darío —concluí con sequedad.

—Venga, enana, vámonos a la habitación a jugar un rato.

Aarón comenzó a levantarse instando a la cría a que hiciese lo mismo.

—No vengo a hablar con Abril, sino contigo.

No se me escapó ningún detalle en sus reacciones. Ella inspiró con fuerza y retuvo el aire en sus pulmones, sus ojos se abrieron más de la cuenta, fijos en los míos, transmitiendo el temor que no expresaba con palabras. Él, a su vez, se quedó congelado, sujetando el brazo de la niña, con el cuerpo en

tensión al no saber qué era eso que quería y que no podía esperar.

—Podéis quedaros si queréis —informé a Darío, al que también notaba algo descolocado—. No vengo a causaros problemas, solo quiero hablar con mi hermano.

Sabía el efecto que aquella palabra causaría en Aarón; un término que no sentía como tal, pero que había pronunciado con toda la intención.

—¿Has terminado, Rebeca? —La cría miró a su tío, asintiendo—. Pues ya puedes irte a tu cuarto a colorear el libro de dibujos que Ron te ha comprado.

Salió corriendo camino de su habitación sin percatarse de la tensión que se respiraba.

No lograba entender por qué era Darío el que asumía el papel de padre cuando el cabrón que la había engendrado estaba allí presente. Aunque tampoco era de extrañar que él hubiese declinado esa responsabilidad en el tío de la niña desentendiéndose de ella del mismo modo que siempre había hecho con todas sus obligaciones.

Aarón volvió a sentarse, reclinándose en la silla, y se cruzó de brazos sin mirarme. Sin emitir un solo sonido.

—Samu, en mi casa no, por favor. —La voz de Abril salió teñida de miedo.

Noté cómo fluía mi rabia.

—Pero ¿por qué clase de energúmeno me tomas para pensar que voy a venir a tu casa a saldar cuentas con él delante de tu hija?

—¿Entonces...?

«Solo intento mantenerte a salvo, joder».

—Tranquila, Ojos Azules. —Aarón posó su mano sobre la de ella y le acarició los nudillos—. Déjale hablar.

«¡No la toques, hijo de puta!».

Mi mente gritaba lo que mi boca debía callar.

—¿Cómo te ganas la vida? —Más me valía terminar pronto con todo aquello—. ¿De dónde sacas la pasta para mantenerte?, ¿para pagarle a Darío su hospitalidad?

Me olía que, siendo el caradura que sabía que era, estaba aprovechándose de mi amigo.

—No me paga por estar aquí. —Ahí tenía la respuesta que ponía de manifiesto su naturaleza ruin. Puto cerdo de mierda—. Me pidió quedarse un tiempo y yo acepté.

Volví la cara hacia Darío, entornando los ojos.

—¿Lo dejas que viva de gorra? Mira, tío, sé que tu situación no es para tirar cohetes y que él —lo señalé— está abusando de lo buena persona que eres porque no tiene cojones de convivir bajo el mismo techo que yo.

—Te equivocas. —Abril se levantó, golpeando la mesa con las palmas de las manos—. Te equivocas en todo.

—Ojos Azules...

—No, Aarón —ladró enfadada, aunque su cabreo no iba dirigido a él—. Siempre haces lo mismo. —Continuó mirándome con aquellos ojos que me desarmaban, llenos de rabia—. Distorsionas las cosas a tu antojo y te crees con derecho a escupirnos a la cara un montón de miserias que no te has tomado la molestia de comprobar. No sabes nada más que escucharte a ti mismo.

—Ahora estoy dispuesto a escucharte. —Crucé los brazos, apretando con fuerza el botellín—. Ilumíname, tú que nunca te equivocas en nada —maticé con desdén.

Aquello no iba bien.

Frunció los labios al tiempo que rodeaba la mesa y se acercaba a mí.

—Tu hermano trabaja en el taller. —Arrugué la frente sin comprender y ella lo notó—. Sí, Samuel, ha estado trabajando allí todos estos años, pero cuando volviste se vio obligado a pedir unas largas vacaciones —entrecomilló con los dedos delante de mis narices— hasta que las aguas se calmaran. Y se vino a nuestra casa para no tener que verse forzado a enfrentarse a ti. Porque todos... Todos sabemos cómo eres.

Que ella me hablara con tanta repulsión hacía que quisiera rodearle el cuello y estrangularla por ingenua.

—Y... ¿cómo soy? —Me chocaba la tranquilidad que estaba mostrando a pesar de que me notaba arder por dentro—. No, no me lo digas, puedo verlo en tu cara.

—Vale ya. —Aarón se puso en pie y, agarrándola del brazo, la apartó y se situó frente a mí—. Mira, tío, si tu problema soy yo, aquí me tienes. —Estaba demasiado cerca y eso no me gustaba—. Pero a ella déjala en paz.

—Vamos a calmarnos, ¿de acuerdo? —Darío se interpuso entre ambos y nos empujó por el pecho para separarnos. Luego ladeó la cabeza hacía mí—. ¿Qué estás haciendo, Samu? ¿De qué va todo esto?

Él, la persona en quien más confiaba, tampoco me entendía; estaba igual de ciego que el resto de ellos.

Debía contenerme y no explotar allí mismo si quería que aquello saliese bien. Me convenía mostrarme sumiso y comprensivo.

—Tienes razón, perdona. —Miré a mi hermano—. Si estoy aquí es porque Agustín me ha dicho que estás limpio. —Asintió receloso. Respiré profundamente para hacer frente a toda la sarta de mentiras que por primera vez iba a soltar por mi boca—. Siento haberte golpeado la otra noche. Pensaba que estabas con Abril y que te enrollabas con Carol a sus espaldas. Lo siento de verdad.

La disculpa me quemó la garganta.

—Está olvidado —dijo para mi asombro—. No tenías por qué saberlo, y el que me sacudieras por esa razón solo quiere decir que te sigues preocupando por ella. —La señaló. ¿Por qué cojones sonaba tan sincero cuando yo sabía que no lo era?—. Por ese motivo no te lo tomo en cuenta.

Acepté con un movimiento de cabeza.

—La casa de Agustín también es tu casa —proseguí sin desviarme de mi propósito, desoyendo las preguntas que hacía mi cabeza para poderlas responder en un mejor momento—. Por mí no hay inconveniente en que vuelvas; ni tampoco al taller. El tío está pasándolo mal con esto y no es eso lo que quiero. Aprenderemos a soportarnos —afirmé con convencimiento—. Si has cambiado, como aseguran todos, no veo que haya problema para que podamos vivir bajo el mismo techo.

—¿Lo estás diciendo en serio?! —No ocultó su sorpresa—. Son muchas horas las que tendremos que compartir. En el curro, en la casa...

—No tienes por qué irte. —Abril se veía alarmada; me conocía más que suficiente como para intuir que mis intenciones no eran del todo transparentes—. No nos molestas, Aarón. —La dulzura que empleaba al hablarle me repateaba el estómago—. Puedes quedarte con nosotros el tiempo que quieras. Ya sabes que a Rebeca le gusta que estés aquí. Y a mí también.

¿Por qué ella no era así de dulce conmigo? Sí, él era el padre de su hija, pero aparte de eso entre ellos no había nada y entre nosotros lo había todo, a pesar de que lo negara.

—Sé que no os importa tenerme aquí, Ojos Azules, pero en algún momento tengo que volver tanto a mi casa como al curro. —Me miró esperanzado—. Quizá ese momento ha llegado.

—Aarón, no...

—Abril —intervino Darío—, Samu ha venido a arreglar las cosas con su hermano, ¿no es cierto? —Se dirigió a mí para asegurarse y yo hice una

leve inclinación con la cabeza, dejándolo conforme. Él centró de nuevo la atención en su hermana—. Déjales que se den una oportunidad; ambos se la merecen.

Me fui de allí con una sensación extraña. Aarón volvería a la casa de nuestro tío al día siguiente y también se incorporaría al trabajo. Sería duro mirar en cualquier dirección y verlo, notar su presencia mañana y noche, pero por lo menos de ese modo lo tendría vigilado. Podría ir averiguando de qué pie cojeaba y qué intereses lo movían para actuar como un buen samaritano. A mí no me la daba, solo tenía que descubrir qué se traía entre manos y desenmascararlo ante todos. Si por el contrario me demostraba que ciertamente se había reformado, no me quedaría de otra que aceptarlo. Eso era lo que más miedo me daba. Para mí lo fácil era odiarlo, porque ese odio me recordaba constantemente todo lo que mi hermano había hecho. Llevaba diez años odiándolo con la misma intensidad y no quería que ese sentimiento se fisurara y que el amor fraternal, hasta que cumplí los dieciocho irrompible, regresara de nuevo.

### *Abril*

—Aarón no está, se ha ido con Carol.

—No vengo a verle a él.

—Mi tío tampoco se encuentra aquí. Está echando unas partidas y aún tardará un rato en volver.

Me parecía imponente mirara donde lo mirase. Allí plantado en la puerta, ocupando prácticamente la totalidad del acceso de entrada, con una camiseta roja ajustada que no le dejaba un solo músculo sin marcar y aquellos pantalones de chándal que también le marcaban todo, era como un maldito imán para mi cuerpo. Y para mayor castigo, tenía el pelo húmedo y olía realmente bien.

—¡Oh, venga ya, Samu! —farfullé enfadada conmigo misma—. Déjate de tonterías; he venido a hablar contigo.

Arrugó el entrecejo, mostrándome su expresión más desconfiada, antes

de echarse a un lado para dejarme pasar.

Aarón había vuelto con Agustín hacía dos días, los mismos que yo llevaba sin pegar ojo pensando en esa tregua que fingían tener los hermanos Reyes y en qué momento la romperían. De modo que, mientras me dirigía a su casa, me había armado de valor para cuando lo tuviese enfrente preguntarle sin rodeos por qué estaba haciendo aquello y con qué finalidad. Lo que no había previsto era lo que su sola presencia desencadenaría en mí.

La cuestión es que me había propuesto averiguar, de la manera que fuese, las razones reales que movían a Samuel para haber dado con tanta facilidad su brazo a torcer. Porque a mí no me engañaba. Samu podía ser hermoso, hipnótico y atrayente hasta decir basta, pero tenía tendencia a atacar en el momento más inesperado. Lo mismo que una pantera negra, el animal salvaje al que siempre lo había comparado.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció adentrándose en la cocina.

Al no contestarle me miró por encima del hombro y negué con la cabeza. Él sacó un botellín de cerveza de la nevera y lo abrió con un giro de dedos.

—Tú dirás —dijo apoyándose en la columna del salón.

Yo me había sentado en el sofá, y al inspeccionarlo minuciosamente, me sentí aún más pequeña de lo que era.

Tragué saliva antes de hablar.

—Nunca me has mentido. —Comencé a frotarme las manos contra los muslos, nerviosa—. Así que me gustaría que me dijeras por qué estás haciendo esto en realidad.

—¿Por qué estoy haciendo el qué?

Se notó a leguas que estaba a la defensiva. Lo delataba su postura, las dos rendijas en las que se habían convertido sus ojos y la forma recelosa en cómo lo había preguntado.

—Hacer como que tu hermano te importa.

Negó con un movimiento de cuello lento, dibujando una sonrisa de lo más oscura al tiempo que daba un trago a la cerveza. Se relamió los labios y me señaló con uno de los dedos con los que sujetaba el botellín.

—A mí mi hermano me importa una mierda, quien me importa eres tú.

Lo miré sin saber cómo replicarle para no poner en peligro nuestra conversación. No me pasaba desapercibida la intensidad con la que sus ojos me recorrían y él tampoco hacía por disimularla, importándole bien poco en ese momento lo incómoda que me hacía sentir. Era cierto que desde la noche

que me besó en mi casa y le pedí que se fuera no había intentado nada más, pero eso no significaba que toda esa testosterona que acumulaba en su cuerpo, que debía ser mucha, expresara con claridad sus verdaderos deseos.

—Entonces... ¿eso quiere decir que le pediste disculpas y lo animaste a venirse de nuevo a esta casa para apartarlo de mi lado?

—En parte sí. —Me cabreaba sobremanera su modo de actuar, aunque admiraba lo directo que llegaba a ser. Samuel no se molestaba en buscar pretextos absurdos que justificaran sus actos. Hacía lo que hacía y era como era, me gustase o no—. La disculpa se la merecía; no debí golpearle, y el que le dijera de volver a esta casa fue sobre todo por mi tío. Agustín lo pasa mal y yo no quiero eso, menos aún si está en mi mano ponerle las cosas fáciles.

—¿Y?

Sus ojos dorados buscaron los míos.

—Y porque yo, al contrario que vosotros, no me fio de él. No quiero que viva bajo el mismo techo que tú. Prefiero tener que aguantarlo a comerme la cabeza pensando en que pueda hacerte algo.

Hasta ahí mi contención.

Levantándome hecha una furia, me planté delante de él y clavé un dedo en su pecho que probablemente ni notara.

—Él no va a hacerme nada, pedazo de alcorcho. Deja de meterte en mi vida y preocúpate en arreglar la tuya.

Rodeó mi dedo con los suyos con firmeza.

—Abril, no me toques.

Enmudecí por el tinte de agresividad en su voz, aunque me recompuse rápidamente.

—Perdona, señor intocable —pronuncié con cinismo—, no volverá a suceder.

Intenté soltarme, pero me sujetó tan fuerte que si hacía un movimiento brusco se me podía partir el dedo. No es que me estuviera haciendo daño, no. Solo era que Samuel, además de tener unas manos muy grandes, estaba dotado de una fuerza descomunal que no había aprendido a canalizar.

—Suéltame —le ordené dando un pequeño tirón.

Acercó su cara a la mía con las fosas nasales dilatadas. El olor a cerveza que desprendía su aliento se mezclaba con el aroma a limpio que emanaba de su piel.

—Crees que me conoces y no tienes ni puta idea —siseó entre dientes—. Me pediste que me largara de tu casa, con un calentón que aún me dura, y

eso hice. Y ahora tú te presentas en la mía, exigiéndome una explicación que no tengo por qué darte, y encima te atreves a tocarme. Yo sé mantener mi palabra, pero si me vuelves a poner un jodido dedo encima no respondo.

Abrí los ojos como platos.

—¿Estás amenazándome?! —No me lo podía creer.

Me soltó y se irguió de nuevo.

—No de la manera que piensas.

Se llevó el botellín a los labios y se bebió lo que quedaba del contenido. Observé hechizada el movimiento que creaba su garganta. ¿Por qué demonios aquel subir y bajar de su nuez me atraía tanto?

Sacudí la cabeza para despejarme.

—Que sepas que no me das ningún miedo —continué en mis trece.

Tras un premeditado repaso a todo mi cuerpo, volvió a dibujar esa sonrisa torcida que no prometía nada bueno.

—No pretendo darte miedo.

—Pues entonces deja de mirarme así.

Sus ojos se clavaron en los míos; echaban fuego.

—¿Y cómo te estoy mirando?

—Como si fueras a atacarme de un momento a otro.

—Mientras no me toques, no habrá problema.

Era totalmente ilógico que después de cómo me había besado noches antes, de todo lo que me había dicho y de lo que me había pedido, le molestase mi cercanía. Y para más inri se atrevía a amenazarme. Pues no. No, señor. Yo no iba a ser otra de las tantas personas que se dejaban intimidar por las amenazas de Samuel.

Di un paso al frente y le hundí de nuevo el índice en el pecho, esa vez dando toquitos que hice coincidir con cada una de mis palabras.

—No. Me. Das. Ningún. Miedo.

Todo pasó en lo que dura un parpadeo: su ceño fruncido, el sonido del vidrio al impactar en el suelo y mi cuerpo girando en el aire.

Planté las palmas de las manos en su pecho justo cuando su cuerpo se aplastaba contra el mío y mi espalda se apretaba a la columna donde él se apoyaba un segundo antes. Su boca quedó a milímetros de la mía al alzarme por las nalgas de tal manera que mis pies dejaron de tener contacto con el suelo.

—¿Entiendes ahora por qué no debías tocarme? —Restregó rudamente su miembro contra mi sexo—. ¿Lo notas, Abril? ¿Lo estás sintiendo? —decía

mientras se frotaba sin ningún pudor. Y sí que lo notaba, sí: duro y grande. ¡Enorme!—. Te he avisado. Dos veces.

—Samu, espera, espera. —No había sido repulsión, sino todo ese deseo que ahora se concentraba bajo sus pantalones de punto—. Bájame, por favor.

Mordisqueó suavemente mi labio inferior.

—Demasiado tarde, princesa, tú te lo has buscado.

Cayó sobre mi boca con voracidad, mostrándose nuevamente como el animal que era.

Dejé de forcejear porque, al intentar liberarme, la fricción entre nosotros era aún mayor y él se estaba poniendo todavía más duro, y ya de por sí lo notaba como una piedra.

No quería sentir lo que estaba sintiendo. No quería que mi cuerpo respondiera como lo estaba haciendo. Y no quería amarlo como lo amaba. Porque Samuel no era sano para mí, no era el hombre que me convenía, a pesar de que en los casi seis años que había estado fuera de mi vida yo hubiese sido incapaz de dejar que otra persona ocupara su lugar.

De repente, sus labios se volvieron suaves, sin reclamos ni presiones, y es que me conocía hasta el punto de saber antes que yo misma cuándo me había rendido. Entonces ya no necesitaba de la fuerza, y eso era aún peor, porque me dejaba arrastrar por unos besos que expresaban un sentimiento tan grande como el mío propio.

Su boca se desplazó a mi cuello: caliente, tierna, enloquecedora.

—Quiero hacerte el amor. —Cerré los ojos—. Quiero sentirte mía de nuevo.

Sus palabras fueron como flechas certeras que dieron justo en el blanco de la diana imaginaria que se pintaba en mi corazón.

—Yo... Yo no...

—Dime que sí, Abril. Déjame disfrutar esta noche de ti. Lo necesito. —Sonaba a ruego, como si de verdad fuese a morir si no me tuviera—. Te necesito, nena. Necesito volver a sentirme vivo.

Subí las manos por su pecho hasta entrelazar los dedos en su nuca. No hicieron falta más palabras entre nosotros, porque lo cierto era que yo también me sentía muy viva cuando me encontraba rodeada por los brazos de Samuel.

Sin posarme en el suelo ni abandonar mi cuello, me llevó por el pasillo hasta su habitación. Cerró la puerta de una patada cuando estuvimos dentro y me apoyó en ella.

Le permití entrar en mi boca y ahogué un gemido al roce de nuestras lenguas; él se estremeció entre mis brazos. Introdujo una mano por el interior de mi camiseta y apretó uno de mis pechos. Se me cortó la respiración al sentir su caricia en esa parte de mi anatomía que tanto tiempo llevaba falta de atenciones. La misma caricia que lo hizo gemir a él como a un animal herido. Lo apretó un poco más, amoldando la carne a sus dedos, y gimió de nuevo.

De pronto me abordó una inseguridad desconocida. Habían pasado muchos años desde que Samuel y yo compartimos intimidad por última vez, y ambos habíamos cambiado. Físicamente, me refiero. Él estaba mejor que nunca, duro y firme por todas partes. Su cuerpo había evolucionado a mejor, y ya era inmejorable por aquel entonces. En cambio, yo había sufrido una transformación que los signos del embarazo y posterior maternidad dejaban muy presentes. Mis pechos ya no eran todo lo firmes que en su día fueron ni tenían la misma consistencia, y mi vientre estaba marcado por las cicatrices del brusco cambio de peso al que mi cuerpo se vio sometido.

Un miedo que nunca antes había experimentado me azotó. Temía que la visión de mi desnudez lo decepcionara, que él se hubiese aferrado a un recuerdo y que cuando me viera tal y como estaba en la actualidad dejara de desearme. ¡Dios mío, me daba auténtico pavor no ser deseable para Samuel! Me daba terror que su cuerpo no volviera a endurecerse estimulado por el mío, que no reaccionara cuando me tuviera desnuda ante él.

Tenía que parar aquello, él no podía ver esas imperfecciones que me harían indiferente a sus ojos.

—Espera, espera. —Lo empujé.

Dejó que me deslizara hasta tocar el suelo y se retiró un paso para sacarse de un tirón la camiseta por la cabeza.

—Ni de coña. Ya no espero un puto minuto más.

Observé su torso desnudo: los anchos hombros, los pectorales duros, los abdominales marcados y los oblicuos... ¡Dios Santo, los oblicuos, que se veían en forma de uve perfecta al llevar el pantalón tan bajo!

Al comprobar que debajo de la ropa que lo había ocultado era aún mejor de lo que imaginaba, me encogí.

El miedo y las inseguridades se me hicieron insoportables.



## 18. El Nudo Celta

*Samuel*

Mierda, Abril se estaba arrepintiendo e iba a salir corriendo de un momento a otro. ¡Era de locos, joder! ¡No podía hacerme eso! No después de cómo me había besado, de haberme dejado palpar su carne bajo la ropa. No después de tener tan cerca el sueño que había querido hacer realidad un millón de veces.

—¿Qué ocurre? —Le acaricié la mejilla con los nudillos.

—No-No creo que sea buena idea.

¡¿Por qué cojones le temblaba la voz?!

—Mírame, nena. —Le alcé la barbilla con suavidad—. Tú quieres esto tanto como yo, así que dejémonos llevar, ¿vale? —Su cuerpo vibraba imperceptiblemente—. Dime de qué tienes miedo, Abril. —Me estaba esquivando la mirada sin darme opción a llegar a ella—. No puedes dejarme tirado por segunda vez, sería una putada. Y tú no quieres putearme... ¿O sí? —Ladeé la cabeza y entrecerré los ojos. No, ella no podía estar haciendo lo que se me pasaba por la mente—. No habrás querido calentarme la bragueta para después largarte, ¿verdad?

Sus pupilas se clavaron en las mías.

—¡No! —dijo un gritito agudo—. ¡¿Cómo puedes pensar eso?!

—Entonces, ¿por qué hemos parado? Y si me sueltas que tu intención no ha sido la de llegar hasta el final, sí que lo voy a pensar.

Negaba con la cabeza, totalmente espantada.

—No es eso, Samu, de verdad. Yo no podría hacer tal cosa. Primero, porque no sé provocar a un hombre deliberadamente, y segundo, porque aunque supiera, jamás sería tan rastrera contigo. Es solo...

¡Joder, no! Le estaba empezando a temblar la barbilla y yo no tenía ni idea de lo que le pasaba.

—Cuéntamelo. Dime por qué estás así.

Apretó los párpados con fuerza.

—Claro que deseo estar contigo; sería estúpida si negara lo evidente.

—Entonces... ¿dónde está el problema?

—El problema eres tú. —Achiqué los ojos—. Lo perfecto que eres.

—No tengo nada de perfecto y lo sabes.

—Pero tu cuerpo sí lo es.

—¿Y el tuyo no?

—No —respondió rotunda—. El embarazo dejó en mis carnes ciertas cicatrices y amamantar a mi hija cerca de dos años también dejó sus huellas. No me compares, Samuel. Mi cuerpo ya no tiene nada que ver con el que era, aunque la recompensa de ser madre sea infinita.

—A ver si me aclaro, ¿me estás diciendo que por lo que no te quieres acostar conmigo es porque tu cuerpo ha cambiado, según tú, a peor?

—Exactamente. Me da vergüenza que me veas desnuda.

No pude evitar dejar ir una carcajada. No me reía de su inseguridad, lo que me hacía gracia era que, después de lo nervioso que había conseguido ponerme, todo se redujera a aquella idiotez.

—¡¿Te ríes de mí?!

—De lo que me río es de lo tonta que eres a veces.

Las aletillas de su nariz se agitaron y volví a reírme con ganas.

—Vete a la mierda. —Se giró con la intención de abandonar mi habitación.

Planté una mano en la puerta para impedirselo, dando un golpe seco.

—Yo me iré a la mierda cuando tú quieras, pero tú no te vas a ninguna parte y menos por una gilipollez.

—Déjame salir.

—No.

—Que me dejes salir, maldito imbécil —rugió furiosa.

—No lo entiendes aún, ¿verdad? —le dije acercándome a su oído. Descansó la frente contra la hoja de madera, frustrada por no poder escapar de mí—. No es solo tu cuerpo lo que deseo tener. Te deseo a ti, nena. —Con el brazo libre le rodeé la cintura y pegué mi pecho a su espalda—. ¿Crees de verdad que va a importarme lo que haya bajo la ropa? Si lo crees es que no tienes ni idea de lo mucho que me pones... De lo mucho que me gustas, joder —terminé susurrando—. Estoy tan cachondo ahora mismo que no me supondría un problema encontrarme un pene bajo tus bragas.

Escuché su suave carcajada y eso hizo que me riera quedamente junto a su oído, aunque era cierto que de lo mucho que la deseaba me hubiese importado una mierda lo que pudiera encontrarme entre sus muslos de haber desconocido su verdadera sexualidad.

Me atreví a dar un paso más.

—Deja que sea yo quien juzgue cómo de bonito está tu cuerpo.

Subí la mano por su estómago y me agarré a su pecho.

—Mi cuerpo no está bonito. Al menos no como antes. Tú llevas años sin verme desnuda y lo que recuerdas de mí no es real. Has estado con otras mujeres, has visto muchos cuerpos, ¿por qué estás tan seguro de que el mío no va a decepcionarte?

Qué equivocada estaba. Yo podía haber estado con muchas mujeres, pero lo que Abril no sabía era que ni las miraba mientras me las tiraba, que me limitaba a empujar para correrme lo antes posible sin importarme si ellas me alcanzaban. La mayoría de las veces lo hacían y se habían ido contentas creyendo que volvería a llamarlas. Eso nunca sucedió. Con ninguna de ellas.

—Nada tuyo puede decepcionarme. —Mordí su cuello—. Y como jamás te he mentado, y además has despertado mi curiosidad, te voy a desnudar y me voy a dar el gusto de admirar todas esas huellas de las que te avergüenzas. —Se puso rígida—. Me voy a recrear en ellas con dedicación. Pero antes me voy a quedar en pelotas y tú misma vas a poder comprobar si algo de lo que pueda ver en ti me echa para atrás. Tú misma —musité rozándole el lóbulo de la oreja— vas a ver cómo me pones.

—¿Y si no es así? ¿Y si eso que tienes ahí abajo termina escondiéndose?

—Joder, Abril, y luego soy yo el que me equivoco en todo.

La giré para que quedásemos cara a cara y di un paso atrás. Me saqué las zapatillas deportivas con ayuda de los talones y me bajé los pantalones

junto con los calzoncillos. Tiré de los calcetines y, cuando toda mi ropa estuvo acumulada a mis pies en el suelo, le di una patada apartándola de allí. Elevé los brazos y di una vuelta sobre mí mismo. Mi pene ya no estaba tan erecto y basculaba hacia los lados, aunque yo sabía que eso iba a durar nada.

La agarré por la muñeca para acercarla un poco. No la pegué a mi cuerpo porque sabía que si lo hacía me pondría duro de momento, y lo que pretendía era que no se perdiera detalle de cómo «eso que tenía ahí abajo» comenzaba a crecer en cuanto estuviese desnuda ante mí, sin necesidad de roces ni magreos.

Sin darle tiempo a reflexionar, le quité la camiseta y le bajé esas putas mallas que le marcaban todo. Me retiré de nuevo y mis ojos la recorrieron de pies a cabeza.

—Mira lo que haces conmigo. —Me había puesto duro con el solo hecho de verla en ropa interior.

Mientras deslizaba la mirada por mi cuerpo, mis ojos se centraron en la zona de su estómago. Era cierto que unas pequeñas estrías enmarcaban su vientre ahora no tan plano.

Respiré hondo para no lanzarme a por ella como un animal.

—Quítate el sujetador. —Había sonado a orden, joder. Y es que apenas podía contener la necesidad de tocarla.

Se llevó una mano a la espalda y lo soltó, pero antes de que cayera a sus pies se cubrió con el otro brazo.

—Aparta el brazo y déjame verte. —Me maldije interiormente por sonar tan autoritario—. Por favor, nena —le pedí en un tono más suave—. Lo que he visto hasta ahora no me desagrada nada.

Dejó caer el brazo a un costado al tiempo que inclinaba el rostro hacia el suelo, cohibida. Tragué nada, ya que se me había quedado la puta boca seca.

La curva de sus pechos era más pronunciada al haber perdido algo de firmeza, sin embargo, continuaban siendo redondos y carnosos. Subían y bajaban a la velocidad que marcaba su respiración y me quedé embobado mirándole los pezones erectos y oscuros, lo que hizo que «eso que tenía ahí abajo» diera un brinco.

—Mírame, Abril —solicité con la boca hecha agua a pesar de tenerla tan seca como un puñado de arena—. No es que me gustes como antes... Es que me gustas *más* que antes. ¡¿De qué te avergüenzas?! Eres preciosa, joder. Y yo soy el tío con más suerte del mundo. Un puto privilegiado.

—¿Por qué dices eso cuando sabes que no es cierto? —manifestó enfadada.

¡¿Creía que le mentía?! Pero ¡qué cojones! Yo nunca le había mentido y ahora tampoco lo estaba haciendo.

—Porque tuve la suerte de ver cómo la niña de mis ojos se convertía en mujer y porque ahora tengo el privilegio de comprobar que la maternidad lo único que ha conseguido es hacerte más perfecta de lo que ya eras. Eres mucho mejor de lo que recordaba y lo que recordaba ya era bueno a rabiarse, te lo aseguro.

—Solo lo estás diciendo para que no me sienta tan mal.

Tenía razón en parte. Quería hacerla sentir mejor; más segura de sí misma, aunque eso no quitaba que hubiese sido totalmente franco con ella. Los años y esas mínimas imperfecciones en su cuerpo la hacían real, lo que acrecentaba su atractivo, aumentando el poder que ya ejercía sobre mí. Abril no podía verse a través de mis ojos, no podía saber lo mucho que me gustaba, no se imaginaba lo excitado que estaba en aquel momento.

La agarré de la mano y tiré de ella hasta situarla delante del espejo. Yo me coloqué a su espalda, admirando el reflejo de su cuerpo cubierto tan solo por las diminutas bragas.

—Mírate, nena. Mírate y dime qué fallo ves en ti.

Mordiéndose el labio inferior deslizó lentamente los ojos a lo largo de toda su silueta. Tenía ante mí la imagen más sensual que había visto en toda mi jodida vida, y aquello me estaba poniendo malísimo, maldita sea.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, me permití disfrutar un poco más de la visión de sus curvas.

—Joder, Abril —solté sin poder contenerme por más tiempo—. Tienes unas tetas preciosas. —Mis manos se curvaron bajo ellas con las palmas hacia arriba para apreciar su peso—. Son las tetas de mis sueños.

Me rocé contra la parte baja de su espalda, sintiendo como fuego la sangre que hacía palpar mi erección, y le pellizqué los pezones. Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en mi pecho, y mi boca fue en busca de su cuello.

Se me hacía imposible alargar más aquella tortura, así que deslicé una mano por su vientre hasta introducirla bajo sus bragas.

—Hay algo más que quiero que sepas, Samu —susurró con los ojos cerrados, dejándose acariciar.

—¿Mmm? —No despegué los labios de su garganta.

—Si estoy tan nerviosa no es solo por miedo a no gustarte como antes, también es porque yo... Yo no he... No he estado con nadie desde que estuve contigo.

Abrí los ojos y la miré a través del espejo.

—¿Qué quieres decir?

Me hormiguearon hasta los dedos de los pies mientras esperaba su respuesta.

—Que... Bueno... Que en estos años no he mantenido ninguna relación con otro hombre.

La giré, quedando frente a ella, y tragué con esfuerzo. Joder, estar con Abril era peor que ahogarse en alta mar.

—¿Me estás diciendo que fui el primero y que no ha habido nadie, además de mí, en todo este tiempo? —Apenas podía hablar.

Quería que fuese verdad. Necesitaba que fuera cierto porque eso lo cambiaba todo. Si ella no había estado con nadie significaba que todavía sentía algo por mí, ya que estaba seguro de que oportunidades no le habrían faltado.

Yo le había confesado que seguía loco por ella, pero esas palabras aún no habían salido de su boca.

—Bueno —agachó la cabeza—, más o menos.

—O ha habido alguien o no, el más o menos no me vale.

—¿Tan importante es?

—Mucho.

—¿Por qué?! —Por lo visto su respuesta no tenía la misma importancia para ella que para mí.

—Porque lo es, Abril. Para mí lo es.

—No ha habido nadie desde... desde aquella festividad de la Asunción.

Su barbilla tembló, pero esas palabras significaban tanto que ni el doloroso recuerdo de lo que ocurrió aquella noche me amargó el momento.

Me acerqué a su boca y besé sus labios hasta que los abrió. Y, joder, esa invitación fue mi perdición.

Ningún otro había tocado aquel cuerpo que sentía tan mío. Yo sí lo había hecho, había palpado las carnes de muchas mujeres durante esos años, aunque nada podía compararse a lo que sentía al tocarla a ella. Con Abril no quería un polvo apresurado, no quería cerrar los ojos para dejar de ver a la persona que me tiraba, y lo más importante, a Abril no podía negarle mis besos, porque de algún modo siempre le pertenecieron y por eso nunca fui

capaz de compartirlos con nadie. Sabía que no tenía derecho a reprocharle nada de haber estado con cualquier tío, más cuando fui yo el que se largó sin darle una explicación. Pero saber aquello... Saber aquello me dio un brutal subidón.

Era incapaz de mantener mis manos quietas mientras la besaba, recorriendo avariciosamente cada curva de su cuerpo pequeño y suave. Terminé con ellas abarcando su trasero, acariciándolo en círculos a la vez que lo apretaba. Quise ver cómo su carne se amoldaba a mis dedos y abrí los ojos encontrándome con nuestra imagen reflejada en el espejo. Dejé de mover los labios y creo que incluso gimoteé. ¡¿Cómo se le podía haber pasado por la cabeza que me decepcionaría?! Si vestida era perfecta, desnuda era mil veces mejor. La mata de pelo oscuro le caía en ondas por la espalda hasta casi la cintura, donde su figura se estrechaba para luego ensancharse delineando la curva más pronunciada de su cuerpo. ¡Dios, era preciosa!

—Me encanta tu culo, nena —musité en su cuello con una voz tan ronca que no reconocí—. Me encanta, joder.

Mirando fijamente su reflejo, le aparté el pelo a un lado, colocándoselo sobre un hombro, y subí lentamente las yemas de mis dedos por su columna, sintiendo en mi propio cuerpo los escalofríos que la recorrían. Era maravillosa la sensación de experimentar cómo la piel de su espalda se iba erizando al paso de mis caricias.

—Deja de mirarme así, por favor.

Bajé la cabeza y me encontré con sus ojos. Se notaba angustiada al ver cómo me había perdido en nuestro reflejo, sabiéndose expuesta.

La giré de nuevo, colocándola delante de mí, queriendo que ella viera lo que yo veía.

—Dime qué ves, Abril.

Intentó cubrirse y la sujeté por las muñecas. Su pecho subía y bajaba, acelerado, y a mí me iba a dar un puto ataque.

—Dime qué ves, nena —repetí.

Sus ojos azules recorrieron la imagen que teníamos enfrente.

—Nos veo a nosotros desnudos —dijo con timidez—. Me veo a mí.

La besé en la sien.

—Y ahora dime qué ves en mis ojos.

Su mirada conectó con la mía.

—Lo que veo... —Carraspeó—. Bueno, lo que creo ver es que no te desagrada del todo.

Sonreí. Qué mal se lo estaba haciendo pasar, pero me parecía necesario hacer todo aquello para que dejara de sentirse avergonzada; más aún cuando no tenía motivos para estarlo.

—Te equivocas —susurré restregándole la nariz por la mandíbula, sin dejar de observarla—. Lo que ves es admiración. Lo que estás viendo es mi deseo por ti. Lo que hay en mis ojos es sed. —Se estremeció y sus pezones se arrugaron ante mi vista, poniéndose totalmente duros, tan duros como lo estaba yo—. No te equivoques, Abril, no es que solo que no me desagradas, es que ni en mis sueños te veías tan bien.

—Samu, deja ya de...

—¿De qué?, ¿de decirte lo que me gustas?, ¿de hacerte saber lo mucho que me pones? —Fijé mis ojos en los suyos—. ¿O a lo que tienes miedo es a escuchar cuánto te quiero? —Sus labios se despegaron, quedando semiabiertos—. Sí, Abril, no he dejado de quererte ni un jodido segundo en todo este tiempo. Te quiero, nena. Llevo diez años queriéndote con tanta intensidad que me duele.

El brillo de sus lágrimas en el azul de sus ojos era como el brillo de las estrellas antes de caer la noche.

—Yo tampoco he podido dejar de quererte.

Apreté los párpados con fuerza y dejé que mi frente cayera sobre su hombro. Ella acababa de decirlo. Lo nuestro aún tenía posibilidades.

Introduje los pulgares en el elástico de sus bragas. Le había dado todas las razones por las que no debía sentirse cohibida ante mí y la necesidad que arrastraba, desde que había vuelto a verla a los días de llegar a la barriada, era tan urgente que me resultaba humanamente imposible contenerme por más tiempo. Cuando comencé a deslizárselas lentamente por las caderas, contemplándola al otro lado del espejo, me quedé congelado, sin palabras que decir ni modo alguno de respirar. Ella tenía un pequeño tatuaje en la parte derecha del bajo vientre, junto al hueso de la cadera. Una réplica a escala menor del mismo que yo llevaba en el omóplato.

Acaricié el dibujo de su piel con el pulgar y subí la mirada hasta hallar la suya.

—Me lo hice poco después de que te marcharas —me explicó en un tono cálido, posando su mano sobre la mía—. Me agarré a esa superstición. Me aferré con fuerza a lo que significaba y mantuve la esperanza durante un tiempo. Pero no volviste.

—El concepto del nudo perenne no es traer de vuelta a alguien, y

créeme si te digo que el nuestro ha sido muy fiel a su significado. Ni el tiempo ni la distancia han podido romper o desgastar de alguna forma lo que siento por ti.

—No lo han hecho, ¿verdad? —Sonrió abrazándose a esa creencia.

Vi el reflejo de mi propia sonrisa, una mucho más oscura que la que ella mostraba, mientras me deshacía de sus braguitas.

—Ni de coña, nena —rugí lleno de poder antes de lanzarla sobre la cama.

Me entretuve en besar cada centímetro de su cuerpo, poniendo especial atención en las huellas que el embarazo había dejado en su piel. Una piel que me sabía a gloria. Centrado en conseguir que se sintiese deseada, me di cuenta de lo orgulloso que estaba de ella. Aquella niña asustadiza se había convertido en la mujer que ahora tenía bajo mi cuerpo y, al ser consciente de todos los obstáculos que había tenido que superar en la vida para ser quien a día de hoy era, la quise aún más. Tan grande fue lo que sentí en ese instante que pensé que el pecho se me desgarraría.

Tuve que controlarme al notar que estaba tan cerrada como la primera vez y que mi invasión podría dolerle. Me quedé anclado en su mirada azul mientras mi sexo penetraba milímetro a milímetro en su interior. Me costaba ir tan despacio. ¡Joder, si me costaba! Sus músculos se apretaban tanto alrededor de mi polla, y la notaba tan caliente, que estuve tentado a empujar con fuerza. Pero no lo hice hasta estar hundido en ella por completo, dándole tiempo a que se adaptara a mi tamaño para no dañarla.

Cuando empecé a mover las caderas lo hice con lentitud, saliendo casi por completo de su interior para encontrarme de nuevo rodeado por su calor en cuanto volvía a enterrarme en ella. Una y otra vez, una y otra vez. Mi respiración se hacía más irregular conforme el placer iba siendo más y más intenso. Dejé de regirme por el sentido común y permití que todo lo que durante años había estado reprimiendo se mostrara sin tabúes ni reservas. Comencé a embestir con tanta fuerza que por un momento pensé que podría partirla por la mitad, pero ella estaba gimiendo y no era precisamente de dolor. Me sentí libre después de mucho tiempo. Libre por poder mantener los ojos abiertos y mirar la cara de la persona a la que me entregaba. Libre porque por fin tenía a Abril entre mis brazos y le hacía el amor.

Eyaculé salvajemente, transportado por un orgasmo interminable que sus contracciones internas alargaron. Mis brazos en tensión temblaban con violencia y sentí cómo las fuerzas me abandonaban. La miré jadeante, ella

estaba igual de agitada. Si el polvo que acabábamos de echar era la recompensa a los que había imaginado en infinidad de ocasiones, los casi seis años de espera habían merecido la pena, porque la realidad había sido cien veces mejor.

—Te quiero, Abril —declaré con el corazón en la mano.

—Y yo a ti, Samu. Nunca he dejado de quererte.

### *Abril*

Me tenía apretada contra su pecho, con un brazo bajo mi cuerpo, aferrado a mi trasero, y el otro por encima rodeándome posesivamente la cintura. Su pierna derecha se hallaba entre mis muslos, doblada por la rodilla, enlazándose a las mías a la altura de los tobillos. Estábamos de lado, uno frente al otro, y todo él era como una enorme jaula que me mantenía encarcelada. Sonreí, porque lejos de incomodarme, aquella extraña postura me encantaba. Samuel dormía plácidamente, aunque cada fibra de su ser se había tomado la molestia, antes de dejarse arrastrar por el sueño, de que yo no pudiera escaparme. Su piel calentaba la mía, sus duros músculos me relajaban y el contacto de la carne con la carne era gratamente recibido por un cuerpo que durante años se había sentido abandonado. No fui consciente hasta aquella noche de lo mucho que había anhelado sus caricias, de lo agradable que era experimentar cómo mi piel se erizaba al ser recorrida por sus ásperas manos o de ese hormigueo que me producían sus labios al besarme. También de la maravillosa sensación de sentir el peso de su cuerpo sobre el mío. La mayoría del tiempo Samu era un bruto maleducado que no tenía reparos en rebasar los límites, ni los suyos ni los de nadie; sin embargo, esa brutalidad tan arraigada en él me parecía deliciosa, incluso cuando me besaba de ese modo tan salvaje en el que sus besos expresaban de la forma más demoledora la pasión que lo atravesaba en el momento. Amaba su forma incontenida de dejarse llevar, esa impulsividad que lo había definido siempre, que lo identificaba como único a mis ojos consiguiendo que sobresaliera de entre todos los demás y que hizo que siendo tan solo una niña me enamorara

hasta la médula de él.

Me sentía pletórica, porque otra característica extraordinariamente buena de Samuel era su sinceridad, además de lo mucho que revelaban sus ojos. Si me había confesado que seguía queriéndome y que todo lo que había en mí le gustaba, lo creía a pies juntillas, pues él carecía de tacto a la hora de decir las cosas, prefiriendo una verdad desnuda, por muy cruel que esta fuera, a una disfrazada.

Le acaricié la mandíbula, notando en las yemas de mis dedos la aspereza de su barba. Antes solo se dejaba crecer una barbita incipiente que al cabo de pocos días terminaba rasurando; en cambio, ahora el pelo le nacía duro, se veía más abundante y se cerraba por completo enmarcándole la cara. La llevaba recortada y bien cuidada, y su tacto era diferente.

Abrió un ojo y me sonrió, dejándome ver esos dos bonitos hoyuelos alargados que en tan pocas ocasiones asomaban.

—Tu barba es más espesa —dije bajando los dedos por su mejilla—. Que hace años, me refiero.

—Si no te gusta me la quito.

—Te queda bien. Te hace... No sé. Más adulto. Como más hombre.

Elevó una ceja con superioridad.

—Abril, no te permito que después del polvo que hemos echado insinúes que lo que me hace más hombre es la barba.

—No es una insinuación, es que te hace más masculino.

Achicó los ojos y dejó ir una carcajada.

—Mi «cosa de ahí abajo» se siente insultada —me recriminó, apretándome tanto que lo sentí por entero.

Me encantaba esa faceta juguetona de Samuel que casi nunca mostraba. Disfrutaba al verlo de buen humor, relajado, sin ese gesto de perdonavidas que por norma le acompañaba.

Adelantó las caderas para hacerme notar dónde se encontraba su hombría.

—Eres un cochino.

Vi cómo lentamente asomaba su sonrisa más canalla.

—Un cochino muy empalmado que quiere hacerte cochinadas — declaró sin ningún pudor—. Muchas cochinadas. Todas las cochinadas.

Agarró mi culo con las dos manos y, en un visto y no visto, me encontré sentada sobre él. Sin darme tiempo a reaccionar me elevó dejándome caer sobre su sexo. Di un chillido agudo por la sorpresa y él amplió la sonrisa.

Estaba guapísimo cuando sonreía de verdad.

Con los dedos clavados en mis carnes se acomodó en mi interior y fui testigo de cómo sus iris amarillos se oscurecían.

—Muévete, nena —me pidió meciéndose imperceptiblemente.

Hice lo que quería, balanceándome atrás y adelante, dentro y fuera de él.

Sin necesidad de palabras percibí en sus ojos lo perfecto que le parecía aquello, lo bonito que le resultaba.

Me ayudó al final, elevándome como si yo no pesara nada, y los dos nos tensamos a la vez. Su cuerpo hizo un arco perfecto sobre la cama mientras yo dejaba caer la cabeza hacia atrás con las palmas de las manos apoyadas en su pecho.



—¿Dónde están mis braguitas? —Inspeccioné con los ojos el suelo de su habitación y no las vi por ninguna parte.

Eran más de las cuatro de la madrugada, al día siguiente teníamos que trabajar y Darío estaría subiéndose por las paredes, de manera que no me apetecía perder el tiempo de aquella manera. Le había dicho a mi hermano que tenía que hablar con Samuel, pero no que iba a tardar tanto. Lo que pasaba era que al final habíamos hecho de todo menos aclarar el tema de Aarón, que era para lo que había venido.

—Déjalas, ya las buscaré mañana. Y no esperes que te las devuelva. — Se subió la cremallera del vaquero poniendo cara de perverso—. Por cierto, ¿encontraste tus bragas aquella noche?

Mi felicidad se esfumó en cuanto regresó a mi mente la amarga experiencia pasada. No era algo que pudiese disimular, y aunque ya no dolía del mismo modo, los recuerdos seguían manteniéndose vivos: las hogueras, las hojas caídas, el doble horror al que tuve que enfrentarme. También se mantenían frescos los rostros de los que estuvieron allí: Samu, al que tenía ante mí en una versión más madura, Rebeca, Darío, Álex, Sebas, Aarón... Todo, absolutamente todo, lo tenía grabado a fuego como si hubiese sucedido el día anterior en lugar de hacía casi seis años.

—¿Qué pasa? —Samuel me agarró por los hombros e hizo que lo mirara—. ¿Por qué cojones estás llorando?

Llevándome las manos a la cara comprobé que era cierto que la tenía húmeda. No podía decirle la verdad de lo que aquel quince de agosto me sucedió. Y no podía, no porque no quisiera, sino porque él se sentiría todavía más culpable de lo que ya se sentía, y yo sabía que su culpa por la muerte de Rebeca era enorme.

—No te preocupes, es solo que lo que ocurrió aún me sigue afectando.

—Pero antes de que todo se fuera a la mierda lo pasamos bien —dijo con voz suave—. No quiero que te sientas mal, nena. Lo único que pretendía era sacarte una sonrisa al recordarte cómo tus bragas desaparecieron. Solo eso.

—Pues no me lo recuerdes nunca más —le pedí con labios temblorosos—. Nunca vuelvas a nombrar aquella maldita noche.

Asintió despacio. Después me abrazó tan fuerte que mi cuerpo terminó relajándose entre sus brazos, que siempre habían sido mi verdadero hogar. Samuel me aportaba seguridad además de muchas otras cosas, sin embargo, algo en mi interior me decía que lo nuestro no iba a ser eterno, que cuando él descubriera todo lo que yo le ocultaba no me lo perdonaría. Sabía lo que iba a pasar, lo sabía con una certeza desgarradora. Pero hasta que eso sucediera disfrutaría de él. Disfrutaría del amor de Samuel.

Mientras él me mecía contra su pecho me aferré a la débil esperanza de que si lograba aplacar a la pantera antes de que ese día llegara quizá aquellos secretos no tendrían el peso suficiente como para romper lo nuestro.

Tenía que intentarlo al menos.

—Samu —dije retirándome un poco de él—, ¿harías algo por mí?

Me miró con cariño; era el mejor momento de pedírselo.

—Claro que sí.

—Lo que ha pasado esta noche entre nosotros ha sido maravilloso, pero sabes de sobra que no he venido buscando eso de ti.

—Dime qué quieres y deja de andarte con rodeos.

Tragué saliva.

—Te pido, por favor, que dejes en paz a Aarón, que no te guíes por las cábalas que haga tu cabeza. Él ha sido muy bueno con nosotras. Hazlo por mí. No te pido que seas su amigo, solo que no lo molestes sean cuales sean tus razones.

Accedió no muy conforme.

—Mientras él no la joda, yo no lo joderé.

—Tu hermano no va a joder nada. —Le acaricié la mejilla—. Él no es el monstruo que tú crees.

Puso un dedo sobre mis labios.

—Yo lo dejo tranquilo y tú no me hablas de él, ese es el trato.

No me quedaba de otra que aceptar y eso hice, sellando con un beso nuestro disconforme acuerdo.



—Joder, Abril, ¿tanto te costaba llamarme?

Darío estaba muy cabreado. Me lo había encontrado sentado en el sofá con los ojos clavados en la puerta esperando a que esta se abriese.

—Lo siento de verdad. Ya te he dicho lo que ha pasado. Me he puesto a hablar con Samu y se me ha ido el santo al cielo.

—¿Te has enrollado con él? —preguntó de pronto, consiguiendo que el bochorno escalara hasta mi cara.

Se veía ansioso de más. No era la primera vez que llegaba a casa de madrugada, y ya tenía mis años para que mi hermano siguiera actuando conmigo de un modo tan sobreprotector. Yo era una chica responsable, además de una madre comprometida y ahora también una trabajadora que cumplía con su horario a pesar de no descansar las horas necesarias. Nunca había sido una persona problemática. ¿A qué venía ese cabreo? Y lo más chocante, ¿por qué me hacía una pregunta tan íntima? Él adoraba a Samuel, se había pasado su juventud defendiendo las insensateces temerarias que este cometía y se alegró enormemente cuando supo que había regresado a la Asunción. ¿Por qué entonces me daba la sensación de que no le hacía demasiada gracia la idea de que volviésemos a estar juntos?

—Ya no soy una niña —le espeté—. Lo que haga o deje de hacer con Samu es asunto mío.

Respiró hondo, poniéndose en pie, y se plantó delante de mí.

—Pues si todavía no lo has hecho, hazlo. Y pronto.

—¿Que haga el qué?

No sabía si era por lo cansada que estaba o porque aún me sentía flotar en una nube, pero no lograba pillarle el punto a mi hermano en nada.

—Volver con él —contestó dejándome más descolocada—. Arregla las cosas entre vosotros. Cuéntaselo todo.

—¡No! —grité sin pensar que Rebeca dormía y podía despertarla—. Y

tú tampoco vas a contarle nada, ¿me oyes? —le advertí señalándolo con un dedo—. Nada.

—Él tiene que saber lo que ocurrió, está en su derecho —gruñó con la mandíbula encajada—. Se fue de la barriada sin tener ni puta idea de lo que te había pasado y estoy seguro de que cuando lo sepa no le será indiferente. Lo conozco. Samu es el único que puede mantener las cosas en orden.

—¿Qué cosas?! —inquirí exasperada—. Tú lo has dicho: él se largó sin mirar atrás, perdió todos esos derechos cuando actuó por su cuenta demostrándome lo poco que le importaba.

—Eso no es cierto y lo sabes. Él huyó de los recuerdos atados a este lugar, no de ti. No hay nada más que prestar un poco de atención para darse cuenta de que no ha dejado de quererte. No le cuentes nada si no te ves preparada, pero vuelve con él, por favor.

Me costó que el nudo se deslizara por mi garganta. Mi hermano desconocía lo que había sucedido esa misma noche entre Samuel y yo, y me pedía, casi me suplicaba, que volviera con él. Tal vez pensaba que nuestra conversación había ido mal, que habíamos terminado peor de lo que ya estábamos, si bien la desesperación en el tono de su voz me hacía sospechar que había algo más.

—Dime la verdad, Darío. ¿Por qué esta urgencia? ¿Por qué me pides esto justo ahora?

—Escúchame bien —dijo agarrándome por los hombros—. Aarón ha estado aquí esta noche. Traía la cara descompuesta y se veía acojonado. Tú mejor que nadie sabes lo que le costó salir del agujero en el que estaba. —Asentí como una autómatas—. Pues están volviendo a tentarlo, Abril. Y ha venido a avisarnos.

—¿De qué? ¿Quién lo está tentando?

Sus ojos llamearon de odio y Darío no era de los que odiaban.

—El camello ha vuelto a Las Viviendas de Papel con la intención de recuperar su sitio, de captar de nuevo a su gente.

Abrí la boca y balbuceé algo ininteligible.

—¿Ha-Ha vuelto? ¿Cuándo?!

—Por lo visto lleva aquí unos días, aunque no se ha dejado ver hasta hoy. Aarón tiene a Carol y sé que ella lo atará en corto si lo ve necesario. La que me preocupa eres tú y la obsesión que ese hijo de puta tenía contigo.

—No le tengo miedo. Ya no.

—¿Pero yo sí, joder! No quiero que suceda algo parecido a lo de hace

seis años. Aún no he superado lo que ocurrió, no estoy preparado para pasar por más. Quiero poder dormir tranquilo, Abril, y para que eso sea posible necesito saber que estás con Samuel.

—¡Samu no puede pasarse todo el santo día a mi lado!

Esa no era la solución y necesitaba hacérselo entender.

—Con que se sepa que eres su chica será suficiente, porque ese malnacido del único que se guardó las espaldas de verdad fue de él. Samuel habrá cambiado, no será tan impulsivo como antes, pero todavía se puede oler el peligro en él. Y tú estás más guapa que nunca; no soy ciego y veo cómo te miran los tíos. Por favor, Abril, haz lo imposible para que te proteja.

Mi hermano tenía parte de razón, Sebas era una amenaza de la que tendría que cuidarme, y yo no estaba dispuesta a esconderme toda la vida. Lo bueno era que Samuel y yo ya habíamos arreglado nuestras diferencias.

—Darío —susurré, acunándole la cara—, duerme tranquilo, Samu y yo volvemos a estar juntos.

### *Samuel*

Estaba de vuelta en mi habitación después de haber acompañado a Abril a su casa, recreándome con satisfacción frente al espejo. Me sentía impaciente por que el día despuntara para darles la noticia a mi tío y a Aarón, que dormían ajenos a lo que había pasado entre nosotros. Sabía que Agustín se alegraría inmensamente en cuanto lo supiera, pero con lo que de verdad iba a disfrutar era con la cara que se le quedaría a mi hermano cuando le dijera que ella estaba de nuevo conmigo. Tenía la mente enferma, lo admito, porque ya podía experimentar un placer casi sádico con solo imaginarme cómo podría sentarle aquello.

Contemplando fijamente mi sonrisa diabólica reflejada en el espejo, atrapé un dato que hasta ese momento me había pasado desapercibido.

Fui testigo presencial del radical cambio en las facciones de mi cara y en la tensión de mi cuerpo.

—No puede ser —gruñí viendo cómo mi sonrisa se convertía en una

delgada línea y el júbilo en mis ojos daba paso a una ira fría—. No puede ser, joder —repetí, negando con la cabeza para convencerme. Los dientes me chirriaron de apretar tanto la mandíbula al tiempo que los orificios nasales se me dilataban de rabia—. Hija de puta —siseé al darme cuenta de su engaño.



## 19. Un juego de críos

*Abril*

Llamaron a la puerta cuando estaba recogiendo los platos de la cena, y al abrir y ver que era Samuel, no pude evitar esbozar una amplia sonrisa. El olor a limpio que desprendía me invadió las fosas nasales y aspiré con gusto. Como no lo esperaba, el tenerlo allí con esa camiseta negra que le marcaba el pecho y esos vaqueros desteñidos que le acentuaban los músculos de las piernas, me alegró sobremanera y no le di importancia a que él me encontrara vestida con un pijama desgastado y el cabello recogido de cualquier forma en un moño alto.

—Pasa, Samu. —Me eché a un lado para dejarle espacio.

Sus ojos dorados brillaban más de lo habitual otorgándole a su dura expresión un matiz amenazante.

«Acostúmbrate a sus cambios de humor, siempre los ha tenido», me recordó la vocecilla de aquella niña que lo llegó a conocer tan bien.

Entró al salón sin dirigirme una palabra y se quedó mirando a mi hermano y a Rebeca que dibujaban en la mesita baja situada frente al sofá.

—Qué pasa, tío. —Darío se levantó en cuanto lo vio, se acercó a él y le palmeó el brazo—. ¿Una cerveza?

—Venga —contestó sin más.

Continué recogiendo la mesa y me entretuve en fregar los platos mientras ellos terminaban de beberse la lata. Con el sonido del agua del fregadero no podía escuchar con nitidez de lo que hablaban o, mejor dicho, de lo que hablaba Darío, ya que lo poco que le oía decir a Samu eran monosílabos.

Cerré el grifo, cogí el paño de cocina que estaba sobre la encimera y salí al salón secándome las manos. Mi hermano no se veía por ningún lado, en su lugar se encontraba sentado Samuel, observando con atención el dibujo que coloreaba Rebeca.

—¿Y Darío? —pregunté echando un vistazo al pasillo.

—Ha entrado a cambiarse y a buscar una chaqueta para tu hija.

Me volví hacia él con las cejas alzadas.

—¿Para qué?

—Van a acercarse un rato a casa de Agustín. Mi tío me ha dicho que quería ver a la niña y tu hermano ha accedido a llevarla —me informó sin mirarme, centrado en el dibujo de Rebeca como si se tratara de una obra de arte.

—¿A estas horas?

—Mañana es sábado, da igual que tu hija se acueste un poco más tarde. Y tú y yo tenemos que hablar. A solas.

La frialdad que advertí en su voz, pese a que intentó disimularla, no me pasó desapercibida. Lo notaba bastante tenso y no tenía idea de por qué. Solo esperaba que no fuera algo relacionado con Aarón, porque si no íbamos a tenerla.

—¿Eres el novio de mami? —Ni lo miró al preguntarle, tan entusiasmada como estaba coloreando.

Él dibujó una media sonrisa y le acarició el pelo.

—No, solo somos amigos.

—¿Y por qué?, ¿es qué no te gusta? Mi tío Darío dice que es la cosa más guapa de la Asunción, aunque no sé por qué la llama cosa si mi mami no es una cosa, es una chica, ¿verdad, Samu? —Él asintió.

Sabía que mi hija a sus cinco años no era consciente de que nos ponía en un aprieto con sus inocentes preguntas. O al menos a mí, que sus palabras me afectaron hasta el punto de notarme la cara encendida.

—Tú eres muy guapo —le confesó tan tranquila. Él amplió la sonrisa sin dejar de observarla—. Y me gustan tus ojos de bicho raro. —Rebeca

levantó la cabeza del dibujo para mirarme. Samuel la imitó, clavando sus iris en mí—. Y mi mami también es muy guapa, y muy buena, y la mejor mamá del mundo, y hace los mejores bizcochos, y aunque no tenga los ojos de bicho raro los tiene bonitos, y ahora que tiene más dinero me compra churros. —Se giró hacia él—. Si fueras su novio a ti también te compraría churros. Y si te portaras muy muy bien, chocolate para mojarlos.

—¿Intentas chantajearme? —preguntó haciéndose el sorprendido—. Porque a mí me encantan los churros con chocolate y no sé si me voy a poder resistir, ¿sabes?

Rebeca puso los ojos en blanco y elevó los brazos, dándole a entender que era obvio que por eso lo decía; para ella era inconcebible que el chocolate con churros no gustara a alguien. Yo conocía muy bien esos gestos suyos y no pude evitar reírme.

—¡Pues por eso! Si fueras su novio también comerías churros. Y los churros con chocolate son lo más mejor del mundo mundial.

—Deja que me lo piense, ¿vale? —le propuso él tras soltar una carcajada.

—Vale —aceptó conforme, volviendo al dibujo—. Pero no tardes mucho, porque el cocinero de mi escuela la mira como un bobo y dice mi tío que es porque la ve guapa. Te la puede quitar.

Un músculo palpitó en la mandíbula de Samuel.

—Y... ¿a ti ese cocinero qué te parece?

Ella movió la cabeza dubitativa, pensando qué contestar.

—Sergio no tiene los ojos de bicho raro y por eso no es tan guapo como tú, pero es muy bueno y creo que a mami le gusta un poco.

—Conque a mami le gusta un poco —farfulló—. Entonces ese Sergio está intentando ser su novio, ¿no?

—Eso dice mi tío.

—Gracias por la información —susurró acercándose a su oído.

—De nada. —Volvió la cara hacia él y, bajando el tono de voz para que yo no la escuchase, aunque sí lo hice, le dio un último aviso—. Si no te quieres quedar sin churros date prisa.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Nos vamos? —Darío salió con la chaqueta de punto azul marino de Rebeca colgada de un brazo.

Yo apretaba con fuerza el paño de cocina que tenía en las manos tratando que no se me notara lo molesta que estaba por la conversación que él

acababa de mantener con mi hija.

—Hasta luego, mami.

—Hasta dentro de un rato, cariño. —La abracé, dándole un beso en la cabeza.

Rebeca hizo un gesto de despedida a Samuel con la mano antes de agarrarse a la de Darío.

—No tardamos —me informó mi hermano—. Adiós, Samu.

—Nos vemos, tío.

Los seguí con los ojos hasta que la puerta de la calle se cerró tras ellos. Entonces me volví, señalando con el dedo índice el lugar por donde acababan de irse.

—¿Qué ha sido eso?

Él me miraba intensamente.

—¿Que ha sido el qué?

—Eso —dije agitando el brazo—. Lo que has hablado con ella. No tendrías que haberte puesto a su altura y seguirle el juego —le recriminé enfadada—. No puedes hablar con mi hija de supuestos novios de su madre. No es apropiado.

—Solo son cosas de críos.

—¿Cosas de críos? ¿Acabas de sonsacarle información y me vienes con que son cosas de críos? Lo que pasa es que te ha sentado como un tiro escuchar que Sergio está interesado en mí. Te conozco, Samuel, y tú no has ido con la inocencia de un crío.

Ladeó la cabeza y sus ojos se convirtieron en dos estrechas ranuras.

—¿A ti qué es lo que te jode, que le haya seguido el rollo o que no le haya dicho que desde que anoche su madre se me abrió de piernas somos algo más que amigos?

No sabía si lanzarle una figura a la cabeza por bipolar o echarme a llorar. ¡¿Qué le pasaba?! ¡¿Por qué demonios me hablaba así?!

—¿Es qué te has vuelto loco? ¡¿Tú te estás escuchando?!

Se levantó del sofá y vino hacia mí como un miura, haciéndome retroceder hasta que la espalda me chocó con la pared. Solté el paño de cocina y le planté las manos en el pecho, intentando mantenerlo a distancia.

—Mírame atentamente y dime qué ves.

—Ahora mismo solo veo a alguien a quien no reconozco.

—Error —soltó con rabia. Me agarró por las muñecas, colocándome los brazos por encima de la cabeza, y pegó su cuerpo al mío—. Mírame a los

ojos y dime qué cojones ves.

Lo hice, porque sublevarme contra su fuerza física era algo totalmente absurdo y lo sabía.

—Ira, eso es lo que veo —confesé notándome las lágrimas en el borde de los párpados.

—¿Y qué más? ¿Qué más ves?

Examiné unos segundos esas dos esferas amarillas que me observaban con rencor.

—¿Decepción? —inquirí dubitativa—. ¿Es eso, Samuel? —Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas—. ¿Te he decepcionado? Pero... Pero si anoche me dijiste que no lo estabas.

Sus ojos se oscurecieron. Sujetó mis muñecas con una sola mano mientras la otra comenzó a descender por mi brazo, mi costado, mi cadera, mi muslo... Subió por el interior de este hasta llegar a mi sexo, ahuecó los dedos y empezó a moverlos en círculos por encima de mi pantalón de pijama.

—Y no es tu cuerpo lo que me decepciona, tu cuerpo me pone mucho; tanto, que he estado ciego a otras cosas.

—¿De qué hablas? —balbuceé con la barbilla temblorosa.

—¿Lo notas? —preguntó apartando la mano de mi pelvis para restregarme con fuerza su erección—. ¿Notas cómo se me ha puesto, Abril?

Parecía que verme con los ojos encharcados y la cara húmeda lo excitara.

—¿Qué he hecho para que me humilles así?! —le grité al límite de mi tolerancia—. ¡Dime! ¿Qué narices te he hecho para que me trates de este modo?

No entendía que se comportara de esa manera cuando la noche anterior todo había terminado bien entre nosotros. ¿Qué era lo que había cambiado?

La mirada que me dedicó hacía honor al animal que llevaba dentro.

—No me gusta que jueguen conmigo —siseó entre dientes.

—¡Yo no he jugado contigo! —volví a chillarle.

—¡Eres una maldita embustera! —bramó fuera de sí—. ¡Una maldita mentirosa! —A pesar de que su voz era atronadora vi el brillo vibrante que le cubría los ojos—. Y lo peor de todo es que no puedo odiarte porque te quiero con toda mi alma, joder.

Soltó lentamente mis muñecas y se apartó un poco de mí. Mis manos, una vez libres, volaron a ambos lados de su cara, acunándola entre ellas. Samu no podía estar tan loco, ese comportamiento irracional tenía que estar

motivado por algo.

—¿Por qué dices que soy una mentirosa? —Mis palabras fueron suaves, quería llegar a él.

—¿Cuándo pensabas decírmelo, Abril? —preguntó con la voz rota. Yo negué con la cabeza sin entender—. ¿Cuándo pensabas decirme que Rebeca es hija mía? Y esta vez no se te ocurra mentirme.

Toda la vida que había construido se derrumbó tan rápido que me fallaron las piernas. Él lo sabía. Samuel no tenía dudas sobre ello, simplemente lo sabía.

—No pensaba hacerlo —confesé con sinceridad—. Perdiste ese derecho cuando te marchaste sin decirme nada.

Cerró los párpados con fuerza y apretó la mandíbula, que se tensó bajo mis manos. Tenía el rostro demudado, como si mis palabras le hubiesen resultado sumamente dolorosas.

Entonces estalló y la que cerré los ojos para no verlo fui yo.

—¡Mierda, mierda, mierda! —vociferaba al tiempo que con el puño derecho golpeaba la pared.

No me moví, a pesar de estar temblando, ni aparté las manos de sus mejillas mientras esperaba a que terminara de desahogarse. Porque eso era justo lo que estaba haciendo, descargar su frustración a base de puñetazos. Abrí los ojos cuando estuve segura de que había consumido todas sus energías y que aquel arrebató de furia había finalizado. Apoyaba las palmas de las manos en la pared, a ambos lados de mi cabeza, y su cara estaba situada a tan escasos centímetros de la mía que las facciones de su rostro las veía borrosas.

—Has dejado que pensara que la niña era de mi hermano —continuó algo más sereno—. Has tenido la sangre fría de mirarme a los ojos sin ningún tipo de remordimiento y encima les pediste a todos ellos que no me refirieran nada. Sí, no me pongas esa cara, mi tío ha terminado por confesármelo. —Se aproximó hasta que nuestros labios casi se rozaron—. Pero lo que más me duele es que después de todo lo que te dije anoche, de cómo me abrí a ti... Después de desnudarte mi corazón y repetirte hasta la saciedad lo mucho que te quiero y que no he podido olvidarte, ni por esas tuviste el detalle de contarme lo que por derecho tendría que saber. ¿Qué coño pretendías?, ¿tenerme engañado toda la vida? —Respiró hondo, expulsando lentamente el aire, que impactó contra mi boca—. Los ojos de Rebeca solo han podido salir de dos personas. Tú me exigiste ayer mismo que dejara en paz a mi hermano

aun sabiendo que el hecho de que te hubiese tocado podía conmigo. Y no solo pensaba que te había tocado, ¡es que me lo imaginaba follando contigo y eso me mataba! —bramó—. Como yo me sintiera no significaba nada para ti, ¿verdad, Abril? Yo no significaba una puta mierda mientras tu mentira estuviese a salvo.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no? —Dejó caer la cabeza a un lado—. ¿Acaso te habías planteado comentármelo en algún momento? —Mi silencio le dio la respuesta—. Pero no soy estúpido y a ti se te escapó un detalle. Y no he podido pegar un puto ojo echando cuentas.

—¿A qué?

—¡A su edad, joder! —rugió como una bestia—. Cuando me dijiste que no habías estado con otro desde aquella maldita noche, lo que sentí en el pecho nubló todo lo demás. Pero después de dejarte en tu casa, cuando volví a la de mi tío con la misma ilusión que un niño enamorado, el futuro se mostró en mi cabeza; y claro, en ese futuro estaba «tu hija», como es lógico. Entonces todo empezó a descuadrarme. Te conozco, sé lo enganchada que estabas a mí en aquel tiempo, por eso la posibilidad de que me hubieses puesto los cuernos con mi hermano me pareció absurda. Y si con mi hermano no te habías acostado ni tampoco con ningún otro, ¿de dónde cojones el embarazo? Ahí empecé a sospecharlo, y créeme si te digo que por unos segundos se me paró el corazón, porque no te creía tan rastrera como para ocultarme algo tan importante. Mi jodido cerebro se negó a descansar un segundo, dándole vueltas al tiempo que había transcurrido desde que yo me largué, y si eso fue un dieciséis de agosto y el día de antes fue la última vez que, según tú, habías estado con alguien, llegué a la conclusión de que la niña podría ser mía. A no ser que te hubieses acostado con Aarón después de mi marcha. —Sonrió como un auténtico demonio—. Pero, aunque eso hubiese sucedido, Rebeca nació a primeros de marzo, seis meses y medio después de que yo me fuera. Esta misma mañana le he preguntado a Agustín si tu hija había tenido algún problema al nacer, si había sido prematura. ¿Y sabes lo que me ha dicho lleno de orgullo? Que pesó cerca de cuatro kilos y que se había retrasado una semana de la fecha prevista por los médicos. Eso me llevó a los meses de abril y mayo de aquel año, cuando tú y yo lo hicimos varias veces sin poner medios. La única jodida verdad en todo esto es que no te has acostado con nadie en todos estos años, ¿no es así? No te acostaste con mi hermano ni con ningún otro, pero tú no eres la Virgen María y esa niña

tuvo que hacértela alguien. Y si Aarón no es el padre solo quedo yo, ¿me equivoco?

Ya estaba todo dicho por su parte y me estudiaba como un animal hambriento estudia los movimientos de su presa.

—¿Estás esperando a que diga algo?

—Estoy tratando de entender cómo es posible que, sabiendo como sabías lo mucho que siempre he necesitado una familia y lo que sufrí al perder uno a uno a todos los que quería, me hayas ocultado que Rebeca es sangre de mi sangre. —Me tembló la barbilla de nuevo—. ¿Cómo has podido mirarme a la cara y seguir callándotelo?

—No sabía si estabas preparado para escucharlo —me defendí.

—Perdí a mi hermano cuando cumplí dieciocho y a mis padres al poco tiempo. —Deslizó la punta de su lengua por mi labio inferior—. Luego a mi hermana de la peor manera posible. —En esa ocasión lo succionó—. Perdí las putas ganas de vivir y... ¿tú me vienes con que no sabías si estaba preparado?

—No estabas aquí, Samu. Tampoco es que me dejaras muchas opciones.

Su boca cayó sobre la mía, aunque no eran mis besos lo que Samuel buscaba. Sentí en el labio la fuerza de sus incisivos y gemí hacia dentro por el dolor. La presión cedió en el momento en el que invadió mi boca. Me besó con rabia, dolor y deseo a partes iguales, haciéndome saber cómo se sentía. Pero ese beso furioso se fue tornando cada vez más suave hasta convertirse en una delicada caricia. Samu me estaba dando el mejor beso de mi vida, uno con sabor a despedida, porque tanto él como yo sabíamos que acabábamos de perdernos de nuevo. Para mí sería difícil olvidar cómo me había tratado, en cuanto a él, al ser de los que guardaban rencor, le resultaría prácticamente imposible perdonar lo que le había ocultado.

*Samuel*

Me notaba más irascible que de costumbre y lo estaba pagando con la

maldita tuerca oxidada que fijaba la transmisión con la mangueta delantera derecha. Se me estaba resistiendo y me había empeñado en cambiar el rodamiento del buje antes de que finalizara la jornada, pero parecía un puto estudiante haciendo las prácticas.

Había pasado el fin de semana prácticamente encerrado en mi habitación dándole vueltas a la cabeza y llevaba todo lo que iba de lunes ídem de lo mismo. Estábamos a punto de chapar; la mayoría del personal ya se había marchado, a excepción de un par de mecánicos y de Aarón, que por mucho que me jodiera admitirlo, no estaba de espeso como yo.

—¿Podemos hablar?

Al escuchar su voz apreté el mango de la llave tan fuerte y lo giré con tal violencia que la mierda de tuerca cedió. Por lo menos su jodida visita aportó algo positivo.

—Ahora no, Darío.

No me volví a mirarlo; también estaba furioso con él. ¡Con todos, joder! Ellos lo sabían y habían pasado de decirme nada, como si el hecho de tener una hija fuese algo sin transcendencia alguna.

Podía llegar a entender que él se hubiese mantenido en silencio por su hermana, y también que Aarón no me hubiese dicho una mierda al no considerarse hermano mío. Pero ¿Ángel?... A Ángel iba a reventarlo en cuanto me lo echara a la cara.

—Ahora sí, Samuel. —Habló con tanta calma que cualquiera que nos escuchara pensaría que íbamos a charlar del tiempo atmosférico y no del tiempo que llevaban esos cabrones ocultándome la verdad.

Agachado como estaba, me giré lentamente sobre los talones, con una rabia mayor de la que ya arrastraba, para dejarle claro que hablaríamos cuando a mí me saliera de los cojones y no cuando él quisiera. Esa misma rabia se esfumó en cuanto clavé mis ojos en ella. En Rebeca. En mi hija. Darío la había traído consigo convencido de que delante de la niña no perdería los papeles, cosa que era cierta. Se aseguraba con su presencia de mantener a raya mi escaso autocontrol.

Me puse en pie.

—Muy hábil por tu parte —farfullé sabiendo que me entendería.

Se encogió de hombros despreocupadamente.

—¿Qué querías que hiciera? Sabía que de otro modo sería imposible.

Crucé mis brazos sobre el pecho, arrugando la comisura de los ojos, y él puso los suyos en blanco. Me resultaba curioso que Darío nunca me hubiese

visto como la amenaza que todos creían que era, ni tan siquiera en aquellos momentos en los que sabía que tenía motivos de sobra para estar muy cabreado. Tampoco me juzgaba; jamás lo había hecho, aun estando al corriente de cómo había tratado a Abril el viernes anterior. Porque él estaba al tanto de todo, de lo contrario no se habría plantado en el taller con la cría para hablar conmigo.

—¡Ron! ¡Ron!

Rebeca se soltó de la mano de su tío y salió disparada. Cuando giré la cara estaba colgada del cuello de Aarón. Rechiné los dientes.

—Hola, enana. —Con una gran sonrisa dejó que la niña trepara como un mono hasta situarse a caballo sobre su espalda—. Qué pasa, tío.

Darío se limitó a señalarme con un movimiento de cabeza como si ese simple gesto englobara toda una explicación. Y así debía ser, ya que por el modo que tuvo de proceder mi hermano, no me quedaron muchas dudas de que él también estaba al día de los últimos acontecimientos.

—¿Quieres chocolate, canija? —preguntó a Rebeca mirándola por encima del hombro. Ella asintió entusiasmada—. Pues vamos a la oficina a saquearle a Agustín esa lata de chokolatinas que tiene escondida —dijo llevándosela para dejarnos solos.

Los observé hasta que se perdieron al fondo del taller.

—¿Qué piensas hacer ahora que lo sabes?

«Di que sí, colega, tú directo a la yugular».

Centré mi atención de nuevo en él.

—No tengo ni idea —admití con sinceridad.

—Yo quería decírtelo —bajó la vista al suelo—, pero también entendía por qué mi hermana no quería que lo hiciera. Perdiste esos derechos cuando te largaste y la dejaste tirada.

—No estás siendo justo y lo sabes. Yo no tenía ni puta idea de que estaba embarazada cuando me fui. Volví a este sitio hace casi dos meses, Darío. Dos jodidos meses en los que habéis tenido muchas oportunidades de decírmelo.

—Es cierto —aceptó—, volviste, pero... ¿por cuánto tiempo? Todos sabemos cómo odias esta barriada, al igual que sabíamos que tu estancia aquí tenía los días contados.

—Eso no podíais saberlo —me defendí.

—Por supuesto que sí. Mírame a la cara y dime que regresaste por ella. Dímelo mirándome a los ojos y te creeré.

No pude, maldita sea. No fui capaz de mentirle.

—Cuando vine no pensaba quedarme mucho tiempo —confesé con la voz apagada—, pero la vi de nuevo y... Ya no estoy tan seguro de querer irme.

Un silencio incómodo se instaló entre nosotros.

—Di algo, joder —le grité agobiado.

Darío suspiró con fuerza y se acercó a mí, me agarró por los hombros y los apretó.

—No te largues otra vez, Samu. Te lo pido como un favor personal. No por Rebeca, sino por mi hermana. Ella te necesita a su lado más que nunca.

Solté una risilla amarga al tiempo que negaba con la cabeza.

—Te equivocas, tío. Abril probablemente ya no quiera ni verme.

—No, no quiere. Ni te imaginas lo que ha soltado por su boca este fin de semana. —Sonrió—. Pero incluso aunque se niegue, te insulte y te odie, debes permanecer a su lado.

—¿Y por qué iba yo a arrastrarme cuando ella tiene la culpa de lo que ha pasado?

—¿Tú la quieres, Samu? —Tragué no sin esfuerzo. No quería hablar con él de ciertos temas, y menos cuando ya me había expuesto de más en esos días. Así que no contesté—. Vale, como quieras. —Agachó la cabeza y respiró hondo—. Pues hago un llamamiento a ese sentido de la justicia que siempre has tenido.

—¿De qué coño me hablas?

—De que me da exactamente igual lo que sientas por mi hermana, pero necesito que te mantengas cerca de ella. Muy, muy cerca de ella.

Dejé ir una carcajada.

—¿Se puede saber qué te has fumado? ¿De verdad me estás pidiendo que, aunque ahora mismo no quiera ni verla, me pegue a su culo? —Asintió una sola vez sin mostrar ninguna duda—. ¿Y por qué tendría que hacer eso?

—Porque es la madre de tu hija.

Lo miré furibundo.

—No me toques los huevos, Darío.

—Y porque ella te necesita, a pesar de que no lo crea. Tienes que obligarla a aceptarte de nuevo.

—¿Me estás vacilando?!

Lo que me pedía no tenía ni pies ni cabeza y estaba consiguiendo mosquearme más de lo que ya estaba. ¿Que me mantuviese a su lado después

de haberme mentido con tanta facilidad? ¿Que me arrastrara como un perro para que volviese a aceptarme? ¡Mis cojones!

—Ni de coña. —Mi negativa fue rotunda—. No tengo ningún motivo para ceder ante ella.

—Sí que lo tienes, capullo —me soltó con un claro tizne de lástima—. Lo que pasa es que aún lo desconoces.

—Y tú no vas a decírmelo, ¿verdad?

Apreté los puños con fuerza y di un paso al frente.

—¿Qué coño pasa aquí?

La voz de Aarón se escuchó a nuestra derecha.

—Piérdete, gilipollas —gruñí sin molestarme en mirarlo, con toda mi rabia concentrada en Darío.

Unos golpecitos en mi muslo me hicieron mirar hacia abajo.

—¡No le hables así a Ron, ¿me oyes?! ¡Nunca, nunca, nunca!

Rebeca me golpeaba la pierna con sus diminutos puños, muy enfadada, con la misma expresión en la cara que normalmente exhibía yo.

—¡Eh, eh, enana! —Aarón la agarró de los brazos y la apartó de mí.

Lo que hizo a continuación me dejó congelado.

Me pasó un brazo por los hombros como si fuésemos los mejores amigos del mundo.

—Mira, renacuaja —le dijo mostrando una amplia sonrisa—, en el fondo mi hermano me quiere mogollón.

—¿Es tu hermano?! —Sus preciosos ojos se abrieron desmesuradamente a la vez que me señalaba con su pequeño dedo.

—Desde luego, ¿no ves cómo nos parecemos? —Tuvo las pelotas de cogerme con la mano libre la cara. Al sentir sus dedos apretando mis mejillas como si fueran pinzas, acercándome a él para que así Rebeca nos pudiera comparar mejor, me dieron ganas de partírle todos ellos—. Samuel es mi hermano pequeño, aunque a veces se comporte como un auténtico capullo...

—¡Aarón! —lo reprendió Darío.

—... pero por regla general es un tío guay—concluyó pasando de él.

—¿También es hermano de Rebeca?

Su sonrisa se transformó en una mueca tensa.

—Sí, también.

Yo me mantuve en silencio absorbiéndolo todo: el contacto tan cercano de Aarón hormigueándome en la piel, la ingenuidad en la cara de la niña al enterarse de que nosotros éramos hermanos, la tristeza que cubrió los ojos de

Darío cuando esta nombró a Rebeca y el doloroso pinchazo en mi pecho al ser consciente de que a mi hija le habían hablado de mi hermana, pero no de mí.

Ella no tenía ni idea de quién era yo y por lo tanto defendía a aquellos que consideraba su familia, a los que quería. Tan solo era un extraño para mi hija, alguien que no había sido nombrado ni de pasada.

—¿Y yo qué soy, Ron?

—Tú eres mi enana preferida, ya lo sabes.

—No. —Negó repetidamente haciendo que las coletas oscuras se mecieran—. Yo tengo los ojos amarillos, ¿también soy vuestra hermana?

—Bueno... —Él se rascó la cabeza como siempre que se ponía nervioso, al igual que Agustín, al igual que nuestro difunto padre—. No exactamente.

—Vamos, Rebeca. —Darío la cogió de la mano, poniendo fin a la conversación—. Tenemos que irnos o tu madre nos castigará.

Y sin despedirse siquiera, se dio la vuelta y salió del taller.

Giré la cabeza; el brazo de Aarón aún estaba sobre mis hombros.

—Ahora vas a pegarme, ¿verdad? —Aarón tenía la vista fija en las puertas del taller y una sonrisa torcida puesta en la cara.

Me sacudí, desprendiéndome de su brazo.

—¿Por qué cojones has salido en mi defensa?

—¡Oh!, de nada, Samuel, no ha tenido importancia.

—No me jodas y dime por qué lo has hecho.

Se puso serio y me miró de arriba abajo.

—Porque no quiero que te odie. No por ti, no te ilusiones. Cómo tú te sientas me importa una mierda. Lo hago por ella, por no verla triste cada vez que te tenga delante.

—¿Por qué no me lo dijiste?

El cuerpo me había pegado un bajón y me notaba desubicado. Ya no tenía fuerzas ni para gritarle.

—¿Acaso me habrías creído?

—Quién sabe.

—No me hagas reír. —Se metió las manos en los bolsillos del mono y me dio la espalda dirigiéndose a la salida—. Tú nunca te has molestado en escucharme, ¿por qué habría sido distinto esta vez?

Casi había llegado a las cocheras cuando se volvió de nuevo. No me había dado cuenta hasta ese momento de que el taller estaba desierto.

—A mí nunca me has escuchado, pero hazte un favor y escucha a Darío. Mantente cerca de Abril.

—Suéltalo. —Al contrario que mi tono, que había sido bastante áspero, mi mirada era suplicante—. Por favor, joder, suéltalo.

—No puedo decírtelo, tío.

—¿Ella te ha pedido que no lo hagas?

—Ella no me ha pedido una mierda porque no se le ha pasado por la cabeza que tú y yo pudiésemos hablar como personas civilizadas.

—Entonces... ¿por qué no lo dices de una vez?

—Porque si lo hago también te tendré sobre mi conciencia, y ya llevo demasiado a mis espaldas.

—¿Qué insinúas?, ¿que lo que sabes puede hacer que me busque la ruina?

Hizo una mueca extraña, de esas que le hacían parecer un crío a pesar de los treinta y un años que tenía.

—Más o menos. Tú sigues estando como una puta cabra; actúas sin pensar, sin preguntar primero. —Se llevó una mano a la nariz y se la palpó—. Si te lo dijera, no razonarías y mañana podrías estar entre rejas. Me volverías a golpear, sin antes recopilar toda la información, y Abril dejaría de hablarme de nuevo. No me merece la pena.

—Eso son gilipollecas. ¿Por qué no hablas claro de una maldita vez?

—Tú eres el que tiene que hablar, idiota, pero no conmigo. Ve a buscarla y pídele que te cuente todo. —Suspiró mirándome fijamente—. Hazme caso por una vez en la vida. Y cuando lo sepas, no te comportes como un tarado y piénsate las cosas fríamente antes de actuar. Y protégela, Samuel, sobre todo protege a Abril.

Se giró y se fue a paso ligero, dejándome con la palabra en la boca y totalmente descolocado.

Continué trabajando en aquel coche durante un par de horas más, intentando concentrarme en lo que estaba haciendo. Me fue imposible. Darío había venido a ponerme en antecedentes sobre algo que le podría pasar a su hermana y las palabras de Aarón, aunque dichas de otro modo, significaban lo mismo. Por más que me comía la cabeza no tenía ni puta idea de qué iba ese peligro al cual se referían: no había datos en sus conversaciones ni una mínima explicación de nada, solo un aviso y ahora también un temor que no me dejaría pegar ojo.

Me había jurado a mí mismo pasar de ella, endurecer de nuevo mi

corazón hasta que volviera a convertirse en piedra; sin embargo, por mucho que me jodiera reconocerlo, nada de lo que tuviera que ver con su persona me era indiferente, menos cuando ahora tenía la mosca detrás de la oreja por culpa de esos dos cabrones. Tendría que bajarme los pantalones y acercarme otra vez, porque si Abril me necesitaba tanto como ellos habían insinuado, ese juramento no valía una mierda, ya que a pesar de todo el daño que me había hecho seguía siendo lo más importante de mi vida.



## 20. Un puñado de sueños rotos

*Samuel*

Me tenían todos hasta la polla.

Habían pasado dos semanas desde la noche que perdí los papeles con Abril. Dos malditas semanas en las que había tenido tiempo suficiente para recapacitar sobre mi comportamiento y en las que cada día me había ido sintiendo peor y más arrepentido. Dos putas semanas en las cuales, en tres ocasiones, había intentado acercarme a ella para disculparme sin que me lo permitiera. Me odiaba, joder, y en el fondo sabía que le había dado motivos, que yo me había buscado ese rechazo al haberme pasado de la raya. Abril no mentía cuando me dijo que ya no era aquella niña que seguía a ciegas todo lo que a mí me salía de las pelotas y, en los tres intentos que hice por arreglarlo, me había quedado más que claro que a quien tenía que plantarle cara ahora era a una mujer con mucho coraje y un carácter de la hostia.

Al día siguiente de que Aarón, Darío y yo tuviésemos aquel sinsentido de conversación la vi andando por la calle cuando me dirigía a casa de Agustín tras terminar mi jornada en el taller. Ella cargaba con unas bolsas de la compra y, para hacerle ver que estaba arrepentido de cómo la había tratado, me ofrecí a ayudarla. No solo no me lo permitió, sino que me atizó con una

de ellas en la cabeza —justo la que contenía dos putas lasañas congeladas más duras que las piedras— cuando quise disculparme, dejándome como recuerdo un chichón del tamaño de la Asunción sobre la ceja derecha.

A los días de aquella fallida toma de contacto, cuando el enorme bulto en mi frente había bajado y el color verdoso que corresponde a la última etapa de un hematoma iba sustituyendo al morado, intenté de nuevo limar asperezas. Llamé a la puerta de su casa con la esperanza de que abriese Darío, esperanza que se esfumó en el momento que me encontré con sus gélidos ojos azules. Le pedí perdón sin molestarme en darle las buenas noches primero, aunque esa vez iba preparado y retrocedí a tiempo de que la puerta me rompiera las narices. Me fui soltando por la boca todas las maldiciones que se me vinieron a la cabeza, desahogándome de aquella forma para evitar la tentación de aporrear su puerta hasta echarla abajo.

Transcurrió casi una semana desde mi segundo intento cuando me planté en la puerta del colegio a las cinco de la tarde para interceptarla a la salida. Sabía que si iba con Rebeca no se dejaría llevar por la rabia y guardaría las formas, lo que no me esperaba era que al verme le pidiera al puto «cocinillas» de los cojones que la llevara a casa en coche. Cuando vi cómo él sonreía con cara de gilipollas y le abría la puerta del copiloto como si fuera un caballero de alta cuna en lugar de un matado como todos los que vivíamos en la Asunción, me llevaron los demonios. Sentí celos, joder. Unos celos bestiales que nunca había sentido. Los observé hasta que se perdieron en la distancia y después golpeé con el puño el muro de piedra que rodeaba el colegio, destrozándome los nudillos.

En esas dos semanas también noté cierto desapego por parte de Darío que, más que molestarme, me dolió. Ni todos los problemas del pasado ni la distancia ni los años de ausencia habían podido con nuestra amistad. ¿Qué coño le ocurría para querer cortar unos lazos que siempre habían sido más fuertes que los de la propia sangre? Yo estaba seguro de que no era porque se me hubiese ido la olla con su hermana, de lo contrario, al lunes siguiente de que yo la cagase no se habría presentado en el taller tan aparentemente tranquilo. Se trataba de otra cosa, de esa petición que me había hecho y que esperaba que cumpliera. Pero ¿qué se suponía que tenía que cumplir, joder? ¿Cómo dar el siguiente paso si no tenía ni idea de qué dirección tomar?

Aunque lo que peor llevaba era la jodida conducta complaciente que Aarón tenía conmigo. Me había esforzado durante años en mantenerlo lo más lejos posible de mí y esos días había sucedido todo lo contrario. Sus intentos

de dialogar fueron muchos; no de nada serio, sino más bien de cosas banales, como si en el fondo le diese pena de verme tan solo. Y ese servilismo que mostraba me incomodaba. Y me jodía. Mucho.

Tampoco había podido localizar a Ángel en ese tiempo para que me aclarara algo de toda aquella mierda que no lograba entender. El muy listo se habría olido que en cuanto me lo echara a la cara intentaría arrancarle la cabeza y estaría evitando a toda costa un encontronazo entre nosotros. Si era así, motivos no le faltaban, eso desde luego, ya que él, que nunca había tenido un jodido filtro en el cerebro donde quedasen atrapadas la mitad de las frases que soltaba por su boca, la noche en la que golpeé a mi hermano pensando que le estaba poniendo los cuernos a Abril con Carol y le pregunté por la cría, en lugar de hacer gala de esa lengua que normalmente exhibía, lo único que dijo fue que ese tema era otro cantar. Y ya está. Solo esa mierda. ¡Yo no era adivino, joder! Me había tirado los últimos años fuera sin saber nada de lo que en Las Viviendas de Papel había pasado. Pero ahora que él sabía que estaba al tanto de mi paternidad no era de extrañar que no se dejara ver el pelo por miedo a quedarse calvo.

Así que estaba hasta los huevos de devanarme los sesos intentando comprender frases dichas a medias, de cerrar los ojos por las noches tan solo un par de horas y de comportarme como el tío disciplinado que no era. Llevaba así dos malditas semanas, aligerando el constante dolor en mi cabeza a base de pastillas y la falta de descanso a fuerza de cafés. Intentado disculparme por algo que yo no había provocado y soportando las miradas despectivas de Carol. Pues hasta ahí, joder. Hasta ahí mi puta paciencia. Si yo no les importaba, menos que nada me importaban ellos a mí. O eso quise creer hasta esa misma mañana.

—¿Qué te ocurre, Agustín?

Mi tío estaba sentado a la mesa de la cocina con los ojos fuertemente cerrados masajeándose las sienes con los dedos.

—No te preocupes, muchacho, solo es una migraña.

Mi fijé en su desayuno y comprobé que estaba intacto. Cuando le daban aquellos dolores no era capaz de echarse nada a la boca a causa de las náuseas.

—Venga, intenta comer un poco para que la pastilla no te caiga mal en el estómago y métete en la cama.

—Tengo que ir a la plaza.

Agustín se acercaba todos los sábados a la plaza de abastos y al súper a

hacer la compra semanal, ya que los días de diario apenas tenía tiempo de escaparse dos minutos del taller.

—Déjalo de mi cuenta. ¿Tienes la lista? —Asintió sin abrir los ojos—. Dámela, yo me encargo.

Había conseguido que se tomara el café con leche y media tostada antes de meterse la pastilla. Lo dejé acostado en su cama y me fui a hacer la compra.

Mi tío era una persona de lo más previsora, de las que no dejaban nada al azar. Lo demostraba día a día en la manera casi obsesiva de llevar su negocio y ahora lo confirmaba la lista que sujetaba entre mis manos. Todo estaba especificado al mínimo detalle para que durante los siete siguientes días no faltara un solo alimento en nuestro hogar; más teniendo en cuenta que tanto Aarón como yo comíamos como pupas vivas. Tendría que dar dos viajes al menos: primero a la plaza y después al súper.

Mientras iba de camino volví a leer aquel trozo de papel tan bien detallado: verduras, frutas, embutidos, carne... Ahí me detuve, sintiendo una especie de escalofrío subirme por la columna. Sabía que Agustín mantenía contacto con el Carnicero, que lo veía a menudo cuando visitaba el bar para echar sus partidas y que, aunque su relación con él no era estrecha, sí se podría describir como cordial. Mi tío conocía lo que ese hombre había hecho a Darío y a su difunta madre en el pasado, pero él no era de los que le negaba la palabra a nadie por muy en desacuerdo que estuviese con el comportamiento de algunos. La prueba de ello la tenía en mí mismo, que por muy mal que hiciera las cosas o por mucho que me equivocara, sus palabras nunca eran recriminatorias y lo más que hacía era darme algún que otro consejo. Agustín no se metía en la vida de nadie, aún menos si ese alguien no era parte de su familia. Él se limitaba a observar cómo el tiempo ponía a cada cual en el lugar que se merecía.

Una palabra de una larga lista no tendría que haberme mosqueado de no ser por el estado de alerta en el que me habían puesto Darío y mi hermano. *Hago un llamamiento a ese sentido de la justicia que siempre has tenido*, había dicho mi amigo. *Protégela, Samuel, sobre todo protege a Abril*, me había pedido Aarón. Justo en ese momento comencé a tener una leve sospecha de a qué podían referirse. Si aquel hijo de puta la había molestado, aunque fuese con una simple mirada, iba a saber cómo me las gastaba y las dos palizas que le di en el pasado no iban a tener comparación con la que le daría ahora.

La carnicería estaba a reventar de gente, al igual que los demás puestos de la plaza. Las mesas de los pescaderos, verduleros y fruteros no se veían de la cantidad de personas que las rodeaban, y en las barracas de las carnes, fiambres, encurtidos y congelados pasaba tres cuartos de lo mismo. Pedí mi turno y esperé pacientemente a que me tocara la vez.

Por cómo las arrugas de alrededor de sus ojos se hicieron más visibles, supe que mi presencia en su carnicería no le gustaba. No sabía cómo entrarle para averiguar si él tenía algo que ver con ese supuesto peligro del que Aarón y Darío me habían puesto sobre aviso. Al final, tras pedirle lo que Agustín había escrito en la lista, lo hice del único modo que sabía hacerlo: directamente y con advertencia de por medio. Me sorprendió el desconocimiento que tenía acerca de la niña; ahora, que más sorprendido se quedó él cuando le di a conocer la verdad.

—¿Recuerdas lo que pasó la última vez que cometiste el error de cruzarte en mi camino? —No me anduve por las ramas, sabía que aquella pregunta no dejaba lugar a dudas—. Pues si me entero de que la miras, te acercas a ella o le hablas, esta vez te juro que ni tu hijo, al que respeto enormemente, me detendrá.

Afilaba el hacha con destreza intentando intimidarme, pero ese desgraciado solo tenía cojones para plantarles cara a los que consideraba más débiles que él, y yo no lo era.

Cuando tuve la certeza de que me había entendido y me daba la vuelta para largarme, a pesar del bullicio en el que estaba envuelta la plaza a esas horas de la mañana, llegó a mis oídos lo que escupió su boca.

—Te mereces que esa puta te engañara con tu hermano.

En un segundo había soltado las bolsas, me había girado y lo tenía agarrado por las solapas de la camisa con mi cara pegada a la suya por encima de los expositores de la carne.

—Escúchame bien, Robles, porque solo te lo voy a decir una vez. Si te atreves a volver a insultarla te despellejo como a uno de esos conejos que vendes. —Advertí cómo la repulsa que desprendían sus ojos hacia mí se transformaba en temor. De eso me aproveché y lo zarandeeé con energía—. Nunca te han importado tus hijos, así que no me extraña que no tengas ni puta idea de nada. Por esa razón te vas a librar de que te reviente aquí mismo delante de toda esta gente —le hablaba con los dientes apretados, rozando mi nariz con la suya para que solo él pudiera escucharme—. Ella nunca me engañó con mi hermano, ¿lo entiendes? —Sabía que los clientes que

esperaban a ser atendidos nos miraban con curiosidad, pero no iba a darle a las gentes de la Asunción un motivo más para que hablaran de Abril. Me sudaba la polla si pensaban que Rebeca era hija de mi hermano, yo sabía la verdad y con eso me bastaba. Aunque iba a hacer que a él también le quedara claro—. ¿Lo entiendes, hijo de puta? ¿Entiendes lo que significan mis palabras?

Asintió un par de veces con los ojos abiertos por la sorpresa. Sí, el Carnicero me había entendido. Lo solté, dándole un empujón, para evitar hacer algo de lo que seguramente después me arrepentiría. Recogí mis bolsas y estrujé las asas de plástico con los puños al pasar entre las personas que se aglomeraban allí, sintiendo sus miradas clavadas en mi nuca.

¡Ella no me la había pegado con Aarón, joder! La sangre me hervía solo con la idea de que la mayor parte de la barriada pensara lo mismo que hasta ese momento había creído el Robles y la hubiesen juzgado durante años injustamente. Dolía, maldita sea. Dolía como una herida abierta porque Abril no se merecía que nadie dudara de ella. Y dolía más intensamente porque yo había sido el primero en juzgarla por eso.



Aarón acababa de salir por la puerta con Carol, iban a ver no sé qué mierda de película con Marta y el desaparecido Ángel. Entonces se me ocurrió. Mi tío se encontraba bastante mejor que por la mañana y a él recurrí sabiendo de antemano que no me fallaría.

—Agustín, necesito que me hagas un favor.



Tomé dos profundas inspiraciones antes de abrir.

—Hola, nena.

Sus ojos se agrandaron al dirigirme a ella de esa manera. Al segundo desvió la mirada al interior de la casa aparentando indiferencia.

—Tu tío me ha pedido que venga a recoger unos monos de trabajo para zurcirles varias roturas. Necesita que estén listos para el lunes.

Yo ya sabía para qué la había llamado Agustín.

Ciertamente nuestros uniformes necesitaban de algunos remiendos, aunque no era tanta la urgencia como él le había hecho creer.

La repasé de pies a cabeza sin ningún disimulo. Llevaba el cabello recogido en una coleta alta que le dejaba el cuello totalmente expuesto, unos sencillos vaqueros y un jersey de lana fino en azul marino que le quedaba demasiado grande. No iba maquillada y para cualquier otro su aspecto podría resultar poco atractivo, pero no para mí. A mí ella me ponía duro como el cemento sin hacer ningún esfuerzo.

—¡Qué! ¿Te piensas quedar ahí como un pasmarote o me vas a dejar pasar para que tu tío pueda darme esos monos?

Las comisuras de mis labios tiraron hacia arriba y Abril me fulminó con la mirada.

Con el pomo de la puerta fuertemente agarrado, me hice a un lado dejándole paso. Cerré sin dejar de observarla y ladeé la cabeza ligeramente a la izquierda, disfrutando del movimiento de sus caderas mientras se dirigía al salón.

Echó un vistazo a su alrededor antes de volverse.

—¿Dónde está tu tío? —preguntó con un toque de inseguridad en la voz.

—Ha salido un momento, no tardará en volver.

No me moví ni un centímetro, preparado para lo que sabía que vendría a continuación.

—Vale. —Soltó el aire por la boca. ¡Joder, esa boca!—. Dile que mañana por la mañana me paso y que no se preocupe que se los tendré listos por la tarde.

Avanzó con la vista clavada en la puerta, sin mirarme. Yo continuaba inmóvil al lado de esta, contando mentalmente cada paso vacilante que la acercaba a mí. Y no me conocía una mierda si pensaba que iba a moverme, que iba a dejarla que se fuera.

Agarró el pomo, lo giró y tiró de él. Una línea azulada que provenía de las farolas de la calle se filtró por la estrecha rendija, alargándose hacia el interior. Me coloqué a su espalda, apoyé las palmas de las manos en la hoja de madera, a ambos lados de su cabeza, y la puerta se cerró con un golpe seco. Oí el sonido que reprodujo su garganta al tragar antes de que intentara abrirla de nuevo. Volví a empujar, aplastando mi pecho contra su espalda y fijando los ojos en su nuca.

—Déjame salir, Samuel —me exigió tratando de que la voz no le

temblara.

¡Dios!, cómo me apetecía rodearle la cintura y besarle esa vena que palpitaba a un lado de su cuello. Incliné la cabeza hacia adelante e inspiré profundamente, rozándole la oreja con mi nariz.

—¿Qué-Qué haces?

—Te huelo —le susurré al oído, dejando que el aire que salía de mi boca la acariciara, sin atreverme a ir más allá.

—¿Y a qué huelo? —preguntó secamente—. ¿A miedo? Pues no te excites porque no te lo tengo.

—Hueles a ti, Abril —la corté—. A primavera, como indica tu nombre. A todo lo que necesito desde que abro los ojos hasta que los cierro de nuevo. Hueles a lo único que deseo tener en esta vida.

Respiró de forma entrecortada y se giró lentamente rozándose contra mi cuerpo, que la mantenía enjaulada. Alzó la cara hasta encontrar mis ojos; los suyos estaban vidriosos y vibraban, y eran jodidamente bellos.

—No puedes tratarme como a una mierda y después creer que puedo perdonártelo todo por cuatro frases bonitas que ni siquiera sé si sientes de verdad. El cariño hacia alguien se demuestra con actos, y los tuyos dejan mucho que desear.

—Lo sé, nena —admití con la voz ronca—. Te juro que lo sé y que intento cambiar eso. —La miré fijamente, acercándome un poco más a su boca—. Tú siempre has sacado lo mejor de mí... pero también lo peor. Estoy loco por ti desde que tenías catorce años. ¡Diez años, Abril! Diez años en los que no has salido ni un jodido día de mi cabeza.

—¿Estás insinuando que yo tengo la culpa de que a veces actúes como un cavernícola?

Reí dejando caer la cabeza, negando al tiempo, hasta que me toqué el pecho con la barbilla.

—No, tú no tienes la culpa de nada. —Sin perder la sonrisa la miré de nuevo—. Tú solo eres el interruptor. El pistoletazo de salida tanto para lo bueno como para lo malo. Porque contigo me esfuerzo en ser mejor de lo que soy y a la vez soy incapaz de no mostrar lo peor de mí mismo.

—Samu —musitó con tristeza—, eres muy complicado. Siempre consigues llevarme al límite. No puedo decirte que lo que siento por ti no signifique nada, porque me estaría engañando. —Suspiró—. Pero lo que yo necesito es a alguien que me transmita seguridad, que me dé la tranquilidad que en ciertos momentos me falta y que no estalle como una bomba a la

mínima complicación. Te amo, Samuel, pero tú no eres el hombre que quiero tener a mi lado... Ni al lado de mi hija.

Apreté la mandíbula, agachándome hasta que mi cara estuvo al mismo nivel de la suya.

—De nuestra hija, querrás decir. —Mi tono ya no era tan amigable, a pesar de mis esfuerzos—. Ella también es algo mío, no se te olvide.

—¿Cómo podría olvidarme cuando cada vez que miro sus ojos te veo a ti?

Me dejé caer hasta rozar su boca.

—Por favor, por favor, por favor, no lo hagas —pidió suplicante con los párpados apretados fuertemente.

Y no lo hice. Impulsándome hacia atrás con los brazos, me aparté de ella.

Cuando abrió los ojos pude ver en ellos gratitud. Me limité a asentir y le señalé con un movimiento de cabeza el sofá. Lo miró y luego a mí, repitiendo ese gesto varias veces con la duda de si sentarse como le pedía o darse la vuelta y largarse.

—Por favor, Abril, solo quiero hablar. Tengo un montón de preguntas sin respuestas.

—Rebeca me espera para que le prepare la cena.

—Darío puede encargarse de eso, llámalo. —Sentí rabia al comprobar que no se movía—. Tengo derecho a saber, maldita sea. ¿Tanto te cuesta dedicarme un poco de tu tiempo para que esta puta incertidumbre desaparezca?

Guió sus pasos hasta el sofá y se sentó con la espalda completamente recta y las manos unidas sobre los muslos. Miré el espacio libre que había a su lado y terminé descartando la idea de sentarme junto a ella. No quería ponerla más nerviosa con mi cercanía y a simple vista se notaba que ya lo estaba mucho.

Arrastré una de las sillas que rodeaban la mesa ovalada de comedor situándola frente a ella, la giré para que el respaldo quedara hacia adelante y actuara a modo de parapeto entre nosotros, abrí las piernas y me dejé caer en el asiento. Pegué el pecho al tapizado y apoyé los antebrazos en la madera superior, descansando mi barbilla en ellos. Sin embargo, mientras yo adoptaba esa postura aparentemente relajada, ella parecía tener metido un palo de fregona por el trasero.

—Joder, Abril, relájate, que no voy a saltarte encima.

Intentó acomodarse cruzando las piernas y dejando que su espalda rozara el mullido respaldo del sofá, aunque a mí me seguía pareciendo que su pose era forzada. Chasqueé la lengua al cabo de unos segundos viendo que continuaba retorciéndose los dedos.

—Para de una maldi...

—Empecé a sospecharlo a finales de junio —me interrumpió—. Tenía pensado acudir al ambulatorio a informarme sobre la píldora y cuando al fin me decidí a hacer frente a las preguntas que sin duda me haría mi médica, ya fue demasiado tarde. —Hablaba del embarazo—. Todo nos iba muy bien por aquella época y me dio miedo decírtelo, así que guardé silencio esperando el momento apropiado para comunicarte que ibas a ser padre. Pero ese momento no llegó. —Suspiró con pesar—. ¿Sabes, Samu? Estaba tan enamorada de ti que no quería que nada estropeará lo que teníamos y temía que cuando lo supieras lo que sentías por mí cambiara.

—Lo que sentía por ti no hubiese cambiado. Debiste decírmelo nada más saberlo.

—Acababa de cumplir dieciocho años —se justificó—. Tú sabes mejor que nadie que mi vida nunca fue fácil, ¿cómo iba a arriesgarme a perder lo único bueno que había en ella? —Sus ojos expresaban tanta tristeza que por primera vez me arrepentí de verdad de haberme marchado—. Ahora sé que me equivoqué al tomar aquella decisión, que debí decírtelo aun a riesgo de perderte. Pero ya es inútil darle vueltas a cómo podría haber sido todo entre nosotros de haber actuado correctamente. El caso es que la noche... —Tragó saliva y parpadeó repetidamente—. La noche que ocurrió lo de Rebeca, cuando fui consciente de lo que pasaba en el claro, no lo soporté. Había ocurrido algo... algo... Y te vi a ti destrozado... Y a Darío... Y después la vi a ella... ¡Oh, Dios! —Se cubrió la cara con las manos incapaz de contener por más tiempo la pena.

Permanecí en silencio, escuchándola sollozar, luchando por tragarme el puto nudo que se me había formado en la garganta mientras mi cabeza revivía las imágenes de aquella maldita noche.

Mantuve la distancia para evitar que sus turbulentos ojos me atraparan del mismo modo que siempre lo hacían cuando las lágrimas los cubrían. No hice por abrazarla porque estaba a un paso de romperme del mismo modo que se había roto ella. No quería sentir una puta mierda de lo que estaba sintiendo, pero es que no había consuelo posible, joder. No lo había. Solo podía esperar a que se calmara, a calmarme también yo. Dejar que los

minutos transcurrieran hasta que el recuerdo de las hogueras quisiera regresar al rincón de nuestras mentes al que pertenecía.

Se limpió las mejillas con el dorso de la mano y clavó la vista en sus piernas.

—Al despertarme me encontré en el hospital. Carol me acompañaba. Ella fue la primera en enterarse de que estaba embarazada, ya que los médicos me habían examinado mientras estuve inconsciente.

—¿Cómo que mientras estuviste inconsciente?! —Mi corazón se saltó un latido.

—Me desplomé en el claro cuando no pude soportar la presión. Y allí fue donde los paramédicos me encontraron.

Ese dato lo desconocía, pero es que aquella maldita noche me cerré en banda a todo lo que sucedía a mi alrededor, centrado únicamente en mi hermana. Hasta que Abril no lo dijo no supe que, cuando nos trasladamos al hospital, ni ella ni la pelirroja nos acompañaban.

—¡Joder, joder, joder! Tenía que haber estado pendiente de ti. Lo siento, nena. Lo siento tanto. —La voz me salió estrangulada.

Alzó la cabeza y me miró.

—No te hagas esto, Samu. —La barbilla le temblaba—. Tú estabas donde tenías que estar. Al lado de ella.

—Por ella ya no se podía hacer nada, Abril, en cambio tú me necesitabas.

—Yo cuando te necesité fue después y tú ya te habías ido. —Fijé la mirada en sus pies, no pude sostenérsela—. Fui a buscarte al día siguiente, Samuel. Fui porque quería contártelo todo y tú te habías marchado esa misma mañana sin despedirte de mí. Nos culpabas a todos por lo que le pasó a tu hermana: a la barriada, a Agustín... Incluso a mí, que no había estado presente en el claro cuando todo sucedió. Te fuiste por eso, porque no podías mirarnos a la cara después de lo ocurrido.

—No es así, joder —me lamenté, negando con la cabeza.

—¡Sí lo es! ¡Cargaste las culpas en las gentes de este lugar! —gritó—. Cargaste la culpa en mí. Y eso me destrozó.

Me levanté bruscamente, volcando la silla, y me agaché para coger su cara entre mis manos.

—Yo jamás te culpé por nada. —Era la jodida verdad—. Yo te quería, nena. Tú has sido lo único que me ha mantenido en pie todos estos años. Si me fui, fue porque me culpaba a mí mismo de todo. Tan grande era la culpa

que sentía que, de haberme quedado, habría hecho de tu vida un infierno. Aún no he podido perdonarme el no estar allí, el no haber estado a su lado cuando más me necesitó. Y creo que nunca podré hacerlo.

—Darío tampoco puede perdonárselo. Él también te necesitaba a su lado.

Sus palabras dolían como una puñalada ahondando en la carne, pero yo le había pedido sinceridad y eso era lo que ella me estaba dando.

Observé cómo elevaba las manos y posaba los pulgares bajo mis párpados, arrastrándolos desde el lagrimal hacia afuera. Acababa de romperme. Después de casi seis años, el dolor había terminado por salir al exterior mostrándole hasta qué punto me sentía vulnerable. Había sabido ocultar mi fragilidad a los demás, pero no podía ocultársela a Abril. No a ella, porque mi dolor en cierto modo le pertenecía.

Secó con suavidad mis lágrimas y me abrazó con fuerza. Terminé sentado en el sofá con ella en mi regazo, rodeándole la cintura con tanta necesidad que me dolía. Ese abrazo silencioso logró mitigar de alguna forma la pena por todas aquellas palabras que nunca tuvimos oportunidad de decirnos, por todos los momentos del pasado que debimos haber compartido y no pudimos, y por todos los anhelos que la distancia y el tiempo no habían podido borrar. Gracias al calor que me proporcionaba su cuerpo pude relajarme. Y así, con su cara apoyada en mi pecho, me desgranó con todo detalle lo que había supuesto Rebeca en su vida. A través de sus palabras supe cómo se sintió la primera vez que le vio los ojos a nuestra hija, por qué razón decidió llamarla como a mi hermana y cómo había sido su día a día a partir del nacimiento. También me explicó el modo que tuvo Aarón de hacerse un hueco en sus vidas y que Darío, aunque había mantenido relaciones esporádicas con varias chicas, no había conseguido enamorarse de nuevo.

Conocer la verdad dolía como mil llagas en carne viva. Dolía saber que el que consideraba como un hermano quizá jamás volviera a sentir por nadie lo que sintió por Rebeca y él no se merecía estar atado toda la vida a un recuerdo. Dolía admitir que Aarón no se había rendido como hice yo, que había sido perseverante a pesar de las negativas hasta hacerse un sitio entre ellos, y que ahora lo admiraban y querían. Me jodía reconocer que de algún modo se había ganado ese cariño. Sin embargo, lo que más daño me hacía era haberme perdido los primeros años de la vida de mi hija, que me llegaron en forma de cuento a través de los labios de su madre.

En el fondo, todos nosotros habíamos sido víctimas del mismo destino que, con su juego macabro, había propiciado la unión de unos y el distanciamiento de otros. Un destino que había hecho añicos los sueños de unos adolescentes y que siempre nos perseguiría. Sueños convertidos en cenizas por la fuerza de las llamas de una maldita hoguera.

—Déjame compensarte todo lo que has tenido que sufrir sola.

Se incorporó para poder mirarme.

—¿De qué manera? ¿Cómo podrías compensarme cinco años?

—Estando a tu lado. Déjame intentarlo de nuevo.

—No, Samu. —Se puso en pie con lentitud, como si retirarse de mí le pesara—. Ya te lo he dicho. Te quiero, eso no ha cambiado, pero no puedo estar contigo porque cuanto más cerca estoy de ti, más daño terminas haciéndome.

Fue a depositar un beso en mi mejilla que yo intercepté para recibirlo en la comisura de los labios. Nos miramos intensamente el uno al otro.

—Quiero poder ver a mi hija —musité con la moral por los suelos al ver que la estaba perdiendo—. Quiero al menos intentarlo con ella.

Sus ojos azules como el cielo nocturno vibraban y quise hacerla mía en ese jodido instante.

—Puedes verla y estar con ella cuanto quieras, eres su padre.

—¿Y qué hay de su madre? ¿A ella no podré verla? ¿No podré estar con ella cuanto quiera?

—No me lo pongas más difícil, por favor. —Me acarició el cuello y cerré los ojos con fuerza, notando un lacerante dolor en el centro del pecho—. Aceptémoslo, Samuel, a nosotros lo único que en estos momentos nos une es Rebeca y por ella debemos llevarnos bien, aunque solo pueda ser como amigos. —Sus dedos se desplazaron hasta mi mentón. Continué apretando los párpados mientras sentía cómo expiraba aquella última caricia—. Dale tiempo, ¿vale? No le digamos aún quién eres; no creo que esté preparada para saberlo. Lo que sí puedo decirte es que terminará queriéndote, solo hace falta que tengas un poco de paciencia.

Cuando volví a abrir los ojos, Abril se había marchado.

No le comenté que su padre no la molestaría más, que yo me había encargado de eso. Tampoco le dije que por mucho que se empeñara en que entre nosotros solo existiera el concepto de amistad, ni de coña pensaba tirar la toalla hasta conseguir que nuestras vidas estuvieran ligadas tan estrechamente como lo habían estado en el pasado. Ella nunca sería una

simple amiga como otra cualquiera, joder, porque la quería más de lo que nunca imaginé que podría llegar a querer a alguien. Pero ahora me limitaría a acercarme a mi hija para ganarme su cariño. A Abril no le insistiría sobre lo nuestro... Por el momento.

### *Abril*

—Has tardado mucho.

Había llegado a casa hacía una media hora y había ido directa a la habitación de Rebeca. Tenía la necesidad de abrazarme a su cuerpo y sentir que, a pesar de lo inmensamente vacío que había quedado mi pecho, la tenía a ella y nada ni nadie podría arrebatarme eso.

Darío estaba apoyado en el marco de la puerta, observando cómo me aferraba a su cuerpecito dormido.

—Hemos estado conversando —susurré para no despertarla. Sabía que mi hermano entendería de quién le hablaba sin yo nombrarlo—. He accedido a que forme parte de su vida, Darío. También le he pedido que tenga paciencia; ella necesita cogerle cariño antes de saber que es su padre.

—Me parece justo. —Pensaba que se había ido a dormir cuando volví a escuchar su voz—. ¿Le has hablado de lo otro?

Cerré los ojos con fuerza.

—No he podido. El dolor ha sido tan grande al revivir el pasado que no me he visto capaz. Le he contado todo excepto eso, y ¿sabes qué? Que he sido testigo de cómo se rompía. Él se culpa por lo que pasó —maticé con tristeza—. Se siente tan culpable que nunca dejará de sufrir por ello. Y yo no quiero aumentar su sufrimiento, no quiero verlo tan vulnerable como lo he visto esta noche.

—Tienes que decírselo.

Di un beso en la frente a Rebeca y me levanté con cuidado. Mi hermano me siguió hasta el salón.

—Lo mejor es que no se entere nunca. —Apresé sus manos entre las mías y las apreté—. No estamos juntos. —Darío arrugó la frente sin

comprender—. Él quería respuestas y yo se las he dado, quería tener relación con Rebeca y no me he opuesto a que la tenga, necesitaba saber todo lo que ha pasado en estos cinco años y se lo he contado, pero también le he dicho que no puede haber nada entre nosotros. Estando juntos nos hacemos daño, ¿lo entiendes? Por mucho que nos queramos, no sabemos hacernos felices el uno al otro.

—Joder, Abril...

—No, escúchame —lo interrumpí—. Tú mejor que nadie sabes cómo es Samuel de visceral. Ahora parece que se lleva algo mejor con Aarón y no quiero ser la culpable de que eso cambie por sacar a la luz un episodio que pertenece al pasado.

Mi hermano posó las palmas de sus manos a ambos lados de mi cara e hizo que lo mirara.

—Te estás equivocando —matizó con cierto reproche—. Es cierto, sé cómo es Samu, sé que lo más probable es que no pueda contenerse cuando se entere, pero eso es algo a lo que tarde o temprano tendremos que enfrentarnos. Aarón ha cambiado mucho; todos sabemos que no es el que era y por eso está dispuesto a asumir su parte de culpa en lo que pasó. Hemos hablado infinidad de veces, Abril, y tanto él como yo preferimos que Samuel lo sepa todo, y que lo sepa por ti. Aarón se ve preparado para afrontar sus represalias. —Respiró para calmarse—. Estamos seguros de que si no se lo dices... si no le cuentas la verdad, cuando la descubra, porque lo hará, reaccionará aún peor. Nadie podrá pararlo, ni siquiera tú. Se cegará. Se negará a escuchar, y entonces sí que se desquitará con su hermano. Por eso debes contarle todo cuanto antes, eliminar todas las dudas que con seguridad va a tener, porque si la información llega a sus oídos por otro lado y se le va la cabeza, nadie podrá culparlo. Él desconoce todo lo que pasó aquella noche, no sabe el papel que tuvo Aarón en lo ocurrido ni tampoco lo arrepentido que está. Y ya sabes cómo se va de la lengua la gente de la Asunción, no permitas que por unos rumores malintencionados Samuel se vea entre la espada y la pared.

—Es que me da miedo, Darío —le confesé abatida—. Tengo tanto miedo que no sé cómo canalizarlo.

—Yo solo le temo a una cosa y tú sabes cuál es. Por eso no debe haber secretos que puedan hacerle dudar y le nublen la razón.

—Va a matar a Aarón —gemí desesperada al imaginarlo—. Y a mí... A mí quizá deje de quererme.

Solo de pensar en esa posibilidad me entraron ganas de llorar. Entendía que lo que acababa de decirle a Darío no iba acorde a lo que le había pedido a Samuel, pero el hecho de que él dejara de sentir por mí lo que sabía que sentía me rompía el corazón.

Mi hermano esbozó una amarga sonrisa.

—Lo que pueda hacer contra Aarón es lo único que debe preocuparte, el que deje de sentir por ti lo que siente, no. Él nunca dejará de quererte.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Me aferré a sus manos, que continuaban acunándome la cara.

—Porque él es muy intenso en todo. Ama con la misma intensidad que odia, no tiene un término medio. Es un hombre de extremos: o todo, o nada. Y la suerte es que contigo es todo. Díselo, no cometas el error de que vuelva a sentirse engañado, no contribuyas a que su reacción sea aún más desproporcionada.

—¿Y si ese todo del que hablas termina convirtiéndose en nada? ¿Cómo puedo saber que no acabará odiándome como odia a casi todo el mundo?

—Samu no odia a todo el mundo, Abril, solo es un tipo difícil de tratar a quien le cuesta confiar en la gente. Además, tú eres la única a la que perdonaría cualquier cosa, la única por la que se ve en la obligación de recapacitar y la única que le importa lo suficiente como para dejar a un lado los rencores. La prueba la tienes en que cuando volvió a la barriada pensaba que Rebeca era hija de su hermano. Sabes lo mucho que detestaba a Aarón cuando se largó y, aun así, incluso creyendo que teníais una hija en común, estuvo más que dispuesto a retomar lo vuestro a pesar de estar convencido de que te habías entregado a la persona que más daño le había hecho. Y ahora que sabe que él es el padre de Rebeca, que se ha dado cuenta de que la ha cagado contigo aun teniendo derecho a estar dolido por ocultarle su paternidad, sigue queriendo formar parte de tu vida. Y me refiero a que se nota que quiere continuar donde lo dejasteis. Sus sentimientos no han cambiado en diez años y nunca lo van a hacer, ¿no te das cuenta? Lo que siente por ti está por encima de todo lo demás, incluido él mismo.

—Lo que siente Samu por mí no es tan fuerte como para pararlo una vez se desata, y lo sabes. Te conté cómo me trató cuando supo que era el padre de Rebeca y que se lo había ocultado. Tú no estabas allí para verlo, Darío. —El solo hecho de recordarlo me dolía—. Llegué a tenerle miedo después de mucho tiempo, porque no estaba segura de hasta dónde sería capaz de llegar.

—No necesito estar presente para saber cómo son sus reacciones. De lo que estoy convencido al cien por cien es de que, por muy al límite que se vea, nunca perdería el control de forma radical contigo.

—Pues esa noche lo perdió, créeme —bufé con rabia.

—No, Abril, vuelves a equivocarte. Él se puso como se puso porque estaba dolido. Y no solo contigo. Debe ser muy jodido enterarte de que tienes una hija y que ni la persona de la que estás enamorado ni aquellos que crees tus amigos te han dicho nada ni tenían intención de hacerlo. Piénsalo, es para quedarse hecho polvo; más si no cuentas con nadie en la vida en quien puedas confiar. Entiendo muy bien que tuviera ganas de molernos a golpes a todos y con todo eso no lo ha hecho, se ha controlado, lo que es mucho viniendo de él. —Dio una honda inspiración—. Parece que después de todo, esa chica lo ha ayudado a contener su ira.

—¿De qué chica hablas?

—De la que ha estado a su lado mientras vivió en Castellón.

Sentí una punzada de celos indescriptible en el pecho. ¡Él me aseguró que lo único que hubo fueron relaciones esporádicas sin ningún tipo de apego! ¿Por qué entonces Darío aseguraba que él estuvo al lado de una mujer todos esos años? ¿Y por qué conmigo había omitido ese «pequeño» detalle?

—No te ha hablado de Claudia, ¿verdad?

Por el desconcierto que a todas luces debía mostrar mi cara, no hicieron falta palabras para que Darío intuyera que esa parte de la vida de Samuel yo la desconocía.

—¿Quién es Claudia, Darío? —pregunté notándome temblar la voz—. ¿Y qué significa para Samu?

Mi hermano bajó la vista al suelo al tiempo que negaba, estaba contrariado. Pero no más que yo, ya que me resultaba increíble que Samuel me hubiese dejado al margen de aquella parte de su vida cuando siempre fue tan condenadamente sincero.

—Con razón actúas así —musitó para sí. Alzó el rostro y me miró—. Dile que te hable de Claudia y Abel. Quizá de ese modo entiendas mi insistencia por que le cuentes lo que pasó aquel quince de agosto.

Dos gruesas lágrimas resbalaron por mis mejillas.

—No, Darío —me oí decir—, si él no me ha dicho nada de esas personas tendrá sus motivos. Yo esta misma noche le he contado todo.

—Todo, no.

—Lo que creo que debe saber —me defendí inflexible—. Ya no es de

mi incumbencia lo que él haya hecho ni con quién. Solo me interesa lo que haga a partir de ahora en lo que se refiere a mi hija, nada más.

—¿Qué crees que ha hecho? —inquirió ladeando la cabeza y arrugando la comisura de los ojos—. ¿Qué piensas que pudo hacer con esa mujer? ¿Es que aún no lo conoces, joder? ¿Tan ciega estás que lo primero que ha pasado por tu mente es la imagen de Samu follándose a otra?

Que mi hermano me hablara de esa manera era una prueba fehaciente de lo enfadado que estaba, si bien yo no lo estaba menos.

—Cállate —siseé—, no quiero saberlo. Pero él tampoco sabrá nada más de mi vida. Aquel quince de agosto Samuel perdió todos los derechos.

—Eres una estúpida —susurró dibujando la sonrisa más amarga que le había visto en la vida—. Aquel quince de agosto la única que perdió fue Rebeca.

Se dio la vuelta y avanzó por el pasillo hasta encerrarse en su habitación.

Me acosté con la seguridad de que no iba a poder dormir, tenía demasiados frentes abiertos. Darío me había dado razones suficientes como para que me decidiera a dar el paso, pero Samuel era una bomba de relojería y revelarles esa parte de mi pasado sería el inicio de la cuenta atrás, porque no tenía dudas de que él estallaría. Por otro lado, me había ocultado su relación con aquella chica, aunque mi hermano no la había nombrado solo a ella. También existía un tal Abel del que tampoco me había comentado nada. Pero por lo que peor me sentía, era por las últimas palabras que había pronunciado Darío. Él no se equivocaba, aquella maldita noche de hacía casi seis años la única persona que perdió cualquier oportunidad de arreglar algo fue Rebeca. Su vida se había visto interrumpida a la edad de diecinueve años.



Siempre me habían gustado su alineada dentadura de un blanco resplandeciente y esos dos hoyuelos alargados que se le formaban en las mejillas cuando sonreía. Tenía una sonrisa espectacular que lo hacía más *sexy* de lo que ya era. Una que invitaba al pecado.

—Buenas noches, Abril.

Le correspondí con la mejor de mi propia cosecha.

Habían pasado casi tres semanas desde nuestra conversación en casa de Agustín y estábamos haciendo el intento de llevarnos bien como amigos. Samu estaba actuando correctamente. Venía cada noche a mi casa al salir del taller para pasar un rato con Rebeca; en cuanto a mí, no había vuelto a intentar un acercamiento en plan íntimo. Se esforzaba por respetar mis deseos y eso lo engrandecía como persona, aun cuando el anhelo en su mirada era una señal incuestionable de lo mucho que le costaba mantener las distancias. Pero lo hacía, me hablaba con normalidad sin sacar el tema referente a nuestra frustrada relación, centrado en conversar con la niña para ganarse poco a poco su cariño, y se marchaba regalándome otra sonrisa y con el mismo anhelo en sus ojos amarillos que a todas horas le acompañaba.

No puedo decir que ese autocontrol que estaba demostrando no me complaciera. Era un pequeño avance en la personalidad voluble de Samuel que resultaría imperceptible para cualquier otra persona y en cambio para mí era muy significativo. No obstante, su falta de impulsividad me decepcionaba y no sabía muy bien por qué cuando él se estaba comportando justo como yo quería. Bueno, eso no es del todo cierto, mi decepción se debía a ese dato que ahora conocía, si bien había evitado sacar a colación el tema que me refirió Darío. Era lo mejor para ambos, la única manera de poder pasar página.

—Rebeca está en el salón. —Bajé el tono de voz para que ella no me escuchara—. Creo que esta noche no habrá ni dibujos ni colores, lo siento. —Arqueó las cejas sin borrar esa maravillosa sonrisa que iluminaba su cara—. Ha sacado las muñecas y pretende que juegues con ella a las casitas.

—Pues no se hable más —imitó el tono de voz que yo había usado, acercándose tanto que al inspirar su aroma se me erizó la piel—. Si quiere jugar a esa mierda, no seré yo quien se lo impida.

Se retiró, dejándome jadeante, y pasó al interior de la casa.

Encerrada en el baño, me senté sobre la tapa del inodoro para que mis calores se templaran. Nunca conseguiría ser inmune a él, a su manera de moverse, a su mirada rebotante de deseo, al timbre de su voz... A su maldita esencia, que causaba una revolución en mi interior. ¿Cómo podría a la larga, sabiendo que él sería una constante en mi vida, mantenerme firme cuando cada día que lo veía se me hacía más cuesta arriba?

—No voy a poder —me lamenté—. Piensa en la tal Claudia —me dije después.

Pese a todos mis intentos, cada ocasión en la que lo tenía delante

suponía una tentación. Tendría que intentarlo con más ahínco, poner toda la carne en el asador, y eso solo lo lograría si era capaz de dar el paso que tantas veces me había planteado, más cuando ahora sabía de la existencia de esa mujer.

Al regresar al salón me llamó la atención la conversación que Darío y Samuel mantenían con Rebeca. Mi hermano y ella estaban sentados en el sofá mientras Samu continuaba de pie frente a ellos con las manos enfundadas en los bolsillos traseros del vaquero.

—Ahí donde lo ves —decía Darío a la niña, señalando con el índice a Samuel—, aunque parezca un gigante, en el fondo es inofensivo.

—Totalmente inofensivo —lo secundó el aludido.

Rebeca lo evaluó de arriba abajo con ojo crítico.

—No es *inoséfido*, tito. Le dijo una *palabrotaza* a Ron. Y Ron es muy bueno y le quiero más que a él. Aunque él también es bueno ahora, pero Ron es más bueno y es mi más mejor amigo.

Se cruzó de brazos mientras decía sin pelos en la lengua todo lo que pensaba del «gigante» que la observaba con dolor. No me pasó desapercibida la tristeza que reflejaron los ojos de Samuel tras escuchar esas duras palabras; la inocencia y sinceridad de los niños es algo espontáneo que suelen expresar sin más, si bien a veces esa inocencia les hace ser crueles sin que ellos se den cuenta. Samu no tenía nada que hacer ante el inmenso cariño que mi hija sentía por su hermano y esa era una dura verdad que él tendría que asumir.

En esos días mi hermano y Samuel habían vuelto a reconciliarse el uno con el otro sin necesidad de disculpas ni explicaciones. Compartían por las noches, junto a Rebeca, todos los juegos que a ella se le antojaban y se trataban con el mismo cariño que siempre se habían tratado. Darío se contentaba con saber que él estaba cerca de mí, que dado el caso me protegería. Y Samuel había dejado de hacer preguntas conformándose con seguir el camino que yo le había marcado. En cambio, en mi interior seguían resonando las palabras de mi hermano, consiguiendo que mi mente cabalgara entre los celos y la decepción.

—Es cierto que soltó una palabrota —admitió Darío abrazándola por los hombros—. Vamos a tener que lavarle la boca con un estropajo para que no vuelva a pasar. —Ella sonrió con la idea—. ¿Sabes lo que se me acaba de ocurrir? Podríamos hacer que nos prometiera que desde ahora en adelante se va a portar bien con Ron, ¿qué te parece?

—Vale. —Se puso en pie y se situó delante de Samuel con la cabeza

totalmente inclinada hacia atrás para poder mirarlo a la cara. La situación se podría describir de cómica si no fuera por la necesidad que veía en él de ser aceptado por su hija—. Si me prometes que te vas a portar bien con Ron te dejo jugar con mis muñecas.

Era un ultimátum, algo superimportante para ella y carente de valor para Samuel, pero él captó a la perfección el significado primordial de sus palabras.

—Te lo prometo —aseveró con vehemencia.

—¿Juramento de meñiques? —Samu miró a Darío en una clara llamada de auxilio al no saber de qué iba aquello y Rebeca, al verlo tan perdido, puso los ojos en blanco. Cogió una de sus manos con determinación, sacándosela del bolsillo del pantalón, y le empujó todos los dedos hacia dentro exceptuando el meñique, que quedó alzado. Su mano se veía enorme al lado de la de ella—. Voy a tener que enseñarte muchas cosas. Esto es un juramento de meñiques. —Entrelazó su minúsculo dedo al de él—. Y no puede romperse.

—No lo romperé.

Para sorpresa de todos, Rebeca se lanzó a sus brazos, que la acogieron con entusiasmo, y se abrazó a su cuello. Parpadeé para apartar la emoción que me había cogido desprevenida. Samuel cerró los ojos con fuerza, apretándola delicadamente contra su pecho. Era la primera vez en todos esos días que ella le daba una muestra de cariño, la primera vez que él recibía un poco de amor de la personita que sostenía entre sus brazos y la primera vez que sus defensas caían ante un cuerpo al que cuadruplicaba en tamaño. Demasiadas primeras veces para Samu en un único acto. Demasiado que asimilar en una sola noche.



## 21. Secretos que piden a gritos ser escuchados

*Samuel*

—¿Seguro que no te animas?

Era la tercera vez que mi hermano me hacía esa pregunta y no podía pegarle un bufido porque Rebeca se encontraba en nuestra casa.

—Prefiero quedarme, ya te lo he dicho.

Aarón y yo, después de muchos años sin ponernos de acuerdo en nada, en el presente compartíamos dos sentimientos que circulaban en la misma dirección: uno, el amor incondicional que ambos sentíamos por Rebeca, y dos, la antipatía cada vez mayor por el «cocinillas»; de ahí su insistencia en que me animara a salir.

Mi relación con Abril no iba exactamente como yo quería. Nos veíamos las noches que yo visitaba a mi hija, pero desde hacía unos días la notaba distinta, como si quisiera alzar una barrera entre nosotros en cualquier aspecto que no tuviese que ver con la niña. Yo tenía unos límites y la paciencia no era uno de mis fuertes, más cuando llevaba toda la tarde aguantando los comentarios punzantes de mi hermano, que me había hecho

saber que Abril había aceptado salir a cenar con su compañero y que luego se reuniría con ellos en el *pub* que normalmente frecuentaban los sábados.

Sabía que si me dejaba llevar por el veneno que había conseguido meterme en el cuerpo al hablarme de la cita que ella iba a tener con ese tío, la situación se me iría de las manos, por lo que decidí quedarme en casa evitándome problemas. Además, esa noche estaría con Rebeca sin la constante vigilancia de su madre. Y sin su «Ron», sobre todo sin él, que siempre que estaba presente no existía nadie más para la niña. Aunque admitía que en el tiempo que llevábamos conociéndonos nuestra relación había avanzado positivamente y la confianza que depositaba en mí era cada vez mayor, aún no podía competir contra el cariño que ella sentía por mi hermano.

—Como quieras, tío, tú te lo pierdes. —Aarón se metió el móvil y las llaves en el bolsillo—. Dame un beso, enana.

Se agachó abriendo los brazos para recibir a Rebeca, que se lanzó a su cuello como un sediento a una botella de agua.

—¿Vas a tardar mucho, Ron?

Él sonrió abiertamente.

—Hoy sí, canija. —Le besó la frente—. Pero mira lo bien acompañada que vas a estar. Mi hermano jugará contigo a todo lo que quieras y vas a dormir con mi tío en esa cama tan grande en la que tanto te gusta saltar. No le des muchas patadas, ¿vale?, que está ya muy viejo y puede romperse.

—Este viejo aún puede hacerte besar el suelo. —La amenaza de Agustín nos llegó desde la cocina.

Aarón guiñó un ojo a Rebeca y ella le devolvió el guiño con complicidad. A su corta edad sabía perfectamente cuando él hablaba en serio, cuando bromeaba y hasta cuando le estaba regañando. Era lógico que estuviera celoso, aunque me constaba que Aarón no lo hacía por joderme. Simplemente existía un vínculo especial entre ellos que brotaba con espontaneidad por ambas partes, y ese fuerte lazo él lo utilizaba a su favor haciendo todo lo que estaba en su mano por implicarme en la vida de mi hija, diciéndole cosas buenas sobre mí que ella creía a pies juntillas, pese a que la mitad no fuesen ciertas.

—Ya sabes, enana, dale la brasa a Samuel todo lo que quieras, pero no agobies mucho al viejo. —Bajó el tono de voz—. Está mayor, aunque no quiera reconocerlo.

—Te he oído.

Hasta yo tuve que echarme a reír. Agustín tendría sus años, si bien su oído funcionaba como el motor de un Mercedes. Y Aarón, después de todo, tenía su punto. Uno que estaba comenzando a pillarle.



—Me voy a la cama, muchacho. ¡Esta niña es incansable! Cuando veas que ya no puede mantener los ojos abiertos, haz el favor de llevarla a mi habitación. Va a ser verdad eso de que estoy mayor.

Rebeca nos había tenido más de dos horas jugando al *Veó, veó* y a esa mierda de las *Palabras encadenadas*. Ahora dibujaba sentada en el suelo, cosa que tanto Agustín como yo agradecíamos.

—Puede dormir conmigo.

Deseaba saber qué se sentía al velar los sueños de la persona que se había convertido en mi prioridad.

Mi tío bajó la voz, aunque ella estaba tan concentrada que si hubiese gritado ni se habría enterado.

—Vamos a hacerlo bien por una vez. A mí no me importaría que ella durmiese contigo y lo sabes... Pero es mejor no tentar a la suerte. Al no estar acostumbrada podría asustarse si se despierta y ve que eres tú quien está a su lado, además de que no sabemos cómo le sentaría a su madre si se entera. No me mires así, sé que también es hija tuya, pero hazme caso y dales un poco más de tiempo a ambas. Sigue por el camino que vas, haz las cosas como las estás haciendo y antes de que te des cuenta serás tan importante para ella que estos pequeños inconvenientes que te molestan tanto ya no serán un problema.

Asentí con reticencia. Me jodía que mi hija tuviera que dormir con él estando yo allí, aun reconociendo que era lo más sensato, puesto que lo que menos quería era que volviese a cerrarse en banda conmigo por hacer realidad el deseo de sentirme padre cuando para ella solo era uno de sus muchos amigos. Tampoco me apetecía tener una bronca con Abril, a pesar de creerme con los mismos derechos que ella. Tenía que aceptar de una puta vez que para una madre que se había visto obligada a criar a su hija sin la figura de un padre, esos derechos no existiesen. Todavía.

—Disfrútala —susurró mi tío con una sonrisa—. Es muy tarde, pero ella parece no tener sueño. Os dejo solos, aprovecha el tiempo.

Lo vi desaparecer por el pasillo y decidí seguir su consejo.

—¿Qué dibujas? —le pregunté sentándome junto a ella en el suelo.

—Mira, Samu, esta de aquí es mi amiga Clara. Y esta es Rosita, pero la he dibujado fea porque ella me tira de las coletas. Y esta soy yo, la más guapa de todas. Y este es Miguelito, el niño que quiere ser mi novio. Pero yo no quiero ser su novia porque se come los mocos todo el rato. —Ella era la única persona capaz de arrancarme una sonrisa de la forma más sencilla—. Y esta es mi seño Lola. Y esta es mi mami con Sergio.

La amplia sonrisa que me estiraba los músculos de la cara mientras ella señalaba todas aquellas personas caricaturizadas en el folio sin apenas coger aire al hablar, se esfumó al ver cómo había dibujado a Abril con ese tío.

—¿Por qué está tu madre agarrando de la mano a su compañero?

Gracias a que solo tenía cinco años y no apreciaba la rabia contenida en mi voz.

—Porque pronto van a ser novios.

—¿Y eso?

Qué triste tratar de obtener información a través de una cría, pero es que las opciones se me agotaban. Aquella pintura de brazos largos, pies enormes y cuatro dedos en las manos hizo que me planteara hasta qué punto Aarón pensaba como Rebeca y de ahí el querer hacerme mala sangre con aquella jodida cita.

—Sergio, el otro día, le llevó una flor al cole y mi mami sonrió como una boba —continuó sin intención de dañarme como lo estaba haciendo—. Y hoy he escuchado como ella le decía a mi tío que iba a darle una *otorpunidad* a Sergio. Mi tío se ha enfadado, pero mami le ha dicho que ya es hora de pasar página. ¿Qué es pasar página, Samu? —Me miró con una interrogación plasmada en la cara—. ¿Es como cuando lees un cuento?

Le acaricié el pelo. Ella no tenía ni idea de lo que englobaban esas palabras.

—Más o menos —intenté explicarle—. Cuando das la vuelta a la página de un cuento dejas atrás lo que ya has leído para descubrir lo que hay escrito en las siguientes. Lo mismo pasa con la vida. Cuando alguien quiere pasar página significa que quiere cerrar un capítulo y centrarse en lo que está por venir, aunque no sepa lo que va a encontrar después.

—No lo entiendo muy bien, pero creo que mi tío no quiere que mami se olvide de lo que ha leído, porque le ha gritado y él nunca grita.

—Es que tu tío vale su peso en oro —dije para evitar soltar delante de ella que Darío era la persona más cojonuda que había conocido en la vida.

—¿Qué es valer su peso en oro?

—Que tienes la suerte de tener el mejor tío del mundo.

Sonreí mientras seguía deslizando la palma de mi mano por su pelo negro.

—Eso es verdad —afirmó enseñándome todos los dientes—. Entonces, tú y Ron también valéis *su* peso en oro. —Alcé las cejas sorprendido—. Porque sois los más mejores amigos del mundo mundial.

Se puso en pie y me abrazó demostrándome cuánto de cierto encerraban sus palabras. Lo que ella no sabía era lo mucho que aquella confesión significaba para mí. Sentí el subidón al instante, a lo bestia, ardiente y hormigueante. Si Rebeca me tenía en su vida al mismo nivel afectivo que a mi hermano, lo más difícil ya lo había conseguido.

—Tú sí que vales tu peso en oro, princesa.

Se retiró para poder mirarme a los ojos, adoptando una expresión que iba a caballo entre la decepción y la tristeza.

—¿Por qué no quieres ser el novio de mi mami? ¿No te gusta?

Pensé qué decirle.

Joder, qué complicado tener que dar explicaciones a mi propia hija.

—Sí que me gusta. Y me encantaría ser su novio, pero por lo visto ese Sergio se me ha adelantado.

—Te dije que te dieras prisa —me regañó—, y no me has hecho caso. Y esta noche mi mami ha salido con él y a lo mejor se hacen novios y yo quiero que tú seas su novio y ya no va a poder ser, jolines. Los mayores no os dais cuenta de nada.

Se veía enfadada de más y quise saber el motivo.

—¿Por qué quieres que sea yo su novio y no el cocini... cocinero? —rectifiqué a tiempo.

—Porque me gusta que mami sonría siempre como sonríe cuando estás tú. Porque ella se mira al espejo antes de abrirte la puerta cuando vienes por las noches a jugar conmigo, y eso es para ver si está guapa. Porque —bajó la mirada y el tono de voz hasta convertirlo en un susurro— me gusta que tengas los ojos amarillos como los míos, porque así sé que no soy un bicho raro como dicen algunos niños del cole. Y porque no quiero que dejes de venir a jugar conmigo por las noches.

Le alcé la barbilla para que me mirara.

—Uno —enumeré con la intención de que diferenciara cada concepto—, mientras esté en mi mano tu madre va a seguir sonriendo como deseas. Dos, dile la próxima vez que se mire al espejo que para mí siempre será la

más bonita. Tres, no dejes que las palabras de unos niños te hagan daño. Seguro que solo se meten contigo por envidia, porque tienes los ojos más originales de toda la Asunción. Y cuatro, jamás voy a dejar de ir a jugar contigo, ¿me oyes? Nunca.

Entonces fui yo quien la abrazó al ser realmente consciente de lo mucho que despertaba en mí y de cuánto estaba dispuesto a hacer por ella.



El olor a sudor fue lo primero que me golpeó al entrar en el *pub*. Era cerca de la una de la madrugada y la noche estaba en ese momento apoteósico que tantos recuerdos me traía. Hacía un calor de justicia para primeros de junio y con todos aquellos cuerpos en movimiento los grados se multiplicaban, lo que sumado al asco de música y a las jodidas luces estroboscópicas hicieron que me agobiara en pocos segundos. Achiqué los ojos para fijar mi visión, echando un vistazo alrededor. Gracias a mi altura pude quedarme junto a la puerta mientras lo hacía, lo malo era que no lograba ver a ninguno de ellos y me temía que iba a tener que adentrarme en el local para localizarlos.

—¡Samuel! ¡Samu, tío, aquí!

Fue de pura casualidad que escuchara mi nombre con el puto altavoz que tenía al lado. Giré la cabeza, buscando el origen de aquella voz que me llamaba, y, pegados a la barra de la izquierda, distinguí a Aarón y a Ángel agitando los brazos en alto para llamar mi atención. Me abrí paso entre la gente sin mucha delicadeza hasta llegar donde se encontraban y me situé en medio de los dos, apoyando los codos en la barra.

—¿Cómo cojones aguantáis esta mierda? —me quejé a gritos.

Una cerveza, guiada por la mano de mi hermano, apareció frente a mis ojos. La cogí, llevándomela a los labios, y la vacié de un solo trago.

—¿Y la niña?

Miré de reajo a Aarón al tiempo que le hacía señas a la camarera para que me sirviera otra.

—Durmiendo. Le ha costado, pero al final el cansancio ha podido con ella y la he dejado en la cama con Agustín. —Agarré el botellín y me giré, descansando la espalda contra la barra—. Y a ti ya te vale, cabrón —reproché a Ángel, que se balanceaba al ritmo de la jodida música.

—¡Qué bien le sienta eso de ser padre! —comentó a mi hermano pasando de mí por completo.

—Ya te digo, tío, y en mi casa todavía es más dulce.

—¡Venga ya!, ¡¿más dulce que ahora?! Eso es imposible. Mírale, si parece un merengue de lo dulcísimo que es.

—¡¿Un merengue?! ¿Y la guinda roja dónde se la ponemos, en la punta de la polla?

Se descojonaron mientras yo los miraba alternativamente, escuchando las idioteces que decían sobre mí como si no estuviera presente.

—Una tarta de noventa kilos de merengue —Ángel abarcó con los brazos, en un gesto exagerado, las dimensiones de mi cuerpo—, con una gran guinda en forma de pepino. Aquí hay dulce para rato.

—No me toquéis más los huevos, payasos —los avisé, dejando que advirtieran toda mi mala leche antes de darle otro trago a la fría cerveza.

Vi a Darío abrirse paso entre aquella jauría hasta que pudo llegar a donde nos encontrábamos.

—¿Y Rebeca? ¿No se suponía que ibas a quedarte con ella?

—Tranquilo, hace un buen rato que se durmió, y mi tío está más acostumbrado a ella que yo.

—¿Y cómo es que al final te has decidido a venir?

—La verdad es que no sé qué cojones hago aquí —le confesé, poniendo mi atención en los otros dos—, y menos después de encontrarme con este par de gilipollas. Me tomo esta y me largo.

Sus risas desfasadas, probablemente por la bebida, acabaron por contagiarme y así estuvimos un rato en el que los problemas quedaron aparcados.

Iba por la tercera cerveza cuando me dio por analizar la situación, y es que hasta para eso era un tío raro. Me extrañó verme tan despreocupado, después de tantos años, junto a los que pertenecieron a mi época de adolescente. Y lo más curioso era lo bien que me sentía con ellos. Incluso con mi hermano, al que día a día, y sin yo pretenderlo, aceptaba un poco más.

Brindamos por los buenos tiempos, si bien ese brindis Aarón lo ejecutó con reservas al no sentirse incluido como parte de aquel periodo de nuestras vidas que nosotros evocábamos. Me estaba sentado bien ese paréntesis: las bromas, las risas, las cervezas que compartíamos, logrando que me distanciara de la realidad asfixiante en la que vivía.

—¿Dónde te has dejado a la pelirroja? —pregunté a Ángel mientras Darío y mi hermano pedían otra ronda de espaldas a nosotros.

—Ahí —señaló—. En aquella esquina del fondo.

Miré en la dirección que me indicaba, dándole el último trago a la cerveza, y faltó poco para que me atragantara cuando, al agudizar la vista, me topé con Abril en una situación que no me hizo ni puta gracia.

Las melenas rojas de las gemelas llamaban la atención a pesar de las muchas personas que las rodeaban. Hablaban con una chica algo mayor que ellas, de unos treinta y tantos diría yo, pero lo que me hizo hervir la sangre fue ver al «cocinillas» de los cojones rodeando la cintura de Abril e intentando comerle la oreja.

—Estaba deseando que los vieras. —Escuché la voz de Ángel cerca de mi oído y giré la cabeza para mirarlo.

En un principio pensé que había soltado aquello para molestarme, cosa que por lo visto disfrutaba, pero al verle la cara de mala hostia supe que aquel baboso a él tampoco le gustaba.

—¿Y por qué coño no me has avisado antes?

Él continuaba con los ojos fijos en ellos.

—Por dos motivos: el primero, porque no quería ser el responsable de la hospitalización de ese tío, y el segundo —me miró—, porque si soy yo el que te lo digo, Marta me corta las pelotas. Pero ya que los has visto...

—¿Cuánto llevan en ese plan?

Mi hermano y Darío se nos habían unido y ahora también observaban las intenciones que ese tipo parecía tener con Abril. Este último se colocó a mi lado y me ofreció una cerveza.

—Piensa en cómo lo vas a hacer, pero corta eso ya.

—¿Y por qué no lo has cortado tú? —le recriminé.

—Samuel —Aarón llamó mi atención—, ellos han ido a cenar con su otra compañera, la que está hablando con las pelirrojas, y cuando han llegado, todos hemos notado que Abril había bebido de más. Y aquí ha seguido haciéndolo. Darío ha intentado convencerla de que se fueran a casa, pero ha sido imposible.

—No quiero parecer un hijo de puta —comentó Ángel como si tal cosa—, pero ese tío no ha hecho otra cosa que invitarla a copas; para mí que se quiere tirar a tu chica.

—Abril no es mi chica. —Me jodió admitir aquella verdad.

—Sí lo es —bufó Darío—. Y más te vale que vayas dejándoselo claro. A ella y a él.

Me bebí la cerveza del tirón sin apartar la vista de ellos. El muy cabrón comenzó a deslizar una de sus manos por la cintura de Abril con la clara

intención de manosearle el culo. Noté cómo la ira se abría paso en mi interior.

—¡Oh, oh! Lo próximo será comerle la boca. ¿Estás preparado para ver eso, Samu? —Qué fácil le resultaba a Ángel provocarme.

Apreté la mandíbula al tiempo que se me dilataban las fosas nasales.

—¿Comerle la boca? ¡Mis cojones!

Le di el botellín vacío y él me dedicó una sonrisa torcida. Sí, Ángel sabía cómo picarme.

Aparté a la gente a codazos hasta llegar a ellos y de cerca pude confirmar lo que de lejos intuía: Abril iba de alcohol hasta arriba. Tenía los párpados cerrados y se dejaba abrazar sin ser muy consciente de lo que pretendía su «perfecto» compañero.

Carol arrugó las cejas y el labio superior cuando me vio allí plantado. Mi hermano, que me había seguido junto a los otros, fue hacia ella y la agarró de la cintura, hablándole al oído.

Ángel hizo lo propio con Marta, que se veía aterrada por cómo podía terminar aquello.

Entorné los ojos, observando con las tripas retorcidas dónde descansaban las yemas de los dedos de aquel capullo.

Darío estaba a mi lado pidiéndome sin palabras que actuara, sin importarle una mierda cómo de exagerada pudiera ser mi reacción. Era extraño que, aun imaginándose por dónde iba a salir, ellos me apoyaran. Lo que hizo que me quedara claro hasta qué punto querían que Abril y yo volviésemos a estar juntos; sin embargo, iba a demostrarles a todos que yo ya no era aquel Samuel que años atrás se fue de la barriada.

Toqué el hombro de Sergio a quien, al girar la cabeza y verme, se le demudaron las facciones.

—¿Se puede saber de qué coño vas? —Pegué mi cara a la suya para hacerme oír, o de eso quise convencerme.

—Yo... Yo... Lo siento, tío, pensé que ella no estaba con nadie.

—Y no lo está, gilipollas, pero eso no te da derecho a meterle mano delante de toda esta gente aprovechándote de lo mamada que va.

Clavé mis ojos en Abril, que había abiertos los suyos y me miraba exhibiendo una estúpida sonrisa. Maldita sea, iba puesta hasta el culo; tanto, que hasta se alegraba de verme.

—Me la llevo a mi casa —informé a Darío mirándolo por encima del hombro.

Asintió conforme, dibujando esa sonrisilla de complicidad que me era

tan familiar.

Aparté de un empujón al «cocinillas», agarré a Abril por un brazo y, colocándola delante de mí, la guie para que avanzara.

No se resistió. Se dejó conducir entre la gente con la cabeza apoyada en mi pecho, pero antes de llegar a la puerta la inclinó hacia atrás todo lo que pudo hasta que encontró mis ojos.

—Hola, guapo. —Su cara estaba iluminada por aquella estúpida sonrisa. Recordé lo que Rebeca me había confesado horas antes de cómo su madre sonreía cada vez que yo aparecía—. ¿Has venido a por mí?

No pude evitar que las comisuras de mis labios tiraran hacia arriba. Jamás la había visto en un estado como ese y escuchar su lengua medio trabada, sumada a la falta de coordinación de sus pies, me puso de buen humor. No por el pedo que llevaba, que era monumental, sino por la felicidad que irradiaba en esos momentos, aun siendo solo uno de los muchos efectos secundarios que provocaba el alcohol.

—Camina —le exigí disimulando mi diversión—. Y no te detengas hasta llegar a la puerta.

—Qué *sexy* te pones cuando te enfadas.

—Me gustas más así, ¿sabes? —dije junto a su oído—. El alcohol te da la simpatía de la que últimamente careces.

Soltó una risotada y yo negué con la cabeza. Menuda caminata me esperaba.

Mientras nos dirigíamos a la barriada se colgó en varias ocasiones de mi cuello con la intención besarme. Me costaba apartarla, joder, pero saber lo mal que se sentiría al día siguiente, cuando recordara cómo se había comportado, me hacía mantenerme en mi sitio. Si es que lograba recordar algo.

Al llegar a casa de Agustín puse mi dedo índice sobre sus labios pidiéndole silencio. ¿Y qué hizo ella? Me lo chupó, consiguiendo que la sangre se me concentrara en la polla.

—Vale ya —siseé agarrándola de la barbilla—. No he estado a punto de partirle la cara a tu amigo para ahora ser yo quien se aproveche de ti, ¿me oyes? Vas a entrar y te vas a meter en la cama a dormir la mona. Y todo eso lo vas a hacer en el más absoluto silencio, ¿entendido?

Se atragantó con su propia risa al verme con el ceño tan fruncido.

—Lo digo en serio, Abril. Rebeca está ahí dentro y no quiero que se despierte y vea el lamentable estado en el que está su madre.

Por un instante sus ojos dejaron de verse nublados. Solo fue un maldito segundo.

—No haremos ruido —susurró abrazándose a mi cintura y pegando la mejilla a mi pecho.

—Por supuesto que no vamos a hacer ruido, porque no vamos a hacer una mierda.

Le tapé la boca con una mano para que no despertara a mi tío con las polladas que estaba soltando y con la otra la guie por el pasillo hasta mi habitación. Una vez dentro eché el pestillo y la hice sentarse en la cama, clavé una rodilla en el suelo y le levanté una pierna, apoyándomela en el muslo, para quitarle el zapato. No sé qué cojones entendería con aquello, pero de pronto sus manos estaban por todos lados tirando hacia arriba de mi camiseta, lo que me impedía maniobrar. Parecía un jodido pulpo. Al ver que de esa forma no iba a poder descalzarla, dejé que me la sacara por la cabeza; por eso y porque estaba sudando a mares de tenerla tan cerca y tan predispuesta a lo que mí se me antojara. Pero eso fue aún peor, porque mientras yo me peleaba con los broches de sus sandalias, ella se lanzó a besarme el cuello al tiempo que deslizaba los dedos por mi estómago. Esa faceta tan desinhibida de Abril me estaba empezando a poner nervioso. Y malísimo, joder. ¿Cómo se suponía que iba a mantenerme firme cuando me estaba tocando de aquella manera? ¿Cómo iba a negarme a follar con ella cuando no hacía otra cosa que provocarme? ¿Y cómo cojones iba a dormir a su lado cuando por culpa de sus manos me estaban empezando a doler las pelotas y la erección que tenía pedía a gritos ser liberada?

Conseguí quitarle los zapatos y me puse en pie. El solo hecho de respirar me costaba; mi pecho se agitaba tomando inspiraciones cortas que no me llegaban a los pulmones.

Olvidé prestar atención al oxígeno que me faltaba cuando llevó sus manos descoordinadas a mi bragueta. No podía dejar que continuara y a la misma vez me moría por que lo hiciera. Observé, paralizado, sus movimientos torpes mientras mi pantalón caía al suelo pesadamente por la carga de los bolsillos. Abril paseó las yemas de sus dedos por encima del elástico de mi bóxer, con la vista fija en el bulto que se ocultaba bajo este, y se relamió los labios. Respiré de nuevo, esa vez lo más profundamente que pude. No me dio tiempo a adivinar cuál de todas las fantasías que rondaban mi cabeza sería la que terminaría ejecutando cuando ya tenía mi polla rodeada con la mano y me lamía el capullo. Di otra honda inspiración al

notarme rodeado por el calor de su boca y apreté con todas mis fuerzas los párpados, los puños, la mandíbula y hasta los glúteos. Todo se tensó en mí, intentando no ceder, pero mis caderas ya se adelantaban pidiendo más, porque en el fondo lo deseaba, maldita sea.

Abrí los ojos de golpe gracias a esa mínima parte de mi cerebro que aún se mantenía cuerda y se rebeló contra mí. La separé bruscamente de mi sexo: jadeante, tembloroso, más duro que el puto acero y con tantas ganas de que continuara torturándome con su boca que no entendí cómo en lugar de impulsarme hacia adelante lo había hecho hacia atrás. ¡Abril quería aquello, joder! ¡¿Por qué cojones la detenía?! ¡¿Por qué no la dejaba terminar cuando ambos estábamos disfrutando?! Agité la cabeza, dividido entre lo que deseaba con absoluta desesperación y lo que no debía dejarme hacer.

Ella seguía sentada en el borde de la cama mirándome como si no me entendiera. Pero ¿cómo coño iba a entenderme si no me entendía ni yo?

—Vamos a dejarlo aquí. —Tragué con esfuerzo y el corazón a mil por hora.

—¡¿Por qué?! —preguntó incrédula—. No lo comprendo.

—Porque mañana te arrepentirás y me echarás la culpa a mí, como pasa con todo —espeté con rabia al tiempo que me subía los pantalones.

—No voy a arrepentirme.

Intentó ponerse en pie, se tambaleó y volvió a dar con el culo en el colchón.

—Sí que lo harás. —Me froté la cara con las palmas de las manos—. Además, te he sacado del *pub* para que ese capullo no se aprovechara de cómo vas y tampoco voy a hacerlo yo. Mírate, nena, estás muy colocada.

—No estoy colocada, solo un poquito bebida.

—Lo que tú digas.

—Y Sergio no iba a aprovecharse de mí.

—¡Ah, ¿no?! ¿Y cómo llamas a que tuviera la mano en tu culo y te estuviera comiendo la oreja?

Abrió los ojos desmesuradamente; lo cierto es que se veía algo más despejada que hacía un rato, aunque seguía sin estar al cien por cien.

—¡¿En serio me estaba tocando el culo?! —

—Bueno —meneé la cabeza de un lado a otro—, casi lo hace.

—¿Me lo estaba tocando o no, Samu?

—Le faltó nada.

—Pero no me lo estaba manoseando, ¿verdad? —Arrugó los ojos

tratando de recordar lo que había sucedido—. Por lo tanto, no se estaba aprovechando de mí.

—Aún —subrayé.

—¿Me crees tan estúpida como para no darme cuenta de cuándo un tío intenta traspasar la línea?

—En estos momentos, sí.

Se puso en pie hecha una furia y empezó a darme toques con el dedo en el pecho. Esos jodidos toquecitos suyos que me sacaban de mis casillas.

—Te voy a decir una cosa, sabelotodo de pacotilla, de mí tan solo se aprovecharon una vez, ¿me oyes?

—¿Y cuándo fue eso? —pregunté entre dientes, pegándome a su cara, asaltado por una rabia tan cruda que no cabía en mí.

—Hace mucho tiempo, pero yo no...

—No, no digas nada más; ya has dicho suficiente.

Le di la espalda y fui hacia la puerta.

—¿Te piensas ir en medio de una discusión?! Claro que lo vas a hacer —se respondió a sí misma—. No sé de qué me extraño cuando lo tuyo es huir en cuanto tenemos un problema.

—Voy al baño a calmarme. —Traté de mantener a raya mi mala hostia—. Me lo estás poniendo muy difícil.

—¿Y a qué vas?, ¿a darte una ducha fría?

Sabía que la que hablaba no era ella, que el alcohol le estaba soltando la lengua de aquella forma, pero ya me había tocado los huevos bastante por esa noche.

Volví sobre mis pasos y me aproximé a su cara.

—¿Nunca te han dicho que lo de la ducha fría es una gilipollez? Pues ya te lo digo yo. Voy a machacármela a solas para no tener que arrepentirme mañana. Me habría dejado encantado que me hicieras esa mamada, el problema es que cuando el alcohol ya no te nublara la mente, también me culparías y me lo echarías en cara, igual que acabas de hacer con algo que por lo visto hice mal en el pasado. Aunque no tengo ni puta idea de qué, cuando todo lo que me viene a la cabeza estoy seguro de que lo disfrutaste.

Lo expresé con voz monótona, si bien se apreciaba en ella un trasfondo envenado y punzante. Le di la espalda de nuevo y, por segunda vez, me dirigí a la puerta. Me estaba asfixiando en mi propia habitación, por no decir que lo de que necesitaba hacerme una paja urgentemente no iba de farol.

—En ningún momento he dicho que fueras tú quien se aprovechó de mí.

Aquel susurro que había escapado de entre sus labios sin intención real de ser escuchado llegó a mis oídos arrastrado por el silencio que gobernaba la noche. Y esa puta frase comenzó a hacer eco en mi cabeza.

Apreté con fuerza el tirador de la puerta, sin volverme. No quería verle la cara. No quería preguntar, porque me daba miedo lo que pudiera responder. ¿Qué significaba aquello? Si no lo decía por mí... entonces ¿por quién?

—¿Qué quieres decir? ¿Quién cojones se aprovechó de ti si yo no fui?

Me observé la mano, con los dedos crispados alrededor de la manilla, y vi que me temblaba.

Pasaron unos segundos y no habló. Me asomé por encima del hombro y el corazón dejó de latirme al ver cómo las lágrimas surcaban sus mejillas.

En dos zancadas estuve arrodillado ante ella limpiando la humedad de su cara y con unas terribles ganas de abrazarla.

—¿Qué es lo que no me has dicho, nena?

Simplemente lo supe: Abril me ocultaba algo.

Cogí sus manos entre la mías y se las apreté.

—Fue hace mucho tiempo, Samu, ya no tiene importancia.

—Para ti sí la tiene, de lo contrario no estarías así.

Las lágrimas corrían con fluidez hasta su barbilla temblorosa para terminar precipitándose sobre la tela vaquera de mis pantalones donde eran absorbidas.

—Da igual, de verdad. Ya da igual. —Apreté la mandíbula con fuerza, mirándola profundamente. Elevó una de sus manos y me acarició el mentón —. No me presiones ahora, ¿vale? No me encuentro muy bien.

Asentí a regañadientes. Si para Abril aquel no era el momento de confesarme eso que tanto le dolía no iba a obligarla a que lo hiciera. Di mi brazo a torcer porque era cierto que lo que se dice bien no estaba, pero cuando lo estuviera, no pensaba ser tan flexible. Ni de coña iba a pasar por alto aquello, aunque tenía la sensación de que cuando me enterara no me haría ni puta gracia.

*Abril*

Parpadeé perezosamente una, dos, tres veces, hasta convertir mis ojos en estrechas rendijas por las que mirar. La claridad que se filtraba a través de la ventana atravesó mis pupilas sin misericordia haciéndome lagrimear en abundancia. Notaba un dolor agudo cada vez que intentaba despegar los párpados de nuevo y, despacio, me di la vuelta en la cama para poner fin a aquella tortura. Gemí cuando al terrible dolor que sentía en los globos oculares se sumó un incesante y rítmico golpeteo. Cerré con fuerza los ojos deseando que cesara, pero fue incluso peor y la sensación de que un dichoso martillo me aporreaba las sienes se agravó.

—Dios mío —me quejé en un susurro llevándome los dedos a la frente para masajearla—, me va a explotar la cabeza.

Oí una risilla estrangulada muy cerca de mí y me obligué a mirar a través de las pestañas para saber de quién provenía.

—A eso se le llama resaca.

Samuel estaba tumbado de costado a mi lado con un codo sobre la almohada y la cabeza apoyada en la mano, y me observaba con una sonrisa burlona pintada en la cara.

—Baja la persiana, por favor —le pedí en un murmullo, sin atreverme a elevar el tono de voz por si aquel terrible dolor se incrementaba.

El colchón cedió al incorporarse y, cuando su peso lo abandonó, el brusco vacío que dejó su cuerpo hizo rebotar mi cabeza.

—Mmm —gemí de nuevo como única respuesta a esa agonía.

Experimenté el alivio inmediato que supuso prohibirle el paso a la claridad cegadora del exterior. Mis pupilas se dirigieron a él, parado junto a la cama con las manos en las caderas y la cabeza ligeramente ladeada. Mis ojos recorrieron el perfecto cuerpo de Samuel, cubierto solo por un bóxer blanco. Tragué saliva al ser consciente de la situación. No sin esfuerzo, levanté la cabeza para comprobar que mi propia figura únicamente estaba oculta por los encajes negros de mi ropa interior.

—¡Oh, no! —gimoteé dejándome caer contra la almohada. Cosa que lamenté al instante cuando el martilleo redobló su ritmo.

Me llevé las manos a la cara, en parte para esconder mi vergüenza por no saber qué hacía en la habitación de Samu prácticamente desnuda, y en parte para evitar que viese cómo la mueca provocada por las fuertes náuseas me desfiguraba el rostro.

—Voy a traerte un café y un ibuprofeno. No trates de levantarte hasta que vuelva, ¿de acuerdo?

Dejó la puerta de su dormitorio entornada mientras iba en busca de una cura para ese mal que yo solita me había buscado.

—Ponte algo, joder —lo escuché ladrar.

—No me des la brasa, tío.

Abrí los ojos y giré levemente la cabeza hacia las voces masculinas que venían del pasillo. Ahí estaba Samuel, casi como su madre lo trajo al mundo, con el hombro apoyado en el marco de la puerta de la habitación de Aarón.

—Abril está en mi cuarto y puede salir de un momento a otro —masculló entre dientes.

Pero yo no pensaba moverme.

—Tú también estás en *gayumbos* —escuché farfullar al mayor de los Reyes con voz pastosa.

—A ti no te ha visto en bolas, así que ponte algo de una puta vez.

—¿Tienes miedo de que haga comparaciones y pueda decepcionarse?

Mis ojos se abrieron sorprendidos cuando vi, por medio de la rendija que me ofrecía la puerta, cómo Samu se agarraba con una mano todo lo que ocultaba su bóxer y le hacía un gesto obsceno a su hermano.

—Cómeme el rabo. —Y tras esa delicia de frase, retomó su camino hacia la cocina.

La carcajada ronca de Aarón llegó hasta mí. Yo no pude evitar reírme también con aquella salida de Samuel y cerré los ojos, feliz por el avance tan positivo que veía en ellos.

El colchón cedió y volqué hacia un lado. Despegué los párpados bruscamente, con el corazón desenfrenado.

—Te has quedado sopa en cinco minutos. —Sus ojos tenían algo diferente que antes no estaba ahí—. ¿Puedes sentarte?

Me incorporé sobre los codos y, lentamente, ascendí con ayuda de mis piernas hasta que la espalda me apoyó en el cabecero. Samuel me agarró de la cintura, me despegó un poco de la madera y colocó la almohada bajo mis riñones.

—Gracias.

Asintió a la vez que me ofrecía un vaso de café.

—Anda, tómate esto.

Llevé el vaso a mis labios y, al primer sorbo, tuve ganas de vomitar.

—¡No le has echado azúcar!

—Bebe —ordenó—. Todo.

Y yo lo hice, aguantándome las arcadas que me venían por el amargor

del café. A continuación, me tendió una botella de agua y la pastilla.

—Trágate la sin pensar.

Volví a hacer lo que dijo.

Cuando lo miré noté que estaba muy serio, todo rastro de humor había desaparecido de su cara.

—Túmbate y cierra los ojos un rato. —Acercó su mano a mi mejilla y la acarició con suavidad—. Luego hablaremos.

—¿Podrías dejar de darme órdenes?

Achicó los ojos y se inclinó sobre mí.

—Haz lo que te digo, Abril. En media hora te encontrarás mejor y me lo agradecerás. —Fui a responderle, pero él puso un dedo en mis labios—. No estoy de humor para que me toques las pelotas después de la noche que me has hecho pasar. —Bajó el tono de voz—. Sigue mi consejo y relájate mientras desayuno..., porque después, quieras o no, vamos a hablar.

—¿Y si me niego? —Solo fue un balbuceo.

—No te servirá.

Se levantó y fue hacia la puerta, deteniéndose unos segundos antes de salir.

—Anoche dijiste algo a lo que no dejo de darle vueltas —me miró por encima del hombro y el amarillo de sus ojos se oscureció—, y no voy a parar hasta averiguar quién fue la persona que se atrevió a hacerte daño, porque te juro que va a arrepentirse.

Salió de la habitación cerrando tras de sí.

Por un instante me sentí perdida, sin saber a qué se refería, hasta que los extractos de una conversación se abrieron paso en mi mente. No estaba muy segura, pero me temía que la noche anterior había hablado de más, y tal y como me encontraba, un bombardeo de preguntas venidas de Samuel era lo que menos me hacía falta. Primero tenía que aclarar un poco mejor mis ideas, intentar recordar hasta qué punto había desvelado algo que debería seguir oculto para siempre y pensar en las posibles respuestas que tendría que darle llegado el momento. Y ese, desde luego, no era ni el momento ni el lugar. No podía quedarme allí esperando a que él entrara y cerrara aquella puerta, porque entonces cualquier intento de huida por mi parte sería nulo. Conocía a Samu y no me dejaría marchar. Me presionaría hasta que le confesara todo y después tendría que enfrentarme a él. Todos tendrían que hacerlo, porque todos le habían ocultado, por petición mía, una parte de lo que sucedió aquella maldita noche.

Me levanté de la cama, ignorando el terrible dolor de cabeza, y comencé a vestirme. Mi hija estaba durmiendo en la habitación de Agustín, así que la cogería y saldría de allí rápidamente. Sí, eso era lo que iba a hacer, desaparecer y posponer el momento de enfrentarme a la ira de Samuel.

Mis dedos quedaron congelados en los cierres de mis sandalias cuando una nueva imagen apareció en mi cabeza: brumosa, desdibujada, desenfocada y a la vez muy real.

—¡Mierda, mierda! —gimoteé al recordarme con su... con su cosa de ahí abajo entre las manos llevándomela a la boca—. No bebo más. Juro que no bebo más.

No hice por abrocharme las sandalias, las agarré con dedos temblorosos y avancé de puntillas hacia la puerta.



## 22. Lo que nunca nos dijimos

*Abril*

—¿Adónde crees que vas?

Subí la vista por su torso desnudo, su cuello, su mentón, hasta colisionar con sus ojos amarillos entrecerrados.

Ni tiempo había tenido de poner un pie en el pasillo, fue abrir la puerta de su habitación y estamparme contra él.

—¿Y Rebeca?

—Durmiendo con Agustín, así que déjala y entra.

Su voz contenida chocaba con su forma de observarme, desmintiendo la calma que aparentaba tener.

—No pienso volver a entrar en tu cuarto —siseé por no gritarle—. Apártate de mi camino. Le prometí a Rebeca que hoy la llevaría a comer churros y no voy a romper mi promesa.

Plantó las manos a ambos lados del marco de la puerta, ocupando con su voluminoso cuerpo la mayor parte del pasillo, y sonrió de un modo extraño.

—¡Aarón! —vociferó por encima del hombro sin desviar sus ojos de felino de los míos—. Despierta a la niña y al tío, coge dinero de la caja que

tengo dentro del mueble del salón y llévatelos a comer churros.

Amplió la sonrisa al ver cómo mi boca se abría y cerraba sin que de ella saliera el mínimo sonido.

—¿Tú eres consciente de lo que me estás pidiendo?! —La voz del mayor de los Reyes venía de la cocina—. Ahí hay mucho dinero, tío. Son tus putos ahorros. —Se carcajeó como un crío—. No tienes idea de lo que acabas de hacer. Voy a dejarte tieso.

—Me la suda lo que hagas. Cógelo todo si te hace feliz y cómete hasta la fachada de la churrería, pero os quiero fuera en diez minutos.

—Enana, vístete deprisa que hoy es nuestro día de suerte —decía a voz en grito entre risotadas—. Tío Agustín, desentumece los huesos y prepara la insulina, que tremendo atracón de azúcar vamos a darnos.

Estaba como un cencerro.

—¿Qué... qué pretendes? —murmujé tras tragar la bola de mi garganta.

Me agarró por la muñeca y, en menos de un segundo, estábamos dentro de su habitación con la puerta cerrada y el pestillo echado.

Al soltarme, apoyó la espalda en la hoja de madera y cruzó los brazos por delante del pecho, sin ocultar la sonrisa victoriosa.

No podía ponerme a chillar pidiendo ayuda porque eso implicaría darles un susto de muerte a Agustín y a mi hija sin una razón de peso, puesto que Samuel solo quería hablar, aunque desconociera que ni su corazón ni su mente estaban preparados para las respuestas que él pretendía obtener.

Retrocedí de espaldas hasta que mis pantorrillas dieron con la cama. Me dejé caer en el colchón, esperando unas preguntas que ni quería escuchar ni responder.

Permanecimos en absoluto silencio incluso después de que la voz excitada de Rebeca se perdiera tras la puerta de la calle. Samuel no había movido un solo músculo el tiempo que tardaron en marcharse. Yo tampoco me moví, sino que aproveché esos minutos en idear una contraofensiva para no ponérselo fácil. Y no solo porque no estaba preparada para confesarle lo que me sucedió, también lo hacía por él, por evitarle una culpa que no le correspondía y que con toda seguridad haría suya. Pero sobre todo era por no poner a prueba el poco autocontrol del que estaba dotado. Sí, tenía que ponérselo difícil, aunque eso implicara dañarme a mí misma. Mi silencio estaba sustentado por un buen motivo, ya que eran muchas las personas que me importaban como para ponerlas en su punto de mira. Si ellos se habían

mantenido callados era porque yo se lo había exigido, porque sabía que una vez se enterara no habría forma de razonar con él y terminaría desquitándose con Aarón. No me sentía preparada para enfrentar a Samuel. No ese día. No con tantas cosas que aún no nos habíamos dicho. Porque si yo le escondía un secreto, él tampoco me había hablado de los suyos.

—Acabemos con esto de una vez —dije poniéndome en pie.

—Acabaremos cuando contestes a mis preguntas, porque tengo la sensación de que mi paternidad no es lo único que me has estado ocultando.

Crucé los brazos al igual que hacía él, dirigiéndole una mirada desafiante. Samuel no me haría daño físico, pero debía prepararme para no venirme abajo con sus palabras afiladas, que seguro las habría. Porque él no medía cuando se ofuscaba. Porque él era la impulsividad ciega personalizada.

—Puedes preguntar lo que quieras, que yo te responderé a lo que me dé la gana.

Sonrió de un modo oscuro, negando con la cabeza.

—Por ese camino no vas bien.

—Y... ¿qué vas a hacer? ¿Obligarme?

Descruzó los brazos y posó las palmas de sus manos en mis hombros.

—No. Aunque podría hacerlo si quisiera. —Lo miré con los ojos abiertos de par en par—. Pero esa no es mi intención, y para que te quede claro, voy a darte las razones de por qué necesito saber lo que me ocultas.

Me empujó suavemente para que volviera a sentarme en la cama. Él se sentó en el suelo, frente a mí, con las piernas cruzadas como los indios. Mis ojos volaron a su abultada entrepierna, marcada por la fina tela del bóxer.

—Algo que te ocurrió te sigue quemando por dentro y necesito saber qué es. —Agité la cabeza para prestar atención al movimiento de sus labios—. Y necesito saberlo porque, aunque te empeñes en que seamos solo amigos, yo no puedo dejar de quererte. Y no puedo dejar de quererte porque formas parte de mí, porque tu vida es lo que impulsa la mía, porque lo que a ti te afecta, me afecta también y porque me suda la polla que te niegues a aceptar que lo nuestro es irrompible. Sabes perfectamente que la paciencia de la que carezco para algunas cosas me sobra para otras. Sé esperar, Abril, y te lo he demostrado mil veces. —La sinceridad en sus palabras se correspondía a la franqueza que mostraban sus ojos dorados—. Y me cuesta, ¿sabes? Me cuesta controlarme contigo. —Se humedeció los labios—. Te deseo a todas horas, joder; ni dormido dejo de pensar en ti. Me mata tenerte tan cerca y no poder tocarte. No sabes cómo me mata, maldita sea.

Cerró los ojos y respiró con fuerza.

—¿Y qué tiene que ver lo que sientes por mí con tu necesidad de respuestas?

No quería seguir por aquella dirección, pero verlo tan vulnerable siempre me había afectado. Por eso mismo no podía agrandar su dolor contándole la verdad.

—Tú sacas lo mejor y lo peor de mí, ya te lo he dicho. Tarde o temprano me enteraré, de ti depende que lo sepa por tu boca o por la de otro. Porque voy a presionarlos hasta saberlo. A todos. Uno a uno. A ti jamás te haré daño, sea lo que sea, pero... no puedo decir lo mismo de los demás. Si no quieres hablarme de la persona que se aprovechó de ti —ahí supe que mis brumosos recuerdos de la noche anterior eran reales—, es porque te hizo algo tan fuerte que tienes miedo a cómo yo pueda reaccionar. Pero no tendrías miedo si yo no conociera a esa persona, por lo que sospecho que sí que la conozco, ¿no es así? Háblame, nena —me suplicó en un susurro—. Haz que toda esta mierda que me ronda la cabeza desaparezca. Prometo que te escucharé. Por muy malo que sea, sabré contenerme.

Qué equivocado estaba.

Me notaba los párpados cargados y no me atrevía a pestañear. No podía decírselo ahora que él y Aarón empezaban a llevarse bien. ¡No podía! Y tampoco quería ser la culpable de que Samuel cargara con otra cruz a su espalda.

Necesitaba destensar el ambiente, redirigir la conversación hacia algo sencillo, hacer que se olvidara por el momento de lo que, sin ser consciente, desvelé la noche anterior. Y sabía cómo hacerlo.

—Al menos ponte algo para cubrirte mientras hablamos —dije señalando su protuberancia.

Bajó la cabeza y se observó.

—Ya llevo algo —concluyó agarrándose el paquete y recolocándose sin vergüenza alguna.

—Me refiero a algo más, mago de las exhibiciones, que mira que te gusta provocarme.

—¿Te provoca esto, Abril? —Volvió a tocarse al tiempo que torcía la boca en un amago de sonrisa—. Claro que te provoca. Por eso anoche, si no recuerdo mal, querías metértela hasta la garganta.

Ahí estaba esa lengua afilada incapaz de callar.

—No hablo de ese tipo de provocación, cretino. De lo que estoy

hablando es de tu forma de hacer las cosas, de imponerte para conseguir lo que quieres, o, dicho de otro modo, de tus constantes desafíos para sacar lo peor de mí. De eso hablo, de que me haces perder los estribos hasta convertirme en quien no soy.

Su expresión torturada había desaparecido.

«Bien, vamos bien».

—¿Que yo te convierto en quien no eres? ¡Y una polla! Si fuera el hijo de puta que dices que soy, anoche no te hubiera frenado y habría dejado que me la comieras sin importarme una mierda cómo te sintieras después. Anoche tú eras la que me provocaba —terminó con los dientes apretados, señalándome con un dedo—. Y no soy de piedra, joder.

Las mejillas me ardieron al comprobar que aquello que había asomado a mi cabeza era real también, sin embargo, lo más humillante era que él no tuvo reparos en decirlo ni lo hizo con sutileza. No, Samu no era delicado a la hora de expresarse y... ¿tenía la desfachatez de asegurar que si le contaba todo se iba a contener cuando se había puesto hecho un basilisco por algo sin importancia?

—Eres un asno sin domesticar. No tienes modales. Careces de sensibilidad y hieres a todo el mundo. —Me acerqué a su rostro—. Eres un maldito orangután de zoo que solo sabe utilizar la fuerza bruta.

Hizo un mohín que le desfiguró la cara.

—Cretino, asno sin domesticar, orangután de zoo y... ¡¿mago de las exhibiciones?! ¡¿En serio acabas de llamarme todo eso?! Tus insultos dan risa, Abril. ¿De dónde coño sacas ese vocabulario?

Se estaba burlando de mí, y si bien el tema principal había quedado relegado a un segundo plano, aquel que él había escogido para hacerse el gracioso sacó a la macarra que llevaba dentro.

—Me he visto obligada a adoptar ese vocabulario, que tanta gracia te hace, para educar medianamente bien a una niña que bastante tiene con escuchar las soeces que se dicen en esta barriada como para que también las tenga que oír en su casa. —Le cambió la cara—. No quiero que Rebeca diga los tacos que dicen la mitad de los niños de la Asunción. Y si no quiero que los diga, no debo decirlos yo tampoco. —Me aproximé más a él—. Pero eso no significa que no sepa escupirte a la cara lo cabrón que eres a veces. O que no vea la mala leche que tienes cuando te lo propones ni lo imbécil que me resultas cuando no sabes contener tu boca. ¿Quieres insultos de esos que parecen gustarte, Samuel? —Ladeé la cabeza mirándolo a los ojos—. Eres un

capullo si piensas que «tú gran paquete» me intimida o que me pone cachonda. Nunca has sido fácil, lo sé. Pero ahora no estás delante de aquella niña que se dejaba dirigir por ti, no lo olvides. Así que déjate de gilipollices y ponte unos pantalones si quieres que esta conversación continúe.

Ni lo vi venir. Me agarró por la nuca y estampó su boca contra la mía en un beso corto, pero violento. Cuando retiró sus labios respiraba con dificultad.

—Cachondo me pones tú, nena. —Descansó su frente en la mía y me acarició el cuello con sus ásperos dedos—. No estoy delante de aquella cría, eso está claro. Estoy ante la mujer en la que se ha convertido. —Me miró fijamente—. Una que tiene un carácter de la hostia y que me pone mil veces más.

Sus brazos me arrastraron y terminé sentada en sus piernas, a horcajadas, debatiéndome con todas mis fuerzas contra otro beso posesivo que tomaba sin permiso.

—Para, Samu —trataba de vocalizar mientras su lengua peleaba por penetrar en mi boca—. ¡Para te digo!

—No me pidas que pare. Si supieras cómo me excita que saques ese carácter, no lo harías. Quiero hacértelo ahora mismo. Aquí. En el suelo. Quiero que acabes lo que empezaste anoche y no te dejé terminar. Necesito hacerlo realidad, joder.

—Ha-Hacer realidad ¿qué?

Mi corazón comenzó a acelerarse.

—Quiero entrar en tu boca, verme rodeado por la suavidad de tus labios, sentir cómo me recorres con la lengua. —Podía apreciar la necesidad en sus palabras, aunque también algo que se acercaba a la rabia—. Y cuando deje salir la mala hostia que ahora mismo me consume, quiero follarte duro, mirándote a la cara solo para no olvidar que me perteneces.

Y ahí estaba lo peor de él echando a patadas lo mejor que momentos antes había surgido de sí mismo.

Incliné el cuerpo hacia atrás, sujetándome de sus hombros.

—¿Por quién me tomas?, ¿por una de las muchas a las que te has tirado? No soy una de ellas, pedazo de bestia. No voy a consentir que me hables como a una cualquiera.

—¡¿Como a una cualquiera?! ¡Te necesito, joder! —gritó—. Estoy ardiendo por ti, ¿cómo hago para que lo entiendas?

—Suéltame. —Forcejeé—. Suéltame ahora mismo, Samuel.

Para mi más absoluto asombro me soltó y pude arrastrarme hacia atrás poniendo distancia.

—Disfrutas con esto, ¿verdad? Disfrutas viéndome suplicarte, viéndome hecho pedazos.

—¿Que disfruto? —Dos lágrimas escaparon de mis párpados—. ¿Cómo puedes decirme eso? ¿Acaso ves algún disfrute en mi cara?

Me puse en pie y él siguió mis movimientos con los ojos.

—Te dije que lo que sentía por ti era tan fuerte que dolía —musitó sin apartar su mirada de mí—, y lo único que veo es que no haces nada por detener el dolor. Da igual cómo lo haga, Abril, el resultado siempre será el mismo: tú ignorándome y yo detrás de ti como un puto perro, porque pasar de ti aún me duele más.

¿Por qué tenía que ser un hombre tan complicado? ¿Por qué?, ¿por qué? ¿Por qué me sacaba de quicio y al segundo era capaz de tenerme comiendo de su mano?

Me arrodillé entre sus piernas y le acuné la cara, deslizando los pulgares por su áspera barba.

—No da igual cómo lo hagas. ¿No te das cuenta de que, si me hablaras con el corazón, tal y como acabas de hacer ahora mismo, conseguirías de mí lo que quisieras? Únicamente te centras en lo que tú sientes por mí, en si te hago daño o te ignoro. Ignorarte y mantener las distancias es de las cosas más duras a las que me he tenido que enfrentar. Pero tú no te has parado a pensar en lo que yo siento. —Las lágrimas corrían por mis mejillas y no hice nada por detenerlas. Él las veía descender como si estuviera bajo el influjo de algún hechizo—. Te quiero como nunca podré querer a nadie. Te amo con toda mi alma a pesar de cómo eres. Lo que siento por ti es tan intenso como para no haber podido rehacer mi vida junto a ningún otro, Samu. No me he podido entregar a nadie en seis años. Y tú sí lo hiciste, maldito seas. Con muchas. Con todas. Con Claudia.

Sus ojos se convirtieron en dos rayas de oro.

—¿Qué hablas de Claudia?

—¿Me vas a negar que esa mujer tampoco significa nada para ti?

—No, no te lo voy a negar. Ella significa mucho en mi vida.

Un sollozo agitó mi pecho.

—Pues ya está todo dicho. Tú has sabido guardar tus secretos tan bien como yo los míos, así que no me exijas explicaciones. Yo no voy a hacerlo, a pesar de que me juraste que ninguna de ellas significó nada.

Sus ojos se abrieron y algo similar al terror los cubrió. Me sujetó por los brazos cuando hice el amago de ponerme en pie.

—Nena, mírame. Mírame, Abril. ¡Mírame, joder! No es lo que estás pensando. Claudia solo es una buena amiga, alguien que me ayudó cuando más lo necesité.

—¿Y por qué no me hablaste de ella? ¿Por qué, Samu?

—Porque hablarte de ella implicaba hacerlo de todas las cosas que hice, de cómo me comporté, de lo jodido que estuve el tiempo que pasé fuera de la Asunción. Y no quería que supieras en la clase de persona que me convertí.

Lo miré intensamente, sopesando si debía dar el paso o quedarme plantada. Lo di. Había llegado la hora de confesarnos lo que no queríamos decirnos, de conocer los secretos del otro y hacer frente a lo que todo aquello desencadenaría.

—Pues si tú quieres respuestas, vas a tener que responder. Si quieres saber qué me ocurrió, me contarás qué te ocurrió a ti. Si me exiges que dé, dame tú también.

Asintió con lentitud.

—De acuerdo. Lo que sea con tal de recuperarte.

Apreté los párpados con fuerza.

—No, Samu, te equivocas. En cuanto sepas lo que ocurrió nos perderemos definitivamente, porque ninguno podremos perdonarnos las decisiones que vamos a tomar después.

### *Samuel*

La dejé ir cuando en realidad lo que me apetecía era abrazarme a ella y quedarme inmóvil. Respirándola. Sinténdola. Besándola... Pero Abril no tenía fuerzas para soportar más presión por el momento, y supongo que yo tampoco después de las últimas palabras que me había soltado. ¿Qué cojones era lo que no podríamos perdonarnos? ¿Por qué estaba tan segura de que nos íbamos a perder?

Me quedé sentado un rato en el suelo lamentándome por cómo había por

herirla cada vez que se oponía a mis peticiones. Siempre me pasaba igual, joder, perdía los papeles y terminaba haciéndole daño, y lo más gracioso es que después me sentía como una mierda, porque dañarla a ella significaba dañarme a mí mismo.

Con mi segunda taza de café entre las manos, me acerqué a la ventana de la cocina y miré a través de ella sin fijarme en nada en concreto, dándole vueltas a lo que me había dicho sin dejarme nada claro. Por los pocos datos que había reunido, todos ellos cojos y con cuentagotas, alguien la había puteado mientras estuve fuera de la Asunción. ¿Su padre? Ahora lo dudaba, más cuando sus neuronas inconexas por el alcohol le habían soltado la lengua. Pero ella se equivocaba en una cosa, y es que yo le perdonaría lo que fuera, por mucho daño que me hiciese. Sí, Abril se equivocaba en eso porque mi única debilidad era ella y por muchas veces que me pisoteara, por mucho que me odiara o por más que me exigiera que saliese de su vida, no iba a hacerlo. Si pensaba que tiraría la toalla en cuanto a mi obstinación por estar juntos, no me conocía una mierda.

—¿Qué miras, tío?

Giré el cuello y encontré a mi hermano a mi espalda buscando en el exterior aquello que parecía llamar mi atención.

—Solo la barriada.

—Muy aburrido debes estar para perder el tiempo en esa mierda. No hay mucho que ver. —Torció la boca y señaló la calle con un dedo—. Y la señora Mercedes con el andador ni es emocionante ni va a hacer que se te ponga dura. ¿O sí?

Hice una mueca de desagrado y él soltó una carcajada.

Qué distintos éramos. Mientras él ponía buena cara a las putadas que le hacía la vida, yo lo único que sabía hacer era pelearme con ella. En el fondo lo envidiaba. Aarón había aprendido a ser feliz a pesar de las circunstancias y, sin proponérselo, contagiaba a los demás; en cambio, yo parecía joderles la vida a todos los que estaban a mi alrededor. Quizá sí que tenía que empezar a poner de mi parte y cambiar ciertos aspectos de mí. Joder, hubiese dado lo que fuera por tener a Claudia a mi lado en esos momentos. Tendría que haberla traído conmigo a la barriada, aunque Abril seguramente me habría volado las pelotas. Sonreí al recordarla. Claudia. ¿Qué sabía Abril de ella? ¿Y qué creía que había entre nosotros?

Aarón se preparó un café y se sentó a la mesa. Yo seguí concentrado en el exterior.

—Samuel, toma. —Al volverme lo vi con el brazo extendido hacia mí sujetando un puñado de billetes en la mano—. Coge tu dinero.

Agarré los pocos ahorros que tenía, me los guardé en el bolsillo trasero del vaquero y arrugué las cejas en un gesto de incredulidad.

Él elevó las suyas y luego sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Por quién me tomas, capullo?, ¿por el enganchado de hace años? Trabajo las mismas horas que tú, dispongo de la misma pasta que tú... No necesito tu limosna para invitar a churros a mi sobrina.

—Entonces, ¿por qué lo has cogido?

—La tentación ha sido bestial, créeme. ¡Desplumar a mi hermano pequeño con su consentimiento! Un golpe de suerte que no se volverá a repetir.

—De eso puedes estar seguro: no se volverá a repetir. Has desaprovechado tu oportunidad. Te he tentado, podías haberme jodido y no lo has hecho. No me lo puedo creer.

Lo había tratado como a una mierda casi toda la vida, me diese motivos o no, y me costaba aceptar que no me puteara nunca.

—Solo me llevé tu pasta para que cuando mirases te diera un jodido infarto. Pero por lo visto ni has mirado, así que no tiene sentido que siga con ella. Además, he resistido a muchas tentaciones; a algunas aún tengo que resistirme para no dejarme convencer. Lo de tu dinero ha sido un juego de niños. —Dio un sorbo a su café—. Y por tu hija sería capaz de hipotecar mi vida.

Tocado y hundido. Aquellas palabras me conmovieron porque sabía que eran ciertas, que él haría cualquier cosa por Rebeca.

—Tiene suerte de tenerte —le confesé. Sus ojos reflejaron sorpresa—. Sí, Aarón, ella tiene mucha suerte de que estés a su lado, de que siempre lo hayas estado.

La imagen despreocupada que normalmente mostraba desapareció dando paso al hombre que era.

—Nada más enterarme de que Abril estaba embarazada supe que ese crío era tuyo. Y si era tuyo, también era algo mío. Tenemos la misma sangre, por poco que eso te guste, y a mí no me quedaba nadie aparte del tío. Necesitaba luchar por alguien, ya que por mí no podía. Necesitaba una razón para no acabar con mi vida.

Se me heló la sangre en las venas y por primera vez en mucho tiempo vi sin filtros a mi hermano, al real, al que fue una vez, al que quise con toda mi

alma. Y también, por primera vez en años, tuve la necesidad de escucharlo.

Me senté a la mesa de la cocina frente a él.

—Explícame eso —sin quererlo me tembló la voz—. ¿Por qué querías acabar con tu vida?

—¿Y tú me lo preguntas?! Joder, tío, ¡por todo! ¿Crees que no me daba asco a mí mismo cuando los efectos de la mierda que me metía pasaban? ¿Me veías tan superficial como para que no me doliera el rechazo de mis hermanos? ¿Qué pensabas, Samuel, que no os quería?, ¿que su muerte no me dolió?

Entonces comprendí.

—Te dolió tanto como a mí —sentencié convencido—. Te dolió de tal modo que... ¿intentaste quitarte la vida?!

—Varias veces, de hecho —admitió con el corazón en la mano dejándome conocer sus demonios—. Pero entonces llegó ella. Mi enana. Y me juré que no descansaría hasta que supiera... hasta poder decirle todos los *te quiero* que nunca le dije a mi hermana.

—Aarón, joder, no sabía...

—Ya la quería cuando estaba dentro del vientre de su madre. Ella se convirtió en mi prioridad y por eso no desistí todas las veces que Abril me cerró las puertas.

—Me alegro de que no lo hicieras. —Y era cierto, maldita sea. Me alegré como nunca pensé que lo haría—. Te agradezco que hayas estado ahí.

Se quedó mirándome fijamente.

—Te habría encantado. —Tenía los ojos acuosos y una sonrisa tan tierna que me dieron ganas de abrazarlo—. Era un bebé precioso, Samuel, una auténtica muñeca. Cuánto siento que te hayas perdido eso, aun sabiendo que si tú hubieras estado aquí yo no habría tenido una oportunidad con ella.

Cerré los ojos con fuerza porque lo que decía era cierto; de no haberme ido, él nunca habría podido acercarse a la niña.

—¿Por qué me hablas de esto precisamente ahora?

—Porque nunca has dejado de importarme. Aunque no lo creas, siempre te he querido. A ti y a ella.

—¿Por qué, joder? Dime por qué.

Me dolía escucharlo. Me dolía hasta en los huesos.

—Nunca he necesitado un porqué para sentir lo que sentía por mis hermanos, simplemente el sentimiento estaba ahí. No te hagas mala sangre, yo no te lo puse fácil. Debí deciros cuánto me importabais, y sé que no es

excusa, pero estaba tan enganchado, tan hundido en mi propia mierda, que llegó un día en el que todo me dio igual. No podía obligaros a quererme.

—Joder, joder, joder. —Con los codos apoyados en la mesa me tapé la cara con las manos—. Soy un maldito cabrón. —Estaba desesperado, no me había preparado para oír aquello. Me iba a echar a llorar, maldita sea. Me iba a venir abajo porque yo también lo quería y nunca se lo demostré—. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

Mi muro de contención acababa de venirse abajo y no me importó que él fuera testigo de cómo me derrumbaba.

—Todo está perdonado. —Él también se había desmoronado—. Tan solo hay una cosa que creo que nunca te podré perdonar. No me dejaste arreglarlo con ella y se fue de este mundo odiándome, sin saber cómo ni cuánto la quería.

—Dios, Aarón... —La voz se me rompió con el primer sollozo que me agitó el pecho.

Dejé que mi hermano viera cómo se me desgarraba el alma porque él se merecía verme hecho pedazos.

—Qué equivocado he estado. ¡Con todo, joder! —rugí sorbiendo por la nariz y secándome con rabia las lágrimas.

Quería retroceder en el tiempo y sabía que era imposible.

—Pues deja de equivocarte y empieza a hacer las cosas bien.

—¿Cómo?! —grité odiándome con todas mis fuerzas—. ¿Cómo hago para arreglar lo que te hice?, ¿para subsanar todos los errores que he cometido con Abril? ¿Cómo hago para no culparme cada vez que piense que, gracias a mí, Rebeca se fue creyendo que eras un monstruo?

—Algunas cosas ya no tienen solución y siempre tendrás que cargar con las consecuencias. Para otras muchas todavía estás a tiempo, solo tienes que esforzarte.

—¿Cómo? —repetí hundido.

—Haciendo lo que acabas de hacer. Escuchando a la gente, dejando que te digan todo lo que tengan que decirte y no tomando decisiones precipitadas. A mí me tienes, que te quede claro. A la enana te la estás metiendo en el bolsillo y pronto podrás darle la noticia de que eres su padre. Y con Ojos Azules, qué quieres que te diga, que si no quieres perderla, aprende a ser racional, aunque me temo que te lo vas a tener que currar mucho.

—Sí que me lo voy a tener que currar. Anoche, sin ir más lejos, con el globo que llevaba se le soltó la lengua y dijo algo relacionado con que se

aprovecharon de ella. ¿Y cuál fue mi salida? Comportarme como un gilipollas de nuevo, esa fue mi puta salida. —El color se le fue de la cara. Entonces caí en todas las frases dichas a medias—. ¡Tú lo sabes, joder! Y Darío, también; de ahí vuestras paranoias.

—Todos lo sabemos, Samuel. El único que desconoce lo que le sucedió eres tú. —Se puso en pie—. Recuerda lo que hemos hablado, lo que te he dicho.

—¿Te vas a ir y me vas a dejar así?

—Yo no voy a contarte nada. Se lo prometí. —Dudó un segundo y yo me erguí en la silla—. Lo que sí voy a hacer es prepararte para cuando ella lo haga. Cuando sepas lo que pasó, te vas a culpar y no debes hacerlo. Cuando Abril te diga todo, no vas a ser capaz de dominarte y tienes que intentarlo por todos los medios, ya que vas a querer arrancarle la cabeza a más de uno.

Comenzó a dirigirse hacia la puerta.

—Dímelo, Aarón. Te escucharé. Te juro que te escucharé hasta el final.

—No lo harás —susurró de espaldas a mí—, porque yo estoy entre esas personas a las que vas a querer matar. Pero puedes estar seguro de que cuando ella te lo cuente dejaré que lo hagas si tienes necesidad de hacerlo. Quizá de ese modo la culpa que llevo seis años arrastrando termine. Quizá si acabas conmigo pueda encontrar la paz.

Desapareció dejándome sentado a la mesa de aquella cocina que me daba vueltas. Me agarré la cabeza y me quedé allí, ordenando su contenido, procesando toda la información, tratando de dominar los miedos que me asaltaban.



Llevaba días como ido, sin asentarme a la realidad, echando horas en el taller hasta terminar exhausto, y todo porque me sentía perdido en aquella barriada a la que pensé que pertenecía.

Las palabras de Aarón continuaban sobre mi conciencia y las de Abril las tenía clavadas en el alma. Habían pasado cinco putos días en los que no dejé de experimentar ni un segundo un miedo real a no sabía qué, con sus cuatro malditas noches en las que no pude controlar una ansiedad tan fuerte que hizo que me olvidara hasta de cómo respirar. En cuanto a mi hija, había roto la promesa que le hice y eso me quemaba. No había ido a verla, maldita sea, y le aseguré que eso nunca pasaría.

Notaba que la jodida situación se me estaba yendo de las manos y

necesitaba volver a tener el control de la manera que fuese.

—Agustín, ¿podemos hablar?

—Claro, muchacho. —Dio un golpe con la palma de la mano en el sofá, invitándome a que me sentara a su lado—. Ya era hora de que vinieras a decirme qué te preocupa.

—¿Cómo sabes que estoy preocupado?

—Mírate, no hay más que verte. Estás hecho una porquería, tienes los ojos enrojecidos y la cabeza en otro lugar. Pero no he querido atosigarte. Sabía que si me necesitabas acudirías a mí.

Respiré hondo sin apenas llenarme los pulmones. No me llegaba el puto oxígeno.

—Tienes que ayudarme —casi le rogué—. Necesito... Necesito saber. Necesito detalles para poder actuar coherentemente, porque estoy llegando a un punto en el que me doy miedo.

No me pasó desapercibida su inquietud.

—Dime qué necesitas saber.

—Todo. Necesito saberlo todo.

—Todo es una palabra muy amplia.

—Lo sé, pero creo que lo he hecho tan mal que la culpa no me va a dejar vivir. Y lo peor es que no sé hasta qué punto la he cagado.

Puso una mano en mi pierna y la apretó con cariño.

—Ni tú debes cargar con culpas que no te corresponden ni yo debo darte detalles de cosas que sé que en estos momentos no vas a poder soportar.

—Puedo soportarlo.

—Ya veremos, muchacho, ya veremos. Empieza por algo fácil para los dos para ir calentando, porque esta conversación puede ser bastante dura.

Descansé la espalda sobre el respaldo del sofá e inspiré varias veces hasta ordenar mi mente.

—He hablado con mi hermano. —Decidí empezar con aquella confesión que me hacía sentir como pura mierda—. No he sido del todo justo con él, Agustín, y, aun así, Aarón no me guarda rencor.

—No, no has sido justo, pero no conocías toda la historia.

—Y sigo sin conocerla, lo que no es excusa para lo cabrón que he sido. Debí escucharle antes.

—Y él debió obligarte a que lo escucharas; no te culpes más de lo necesario.

—No dejé que se acercara a mi hermana —admití con pesar—. Ella se

fue sin saber que Aarón la quería.

Mi tío se removió incómodo en el sofá.

—Mira, muchacho, voy a decirte algo y no quiero que lo tomes a mal ni que malinterpretes mis palabras. Puedo entender cómo te sientes, pero tu hermano jamás se hubiese dado cuenta de sus errores de no ser por lo que pasó. Tenía una adicción que no lo dejaba ser él mismo y seguiría teniéndola si la muerte de Rebeca no le hubiese abierto los ojos. Sé que es duro de asimilar, pero en el caso de que la vida no nos la hubiera arrebatado a ella, nos lo habría arrebatado a él. Aarón no hizo por acercarse a vosotros, no os pidió ayuda, y cada vez era más dependiente. Le supuso un esfuerzo tremendo combatir sus adicciones e hizo cosas horribles por culpa de las drogas. No trato de justificarlo, porque hay actos que no tienen justificación. Él ha aprendido a vivir con la culpa que le pertenece; porque la tuvo, en muchos aspectos, y los remordimientos siempre van a estar ahí.

—¿De qué remordimientos estamos hablando? Porque no creo que sean peores que los míos.

Pensó unos segundos qué responder.

—Él necesitaba tanto esa mierda que, cuando aquel desgraciado lo amenazaba con no suministrarle, se agobiaba hasta el punto de que todo lo demás perdía valor. Tuvo algún que otro enfrentamiento con ese tipo, defendiendo lo que sabía que era justo, pero el mono era tan fuerte que terminaba arrastrándose para suplicarle más, para que no le negara lo que le pedía su cuerpo.

Era desgarrador oír aquellos datos sobre las miserias de mi hermano hasta ese momento desconocidas para mí.

—Tendría que haberle ayudado a ser fuerte, pero lo que me hizo cuando cumplí los dieciocho... me impidió ver más allá del odio.

Agustín me miró con algo parecido al desconcierto.

—Creo que deberías volver a hablar con él, esta vez de aquello que ocurrió.

—Lo que tengo que hacer es arrancarme esa espina de una maldita vez y pasar página.

—No —soltó con rotundidad—. Se lo debes. De esa mala experiencia que tuvisteis parte todo.

—¿Qué quieres decir?

—Que las cosas a veces no son lo que parecen. La culpa principalmente fue suya por ser un cobarde que se resignó a la cabezonería de su hermano

menor. Y tú —me señaló—, siempre fuiste tan obstinado como para no ver más allá de tus narices.

Si al principio de la conversación tenía dudas, en ese momento tenía mil más.

—No me vas a decir mucho más sobre eso, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—No me corresponde a mí, aunque déjame darte un consejo para cuando hables con él. Ten presente que estaba enfermo, que lo que tomaba no lo dejaba ser de otra forma.

—Lo haré, descuida. Escucharé todo lo que tenga que decirme. Tienes razón, se lo debo.

—Muchas cosas no te van a gustar y sacarán lo peor de ti. Intenta controlarte, ponerte en su lugar. No permitas que vuelva a ser débil, porque el que ha tenido una adicción la tiene de por vida. No lo dejes caer de nuevo.

¿Qué coño significaba aquello?

—Él no va a volver a caer. Tiene a su lado a muchas personas que le quieren. Te tiene a ti, tiene a Rebeca, a Carol... Y ahora también a mí.

—Lo sé, lo sé. —Cabeceó suavizando el tono de voz—. Pero la tentación es fuerte. Si no lo haces bien con él y se viene abajo, puede ceder a ella.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?, ¿tan poco confías en él?

La mano de mi tío voló a mi nuca y de un tirón pegó mi cara a la suya. Pocas veces en mi vida lo había visto así, sin embargo, sabía que él tenía un buen motivo para actuar de ese modo.

—Atiéndeme, Samuel. Ese malnacido ha vuelto a Las Viviendas de Papel y va detrás de tu hermano con una oferta.

El corazón me dio una sacudida cuando empecé a pillarle el hilo a sus palabras.

—¿Sebas está aquí? —pregunté en un tono áspero y bajo.

—Desde hace algunas semanas. Y no ha perdido el tiempo, créeme. Quiere que Aarón le ayude a pasar su mierda, lo está incitando a que pruebe la mercancía, y si haces las cosas mal, porque ahora estoy seguro de que no pararás hasta tener la verdad de todo, me temo que él puede volver a caer.

—No lo haré mal, Agustín. No esta vez.

—Convéncete de eso. Repítetelo hasta la saciedad si luego no quieres arrepentirte.

—¿Por qué iba a arrepentirme? —Yo también le agarré por la nuca—.

Háblame claro de una jodida vez para no seguir dando palos de ciego. Tiráis la puta piedra y escondéis la mano. Todos, joder. Y estáis consiguiendo que me vuelva loco.

—Si no somos claros es porque tememos lo que puedas hacer y cómo podrías terminar.

—¿Por qué? ¿Tan malo es?

—Habla con Abril y escucha todo lo que tenga que decirte antes de mover un dedo. Confía en mí, muchacho. Fíate de las palabras de un viejo que ya lo ha visto todo. Has vivido en una mentira desde que tenías dieciocho años que no te ayudará a que veas la verdad.

Me levanté como un animal.

—¡Suéltalo ya, joder! —le grité—. ¿Por qué cojones me tenéis tanto miedo?

Mirándome desde abajo, sentado en el lado que siempre ocupaba de ese desgastado sofá, su cara era el vivo reflejo de la tristeza y la resignación por algo que creía inevitable.

—La culpa que sentirás será enorme cuando Aarón te cuente su versión de lo que ocurrió en tu decimoctavo cumpleaños, pero no lo suficiente para dominar tu ira cuando sepas de su implicación en la muerte de tu hermana y en la violación de Abril.

Las piernas me fallaron y caí de rodillas al suelo.



## 23. La manzana podrida nunca estuvo en el cesto

*Abril*

—¿Qué coño haces?!

Levanté la vista de la novela que estaba leyendo al escuchar el bufido que dio mi hermano, pero lo que hizo saltar todas mis alarmas fue el tono contenido que usó Samuel. Esa voz áspera, casi ronca, que emanaba de su garganta cuando se esforzaba en mantener el control.

—¿Dónde está Rebeca?

—¿Dónde va a estar a estas horas? ¡Durmiendo, joder!

—Cógela y llévatela de aquí. Ve a casa de mi tío.

Irrumpieron en el salón como si los persiguiera el diablo.

Darío, con la cara encendida por la rabia, lo agarraba por la camiseta a la altura del omóplato, tirando con fuerza hacia atrás para hacer que se girara. Cosa que no conseguía.

Samu se detuvo al verme y quedé unos segundos anclada a sus ojos amarillos; el velo de culpabilidad que los cubría me hizo contener el aliento.

Él lo sabía.

—¿Cómo que me la lleve?! ¿A ti se te ha ido la cabeza?! —Mi hermano, ajeno a la batalla que tenía lugar en el interior de Samuel, tiraba de él con insistencia decidido en plantarle cara—. Entrás como un animal en mi casa, empujándome para abrirte camino, sin decirme una palabra de qué te ha hecho esta vez la vida para que estés tan cabreado y vengas a pagarla conmigo —ironizó cuanto le fue posible sin que eso hiciera mella en la actitud del reprendido—. ¡Son las once de la noche! No voy a despertar a Rebeca por el hecho de que a ti se te hayan cruzado los cables.

Dejé el libro a un lado del sofá y me levanté sin apartar mis ojos de los suyos.

—Darío, por favor, cógela en brazos y llévatela donde Agustín.

Desvié la vista hacia mi hermano, que había enmudecido por mi incoherente petición, y vi cómo las comisuras de sus ojos se arrugaban en un gesto de confusión.

Nos miró alternativamente, esperando una explicación por alguna de ambas partes; explicación que no llegó. No estoy segura de qué vería o qué le reveló el silencio que no nos atrevimos a romper, pero lo que fuera no le gustó.

—Es mi hermana, tío —le dijo en un tono nada arrogante, como queriéndole hacer entrar en razón—. Es ella, joder.

Samuel respiró profundamente, se giró y posó una mano en el hombro de Darío.

—Sé que es ella. —Sus facciones se contrajeron como si estuviese siendo torturado—. Nunca le haría daño, pero tengo que saberlo... Necesito que sea Abril quien me explique cómo pasó.

Mi hermano cerró los párpados con fuerza.

—Lo sabes —afirmó sin ninguna duda.

—No todo, aunque sí lo suficiente como para que me esté matando y quiera matar a alguien.

Darío aferró su brazo y lo apretó de igual modo que Samuel apretaba su hombro. Con afecto, un gesto de consuelo compartido ante el dolor que producía una herida antigua que no tenía intención de cerrarse.

—Por favor, no hagas nada de lo que luego puedas arrepentirte. —Fue a contestarle y mi hermano se le adelantó—. No hablo de ella, sino de algo que pueda perjudicarte a ti. Escúchala, Samu. Escucha todo hasta el final y ponte en el lugar de los demás antes de hacer alguna tontería.

Samuel asintió despacio y después lo soltó. Darío me miró una última

vez antes de adentrarse por el pasillo para, al minuto, salir con mi hija en brazos y cerrar la puerta de la calle tras ellos, camino de la casa de los Reyes.

Seguí con la mirada sus movimientos, poco menos que cansados, como si le supusiera un esfuerzo enorme trasladar su cuerpo el escaso metro que lo separaba del sofá. Se dejó caer en él, apoyando los codos en las rodillas, y hundió la cabeza entre sus manos.

—Dime que no te... Que no abusó... Dime que no fue él. Dime que el que te hizo eso no fue mi hermano.

Habían pasado casi seis años desde aquella festividad de la Asunción y su recuerdo aún me dolía. Ahora tendría que revivirlo de nuevo. Por Aarón. Por mí. Pero sobre todo por él.

Me senté a su lado, esforzándome por mantener la entereza, y me dispuse a contarle todo lo que no sabía de aquella maldita noche. Aunque también le daría a conocer la verdad sobre esa vida que él se había construido a partir de una mentira.

—Aquella noche, mientras vosotros ibais a comprar las hamburguesas a la plaza, volví en busca de mis braguitas al lugar donde tú y yo habíamos estado. —Levantó la cabeza de sus manos y me miró—. No las encontraba por ningún lado; con la intensidad del momento a saber dónde terminaron. —Hice el amago de sonreír sin llegar a conseguirlo—. El caso es que estaba arrodillada, rebuscando con las manos entre la hojarasca, cuando me abrazaron la cintura por detrás. —Un pequeño tic apareció en su mandíbula—. Pensé que eras tú, que ya habías vuelto de la plaza y habías venido a buscarme. No me extrañó que desearas hacerlo otra vez, tan impetuoso como eras, así que al principio no puse objeciones. ¡Te quería tanto, Samu! —La barbilla comenzó a temblarme—. ¡Necesitaba tanto saber que me amabas!

—Y te sigo amando, Abril —susurró acariciándome la mejilla con los nudillos.

—Lo sé —admití agarrándome a su mano—. Por eso no quería que lo supieras, porque me negaba a ser yo la causante de abrirte una nueva herida.

—Pero tengo que saberlo. Por mucho que me destroce y por muy culpable que me sienta, necesito saber quién te hizo eso.

Afirmé con la cabeza, aun sabiendo el daño que mi relato le haría en todos los sentidos.

Con un dolor lacerante que me desgarraba el pecho, le describí sin guardarme nada todo cuanto me ocurrió. Fui testigo de las fuertes emociones que iban desfigurando su rostro, de cómo se descompasaba gradualmente su

respiración, de cuánto sufría por lo que me hicieron y de la impotencia que lo estaba consumiendo.

Terminé con la cara empapada, tanto como la tenía él, que cerró los ojos permitiendo que las lágrimas salieran a raudales conforme yo le contaba cómo me sentí.

—Fue él, ¿verdad? —preguntó con la voz rota.

—No, Samu, Aarón jamás me ha puesto un dedo encima.

Abrió los ojos y la incredulidad fue la emoción más destacada que cruzó por ellos. Su tonalidad se asemejaba al oro líquido en ese momento.

Ahora tocaba hacerle saber las verdades que él ignoraba. Unas le mostrarían lo equivocado que siempre estuvo y otras... Otras harían pedazos su alma.

—Veo que has venido dispuesto a escuchar, y tengo que reconocer lo bien que lo estás llevando, pero antes de decirte el nombre de quien abusó de mí, necesito que sepas algo, porque ya no quiero más secretos entre nosotros y considero sumamente importante que conozcas todos los datos. Solo así podrás entenderlo, Samuel. —Apresé sus manos entre las mías—. Aarón no me hizo aquello, como tampoco se lo hizo a esa chica con la que salías. —Arrugó el entrecejo y abrió la boca para replicar. No se lo permití—. Escúchame primero, luego podrás hacerme todas las preguntas que quieras. En estos años tu hermano ha evolucionado como persona, nos ha permitido que conozcamos todo lo malo que había en él y ha aguantado con entereza las críticas por sus errores, que han sido muchas. Estaba enfermo. No era el que ahora es. Eso tienes que tenerlo claro.

—Continúa —me apremió tajante.

—La noche que cumpliste dieciocho años, cuando esa... esa chica salió de tu casa, lo buscó. Y sí, tu hermano se acostó con ella y se arrepiente de eso, pero no la forzó, todo fue de mutuo acuerdo. La que creías tu novia le dijo que estaba contigo para poder acercarse a él. Lo que te hizo a ti, el que te denunciara, fue solo para vengarse de Aarón.

—No fue así —gruñó.

—Sí lo fue. Piensa... Piensa en lo que ocurrió a los pocos días de que te pusiera la denuncia, cuando fue a tu casa. Tú mismo me confesaste que no entendías por qué te dijo que se había acercado a ti por interés. Creíste que lo decía movida por el dolor, pero no fue así. Te lo dijo porque te veía culpable de que Aarón la despreciara. Y el denunciarte fue porque sabía que de ese modo también le haría daño a él. Llevabas unos meses con esa chica, ella

tenía que saber que tú y tu hermano no estabais en vuestro mejor momento, que él ya consumía y que tus padres estaban sufriendo. Estaba al tanto de los problemas que había entre vosotros y de eso se aprovechó para haceros el mayor daño posible. Dejaste que te engañara. Has vivido diez años engañado. Piénsalo, Samuel. Yo he pensado mucho en ello.

—Sigue —me pidió acelerado, como si hubiera llegado a una conclusión y tuviera la necesidad de reafirmarla.

—Aarón aquella noche había consumido más de la cuenta, aunque no lo suficiente como para no recordar lo que ocurrió. Ella fue a buscarlo y lo provocó para hacer realidad una fantasía que solo existía en su cabeza. Y él cedió porque, según admitió cuando me lo contó, ni su cuerpo ha sido nunca de piedra ni su voluntad de acero. Así que se la... se la...

—Folló —remató Samuel con repulsa.

—Sí. —Respiré hondo—. Y al salir del callejón donde se lo habían montado ella le habló de sus verdaderos planes. Le confesó que había soñado muchas veces con aquello y que, al hacerlo realidad, ya no te necesitaba e iba a dejarte. Ahí fue cuando tu hermano se dio cuenta de que lo que para él había sido algo sin importancia para ella significaba mucho más. Así que cortó, sin ninguna delicadeza, sus ilusiones de adolescente. A lo que ella respondió amenazándolo con contártelo todo. Lo chantajeó. Cosa que poco le importó dado que él mismo pensaba informarte en cuanto te viera de la clase de persona con la que salías. Aarón le exigió que se alejara de ti, sin tener idea de que, horas antes, vosotros habíais... Bueno, ya sabes. No se imaginaba que por despecho haría lo que hizo, lo más que llegó a temer fue que te fuera con el cuento de que se habían enrollado, y eso no le preocupó demasiado porque sabía que no estabas enamorado de ella. Pero más tarde volvió a buscarlo para decirle que te había denunciado por haberla rechazado, aunque no la creyó y la despachó sin contemplaciones. Es por eso por lo que se siente tan culpable. Y su culpa es aún mayor por ir en busca de otra dosis que lo ayudara a olvidar todos los problemas que había causado al acostarse con la chica de su hermano en lugar de salir corriendo para comprobar si lo de la denuncia era cierto. Sé que hizo mal al no resistirse a las debilidades de su cuerpo: ni a las de la carne ni a las de las drogas. Pero no hay más culpas que esas, Samu. Él no la violó.

Qué perdido lo veía. Todo en lo que creía hasta ese momento yo acababa de desmontarlo, y eso lo volvía inseguro, e inestable quizá también.

—¿Cómo no me dijo nada? ¿Por qué no me obligó a que lo escuchara?

—Samu —hablé con tristeza—, ¿quién puede obligarte a hacer algo que tú no quieres hacer? —Me sostuvo la mirada—. ¿Cómo podía hacerte cambiar de opinión cuando, después de eso, nunca le permitiste acercarse a ti? Tu hermano simplemente se resignó. No te ofendas por esto, pero cuando se te mete algo en la cabeza no hay marcha atrás y por mucho que intentemos hacerte cambiar de opinión, es inútil.

—Mierda, mierda, mierda —susurró—. Cómo he podido estar tan ciego, joder. —Fijó sus pupilas en las mías—. Si lo que me has contado es cierto, las disculpas que pueda pedirle durante el resto de mi vida no serán suficientes. Lo tendré sobre mi conciencia por más que le reconozca que he estado equivocado. —Inspiró una profunda bocanada de aire—. Tendré que aprender a vivir con eso también. Aceptar que, gracias a mi odio, él no tuvo una oportunidad con Rebeca. No pudo despedirse de ella. No pudo compartir junto a su hermana los pocos años que le quedaban de vida. Eso es lo más duro, Abril... Lo que no sé si alguna vez podré perdonarme.

—Tienes que hacerlo. Tienes que perdonarte y perdonar también a los demás, si no jamás encontrarás la paz.

—¿Cómo me perdono el robarles todas las oportunidades? ¿O cómo voy a sobrellevar lo que te hicieron? —Sus palabras eran apenas un murmullo—. Yo debí estar a tu lado, debí impedir que te hicieran daño.

—No es justo que cargues con eso también. —Era sumamente difícil enfrentarme junto a él a las desgracias del pasado, más viendo cómo pesaban—. No puedes cargar con todo.

—¿Quién fue? —exigió por segunda vez—. ¿Quién fue el hijo de puta que te hizo aquello?

—A eso voy ahora. Te he puesto al tanto de lo que sabía, en lo referente a cuando cumpliste dieciocho años, para que puedas entender los actos de Aarón la noche de la festividad. Con nuestro distanciamiento hicimos que él se sintiera solo en el mundo, que se hundiera más en sus miserias y se aferrara a sus adicciones. Esto que te voy a contar no lo supe hasta mucho tiempo después, y, al igual que yo he hecho contigo, Aarón también me preparó, hablándome primero de esa parte de vuestro pasado para que lo comprendiera. No lo estoy excusando, todo fue muy doloroso para que se pueda olvidar, pero él hizo lo que hizo sin ser consciente de lo que provocaba.

—¿Qué tuvo que ver mi hermano con lo que pasó aquella noche?

—Todo y nada, Samu. —Noté cómo se tensaba—. Prométeme que

intentarás entenderle.

—¿Por eso vuestros miedos? ¿Por eso la insistencia de Darío y mi tío en que me controle? ¿Qué cojones hizo para que él mismo me dijera que iba a querer matarlo? ¿Qué coño fue lo que provocó?

Ese era Samuel en estado puro, y si no usaba las palabras correctas, la ira se desataría en él y ya ninguno podríamos pararlo.

—Solo ten presente que... la manzana podrida que creías que era tu hermano nunca estuvo dentro del cesto, ni cuando cumpliste dieciocho ni en la fiesta de la Asunción.

—Pues empieza a aclarármelo antes de que termine de volverme loco.

Tomé dos hondas bocanadas de aire, nada en comparación con lo que necesitaba.

—Como recordarás, Aarón estaba sentado alrededor de su hoguera junto a los que creía sus amigos. Había bebido mucho y aquella noche se metió algo más fuerte de lo que acostumbraba. Nos estuvo observando desde la distancia, embargado por algo oscuro que rayaba en la envidia, pero también lo hacía con dolor por no poder formar parte de lo que tú y Rebeca teníais...

*—¿Qué cojones miras, Reyes? —le preguntó Álex, propinándole un codazo para que espabilase.*

*Aarón se encontraba entre este y Sebas, repantigado sobre la arenilla que cubría el suelo del claro.*

*—Lo felices que parecen —contestó con un matiz de rabia observando el lugar donde estaban reunidos sus hermanos.*

*Rebeca sonreía, sentada entre Marta y Carol, por algo que había dicho Ángel, mientras Darío, de pie frente a ellos, la miraba con ojos de enamorado.*

*Aarón sabía que ese chico era un buen partido para su hermana, alguien con un corazón noble y unos sentimientos puros que la haría feliz. En el fondo se alegraba por ella. Rebeca solo se merecía lo mejor y ni él ni su hermano habían sabido dárselo. Sobre todo, él.*

*Pensó en ir hacia su fogata e intentar hablar con ella, decirle cuánto la quería, cómo la echaba de menos, pero al momento desestimó esa idea porque allí también estaba Samuel y no se lo iba a permitir. Llevaba muchos*

años resignado, siendo el indeseable que todos creían que era.

Espantó aquella tristeza que de vez en cuando lo asaltaba. ¡Qué coño importaba cómo se sintiese él! Sus hermanos estaban bien y eso era lo principal.

Centró su turbia mirada en Samuel, su ojo derecho desde que eran críos a pesar de que las circunstancias los hacían comportarse como dos extraños. Cómo le habría gustado compartir con él su mísera vida, pero su hermano lo creía un monstruo y él nunca hizo nada por cambiar aquel concepto que tenía de su persona.

Lo vio aproximarse al cuello de Abril, a la que él llamaba Ojos Azules solo por verla sonrojarse, y mover los labios junto al lóbulo de su oreja. Ella abrió los ojos sorprendida y Aarón dibujó una sonrisa al mismo tiempo que lo hacía Samuel, que mostraba en aquel momento ese típico gesto suyo que lo hacía irresistible a los ojos de cualquier mujer. Aunque su hermano solo tenía ojos para Abril.

«Qué cabronazo», pensó sin dejar de sonreír de aquella manera mientras los observaba. Aarón lo había visto crecer, convertirse en el hombre que ahora era y sabía el efecto que causaba en los demás. La altura y el voluminoso cuerpo, unidos a esa mirada llamativa y amenazante, le conferían una imagen peligrosa a la vez que deseable. Reconocía que tenía un carácter de mierda, pero eso nunca fue un problema para que las chicas babearan por él, si bien este solo se había valido de su atractivo para utilizarlas. Hasta que llegó Abril. Sabía que para Samuel esa chica era diferente a todas las demás, que aquella mirada azul noche lo había atrapado desde el momento en que la vio. Sí, su hermano pequeño se había enamorado, y por lo bien que lo conocía y teniendo en cuenta que siempre había sido una persona de extremos, estaba seguro de que pasaran los años que pasasen ese sentimiento seguiría ahí.

—Cuida de él, Ojos Azules —musitó para que nadie más pudiese oírlo.

Le era imposible apartar la vista de ellos y muy a su pesar sintió celos de lo que compartían. Algo que nunca tendría él. Aarón había asumido que ninguna mujer lo amaría por lo que era, ya que se había convertido en alguien a quien despreciar, de quien sentir asco y evitar a toda costa. Echó un vistazo a la derecha. Sí, tenía a Andrea, pero ella era solo un entretenimiento con quien follar, una opción fácil y poco trabajosa, aunque notaba que últimamente la chica parecía querer algo más. Volvió la cara y comprobó que su hermano se alejaba con sus amigos y que Abril se

*adentraba entre los árboles que rodeaban el claro de San Telmo.*

*Miró de nuevo hacia la hoguera donde se encontraba Rebeca con las dos pelirrojas. Las gemelas sí que estaban buenas, sobre todo Carol. Era la más imponente de las dos, la más agresiva, la menos callada. Quizá el resto de matados que poblaban la Asunción no las distinguieran, pero él sí lo hacía y cada día le llamaba más la atención la pelirroja borde, como la identificaba internamente. Se quedó unos minutos observándola desde la distancia. A esa niña sí que se la follaría con gusto, de todas las maneras y en todas las posturas. Se empalmó al imaginarlo y deseó poder estar solo para tocarse pensando en ella.*

*Tal vez algún día pudiese hacerle todo lo que le pasaba por la cabeza.*

*Con el miembro engrosado y dolorido, se carcajeó de dicha estupidez, Carol jamás pondría sus ojos en él.*

*Estaba muy mareado, pero lo prefería para no tener que enfrentarse a lo que era su realidad, a su patética vida.*

*Se recostó sobre un codo y se llevó a los labios otro canuto. Aquella mierda que últimamente vendía Sebas era cojonuda y el globo al que te elevaba más cojonudo aún. Se fumó el porro tranquilamente, sin prestar atención a la fiesta que transcurría a su alrededor, sumido en su propio mundo, ese que los efectos de la droga le otorgaban apartándolo del dolor. No era lo único que se había metido aquella noche ni lo más fuerte tampoco.*

*Arrojó la colilla a las llamas de la hoguera y cogió otra cerveza que se bebió sin paladear apenas. Intentó sentarse erguido y le fue imposible, así que se dejó caer de nuevo sobre los codos.*

*De repente, algo llamó su atención. Las gemelas y su hermana continuaban hablando de sus cosas, en cambio, a Abril no se la veía por ninguna parte. Deslizó la mirada a lo largo del claro, tratando de localizarla en alguna de las otras hogueras, pero no la vio. No debían haber pasado más de diez o quince minutos desde que ella se adentrase en la arboleda, si bien era tiempo suficiente para que ya hubiese regresado a la fiesta.*

*Intentó levantarse por segunda vez. Tenía que ir a buscarla; si a Abril le ocurría algo su hermano se volvería loco.*

*—¿Qué coño haces? —le espetó Sebas cuando al tratar de ponerse en pie cayó sobre él.*

*—Tengo que ir a por ella —balbuceó—. Abril está sola ahí dentro, tengo que encontrarla y traerla antes de que vuelva Samuel.*

*Sebas se quedó mirándolo fijamente con sus intimidantes ojos negros.*

—¿Ella está sola?

—Sí, tío, hace rato que se adentró entre aquellos árboles —señaló— y aún no ha regresado. ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si alguno de esos tíos la está reteniendo? A mi hermano se le iría la cabeza. Tengo que encontrarla.

Probó de nuevo a levantarse. Sebas lo sujetó de un brazo y se puso en pie con él, pero a Aarón todo San Telmo le daba vueltas.

—Estás muy colocado, tío. Yo iré por ella y la traeré.

—¿Harías eso por mí? —preguntó incrédulo.

Le constaba que Sebas no tragaba a su hermano, aunque era cierto que con él se llevaba bastante bien. Las pocas discusiones que habían tenido giraban en torno a Álex y al poco respeto que este le había mostrado a Rebeca, lo que casi le costó que le cortara el grifo y no le vendiera la mierda que tanto necesitaba meterse. Y todo por defender a su hermana de ese jodido «perro».

—¿Para qué si no están los amigos?

Aarón sonrió. Sí, Sebas era uno de los pocos en la Asunción al que podía considerar como tal. Él le había brindado su amistad nada más llegó a la barriada, hacía ya más de cuatro años, y aunque sabía que no era del todo trigo limpio, en esos momentos no se encontraba en condiciones de dar un paso y menos aún de internarse entre la maleza.

—Gracias, colega —le dijo con sinceridad.

Sintió algo parecido a una caricia cálida dentro del pecho. Eran muy pocas las personas que le mostraban un mínimo de cariño o hacían desinteresadamente algo por él.

—¿Por dónde dices que se ha ido?

—Por allí. —Le indicó con el dedo—. Encuéntrala y tráela, tío. Por favor.

—Descuida.

Le palmeó el hombro antes de alejarse de las hogueras. Aarón vio cómo su silueta se perdía en la oscuridad.

Se dejó caer al suelo con la vista fija en la linde del claro, esperando de un momento a otro verlos salir de entre los árboles. No era ningún estúpido y, por muy puesto hasta el culo que estuviera de todo, sabía que a Abril no le iba a hacer gracia que Sebas hubiese ido en su busca. La misma que si hubiera ido él; no había diferencia y con eso se conformó. Solo rezaba para que volvieran antes de que Samuel apareciera o, de lo contrario, estaba seguro de que la tendrían. Su hermano no apreciaría ni su buena voluntad ni

*la de su colega. Las malinterpretaría como hacía con todo.*

*—Cómo me gustaría echarle un polvo a tu hermana.*

*Giró la cabeza hacia Álex, aquel cretino sin escrúpulos al que detestaba.*

*—Si te acercas a ella te mato —le amenazó con la lengua trabada, ganándose una carcajada por parte del advertido.*

*—Ahora mismo no serías capaz de matar una puta mosca, Reyes.*

*Se incorporó como pudo y lo cogió por la pechera.*

*—No me pongas a prueba, chico duro.*

*Álex lo empujó de malas maneras para zafarse de su agarre. Su sonrisa, podrida por los excesos, se transformó en una mueca de odio.*

*—Andrea —gritó por encima de Aarón, que había quedado tumbado sobre la gravilla por el empujón—, ¿por qué no vienes aquí y entretienes a tu amigo? Creo que necesita que alguien le calme los ánimos.*

*Notó un cuerpo caliente tumbarse a su lado y cómo lo cubrían con una toalla de rizo suave. Una húmeda lengua comenzó a recorrerle el cuello y cerró los ojos cuando los dedos de la chica le desabrocharon el botón de los vaqueros y deslizaron hacia abajo la cremallera. Sí, aquello era lo que necesitaba, alguien que lo tocara como si realmente fuera importante. Aun sin mirarla sabía que era la mano de Andrea la que se había colado en el interior de sus calzoncillos y había sacado su duro pene. Pero en esos momentos, sumido en una brumosa paz, poco le importaba quién lo estuviera masturbando ni delante de quiénes lo hiciera. Se dejó llevar, concentrado únicamente en aquella mano que bajaba y subía a lo largo de su miembro, en el estimulante dolor en sus testículos contraídos y en el pulsante latido condensado en su entrepierna. Simplemente se abandonó al placer, sonriendo con los ojos cerrados, soñando con que alguna vez fuera la pelirroja borde quien lo tocara de aquella manera. Seguro que con ella se corría a los dos minutos; con Andrea cada vez le costaba más, por eso cerraba los ojos, porque era consciente de sus debilidades como hombre y sabía que la chica que tenía al lado era su única opción. Era eso o pagarse una puta, y el dinero no le sobraba y lo necesitaba para otros vicios que no podía negarse.*

*Descartó la imagen de Carol haciéndole una paja y se centró en la sensación que empezaba a recorrerle el cuerpo. Era una de las mejores, lo reconocía, casi como la que le hacía sentir la droga. Apretó la mandíbula cuando los dedos de Andrea se cernieron con más firmeza alrededor de su*

*pene e incrementó el ritmo. Tuvo que ahogar el grito que quiso escapar al exterior al tensarse del todo mientras se vaciaba, dejando salir tan solo un rugido sordo de su garganta. Ladeó la cabeza y se encontró con los ojos de ella, con las pupilas tan dilatadas como debía tenerlas él por toda la mierda que esa noche se habían metido. Una punzada de tristeza lo atravesó. No podía aspirar a alguien mejor, a alguien que no fuera como él, a alguien que no estuviera incluida en ese mundo oscuro al que pertenecía.*

*Se vio en la obligación de devolverle el favor y cubrió el sexo de la chica con su mano, restregando la palma con fuerza por encima de su ropa interior. A Andrea le gustaba experimentar en esa fina línea que existe entre el placer y el dolor, eso él lo sabía. Le arrancó un jadeo al destrozarle las bragas y otro al hundir dos dedos en su interior sin ninguna cortesía.*

*—Fuerte —susurró ella junto a su oído.*

*Los movió adentro y afuera con vigor, palmeándole el clitoris fuertemente con el talón de la mano cada vez que enterraba sus dedos en lo más profundo del húmedo canal.*

*Unos gritos lo hicieron detenerse.*

*—No pares ahora, joder.*

*Andrea lo agarró por la muñeca, pero él tiró y se desprendió de su mano.*

*Se incorporó agitado cuando advirtió que Álex ya no se encontraba sentado a su lado.*

*Los gritos se multiplicaron y se tapó los oídos mientras se ponía en pie a duras penas. Andrea lo insultaba, le decía que era un cabrón, aunque él no la oía ni sentía los puñetazos que ella le estaba propinando en las espinillas. Su mirada borrosa vagó por el claro hasta detenerse en el lugar de donde venían aquellos chillidos de pavor. El corazón se le detuvo dentro del pecho al ver que se trataba de la hoguera en la que estaba Rebeca con sus amigas.*

*Medio tambaleándose, arrastró los pies hasta el lugar, intentando darle forma a la imagen que ahora se mostraba ante él. Eran los gritos de las gemelas los que habían llegado a sus oídos. Ellas chillaban tratando de penetrar en las llamas de aquella hoguera que parecía haber crecido y si no lo hacían era porque Ángel no las dejaba. Alex se encontraba dos pasos por detrás de ellos, observando con estupor las lenguas anaranjadas.*

*Agitó la cabeza para aclararse y comprender qué cojones estaba pasando. Vio a Samuel arrodillado a pocos metros de las llamas; tenía la cara bañada en lágrimas y golpeaba con saña la tierra. Quiso ir hacia él y*

*abrazarlo, decirle que todo estaba bien, sin embargo, una alarma interna le decía que no era así, que algo muy gordo había tenido que pasar para que su hermano se hubiese venido abajo de aquella manera. Buscó entre la oscuridad de los árboles a Abril, temeroso de que algo horrible le hubiese ocurrido. Porque tenía que ser eso, de otro modo él no estaría así. Vio salir a Sebas de la arboleda, apartando con la mano las ramas más bajas, pero ella no venía con él.*

*¡Rebeca!, aulló su mente de improviso.*

*No podía respirar mientras intentaba hallar a su hermana en medio de aquel gentío. Entonces fue cuando vio a Darío tendido en el suelo intentando meter los brazos dentro de las brasas. Él trataba de agarrar un bulto ennegrecido que apenas se movía, pero sus extremidades se retraían hacia atrás por el extremo calor sin que él pudiese hacer nada.*

*El dolor lo asaltó sin aviso y los ojos le escocieron como si les hubiesen echado sal. Acababa de entender aquella estampa dantesca que tenía frente a él. Dejó caer los brazos a los costados y se obligó a no llorar. No tenía derecho a derramar una sola lágrima, no se merecía ninguna clase de desahogo, porque nada de aquello habría pasado de haber protegido a sus hermanos como debería haberlos protegido. Y ahora su hermana se moría delante de él sin que pudiese hacer nada, sin que supiera cuánto la quería. Miró de nuevo a Samuel con la determinación de arreglar las cosas con él antes de que el destino también se lo arrebatara. Todos los que amaba se iban de su vida y él se maldijo por no poder cambiarse por ellos. Deseó que sus padres estuviesen vivos, que nunca se hubieran visto en la necesidad de venir a la Asunción. Y los maldijo también por el final que había encontrado Rebeca como resultado de que ellos muriesen.*

*Samuel giró la cabeza hacia la linde del claro y Aarón desvió los ojos en esa dirección. Abril estaba allí, a pocos metros de los árboles, y su cara mostraba con transparencia miedo, dolor y odio a partes iguales, lo que terminó de hacerle pedazos. No por lo que vio en el rostro de ella, sino por lo que vio en el de él. Su hermano había perdido el alma y el corazón aquella noche, y ya ni siquiera Abril podría devolvérselos.*

*Se dejó caer de rodillas en la tierra, se tapó los ojos y rezó por que fuera una pesadilla y que cuando despertara todo estuviese bien: su hermano enamorado de Abril, su hermana feliz junto a Darío y él siendo el despojo humano que era. Así era como tenía que ser, la alternativa solo se trataba de una alucinación producida por toda la mierda que se había metido. Deseó*

*que la droga estuviese adulterada y fuera él quien se estuviera muriendo. Eso era soportable, no el seguir viviendo sin uno de sus hermanos.*

*Rebeca falleció ocho días después en la Unidad de Quemados y él no había tenido el valor de ir a visitarla una sola vez. Samuel también lo había abandonado, se marchó a Castellón al día siguiente de la tragedia en el claro y allí seguía, sin preocuparse de cómo se encontraba él.*

*Trató de localizar a Sebas para que le diese algo, a ser posible corrompido, que no acabara únicamente con el dolor, sino también con su vida. Pero viendo que este también había desaparecido de la faz de la tierra, no le quedó de otra que aceptar la que se le venía encima.*

*Hizo por buscarse otros proveedores que le facilitaran el consumo hasta que decidió presentarle batalla. El mono fue lacerante, insoportable y parecía que no iba a terminar nunca. Se volvió irascible, peligroso y convirtió a su tío en la diana de todas sus desgracias. Pero Agustín era un Reyes de los pies a la cabeza, como lo fue su difunto hermano, como lo era su sobrino Samuel y como en el fondo lo era Aarón. Ni todos los ejércitos del país habrían podido con él. Fue severo cuando tuvo que serlo, implacable en cuanto a la adicción y comprensivo cuando ese chico frágil que llevaba su misma sangre le confesó todas sus miserias. Su tío fue el salvavidas que lo mantuvo a flote los meses que estuvo muerto en vida y también fue quien lo informó del estado de Abril. Desde ese instante, las razones por las que en tres ocasiones intentó quitarse la vida se fueron desvaneciendo. En el vientre de esa chica crecía un Reyes y se juró que a este sí lo protegería, pesara a quien le pesase y se opusiera quien se opusiese. Con esa firme idea en su cabeza consiguió superar la dependencia, creando a la vez un vínculo indestructible entre su tío y él.*

*Trató de hablar con Abril en más de una ocasión con el propósito de contarle todo para tener la oportunidad de formar parte de la vida de esta y de su futuro hijo, y aunque no lo consiguió, ya que ella parecía odiarle más que nunca, no cesó en su empeño.*

*El cinco de marzo se enteró de que acababa de ser tío de una hermosa niña que tenía dos soles por ojos, al igual que él, lo mismo que su hermano Samuel.*

*Fue su protector oculto entre las sombras durante varios años, observando desde la distancia cómo Rebeca crecía fuerte y feliz al lado de Darío y su madre. Y el día que Abril por fin le abrió las puertas de su casa, encontró de nuevo el amor en aquella niña de solo tres años. Alguien por la*

*que sin duda daría su vida. Alguien a quien tendría entre algodones. Alguien que no conocía su pasado y podía quererlo por lo que ahora era.*

*Sin embargo, por una vez en su miserable existencia se permitió ser egoísta soñando con ser aceptado no solo por la niña, sino también por cuantos lo rodeaban. Necesitaba pertenecer a algo, volver a sentirse parte de una familia, y decidió que eso únicamente lo lograría abriéndose a los demás, siendo totalmente sincero con ellos.*

*Confesó a Abril todos los errores que a lo largo de los años había cometido, todas las culpas que arrastraba y que nunca se irían, y todo el cariño que tenía guardado y que no se había atrevido a mostrar por considerarse un cobarde. Para su sorpresa, no solo ella terminó aceptándolo, también lo hicieron los demás.*

*Poco a poco fue integrándose, paladeando a pequeñas dosis lo que era la dicha, hasta que una noche la felicidad absoluta lo desbordó. Fue la noche en la que Carol lo besó. Ahí estaba la pelirroja borde de sus sueños, mirándolo fijamente a los ojos y acunándole la cara entre sus manos mientras acercaba su boca lentamente a la de él. El primer roce de labios fue una caricia tan sutil que Aarón pensó que la había soñado. Llevaba mucho tiempo deseando aquello. ¡Eran tantas las veces que lo había imaginado! Y lo que experimentó su cuerpo cuando sus lenguas danzaron jamás pensó que lo sentiría. Fue algo explosivo, demencial, un subidón como ninguno que hubiese tenido. Entonces supo que volvía a ser dependiente, que otra vez estaba enganando a algo, pero para variar, de esa adicción no quería deshacerse en el resto de su vida.*

*Aquella noche de junio conoció por primera vez el significado de hacerle el amor a una mujer y de que esta se lo hiciese a él, y estuvo convencido de que esa chica con el pelo del color del fuego y arisca como ninguna otra era la mujer de su vida. Sabía que no se merecía tanto bueno; no pasaba un solo día que no se acordara de sus hermanos, pero la vida continuaba y él estaba dispuesto a abandonarse a ella.*

*Fue Carol quien un día le contó lo que Sebas le había hecho a Abril. Eso lo hundió, creándole una culpa que le pesaba como una losa. Porque él lo había consentido, había permitido que ese hijo de puta fuera en su busca con otra intención de la que le hizo creer. ¡Qué estúpido había sido! ¡Qué asco se dio aquellas semanas que tardó en aceptar el tremendo error que había cometido!*

*Con el tiempo los demás consiguieron que sobrellevaara aquella carga.*

*Abril tuvo mucho que ver en su estado de ánimo y fue quien más le subió la moral ya que no lo culpaba de lo que le hicieron. Carol terminó de rehacerlo de nuevo como persona, con paciencia, amor y un sinfín de halagos que no creía merecerse.*

*Ángel y Darío también estuvieron a su lado, haciéndole ver que él no era el único que había cometido errores imperdonables. Fue aquella conversación que tuvieron la que lo asentó a la realidad. Saber que Ángel se culpaba por haber insistido en ir a por las malditas hamburguesas no le alegró, pero hizo que el peso fuera más llevadero. Y de lo que tenía que soportar Darío, mejor ni hablar porque ahora sabía lo que era amar a alguien, de modo que imaginaba por lo que tenía que estar pasando.*

*Marta fue otro de los pilares más importantes en su recuperación. Ella fue la primera que lo aceptó del todo: sin hacer preguntas, sin esperar explicaciones. Simplemente un día, en el que aún los demás eran reacios a su presencia, se sentó a su lado y empezó a hablar con él. Aarón le preguntó por qué lo hacía y ella le contestó que todas las personas se merecían una segunda oportunidad, que bastante había pasado ya como para alargar más su sufrimiento. Le dio un abrazo antes de irse y quedó en que se verían al día siguiente. Aarón no pudo más que sonreír. Sí, a él le ponía la pelirroja borde, pero Ángel tenía muchísima suerte de estar con la que le daba significado a su nombre, porque si Carol era como una diablesa, a Marta tan solo le faltaban las alas con plumas para ser un verdadero ángel.*

*Los días pasaron hasta que, sin darse cuenta ni saber cómo, ya era parte de ellos; se había integrado en aquella familia compuesta de amistades unidas por el dolor. Conoció de verdad a Ángel y Darío, no solo superficialmente, sino en profundidad, y a cuál de los dos con mayor corazón. Aunque siempre se sentiría ligado a este último por el amor que ambos compartían por su hermana y por los lazos de sangre que los unían a su sobrina Rebeca.*

*Gracias a todos ellos, Aarón comprendió que luchar por ser feliz formaba parte de la vida y dejó de ser un drogodependiente despreciado para convertirse en una pieza imprescindible para cuantos lo rodeaban. Aunque siempre tendría dos espinas clavadas en el pecho que de ningún modo se podría arrancar: lo que nunca le diría a su hermana y abrazar a un hermano que jamás lo aceptaría.*

—Y de un día para otro volviste a Las Viviendas de Papel y rompiste todos sus esquemas —dije con una sonrisa cálida al pasarle el pulgar bajo los ojos para retirarle la humedad—. No solo los suyos, también hiciste añicos los míos la tarde que, con aquel mono de trabajo mohoso, te presentaste en mi casa y te vi de nuevo. El día que la conociste a ella.

Samuel había llorado en silencio casi todo el tiempo que yo había estado hablando. Yo también lloré por todo lo malo a lo que nos tuvimos que enfrentar siendo tan solo unos críos.

Le narré el sufrimiento de Aarón usando las mismas palabras que él utilizó conmigo cuando dejó al desnudo cada una de sus vivencias y me confesó lo que sus errores habían ocasionado. En esa parte del relato Samuel había golpeado con el puño el sofá, y cuando puse en mi boca el nombre de quien me había violado, rugió primero como un animal herido y después sollozó con fuerza, pero eso no me detuvo para que continuara hasta el final. Maldijo a Aarón al saber de su implicación en la muerte de Rebeca, pero no lo hizo con rabia, sino con un profundo dolor.

*Fuiste un estúpido* —había musitado—. *Un enganchado de mierda que no pudo ver las intenciones de ese hijo de puta.*

—Ahora entiendo todas las frases que tanto tu hermano como el mío me querían hacer entender. Ahora comprendo tu miedo a que lo supiera, porque de no haber sido tú quien me contara esto, habría ido a por Aarón y lo habría matado.

—Estoy sorprendida de que sigas aquí tan tranquilo. —Sonreí con pesar sabiendo el daño que mi confesión le había hecho—. Estoy impresionada y conmovida de lo bien que te lo estás tomando. Me siento muy orgullosa de ti.

—Tienes el don de hacerme ver más allá de lo que yo veo. —Me devolvió la sonrisa—. Solo por ti estaría dispuesto a ser un buen chico, a comportarme bien. No me importaría convertirme en un calzonazos si la que me ordena y manda eres tú.

Me lancé a su cuello y lo abracé. Quería a ese hombre con toda mi alma.

*Samuel*

Todo rastro de dolor, culpa o rabia se atenuaron en cuanto me vi rodeado por sus brazos. La estreché por la cintura y metí la nariz en el hueco de su cuello. ¡Dios, cómo la amaba! Cómo deseaba quedarme en aquella posición para siempre, sintiendo su frágil cuerpo entre mis brazos. Ese cuerpo cálido y suave que aquel malnacido se atrevió a profanar. El odio que sentía por ese miserable me era desconocido; tanto, que temí perder la cabeza si me lo cruzaba por la Asunción.

—¿Lo denunciaste? —pregunté rozándole la garganta con los labios.

—No, no lo hice.

—Me cago en su puta estampa —mascullé sin ocultar mi desacuerdo.

Abril se separó despacio de mí, buscando mis ojos para saber qué emoción los recorría y cuando tuvo la certeza de que no estaba a punto de perder los papeles, me confesó por qué no lo había hecho.

—Era una cría, Samuel, eso tienes que entenderlo. Una cría que no solo acababa de pasar por una de las peores experiencias de su vida, sino que a esta se sumó lo que le había ocurrido a una de sus mejores amigas; la hermana del chico del que estaba enamorada; la razón de vivir de Darío. —Suspiró—. Yo no sabía por aquel entonces que nuestra hija sacaría tus mismos ojos ni que las gentes de la Asunción darían por hecho que su padre era Aarón. En aquellos momentos, tras enterarme de que te habías ido sin pensamientos de volver, con la vida que se estaba gestando en mi interior como único lazo entre nosotros, tuve miedo de que se supiera lo que había hecho Sebas y que las habladurías lo convirtieran en el padre de mi bebé. Entiéndeme —me pidió con pena y un punto de desesperación por si no la comprendía—, yo no podía saber que Rebeca tendría tus ojos, que ese extraño color que hay en vuestros genes disolverían las dudas que pudieran existir en cuanto a la consanguinidad. De haberlo sabido entonces, lo habría denunciado, habría hecho que lo buscaran y que pagara por lo que me hizo. Solo quise proteger a mi futuro hijo de miradas recelosas, de palabras que le hicieran dudar si su padre era un camello y le hicieran daño. Después, cuando nació y la sostuve entre mis brazos, ya solo pude pensar en ella. Sebas había desaparecido y mi hija no tenía por qué pagar las consecuencias de lo que a mí me pasó. No podía permitir que me hiciera preguntas que yo no podría responder. Estaba aterrada. —Puso sus manos a ambos lados de mi cara—. ¿Lo entiendes, Samu? ¿Entiendes por qué no lo hice?

Me lancé a su boca tratando de beberme todo su dolor. Claro que la entendía, maldita sea. Yo me había largado dejándola sola y muerta de miedo

frente a un futuro que le venía demasiado grande. Su vida siempre se había visto juzgada de boca en boca en la barriada, su familia siempre fue la comidilla de las personas que habitaban aquel lugar, conque no era de extrañar que quisiera mantener a Rebeca al margen de las habladurías de las gentes de la Asunción, aunque eso implicara aceptar que el hijo de puta que la forzó nunca se viera a través de unas sólidas rejas privado de disfrutar de la luz del sol.

Y ahora ese desgraciado había vuelto a Las Viviendas de Papel trayendo consigo los recuerdos y los miedos que pertenecían al pasado e intentando que las personas que una vez estuvieron a su lado volvieran a hacerle el trabajo sucio. Si ya me había sentido hervir la sangre cuando mi tío me dijo que andaba tras mi hermano, no podía compararse a lo que sentía en esos momentos después de saberlo todo.

—Entonces —pregunté entre beso y beso—, lo que quiere de Aarón es que le distribuya su mierda, ¿no es así?

Abril asintió con los ojos cerrados, entregada a mis labios.

—¿Cuántas veces, nena? ¿Cuántas veces ha tratado de captarlo?

—Creo que tres —susurró sin oponerse a contestar—. Por eso tenemos que estar a su lado. Por eso no debes culparle de lo que sucedió.

—Me resulta difícil no hacerlo en parte —admití con sinceridad.

Recorrió mi mentón con las yemas de sus dedos.

—¿Crees que no lo sé? Pero es tu hermano. Te quiere y te necesita, siempre te ha necesitado. No vuelvas a alejarlo de ti. No por unos errores que no sabía que estaba cometiendo. Aarón lleva tres meses preparándose, desde tu llegada a la Asunción.

—¿Preparándose para qué?

—Preparándose para ti. Para tu ira. Para tu venganza. Él piensa que nunca le vas a perdonar lo que hizo entonces y, aun así, me ha estado pidiendo que te lo cuente sin importarle lo que puedas hacerle. Se ha resignado, y lo más triste es que se ha convencido de que lo justo es que vayas a por él. Cree merecer un castigo y quiere que su verdugo seas tú. —Cerró los ojos con fuerza privándome del brillo hipnotizador que le conferían las lágrimas—. No lo hagas, Samu. No descargues tu ira contra él, no se lo merece. Porque entre tu vuelta y la de... la de...

—Sebas —apunté con odio viendo que le costaba seguir.

—... no lo veo con las fuerzas necesarias para afrontar nada. Me da miedo que caiga de nuevo.

—Significa mucho para ti, ¿verdad?

—Así es —afirmó con una sonrisa triste—. Aarón es una pieza muy importante en nuestras vidas, sobre todo en la de Carol y Rebeca. —Me miró fijamente con una súplica en sus vidriosos ojos azules—. No lo estropees, por favor. Deja el pasado donde se debe quedar y construye un futuro en el que no exista dolor. Hazlo por mí, Samuel. Hazlo por tu hija.

—Lo intentaré —dije sin más, sin estar convencido de cuánto de aquello sería capaz de dejar atrás y mirar hacia otro lado como si nada hubiese pasado.

—Prométemelo. Prométeme que no vas a complicarlo todo.

Quedé unos segundos atado a sus ojos implorantes, sopesando mi decisión. Ella necesitaba estar segura de que yo no haría daño a mi hermano, de que no iría a por Sebas, y antes de darle una contestación que no tenía clara, quise conocer sus temores. Todos ellos.

—Dime a qué tienes miedo, Abril. Pero quiero la verdad. Necesito entender los motivos por los que me estás pidiendo que pase de todo esto, por qué tendría que contenerme cuando en el fondo no quiero, por qué no debería ir ahora mismo y arrancarle la puta cabeza a ese cabrón. Dímelo para no cometer más errores que te alejen de mí. Porque ese es mi único miedo, que no me aceptes en tu vida. Haz que salga lo bueno, nena. Convénceme para no meter la pata otra vez.

Se quedó un rato callada, jugando con el borde de mi camiseta.

—Sobre todo, temo lo que pueda pasarte a ti. Me da miedo que te ciegue la rabia y hagas algo que no tenga arreglo, a cómo te sentirías si no logras controlar todo lo que ahora te reconcome. Miedo a perderte de nuevo, a que te busques la ruina o caves tu propia tumba. —Se me estaban disparando los latidos—. Miedo a que mi hija nunca pueda llegar a saber quién es su padre, a que dos hermanos a los que quiero nunca puedan recuperar lo que perdieron. Miedo a que ajustes cuentas con ese malnacido y él se vengue haciéndole daño a alguno de los que quieres. Miedo a no volver a sentirme en casa, porque tú eres mi hogar. —Levantó la vista y me miró—. Te tengo miedo a ti, a tus impulsos, a tus reacciones, a tu alma cuando se vuelve oscura, a la necesidad que siempre has tenido de vengarte de los que te hacen daño. Son tantos miedos que no sé hasta qué punto he hecho bien en contártelo todo. Por eso quiero tu promesa, así que prométeme que pensarás en los que quieres antes que en ti mismo. Porque sé que al igual que sientes ahora mismo un odio visceral por algunos, amas con la misma intensidad a

otros. Veo cómo miras a Rebeca, cómo me miras a mí, el anhelo que hay en tus ojos. Hazlo por nosotras, Samuel. —Se aferró con desesperación a mi cuello—. Pasa página por tu hija y por mí, prométemelo.

—Te lo prometo —aseveré con rotundidad, aunque tenía la sensación de que por primera vez le mentiría.

Se puso en pie, entrelazando los dedos de su mano a los míos, y tiró de mí para que me levantara. Me guio por el pasillo hasta su habitación sin que ninguno dijéramos una sola palabra.

Yo le había prometido lo que quería, a cambio ella me iba a dar lo que tanto necesitaba y tantas veces le había pedido: un lugar en su vida. El lugar que me correspondía en el mundo de Abril.

Dejé que sus manos temblorosas se deshicieran de mi ropa, cediéndole todo el control, permitiendo que su seguridad se reforzara. Haría lo que me pidiera con tal de espantar sus miedos, de modo que me quedé quieto, observando sus movimientos y aguantándome las ganas de atraerla hacia mí y hacerle el amor salvajemente.

«Por un beso tuyo soy capaz de dar mi vida», pensé mientras recorría con sus labios cada centímetro de mi pecho. Deslizó la lengua hasta mi abdomen, que se tensó con la expectativa que su boca me ofrecía. Cerré los ojos, dejé caer la cabeza hacia atrás y apreté los puños a los costados.

—No vayas por ahí, Abril —balbuceé con voz ronca y la lengua trapajosa—. Retrocede ahora, después no seré capaz de dejarte parar.

—No tengo intención de detenerme —susurró mordéndome el vientre—. Quiero ver si aún puedo hacerte disfrutar tanto como recuerdo que disfrutabas.

Acto seguido se introdujo mi polla en la boca. Aspiré entre dientes, apretando los puños con tal fuerza que mis nudillos perdieron el color. Era la hostia estar rodeado por sus labios, ser recorrido por su lengua, y adelanté las caderas sin ser consciente de que lo hacía, en busca de un placer que creía olvidado. A la fruición de su boca se sumó el ritmo de su mano, que subía y bajaba con determinación por mi erección. No pude contener por más tiempo el desenfreno que trataba de dominar y, sin consideración ni sentido de la medida, la sujeté por la nuca y empecé a embestir adelante y atrás de un modo poco delicado. Pero es que me estaba matando, joder.

—No pares, nena, no pares —supliqué con voz irregular—. Es mejor de lo que recordaba, maldita sea. Mil veces mejor.

Quise retirarme de ella cuando la corriente previa al orgasmo comenzó a

recorrerme de pies a cabeza para terminar concentrándose en mis genitales, pero no me lo permitió.

—Apártate, Abril. No-No aguanto más.

No solo no se apartó, sino que me apretó fuerte e incrementó la velocidad.

—Voy a correrme, mierda. —Como respuesta succionó con más energía —. ¡Dios!

Jadeé con violencia, evadiéndome de todo, desconectando de la realidad y dándole una patada a los reparos de dónde me iba a vaciar. Me enrosqué su pelo alrededor de la mano y empujé, notándome temblar las extremidades. Disfruté del intenso placer que me recorría durante unos segundos, pero me encontraba cerca de mi punto de no retorno; la sangre que bombeaba mi polla y mis testículos contraídos eran el último aviso que el cuerpo me daba, y en dos empujones más, me dejé arrastrar por el clímax.

Caí de rodillas al suelo, mi pecho subía y bajaba bruscamente, y las fuerzas me habían abandonado. Ella me observaba, sin dejar de estimular la parte de mi cuerpo que estaba empezando a perder rigidez. Dejé que sus besos saciaran mi sed mientras mis manos iban deshaciéndose de su ropa. Así continuamos durante un tiempo indefinido que poco nos importó por cuánto se alargara: besándonos, tocándonos, recreándonos en nuestro sabor, disfrutando de lo que las caricias de uno le extraían al otro.

Abril me tumbó en el suelo, acomodándose sobre mí, y me hizo el amor con lentitud, balanceándose con suavidad encima de mi cuerpo. Me quedé tan absorto en aquella imagen tan sensual de ella que solo pude agarrarme a sus caderas y cederle nuevamente el control.

—Te quiero, Samu —susurró jadeante junto a mi boca cuando alcanzaba su clímax.

—No más que yo a ti —murmuré ayudándola en los movimientos para volver a experimentar lo que solo sentía cuando tenía sexo con ella, cuando hacía el amor con Abril.



Me restregué con fuerza la cara intentando espabilarme y parpadeé varias veces hasta que mis ojos se acostumbraron a claridad marchita que entraba por la ventana. No debían ser más de las 6 o 6:30 de la mañana.

Giré la cabeza en la almohada y sonreí al descubrirla dormida abrazada

a mí.

Al contemplar sus suaves rasgos con detenimiento, me llevé una mano al mentón y me lo froté. Mierda, mi barba había crecido bastante y la prueba era la rojez que la mujer que descansaba a mi lado tenía en la parte inferior del rostro. Había marcado la delicada piel de Abril, un modo poco sutil de decirle al mundo que de nuevo nos pertenecíamos el uno al otro.

Mi boca se transformó en una mueca cuando a mi mente acudió la imagen de Rebeca, a la que no sería fácil de explicar las huellas en la cara de su madre, y me alegré de no tener que ser yo quien lo hiciera.

Seguí observándola mientras recordaba la conversación que habíamos mantenido unas horas antes. No sabía cómo iba a manejar toda esa mierda, más cuando nunca fui de los que dejan las cosas a medias. Temía que la información de la que ahora disponía me agobiara hasta estallarme en las narices. Por eso tenía que hacerlo bien. No me podía permitir perderla otra vez, no después de lo que había vivido con ella esa noche; si la quería a mi lado tendría que dejar de ser yo, de ser quien en realidad era.

Di un puñetazo al colchón y maldije entre dientes, seguro de que no iba a conseguirlo.



## 24. La ira de Samuel

*Samuel*

Llevaba desde el fin de semana evitando cruzarme con mi hermano. No era mi estilo esconderme de nadie, pero si quería guardar las formas, lo último que me hacía falta era un cara a cara con él y que me soltara alguna de sus idioteces. Eso sería como añadirle gasolina al fuego.

A ratos, mientras Aarón se hallaba enfrascado en su trabajo, le echaba un ojo. Ni una sola vez lo pillé mirando en mi dirección, lo que me hizo sospechar que él también hacía por evitarme en la medida de lo posible.



Acuclillado, me restregaba la suciedad de las manos con un poco de desengrasante bajo el chorro de agua de la manguera que teníamos instalada en el taller cuando escuché pasos a mi espalda.

—Está cerrado —voceé por encima del hombro.

Los pasos se dirigieron hacia mi voz.

Oculto por el armazón del vehículo en el que estaba trabajando, agaché la cabeza para echar un vistazo bajo la carrocería y vi un par de zapatillas deportivas que avanzaban entre los coches estropeados.

—¡Que está cerrado! —grité con energía para hacerme oír, con la cara casi pegada al suelo.

El eco de mi voz se escuchó en cada rincón del taller, pero aquel gilipollas parecía estar sordo. Me levanté bruscamente cuando el tipo estuvo al otro lado del coche y me encontré con la sonrisa burlona de Ángel.

—¡Booo! —Alzó los brazos y puso los dedos en forma de garras para dar más teatralidad a esa mierda de susto.

—¡Serás cabrón!

Empezó a reírse, sujetándose el estómago, y no me pude resistir. Cogí la manguera con una mano, abrí el grifo a tope con la otra y la dirigí hacia él.

Ahora el que se descojonaba era yo, viéndolo huir entre los coches mientras hacía malabares para esquivar la presión del chorro sin conseguirlo.

—¿Qué, Ángel? ¿Ya no le ves la gracia?

—Corta el agua, hijo de puta —ladró desde el otro extremo del taller.

Cerré al grifo y dejé caer la manguera, apoyé la espalda contra la pared y, con una sonrisa de oreja a oreja, lo vi aproximarse dando estrujones a la parte delantera de su camiseta. Al llegar a mi altura, se palmeó el pecho con rabia, en un vano intento de hacer desaparecer las arrugas, y sacudió la cabeza como si fuese un perro. Entonces me fijé en su bragueta, marcada en un tono oscuro que nada tenía que ver con el azul desgastado que lucía el resto de su pantalón vaquero, y elevé una ceja.

—¿Incontinencia siendo tan joven?

—Cómeme el nabo, Samu —contestó agarrándose el paquete y adelantando las caderas hacia mí—. Mierda —se quejó al echarse una ojeada—. ¿Cómo coño me vas a invitar a unas cañas con estas pintas? ¡Me has puesto hecho un asco!

—¿Cómo que invitarte a unas cañas?

—Te has pasado, tío. —Él sí que pasaba de mí.

—¿Qué te hace pensar que voy a invitarte?

En el fondo no me desagradaba la idea. Desde que hablé con Abril el viernes anterior, no había asomado mucho por casa de mi tío posponiendo el momento de enfrentarme a mi hermano; el dolor estaba aún muy reciente como para mantener la cabeza fría. El fin de semana lo había pasado prácticamente en casa de Darío, recuperando el tiempo perdido con Rebeca y con su madre (más con esta última que con la niña, eso tengo que admitirlo), y los dos días siguientes había comido en el bar por no sentarme a la mesa con Aarón. Le prometí a Abril dejar el pasado estar, pero me costaba no pedir

explicaciones ni romper más de una cara. ¡Joder si me costaba! Así que ese miércoles también tenía previsto almorzar en el bar, por lo que la compañía de Ángel era bien recibida.

—No venía con esa idea; es más, pensaba invitarte yo. Pero por gilipollas te va a tocar palmar las consumiciones. Las mías y las tuyas. O las mías solo, me suda la polla que tú no comas.

—Anda, vámonos —dijo por toda respuesta.

Esperó a que echara los cierres de las cocheras antes de encaminarnos al bar.

—¿No te da nada que la gente crea que te has meado encima?

Torció la boca en esa mueca tan suya.

—Si la gente me mira ahí —señaló con la barbilla a su bragueta— es porque algo así no se ve todos los días; en cambio, si te miran a ti es por la de mierda que llevas en lo alto.

No le contesté porque razón no le faltaba. Él podría ir empapado de pies a cabeza, pero había que verme a mí, con la parte superior del mono anudada a la cintura, en camiseta interior de tirantes y con manchas de grasa hasta en la cara. Aunque poco nos importaba a nosotros qué opinión tuvieran de nuestro aspecto los vecinos de la barriada.

Entramos al bar y nos sentamos al fondo, donde al aire acondicionado se notaba más.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó metiéndose una albóndiga en la boca—. Lo de Aarón, quiero decir. Bueno... y lo otro, también.

—Gracias por haberme puesto al día —espeté mordaz, alzando mi tubo de cerveza—. ¡Por los amigos!... de mierda —terminé farfullando entre dientes el chocar mi vaso contra el suyo.

Como si la indirecta no fuese con él, vació el tubo de un trago y continuó devorando sus albóndigas.

Ángel tenía el don de hacerme hervir la sangre con facilidad, y la pasividad que estaba mostrando en lo referente a ese tema era para estar muy cabreado. Él muy capullo, que siempre había largado más de la cuenta, no tuvo el detalle de referirme nada en los más de tres meses que yo llevaba viviendo en la Asunción. ¿Era o no motivo para cometer homicidio? Porque, desde luego, a huevo me lo estaba poniendo.

—Suéltalo —dijo de pronto.

—¿Que suelte qué?

—Lo que te está royendo los sesos. —Dejó el tenedor a un lado y se

recostó en la silla—. Te conozco. Sé que en estos momentos quieres arrancarme la cabeza, pero no podía decírtelo. Y si no te he dicho nada ni ha sido por Abril ni por miedo a que Marta me cortara las pelotas. Ellas no me suponían un problema.

—Si no ha sido por ellas, ¿dónde estaba el inconveniente entonces?

—En ti, tío. El inconveniente eres tú.

Alcé las cejas y ladeé la cabeza.

—En mí, ¿no?

—En ti, sí. En cómo te lo tomas todo. En tu forma de responder ante los problemas.

—¿Me estás vacilando? Mira, Ángel, estoy hasta los cojones de escuchar siempre lo mismo; os repetís como cacatúas. A ver, dime, ¿cómo coño he respondido ahora? Que yo sepa, aún no me he cargado a nadie. —Fui incapaz de no alzar la voz y, en respuesta, los clientes que estaban en la barra se volvieron hacia nosotros—. ¿Por quién coño me tomáis?

—Aún, esa es la palabra clave.

—¿Aún? ¡¿Aún qué?!

—Aún no se te ha ido la olla. —Comenzó a numerar con los dedos—. Porque *aún* no lo has asimilado. Ni *aún* has hablado con tu hermano. —Acompañaba la dichosa palabra con un movimiento de cejas—. Y porque *aún* no te has encontrado con Sebas. Por eso estoy aquí, tío —dijo plantando los codos en la mesa y acercando su cara a la mía—. Porque *aún* puedo arreglar el haber sido un amigo de mierda.

Aquello me hizo gracia, pero así era Ángel: un cabrón imprevisible.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —pregunté más calmado.

—Apoyándote. Haciéndote saber que me tienes aquí. Escuchándote cuando lo necesites. Frenándote cuando tomes una mala decisión. Y dándote un empujón cuando crea que lo estás haciendo bien. —Arrugó la frente—. Mierda, cómo detesto ponerme sentimental, aunque estoy hablándote en serio. —Me miró fijamente a los ojos—. Puedes contar conmigo, no tienes por qué sentirte solo por más tiempo.

—Lo de la sumisión no es lo tuyo, no. Ni te pega una mierda ponerte sentimental, en eso estamos de acuerdo.

Pegué un bote en la silla cuando sentí su mano subir por mi muslo.

—Es que *aún* no conoces mi *yo* más tierno, corazón. —Acompañó dicha sandez con un guiño, y al ver la cara de pasmado que se me quedó, lanzó la cabeza hacia atrás soltando una estruendosa carcajada.

—Queda confirmado: eres un cabrón. —Reí con él.

—Ahí te doy la razón. ¡Paco, otra ronda por aquí! —gritó al dueño del bar—. Y no te olvides de apuntársela también a Samu.

—Un cabrón con mucha cara —mascullé entre dientes.



Entré en la habitación de Aarón, que fumaba a oscuras acodado en el alfeizar de la ventana. Faltaba poco para que dieran las dos de la madrugada, pero por lo visto yo no era el único al que los remordimientos de conciencia no le dejaban dormir.

Miró de reojo cuando me senté en la cama y le dio una intensa calada al cigarro antes de apagarlo en la fachada del muro exterior.

—Llevo días preparándome para esto y sigo sin tener claro por dónde me vas a salir —confesó en voz baja.

Su comentario me confirmó lo que ya sospechaba. Él estaba al tanto de que Abril me había contado todo y por ese motivo había estado esquivándome, no habían sido imaginaciones mías.

—Si te sirve de consuelo, ni yo mismo sé por dónde voy a salir.

—Vale. —Se rascó la nuca con nerviosismo—. Como tú tampoco tienes ni puta idea de qué hacer, te lo voy a poner fácil. —Se situó frente a mí—. Estoy listo.

Arrugué las cejas sin entender.

—¿Listo para qué?

—Para que te descargues conmigo.

—No voy a pegarte, capullo. Se lo prometí a Rebeca. Se lo he prometido a Abril. Ganas no me faltan, de eso puedes estar seguro, pero no voy a romper la promesa que les hice a ellas.

Capté la incredulidad que cruzó sus ojos.

—Quiero que lo hagas. Tienes que hacerlo para que todo esté bien entre nosotros porque, si no lo haces, ese odio que siempre me has tenido te pudrirá de nuevo y nos quitará la oportunidad de arreglar nuestros problemas de una maldita vez. Necesito que lo hagas, Samuel —me pidió con un gruñido—. Necesito un puto castigo por lo que hice.

Me puse en pie y lo miré fijamente. ¡Qué cojones! Si se sentía culpable que se jodiera, que cargara de por vida con su mierda como yo cargaba con la mía.

—No seré yo quien aligere el peso de la losa que llevas auestas —le

informé con tranquilidad—. Así que hazte a la idea de que vas a cargar con ella de por vida. No veo mejor castigo para ti que ese.

Cuando me disponía a salir de su habitación, en parte orgulloso por cómo había afrontado la situación, volvió a abrir la boca.

—Ella murió por mi culpa. —Apreté la mandíbula al tiempo que mis manos se convertían en puños—. Y si a Abril la violaron aquella noche, también fue gracias a mí.

—Hijo de puta —rugí al tiempo que mi puño se estampaba en su cara.

Esas dos frases fueron como el jodido activador de un artefacto explosivo y una vez puesto en funcionamiento, no tenía modo de neutralizarlo.

Lo golpeé repetidas veces sin importarme dónde recibía los impactos ni las lesiones que a todas luces le iban a quedar. Él había utilizado aquella dolorosa verdad para provocarme, para hacerme perder los papeles y el sentido de todo. Y lo había conseguido.

Frené en seco al notar que lo que estaba haciendo no me calmaba, que el placer que sentía era inversamente proporcional al dolor que me oprimía el pecho con cada puñetazo que le asestaba, y que mientras el primero disminuía, el segundo aumentaba por erigirme verdugo de mi hermano cuando yo no lo había hecho mucho mejor que él y merecía el mismo castigo.

Al devolverme dos golpes, que hicieron que me tambaleara hacia atrás, me sentí algo libre de culpa.

—El primero por haber pensado hasta hace unos días que yo abusé de aquella zorra, y el segundo por no dejarme que tuviera una oportunidad con mi hermana.

Asentí conforme, tocándome el párpado derecho que empezaba a inflamarse.

Vi que se limpiaba con el antebrazo la sangre de la nariz. Me acerqué a él, que dio un paso atrás, y sin pensarme mucho lo que hacía, lo agarré por la camiseta y lo atraje hasta mí. Abracé a mi hermano con todas mis fuerzas, con un ansia que rayaba en la desesperación.

—Lo siento mucho, Aarón —declaré apenas sin voz notando cómo el subidón de adrenalina me abandonaba—. Siento haberte juzgado mal y ponerte las cosas tan difíciles. Siento no haber estado a tu lado en los peores momentos. Y lo que más siento, y nunca me perdonaré, es haberme interpuesto entre vosotros. Yo tampoco pude despedirme de ella, pero eso no quita que me sienta como una mierda al acordarme de cómo hice por

apartarla de ti.

—Mis adicciones tampoco te lo pusieron fácil. Por aquel entonces, no merecía la pena que nadie moviera un músculo por mí; además, yo tampoco hice por acercarme a vosotros, así que estamos en paz.

Lo agarré por los hombros, mirándolo con otros ojos, y es que ahora veía a mi hermano de distinta forma.

—Pero ya no eres ese tío. Has cambiado. Te has convertido en alguien mejor.

—Tú también has cambiado. —Apretó mis hombros al igual que yo hacía. Una sonrisa le desfiguró las facciones más de lo que las tenía—. Tenemos una oportunidad, Samuel. Ahora todo está claro entre nosotros y podemos seguir adelante como los hermanos que un día fuimos, como los hombres en los que nos hemos convertido. Por mucho que nos haya jodido la vida, aún podemos encontrar el camino. Podemos hacerlo, tío. Podemos conseguir que esto salga bien.

—Imagino que sí podemos. —Sonreí y al instante me maldije con una mueca de dolor—. Pegas fuerte, cabrón; has acertado de lleno. Creo que me has partido la ceja.

—Te jodes. Tú no te has quedado atrás.

Se tumbó en la cama y cerró los ojos mientras yo lo observaba. Volví a maldecir.

—No tenías que haberme provocado, maldita sea. Mira cómo te he dejado la cara.

—Era necesario. No te comas la cabeza, ahora todo está bien.

—No, no lo está. He roto la promesa que le hice a Abril. —Mi tono descendió de volumen al ser consciente de a dónde me llevarían mis actos—. Mierda. He roto lo que le prometí a Rebeca.

—No te agobies, que la enana no tiene por qué enterarse. La madre ya es otro cantar. Ahí te las apañas solo, yo paso de meterme no vaya a lloverme alguna hostia más.

Intentó ahogar una risa que terminó por hacerle toser.

—¿De qué coño te ríes?!

—Del marrón que tienes encima, de eso me río. Si crees que la has cagado con Ojos Azules, espera a ver a mi pelirroja en acción. Cuando Carol me vea la cara va a ir a por tus pelotas. Y a ella sí que debes temerle.

Me fui a mi habitación haciendo un cálculo mental de los problemas que por un acto sin premeditar me había buscado. Decidí prepararme, porque

era cierto que al día siguiente más de una querría colgarme por los huevos.



La reacción de Carol no se hizo esperar.

—¡Maldito hijo de puta! Pero ¿tú de qué vas? ¿Quién te crees que eres para jodernos la vida día sí, día también?

Solo me dio tiempo a distinguir una estela rojiza, acompañada de un ligero zumbido en el aire, antes de que su mano me girara la cara. Y, joder, cómo me la giró.

—Venga, venga, pelirroja, que te he dicho que la culpa fue mía.

Aarón la había sujetado por detrás demasiado tarde. O bien los golpes de la noche anterior nos habían vuelto algo lentos a ambos. O quizá fuera que la gemela diabólica era jodidamente rápida. No tengo ni idea, pero el bofetón me lo llevé.

—Suéltame, que le voy a poner las pilas a este imbécil en medio minuto —gritaba como poseída.

Le hice un imperceptible gesto con la cabeza a mi hermano para que no la soltara, ya que si lo hacía, esa bestia con curvas volvería a echárseme encima.

Él se mordía el labio inferior mientras la abrazaba por la espalda con el fin de apaciguarla, pero por lo visto yo no era el único que se ponía cachondo al intentar amansar a una fiera. Ahora, que Abril se quedaba en pañales en comparación con Carol. Menudo carácter el suyo. Por no hablar de que, de tanto removerse a la caza de arañarme la cara, estaba poniendo realmente cachondo a mi hermano.

—Suéltala, Aarón —dije sin pensar—. Deja que se tome la revancha o no nos va a dar tiempo a comer.

—Si la suelto te mata; ya te avisé.

—¡Os estoy oyendo, gilipollas!

Esa mañana los dos habíamos aparecido en el taller sin poder ocultar las evidencias de nuestra pelea, y en la barriada, ¡cómo no!, las noticias volaban. Por lo menos para el resto de gente que vivía en ella, porque en cuanto a mí, me había tirado meses sin tener idea de la realidad que me rodeaba.

Carol acababa de presentarse en nuestra casa, a la hora de almorzar, con la intención de hacerme pagar la remodelación que le había hecho a su novio en la cara, y lo justo era que me comiese ese marrón y todos los que vinieran detrás.

—¡Que la sueltes, joder! No ves que hasta que no se quede a gusto ni va a parar ni me va a dejar explicarme. Y luego soy yo el que no escucho y el que tengo impulsos homicidas.

—Tú mismo.

Y la soltó. Y los tres bofetones vinieron uno seguido del otro sin tiempo ni para tomar aire.

Cuando pareció que ya no me iban a llover más golpes, bajé la cabeza y la miré. Ella respiraba agitada, tenía los dientes apretados y le brillaban los ojos.

—Lo siento, Carol —fue lo único que pude decir—. Siento mucho haberte dado un motivo más para que me odies.

—¡Yo no te odio, maldito imbécil! —gritó—. Lo que odio es cómo haces las cosas. Odio que siempre le culpes a él. Odio... Odio... —La barbilla comenzó a temblarle— cómo lo tratas cuando nunca te dio un motivo. Odio que seas tan obtuso que no veas más allá de lo que quieres ver. Eso es lo que odio, no a ti.

—No seas tan dura, pelirrojilla. —Aarón la abrazó de nuevo desde atrás y pegó su cara a la de ella—. En el fondo sabes que sí le he dado motivos. No los que él pensaba, pero...

—Tú nunca hiciste nada de lo que él creía —lo cortó alzando una mano para deslizarla por su amoratada mejilla.

—Si anoche nos dimos unos cuantos puñetazos no fue por lo que creíamos que el otro había hecho, sino por lo que debimos hacer y no hicimos. —Carol arrugó la nariz en un mohín de desacuerdo—. Míralo, él no salió mejor parado que yo. Mi hermano ahora sabe la verdad de todo y si me pegó, fue porque yo podía haber hecho algo aquella noche. Si no hubiese estado tan colocado probablemente nada de lo que pasó habría pasado. —Las lágrimas resbalaron por el rostro de Carol al percibir el dolor impreso en las palabras de Aarón—. Y yo le devolví los golpes porque, de haberme escuchado hace años, ella quizá seguiría entre nosotros.

Sincera y letal. Sin camuflajes. Directa y certera. Esa era la verdad con la que tendríamos que vivir tanto él como yo el resto de nuestras vidas.

Carol se giró hacia mí al ver que no se lo discutía. Tal vez esperaba una

réplica por mi parte, alguna salida del tiesto de las mías. Pero... ¿qué le iba a decir, que lo que había dicho mi hermano no era cierto? Un asentimiento de cabeza fue mi contestación. Una confirmación silenciosa acompañada por todo el dolor y el arrepentimiento que siempre me perseguirían. Y ella pudo verlo, porque ya no tenía manera de disfrazar esa especie de derrota que hacía que me sintiera como una puta mierda.

Carol conocía la culpabilidad que pesaba sobre Aarón y ahora también sabía que mi conciencia me recordaría constantemente que él no era el único que había cometido errores imperdonables en el pasado. De haber actuado de otro modo, muchos de los remordimientos que no dejarían de acosarnos no existirían.

—Quédate con nosotros, Samu —me pidió cogiendo una de mis manos entre las suyas—. No dejes que esos impulsos que te cuesta canalizar te alejen de lo que puede hacerte feliz.

Aquel consejo teñido de tristeza vino a darme de lleno en el centro del pecho.

Permanecí inusualmente callado, permitiendo que sus palabras calaran muy hondo en mi interior. El «quédate con nosotros» tan solo era una frase dicha en sentido figurado, dado que no pensaba largarme a ninguna parte y ella lo sabía. Pero sí dependía de mí acortar o alargar la distancia que se imponía entre ellos y yo. En mis manos estaba dar el paso definitivo que me acercara a lo que siempre quise tener: una familia al lado de las personas que amaba. Si desoía la recomendación de Carol jamás tendría una vida plena junto a Abril y mi hija. Yo lo sabía. Ella también.

—Seguiré tu consejo. —Apreté sus dedos en una muestra mitad de cariño, mitad de agradecimiento.

Busqué los ojos de mi hermano para asegurarme de que todo seguía bien entre nosotros y no sé cómo demonios pudo adivinar lo que necesitaba escuchar en aquellos momentos.

—A mí no vas a perderme, Samuel —aseveró contundente—. Hagas lo que hagás voy a estar ahí, tenlo claro. Me importa una mierda si todos terminan dándote la espalda por alguna ida de olla de las tuyas, yo no voy a hacerlo.

—¡¡¡Aarón!!! —lo reprendió Carol—. La idea es que me apoyes a mí para que recapacite y no meta la pata de nuevo.

Él sonrió. Yo también lo hice.

—Lo siento, pelirroja, pero hablamos de mi hermano. —Su gesto alegre

se ensombreció—. Tú sabes cuánto he sufrido. Acabo de recuperarlo y no pienso perderlo otra vez ni por nada ni por nadie.

Se acercó a él y colocó las manos a ambos lados de su cara.

—Y yo no pienso perderte a ti —susurró besándolo con suavidad.

Cerré los ojos y respiré hondo, sintiéndome ligero después de no sabía cuánto. Un agradable escalofrío mezclado con un sentimiento extraño me recorrió la columna. Era una sensación jodidamente buena sentirme apoyado incondicionalmente por él. Aarón no lo había dicho a las claras, aunque eso era lo de menos. Supe traducir sus palabras, salvándolas de caer en un saco roto, para darles la importancia que merecían. Él nunca tuvo la oportunidad de decirle a nuestra hermana cuánto la quería. Conmigo acababa de hacerlo; a su manera, eso sí, pero lo había hecho y yo no pensaba olvidarlo.

## *Abril*

—Hola, nena.

Los moratones que salpicaban su rostro eran la prueba de que Carol ni había mentido ni exagerado.

Le dediqué una mirada censuradora, diciéndole más con mi silencio que con los incontables reproches que pugnaban por salir de mi garganta. Abrí la puerta al completo para que entrara, reprimiendo el impulso de cerrársela en las narices por cavernícola y embustero. Había roto una promesa que significaba mucho para mí y si callé en ese momento fue porque vi en sus ojos que estaba a un paso de venirse abajo. La culpa que cargaba Samuel era enorme. Ya no solo por haberse peleado con su hermano, cuando me dio su palabra de que no lo haría, o por el peso que arrastraba desde que murió Rebeca. Ahora también se sentía responsable de lo que a mí me sucedió.

Me senté a su lado en el sofá, dividida entre recriminarle su comportamiento o abrazarlo hasta extinguir su dolor. Terminé decantándome por lo segundo por lo mucho que me importaba. Nada de lo que había hecho podía cambiarse ya y por ese motivo decidí no hacer leña del árbol caído.

Pegué mi frente a su sien y le rodeé con las manos el cuello,

depositando un beso en su áspera mejilla.

—¿No vas a decirme nada?

Parecía agotado.

—No, Samu, tú ya te estás castigando suficiente.

Nos mantuvimos por un espacio de tiempo indefinido sin movernos, sin romper aquella cercanía. Él intentando perdonarse. Yo siendo transigente para que lo hiciera, comunicándole a través del tacto de mis manos que mi perdón ya lo tenía.

—Te amo —susurré cerca de su oído, notando cómo la piel de su nuca se erizaba bajo las palmas de mis manos—. No hay nada de lo que hagas que no pueda perdonarte, ¿me oyes? Nada.

Giró el cuello y se quedó mirándome fijamente los labios.

—Te quiero tanto que me duele. Tanto que solo soy capaz de respirar cuando estoy contigo. Tanto que daría mi vida por verte feliz.

—Soy feliz. —Y lo era. No todo lo que habría querido, pero lo era—. No necesito que des la vida por mí, lo que te pido es que me des un beso.

Las comisuras de sus labios se estiraron hacia arriba.

—Me pides muy poco.

—Es cuanto necesito en estos momentos.

Sus ojos amarillos se opacaron.

—No quería romper mi promesa, Abril. Te juro que no quería.

—Lo sé, pero ahora no importa lo que tú quisieras, sino lo que quiero yo.

—Dime qué es.

—Quiero borrarte la culpa a fuerza de besos —musité depositando el primero en la comisura derecha de su boca—. Alejar tu dolor con mis caricias. —El segundo fue a parar a la comisura izquierda—. Que dejemos de vivir en el pasado y que nuestro amor marque el futuro. —Mordisquito en el labio superior—. Ver a todas horas el brillo perverso en tus ojos y tus dos hoyuelos sexis. —Tiré del inferior con los dientes—. Lo que quiero es traerte de vuelta. Exijo a mi Samuel, al que saca todo lo bueno y todo lo malo. Lo quiero a él.

Asaltó mi boca sin que me diera tiempo a coger aire, si bien la última inspiración que él había tomado era suficiente para mantenernos con oxígeno a ambos. Únicamente hicimos eso: besarnos como dos adolescentes, degustarnos como si fuera la primera vez. Tampoco es que pudiésemos ir más allá con Rebeca dormida al otro lado del salón, si bien no era sexo lo que el

uno buscaba del otro en ese instante, sino cariño y seguridad. Convencernos de que, después de los horrores que en el pasado vivimos y del dolor que siempre estaría presente, de todos los errores cometidos y a pesar de la distancia y el tiempo, lo que sentíamos no se había debilitado. Y así era, porque el amor que empezó cuando éramos solo dos niños no había hecho más que fortalecerse con el paso de los años.



—Vendrás a la graduación de Rebeca, ¿verdad? Es muy importante para ella y quiero que estés allí. Van a hacer un baile el curso de cinco años de infantil y el de sexto. —Sonreí—. Los primeros pasan a primaria y los segundos dejan el colegio para empezar el instituto. Les pondrán las bandas y les darán las orlas, no te lo puedes perder.

—No me lo perdería por nada del mundo —garantizó trezando los dedos de su mano a los míos y haciendo gala de sus preciosos hoyuelos.

—Es el viernes de la semana que viene. El día de final de curso. Por la tarde. En el colegio.

Amplió la sonrisa y alzó las cejas.

—¿Por qué me lo recalcas de esa manera? ¿Crees que lo voy a olvidar?

—No, tonto —dije dándole un golpecito en el brazo. Me encantaba estar así con él—. Lo recalco porque tendrás que decirle a tu tío que te dé la tarde libre.

—Eso no será problema.

—Sí lo será cuando dos de sus mecánicos se la van a pedir; Aarón también va a ir verla.

—La plantilla de Agustín es amplia, podrá prescindir de nosotros por unas horas.

Suspiré con algo de preocupación.

—Espero que en los ocho días que faltan tu hermano vuelva a tener la cara en condiciones. Me ha dicho Carol que no va a venir a ver a Rebeca para no tener que explicarle nada. Intenta protegerte a riesgo de que ella se enfade con él.

Lo vi removerse incómodo.

—Le diré que no lo haga si eso le va a causar un problema con la niña. ¡Mierda! —gruñó de pronto dándose un puñetazo en el muslo—. No solo he roto la promesa que le hice, ahora también va a pasarlo mal por no ver a mi hermano en estos días. No tenía que haberme dejado provocar. —Negó con la

cabeza—. No debí pegarle a Aarón.

—¿Le has pegado a Ron?

Giramos el cuello a la par, centrándonos en la frágil figura que había al otro lado del sofá. No la escuchamos entrar, tan enfrascados como estábamos en nuestra conversación. Rebeca había oído todo y allí, de pie frente a nosotros, sujetando su peluche entre los brazos, miraba a Samuel como si fuera un extraño, sin un ápice del cariño que hasta entonces le había mostrado.

—Sí, princesa, le he pegado a Ron.

Me volví hacia él con el rostro demudado y unas tremendas ganas de gritarle que, por una vez, se tenía que haber metido su sinceridad por donde le cupiese.

—¡Te odio!

Aquella expresión en boca de mi hija logró sacarme de mi estupor, y el llanto que la acompañó hizo que diera un salto y corriese hacia ella para estrecharla entre mis brazos.

—Ya está, ya está —intenté consolarla, besándole la coronilla—. Ron se encuentra bien. Mañana le diré que venga para que veas que no te miento. Y Samu está arrepentido, cariño. Además, él también se llevó su merecido. Míralo, mi vida. Ron es muy fuerte y se defendió. Son cosas que a veces pasan entre hermanos.

—El tío Darío y tú no os pegáis, mami, y sois hermanos —balbuceó entre sollozos.

—Lo sé, pero es que los hermanos Reyes son muy brutos, cielo. Aunque se quieren mucho y después de pegarse se han abrazado y se han pedido perdón.

Ella alzó la cabecita y me miró.

—¿De verdad?

—De verdad —contesté enjugando sus lágrimas.

Miré a Samuel, que estaba pegado al sofá sin atreverse ni a respirar.

—Anda, Rebeca, ve a darle un besito y perdónale, ¿vale?

Sus ojos me recordaron al hombre que tenía enfrente.

—No. Solo le daré besitos a Ron; a él ya no lo quiero.

Salió corriendo y se encerró en su habitación.

Oí el crujido del sofá y después su sombra pasó de largo por mi lado.

—Samu, no te vayas así —le rogué con la voz cargada de tristeza, viéndolo dirigirse a la puerta.

—Es lo que merezco, Abril.

Y, con otra culpa añadida a su larga lista, cerró tras de sí.

Me quedé arrodillada en el suelo, analizando cada una de las aristas de aquella nueva situación e intentando enfocarlas todas en una misma dirección que nos condujera a la solución más fácil. No pude, eran demasiadas para poder canalizarlas en un mismo sentido. Rebeca estaba decepcionada y con su sinceridad, mitad infantil, mitad heredada, lo había herido, logrando que Samuel se marchara con más peso a sus espaldas del que había traído. Por otro lado, Aarón se vería en serias dificultades para convencerla de que perdonara a su hermano, ya que ella era una Reyes de los pies a la cabeza, obstinada y rencorosa. Y también estaba yo, que me sentía sumamente frustrada por no poder rebajar el dolor de todos aquellos a los que quería.

### *Samuel*

Me sentía como el trozo de mierda que era. Una persona que no sabía hacer nada a derechas, capaz de defraudarse a sí mismo prácticamente a diario, por no hablar de cómo defraudaba a los demás. Alguien que no tenía cabida en la vida de nadie porque continuamente lo jodía todo. Un puto gilipollas que se había creído conocedor de la verdad absoluta y había avanzado hacia ella sin pararse a analizar los detalles que importaban. Siempre pensando primero en mí. Una decepción de amigo. Un fracaso de hermano. Una maldita tara en mi familia. La extremidad que cojeaba en mi relación de pareja. Y lo peor de todo... un auténtico desastre en mi intento como padre.

Lo reconozco, estaba bien jodido, de mierda hasta el cuello. No había vuelto a casa de Darío por miedo a enfrentarme a Rebeca. De locos, lo sé. Toda la vida plantándole cara a cuanto imbécil se me había cruzado y ahora me acojonaba tener que hacerle frente a una cría de cinco años, que para más datos era mi hija. No sabía si reírme a carcajadas o echarme a llorar. También podría emborracharme para justificar mis idas de olla y no parecer el puto demente que a todas luces parecía, ya que no me pasaban por alto las

expresiones de Ángel y Aarón mientras les confesaba todo esto.

—Estás siendo muy duro contigo, tío. En un par de días no lo verás todo tan negro.

—¿Cuántos, Ángel? ¿Cuántos días volverán a pasar antes de que vuelva a meter la pata?

—Conmigo no vengas a pagarla. A mí nunca me has parecido un fraude de amigo.

—Ni a mí un fracaso de hermano —subrayó Aarón sentado junto a Ángel en la acera mientras yo deambulaba en círculos desahogándome a voces—. Lo hiciste bien con Rebeca. Nuestra hermana no podría haber tenido a nadie mejor a su lado.

—¡¡¡Y una mierda!!!

Mi bramido hizo eco en el silencio de la noche.

Ellos habían estado los últimos tres días conmigo, dejando de lado a sus respectivas pelirrojas con tal de no dejarme solo. Darío también quiso permanecer a mi lado, pero le pedí que se mantuviera junto a Abril, puesto que ella tampoco estaba pasando por su mejor momento.

Me jodía aceptar que entre nosotros no había pasado nada y a la vez había pasado todo. ¿Cómo íbamos a seguir con lo nuestro sabiendo que mi hija no quería ni escuchar mi nombre? ¿Cómo coño me sobrepondría a eso?

—He perdido toda oportunidad posible con Rebeca, ¿no lo veis? Y por asociación, también con su madre.

—Dale tiempo a la enana, Samuel, ella cederá.

—¡No quiero darle más tiempo a nada, joder! Quiero que mi hija me mire como lo que soy, ¿es tan difícil de entender? Quiero dormir todas las putas noches al lado de Abril, no hacerle una visita como si tuviésemos dieciséis años. No quiero que nuestra relación avance a escondidas de Rebeca.

—Relájate. —Ángel se puso en pie y me apretó los hombros—. Respira, Samu, joder, que al final te va a dar algo y el marrón nos lo comemos nosotros.

Tomé tres hondas bocanadas de aire y nada; el corazón seguía yéndome a mil y las ganas de liarme a hostias con todo iban en aumento.

—Necesito que mi hija me acepte —les confesé roto—. Necesito que Rebeca me quiera.

Fue la primera vez que vi cómo a Ángel le temblaba la barbilla. Me arrastró con ímpetu hasta él y me dio el abrazo que sin lugar a duda

necesitaba.

Era incapaz de soltar una puta lágrima, lo que me enervaba aún más, ya que el otro modo en el que seguramente me desahogaría implicaba a mis nudillos de por medio.

—No me queda nada más que perder —admití derrotado—. No consigo mantener a mi lado a las personas que quiero. Es como si no tuviera la capacidad de ser querido por nadie.

—Para, tío.

—Es como...

—O paras tú, o lo hago yo. En serio, Samu, otra mierda más de esas y te cierro la boca de un castañazo.

Me separé de él resoplando.

Mi hermano no había abierto la boca; continuaba sentado en la acera, acumulando colillas alrededor de sus pies, con la vista clavada en San Telmo.

—Venga, Aarón —dije algo más tranquilo, dándole un toque con la mano en el hombro—, vámonos a casa. Es tarde y mañana hay que currar.

—Nos vamos a ir, pero no a casa.

Miré a Ángel, que elevó los hombros sin tener ni puta idea de adónde nos querría llevar, y de nuevo a él, que daba intensas caladas al cigarro con los ojos fijos en la finca.

—Ya no me apetece pillar un ciego. Mañana es lunes y no podemos hacerle esa putada a Agustín.

—No vamos a emborracharnos —aclaró sin mirarme—. Vamos a ir a descargar toda tu ira, y de paso también la nuestra.

Pisó la colilla y se levantó de la acera.

—¿De qué hablas?

Señaló con un dedo a los árboles.

—Vamos a por él. —Estudié la expresión de su cara y supe que no iba de farol—. Hoy ha vuelto a mandarme a uno de sus *perros*. Desde que ha vuelto no ha hecho otra cosa que tentarme, y qué mejor modo de hacerlo que ponerme esa mierda delante de los ojos. Y ya no, Samuel. Se acabaron sus putas presiones y el sentirme acosado. Él no lo sabe, pero ahora te tengo a ti y eso me da fuerzas.

Lo estaba flipando. Hasta ese instante ignoraba que ese cabrón lo hubiese vuelto a molestar.

—¿Y qué propones, que le demos una paliza entre los tres?

—No, la paliza se la vas a dar tú. Porque te lo debes. Porque se lo debes

a Ojos Azules. Porque es la única manera de que te sientas algo mejor. Y porque voy a disfrutar viendo cómo le sacudes.

Era tentador, lo admito. Una idea muy seductora para unos puños que llevaban días cosquilleando.

Al mirar a Ángel fui testigo de cómo asomaba su sonrisa más oscura.

—Tú mismo acabas de decirlo, tío: no tienes nada más que perder. Démosle a ese cabrón lo que se merece desde hace seis años. En el fondo es un cobarde, no hay más que ver cómo se ha mantenido escondido todo este tiempo. Pero ninguno de nosotros ha olvidado lo que hizo; ni él ni el cerdo de Álex. Escúchame, Samu, la vida te lo ha puesto delante otra vez, no puedes dejar pasar la oportunidad de hacérselo pagar.

—Estáis más locos que yo —afirmé dándole voz a lo que pensaba.

Ángel adoptó un gesto severo, elevó una mano con los dedos erguidos y comenzó a enumerar:

—Por lo que su *mascota* le hizo a tu hermana. —Bajó uno de ellos—. Porque Darío sigue destrozado y quizá nunca vuelva a enamorarse. Porque no puedes permitir que Aarón se vea tentado a caer de nuevo. —Con cada verdad uno de sus dedos desaparecía—. Porque abusó de Abril. —Solo quedaba uno alzado—. Y por ti, joder. Porque él pasó página aquella misma noche y tú nunca podrás hacerlo.

Su mano quedó reducida a un puño marcado de venas por la fuerza con la que apretaba.

—Tú céntrate en ese hijo de puta —dictaminó mi hermano escudriñando la oscuridad de San Telmo—. Los demás déjanoslos al rubiales y a mí.

No terminó de decirlo cuando ya iba dirección al claro, un lugar que llevaba casi seis años sin pisar. Ángel sonrió de lado.

—Joder, Darío, no sabes lo que te vas a perder —gritó a la noche, yendo tras él.

Los vi traspasar los primeros naranjos.

«Lo siento, Abril. Siento con toda mi alma romper otra promesa, pero es la única forma de ponerle fin a esta mierda», traté de convencerme por lo que estaba a punto de hacer.

Nunca fui un tío fácil, alguien conformista, impasible o que se resignara. No, yo era lo contrario a todo eso, una persona difícil e impulsiva que siempre había hecho frente a las injusticias. Y ese desgraciado llevaba años con un cartel de sentencia colgado a la espalda que había sido ignorado.

Hasta ese momento.

No tardé ni treinta segundos en darles alcance, con la firme determinación de hacer que ese malnacido pagara.

—Lo siento, Abril —pronuncié esta vez en voz baja mientras avanzaba, sintiendo que mis nudillos ya no eran la única parte del cuerpo que me hormigueaba.



## 25. El sonido de las hojas secas

*Samuel*

Seis años no habían sido suficientes para borrar de mi memoria el sendero invisible trazado por los árboles.

La calma que reinaba en San Telmo se vio alterada por el crujido de las hojas secas que se quebraban bajo nuestros pies.

Mi corazón latía a más velocidad con cada paso que me acercaba al claro.

Comencé a distinguir entre la maleza los puntitos de luz de las distintas fogatas, que plagaron mi mente de recuerdos dolorosos tan solo para mí y unas cuantas personas más. Ninguno de nosotros había vuelto a poner un pie en ese lugar desde aquella maldita noche, aunque el resto de los jóvenes de la Asunción no había variado sus costumbres y seguía reuniéndose alrededor de las hogueras para incumplir los límites legales a espaldas de la vecindad. Sentí un profundo odio por toda esa gente para la que la muerte de mi hermana no significaba nada más que un incidente aislado en el tiempo.

Aarón fue el primero en traspasar la linde que dividía el claro de la arboleda. No se detuvo en echar un vistazo a su alrededor, sabía exactamente adónde tenía que dirigirse y nosotros le seguimos.

Me topé con su sucia mirada antes de llegar al punto donde estaban reunidos. Cinco tíos acompañaban a Sebas. A la mitad de ellos no los conocía, si bien la otra mitad de esas caras que nos observaban eran las mismas de antaño, la misma mierda de gente que siempre había querido ir un paso por delante de ley. También había tres chicas: Andrea, Eva y otra a la que nunca había visto.

Nos detuvimos frente a su hoguera y los miré, uno por uno, fijamente a los ojos.

Silencio.

Por el brillo amenazante que distinguí en sus brumosos iris, me quedó claro que nuestra presencia no les hacía ni puta gracia. Pero mi intención no era precisamente la de alegrarles la noche y sí la de separarle la cabeza del cuerpo al primero que me diese la oportunidad.

Más silencio.

Oír de fondo el crepitar de las maderas prendidas me puso la jodida carne de gallina.

Más y más silencio.

Cuando ya creía que ninguno de ellos iba a decir nada, una sonrisa torcida se formó en los labios de aquel cabrón.

—¿Qué, Reyes? ¿Vienes a aceptar mi oferta?

La pregunta que hizo a mi hermano, dándole tan poco valor que ofendía, fue el puto detonante en mi interior. Rodeé la fogata, lo cogí por el cuello y dejé que saliera al exterior toda la ira que había acumulado en esos días.

No puedo decir que no se defendiera, porque si yo le tenía ganas, él me la guardaba desde que puse un pie por primera vez en Las Viviendas de Papel.

Las voces se alzaron a nuestro alrededor, animándonos a que siguiésemos golpeándonos. Él lo hacía con contundencia, aunque nada que ver a cómo yo le daba gracias a la rabia que almacenaba desde que supe lo que le hizo a Abril. A mi niña, joder. A mi razón de ser. A la mujer que llevaba por entonces a mi hija en sus entrañas.

Sin desviar mi atención de Sebas advertí que Ángel y mi hermano también repartían lo suyo e impedían, a su vez, que cualquiera de los otros se me echase encima y le diera ventaja sobre mí a ese miserable.

Gruñidos graves, chillidos agudos e insultos escupidos por diferentes bocas era cuanto se oía en respuesta a los golpes que impactaban contra la

carne y el hueso.

Uno de ellos me agarró por los brazos desde atrás y Sebas aprovechó para castigarme repetidamente el estómago, sacándome todo el aire de los pulmones. Otro golpe más y mis rodillas cederían.

—¡Suéltalo, hijo de puta! ¡Cobarde de mierda! —bramó Ángel.

Lo vi correr hacia mí, con la intención de ayudarme, cuando una barrida de pies lo hizo caer de bruces a la tierra. Observé con impotencia cómo aquel cabrón alto y corpulento con el que se estaba pegando empezaba a patearle las costillas sin que ni Aarón ni yo pudiésemos hacer nada.

El rugido que emergió de mi garganta se elevó por encima de las demás voces que retumbaban en el claro. Lancé la cabeza hacia atrás con fuerza, impactando de lleno contra el tabique nasal del cerdo que me sujetaba. Tras el chasquido de huesos rotos, que vino escoltado por un profundo alarido de dolor, me soltó para llevarse las manos a la cara. Fue verme libre de nuevo y ni me lo pensé. Arrollé a la bestia que estaba cebándose con Ángel, arrastrándolo conmigo al suelo, y me situé encima de él.

Le di de hostias hasta en el cielo de la boca. Una seguida de otra.

Alguien me retuvo por los antebrazos. Al alzar la vista para ver cuál de esos cabrones sería el próximo al que partiría la cara, me encontré con la mirada fiera de mi hermano.

—No voy a dejar que te busques la ruina por un mierda como este, ¿me oyes?

Separó mis manos del cuerpo de aquel tío, que ya estaba prácticamente inconsciente, y me ayudó a ponerme en pie.

Mis ojos recorrieron la longitud del claro tratando de localizar a Sebas, pero ese desgraciado se había esfumado.

—¿A qué ha venido esto?

Giré la cabeza y descubrí a Eva a menos de un metro de mí exigiéndome una explicación que no tenía por qué darle. La ignoré, centrado en evaluar los daños que Ángel y mi hermano habían sufrido. El primero se levantaba con esfuerzo, sujetándose las costillas, con las facciones contraídas en una mueca de dolor. Aarón, sin embargo, pese a tener la cara hecha un asco, por lo demás no parecía demasiado perjudicado. Vi que Andrea se le acercaba y lo tomaba por los brazos como si él necesitara su consuelo. ¡Qué cojones...! Si ella aquella noche no se hubiese puesto a jugar con su polla, siguiendo las instrucciones de Álex, quizá nada le habría sucedido a mi hermana. Sentí un subidón enorme cuando, de una sacudida, Aarón se la sacó

de encima sin ningún miramiento. ¿Qué coño se pensaba?, ¿que seguía siendo alguien en su vida? Si no lo fue antes, mucho menos lo era ahora. Porque ahora mi hermano no estaba solo. Me tenía a mí. Pero sobre todo tenía a Carol, y contra eso... Contra eso no había nada que Andrea pudiera hacer.

Me fue imposible no curvar los labios en una sonrisa. Sí, joder, él había cambiado, y me sentía muy orgulloso del hombre en el que se había convertido.

—¿Que a qué ha venido esto? —Me volví hacia Eva con los ojos entornados—. Estás loco, Samuel. Como una cabra. —Iba a darle la espalda cuando me agarró del brazo—. No me gustas así, te prefiero cuando descargas toda esa rabia de otra manera.

Escupí al suelo al tiempo que daba un tirón, desasiéndome de ella.

—Das asco.

—Pues hace poco más de dos meses no parecía dártelo mucho.

Acababa de tocarme los huevos de verdad. ¡Joder si me los había tocado!

—Ese día no sabía lo que sé ahora —le dije en un tono bajo y cargado de desprecio—. Ya no echaría un polvo contigo así fueras el último coño sobre la faz de la tierra. Antes que tocarte de nuevo me mato a pajas. —No me importó una mierda hablarle de esa forma. Con cualquier otra me habría cortado un poco, pero no con aquella zorra que seguramente callaba muchas cosas—. Sabes de sobra a qué ha venido esto, no me hagas decirlo en voz alta.

—Claro que lo sé. Siempre se trata de ella.

—Vámonos, Samuel.

Había escuchado a mi hermano, pero no me moví.

—Por supuesto que siempre se trata de ella, no te quepa duda.

—¿De qué estamos hablando, de la pelea o de sexo? —lo preguntó en un tono tan mordaz que el poco respeto que pudiera tenerle murió en ese momento.

—Escúchame bien. Si aquella noche te follé contra la pared de un lavabo fue porque eras lo que tenía más a mano. Un polvo que no tuve que trabajarme, ¿lo entiendes? La opción más sencilla para destensarme en aquel momento. Nada más. Meter y sacar. Punto. Aunque imagino que esto te suena, ya que yo también fui para ti la elección más fácil.

—Tú me gustas. —Su cara se tiñó de rojo—. Siempre me gustaste.

—Pues tú a mí no. —Fui rotundo—. Y ahora menos después de defender al hijo de puta que la forzó.

No vi rastro de asombro en su cara y eso me confirmó lo que sospechaba. Eva sabía más de lo que decía y por ese motivo me dio todavía más asco.

—Vámonos ya —insistió Aarón—. No se merece ni que la insultes.

—Sí, tío, larguémonos de aquí —lo secundó Ángel deseando tumbar su maltrecho cuerpo en una cama.

—¡Oh, qué bonito es ver a los hermanos Reyes convertidos en uña y carne! —se mofó concediéndole a su voz un tinte de lo más venenoso.

En tres zancadas mi hermano se plantó frente a ella, pasándose por la polla cómo nos miraban los demás.

—Mejor cállate la boca si no quieres acabar con tu culo en el hospital. Aquella noche Abril llevaba en su vientre a la hija de Samuel. —Vi sorpresa en su cara, idéntica a la que asomó a los rostros de cuantos nos rodeaban. Aarón también lo advirtió y mostró una sonrisa triunfal—. Sí, la cría no es mía como pensabais todos, a pesar de quererla como si lo fuera. Así que no le toques más los cojones defendiendo lo que no tiene defensa, porque al final vas a ser tú quien pague por lo que él le hizo.

Le dio la espalda, me agarró del brazo y tiró de mí.

Hombro con hombro abandonamos el claro, donde no pensaba volver a poner un puto pie en lo que me quedara de vida.



—Tenéis la cabeza bien jodida, ¿lo sabéis?

Ese lunes Darío se presentó en nuestra casa sin siquiera pasar por la suya para cambiarse de ropa. Por lo que nos comentó, nada más salir del curro se dirigió al taller para saber qué tal llevaba lo de Rebeca y, al no verme, preguntó a Agustín, que le explicó con pelos y señales por qué ni Aarón ni yo habíamos acudido a trabajar ese día.

Cuando aparecimos hechos mierda la noche anterior a mi tío se le fue el color de la cara. Se adentró en el baño, aún lívido, y salió con el botiquín. En

cuanto estuvo sentado frente a nosotros comenzó a limpiarnos las heridas en silencio mientras mi hermano le contaba lo que había ocurrido. Ni un solo reproche abandonó sus labios. Ni una mirada de reprobación hubo en sus ojos. Ni una sola pregunta nos hizo. En el fondo entendía por qué lo habíamos hecho, como también sabía que si no era esa noche sería cualquier otra. De algún modo se lo esperaba, y lo único que nos dijo antes de irse a la cama fue que teníamos prohibido aparecer por el taller al día siguiente, que aprovecharíamos para descansar, que falta nos hacía. Las mismas palabras que dijo a Darío, por eso estaba allí.

Ángel llegó poco después, arrastrando los pies y medio encorvado, si bien la sonrisa de lunático cuando vio a Darío no pudo disimularla.

—No sabes lo que te perdiste anoche, tío —le dijo más que orgulloso—. ¡Fue épico, joder! Todos esos cabrones recibieron su merecido.

—Y por lo que veo también os dieron el vuestro.

—Tocábamos a uno contra dos. Si hubieras estado allí quizá la pelea habría estado más nivelada. —Chasqueó la lengua sin dejar de mirarlo—. No te dejes impresionar por lo que ves, que si nosotros tenemos esta pinta ni te imaginas cómo quedaron ellos.

—Se largó, Darío —solté sin más.

Él me miró. Sabía a quién me refería.

—Pero pudiste desquitarte antes —apuntó mi hermano—. Y tenías que haberte visto. Daba miedo cómo le atizabas.

—Ya que parece que estáis más o menos bien —a Darío se le dibujó una media sonrisa en la cara—, podríais hacerme un resumen de cómo quedaron ellos. Solo para sentirme algo mejor por no haber estado allí junto a vosotros.

—Yo te lo hago, y ve preparándote para correrte de gusto —se animó Ángel como si fuera a hablar de tías en lugar de golpes—. Aarón tiene más mala leche de la que nos hace ver, eso te lo garantizo. No paró de sacudir a dos tíos, como si las hostias que él recibía no le afectasen. ¡Sus ganchos cortaban el aire! Tenías que haberle visto. No es muy diferente a Samu, ¿sabes? Cuando se le va la olla, se le va como a él. —Darío miró a mi hermano y amplió la sonrisa. Él era un hombre pacífico, pero sé que aquella pelea la habría disfrutado, porque el daño y el dolor aún seguían vivos—. Yo tampoco me quedé atrás, aunque esté feo que lo diga. A uno lo dejé KO nada más empezar, pero tuve la mala suerte de que el otro que me tocó era el más grande. ¡Un puto armario, el cabrón! Y a pesar de que me doblaba el peso, si

no llega a ser porque me descuidé al ver a Samuel en apuros, también lo habría tumbado.

—¿Samu en apuros?! No me lo creo.

—Pues créetelo —continuó Ángel mientras mi hermano y yo percibíamos el entusiasmo con que lo contaba—. Eso sí, porque jugaron sucio y uno lo agarró por detrás para que Sebas lo golpeará. Ahora que... gran error.

Soltó una sonora carcajada.

—Sigue, joder —lo instó Darío intrigado.

—En cuanto Samu vio cómo me pateaba ese hijo de puta, se desató. De un cabezazo partió la nariz del imbécil que se había atrevido a sujetarlo y de un salto cayó sobre el cabrón que quería romperme las costillas. ¡No veas cómo le dio a aquella mole! ¡Pum, pum, pum! —Soltó tres ganchos al aire—. Aarón tuvo que pararlo, si no ese capullo no lo cuenta.

—Pero Sebas se escapó —dije de nuevo, sintiendo que no le había dado todo lo que se merecía.

—Sí, se escapó —afirmó Ángel poniendo sus ojos en los míos—, con el rabo entre las piernas. Y no lo culpo, la verdad; en su lugar yo habría hecho lo mismo. Él sabía que, en cuanto terminaras con ese pobre desgraciado al que casi te cargas, toda la ira de tus puños se dirigiría a su cara. Sí, definitivamente, yo también habría salido por patas.

—Eso no me consuela.

—Pues debería, tío. Ha dejado claro que te teme, conque no creo que tenga cojones de volver a cruzarse en tu camino. Ese hijo de puta va a evitarte a toda costa por la cuenta que le trae. Y ahí se acaba todo. Estoy seguro de que se le han quitado las ganas de acercarse a tu hermano; ahora sabe que tú estás con él y también cómo te las gastas.

—No me fio.

—¡Joder, Samuel, si yo estuviera en su pellejo desaparecería de la Asunción solo por si las moscas!

Puede que Ángel tuviese razón, todo se vería. Pero, aunque los hechos hablasen por si solos y ese desgraciado hubiese salido cagando leches dejando tirados a sus lameculos, algo dentro de mí insistía en que no debíamos confiarnos.



—¡Dios mío! Pero... Pero... ¡¿qué te ha pasado?!

Abril se llevó las manos a la boca, con sus preciosos ojos horrorizados, al ver mi lamentable aspecto.

—Estoy bien, nena, tranquila.

—¿Que estás bien? ¡Dios, Samu!, ¿en qué lío te has metido ahora?

Darío me había asegurado que se llevaría a Rebeca al parque y la entretendría allí hasta que yo le avisara al móvil.

Cuando la noche anterior se marchó de mi casa le pedí que no comentara a su hermana nada de la pelea. Quería ser yo quien se lo dijera, quien le explicara por qué había vuelto a romper una promesa. Y ahí estaba, dispuesto a jugarle mi última carta y, para qué negarlo, rezando por que me entendiera.

Se lo conté tal cual había sucedido, desde toda la frustración que vomité por mi boca mientras mi hermano y Ángel me escuchaban impotentes sentados en la acera, hasta las últimas palabras que nos soltó mi tío antes de irse a descansar. No omití nada ni de lo que hice ni de lo que pensé ni de hasta dónde habría estado dispuesto a llegar si ese cerdo no se hubiese largado. La parte que me resultó más incómoda de pronunciar fue la de la conversación con Eva, y no por el vocabulario que había usado con ella, sino por la vergüenza de admitir delante de Abril lo que había hecho y cómo lo había hecho. Hablarle de habérmela follado, fuera por el motivo que fuese, me resultó jodidamente difícil, ya que no era ningún secreto el daño que le hice en el pasado cada una de las veces que me la tiré.

—Me da miedo que quiera hacerte pagar lo que le has hecho —confesó, consciente de que Sebas no era trigo limpio.

—Pues a mí no me lo da —mentí solo por tranquilizarla.

—No lo subestimes —me amonestó en un tono severo—. No lo conoces lo suficiente para asegurar que no vaya a querer vengarse. Y eso deberías saberlo puesto que a ti nunca te ha frenado nada a la hora de ajustar cuentas cuando lo has visto conveniente. Ni antes ni ahora, Samu. Todavía me acuerdo de aquella vez que te llevaste a Eva entre los árboles solo porque me viste hablando con Aarón. Aún recuerdo el dolor que sentí, la humillación ante los demás.

—Pero no pude hacerlo.

—Lo sé. La diferencia es que tú, aunque a veces no lo parezca, tienes corazón, mientras que Sebas carece de él y no siente empatía por nadie. Es más, por ti siempre sintió aversión porque no le tenías miedo y te atreviste a plantarle cara y pararle los pies. Con todo y con eso, aprovechó la ocasión e

hizo lo que hizo sabiendo que causándome daño a mí también te lo hacía a ti. Tú te fuiste sin saberlo, pero ahora que has vuelto y le has dejado ver tu dolor, querrá castigarte de nuevo.

—No pienso permitirselo. Ese hijo de puta no va a joderme más, ni a mí ni a ninguno de los que me rodean —sentencié.

—Espero que no te equivoques.

La observé durante unos segundos y me insulté interiormente. Yo no la hacía feliz, joder. Por mucho que la quisiera era incapaz de darle estabilidad a su vida. Cada vez se veía más triste, y todo por mi modo de actuar.

—Te quiero, nena. No lo olvides.

Entrelazó sus dedos a los míos y los apretó.

—Y yo a ti. Para mi desgracia siempre te he querido demasiado — declaró con resignación por sentir un amor contra el que no podía luchar por mucho que lo intentase.

Cómo me dolió, maldita sea. Cuánto me jodió comprobar que solo le aportaba tristeza.

—Le he dicho a Darío que no tardaría mucho y ya se ha hecho más tarde de lo que pensaba. Debería irme para que él y Rebeca puedan regresar.

—El viernes es la graduación. Tengo que hacerle entender que no eres el monstruo que ella cree.

Lo que dije a continuación fue como darme una puñalada a mí mismo, pero era lo correcto.

—No la presiones ahora. Deja que disfrute de su fiesta y luego ya veremos cómo lo hacemos. Tiene solo cinco años y Aarón siempre ha formado parte de su vida. Yo solo llevo en ella unos pocos meses.

—Tú tendrías que estar ahí como el resto de los padres. Te lo mereces, Samu. Te mereces al menos eso.

Le di un beso casto en los labios.

—Y voy a estar ahí, aunque ella no va a verme. No me perdería la graduación de mi hija por nada del mundo.

—Pero no la disfrutarás a su lado.

—De eso os encargaréis tú y los demás. Tenéis que hacer que ese día sea inolvidable para ella.

—No es justo —se quejó con rabia—. Yo te quiero a mi lado. Quiero compartir ese momento contigo.

—Escúchame, nena. Ahora solo importa Rebeca. Yo estaré bien sabiendo que está rodeada por todos los que la quieren. Estaré allí entre la

gente, te lo prometo. Y pronto podré decirle que estuve presente ese día, que no me lo perdí.

Me fui a casa sintiéndome emocionalmente dividido entre el alivio de contar con el apoyo de Abril y la derrota de no significar nada para mi hija.

El tiempo se encargaría de poner cada cosa en su lugar, solo debía tener un poco más de paciencia, aunque reconocía que estaba llegando a mi límite.

### *Abril*

—Estás preciosa, cariño.

Rebeca me regaló una sonrisa a través del espejo de mi dormitorio donde llevaba un rato contemplándose. Iba disfrazada de troglodita con un vestido hecho jirones, que imitaba la piel de leopardo, y un enorme hueso de plástico en la cabeza. Su clase iba a representar la canción de los *Picapiedra* en la fiesta de fin de curso y ambas nos dábamos en mi habitación los últimos retoques.

Esa misma tarde mis compañeros y yo habíamos cerrado la cocina del colegio de la Asunción, poniéndole fin al año escolar. La graduación tendría lugar en las pistas de la escuela, donde la directiva de la Asociación de padres había montado una barra improvisada en un lateral para repartir bocadillos y refrescos tras el acto. Agradecía que fuese de ese modo, que el AMPA se hubiese encargado del refrigerio y no tener que ser yo quien estuviese en la cocina del comedor escolar cortando pan y rellenándolo de embutido, ya que mi hija era una de las graduadas y me habría entristecido perdermelo.

—¿Nos vamos? —preguntó mi hermano desde la puerta de mi habitación.

—¡Sííí! —chilló Rebeca emocionada, corriendo por el pasillo.

—¿Sabes algo? —Bajé la voz para que ella no pudiera oírme.

—No te preocupes, él irá.

Darío intuía que yo no estaba todo lo feliz que debería. Sí, me sentía contenta e ilusionada por ver a Rebeca actuar y por la puesta de bandas, pero tenía una espinita clavada en el corazón por Samuel, al que desde el martes

anterior no veía, consciente de lo que estaría sufriendo al sentirse al margen en un día tan importante para su hija.



Sentados en las gradas aplaudíamos como locos la coreografía que interpretaba la clase de Rebeca. Ella se situaba en primera fila, por lo que podía lucirse estupendamente ante todos los que habíamos ido a verla.

La puesta de bandas y la entrega de las orlas fue la parte más emotiva, en la que cada uno de los niños tuvo su minuto de protagonismo mientras era fotografiado junto a la profesora. Se me saltaron las lágrimas unas cuantas veces, pero cuando de verdad estuve a punto de echarme a llorar fue en el momento en el que el fotógrafo nos reclamó para hacer la instantánea de familia y vi a Samuel a lo lejos tras las vallas que dividían las pistas del colegio de la carretera. Él nos observaba inmóvil, viendo cómo nos posicionábamos para que el recuerdo de ese día fuera inmortalizado por la cámara. Ángel, mi hermano y Aarón se colocaron detrás. Las gemelas y yo lo hicimos delante, con Rebeca entre nosotras.

No miraba al objetivo cuando este se disparó; mis ojos estaban fijos en el hombre al que amaba, el mismo que tendría que haber ocupado un lugar privilegiado en esa foto de familia.

—Mami, ¿por qué lloras?

Aparté la mirada de Samuel y la fijé en ella sin saber muy bien qué decirle.

—Está emocionada, enana —contestó Aarón en mi lugar—. Has estado fantástica, la mejor de todas con diferencia. Es normal que tu madre se emocione. Anda, vete a jugar con tus amigas, que te están esperando.

Rebeca le dio un abrazo antes de salir disparada hacia el lugar donde la esperaban sus compañeras.

—Gracias por no decirle la verdad.

—Ha sido una mentirijilla piadosa. —Me apartó con el pulgar una lágrima que resbalaba por mi mejilla antes de volver la cabeza hacia las vallas. Aarón sabía por qué lloraba en realidad—. Ve a ver qué tal está, Ojos Azules. Tiene que haber sido duro para él no formar parte de esto.

Crucé las verjas de hierro y salí a la carretera. Samuel ya se alejaba por la acera, cabizbajo y con los hombros ligeramente hundidos. Corrí para darle alcance y, al llegar a su altura, me abracé a su cintura y pegué la cara a su espalda. Rebeca ya no podía verme, así que dejé que saliera toda la pena que

sentía por él. Por nosotros.

—No quiero que llores. —Se giró entre mis brazos para mirarme—. Hoy no.

—Entra y tómate una cerveza con nosotros —balbuceé—. Ella está con sus amigas, no se dará cuenta de que estás aquí.

—Quizá luego, cuando oscurezca un poco más. —Me dio un beso en los labios.

—¿Lo prometes?

—No, no lo prometo, pero tampoco digo que no vaya a venir después. Ahora voy a darme una vuelta para relajarme. Ve con ella, tú eres la que tienes que estar ahí.

—Tú también deberías estar. —Le recorrí con las manos el pecho, notando la dureza de sus músculos y el fuerte latir de su corazón.

—Venga, ve. —Palmeó mi trasero con una sonrisa.

Empecé a caminar de vuelta a la escuela.

—¡Nena! —gritó y yo me giré—. ¿Te he dicho alguna vez lo guapa que estás cuando sonríes? —Negué con la cabeza—. Pues te lo digo ahora, así que muéstramelo. —Mis labios temblaron intentando dibujar una sonrisa para él—. Así me gusta. —Pude ver sus dos hoyuelos, pero esa supuesta alegría no llegó a asomar a sus ojos—. No dejes de hacerlo. No sabes cómo me pone verte sonreír. Casi tanto como cuando te veo... ¡Va, da igual! Me pones de cualquier manera, siempre lo has hecho.

Mi hizo un guiño, se dio media vuelta y se le alejó a paso rápido.

—Eres imposible, Samuel —susurré andando de nuevo.

Y en ese momento mi sonrisa sí fue sincera, motivada por las palabras que había dicho solo para hacerme sentir un poco mejor.



—¿Qué haces, Darío?

Salía del baño cuando lo vi recorrer el pasillo en penumbras del colegio mirando a uno y otro lado.

—¿Está contigo Rebeca?

—No, ¿por qué?

—Hace un rato que no la veo y pensé que podía estar correteando por aquí con sus amigas.

—Venga, vamos a buscarla. —Me colgué de su brazo y juntos abandonamos el edificio de las aulas.

La noche había caído sobre la escuela y, como la fiesta estaba en todo su apogeo, costaba distinguir las caras de tanta gente debido a la falta de iluminación.

—Samu me ha dicho que a lo mejor se pasaba a tomarse una cerveza con nosotros cuando estuviera más oscuro. Ya ha oscurecido, así que mientras buscamos a Rebeca mira también por si lo ves a él.

Pasó como un cuarto de hora hasta que localizamos a Aarón, Ángel y las gemelas en una esquina de la improvisada barra comiéndose unos bocadillos.

—¿Habéis visto a Rebeca?

—¿Habéis visto a Samu? —preguntamos Darío y yo a la vez.

Me sentí mal por el hecho de que, de los dos, fuese mi hermano quien se preocupara por el paradero de mi hija, pero no podía sacarme de la cabeza a Samuel. Deseaba con toda mi alma compartir con él aunque fuera una mínima parte de ese día, a ver si de ese modo la tristeza que reflejaban sus ojos se atenuaba.

—¿Es que va a venir?! —Aarón parecía sorprendido.

—Ha dicho que quizá se pase.

—¿Me queréis decir si habéis visto a la niña?

—Hace rato que no. Pero cálmate, tío, que la enana estará por ahí celebrándolo con su panda. Ella sabe que no puede salir del colegio, así que no te agobies y tómate una cerveza, que esta gente se ha traído unas neveras de mierda y se están calentando.

Mi hermano siguió el consejo de Aarón y se acercó a la barra.

—No te hagas muchas ilusiones, Ojos Azules, lo más seguro es que no venga.

—Lo sé, pero la esperanza es lo último que se pierde.

Nos unimos a los demás, Aarón cogió otro bocadillo, yo clavé la vista en las vallas.

—Mira, Abril, ahí están las amigas de Rebeca. —Mi giré en la dirección que señalaba Marta—. Pero no la veo con ellas.

—¡Clara! ¡Rosita! —Las niñas se aproximaron a nosotros seguidas de Miguelito, que iba tras ellas a todas partes—. ¿No está con vosotras Rebeca?

—Yo la he visto antes en las vallas hablando con un hombre muy grande —me informó Clara, la mejor amiga de mi hija.

—Sí, parecía el increíble Hulk, aunque era más guapo que el monstruo verde.

—No se parecía en nada a Hulk, Rosita.

—Tú te callas, come mocos.

—¡Rosita! —la reprendí—. Eso no se dice. Pídele perdón a Miguelito ahora mismo.

—Perdón.

Le sacó la lengua cuando creyó que no la miraba y tuve que disimular una sonrisa. Estaba acostumbrada a esas pequeñas disputas que existían entre ellos y que nunca llegaban a más. Una lección que los niños daban a los mayores puesto que, por muy grande que fuera su enfado, este no conseguía romper su amistad y a los dos minutos era como si nada hubiese pasado.

—¿Hace cuánto la habéis visto y dónde? —les preguntó mi hermano.

Las pistas del colegio de la Asunción eran bastante grandes, al igual que el vallado que las rodeaba de punta a punta. Era normal que Darío quisiera saber el lugar exacto, ya que la luna no aportaba suficiente claridad como para localizarla y nuestra búsqueda quedaría en manos del azar.

—Un ratito. No sé cuánto —contestó Clara—. Pero nos hemos ido porque el hombre era muy simpático y Rebeca se reía mucho con él.

Los tres niños se miraron con complicidad, lo que me hizo gracia.

—¿Es que los habéis espiado?

Casi suelto una carcajada al ver negar con rotundidad a Miguelito y a Clara, mirándose el uno al otro para asegurarse de no meter la pata. En cambio, Rosita ni se inmutó. Sí, sí que los habían espiado, como los pequeños curiosos que eran.

Me sentí enormemente feliz de que Samu hubiese hallado la forma de propiciar un acercamiento y eché un vistazo alrededor esperando verlos aparecer en cualquier momento cogidos de la mano. Ángel y Marta tampoco podían ocultar su alegría, pero lo que de verdad me conmovió fue la preciosa sonrisa congelada en el rostro de Aarón.

—No me cuadra —escuché decir a mi hermano.

Puse mi atención en él. Darío y Carol se miraban sin el más ligero asomo de entusiasmo por aquel avance.

—¿Qué es lo que no te cuadra? —preguntó Ángel.

—Que Samu actúe así.

—¿Y cuándo ha tenido alguna lógica la manera de actuar de Samu?

—Él no es gracioso, Ángel —apuntó Carol—. Carece de la capacidad

para hacer reír a nadie.

Aquello me molestó. No entendía por qué no se alegraban ni ella ni mi hermano.

—No será gracioso para ti, porque yo me descojono con él.

Los tres niños no se perdían detalle de la conversación.

—No, cuñado, tú te ríes porque lo sacas de sus casillas y eso te divierte, no porque sea una persona graciosa por naturaleza.

—Samuel es como es —intervino Marta esta vez—. Y Rebeca sí se ríe con él, Carol.

—Y una mierda.

—No me cuadra —repitió Darío.

Pero a los que no nos cuadraba la actitud de ambos era a los demás, que los mirábamos alternativamente sin entender de dónde provenían sus recelos.

—¿Qué coño os pasa? ¡Ahora todo está bien, joder! —Ángel se dirigió a mi hermano—. ¿A qué viene ese careto, tío? Escúpelo, porque te juro que no lo pillo.

—¿Y qué me dices de tu cara, pelirroja? —preguntó Aarón con aspereza a su novia sin dar opción a que mi hermano respondiese—. Porque, aunque me importe tres cojones que la situación no te guste, querría saber el motivo.

—Tranquilo, machote, que solo he dicho lo que se supone que es obvio. —Carol no se acobardó—. Conque no te pongas gallito cuando tú sabes mejor que nadie que tu hermano tiene la gracia en los talones y debería extrañarte que Rebeca se haya estado partiendo el culo con él. Eso es lo que yo pienso, aunque desconozco los motivos de Darío.

—Pues que los diga, así nos enteramos de por qué le jode tanto.

Mi hermano le lanzó una mirada furibunda.

—¡A mí qué cojones me va a joder! —espetó a voces—. Lo que digo es que no me cuadra. Punto.

Había llegado el momento de echar a los críos de allí antes de que siguieran empapándose de un vocabulario que no les convenía aprender. Más brutos no podían ser. Ahora que, en cuanto los niños se fueran, me iban a escuchar.

—Venga, id a jugar.

—Rosita, espera —le pidió Marta antes de que se marchara—. Tú has oído de lo que hablaban, ¿verdad? —La pequeña asintió orgullosa—. ¿Me lo puedes decir, por favor?

¿Y ahora de qué iba Marta?!

Escuché resoplar a Ángel al mismo tiempo que Rosita empezaba a hablar.

—El hombre que parecía Hulk le ha dicho lo guapa que es.

—¿Y qué más?

—¿Quieres dejarla en paz? —Ángel la agarró de un brazo y la apartó de la niña.

—¿Qué más, Rosita? —insistió Marta.

—También le ha dicho que iba a hablarle de su padre y ella se ha ido con él.

—¿Cómo que se ha ido con él?! —Iba a matar a Samu.

—Cállate, Rosita —le regañó Miguelito.

—No me da la gana, come mocos. —Y tras esa delicia puso su atención de nuevo en mí—. Ella ha salido del cole para hablar con él.

Giré el cuello hacia los portones, agudizando la visión para poderlos distinguir entre los padres que se aglomeraban a las puertas del colegio para fumar.

—No los veo —dije más para mí que para los demás.

—No puedes verlos —se carcajeó la niña—. Se han ido cogidos de la mano calle abajo.

—Voy a matarlo. —Esa vez casi grité.

—Tranquila, Ojos Azules, que mi hermano tendrá una buena razón para haber hecho algo así. Querrá un poco de intimidad.

Pero Aarón estaba tan desconcertado como yo.

Comencé a dirigirme a la salida cuando volví a escuchar a Darío.

—No me cuadra, joder. Oye, Rosita, ¿de qué color tenía los ojos ese hombre? ¿Has podido verlos?

—Claro que sí. Los tenía negros. Brillantes y muy negros —contestó ella sin tener idea de lo que aquello significaba.

«Negros», oí el eco en mi mente.

Todo lo que había a mi alrededor se volvió del mismo color.

*Samuel*

Era la tercera cerveza que me tomaba celebrando en solitario la graduación de mi hija. Agustín se había ido a echar unas partidas al bar y ahí, tirado en el sofá, me había propuesto beber hasta que el dolor desapareciera. Sí, era un buen momento para pillar una jodida tajada de esas que terminan destrozándote el hígado.

No había vuelto al colegio, pero... ¿cómo coño iba a hacerlo cuando Rebeca no quería ni verme? ¡Putra mierda de vida!

En esos instantes, sintiéndome el ser más desgraciado del mundo, habría dado mi brazo derecho por escuchar la voz de Claudia y dejarme arrastrar por su cadencia y serenidad. O quizá el método infalible contra la impotencia que sentía hubiese sido una buena pelea con Abel. Cualquiera de las dos opciones me habría valido en aquel momento, bien fuera una cura en mi alma o bien en mis carnes y huesos.

De un tirón me arranqué la camiseta y la lancé con rabia contra el mueble. Debería haber subido a la escuela y haber hecho que Rebeca me escuchara. ¡Era su padre, joder! Le gustara o no, esa era la verdad, y tarde o temprano tendría que aceptarme.

Di un salto del sofá cuando la puerta de la calle se estrelló con fuerza en la pared del recibidor.

—¡Samuel!, ¡Samuel! —Eran los gritos de Aarón.

Él y Carol irrumpieron en el salón, jadeantes, y se quedaron clavados al verme en una pose defensiva.

El corazón empezó a latirme muy deprisa en cuanto me fijé en sus caras desencajadas. A él se le había ido el color y la pelirroja tenía las mejillas bañadas en lágrimas.

—Se la ha llevado —rugió mi hermano igual que un animal moribundo—. Ese hijo de puta se la ha llevado.

Miré a Carol sin atreverme a preguntar, sintiendo un frío gélido ascender por mi columna.

—Samu —balbuceó ella—, Sebas se ha llevado a Rebeca.



La gravilla se me iba clavando en las plantas de los pies conforme atravesaba como una exhalación la arboleda de San Telmo en dirección al claro, sintiendo cómo el manto de hojas secas crujía bajo mi peso. Los ojos comenzaron a escocerme por el sudor y los pinchazos en el costado se hicieron más intensos, pero no dejé de correr mientras rezaba como un

condenado a muerte en el momento de su ejecución. Porque si ese desgraciado le hacía daño a mi hija, me moriría.

No aminoré el ritmo cuando entré en el claro, sino que lo aumenté hasta llegar a la fogata donde se reunían y, sin premeditarlo siquiera, rodeé el cuello de Eva con una mano y la alcé del suelo.

—¿Dónde está? —Fue un gruñido ronco, amenazante. Si no me decía lo que quería oír no tendría problema en estrangularla allí mismo.

—Por allí —contestó con esfuerzo, señalando con un dedo la parte norte de la finca.

—Tú le has dicho que es mi hija —Apreté los dedos alrededor de su garganta—, y si le hace algún daño no habrá lugar en el que puedas ocultarte porque, aunque tenga que pasarme el resto de mi vida buscándote, te encontraré. Y te juro que desearás no haber nacido.

La solté con un empujón y eché a correr de nuevo en la dirección que había señalado. Aarón y Carol me seguían de cerca, pero no eran tan rápidos como yo.

Escuché las súplicas de Abril antes de llegar a un pequeño espacio despejado de árboles. Entonces la vi, con los brazos adelantados, abriendo y cerrando las manos, intentando alcanzar a Rebeca. Le rogaba entre sollozos que la soltara, que ella no le había hecho nada malo, que solo tenía cinco años. Darío la sujetaba por los hombros, impidiendo que se acercara más. Ángel y Marta estaban junto a ellos, observando impotentes la escena.

El alma se me cayó a los pies cuando advertí el brillo del metal afilado descansando en el cuello de mi hija. Me acerqué con cautela, dejándome ver para no sobresaltarlos, y me situé al lado de Abril. Ella me miró, y por unos segundos me quedé hipnotizado por el brillo de sus ojos y sus negras pestañas mojadas. Quise besarla como siempre me pasaba cuando la veía llorar, pero esa vez no fue por el deseo morboso que me producía ver el azul que adquirirían sus iris cuando aparecían las lágrimas. Esa vez solo quise besarla para mitigar el dolor, aunque no lo hice.

—Te presento a tu padre. —Giré la cabeza al oírlo—. ¿No te dije que vendría?

Él le echaba su asqueroso aliento a mi pequeña, que temblaba bajo el brazo que la rodeaba. Nuestros ojos conectaron y pude ver el desconcierto en los suyos. «Papi», se movieron sus labios en una pronunciación muda. Y fue en ese instante cuando supe qué tenía que hacer.

—Escúchame, nena. —Bajé la voz para que solo pudiera oírme ella—.

Voy a solucionarlo. Quédate aquí con tu hermano y no se te ocurra moverte. —Respiré hondo—. Cuando tengas a Rebeca, corre. No mires atrás, tú solo corre y pones a salvo.

—¿Qué vas a hacer? —Vi el terror reflejado en su rostro.

—Eso da igual, tú haz lo que te digo.

Cogió mi cara entre sus manos.

—Te lo advertí. Te dije que era capaz de todo con tal de hacerte daño. Devuélvemela, Samuel —susurró entrecortadamente contra mi boca—. Saca lo peor de ti; no te contengas, te lo suplico. Haz lo que tengas que hacer, pero devuélveme a mi niña.

—Lo juro.

—Y vuelve a mi lado. Mátalo si es necesario y vuelve conmigo.

Asentí, apartando sus manos de mi cara con delicadeza, y miré a Darío antes de ir al encuentro de Sebas, jurándome a mí mismo que si mi hija no sufría ningún daño me sacrificaría de la manera que fuese. No importaba cómo, pero si Rebeca salía ilesa, yo saldría de su vida. Esa era mi promesa: mi vida por la suya, mi infelicidad por su felicidad, todas mis necesidades y anhelos por los años que ella aún no había cumplido, aunque yo no pudiera verlos.

Y esa vez no la rompería.

## *Abril*

—Veo que no te ha dado tiempo a vestirme, Reyes.

Era cierto, Samuel había acudido en nuestra ayuda ataviado solo con unos pantalones cortos de deporte. Tenía la espalda brillante por el sudor y los músculos se veían más definidos por la tensión a la que estaba siendo sometido. Vi sus pies descalzos, sucios y llenos de pequeños cortes, lo que no le impedía avanzar con determinación. Estaba segura de que él no sentía dolor físico en aquel momento, que todo el daño se concentraba en el interior de su pecho, arrancándole a pellizcos lo que quedaba de su maltrecho corazón.

—Suelta a mi hija, Sebas. —Su tono era implorante, no había rastro de exigencia en él.

—De eso nada. Esta niña es tu punto débil así que, si quieres seguir viéndola respirar, detente. No continúes avanzando o me obligarás a hacerle daño.

Me tragué un sollozo cuando vi cómo apretaba la hoja de la navaja en su cuello.

Captaba todo lo que ocurría a mi alrededor: la voz susurrante de Marta hablando con la policía, las indicaciones que Ángel le daba del lugar para que ella las comunicara, la respiración agitada de Darío a mi lado, al llanto estrangulado de Carol y las maldiciones que Aarón escupía en voz baja; sin embargo, no podía apartar la vista de lo que tenía frente a mí. Todo se sucedía a cámara lenta ante mis ojos y yo no era capaz de gritar ni de moverme.

Samuel abrió sus brazos en cruz y se arrodilló sobre el suelo de hojas marrones.

—Te lo suplico —lo escuché decir sin llegar a creérmelo—. Te ruego que la sueltes. Te lo pido de rodillas. Nunca te he tenido por un cobarde, no te escudes en una niña. —Alzó la cabeza y lo miró—. Suéltala, por favor, y haz lo que quieras conmigo. Tu odio es hacia mí. Tu rabia es hacia mí. Tus ganas de venganza son hacia mí. Deja que ella se vaya y tómate tu revancha.

—¿Me crees tan estúpido, Reyes? En cuanto la suelte tú te me echarás encima.

—Te juro por su vida... —«No, no, no», gritó todo mi ser—, que si dejas que se vaya no me moveré de aquí. Mírame. Te lo juro por lo que más quiero. No moveré un puto músculo. No me defenderé. Haz conmigo lo que tengas que hacer, pero deja que se vaya con su madre.

A Samuel le estaba temblando la barbilla y dos gruesas lágrimas descendían por su cara.

Sebas sonrió, degustando anticipadamente el sabor de la victoria.

—Despídete de tu padre —ladró, dándole un brusco empujón a Rebeca al tiempo que propinaba una fuerte patada a Samuel en la cara que lo hizo caer de espaldas a la tierra.

Él estaba consciente, pero no se defendió, no hizo por levantarse.

Todo quedó en absoluto silencio a excepción del sonido de las hojas secas que se quebraban bajo los pies de mi hija mientras corría a mi encuentro.

La respiración de Darío se detuvo.

El llanto de Carol fue ahogado por la sorpresa.

Un alarido de impotencia brotó de la garganta de Aarón mezclándose con el silbido de las ramas de los árboles.

Caí de rodillas al suelo cuando el brillo de la hoja desapareció en el interior del cuerpo de Samuel, sin poder darle sonido al grito mudo que murió en mis labios cuando vi su sangre correr.



## 26. Por todo lo que perdimos

*Abril*

*El manto de hojas secas amarillentas iba cubriéndose con la sangre que manaba de la herida, un fluido espeso que se extendía lentamente formando un círculo oscuro en torno a su cuerpo.*

*Gritos desgarrados, maldiciones enfocadas al cielo y llantos de dolor eran cuanto me rodeaba mientras mis pies se deslizaban al lugar donde él estaba tendido.*

*Me arrodillé junto a su cuerpo inerte y mis ropas se empaparon del cálido flujo que lo abandonaba.*

*Busqué sus ojos hasta encontrarlos, pero él no me miraba. Sus pupilas estaban fijas en algún lugar del firmamento y habían perdido su brillo dorado, mostrando tan solo un velo opaco que proclamaba que Samuel ya no pertenecía a este mundo.*

*Él me había dejado.*

—¡Nooo! —grité ahogándome entre sollozos.

Mi hermano entró en mi habitación y me abrazó con fuerza. No

pronunció una palabra, pues sabía que nada de lo que pudiera decir mitigaría el dolor. Solo se quedó ahí conmigo, esperando pacientemente a que mis ojos se secaran, tal y como había hecho las cuatro últimas noches cada vez que me asaltaban las pesadillas.

Cuando Samuel fue apuñalado por Sebas, a todos los presentes se nos detuvo el corazón. Jamás podría explicar con palabras lo que sentí en aquel momento, el dolor lacerante y real que se instaló en mi pecho haciendo añicos cuanto había en él. Oí los alaridos de Aarón, descargando su dolor una vez tras otra contra la corteza de un árbol hasta abrirse los nudillos, y el llanto ronco de Ángel, que se había lanzado contra aquel miserable y lo golpeaba sin misericordia. Darío se quedó paralizado a mi lado, reviviendo un horror que no le era desconocido y que había abierto las heridas, aún frescas, de hacía años.

Yo continuaba abrazada a Rebeca cuando la policía irrumpió en aquel recóndito lugar de San Telmo y tomó el control de la situación. Los paramédicos no tardaron en aparecer, haciéndose cargo de Samuel con diligencia, que fue trasladado de urgencia en compañía de su hermano.

Dieron comienzo los interrogatorios, plagados de preguntas que escocían y nos cuestionaban, disparadas a bocajarro, sin considerar el daño que acabábamos de sufrir. Di mi testimonio a los agentes. Pero no solo conté lo ocurrido esa noche, sino que me remonté a aquel quince de agosto que celebrábamos la festividad de la Asunción. Cada cual hizo lo propio, incluso mi hija fue interrogada. Y solo cuando estuvieron convencidos de que nuestras versiones coincidían y de que el único culpable era Sebas, nos dejaron respirar.

Ahora ese monstruo estaba detenido a la espera de juicio por diversos delitos, entre ellos violación e intento de asesinato, ya que este último se había cometido a traición, sabiendo que la víctima no iba a defenderse y premeditado con anterioridad. Se me informó de que la agresión cometida contra mí, casi seis años atrás, no había prescrito, de ahí que también fueran a juzgarlo por eso.

Las personas que lo conocían y compartían con él horas en el claro no se salvaron del interrogatorio. De ese modo quedaron todos los hechos constatados y la policía nos aseguó que Sebas cumpliría condena.

Samuel se recuperaba de la cobarde puñalada, que por suerte penetró entre las costillas sin dañar ningún órgano importante. Ni Aarón ni Agustín se habían movido los últimos cuatro días del hospital, y yo iba y venía,

dividiéndome el tiempo entre él y mi hija, que no hacía otra cosa que preguntar por su padre. Ahora que Rebeca sabía la verdad y la había aceptado sin ningún tipo de resentimiento, deseaba con toda su alma abrazarse a Samuel.

Fue duro contarle todo desde el principio, pero la peor parte de la narración sobre aquel pasado que mi hija desconocía se la llevó Aarón cuando tuvo que revelarle, sin muchos detalles, por qué su hermano lo odiaba. No fuimos demasiado explícitos en los datos, ya que Rebeca a sus cinco años no necesitaba saber toda la miseria que habíamos pasado en nuestras vidas, y tampoco entendería ciertos aspectos y actuaciones en estas. De modo que solo le dijimos lo suficiente como para que comprendiera el proceder de su padre.

Después de todo, las aguas habían vuelto a su cauce y tendría que alegrarme por ello, en cambio, las constantes pesadillas que me asaltaban cuando caía rendida no me dejaban disfrutar de la expectativa de futuro que ahora se abría ante mí. Quizá cuando Samu volviera a nuestro lado y todo adquiriera el sentido que debía tener, quedarán enterradas para siempre. Porque si alguien podía borrarlas de mi cabeza era él, insuflándome vida a través de la suya.



—Ni se te ocurra levantarte de la mesa.

—Pero están llamando a la puerta, mami.

—Abro yo —dije secándome las manos en un paño de cocina y desoyendo sus quejas—. Tú, a comer.

Tuvo que sujetarme por la cintura para evitar que cayera al suelo. Sus fuertes brazos me rodearon y me dejé abrazar, con la cara apoyada en su pecho, contando mentalmente los enérgicos latidos de su corazón.

—Ya estás aquí —musité acariciándole con miedo el costado.

Noté bajo la palma de mi mano el relieve de la venda.

—Así es, nena.

Alcé el rostro y disfruté del brillo dorado que despedían sus ojos. Samuel se inclinó lentamente y me besó. Y yo rompí a llorar pegada a su boca, cautivada por la suavidad y calidez que desprendían sus carnosos

labios. Trencé mis dedos en su nuca, apretándome a él, y me negué a ponerle fin a ese beso que me había devuelto a la vida.

—¿Papi?!

Todo mi cuerpo sintió el azote del escalofrío que lo recorrió por esa simple palabra. Me separé de él y me volví, encontrándome a Rebeca observándonos fijamente. Sabía que el efecto que le había causado oír ese diminutivo de familiaridad de boca de nuestra hija había sido devastador, así que intervine mientras acababa de asimilarlo.

—¿Ves, mi vida? —Quedé a su altura al arrodillarme—. Te dije que tu... tu padre se iba a poner bien, que pronto vendría para estar contigo.

—Papi —repitió haciéndose con la sensación que le producía aquella nueva palabra en el paladar.

—Hola, princesa —pronunció él con la voz enronquecida de emoción.

—¡Papi!, ¡papi!

Rebeca le saltó encima, rodeándolo con brazos y piernas, para besar cada centímetro de su pétrea cara. Tuve que sonreír ante la expresión de su rostro, que se veía conmovido y horrorizado a partes iguales; el temor de sentirse padre casi se podía palpar. Pero mi sonrisa quedó congelada cuando vi que sus facciones se contraían en una mueca de dolor. Cogí a la niña por las axilas y la dejé en el suelo.

—Rebeca, no puedes hacer eso. Samu aún...

—Samu, no. Papi. Es mi papi.

—De acuerdo. Papi aún está malito y la herida le duele, tienes que tratarlo con más delicadeza.

—¿Con más *deliqué*?

—Anda, siéntate con él en el sofá y dale mimitos mientras yo termino la cocina.

Cerré la puerta de la calle y los seguí hasta el salón. Ahí los dejé para que pudieran ponerse al día. Debido a los acontecimientos, todo se había precipitado sin dejarnos alternativa de explicarle a Rebeca la realidad de un modo pausado. Ella tenía muchas preguntas y él mucho a lo que responder, y tanto para uno como para el otro aquella conversación era necesaria.



—No nos puedes hacer esto.

Padre e hija se habían pasado la tarde juntos, uniendo unos lazos que jamás habían existido entre ellos. Yo los había estado escuchando desde la

cocina, donde me quedé el tiempo que necesitaron para fortalecer ese vínculo que ambos acababan de crear. Por eso no me cabía en la cabeza que me estuviera diciendo aquello. No lo entendía. No lo aceptaba. No me iba a convencer.

—A mí me duele más que a ti, créeme.

—¿Que te crea?! ¿Cómo piensas decírselo a Rebeca? Dime cómo vas a hacerlo. ¿Cómo se le dice a una niña de cinco años que acaba de recuperar a su padre que nuevamente se queda sin él? ¿Cómo?! —grité de impotencia.

—Diciéndole la verdad, joder. Explicándole por qué me veo obligado a hacerlo.

—Y una mierda, Samu. —Había perdido el control—. A ti no te obliga nadie. Solo eres tú. Otra vez tú. Siempre tú. No me puedes hacer esto, no por segunda vez.

—No me lo pongas más difícil, por favor. —Su voz se entrecortaba, pero no sentí pena por él—. No hagas que sea aún más duro.

—¿Por qué? Explícamelo. ¿Es otra de las muchas penitencias que tú mismo te impones solo porque crees merecerlas?

—No.

—¿Entonces? ¿Un castigo para alcanzar el perdón? —No pude evitar ser sarcástica.

—No. —Esa vez la negativa fue un gruñido seco y bajo.

—Pues explícame los motivos, porque no soy capaz de entenderlo. No lo entiendo. No puedo entender por qué lo quieres hacer.

Me agarró por los brazos y me acercó a él.

—No quiero hacerlo. Te juro que no quiero. Pero tengo que cumplir esta promesa por todo lo que perdimos. No puedo romperla, Abril. No esta vez.

—¿Y por qué esta vez no?

Se me habían agotado las fuerzas. Tenía el presentimiento de que nada de lo que pudiera decirle lo convencería.

—Porque me da pánico perder algo más si la rompo. Porque la hice por ella. ¡Casi la pierdo, maldita sea! —Palpaba su miedo, su angustia, su desesperación. Pero también mis miedos, mis angustias y la desesperación de perderlo eran tangibles, y él parecía no verlos—. Las he roto todas, Abril, he incumplido todas mis promesas y casi se me va de las manos. Estoy acojonado de pensar que algo superior quiera castigarme a través de vosotras. Tengo que hacerlo, tengo que cumplir mi palabra. Me juego mucho si no lo

hago, y no estoy dispuesto. Mi vida por la suya, mi felicidad por la suya, mi ausencia por todos los años que le quedan; ese era el trato.

—¿El trato con quién? ¡Yo no creo en Dios! —bramé como una desquiciada golpeándolo en el pecho—. ¡No creo en la existencia de nada superior! ¡Y ahora tampoco creo en ti! Me dijiste que volverías a mi lado, ¿esa promesa no te importa incumplirla?

No sé decir en qué instante de ese tenso momento que vivíamos nos abrazamos. El caso es que me vi aferrándome a él con la misma desesperación con la que él se aferraba a mí.

—Está decidido, ¿verdad? Nada de lo que te diga te va a hacer cambiar de opinión.

Lo oí blasfemar entre dientes.

—Sí, nena, está decidido.

Y Samuel, el hombre que me quería más que a su propia vida, volvió a romperme el corazón.



Esa noche de primeros de julio era como si estuviese haciendo el amor con un extraño, y no por la rabia que me acicateaba por dentro, sino porque él no dejó que su cuerpo se expresara con total libertad. Fue inmensamente más tierno que en otras ocasiones y no dejó de mirarme a los ojos mientras estuvo en mi interior.

—Si no te apetece no pasa nada —le dije mientras se mecía suavemente sobre mí.

—Cómo no va a apetecerme —susurró entre gemidos—. Es solo que no quiero que se termine, no quiero estar en otro lugar que no sea dentro de ti.

—Pues entonces quédate y estarás en este lugar cada vez que desees. Es así de fácil, Samu. Yo no me voy a ninguna parte, tú eres el que ha decidido alejarse.

Me besó con una ternura inusitada en él, dibujando el contorno de mis labios con la lengua, arrastrando los dientes por mi barbilla sin llegar a hacer presión, sin apartar su mirada de mis ojos suplicantes.

Hundió la nariz en el hueco de mi cuello y comenzó a moverse con más

determinación.

—No quiero irme, joder —se lamentaba entre jadeos—. No quiero, no quiero, no quiero —susurró como un mantra alcanzando el clímax.

—No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas —le rogué a mi vez.

Pero yo no pude obtener alivio alguno; la tristeza pesaba demasiado como para dejarle hueco al placer.

Estuve despierta el resto de la noche con las extremidades enlazadas a su duro cuerpo, empapando la almohada con mi silenciosa pena, concentrada en su profunda respiración regular, palpando su piel caliente, besando a cada segundo la moldura de su pecho y maldiciéndolo interiormente por obligarme a que lo dejara ir.

No quería que amaneciera y pedí a la noche estrellada que no dejara salir al sol, pero antes de lo previsto este asomó por el horizonte y unos débiles rayos atravesaron la oscuridad de mi habitación.

—Debería irme —musitó con voz pastosa, apretando mi cuerpo contra el suyo.

—No quieres hacerlo, Samu. Tú no quieres hacerlo.

—Pues claro que no quiero, mierda. —Se cubrió los ojos con el antebrazo y tomó una honda inspiración—. Pero da igual lo que yo quiera.

—¿Y lo que quiero yo? —Me incorporé y le retiré el brazo de la cara—. ¿Eso tampoco importa?

Deslizó las yemas de sus dedos por mi mejilla.

—Tú eres lo único que importa. Tú y Rebeca.

Se levantó de la cama, dejando frío el lugar en el que había descansado su cuerpo, y comenzó a vestirse.

—¿Dónde vas a ir?

Parpadeé repetidas veces porque me negaba a dejar que viera mi debilidad.

—Iré un tiempo a Castellón con mi abuela, después... no lo sé.

Una rabia nacida de la impotencia y avivada por un amor que siempre había existido y que él se obstinaba en dejar atrás, hizo que no me callara y que todo lo que me guardaba dentro saliera a la superficie con crudeza.

—Nunca me dijiste quién era la mujer de la que hablaste a mi hermano, y ahora tengo que aceptar que vuelves al lugar donde la conociste y que, probablemente, la veas. —Se giró hacia mí, abrochándose los pantalones—. Dime dónde me deja eso. Explícame cómo voy a sentirme sabiendo que estás con ella.

—Tú no lo entiendes, Abril, no sabes de lo que hablas.

—¡¿Ah, no?! Mírame a los ojos y dime que no la vas a ver.

Clavó sus pupilas en las mías.

—Seguramente la veré.

—¡Oh, Dios! ¡¿Y lo dices tan tranquilo?!

—Claudia no es lo que tú piensas.

—¡Me importa una mierda quién es Claudia! —grité—. La realidad es que ella estará contigo y yo no.

—Joder, nena, no me hagas esto.

—¿Que no te haga qué? ¿Daño? ¿Acaso no me lo estás haciendo tú a mí? Lárgate si eso es lo que quieres. Fóllate a esa tal Claudia y a todas las que se te pongan a tiro.

—No vayas por ahí.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer que no hayas hecho ya?

—Te explicaré quién es ella y lo que significa para mí.

—No hace falta que me expliques nada, a la vista está que significa mucho más que yo.

—No me voy por ella —gruñó entre dientes.

—No, claro, te vas por ti. Siempre por ti. Todo por ti.

—Joder, Abril, no quiero marcharme dejándote de esta manera. No quiero irme sintiéndome como una mierda, pero si lo primero que haces es tocarme las pelotas con suposiciones estúpidas, vamos mal.

—Óyeme bien, pedazo de alcorcho. —Me enrollé la sábana al cuerpo, me puse en pie y le clavé el dedo en el pecho—. Con lo que estás haciendo, tú y yo ya no podemos ir a peor. Has roto todo lo que teníamos en el momento en el que tomaste la decisión.

—No me des más toques con el puto dedo —me avisó, y yo le hincó la uña con fuerza en el centro del pecho.

—¿O qué? Tú. Ya. No. Tienes. Ninguna. Potestad. Sobre. Mí. —Ocho veces consecutivas clavé mi dedo en su esternón.

Deseaba que aquello fuera el paso intermedio para que recapacitara, sabiendo que lo que hacía le causaba rabia y excitación a partes iguales. Esperaba que me tumbara sobre la cama y me hiciera el amor esa vez sin delicadezas, que saliera el Samuel que conocía y amaba. Quería que se impusiera. Que gritara con toda la fuerza de sus pulmones que no me iba a dejar. Pero nada de eso sucedió. Se dio la vuelta con la respiración agitada y abrió la puerta de mi habitación.

—Luego vengo a despedirme de la niña y... de ti también.

—No se te ocurra volver. Aquí tienes mi despedida, gilipollas sin sentimientos. —Un llanto enérgico me asaltó—. Ojalá nunca seas feliz. Ojalá no se te levante con ninguna otra. Ojalá te arrepientas y tengas que regresar arrastrándote. Pero escúchame bien. Cuando eso pase, yo ya no estaré para ti.

—Te quiero, Abril.

Sus pasos se perdieron por el pasillo.

—¡Te odio, Samuel! —chillé desgarrándome la garganta.

### *Samuel*

—Bueno, Agustín, espero que pronto...

—Adiós, muchacho —me cortó con sequedad.

Esa fue la fría despedida de mi tío. Ni un abrazo por lo que nos unía ni una palabra de ánimo ni un poco de comprensión, solamente un «adiós» ácido.

Subí al coche y Aarón arrancó; él y Carol se habían ofrecido a llevarme a la estación de trenes.

Mi hermano conducía en silencio y la pelirroja, sentada en la parte trasera del vehículo, tampoco es que estuviese demasiado habladora. Yo me limitaba a mirar las calles a través de la ventanilla, dándome una paliza mental por dejar atrás lo único que de verdad me haría feliz en la vida. Jodido. Brutalmente jodido. Sintiendo que con cada metro de asfalto que me distanciaba de Las Viviendas de Papel, el puño que me oprimía el pecho se apretaba un poco más. No había ido a despedirme de Abril y eso era lo que más me dolía. Me habría gustado rodearla con mis brazos, besarla una última vez volcando en su boca lo mucho que la quería. La necesitaba, joder, pero opté por hacérselo más fácil, soportando lo que tan difícil estaba siendo para mí: marcharme de la Asunción con un «te odio» como despedida.

Al llegar a la estación el corazón me dio un vuelco cuando vi allí a Darío con mi hija. Lo miré a sus ojos tristes, agradeciéndole en silencio que me diera la oportunidad de explicarme con ella.

—Hola, princesa.

—Hola, papi —respondió abrazándose a mí.

La elevé del suelo, estrechándola entre mis brazos, y la llevé hasta unas sillas de plástico algo apartadas de los demás. La senté en mis rodillas, tanteando el terreno que estaba a punto de pisar.

—Quiero que sepas que te quiero más que a nada en este mundo. —El nudo se apretó a mi tráquea—. Que el marcharme ahora es lo más duro que he tenido que hacer en la vida.

—¿Y por qué te vas? ¿Por qué no te quedas conmigo y con mami? ¿Ya no te gusta mami? ¿No te gusto yo?

Le acaricié la melena revuelta.

—Me encanta tu madre. Y me encantas tú.

—¿Y por qué te vas entonces?

Ahí venía lo complicado, explicarle a mi hija por qué había tomado esa decisión, y decidí hacerlo con el corazón en la mano.

—Recuerdas lo que pasó hace unos días, ¿verdad? Cuando ese hijo... Cuando ese hombre te llevó con él. —Ella asintió—. Pues... al llegar a los árboles y ver cómo te tenía, sentí tanto miedo que me juré que, si a ti no te pasaba nada, yo sacrificaría mi vida de la manera que fuese.

—Tú ya te *sarquisficaste*, papi. Me salvaste y ese hombre te hizo daño por mi culpa.

—No, princesa, la culpa no es tuya, la culpa siempre ha sido mía. Ese tipo solo quiso hacerte daño para hacérmelo a mí, porque sabía que la única forma de herirme de muerte era a través de ti o de tu madre. Las heridas de la carne se curan, pero las del alma, no. ¿Lo entiendes? El problema lo tenía conmigo y yo no os supe proteger de él.

—Pero todos estamos bien y dice mi tío Darío que él nunca volverá a hacerme daño.

—Y yo nunca volveré a romper una promesa para tentar a la suerte. He roto tantas... que es posible que por ese motivo no haya dejado de ser castigado. Ya no me atrevo a romper ni una más.

—¿Volverás algún día?

—No lo sé. Tal vez si con el tiempo logro perdonarme todos los errores que he cometido pueda regresar a la Asunción. Son demasiados, Rebeca. Me he dado cuenta tarde, pero quizá aún pueda evitar males mayores. Todos vosotros estáis mejor sin mí.

—No, te equivocas *muchísimo*. Yo no soy una mayor, pero dice Ron

que no se me escapa nada.

Sonreí.

—¿Y por qué dice eso mi hermano?

Puso los ojos en blanco como si fuera una obviedad y yo agrandé la sonrisa por aquel gesto.

—Sigues sin enterarte de nada.

—A ver, explícamelo.

—Antes de que tú llegaras mi mami se reía, pero era de mentira casi todas las veces. Ella solo me ríe de verdad a mí y también a ti; me he dado cuenta. —Mi sonrisa se fue apagando—. Y Ron ahora es muy feliz, más que cuando tú no estabas. Y mi tío Darío está muy triste porque dice que te quiere con todo su corazón. Y Ángel está enfadado, ¿sabes?, y creo que es porque también te quiere mucho y no le gusta que te vayas. —Me miró fijamente—. Y tus ojos amarillos no brillan, papi, y eso es porque tú tampoco estás contento.

—Eso no importa, princesa, lo que importa de verdad es que tus ojos amarillos nunca dejen de brillar.

—¿Y si cuando te vayas ya no brillan?

Cogí su mano y me la llevé al pecho.

—Aunque yo esté lejos tú estarás aquí. —Luego conduje nuestras manos unidas hasta el suyo—. Y yo estaré aquí. —A continuación, toqué nuestras cabezas—. Y aquí también. Siempre te llevaré en mi pensamiento y en mi corazón, y me gustaría que tú hicieras lo mismo. Así tus ojos de bicho raro no dejarán de brillar, porque sabrás que te llevo conmigo y que no voy a olvidarte.

—Pero ya nunca nos veremos.

Joder, qué difícil estaba siendo. Me dolió tanto aquella frase que las dudas me abordaron sin aviso haciendo que mis defensas cayeran. Quise abrazarla y quedarme así el resto de mis días, sin embargo, precisamente por ella tenía que hacerlo; justo por Rebeca me tenía que ir. Me habría quedado por cualquier otra promesa rota. Me sudaba la polla romper millones de ellas, pero no una que había hecho por mi hija. Con algo tan grande no me atrevía.

—Nunca hay que decir nunca.

—Tú acabas de decir nunca dos veces. —Trazó una sonrisa pícaro y tuve que soltar una carcajada.

—Te voy a echar de menos, princesa.

La besé en la frente y dejé los labios ahí.

—No, tú acabas de decirlo. Yo siempre estaré aquí y aquí. —Tocó las zonas que yo le había mostrado hacía un momento—. Y si nunca se puede decir nunca, eso es que pronto nos volveremos a ver.

Se abrazó a mí con fuerza, creyendo en sus palabras. Palabras que yo deseé creer también.

Fuimos hasta donde estaban los demás. Ahora tocaba pasar por otro duro trago: decirles adiós a Darío y a mi hermano. No pude evitar pensar que la primera vez que me largué de la barriada fue más fácil para mí con respecto a las despedidas, ya que no las hubo.

—Perdóname, Aarón —dije dándole un abrazo.

—Todo está perdonado.

Esa frase me desarmó y no pude guardarme una gran verdad que me estaba quemando.

—Siempre has sido mejor persona que yo. Fui un capullo al no darme cuenta.

En el apretón que Darío y yo nos dimos iban impresas todas las palabras que nunca tuvimos la necesidad de decirnos, y duró más de la cuenta, resistiéndonos a separarnos de nuevo.

—Cuida de ellas. Cuídalas por mí.

—Vete tranquilo, sabes que siempre lo he hecho.

Carol se despidió con lágrimas en los ojos. La pelirroja había aprendido a quererme y eso me hizo sentir algo mejor.

—Que te vaya bien, Samu. Y vuelve algún día, aunque solo sea para visitarnos.

Asentí antes de agacharme y rodear con los brazos a Rebeca.

—Te quiero, princesa, no lo olvides.

—Y yo a ti, papi. *Muchisísimo*.

Tratando de no echarme a llorar como un crío delante de ellos, y sobre todo delante de mi hija, me di la vuelta y caminé hacia los andenes sin mirar atrás. No podía tragar la puta bola que tenía en la garganta, joder. No bajaba.

Cuando estaba a tres pasos de cruzar las puertas que daban a las vías, me agarraron por el hombro y tiraron con fuerza de mí, haciendo que me girara. Un enorme puño se estrelló en mi pómulo izquierdo desestabilizando el peso de mi cuerpo, que cayó a plomo hacia atrás. Instintivamente solté el petate para clavar las palmas de las manos en el suelo y así amortiguar el golpe. Elevé los ojos con furia, encontrándome a Ángel con una fiereza en su mirada que superaba con creces la mía.

—Levántate y pelea, cabrón. Te voy a dar tal paliza que tu culo va a terminar otra vez en el hospital.

—¿Que tú me vas a dar una paliza a mí?! —Sonreí con ironía mientras me ponía en pie.

Las personas que pasaban a nuestro lado se retiraban con prudencia, entre incrédulas y asustadas. Por un momento temí que alguna avisara a seguridad y que eso me hiciera perder el tren.

—Si eso impide que te vayas, te la daré. Voy a reventarte, Samu. Por mis huevos que te quedas en la barriada quieras o no.

—Mira, Ángel. —Me acerqué a él y posé mi mano en su hombro—. Lo que estás haciendo dice mucho a tu favor. Sé que quieres que me quede, pero no puedo. Al que más daño le hace esto es a mí.

—Eres más gilipollas de lo que pareces si crees que solo te sacrificas tú. ¡Estás haciendo que lo paguen ellas, joder! —bramó—. Las vas a hacer sufrir por otra de tus putas neuras sin sentido. Y te vas a arrepentir.

—Seguro que me arrepiento, eso no te lo discuto. —Advertí que Marta estaba tras él y a ella me dirigí—: Sé que entiendes por qué lo hago. Díselo tú, pelirroja. Explícale por qué no puedo quedarme.

—Lo siento, Samuel. —Suspiró—. Me gustaría entenderte, ¿sabes?, pero no logro hacerlo. Tú te ves en la necesidad de no romper esa promesa, de cumplirla para que ellas estén bien, y no te das cuenta de lo injusto que estás siendo al pasar por alto que la que más va a sufrir con todo esto es Abril. Piensa si merece la pena, si unas palabras pronunciadas en un momento de fragilidad están por encima de su felicidad o de la tuya. O de la hija a la que acabas de recuperar. No me pidas que te apoye, porque en esta ocasión me es imposible.

—Ella tiene a Rebeca, os tiene a vosotros. Lo superará.

—No va a superarlo, no te engañes.

Lo dijo tan convencida que estuve a un paso de mandarlo todo a la mierda y volverme a la barriada con ellos.

—Siempre fuiste un puto colgado. —No vi venir el empujón—. Y ahora también te has convertido en un cabrón egoísta. Vete a tu jodido retiro como si fueras un monje y créete un mártir si eso te hace feliz. —Escupió a mis pies—. Un puto fraude es lo que eres. Un cobarde que no tiene cojones de enfrentarse a la vida.

Ángel me dio la espalda y se alejó dejándome hecho polvo. Se había cabreado como nunca y tuve que tragarme sus insultos por la parte de verdad

que había detrás de cada uno de ellos.

Mis ojos se centraron en mis manos y en las de Marta, que no sabía cómo, pero estaban unidas.

—Espero que encuentres la paz que tanto te falta y que cuando eso pase, regreses a arreglar todo el destrozo que estás causando con tu marcha.

Depositó un beso en mi mejilla y se encaminó al encuentro de los demás, que no habían hecho por intervenir en la trifulca. No vi a Rebeca ni a Carol, e imaginé que la pelirroja se la habría llevado a otro lugar donde mi hija no fuera testigo de cómo Ángel me humillaba.

Atravesé las puertas y subí al tren. Desolado. Vacío. Deshecho.

Escuché el silbido poco antes de que las ruedas comenzaran a deslizarse por los raíles.

Físicamente los dejaba atrás, pero mi corazón y mi alma se quedaban junto a ellos en la Asunción de María.

## *Abril*

Entré atropelladamente en los andenes demasiado tarde; del tren ya solo se vislumbraba su silueta de acero serpenteando en la lejanía.

—¡Esto no acaba aquí, ¿me oyes?! —grité con todas mis ganas—. Esta vez no te saldrás con la tuya como siempre has hecho. —Los viandantes me miraban estupefactos. Y es que estaba dando un espectáculo deprimente chillando como una loca, con la cara empapada y la vista clavada en el vacío que se abría en la distancia. Pero eso no evitó que siguiera haciéndolo—. Esta vez te equivocas, Samuel, porque no pienso permitir que tu voluntad se imponga a la mía. Esto no ha terminado; al contrario, no ha hecho más que empezar.

Mis aullidos quedaron atrapados en el pecho de Aarón, que me abrazó cuando no pudo soportar verme de aquella manera.

—Vámonos, Ojos Azules. Déjale que se dé cuenta de que ha cometido otro gran error. Mi hermano volverá, estoy convencido.

—No va a volver —sollocé medio ahogándome.

—Lo hará en cuanto vea que sin ti no es capaz ni de respirar. Lo conozco mejor de lo que se piensa. Él terminará rompiendo su promesa.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Tú acabas de decirlo. Samuel ya no puede imponer su voluntad a la tuya, aunque él aún no lo sepa. Pero no te preocupes, que esa mierda de promesa acabará por abrirle los ojos.



## 27. Uniendo los fragmentos de una vida rota

*Abril*

Habían transcurrido dos meses desde que Samuel se subiera a ese tren; tiempo suficiente para haber asimilado que no tenía intención de volver, más cuando no había hecho por ponerse en contacto conmigo ni una sola vez. En cambio, a mí no me resultaba nada fácil poner tierra de por medio y mi cabeza traicionera se pasaba los días enteros pensando en él.

Reconocía que tenerlo presente en todo momento no me ayudaba y en más de una ocasión deseé no haberle conocido. Continuaba enfadada porque se hubiera ido por segunda vez sin mirar atrás, ahora con el aliciente añadido de unos celos descomunales de imaginarlo con la tal Claudia. Sabía por experiencia propia lo visceral que era, lo mucho que disfrutaba con el sexo y lo esencial que era para él practicarlo, aunque solamente fuese para acallar una necesidad fisiológica. Por eso me llevaban los demonios, puesto que no lo veía imponiéndose el celibato al que yo me sometía, y las imágenes que me asaltaban de él en brazos de otras me agriaban el humor. Había momentos en los que lo odiaba con más intensidad que lo quería. Eran escasos, instantes

que no podía controlar al sentirme traicionada. El resto de las horas me limitaba a echarlo de menos, a lamentarme por amarlo de esa manera y a pedir en silencio que el tiempo pasara rápido para poderlo olvidar.

Aarón era el único de nosotros que mantenía una mínima comunicación con él, ni tan siquiera Agustín había hecho por llamarlo de tan disgustado como estaba. Pero su hermano sí cogía el teléfono una vez por semana y marcaba el prefijo de Castellón, conversaba un rato con su abuela, a la que hacía años que no veía, para seguidamente saber qué era de Samu y que él supiera de nosotros.

Septiembre llegó sin avisar, acercándome irremisiblemente al comienzo del curso, donde las horas en las cocinas harían más llevadera la pena que no terminaba de abandonarme. Había dejado pasar el verano sin mover un solo dedo, aceptando lo que el destino me tenía asignado, lo que significaba renunciar al futuro que deseaba para mí y para mi hija.

—Mami, hoy también estás triste.

Aparté la vista de la ventana y la fijé en ella.

—Termina de desayunar, cielo, que pronto las gemelas vendrán y nos iremos a la playa. Aún hace calor y hay que aprovechar los días que quedan antes de que empiece el cole.

Eludía a toda costa hablar con Rebeca de cómo me sentía, pese a que era algo que no podía disimular y ella se daba cuenta.

—Tú no quieres ir a la playa, tú lo que quieres es que vuelva.

Iba a responderle cuando llamaron a la puerta.

Carol y Marta entraron en casa con las bolsas playeras al hombro a la caza de disfrutar de un luminoso domingo que yo sentía gris.

—¿Estáis listas?

—Mami no quiere ir a la playa, Carol. Mami quiere que vuelva Samuel.

—¿Cómo que Samuel?! Querrás decir papi.

—No, es Samuel —contestó contundente.

Elevé las cejas sorprendida.

—¿Y por qué es Samuel de nuevo? —le preguntó Marta acariciándole la cabeza.

—Porque yo también quiero olvidarme de él. Si mami quiere olvidarlo, yo también lo haré. Se lo ha dicho a mi tío Darío, ¿sabes? —Bajó el tono de voz acercándose al oído de Marta, pero las tres la escuchamos—. Quiere olvidarse de él porque solo le ha hecho daño.

—Rebeca, es tu padre —la reprendí—. No puedes olvidarlo.

—Pues voy a hacerlo. —Se cruzó de brazos, indignada, queriendo imponerse por encima de mí.

—Pues te lo prohíbo.

Pocas veces le hablaba en un tono tan severo y al no estar acostumbrada, empezó a llorar.

—Me da igual. —Levantó la voz—. Voy a olvidarme de él como él se ha olvidado de nosotras.

Salió disparada y se encerró en su habitación.

—Tienes que hablar seriamente con ella. Está cada día más rebelde y se ha vuelto una contestona de cuidado. También la he escuchado decir alguna que otra palabrota, y todo desde que se fue Samuel. Le ha afectado más de lo que pensamos.

—Lo sé, Carol, créeme que lo sé. Pero es que no la ha llamado una sola vez. Él cuando corta lo hace por lo sano, es lógico que piense que la ha olvidado.

No sabía cómo anular la rebeldía que mostraba mi hija ni qué hacer con esos pequeños brotes de ira que intuía había heredado de él.

—Da el paso de una vez, Abril, no lo retrases más. O bien apuesta por la alternativa que tanto te has planteado si crees que así encontrarás la felicidad.

—No estoy preparada, Marta. Ni para lo uno ni para lo otro.

—Tu hermano está a la espera de que te decidas, se lo ha comentado a Ángel. También le ha dicho que se opone a tu segunda opción, que por ahí no pasa. —Se rio porque ella había sido testigo en más de una ocasión del brusco cambio en el humor de Darío cuando yo había nombrado a Sergio—. Lánzate —me animó sin dejar de sonreírme, con un tono esperanzado en la voz—. Déjate llevar por lo que en realidad quieres. Sabes que tienes el apoyo de tu hermano, que él hará cualquier cosa por ti. Y Aarón seguro que al final termina cediendo.

—De eso me encargo yo —aseguró su gemela.

—Es que no es fácil. Me aterra lo que pueda encontrar.

—Lo sé, pero como no lo hagas te lo vas a reprochar de por vida. —Marta tenía razón, aunque no lo admití en voz alta.

—Si no lo haces por ti, hazlo por Rebeca —la secundó Carol—. Ella se merece el esfuerzo, que no se te olvide.

Las miré a una y a otra, mis dos únicas amigas de verdad, las personas que jamás me habían abandonado y que siempre estuvieron ahí cuando las

necesité. Estaban en lo cierto, la felicidad de mi hija valía mil veces la mía.



—Joder, Ojos Azules, esto es una putada. Una de las gordas, que lo sepas. No sé cómo he estado para dejarme convencer.

Ascendíamos a buen paso por la calle empedrada.

—Estás nervioso, ¿verdad?

—Lo que está es acojonado —apuntó mi hermano, riéndose de él y de ese temor que se remontaba a su niñez.

—Acojonado se queda corto para como estoy.

Enlacé mi brazo al suyo para que se sintiese arropado. Estábamos al tanto de lo que aquello suponía para Aarón; no por nada a Carol le había costado una discusión de las épicas que se prestara a acompañarnos.

—Más acojonada tendría que estar yo, ¿no?

Me miró elevando una ceja.

—No jodas, Ojos Azules, que tú no eres quien va a tener que enfrentarse a ella.

—Ni que fuera un ogro.

—Es mucho peor que eso, créeme. Y los años lo único que han hecho ha sido agriarle el carácter, que ya era malo de cojones.

—Menudo gallina de corral.

—¿Gallina de corral? Ya me lo dirás dentro de un rato, gilipollas. No deberíamos habernos traído al anormal de tu hermano —dijo sin bajar la voz para que Darío lo oyera.

Nos burlábamos de su exagerado nerviosismo hasta que hizo que nos detuviéramos frente a una puerta de madera robusta. Al mirarlo, para confirmar si ese era el lugar, advertimos cómo el tono bronceado de su piel iba tornándose amarillento. Fue en ese instante que dejamos de reír, al oírle tragar trabajosamente como si su tráquea estuviese escalonada. Sí, ese era el lugar sin duda.

Tuvo que ser mi hermano el que golpeará con los nudillos la sólida hoja, ya que Aarón tenía ocupadas las dos manos en rascarse la cabeza con frenesí.

—¡Quieres parar ya! —le exigí en voz baja—. Me estás poniendo atacada.

La mujer que apareció tras la puerta tenía cualquier pinta menos la de un ogro.

—¿Qué queréis? —espetó de malos modos.

—Hola, abuela. Ha pasado mucho tiempo.

Aquellos pequeños ojos inquisitivos se clavaron en Aarón, abriéndose paulatinamente y arrastrando en el proceso la piel de los párpados caídos que descansaba sobre ellos. Ese signo de sorpresa fue el único que alteró el rictus severo en las facciones de la anciana.

—Ya era hora de que te dignaras a venir a verme, sinvergüenza. Se te tenía que caer la cara al suelo de no acordarte de lo que esta vieja hizo por ti.

Miré a Aarón de reajo y vi que tenía las mejillas encendidas. Él nos había avisado de cómo se las gastaba la abuela Reyes y reconocí que era un tanto bochornoso que le soltara tal rapapolvo a sus treinta y uno.

De repente me moría de ganas de ver cómo aquella mujer pequeñita y encorvada sometía al armario de cuatro puertas que era Samuel. Sonreí solo de pensarlo. Esa señora, aun sin conocerla, ya me caía bien.

—Abu, no me eches la bronca y dame un abrazo, que sé que lo estás deseando.

Aarón la estrechó con fuerza, alzándola del suelo, y a cambio recibió una buena colleja.

—Pero ¿tú qué te has creído, bribón, que a mis años puedes tratarme como a una mula?

Él se echó mano al cogote y se lo restregó para aliviar la picazón. Mi hermano y yo nos miramos divertidos, sin atrevernos a ir más allá de esbozar una imperceptible sonrisa.

—¿Estos quiénes son?

—Él es Darío y ella, Abril.

Al posar su mirada en mí sus facciones se suavizaron gradualmente.

—Así que tú eres Abril.

—Sí, señora Reyes. —Le ofrecí la mano—. Encantada de conocerla.

—Tú eres la niña que trae de cabeza al testarudo de mi Samuel. —No fue una pregunta, sino una afirmación. Estrechó mi mano entre las suyas—. Qué alegría me da conocerte. No sabes cuánto he deseado poder cruzar unas palabras contigo antes de que el Señor me lleve a su lado, lo que no tardará mucho en pasar.

—Ya veo que has oído hablar de ella.

—A todas horas, Aarón, a todas horas. Y solamente cosas buenas.

Aquella mujer me sonreía con la calidez del que conoce a alguien y siente un gran afecto por él. Eso me conmovió porque si la abuela Reyes

sabía de mí, y todo bueno como había confesado, no era por otro que por Samu.

—Abu, dile algo a Darío. Era el chico de Rebeca.

La anciana se llevó las manos a la boca y sus pequeños ojos se humedecieron.

—¡Ay, mi niño! ¡Cuánta pena! ¡Cuánto dolor! —Se abrazó a él con entrega—. Mi Samuel me dijo cómo querías a mi nieta y solo por eso llevo seis años queriéndote como si fueras parte de mi familia.

Se separó de Darío y se limpió las lágrimas con el delantal.

No me atreví a mirar a mi hermano. No quería ver el dolor de la herida abierta, porque sabía que con esas palabras sangraba de nuevo.

—Pasad, pasad.

—¿No me vas a preguntar a qué hemos venido?

—Que sea vieja no quiere decir que sea tonta. Si estáis los tres aquí es para llevaros a Samuel donde debe estar y yo voy a ayudaros a convencerlo.

Sí, definitivamente, la abuela Reyes me caía muy, pero que muy bien.

La puerta se cerró dejándonos ante una acogedora sala de estar típica de casa antigua de pueblo.

Aarón estuvo poniendo al día a su abuela en todo lo referente a la vida de su hijo Agustín, al que hacía muchos años que tampoco veía, si bien hablaban asiduamente por teléfono.

Nos preguntó por Rebeca y, entre los tres, le relatamos casi al completo los primeros cinco años de su vida. Ella a su vez nos habló de cómo se sorprendió cuando, meses antes, Samu apareció un día en la puerta de su casa. Nos explicó que a las dos semanas de llegar le dieron trabajo en la tienda de repuestos donde estuvo trabajando la vez anterior que vivió con ella, y que solo se relacionaba con Claudia y Abel, a los que también había conocido en la misma época. Me tensé al escuchar el nombre de esa mujer y los celos me asaltaron desgarrándome por dentro.

—Irás a visitar a tu hermana ya que estás aquí, ¿verdad?

Si yo me tensé al oír el nombre de Claudia, no era nada para cómo se agarrotaron Aarón y mi hermano sabiendo que esa visita era al camposanto.

Sentí pena por los dos, una muy distinta por cada uno de ellos. Para Darío era un duro golpe ir a la tumba de la única persona a la que había amado, y para Aarón sería igualmente duro plantarse en el lugar sagrado donde ella descansaba sabiendo que, de poder elegir, Rebeca no lo querría allí.

Al poco rato se marcharon al cementerio, dado que la abuela Reyes no aceptó una negativa. Yo pensé en acompañarlos, quería ver el lugar donde Rebeca estaba enterrada y decirle cuánto la seguía queriendo, pero la anciana me lo impidió argumentando que yo estaba allí para otros fines. Genio tenía a manos llenas, eso se lo reconocía a Aarón.

Nos sentamos una frente a la otra y comenzó a narrarme anécdotas de la infancia de sus nietos. Y hablándome de las travesuras de Samuel estaba, cuando la puerta de la calle se abrió y él entró por ella. Se quedó petrificado al verme sentada allí y pestañeó varias veces por si mi imagen desaparecía.

Contuve el aliento al ver que tras él entraba una mujer con el cabello dorado, la piel de porcelana y los ojos muy verdes. Supe que era Claudia y, al tenerlos juntos delante de mí, me maldije por haber ido a buscarlo. ¡Qué estúpida! Samu ya había rehecho su vida, cosa que yo aún era incapaz de hacer.

### *Samuel*

Fue tal el subidón cuando la vi balanceándose en una de las viejas mecedoras de mi abuela que me sorprendió que el corazón no me reventara en el pecho.

Ella estaba allí, en aquel pequeño pueblo de Castellón, en la casa donde yo vivía, examinándome con sus preciosos ojos azules. Pestañeé varias veces para asegurarme de que no soñaba.

—Abril. —La voz me salió ronca.

—Hola, Samu.

Cerré los párpados con fuerza al escucharla. Era inútil luchar contra lo que sentía, jamás podría sacármela de la cabeza.

—Bienvenida. Yo soy Claudia.

Abrí los ojos y busqué los de Abril.

«Mierda, mierda, mierda», me lamenté para mis adentros cuando intuí que estaba a punto de saltarle al cuello.

—Así que tú eres Claudia. —Su sonrisa era de lo más hipócrita—. Ya

tenía ganas de conocerte.

—Yo también. Samuel me ha hablado mucho de ti.

—Qué cosa tan rara, ¿no? Dices que él te ha hablado de mí, en cambio, de ti no me ha dicho una palabra.

Claudia se puso rígida al percibir su acritud.

Le rogué a mi abuela con una mirada suplicante que parara aquello. Ella los tenía muy bien puestos, pese a que tuviera sus años, y a mí en ese momento no me salía un jodido vocablo. Se levantó con esfuerzo y, cuando respiré aliviado pensando que por una vez iba a darme el gusto, se dirigió a la cocina rumiando entre dientes: «Apáñatelas con esas dos gatas, cabezota. Es lo que te mereces».

Apreté la mandíbula, maldiciendo mi puta suerte.

—Claudia, ¿te importaría dejarnos solos?

—Desde luego. —Se acercó y me dio un beso en la mejilla que dio lugar a que Abril arrugara el labio superior y la frente—. Esta noche nos vemos.

Asentí y ella salió de la casa, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Has venido sola? —pregunté por destensar el ambiente.

Me sudaba la polla con quién hubiese venido, lo único importante era que estaba allí.

—No. Aarón y Darío me han acompañado.

—Y ¿dónde están?

—Han subido al cementerio. Tu abuela casi los ha obligado.

Joder. Me puse en el pellejo de ambos y los compadecí. Prefería enfrentarme a la que se me venía encima antes que pasar por ese mal trago.

—Mira, nena...

Se levantó de la mecedora como si le hubieran pegado fuego y se plantó delante de mí.

—Eres un hijo de puta —siseó—. Llevo más de dos meses sin conseguir que salgas de mi cabeza y a ti te ha faltado tiempo para follar con otra.

—Yo no me estoy follando a Claudia.

—¿Ah, no?! Pero seguro que pronto lo harás.

—Te estás precipitando.

—¿Que yo me precipito? Y ese beso, ¿qué? Y el «esta noche nos vemos», ¿qué? Dice que le has hablado de mí. Ve que he venido a este lugar por ti. Y... ¿lo único que se le ocurre decir es «esta noche nos vemos»?! ¿Tan segura está de eso después de todos los kilómetros que he recorrido?

¿Tan poco caso piensa que vas a hacerme?

Pesaban más mis ganas de besarla que su tocadura de huevos, por lo que respiré hondo armándome de paciencia.

—Lo ha dicho porque sabe que esta noche me verá, como también que tú vendrás conmigo.

—Pues se equivoca, porque yo me voy ahora mismo. —Me empujó con la intención de abrir la puerta.

Actué por instinto.

—¡Mis cojones te vas a ir!

Le rodeé con un brazo la cintura, alzándola del suelo, y fui hasta el sofá donde la solté como si fuera un saco.

—Si me vuelves a tocar te mato.

Dejé ir una carcajada por su amenaza, cosa que la enfureció todavía más.

Intentó esquivarme, yendo a derecha e izquierda, sin hallar hueco alguno por el que colarse.

—Anda y siéntate, que al final vas a terminar agotada. No voy a permitir que te vayas, así que te puedes pasar el resto de la tarde dando saltos de mono, que cuando te hayas cansado estarás en el mismo lugar que ahora.

Se me abalanzó dando un gritito de rabia, y al ver que sus manos venían directas a mi cara, la sujeté por las muñecas y le coloqué los brazos tras la espalda, pegándola a mi pecho.

—No sabes cuánto te he echado de menos —le confesé cayendo sobre su boca.

Jadeé como un jodido adolescente en cuanto mis labios rozaron los suyos.

Abril se revolvió entre mis brazos, restregándose sin ser consciente contra mi polla. Me puso a cien, maldita sea, y yo sí era consciente de todo y adelanté las caderas para que la fricción fuese mayor. Solo con verla ya había empezado a empalmarme, pero esos roces agresivos... Esos roces agresivos eran la puta hostia.

Fue cediendo a mi boca, que la reclamaba con urgencia; ahora que podía tocarla ya no había marcha atrás. Un gruñido ronco emergió de mi garganta cuando mi lengua rozó la suya, y casi me corro en el momento que dejó de forcejear y se entregó a ese beso que para mí era vital.

Solté sus muñecas para aferrarme a su culo y dio un respingo cuando lo apreté entre mis dedos. ¡Dios, qué bien sabía! Si seguía como iba me la

terminaría comiendo.

Un carraspeo rompió la magia. Se separó de mí y ambos miramos a mi abuela, que nos observaba desde la puerta que dividía el pasillo de la sala de estar.

—Me voy un rato a que me dé el aire. Podéis continuar donde lo habéis dejado en cuanto salga por esa puerta. Mis ojos ya no son aptos para ver según qué cosas.

—Voy con usted —se precipitó Abril viendo una oportunidad de huida. Mi abuela se giró sobre sus pies, lentamente.

Sonreí de lado, ella no conocía a la matriarca Reyes.

—Mira, niña, tengo edad suficiente para no perderme y la memoria me funciona muy bien, así que no necesito niñera. Te vas a quedar aquí y vas a escuchar al padre de tu hija. Y él te va a escuchar a ti, porque estoy hasta el gorro de tener que ser yo quien atienda sus lamentos. Es vuestra vida, son vuestros problemas y sois vosotros quienes tenéis que solucionarlos.

—No quiero quedarme.

—Y yo que pensaba que el único ceporro era él y veo que tú eres igual de borrica. —Me alegré de que no le diera tregua y disfruté viéndola de nuevo con las mejillas sonrojadas—. Si ya lo dice el refrán: «Dios los cría y ellos se juntan». Parece mentira que os queráis tanto y que por orgullo os neguéis a reconocer lo equivocados que estáis. Ahora, una cosa os digo. —Nos señaló con el dedo—. Los años pasan volando y antes de que os deis cuenta estaréis tan arrugados como yo. Entonces os preguntaré si renunciar a lo que sentíais os mereció la pena. Pero ya os contesto yo a eso: no la merece. Así que solucionadlo, que todavía estáis a tiempo.

Se fue naneando y farfullando cosas que solo entendía ella hasta que su voz quedó ahogada tras la puerta.

El silencio fue protagonista durante unos minutos que dedicamos exclusivamente a mirarnos. A mí aún me palpitaba la entrepierna, pero sabía que el momento había pasado de largo.

—¿Cómo está Rebeca?

Hice un gesto con la mano para que se sentara y, cuando lo hizo, tomé asiento a su lado.

—Más o menos bien —contestó a mi pregunta, lo que era un comienzo.

—¿Qué quiere decir más o menos? ¿Está enferma?

—No, no, su salud es perfecta.

—¿Entonces?

Respiró hondo y se dejó caer en el respaldo del sofá.

—Está muy rebelde desde que te fuiste, y creo que es porque está enfadada con los dos y no sabe expresarlo de otro modo. Me recuerda mucho a ti. Es igual de obstinada y siempre quiere decir la última palabra.

Por primera vez nos sonreímos. Nuestra hija nos unía y solo éramos capaces de guardar las formas al hablar de ella.

—¿Sabe que has venido?

—No, no le he dicho nada, solo que tenía que quedarse unos días con Agustín. Lo que supone una jugarreta para él ya que tiene que llevársela al taller.

—No te creas, eso más que incomodarle estoy seguro de que le gusta. Mi tío la adora.

—Lo sé, y ella lo adora a él.

Estuvimos barajando posibles métodos de cómo aplacar el carácter de Rebeca, excluyendo los que harían parecer a Abril una dictadora a ojos de nuestra hija.

Me gustó que me implicara en aquello, que discutiera conmigo mis planteamientos, según decía, totalmente infantiles. Pero es que había que tener en cuenta que hablábamos de una cría de cinco años y pasarme de la raya con ella no me hacía ni puta gracia.

—Entonces, según tú, lo que tengo que hacer es limitarme a dialogar y ser permisiva en todo. Bien por ti, Samuel, así lo único que conseguiré es que se me suba a la chepa.

—No es eso, joder. Lo que digo es que no puedes castigarla solo por decir lo que piensa. Tienes que hacerle entender que se pueden decir las mismas cosas de diferente modo, tranquilamente, sin gritar, dialogando.

—Mira quién viene a darme consejos.

Reí al ver que ponía los ojos en blanco.

—¡¿Y para qué me pides opinión?!

Recapacitó unos segundos.

—Porque eres su padre, a pesar de que estés lejos y no puedas intervenir a diario en su educación. Sabes lo que pienso, Samu, lo en contra que estoy de que sea como la mayoría de los niños de la Asunción. Te necesitaría cerca para que me apoyaras, pero tendré que hacerlo sola ya que tú has decidido lavarte las manos.

—No empieces.

—Solo digo la verdad.

—No me vas a dar un respiro, ¿a que no? Tú ahí, dándome con el látigo cada vez que se te presenta la ocasión.

Hice un gesto como fustigándome la espalda y ella se echó a reír.

—Yo nunca te atizaría con un látigo, lo haría con el puño.

Ahora el que se rio fui yo.

—Te romperías los nudillos.

Se inclinó hacia mí.

—No sé de qué te ríes cuando más de una vez utilizando un solo dedo te he desarmado. Me subestimas, Samuel.

Tragué saliva con dificultad recordando cómo me ponía, en todos los significados que tiene la palabra poner, que me clavara el dedo en el pecho. Y ella, muy consciente de lo que hacía, comenzó a deslizar ese maldito dedo desde mi cuello hasta la parte baja de mi estómago, donde lo detuvo y presionó.

—Te gusta hacerme perder los papeles, ¿verdad?

Para mi satisfacción volvió a deslizarlo, esa vez en sentido ascendente, hasta llegar al centro de mi pecho, donde empezó con los jodidos toquecitos.

—Tú. No. Necesitas. A. Nadie. Para. Perder. Los. Papeles. —Adelanté la mitad de mi cuerpo con el propósito de capturar sus labios. Abril se echó inmediatamente hacia atrás—. Como se te ocurra besarme otra vez sin mi permiso, te juro que te doy un puñetazo. —Arqueeé las cejas cuando vi su puño delante de mi cara y en respuesta me incliné un poco más hacia ella—. Te lo digo en serio. No me obligues a pegarte. —Ya no podía retroceder más; en cambio, a mí su diminuto puño no me impedía en absoluto llegar a donde pretendía—. ¡Samuel Reyes que te arreo!

¡Y joder si me arreó! No con el puño, pero la bofetada me giró la cara, fue sonora e hizo eco.

Se quedó mirándome, sorprendida consigo misma por lo que acababa de hacer.

—No te imaginas cómo te he echado de menos.

La besé con agresividad, porque su mano lo único que había conseguido era hacerme sentir vivo.

—Para, Samu. ¡Detente ahora mismo!

—No me pidas que pare, porque ni quiero ni sé si voy a poder.

—¿Qué significa Claudia para ti?

El calentón me desapareció de golpe y mi polla se vino abajo. ¡¿A qué mujer podía ocurrírsele nombrar a otra estando en los putos preliminares?!  
!

Solo a ella, joder. Solo Abril era capaz de salir con algo así.

Apoyé la espalda en el sofá y me restregué la cara con las manos.

—Primero mi abuela y ahora tú, no me lo puedo creer.

—Pues créetelo.

—¿Es qué no te da nada dejarme así? —gimoteé de impotencia.

—¿Te dio algo a ti cuando me dejaste hecha polvo y te fuiste? No, ¿verdad? Pues, ¡hala!, a recoger lo que has sembrado.

—¿Lo dices en serio?!

No era gilipollas. Sabía perfectamente que ella también se había excitado y me jodía una barbaridad que supiera disimularlo tan bien.

—¿Acaso me ves reírme? Te fuiste. Me dejaste atrás. Y yo he podido rehacer mi vida en estos meses...

—Pero no lo has hecho —la interrumpí.

—No, no lo he hecho. Aunque tú por lo visto sí.

Bien que me estaba tocando los cojones con el temita de Claudia. Pues hasta ahí, joder. Hasta ahí mi puta paciencia.

—Te voy a contar quién es ella, qué pinta en mi vida y qué significa para mí. Ahora que te aviso una cosa, y no hay excusas que me valgan. —Era mi turno de tocarle la moral, y cómo iba a disfrutarlo—. Cuando termine y tengas que tragarte todo lo que has dicho, te vas a venir a mi habitación conmigo y te la voy a estar metiendo hasta que no me queden fuerzas.

La mirada asesina que me echó hizo que las comisuras de mis labios tiraran hacia arriba. Sí, joder, esa era mi chica. Y es que me ponía verla alterada de la manera que fuese. Sus reacciones eran como una jodida adicción, el único estímulo que hacía que la sangre me hirviera.

—Eres un bestia y un ordinario.

—Lo que tú digas, pero en cuanto te des cuenta de lo injusta que estás siendo, te vas a arrepentir. Y cuando eso pase voy a querer una recompensa por haber dudado de mí. —Sus iris llamearon y reí para mis adentros—. Sabes de sobra que nunca te he engañado, y en esto tampoco lo he hecho. Puede que hasta seas tú quien me busque entonces y que sea yo quien te lo niegue. —Pensé en mis palabras unos segundos—. Qué va, yo no voy a negarte nada.

—Habla y no te enrolles más, después ya veremos quién pide qué.

Respiré profundamente, dispuesto a traer de vuelta una de las peores etapas de mi vida con tal de disipar unas dudas que no tendrían por qué existir.

—La primera vez que me largué de la Asunción, cuando murió mi hermana, vine aquí. Era el único lugar que tenía y en el que sabía que me aceptarían. Sé que mi compañía, por mala que fuese, le hizo bien a mi abuela, que si no había sufrido ya bastante con la muerte de mi padre también tuvo que enfrentarse a la pena de sobrevivir a su nieta. Los primeros meses fueron una mierda, me dedicaba a emborracharme cada vez que podía y a repartir hostias a todo el que se me ponía por medio. Así fue como conocí a Abel...

*—Tú, idiota. —Uno de los porteros de aquella discoteca lo agarró por la camiseta a la altura del pecho, arrugándola en su puño—. Es la segunda vez que tengo que llamarte la atención esta noche, y no habrá una tercera. Como vuelva a verte buscando bronca, te vas a la puta calle.*

*Samuel se sacudió, desasiéndose del tipo duro, bizqueó para aclararse la vista y se mezcló entre la gente.*

*Ese sábado se había pasado bebiendo, bien lo sabía. Y bien poco le importaba, la verdad. Era el método que utilizaba para olvidarse por unas horas de lo que había sucedido en la Asunción de María y de lo que allí había dejado. Normalmente no solía salir ni del pueblo de su abuela ni de la casa de esta, pero esa noche había decidido quemar sus penas en la discoteca del pueblo de abajo y, ¿por qué no?, de paso intentaría encontrar una chica guapa que estuviera dispuesta a echar un polvo.*

*A principios de esa misma semana había cumplido veintitrés años, aunque el día pasó de largo como otro cualquiera: echó su jornada en la pequeña tienda de repuestos, cenó con su abuela, sin que esta lo felicitara, y se metió en la cama. Así llevaba seis meses, actuando como un autómata, trabajando de sol a sol por setecientos putos euros y atiborrándose de cerveza cada fin de semana ante la mirada reprobatoria de la anciana. Por eso había salido esa noche, para beber cuanto quisiera sin tener que escuchar las críticas de la mujer, además de para encontrar a alguien con quien ahogar sus penas. Había tratado en dos ocasiones de tener sexo, pero la imagen de Abril y lo que seguía sintiendo por ella impidieron que se le pusiera dura. Eso fue lo que lo había empujado esa misma tarde a acercarse al río y lanzar la pulsera con las dos cabezas de pantera a sus profundidades. Tenía que olvidarse de ella, dejar atrás todo lo sucedido el quince de agosto del año anterior y continuar con su vida. Se miró la muñeca*

*donde hasta ese mismo día había estado el regalo que Abril le hizo cuando cumplió los veintiuno y maldijo por lo bajo.*

*Una chica mayor que él se situó a su lado en la barra y le sonrió coqueta. «¿Por qué no?», pensó para sus adentros, elevando las comisuras de sus labios. Cualquier mujer era válida para lo que pretendía y le daba igual una que otra con tal de aliviar la tensión que se acumulaba en su entrepierna. Aún no se explicaba cómo pudo mantenerse célibe los más de dos años y medio que esperó a que Abril cumpliera los dieciocho. Meneó la cabeza esbozando una amarga sonrisa. Sí que lo sabía, ya que por ella habría estado dispuesto a sacrificarse muchos más. Pero en aquel tiempo la espera mereció la pena, pues la recompensa por todo lo que tuvo que aguantar fue tenerla entre sus brazos. Jamás olvidaría aquella noche en la que ella le entregó su virginidad y él por fin la hizo suya. Tampoco todas las demás veces que siguieron a esa primera, lo que suponía, tanto para su hombría, como para su cordura, una auténtica putada.*

*Se dirigió con aquella chica, a la que ni había preguntado el nombre, al pasillo de los aseos, donde se metieron en uno sin pulsar el interruptor de la luz. Quizá si no la miraba a la cara su polla respondiera, no como las dos veces anteriores que la muy hija de puta incluso pareció esconderse.*

*Cuando la chica intentó besarle se apartó con brusquedad. No quería su cariño. No quería algo íntimo ni seductor. Solamente quería echar un puto polvo.*

*Se abrió la bragueta, agarró con la mano su flácido miembro y empezó a masturbarse con los párpados apretados imaginando que quien lo acariciaba y le proporcionaba placer era Abril. Sabía que era la única forma de que aquello reaccionara.*

*Cuando estuvo lo suficientemente duro se puso un preservativo y, girando a esa chica que en penumbras se relamía viendo cómo se tocaba, la penetró desde atrás. Cerró los ojos de nuevo y la embistió con fuerza.*

*Esa noche Samuel descubrió cómo desahogarse sin sentir remordimientos por creer que traicionaba a la mujer a la que amaba con todo su corazón, y solo pidió que el tiempo curara esa herida y que algún día pudiera entregarse a alguien como se había entregado a Abril.*

*Aquel hábito se repitió en las sucesivas semanas: se emborrachaba en la discoteca del pueblo de abajo, se tiraba a alguna chica cuando se le presentaba la ocasión y, con un poco de suerte, algún iluso se prestaba a sus provocaciones y podía sacar al exterior toda la ira que acumulaba.*

*Pero aquel sábado nueve de abril, tras pasar una semana infernal sabiendo que ella había cumplido diecinueve años, la situación se le fue de las manos.*

*—Tío, mira por dónde vas —le espetó el tipo al que había empujado deliberadamente al pasar—. Serás gilipollas.*

*Sonrió encantado de haber conseguido lo que pretendía y, con un giro rápido de su cuerpo, estrelló su puño en la cara del que acababa de insultarlo. Para su dicha, el tipo le devolvió dos ganchos que lo desequilibraron. Sí, aquella pelea prometía, y eso era lo que necesitaba. Comenzó a golpearlo con toda la rabia que encerraba en su interior, ajeno a que la gente que los rodeaba había entrado en estado de pánico por su brutalidad y gritaban llamando a los de seguridad.*

*El tío enorme que cada fin de semana le daba toques de atención lo sacó por el cuello a la calle.*

*—Pero ¿tú de qué vas, niño? —rugió empujándole. Samuel se vio de bruces en el suelo, observado por los otros dos gorilas que vigilaban las puertas—. Me tienes hasta los cojones, todos los sábados lo mismo. ¿Qué problema tienes, chaval?*

*—Cómeme la polla —contestó incorporándose.*

*Arrastró el antebrazo por su boca, limpiándose la sangre que manaba de ella.*

*El tío que parecía un tráiler lo atravesó con la mirada.*

*—¿Tú qué eres, imbécil o un puto suicida? —le preguntó con una voz tan áspera que probablemente le arañara la garganta al salir.*

*—Yo soy... —pronunció con la lengua medio trabada— al que le vas a comer el rabo, matón de mierda.*

*La paliza que recibió aquella noche a manos de ese gorila no la olvidaría jamás. El tipo lo golpeó tantas veces que, cuando al día siguiente se despertó en su cama, lo primero que se preguntó fue cómo había llegado hasta allí.*

*La incógnita de por qué apareció en la casa de su abuela, cuando lo último que recordaba era estar en la puerta de la discoteca, se resolvió el miércoles de la siguiente semana, cuando el matón se presentó en la tienda de repuestos donde trabajaba. Samuel, al verlo entrar, supo que aquello no era una coincidencia.*

*—¿Qué coño quieres?*

*Aún le dolía el cuerpo y su ojo derecho permanecía cerrado, con los*

*párpados totalmente negros.*

*—Veo que hoy no estás puesto hasta el culo de alcohol. Mejor, así podremos hablar.*

*—Yo no tengo nada que hablar contigo.*

*—¡Oh!, sí que lo tienes. Lo primero, agradecerme que te llevara a tu casa y no te dejara tirado en la calle como a un perro; tuve que hacer muchas preguntas hasta dar con la dirección. Y lo segundo, porque vengo a proponerte algo. En el fondo me das pena, chaval, no hay más que mirarte para saber el asco de vida que llevas. Soy muy observador y he llegado a la conclusión de que estás cabreado con el mundo. Eliges a tus víctimas de manera aleatoria, sin ninguna razón aparente y sin que te den motivos. Solo quieres golpear, sea a quien sea. Pero tengo que reconocer que golpeas bien, y por eso estoy aquí.*

*Metió las manos en el interior de los bolsillos de su pantalón y sonrió con petulancia. Aunque Samuel andaba perdido, la curiosidad se había hecho, a cada palabra que aquel gorila pronunció, más fuerte.*

*—Suéltalo ya y lárgate por donde has venido.*

*El hombre amplió la sonrisa.*

*—No eres tan duro como te crees, y tu impulsividad hará que alguien más chulo que tú termine matándote. Pero estoy aquí para salvarte, porque en el fondo hasta me caes bien. —Elevó los hombros como quitando importancia a esa frase—. Yo sé cómo puedes canalizar toda esa rabia sin que te perjudiques más.*

*—Ilumíname, colega —dijo Samuel con ironía, adoptando la misma pose despreocupada que el otro mostraba.*

*—Pegas bien, eres fuerte y te sobran pelotas, justo lo que necesito en la discoteca.*

*—¿Me estás proponiendo que trabaje para ti? —Se carcajeó en su cara.*

*—Es justo lo que estoy haciendo. Me falta un tío. Además, no tendrías que dejar esta mierda. —Señaló con un movimiento de la mano la pequeña tienda—. Solo serían los viernes y sábados por la noche. El jefe paga bien y tú eres imponente, das el perfil que necesito.*

*—¿Cuánto pagan?*

*—Cien por noche.*

*A Samuel le atrajo muchísimo la idea. Con lo que ganaba en los repuestos no podía ahorrar nada y ese dinero extra era tentador.*

—¿Y qué tendría que hacer?

—Ahí está el problema, porque tu cometido sería evitar las peleas, no provocarlas. Nuestra función es hacer que todo marche bien. Es muy simple: controlar que no se muevan drogas, evitar que haya movidas y frenar las que puedan ocasionarse.

—Acepto.

—Con una condición.

—¡No jodas! Eres tú el que ha venido a buscarme, yo no te he pedido que lo hagas.

—Escúchame, ¿vale? Al igual que tú, yo no vivo solo de las puertas. Soy dueño de un gimnasio y la condición sería que te entrenaras allí. Usarías las máquinas para endurecerte, aunque no te hace mucha falta, y los punchings, peras y sacos de boxeo para descargar la rabia y acudir relajado al local. No me gustaría tener que vigilarte constantemente y la solución es que te descargues durante la semana.

—¿Qué me costaría la broma?

—Ahí viene lo mejor —dijo el gorila abriendo mucho los ojos—. Nada. Vendrías al gimnasio un par de horas tres veces por semana. Tú te organizas los días y yo te entreno totalmente gratis.

Samuel sonrió sin pizca de humor.

—Nadie da nada gratis. ¿Qué piensas pedirme a cambio?

—No voy a pedirte nada, aunque no lo creas. —Lo miró fijamente durante unos segundos—. ¿Cuándo empiezas?

Aún no le había dicho que aceptaba, en cambio, aquel tipo parecía conocer la respuesta incluso antes de que él la supiera.

Titubeó un instante antes de responder.

—Lunes, miércoles y jueves. Empiezo la semana que viene, cuando mi cara no esté tan destrozada.

El hombre sonrió complacido.

—Pues la semana que viene nos vemos. Y ese mismo viernes empiezas en la discoteca.

—¿Por qué no este?

—Porque además de que tienes la cara hecha una mierda, como tú mismo has dicho, prefiero que antes de que te mezcles con los clientes, algunos muy tocapelotas, dejes tu rabia en mi negocio. Aquí tienes mi tarjeta, esa es la dirección. —Comenzó a dirigirse hacia la puerta—. A todo esto, por si no sabes leer, mi nombre es Abel.

—Samuel —dijo escuetamente. Antes de que el tipo se fuera le hizo la pregunta que más le intrigaba—. Oye, Abel. Si no vas a cobrarme nada por usar las instalaciones de tu gimnasio, entonces... ¿por qué lo haces?

—Porque yo era como tú. Y al igual que yo hago ahora, alguien una vez también me ofreció su mano desinteresadamente, lo que a día de hoy agradezco.

—¿Qué te ocurrió?

—Que por creerme indestructible estuve a punto de mandar mi vida a la mierda. Si puedo evitar que tú pases por lo mismo, lo haré.

—Ni siquiera me conoces, tío.

—Me recuerdas a mí. —Ladeó la boca en una sonrisa burlona—. Y te he dicho que me caes bien. Aunque no sé por qué, no me lo preguntes.

Samuel se quedó mirando a través de los cristales cómo Abel subía a su coche y se alejaba.

A partir de ahí comenzaron a edificarse los cimientos de una gran amistad. No solían hablar de sus intimidades, no se contaron cómo habían sido sus vidas anteriores, sino que partieron desde ese momento, llegando a sentir un profundo afecto el uno por el otro.

El tiempo pasó deprisa. Había transcurrido medio año desde que Samuel cumpliera veinticuatro y una cierta estabilidad lo acompañaba constantemente. Seguía trabajando en aquella tienda donde ganaba una miseria, se entrenaba en el gimnasio tres veces por semana y ejercía de seguridad los viernes y sábados. Nunca le faltaban mujeres con las que tener sexo, aunque él insistía en penetrarlas de espaldas contra una pared; en ese aspecto nada había cambiado. Tampoco había vuelto a besar a nadie desde aquella última noche que estuvo con Abril ni quería por el momento. No podía negar que no disfrutara con las chicas que se entregaban a él voluntariamente, o que no se saciara con ellas, sin embargo, ceder al sabor de otra boca era algo para lo que aún no estaba preparado. Tendría que haberse sentido feliz, conformarse con los logros que había alcanzado, pero no era el caso. Los remordimientos por no haber estado para proteger a su hermana continuaban acosándolo y lo que sentía por la niña de ojos azules que dejó atrás hacía dos años parecía habersele enquistado en el pecho.

Aquel sábado de mediados de agosto se notaba más irascible de lo normal y, para colmo, el grupo de universitarios desfasados, que celebraban no sabía qué mierda, lo estaba poniendo nervioso. Los observaba desde la planta superior de la discoteca, donde se encontraban los reservados a los

que las parejas acudían para tener un poco de privacidad. Desde que habían entrado no habían hecho otra cosa que molestar al resto de clientes, que intentaban divertirse bebiendo y bailando al ritmo de la música. Odiaba aquel sonido atronador, si bien sus tímpanos se habían acostumbrado a él. Vio que Abel tampoco les quitaba ojo; él olía los problemas antes de que estos comenzaran. Aquellos tíos empezaron a saltar en medio de la pista, chocando sus cuerpos en el aire los unos contra los otros y empujando a todo aquel que se hallaba cerca. Bajó las escaleras sin apartar la vista de ellos y se dirigió al lugar donde se encontraban. Unas chicas que no contarían con más de dieciocho o diecinueve años intentaban bailar sin que aquellos energúmenos las tiraran al suelo. Los nudillos comenzaron a hormiguarle mientras acortaba distancia. Había sido una semana difícil, de revivir una y otra vez todo lo que sucedió, y encima su abuela había estado enferma y no había podido ir al gimnasio, por lo que la mala hostia se concentraba en su interior a unos niveles preocupantes. Sabía de antemano lo que pasaría si alguno de esos gilipollas le plantaba cara. Esa noche no se podría contener, y el comportamiento de esos tíos le estaba tocando los huevos. Una de las chicas se giró cuando el más alto de esos imbéciles le manoseó el culo y le soltó una bofetada. Todo se tiñó de rojo ante Samuel al ver que, en lugar de disculparse, la agarró por el cuello e intentó besarla. La imagen de Rebeca y el hijo de puta que la empujó a la hoguera se mostró nítida en su cabeza. A pesar de no haber estado presente cuando sucedió, no impidió que lo viera con una claridad meridiana. Perdió el control, dejando que saliera lo peor de él, y castigó a fuerza de golpes al chico, no solo por su falta de respeto, sino porque en él vio al cerdo que acabó con la vida de su hermana.

—Eres un puto loco —le gritó Abel.

Había tenido que intervenir en la pelea y separar a Samuel de aquel tipo antes de que lo matara.

Se encontraban en el cuarto donde se cambiaban de ropa, uno sentado en la única silla que había, presionándose la ceja con una gasa empapada en antiséptico, y el otro dando vueltas, a grandes zancadas, a los pocos metros de aquel cuchitril.

—Vas a hacer que te despidan, gilipollas.

—Me importa una mierda.

Los ojos de Abel lanzaban chispas cuando lo miró.

—No sabes las ganas que tengo de darte una paliza en estos momentos.

—Pues hazlo.

*Samuel había ganado en musculatura y fuerza física en el año y medio que llevaba entrenando su cuerpo, y ahora se veía igual de corpulento que su encargado.*

*—Si no lo hago es por el aprecio que te tengo, de no ser así, ya te estarías dando un baño en tu propia sangre. ¿Por qué no te has limitado a ponerlo de patitas en la calle? ¿Qué coño te ha hecho ese idiota para que casi lo mates? He tenido que llamar a una ambulancia y la policía me ha ametrallado a preguntas que no he podido contestar, joder.*

*Samuel se retiró la gasa de la frente, se recostó en la silla y miró a los ojos a su amigo.*

*—Hace cuatro días fue el segundo aniversario de la muerte de mi hermana. —Abel dejó de pasearse por la habitación y fijó su atención en él—. Ella dejó este mundo de la peor de las maneras; tuvo una muerte agónica. —Una bocanada de aire abandonó sus pulmones de forma intermitente—. Fue empujada a una hoguera en las fiestas de la patrona de la barriada donde vivíamos y las llamas hicieron el resto.*

*—Joder —exclamó conmocionado—. Nunca me has comentado nada.*

*—No es fácil hablar de ello. Y sé que no tengo excusa, pero al ver que ese hijo de puta intentaba forzar a esa chica, toda mi ira ha explotado sin aviso. Porque a mi hermana la empujó un cabrón como ese que quiso aprovecharse de ella.*

*—Por eso viniste aquí, huyendo de todo lo que viviste.*

*Samuel asintió lentamente.*

*—Pero no logro borrarlo, y sé que nunca podré hacerlo.*

*Estuvieron más de dos horas hablando y, por primera vez, sacó al exterior todo lo sentía. No solo le habló de Rebeca, también lo hizo de los demás, incluida Abril.*

*Cuando terminó de narrarle las miserias de su vida, Abel se mantuvo pensativo unos minutos.*

*—Creo que va siendo hora de que te presente a Claudia.*

*—No tengo el cuerpo para tías, Abel.*

*—¿Para tías?! De tías nada, chaval. Claudia es mi chica y si se te ocurre intentar algo con ella te despellejo.*

*—¿Tu chica? No sabía que tuvieras una.*

*—¿Acaso me has visto en todo el tiempo que me conoces follarme a alguna ilusa como haces tú?*

*—La verdad es que no —admitió tras meditar unos instantes el*

*comportamiento del hombre que tenía enfrente.*

*—Pues si no me has visto no es porque me gusten los tíos, lo que pasa es que tengo quien me caliente la cama.*

*—Y... ¿desde cuándo te calientan la cama? —preguntó con un punto de mofa.*

*—Más de cinco años, y te juro que no me hace falta buscar nada fuera. Samuel se sorprendió del tiempo de esa relación.*

*—Veo que no soy el único que se ha guardado sus cosas.*

*—Prefiero mantener mi vida privada al margen de esto. Ella no pertenece a esta mierda y separo una cosa de la otra porque me importa demasiado.*

*—No me extraña de ti —confesó—. Eres un tío legal.*

*—No se trata solo de ser legal, es que no me hace falta serle infiel cuando cada día que pasa estoy más loco por ella. Claudia me da todo lo que necesito, y no me refiero únicamente a lo que tú buscas cada fin de semana.*

*Samuel sintió una punzada de celos. Él tampoco necesitaría de otras mujeres de estar con Abril, de eso estaba seguro.*

*—¿Y por qué quieres que la conozca? ¿Por qué ahora?*

*—Porque ella puede ayudarte a superar toda esa carga que arrastras.*

*—¿Cómo va a hacerlo? —Dejó ir una carcajada amarga—. ¿Por casualidad sabe borrar la memoria?*

*—Para nada, tío, pero puede escucharte, darte consejos y enseñarte a manejar tu ira. Es psicóloga, Samuel. Y una de las buenas.*

*La primera vez que vio a Claudia, lo que más le llamó la atención de ella fue su apariencia nórdica y sus grandes y rasgados ojos verdes. Resultó ser extremadamente dulce, además de una gran profesional, y él se puso en sus manos de inmediato harto de lidiar contra sí mismo. Acudía cada martes a casa de Abel, tras terminar su jornada en la tienda, y hablaba largo y tendido con la novia del único amigo con el que contaba en aquellos momentos.*

*Claudia consiguió arrancarle confesiones que ni él sabía que guardaba en su interior, mostrándose tan interesada por su mísera vida que no tuvo reparos en dejar salir a la luz cuanto era. Ella fue quien le dijo, con una seguridad aplastante, que quería a su hermano más de lo que creía, si bien esa confirmación no llegó a convencerlo del todo cuando llevaba años pensando que lo más que podría sentir por Aarón era odio.*

*Durante los siguientes años, Claudia lo ayudó a encontrarse a sí*

*mismo, enseñándole a canalizar su ira, compartiendo la culpa que no lo dejaba vivir y escuchándolo cuando estaba de bajón y necesitaba hablar de Abril. En ese tiempo también discutieron sobre todas sus conquistas, sobre lo poco que significaban para él y sobre su reticencia a besar a otras.*

*—Samuel —lo interrumpió ella—, no sigas malgastando tu tiempo y tus energías en algo que nunca vas a encontrar.*

*—Necesito pasar página, joder. Quiero olvidarme de ella y tener una vida normal. Estoy hasta las pelotas de esta puta barrera que he levantado a mi alrededor y de no darme la oportunidad de conocer a otra persona. Es una mierda liarme con una tía y, antes de acabar, no querer volver a verla. Abril sigue aquí —gruñó golpeándose la frente—. Y aquí. —Se palmeó la zona donde sabía que se ubicaba su corazón—. Y no me la saco de ninguno de los dos sitios.*

*—Ni te la vas a sacar. Tienes que aceptar de una vez por todas que eso va a seguir siendo así.*

*—Pero... ¿por qué? ¿Por qué yo no puedo pasar página?*

*—Porque sigues enamorado de ella y en el fondo estás arrepentido de haberla dejado. Y mientras continúes sin saber qué pudo pasar entre vosotros o hasta dónde habría llegado lo vuestro, no avanzarás; seguirás estancado.*

*—¿Y qué hago, joder?, ¿qué hago?*

*—Lo que tienes que hacer.*

*A Samuel se le desorbitaron los ojos. Ni de coña iba a plantearse aquella opción. No, de ninguna manera regresaría a Las Viviendas de Papel.*

*—Tiene que haber otra forma. ¡Eres psicóloga, algo se te ocurrirá!*

*—Otra equivocación. Yo estoy para escucharte, darte mi opinión profesional y la de amiga cuando lo veo necesario, pero la decisión te corresponde a ti. Yo no puedo decirte qué camino has de tomar. Eres tú, y solo tú, quien tiene que encontrarlo.*

*Cuando Claudia dio por finalizada su terapia, tras dos años de sesiones, Samuel continuó yendo cada martes a casa de esa pareja tan especial para él. Compartían risas y confesiones íntimas mientras cenaban un par de pizzas. Sus encuentros se habían convertido en un hábito del que no podía ni quería prescindir. Los apreciaba, y a pesar de que ella le parecía una mujer impresionante, siempre la vio como a una buena amiga. La respetaba profundamente por haberlo ayudado con parte de su dolor y haber fortalecido su corazón hecho añicos. Pero si por Claudia sentía respeto, más*

*aún lo sentía por Abel, el hombre que desinteresadamente le había tendido su brazo de mil maneras distintas. Un verdadero amigo como aquellos que había dejado un día en la Asunción de María.*

*Desgraciadamente, los designios del destino son caprichosos y, cuando Samuel estaba comenzando a recuperar su vida, perdió su trabajo en la tienda de repuestos. Trató de buscar otro empleo, pero no lo consiguió, y el dinero empezó a ser insuficiente para cubrir todos sus gastos. Aunque lo peor no era eso; a él no le costó demasiado acostumbrarse a su nueva economía. Lo realmente jodido era el tiempo, el que le sobraba y no sabía qué hacer con él. Aguantó largos meses en los que las horas se le hicieron eternas. Su pasado regresó con energía para perseguirlo incesantemente, su rabia no se saciaba en los duros entrenamientos a los que sometía a su cuerpo en el gimnasio de su amigo, y los fines de semana solía perder los papeles en la discoteca por cualquier mierda. De nuevo rozaba el límite y era consciente de ello.*

*Un martes de finales de febrero, cenando con Abel y Claudia y hablándoles de lo agobiado que se sentía, estos le aconsejaron que lo más sensato era que regresara a la Asunción. Allí tendría trabajo en el taller de su tío, ocuparía todas esas horas de las que se quejaba y recuperaría algo del dinero que en ese tiempo de hastío había gastado por gastar. Pero también habría muchos recuerdos a los que no querría enfrentarse. Sin embargo, lo que realmente lo retenía y no lo dejaba dar el paso, era la certeza de que volvería a ver a Abril, y no estaba seguro de hasta qué punto el tiempo que la psicóloga había invertido en él lo había preparado para afrontar aquello.*

*Tomó la decisión igual que todas las que tomaba en su vida: de forma impulsiva y nada premeditada. Lo único que tenía claro era que no se quedaría por mucho tiempo en Las Viviendas de Papel, que cuando tuviera algo de dinero ahorrado volvería a largarse de aquel lugar y, lo más importante, que evitaría por todos los medios verla.*

*Así fue como Samuel regresó a la Asunción de María, una barriada marginal de la periferia donde, cinco años y medio atrás, había dejado su corazón y su alma.*

—Me equivoqué en todo, nena. Llegué a Las Viviendas de Papel

convencido de que nada me ataría de nuevo allí, de que sería capaz de manejar mis emociones cuando te viera, pero fue abrirme la puerta aquella tarde y todas las defensas con las que me protegía se vinieron abajo. Solo bastaron dos segundos para darme cuenta de que estaba perdido. Nunca he dejado de quererte, Abril; es más, ese día comprobé que lo que sentía por ti seguía tan sólido como siempre a pesar de la distancia y del tiempo que habíamos estado separados. —No pronunció una palabra, obligándome a que fuese yo quien hablara otra vez—. No te niego que Claudia es importante para mí, que la aprecio y la respeto a partes iguales y que me une a ella una gran amistad y una profunda gratitud. Ella fue quien me empujó con sus palabras a que volviera a la Asunción. Fue la que me hizo regresar a ti.

### *Abril*

Caminábamos en silencio por el sendero que conducía al cementerio.

—Aún no has dicho nada y me estoy empezando a poner de los putos nervios.

—Estoy procesándolo todo, Samu. Déjame pensar.

Cuando terminó de relatarme aquellos años, me quedé mirándolo sin poder articular palabra. Ahora entendía ciertas cosas, como el porqué de su significativo cambio físico o lo que representaba en su vida aquella pareja de la que yo no había oído hablar. No tenía dudas sobre la veracidad del relato, ya que una de sus cualidades era su arrolladora sinceridad; a la vista estaba que no se había guardado ningún detalle de sus conquistas ni de cómo copulaba con ellas. Y aunque sabía que solo había sido el medio de hacerme saber cuánto significaba para él, dolía. Cómo dolía.

—Es que no entiendo qué es lo que tienes que rumiar tanto cuando lo único que tendrías que decir es un jodido «lo siento».

Frené en seco y lo miré fijamente, hastiada de sus modales de cavernícola de esa tarde. Él también se detuvo.

—Me has dicho que tus amigos, ese tal Abel y su novia, te ayudaron a que aprendieras a controlar esos arranques que siempre has tenido. —Asintió

despacio, arrugando el contorno de los ojos. Se olía que era una pregunta trampa—. Pues contéstame a una cosa que no tengo muy clara, ¿llegaste en algún momento a dominarlos de verdad y solo eres tan gilipollas cuando se trata de mí, o nunca aprendiste a contenerlos? Más que nada es por saber si es mi influencia la que te hace ser así.

Aunque lo conocía bien a veces no llegaba a entenderlo. ¡¿Cómo era posible que me dejara ver sus dos preciosos hoyuelos justo en ese instante?! ¡¿Y por qué parecía gustarle tanto verme enfadada?!

—No y sí.

—¿Qué significa *no* y *sí*?

—Que *no* aprendí a controlarlos nunca y que *sí* soy un gilipollas cuando se trata de ti.

—¿Y por qué sonrías? ¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada tiene gracia, nena. Lo que pasa es que no puedo evitar sentirme vivo cuando te tengo al lado. Da igual de la forma que sea: dulce y cariñosa o agria como la leche cortada, el resultado es el mismo. Me revolucionas todo, me disparas las pulsaciones. A tu lado soy consciente de que aún respiro.

Estaba locamente enamorada del hombre más desconcertante sobre la faz de la tierra. En un momento podía ser un borde y al siguiente el más dulce mundo, y yo debía tener un problema grave cuando, fuera de la manera que fuese, siempre tenía deseos de besarlo.

—Te pido disculpas por haber juzgado mal a Claudia y por pensar que teníais algo cuando lo que hizo fue ayudarte a superar una mala etapa. Aunque solo me disculpo por eso. —Frunció el ceño—. No pongas esa cara; es bien sencillo. He podido estar equivocada, pero tu explicación no me vale, porque de algún modo la eliges a ella y no a mí.

—¿De qué cojones hablas?

Así era Samuel. Saltaba de un extremo a otro sin orden ni medida, y por eso precisamente lo amaba como lo amaba. Él no escondía lo que sentía, se mostraba tal cual era, auténtico hasta en lo más básico. Tenía ganas de llorar, de gritar y de dar patadas como una niña, porque no se daba cuenta de que era el hombre de mi vida.

—De que te quedas en este lugar y no vuelves conmigo, de eso hablo. Carece de valor y sentido si has estado o no con Claudia, lo mucho que puedas o no quererme, o que yo haya venido hasta aquí, porque el resultado es el mismo: no vas a regresar a la Asunción. —Pasé de largo por su lado y crucé la verja del cementerio—. Eso es lo único que para mí tiene

importancia.

Aarón y Darío parecían dos estatuas a los pies de la tumba de Rebeca. Me vi inundada por la pena al reparar en los ojos hinchados y enrojecidos del mayor de los Reyes, aunque nada comparado al intenso dolor que sentí al ver a mi hermano. Darío tenía la mirada perdida en la blanca lápida y una máscara de melancolía cubría sus facciones. Él seguía enamorado de ella y era tanta la tristeza que lo rodeaba, que me pregunté si algún día sería capaz de amar a otra persona. No es que quisiera que la olvidara, no; ella siempre formaría parte de nuestras vidas. Lo que deseaba era que su recuerdo dejara de dolerle tanto y que alguien, en el futuro, pudiera reparar los daños. Solo eso. Solo quería ver feliz a mi hermano.

Les pedí que me dejaran unos minutos a solas con ella; tenía la necesidad de hablarle, pese a no creer en la otra vida. Acataron mi voluntad sin objeciones, permitiendo que me despidiera de mi amiga.

—Hola, Rebeca, por fin puedo ver dónde descansas. Sé que es absurdo que te hable cuando ya no puedes oírme, pero es tanta la necesidad que tengo de que sepas algunas cosas... Lo primero, que nunca voy a olvidarte, y la prueba de ello es tu sobrina. Se llama Rebeca por ti, ¿sabes?, y cada vez que pronuncio su nombre vuelves a mi memoria. No siento dolor al hacerlo, ni me arrepiento de haberla llamado así, porque es como si te tuviera cerca de algún modo. Aunque no puedo decir lo mismo de Darío, que a veces cuando la mira presiento que a quien está viendo es a ti. Por eso te pido, si es verdad que existe otro lugar y que desde allí puedes oírme, que lo ayudes a superar tu muerte. Él tiene que seguir viviendo, tiene que volver a enamorarse. —La voz se me quebró—. Sé cuánto lo querías y tampoco te gustaría verlo sufrir en silencio de este modo. —Lloré la pena de tantos años junto a su nicho hasta que pude calmarme y continuar—: También te pido... No. Te ruego con toda mi alma que le des a tu hermano Aarón la paz que le falta. Él te adoraba y nunca pudo decírtelo, por eso ahora lo hago yo en este lugar sagrado porque, aunque él no lo crea, estoy segura de que le querías. —Me mantuve unos minutos en silencio sin querer dar voz a esa petición final que me resultaba tan difícil—. Lo último que voy a pedirte es que cuides de Samuel, ya que yo no podré hacerlo. Protégelo y ayúdalo a ser feliz. —Besé el mármol nacarado—. Nunca te olvidaré, amiga. Te quiero.

Me limpié las lágrimas y dejé atrás aquel trocito de tierra en el que ella descansaría eternamente.



—Me alegro mucho de conocerlos al fin —dijo Claudia, regalándonos una gran sonrisa, cuando llegamos al bar donde nos esperaban—. Samuel me ha hablado mucho de vosotros.

Mi hermano y Aarón saludaron y tomaron asiento en la mesa que Abel había reservado. Samu también lo hizo, sin dejar de observarme. Imagino que estaba algo temeroso a cómo pudiera reaccionar.

Había estado pensando en ello mientras me daba una ducha en la habitación del hostel donde nos hospedábamos y llegué a la conclusión de que debía tragarme mi orgullo, aunque a Samuel no le había comentado nada. Pero lo cierto era que se habían portado muy bien con él tanto antes como ahora, y eso tenía que reconocerlo e iba a hacerlo públicamente.

Me acerqué primero a Abel y le abracé, sabiendo que él también había oído durante años hablar de mí.

—Siempre te estaré agradecida por todo el apoyo que le has dado.

—Y lo hubiera hecho antes de saber cuánto había sufrido.

No hicieron falta más palabras, él conocía mi vida tanto como ahora yo conocía la suya y el punto de unión entre ambos era Samuel. Supe desde el primer momento que Abel era una persona con la que conectaría fácilmente, lo que hizo que me relajara un poco.

Lo siguiente que hice fue ponerme frente a Claudia y cogerle las manos.

—Siento mucho haberte hablado así antes. Samu —lo miré de reojo—, se olvidó de decirme cuánto hiciste por él. Gracias por cuidarle.

Esbozó una cálida sonrisa.

—Eres como él decía: además de preciosa, una chica con un inmenso corazón. No me extraña que no pueda olvidarte.

Yo también sonreí, sintiendo de pronto una extraña simpatía por aquella mujer. Qué mal la había juzgado y cuánta razón en lo que se refería a ella tenía Samuel.

Mientras cenábamos, conocí más de la bonita amistad que entre esa pareja y él se había forjado. Disfruté siendo testigo de sus bromas, de la complicidad que tenían los tres y, a pesar de mi tristeza, me sentí algo mejor sabiendo que lo dejaba en buenas manos. Ellos lo mantendrían en el camino correcto, no permitirían que se desviara de él, lo que era un gran consuelo.

—Abril —Abel interrumpió mis cavilaciones—, Samuel nos ha contado que tenéis una niña preciosa.

Vi cómo sonreía cuando su amigo nombró a Rebeca.

—Sí, tenemos mucha suerte de tenerla en nuestras vidas. Para él ha sido difícil, pero lo conozco bien, sé que es un hombre de extremos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigado.

—Que Samu cuando quiere a alguien, lo quiere para toda la vida. Y no de una forma normal, porque él no sabe lo que es eso. —Todos se rieron excepto él, que me miraba como si en aquel lugar no hubiese nadie más que yo—. La quiere con locura, con desesperación. La quiere tanto... —anclé mis ojos en sus iris amarillos— que le duele.

Apartó la vista, turbado. ¿Acaso tenía dudas de hasta qué punto lo conocía?

—Él no exageraba, eres tal cual me describió. —Giré la cabeza hacia Claudia—. Solo te han bastado dos frases para tener mi admiración. Me resulta increíble que una chica tan joven hable como has hablado tú.

—La vida me hizo madurar a gran velocidad.

—Y no te trató muy bien —subrayó ella.

Claudia sabía todo sobre mí.

—La verdad es que no —admití con pesar.

—Y aun así predomina la bondad en ti. Perdona si te digo esto, pero es que estoy sorprendida.

—¿Sorprendida por qué?

Los cuatro hombres estaban atentos a nuestra conversación y no hacían por intervenir.

—Sorprendida porque, después de todo lo que pasaste cuando Samuel desapareció, después de perderlo de nuevo, no has hecho un mal comentario de él; es más, el que ha hablado ha sido tu corazón. No le guardas ningún rencor y eso dice mucho de ti.

—No tengo por qué guardárselo. Lo conozco desde hace mucho y sé cómo es, cómo funciona, los impulsos por los que se guía... Y aunque me haga daño con su forma de hacer las cosas, me consta que no lo hace a propósito. No lo querría tanto si no fuera así.

Claudia abrió mucho los ojos, pero es que yo me quedé muda nada más decir aquello. No sabía si había sido la sugestión al saber que se trataba de una profesional con la que poder hablar y desahogarme, lo que estaba claro era que había dicho lo que sentía sin más, sin filtrarlo siquiera.

Ella ladeó la cabeza y fijó su verde mirada en Samuel.

—Nunca te he tenido por un estúpido y lo sabes, pero si dejas que esta chica salga de tu vida, te aseguro que pensaré que lo eres.

Él se puso en pie, arrastrando la silla, y se alejó a grandes zancadas del lugar.

Hice el amago de levantarme para seguirlo cuando me sujetaron por el brazo.

—Déjalo, Ojos Azules, le viene bien una cura de humildad. Que piense en lo que está haciendo y que se joda si sufre, porque en el fondo sabe que está mal.

Terminamos de cenar prácticamente en silencio, tan solo interrumpido por algunas preguntas que Abel hizo a mi hermano y a Aarón acerca de la barriada.

—Vuelve cuando quieras, nuestra casa está a tu disposición siempre que lo desees. Y la próxima vez trae a Rebeca, me encantaría conocerla.

Agradecí a Claudia su ofrecimiento, si bien en mi fuero interno intuía que no habría una próxima vez.

Nos despedimos de ellos, agradeciéndoles de nuevo todo lo que hacían por Samuel, y nos dirigimos al hostel a descansar.

Al día siguiente tendría que esperar hasta mediodía, cuando él saliera de trabajar, para verlo. Le pediría una vez más que regresara conmigo al lugar al que pertenecía, donde lo aguardaba su hija. Solo me quedaba esa oportunidad, ya que nuestro autocar salía a las ocho de la tarde.

### *Samuel*

Golpeé la puerta con los nudillos un par de veces. Nada. Repetí la acción con un poco más de contundencia y entonces abrió. Tenía los párpados inflamados y medio cerrados, y no solo porque era la una de la madrugada y había interrumpido su sueño, también se debía a que había llorado.

—¡Samu! —Llevaba puesta una camiseta ancha y, sin poder evitarlo, le

recorrí las piernas con la mirada—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Vengo a pasar la noche contigo —solté sin preámbulos. Ella pestañeó reiteradamente, confundida—. Te vas mañana, joder. Necesito estar contigo, ¿no lo entiendes?

—Todavía puedes acompañarme en ese viaje.

—Abril, no voy a volver a Las Viviendas de Papel. —Fui categórico. La desilusión le contrajo las facciones—. ¡Me cago en mi puta estampa! —maldije por lo bajo mi sequedad—. No puedo romper mi promesa, nena. Sabes que tengo mis razones. Ponte en mi lugar, por favor.

Expulsó lentamente el aire y se apartó a un lado para que entrara.

Ella desconocía el verdadero propósito que me empujaba a irrumpir en su habitación a esas horas. Sí, la deseaba con toda mi alma, me moría por hacer el amor con ella, pero no había ido solo por eso.

Cerró la puerta y apoyó la espalda en la hoja de madera.

—Un polvo de despedida. —Suspiró—. Qué consuelo.

—Tú siempre tan borde —sonreí porque me encantaba cómo era, la personalidad entre dulce y agria que tenía—, pinchándome y pinchándome para ponerme las cosas un poco más difíciles.

—No lo hago para ponerte las cosas difíciles, sino para que te sientas mal.

Agrandé la sonrisa y ella me la devolvió.

—Ven aquí, anda.

Me abracé a su cuerpo con todas mis fuerzas, sintiendo como fuego cada pedazo de su piel.

—Te quiero —le susurré en el cuello.

—¿Y de qué me vale que me quieras tanto si no te puedo tener?

Un dardo directo al pecho. Abril estaba en lo cierto, ¿de qué valía lo mucho que la amaba si íbamos a vivir separados?

Busqué su boca y la besé. Un beso profundo y largo en el que derramé todo lo que sentía por ella. Le arranqué la camiseta y recorrí sus curvas con las encallecidas palmas de mis manos. Los escalofríos desfilaron desde todos los ángulos de mi cuerpo hasta concentrarse en mi bajo vientre, donde las punzadas se hicieron casi insoportables cuando amasé sus pechos y echó la cabeza hacia atrás. Aquello no iba a durar nada. Tenía unas ganas bestiales de ella, de estar dentro de ella, encima de ella, bajo ella... abrazado durante mil vidas a ella.

Comenzó a desnudarme sin prisas mientras yo apretaba sin mucha

delicadeza sus carnes. En cuanto mi ropa estuvo amontonada en el suelo, me devolvió cada caricia: palpándome, trazando con las yemas de sus dedos líneas curvas en mis hombros, en mi pecho, en mi vientre, en mis caderas. Cada fibra de mi ser protestaba cuando sus manos dejaban de prestarle atención.

—No sabes cuánto te deseo, Abril.

Me miró a los ojos, abrazándome por la cintura, y arrimó su desnudez a la mía.

Salivé, maldita sea. La puta boca se me hizo agua.

—Tanto como yo a ti. Tanto... que duele.

Abordé su boca y la agarré por las nalgas, elevándola del suelo. Era cierto que dolía, joder. Un dolor agudo y real. Un dolor excitante y lacerante a partes iguales.

La tumbé en el colchón y me situé sobre ella, incapaz de contenerme por más tiempo. Separó las piernas, invitándome a entrar. Era tan exacto y preciso hasta el punto que me conocía, que con solo mirarme a los ojos sabía cuánto necesitaba perderme en el fuego de su interior. Todo mi cuerpo se estremeció al avanzar en la estrechez del suyo.

—Te quiero, joder —dije a medio camino entre la rabia y la amargura.

—Lo sé, pero no lo repitas más.

Dos lágrimas se deslizaron por sus sienes.

—Perdóname, Abril. Perdóname por todo lo que te hice y te estoy haciendo pasar —le rogué mientras me movía, experimentando un inmenso placer y un profundo dolor a la vez.

—No digas nada, por favor. Imaginemos que todo está bien, que nosotros estamos bien. Haz de esto un bonito recuerdo. Hazme el amor como siempre me lo has hecho, Samu. No te reprimas pensando en que es una despedida y déjate llevar para que esta noche sea inolvidable para los dos.

Y eso hice. Tragándome la tristeza y el jodido dolor, evadiéndome de la asfixiante realidad y centrado solo en ella, me dispuse a darle un momento más que atesorar en la memoria.

Conseguí hacerla gemir, que elevara las caderas y se retorciera, dejándola al borde unas cuantas veces en las que me clavó las uñas por la frustración. Aquellas respuestas viscerales que en ocasiones mostraba casi hicieron que me corriera antes de lo previsto. Me hacían sentir vivo esas pequeñas punzadas de dolor que me provocaba, que marcaban mi piel con un solo significado: su deseo desmedido por mí. Disfrutaba observándola de ese

modo: desinhibida, abandonada, jadeando contra mis labios pidiendo más. Yo intenté dárselo todo, recibiendo en las mismas proporciones. Fugazmente pasaron por mi cabeza las antiguas adicciones de Aarón, nada comparadas a la que yo tenía de ella. Estaba enganchado a sus besos, a sus caricias, a su sonrisa; incluso a su genio y a sus cabreos. Tan fuerte era mi adicción, que no sabía hasta qué punto podría vivir cuando me faltara todo eso.

Hicimos el amor dos veces en las que tuve dos orgasmos jodidamente brutales que me dejaron temblando. Dos veces en las que ella alcanzó su clímax quedando exhausta bajo mi cuerpo. Las dos mejores veces de mi puta vida.

—Quédate conmigo —solté sin que nos hubiéramos recuperado—. Aquí. Tráete a Rebeca y vive aquí conmigo.

Agrandó los ojos y sus labios quedaron entreabiertos sin saber qué contestar. Pero esa era la razón principal por la que había ido esa noche a su encuentro.

—No puedes decirlo en serio.

—¡Joder si lo digo! De esa forma yo no rompería mi promesa. Juré alejarme de ella si no sufría ningún daño, pero eso no implica que seáis vosotras las que vengáis a mí. No estaría incumpliendo nada, puesto que el sacrificio era alejarme de vuestro lado y lo hice. Me vine aquí y os dejé. Pero si vosotras sois las que os acercáis... no tendré miedo a ser castigado, porque yo no rompería lo que dije que haría.

—Eres un tramposo. Eso es solo un truco infantil para mantener tranquila tu conciencia.

—No soy un tramposo, solo un hombre desesperado que no quiere jugarse lo que más ama rompiendo un juramento que hizo cuando creyó que la historia se repetiría. Pensé que la perdíamos, que ese hijo de puta iba a arrebatarme a mi hija como me arrebataron a mi hermana. Me vi entre la espada y la pared, sin otra opción que suplicar y entregar mi vida del modo que fuera por la suya, ¿no lo entiendes?

La vi dudar y mi corazón amenazó con salirse del pecho.

—Me pides mucho, Samu.

—Te pido todo y sé lo egoísta que soy. Pero es que no puedo quererte más, joder. No puedo vivir sin ti... y tampoco puedo volver.

—Es que no solo sería yo quien dejara todo atrás. Arrancaría a Rebeca de su mundo, la separaría de Aarón y de Darío...

—Ellos vendrían a visitarla cuando quisieran —la interrumpí.

Necesitaba convencerla a toda costa y a costa de todos. Sí, era un cabrón egoísta que pensaba únicamente en sí mismo, aunque eso podía soportarlo.

—No es justo para ella. No es justo que nuestra hija tenga que pagar por nuestros errores. No es justo que me pidas que cambie nuestras vidas por una estúpida promesa. No quiero herirte, porque sé que estás extremadamente dañado, pero si hago lo que me pides, Rebeca nunca te lo perdonaría.

—Sí lo haría, del mismo modo que me ha perdonado todo lo demás.

Advertí el cambio en sus pupilas antes de que hablara de nuevo.

—Samu, ella no te ha perdonado esto. —Me acarició el contorno de la mandíbula, que se empezó a poner tensa—. Estuve mucho tiempo meditando si sería acertado venir aquí a buscarte. No me decidía, no estaba preparada para otra negativa. Y lo que me empujó a tomar la decisión fueron las palabras de ella, palabras dirigidas a ti.

—Suéltalo —la apremié viendo lo que le estaba costando.

—Dice que te odia, que quiere olvidarse de ti como tú te has olvidado de nosotras.

Fue como un puto mazazo en la boca del estómago que me sacó todo el aire del pecho. Rebeca volvía a odiarme, y lo peor de todo era que no podía reprochárselo.

—Al menos piénsatelo. Dale algunas vueltas a esa cabeza tuya. Lo que acabas de decirme no cambia nada, no es motivo suficiente para resignarme a vivir separado de ambas. —Me tragué como pude las ganas de gritar, porque si ella accedía, yo conseguiría que mi hija dejara de odiarme.

Asintió con una sonrisa triste sin dejar de acariciar mi cara.

—No es motivo de peso para ti, pero sí lo será para Rebeca.

Me estrellé contra su boca, porque no quería escuchar nada más, y abracé aquel rayo de esperanza con la misma fuerza con la que me abracé a su cuerpo.



## 28. Cartas a Rebeca

*Abril*

—¿Cómo que os vais ya? —le preguntó su abuela visiblemente molesta —. El autocar no sale hasta las ocho de la tarde y tu hermano aún está trabajando. ¿Es que no piensas despedirte de él?

—Hemos cambiado los billetes, abu.

—Y eso ¿por qué?

—Porque tu nieto es gilipollas y ha puesto a Abril entre la espada y la pared. Todos sabemos cómo es, por eso ella prefiere largarse ahora y no tener que presenciar una de sus idas de olla cuando vea que no se ha salido con la suya.

—¿Qué ha hecho esta vez ese descerebrado?

No pude evitar sonreír ante la falta de comedimiento de la mujer, que no tenía pelos en la lengua a la hora de decir lo que pensaba.

—El muy egoísta le ha pedido que se venga a vivir con él y que se traiga a la niña. Puto miserable.

—Esa boca.

—No, abuela, nada de esa boca. Ese imbécil solo piensa en él. Quiere arrastrar a este lugar de mierda a una cría que tiene toda su vida en la

Asunción únicamente porque le faltan cojones para hacer lo correcto. ¡Él no ha estado todos estos años con ella! Darío y yo, sí. —Aarón estaba que echaba humo—. Pero ¿qué se piensa?, ¿que el jodido universo gira en torno a él?

A mi hermano también le había caído como un rayo la proposición que me había hecho Samuel, si bien no fue capaz de decir nada en su contra.

—Esto tampoco está tan mal para vivir —declaró la anciana en defensa de su preciado pueblecito.

—Sí para una niña que es feliz en la ciudad donde se ha criado.

—Mire, señora —intervino Darío al oír el gruñido de Aarón—. Este sitio es maravilloso, no se lo voy a discutir; sin embargo, nuestras vidas pertenecen a otro lugar. Sé que Samu está desesperado, que le puede tanto el miedo a perderlas que no le importa sacrificarnos a los demás. Y lo entiendo en parte, no se piense. Pero tiene que hacerse cargo de las decisiones que toma, y lo que no puede pretender es que por una tontería mi hermana lo abandone todo.

—¿Tú qué piensas, niña? Eres la única que todavía no ha dicho nada.

¿Y qué podía decir? Solamente la verdad.

—Yo lo quiero, señora. Mucho. Con todo mi corazón. Aunque tengo que reconocer que está siendo muy egoísta al negarse en rotundo a volver conmigo, al no querer ver que las otras dos alternativas que me quedan son igual de dolorosas para mí. Una es sacrificar la felicidad de ambos por una estúpida promesa que ya no tiene ningún sentido, puesto que ya no hay nadie que pueda hacerle daño. La otra es sacrificar la felicidad y el bienestar de mi hija para estar juntos. Y Rebeca nunca nos perdonaría que la separáramos de aquellos a los que quiere, por lo que no obtendríamos esa felicidad que su nieto busca. Entienda por qué me decanto por la primera. Prefiero echarle de menos toda la vida a hacer sufrir a Rebeca, porque ella no tiene la culpa de los errores que hemos cometido.

Sin hacer un solo comentario, la anciana entró en su modesta casa y salió a los pocos minutos sosteniendo unos sobres entre las manos.

—Toma —dijo alargando los brazos hacia mí.

—¿Qué es esto?

—Son las cartas que ese cabezota ha estado escribiendo desde que volvió. Hay cinco, pero imagino que la última está sin acabar. —Al advertir que yo no entendía nada se explicó mejor—. Cuando lo vi escribir a ratos durante algunos días le pregunté qué nueva tontería estaba inventado. Me

contestó que le escribía a su hija y que cuando ella creciera quizá se las enviara. Sé que no lo hará, y por eso quiero que te las lleves y que se las des a Rebeca cuando veas oportuno. Creo que lo hace a modo de desahogo, por sentirse cerca de ella durante unos momentos. Y estoy segura de que la última está a medias porque la empezó ayer cuando vinisteis, en el tiempo que fuisteis a cambiaros al hostal.

—Gracias.

Las abracé contra mi pecho.

—Ahora entiendo por qué no ha pegado ojo las pocas horas que ha tenido para descansar después de que volviese de verte. Se ha ido a atender sus obligaciones sin cerrar los párpados un segundo; lo que no me extraña, ya que la incertidumbre le estará corroyendo el poco seso que le queda.

Pobre Samuel...

De repente, me sentí fatal por hacerle aquello.

—Dígale de mi parte que le quiero, que hago esto para que le quede un bonito recuerdo y también para llevármelo yo. Que lo siento en el alma, pero que no puedo hacer lo que me pide. Y cuando estalle por haberme ido de esta manera y su boca suelte todo lo que sé que va a soltar, dígame que piense en Rebeca. Solo eso. Que piense en su hija y deje de hacerlo en sí mismo. Y también que haga por rehacer su vida y ser feliz, que yo por mi parte haré lo mismo.

—Adiós, abu. —Aarón la abrazó con fuerza—. Me ha gustado verte de nuevo.

—Regresa antes de que la muerte me lleve, mi niño. Esta también es tu casa.

—Lo sé, pero mi vida está en Las Viviendas de Papel, así que no te prometo nada.

Ella le dio un apretón en las mejillas con cariño.

—Que tengáis buen viaje.

Está de más decir que mi hermano y yo nos llevábamos un cálido recuerdo de la abuela Reyes.

*Samuel*

Me temblaban las manos, las piernas y la puta barbilla.

Llegué sudando a casa de mi abuela después de que la chica de la recepción del hostel me confirmara que ellos habían dejado las habitaciones.

—Dime que están aquí. Dime que no se han ido.

—No puedo decirte algo que no es cierto, hijo mío. Han cambiado los billetes y ya deben haberse puesto en camino.

El alarido que brotó de mi garganta proclamaba todo mi dolor. Abril había desaparecido de mi vida sin darme la cara como yo no se la di la primera vez que me largué de la Asunción. Fue entonces que experimenté en mis propias carnes la impotencia y la sensación de abandono.

Me dejé caer en el sofá y oculté el rostro entre las manos, pero el que mi abuela no pudiese verme no significaba que no oyera cómo me había venido abajo.

—Me ha pedido que te diga que no piensa sacrificar la felicidad de tu hija por la vuestra. —Retiré las manos de mi cara y la miré—. Que rehagas tu vida y seas feliz, que ella hará lo mismo en cuanto llegue a la Asunción.

—Abril no ha podido decirte eso. No de esa forma.

—¿Estás llamándome embustera?

—¿Y no te ha dicho nada más?

—Pues no recuerdo que lo haya hecho, la verdad. —Se puso a farfullar como para ella, aunque su verdadera intención era que yo escuchara todo lo que decía. La conocía muy bien. Joder si la conocía—. No me extraña que te haya abandonado cuando estás dispuesto a anteponer tu felicidad a la de vuestra hija, por lo que no me sorprendería que hubiese dejado de quererte nada más ver lo que pretendías. Y es lógico que tu hermano y tu amigo te hayan llamado egoísta por querer someterla a tu voluntad.

—Abril no ha dejado de quererme —aseguré entre dientes.

—¡Oh!, pero lo hará muy pronto, en cuanto se canse de esperar a un hombre que no hace nada por mantenerla a su lado.

—Le he pedido que se quede, joder. Quiero tenerla conmigo.

—No debes quererla tanto como presumes.

—Abuela, me estás tocando los...

—Cuidado con lo que dices —me avisó—. Cuidado con cómo me hablas, Samuel.

—Te hablo de la misma forma que tú a mí.

—Qué lástima que seas tan cerrado de sesera. Por eso es que te ves así de solo.

—¿Por qué estás siendo tan dura conmigo en estos momentos? ¿No se te remueve nada al verme hecho polvo?

—Por supuesto que me apena verte así, pero alguien tiene que decirte la verdad a la cara y yo solo pongo voz a lo que tú has dado a entender a todos. Si la quisieras como dices quererla no harías lo que estás haciendo. Y si quisieras a esa niña ni se te habría pasado por la cabeza arrancarla de su hogar. Esa es la verdad, por mucho que trates de disfrazarla.

—Es que estoy desesperado —confesé apenas sin voz, agotado por la continua lucha que yo mismo había empezado.

Mi abuela se levantó de la mecedora y, a paso renqueante, vino hasta el sofá y se sentó a mi lado. Paseó su temblorosa mano por mi espalda como si aún fuese un crío.

—Arregla tu vida, mi niño. No dejes que las culpas guíen tus pasos ni que los miedos se interpongan en tu felicidad.

Le eché un brazo por los hombros y la acomodé contra mi pecho.

—Lo que me has soltado hace un momento ha sido para convencerme de que vuelva con ellas, ¿verdad? Abril no ha podido irse tan enfadada conmigo ni decir esas palabras tan frías. Ella no es así.

—Te quiere con todo su corazón, eso ha sido lo que ha dicho. Y que prefiere echarte de menos toda la vida a hacer sufrir a la cría. —Apreté los párpados con fuerza maldiciéndome por haberla obligado a elegir entre los dos—. No seas cabezota y haz caso al consejo de esta vieja.

—¿Y qué consejo es ese?

—Que no dejes que esa buena mujer, que Dios puso en tu camino, se pase la vida echándote de menos. Ni que tu niña se críe sin el cariño de su padre.

Encerrado en mi habitación, me pasé la tarde dándole vueltas a sus palabras. No fui a trabajar; me sudaba la polla si al día siguiente mantenía mi puesto en la tienda o se lo habían dado a otro.

Mi abuela poseía un carácter tan fuerte como el mío, por lo que chocábamos continuamente, pero casi siempre hablaba con la sabiduría que le otorgaba la edad. Y si era tan dura al hacerme saber lo que pensaba, es porque yo no tenía otro modo de entender las cosas: si no se imponía, no la escuchaba. Ella apuntaba donde la herida sangraba más. Y, joder, nunca fallaba.

*Abril*

Regresábamos a la Asunción de María antes de lo previsto porque no quería llevarme conmigo la imagen de un Samuel destrozado ni el eco de unas palabras suplicantes o llenas de ira. Todo por no ser capaz de decirle, mirándolo a los ojos, que no lo elegía a él para no dañar a mi hija. Todo porque, si me besaba una vez más y me pedía que me quedase, lo haría. Y no podía por muchas razones.

Mi hermano y Aarón charlaban en los asientos situados delante del que yo ocupaba. Miré la plaza libre que había a mi lado con el corazón hecho añicos, una plaza que pensé que ocuparía él cuando decidí ir a buscarlo. Pero al igual que en el viaje de ida, ahora también lo hacía sola, anhelando la compañía de un hombre que jamás me había pertenecido.

La claridad del sol se filtraba por el cristal de la ventanilla y bañaba de luz mi regazo, donde descansaba mi bolso con las cartas que Samuel había escrito a nuestra hija. Suspiré cansada de resistirme a la tentación de leerlas, que había ido yendo a más conforme los kilómetros por recorrer fueron a menos. Introduje los dedos y saqué los cinco sobres.

Me fijé en que todos tenían rotulado el nombre de Rebeca y que estaban datados en diferentes fechas, seguramente para no olvidarse de cuándo había escrito la carta que se hallaba en su interior. Sostuve con una mano el que tenía la fecha más antigua, de hacía algo más de dos meses, y guardé los otros. Abrí la solapa y extraje la hoja de papel, tomándome unos segundos para calmarme porque sabía que a través de esas líneas me llegaría su voz.

La desdoblé y comencé a leer.

*Hola, princesa:*

*Imagino lo que te sorprenderá recibir la carta de un desconocido. Pero no lo soy, Rebeca. Soy tu padre. Samuel.*

*No estoy seguro de si alguna vez te enviaré esta carta, y en el caso de que lo haga, qué edad tendrás entonces. Por eso te pido que, si te ha llegado, al menos la leas y me des la oportunidad de explicarte lo que siento y por qué actué como lo hice. Es probable que ya seas lo suficientemente mayor para comprenderme, o al menos eso espero.*

*No sé si tu madre o alguno de tus tíos te han hablado de mí, pero por si no lo han hecho y ya me has olvidado, intentaré que tengas el mejor recuerdo posible de quién soy.*

*Te aviso que me muevo por impulsos así que, si ves algo fuera de lugar o alguna palabra chocante, no me lo tomes en cuenta.*

*En esta primera carta voy a contarte lo mejor que me ha pasado en la vida: enamorarme de tu madre.*

*Ella tenía catorce años la primera vez que la vi. Era una cría, la más bonita que me había echado a la cara, pero una cría, a fin de cuentas. Me negué durante un tiempo a pillarme de alguien casi cinco años más joven que yo, y no llevaba del todo mal lo que me hacía sentir hasta el día que cumplió los quince y la besé. Ese beso fue mi perdición y, por más que traté de evitarlo, desde aquel momento no he dejado de amarla un solo día. Ahora, esos casi cinco años de diferencia no ~~importan una puta mierda~~ tienen ninguna importancia, pero por aquel entonces para mí sí la tenían.*

*Nuestros comienzos como pareja fueron duros por todos los obstáculos que yo mismo nos puse. Qué imbécil fui. No te imaginas cuánto me arrepiento de actuar como actué, de intentar alejarla cuando lo que quería era estar cerca de ella, de no dejarme llevar por lo que sentía cuando mi cuerpo lo gritaba y de hacerla sufrir por una mentira que me obstiné en creer. Hice tantas cosas mal, que necesitaría una vida entera para enumerarlas.*

*El caso es que, pese a todo lo que le impuse, todo lo que le pedí y todo lo que se vio obligada a hacer, me quería tanto como yo la quería a ella. He llegado a amarla con tal desesperación que en más de una ocasión pensé que ese sentimiento acabaría conmigo.*

*Estuve muchos años muerto, cariño, porque la muerte no solo llega cuando se expira el último aliento. A mí me mataron las culpas, los remordimientos y perder a todos los que quería. Y ahora vuelvo a sentirme igual por dejar atrás todo lo que tiene sentido para mí, pero me juré cumplir esta especie de penitencia por ti, y es por ti que la asumiré lo mejor que pueda.*

*Perdóname por no compartir tu día a día. Me duele, Rebeca, me duele en lo más profundo, ~~joder~~. Aunque quizá lo mejor que te pueda pasar sea crecer alejada de mi influencia. Puede que si desconoces cómo soy en realidad, llegues a tenerme algo de cariño. Me gustaría*

*pensar que así será.*

*Vosotras siempre estaréis en mi pensamiento y en mi corazón. Tú eres parte de mí y te querré toda la vida. Y a tu madre, pasen los años que pasen, nunca dejaré de amarla.*

*Cuídala por mí.*

*Te quiero, mi princesa de ojos raros.*

—No te preocupes —susurré a las palabras garabateadas en el papel—. Yo haré que Rebeca te recuerde, que sienta por ti ese cariño que siempre te faltó. Y cuando tenga la edad suficiente como para poder leer tus cartas, se las entregaré con la seguridad de que estará encantada de saber de su padre a través de ellas. Ahora que sabe quién eres no permitiré que el tiempo borre tu recuerdo. Cada día le contaré algo tuyo, de todo lo bueno que tienes y que te niegas a ver. Te lo prometo, Samu, tu hija sabrá lo maravilloso que en realidad eres, por mucho que te esfuerces en esconderlo.

Me dejé caer sobre el reposacabezas y cerré los ojos permitiéndome regresar a aquellos años que él había descrito en su carta. Samuel no se había olvidado de nada de cuanto nos ocurrió, al igual que yo tampoco lo había hecho. Ese pensamiento me creó un sentimiento gratificante y desmoralizante a la vez. Lo que sentíamos el uno por el otro sobreviviría al tiempo y a la distancia, de eso no tenía dudas, y saber cuánto me quería desde que era una niña me satisfacía enormemente, si bien no podía obviar que ese mismo sentimiento nos ataba hasta el punto de hacernos infelices de por vida.

El chófer nos avisó de que en breve pararíamos en un área de descanso para estirar las piernas y comer algo. Mis dos acompañantes miraban una película en la pequeña pantalla que colgaba del techo del autocar, y yo, con más curiosidad que al principio, aproveché para leer lo que había escrito en la segunda carta a Rebeca.

*Hola, princesa:*

*En esta carta quiero hablarte de lo que supuso para mí saber que era padre.*

*Cuando me fui la primera vez de la Asunción no sabía que tu madre estaba embarazada. No fue hasta casi 6 años después, a mi regreso, que supe de tu existencia.*

*Ninguno me dijo nada, y no los culpo, la verdad. Entiendo por qué no querían que me enterara, ya que yo no había vuelto para quedarme por mucho tiempo y ellos se lo olían. También mantuvieron la boca cerrada por petición de tu madre, y razones no le faltaban, puesto que perdí todos mis derechos el día que la abandoné sin darle una explicación. Ella creía que no estaba preparado para tal noticia, pero sí que lo estaba, aunque no te niego que perdí los papeles cuando me di cuenta de que eras mi hija y que ninguno de ~~esos cabrones~~ ellos me habían referido nada. Me enfadé tanto que a tu madre la humillé, a mi hermano lo odié más de lo que ya lo odiaba y a Ángel si llegó a echármelo a la cara ~~lo reviento~~ no sé qué le habría hecho. Tampoco me apetecía hablar con Darío, me sentía defraudado. Pero él me obligó a escucharlo, como siempre ha hecho.*

*No te puedes hacer una idea de las ganas que tenía de abrazarte, de lo que deseaba que supieras quién era y que me aceptaras. Tuve unos celos bestiales de Aarón al ver cuánto le querías, al ser consciente de que él lo significaba todo para ti mientras yo no era nada. Me dolía tu rechazo más que cualquier otra cosa. Me dolía oír que me llamabas Samu en lugar de papá. Me dolía en el alma ocupar el último lugar en tu corazón. Pero te gustaba jugar conmigo y, poco a poco, me fuiste haciendo un hueco en tu vida y aprendiste a quererme. Aún tiemblo al recordar la primera vez que te lanzaste a mi cuello y me abrazaste. Me fallaron las ~~putas~~ piernas y estuve a punto de echarme a llorar. No sabes cómo necesitaba aquel abrazo. No te imaginas cuánto necesitaba que me quisieras.*

*Me siento ~~como una mierda~~ fatal en este momento, porque seguramente nunca vuelva a sentirte entre mis brazos. Lo único que me da fuerzas es saber que antes de irme todo estaba bien entre nosotros. Con eso me quedo, cariño, con la satisfacción de que me aceptas como padre. Te llevo dentro a todas horas, no lo olvides. También a tu madre.*

*Cuídala por mí.*

*Te quiero, mi princesa de ojos raros.*

Reparé en que parte de la tinta de uno de los márgenes estaba emborronada. Solo eran unas cuantas letras difuminadas que habían perdido su forma y se veían algo borrosas; aquellas que habían sido empapadas con las lágrimas de Samuel.

Se me partió el alma y me fue imposible controlar el sollozo que escapó de mi pecho. No porque él hubiese llorado mientras escribía a nuestra hija, sino por todo lo que le quedaba por sufrir al aferrarse a un estúpido juramento. La vida nunca lo trató con benevolencia, pero es que él tampoco se lo ponía fácil.

—¿Estás bien, Ojos Azules?

Elevé la vista y me encontré con su mirada ambarina puesta en mí. Ese fue el detonante para que mis lágrimas se solaparan a las de Samuel en aquel trozo de papel. Doblé la carta antes de que terminara siendo ilegible.

—Sí, no te preocupes.

Darío se giró al escuchar mi voz nasal.

—Mierda —maldijo al percatarse de la hoja plegada en mi mano.

—No pasa nada, de verdad. Solo es que... al leerla... Bueno, que... me he emocionado un poco.

Sé que no los convencí, que ambos supieron que el motivo real por el que lloraba no era otro que el de la pérdida cuando la mente empieza a asimilarla; sin embargo, no hicieron más preguntas, dándome la intimidad que en esos momentos me hacía tanta falta.

Nos detuvimos en un lugar a medio camino de donde lo había dejado y del destino que me aguardaba sin él. Pedimos unos bocadillos para aplacar nuestros estómagos, puesto que la melancolía que los tres arrastrábamos no se podía calmar de ningún modo.

—Abril —dijo mi hermano de pronto—, yo creo en él, creo en cómo hace las cosas y también en las razones que lo mueven. Y confío en que recapacite y vuelva a tu lado.

—Por mí se puede ir a la mierda —masculló Aarón entre dientes—. Que se joda si es un puto infeliz el resto de su vida. Él lo ha querido así.

—No hablas tú, sino tu impotencia. Estás tan triste como yo, como nosotros. —Nos señalé a Darío y a mí—. Piensas que este viaje ha sido para nada. Y te da rabia, lo sé. Pero en el fondo deseas que sea feliz algún día, porque siempre lo has querido y te has preocupado por él.

Aarón hundió los hombros y agachó la cabeza.

—Por eso lo mataría, Ojos Azules, porque he perdido a mi hermano

nada más recuperarlo. Se ha pasado su jodida vida quitándomelo todo, y ahora que por fin creía tener algo de él, vuelve a dejarme sin nada. Es un egoísta que solo piensa en sí mismo.

—Nunca ha sido egoísta y lo sabes. Siempre ha dado la cara por los demás a costa de la suya.

—Es lo que pienso en estos momentos, ya se me pasará.

Darío le dio una palmada de camaradería en la espalda.

—Anímate, tío, que en la Asunción te espera Carol. Él te habrá dejado tirado, pero los demás seguimos aquí.

La sonrisa que mostró el mayor de los Reyes no llegó a sus ojos, aunque a mí ni siquiera me salió hacer eso. Tanto él como yo teníamos en la barriada una razón por la que seguir adelante, en cambio, a mi hermano allí no le esperaba nada. Todo lo que él habría deseado se encontraba sepultado allá donde habíamos dejado a Samuel.



Llevaban dormidos como una media hora, con los cuellos doblados en un ángulo extraño. Creo que a Aarón incluso se le caía un poco la baba. Yo era incapaz de cerrar un ojo, ya que cuando lo hacía, los recuerdos de una historia rota volvían a mí.

Solamente se oían respiraciones sosegadas dentro del autocar. Encendí la lucecita que se hallaba sobre mi cabeza y extraje de mi bolso la tercera carta que había escrito Samuel.

*Hola, princesa:*

*No sé por qué te escribo en estos momentos cuando estoy seguro de que no te voy a transmitir nada positivo. Me noto de bajón, hecho una puta mierda, y perdona la expresión, pero es que no termino de sobreponerme.*

*Llevo unos cuantos días que no dejo de pensar en mi hermana, en lo que pudo ser de su vida y en cómo murió. No puedo sacármela de la cabeza. No puedo dejar de culparme por no haber estado allí e impedir que pasara. No puedo, maldita sea. Hoy hace seis años, ¿sabes?, y por eso me encuentro así. Pero este aniversario de su muerte es distinto a los anteriores, porque también tengo sobre mi conciencia lo que le*

*hicieron a tu madre aquella noche.*

*Os echo tanto de menos a todos que me cuesta un mundo respirar. Echo en falta las conversaciones con Darío, las bromas que Ángel me gasta para que me sienta bien, las dulces palabras de Marta; incluso los insultos de Carol me provocan nostalgia. También extraño una vida que no conozco, esa que mi hermano y yo debimos vivir. Pero lo que más me duele, hasta el punto de volverme loco, sois vosotras. Tú y ella. Mis chicas. Cuánto os necesito, joder.*

*Desearía abrazarte en estos momentos, cariño. Quiero sentirte la piel y no puedo. Y me duele. Cómo me duele. Duele pensar que me perderé tus cumpleaños, que no te veré crecer ni estaré allí la primera vez que salgas con un chico. ¿Quién lo amenazará para que te trate como a una reina? ¿Quién lo hará si no soy yo?*

*Estoy asqueado de esta vida que he elegido. Porque sí. Porque sé que toda esta mierda me la he buscado yo. Por eso termino aquí esta carta que no sé si te enviaré, ya que está envenenada. Quizá cuando me encuentre algo mejor termine por romperla, o si no, al menos suprimiré todas las palabras que ahora no puedo.*

*Cuídala por mí.*

*Te quiero, mi princesa de ojos raros.*

Ese era Samuel en estado puro, sin reprimir cómo se sentía, sin tachar sus groserías tan inapropiadas para los ojos de una niña. Abracé la carta contra mi pecho, aliviada de tenerla en mi poder.

—Ahora no podrás romperla —murmuré enfadada con él—. Tu hija tiene derecho a conocer las culpas y demonios con los que convives. No eres de acero —aseveré indignada—. Te hundes del mismo modo que nos hundimos los demás. Ella sabrá que su padre es de carne y hueso, con tantos defectos como virtudes, con sus errores y sus aciertos. Una persona como cualquier otra, Samuel, eso es lo que eres. Y sí, toda esta mierda de la que hablas te la has buscado tú.

Guardé el sobre y me dispuse a apagar la lucecita para descansar las escasas dos horas que nos quedaban de trayecto. Eran más de las doce de la noche y necesitaba cerrar los ojos, pero una vocecita me decía que cuando

llegara a la Asunción no podría prestarles a esas confesiones la atención que merecían. Me erguí en el asiento. Ya dormiría cuando estuviera en casa, ahora iba conocer lo que había escrito en esas dos últimas cartas.

*Hola, princesa:*

*Por si mi anterior carta te dejó preocupada, te diré que estoy algo mejor. Todavía no la he hecho pedazos, aunque no es seguro que no termine haciéndolo.*

*Hoy mis fuerzas están renovadas, por eso creo que es el momento apropiado de desvelarte todos los errores que cometí; la gran mayoría inexcusables. Solo espero que tú puedas perdonarme algún día, ya que yo no lo consigo.*

*Imagino que a estas alturas estarás enterada de cómo murió tu tía, la chica por la que te pusieron tu nombre. No voy a hablarte de aquella noche porque sería emponzoñarlo todo y no quiero, puesto que mi única intención es hacerte saber lo injusto que fui con mis hermanos.*

*Mis padres fallecieron en un accidente cuando Rebeca tenía solo quince años, y fue a partir de ese momento que ella pasó a ser la única persona en el mundo que me importaba, la única en mi vida por la que aún me merecía la pena luchar, ya que por aquel entonces creía que Aarón había hecho algo muy malo que jamás podría perdonarle. Lo odiaba con todas mis fuerzas y transmití ese sentimiento a nuestra hermana, consiguiendo que ella lo odiara también. No voy a explicarte qué ocurrió entre nosotros, solo debes saber que yo estaba equivocado, que la víctima en toda esa mierda de historia era él, y que por no ver más allá de lo que quise ver, Rebeca murió sin que Aarón pudiera decirle cuánto la quería. No le di la oportunidad. No lo dejé. Y ella se fue de este mundo pensando que su hermano mayor era un monstruo cuando el único monstruo era yo.*

*Sigue queriéndole como le quieres, se merece ese cariño más que nadie. Y no le permitas venirse abajo, es débil y tú tienes que ser su fuerza. No lo hagas por mí si no lo deseas, pero hazlo por él, por todo lo que ha tenido que pasar hasta ser correspondido. A tu madre también la aparté de él y también me arrepiento de eso. Ella vio su interior desde el principio, advirtió cómo sufría al ser rechazado y quiso brindarle su*

*cariño. Pero yo se lo impedí, amenazándola con que si se acercaba a él a mí me perdería. Por mi culpa mi hermano se adentró más en ese ~~puto~~ ~~infierno~~ esa vida que llevaba, hasta que no supo cómo salir.*

*Por eso tienes que saber que soy una persona oscura que está podrida por dentro; de lo contrario, no me gustaría tanto el brillo que adquieren los ojos de la mujer que amo cuando la veo llorar. Me pierdo en sus iris cuando están húmedos, me encantan cuando se tornan oscuros y me quedo como ~~un~~ ~~gilipollas~~ hipnotizado viendo las lágrimas resbalar por sus mejillas. Cada vez que eso ocurre, solo quiero besarla. Y no por consolarla, es simplemente que la deseo con más fuerza. A estas alturas debes pensar que soy un perturbado. Yo también lo creo, porque ¿qué hombre que ama a una mujer actuaría así?*

*No te parezcas a mí, es lo único que te pido como padre. Todo lo que notes que has podido heredar de mi persona, deséchalo en cuanto asome. Aprende a ser tú misma. Toma como referente la figura de tu madre, o la que quieras tomar. Pero nunca la mía. Anula todo lo que te haga ser como yo.*

*Cuidala por mí.*

*Te quiero, mi princesa de ojos raros.*

Todas sus cartas comenzaban y concluían igual: un saludo en el que plasmaba todo su amor, una petición que él no podía cumplir a causa de la distancia y una referencia a la niñez de Rebeca. Se aseguraba de esa forma que nuestra hija supiese que no la había olvidado, parafraseando lo que ella decía sobre el color peculiar de sus ojos.

—Con estas palabras con las que te has descrito pretendes que tu hija vea lo peor de ti, sin ser consciente de que con ellas solo acabas mostrando lo mejor que tienes. —Suspiré—. Posees un corazón enorme, Samuel, y espero que algún día puedas verlo. No todo el mundo admite tan crudamente sus errores y eso te hace grande. Eso hace que te quiera más de lo que ya te quiero.

Besé la carta, como si ese beso fuera a recibirlo él, antes de guardarla con las otras.

—Aarón —lo llamé en voz bajita, tocándolo en el hombro—, ¿estás

despierto?

Se restregó los ojos con los puños y se giró en el asiento.

—Ahora sí, Ojos Azules, hace tres segundos, no.

No me importó.

—Acabo de leer la cuarta carta que escribió tu hermano, y ¿sabes qué? Que confiesa sus equivocaciones a la niña. Las asume, Aarón. Asume todo lo que os hizo a ti y a Rebeca. Y te quiere, lo ha dejado entrever varias veces. Solo quería que lo supieras, ahora puedes echarte a dormir de nuevo.

Su rostro se ensombreció al nombrar a la hermana que se negó a que formara parte de su vida. Se giró al frente, pero ya no fue capaz de cerrar los párpados.

Cogí el último sobre, datado con fecha del día anterior, y extraje la carta que había en él. Se me hizo un nudo en la garganta y sentí un profundo dolor mientras la desdoblaba, pues en ella estaban escritas las últimas palabras que leería de Samuel, al menos en mucho tiempo.

*Hola, princesa:*

*Hoy te escribo porque quiero compartir contigo lo que he sentido al tenerla frente a mí de nuevo. Hablo de tu madre, del único amor que he conocido y que conoceré. Se me ha parado el corazón cuando la he visto sentada en la mecedora de mi abuela y luego ha empezado a latirme tan rápido que pensé que se me saldría por la boca. Tus tíos la han acompañado hasta aquí, y no sabes cuánto me he alegrado de volver a verlos. Sí, he sentido una alegría bestial a pesar de que estaban hechos mierda polvo visitando la tumba de mi hermana.*

*Pero voy por partes, que si no te voy a liar. Lo primero que hemos hecho al encontrarnos ha sido discutir, y he disfrutado con ello. Mucho. Ya te dije que no estoy bien, que algo grave debe pasarle a mi cabeza. Pero es que tu madre hace que me sienta vivo, y es una sensación jodidamente muy buena. Le he contado los años pasados que viví en Castellón porque estaba celosa de Claudia. Eso también me ha gustado, porque el día que no sienta celos significará que he dejado de importarle.*

*Los tres se han ido a darse una ducha al hostel donde se han hospedado, por eso aprovecho para escribirte, aunque también es una*

*forma de aplacar el ansia que siento. Estoy deseando verla de nuevo, que conozca a Claudia y a Abel, que ellos la conozcan al fin y entiendan de una vez por todas por qué no puedo olvidarla.*

*Aarón y Darío han hablado conmigo mientras ella se despedía de mi hermana. Están cabreados porque no vuelvo a la Asunción. Han venido para eso, para convencerme de que regrese. Y ha sido duro negarme, lo reconozco. Mi hermano te ha nombrado mil veces, las mismas que Darío ha nombrado a tu madre. Todo para ablandarme, y no puedo permitírmelo. Ellos no me entienden, pero cuando rompí todas las promesas que hice ¿qué pasó? Que intentaron hacerle daño a la persona que más me importa, que eres tú. No puedo romper esta, Rebeca, porque si lo hago y algo te ocurriera no me lo perdonaría.*

*Cariño, voy a proponerle a tu madre una locura, pero es lo único que se me ocurre para no vivir separado de vosotras. No lo he meditado mucho, aunque con un poco de suerte no hará falta que te escriba ninguna carta más y pueda explicártelo todo a la cara.*

*Después te cuento, se me ha echado la hora encima.*

*¿Por qué vuelves a odiarme, princesa? ¿Por qué me niegas de nuevo tu cariño? Eso me ha dejado destrozado y, aun así, le he planteado que os vengáis a vivir conmigo. No me ha dado una contestación, aunque sé que lo va a pensar. Tampoco he dormido nada y estoy fundido, pero deseo que el tiempo vuele y verla a la hora de almorzar para que me diga qué ha decidido. Tengo la leve intuición de que dirá que sí. No sé por qué, pero me da en el corazón que ella va a aceptar esto. La quiero a mi lado. Quiero que vaya por ti y las dos dejéis la Asunción para que podamos empezar una vida juntos aquí, lejos de todos los recuerdos que me desgastan el alma. Porque no puedo vivir sin vosotras. No puedo. Y aunque sé que al principio me odiarás más de lo que ya me odias, siento decirte que estoy dispuesto a asumir eso con tal de teneros cerca. Yo haré que me quieras de nuevo.*

*Voy a darme una ducha; luego te comunico su decisión.*

*Solo espero no tener que enviarte nunca esta carta porque tú estés aquí conmigo.*

Ahí se cortaba el último escrito de Samuel; sin su petición de que me

cuidara; sin su despedida haciendo referencia a los ojos amarillos de nuestra hija.

Ya nunca sabría cómo la habría acabado. Yo conocía la respuesta a ese final, pero no cómo se lo habría tomado él.

Aparecieron a lo lejos las primeras luces de la ciudad y yo seguía llorando en silencio. Nos podríamos querer mucho, sin embargo, la vida se negaba a darnos una oportunidad a ambos.

### *Samuel*

—Abuela, ¿has visto unos sobres que había en la leja superior de mi armario?

—Los cogí yo.

Lo dijo como si nada, sin siquiera apartar la vista de la televisión. No me hizo ni puta gracia que cogiera las cartas que le escribía a Rebeca sin mi permiso, siendo lo único que me hacía sentirme cerca de ella.

—¿Y dónde los has puesto?

—En ningún lado.

Me acerqué a la mesita baja, agarré el mando de malas formas y apagué la tele.

—¿No los habrás tirado?

Arrugó el labio superior acentuando los surcos producidos por los años que había en él.

—¿Cómo piensas que voy a tirar a la basura lo que escribes a tu hija?

—¿Entonces?

—Se las di a Abril antes de que se marchara.

—¿Que hiciste qué?

—¿Es que además de tonto eres sordo? Ya me has oído.

Noté el súbito calor. Ese fuego que me recorría el cuerpo antes de estallar. La ira que me pasaba la vida intentando contener me subió por la garganta.

—¡Me cago en la puta! —grité—. ¿Cuándo vas a dejar de entrometerte

en mi jodida vida?

—Cuando me muera —contestó con una calma acojonante—. Lo que no tardará mucho en ocurrir. Y quizá ni así dejes de importarme y salga cada noche para decirte lo estúpido que eres.

—Abuela, joder, tengo veintiocho tacos...

—Veintiocho años y muy poco respeto a esta vieja —me cortó—. Pero, claro, esa palabra tú no la conoces.

—Cómo quieres que te respete cuando le has dado mis putas cartas a la madre de mi hija. —Mi voz era como un trueno—. Eran privadas. Mías. Personales. ¿Acaso conoces tú lo que significan esas palabras?

—He tenido que hacerlo, ya que tú eres, además de un cobarde, un perdedor que no lucha por lo que es suyo.

—¿Pero es que no entiendes que no sé hacerlas felices?, ¿que lo único que he hecho ha sido amargarles la vida? ¡Solo me quedaban esas jodidas cartas y se las has entregado a ella!

Dio un fuerte golpe a los brazos de madera de la mecedora con las palmas de sus manos.

—Esta es mi casa y no te permito una voz más. ¿Con quién te crees que estás hablando?, ¿con un perro? Aquí se acatan mis normas, y si no te gustan, ahí tienes la puerta.

—Lo siento, abuela —me lamenté arrepentido por perder de ese modo las formas con ella—. Lo siento, joder, lo siento. Tienes razón, tú no te mereces que te hable así.

—Ni Abril se merecía cómo te apartaste de su lado para luego ponerla entre la espada y la pared pidiéndole que lo dejara todo por un hombre que no mueve un dedo por ella. Ni comes ni dejas comer, Samuel Reyes.

Al llamarme de ese modo supe lo cabreada que estaba.

—Tienes razón de nuevo. Me olvidaré de esas cartas; de todas formas, nunca las habría enviado. Y me apartaré de ellas para siempre. Dejaré que rehagan sus vidas.

—Lo que yo diga: más estupidez no puede albergar ese enorme cuerpo tuyo ni aunque lo abonaras con fertilizante para idiotas. ¡Te fuiste más de cinco años y no te olvidó, borrico! Quizá para cuando logre hacerlo sea tan vieja que ya no pueda rehacer nada. Ni tú tampoco.

Encendí otra vez la televisión y me senté en silencio en el sofá mirando la pantalla. No, yo nunca sería capaz de rehacer mi vida, en eso mi abuela no se equivocaba.



Habían pasado tres semanas en las que me limité a respirar, estallando por cualquier mierda el tiempo que no estaba hundido en la amargura, cuando recibí la estocada que me remató.

—¿Cómo ha ido el día?

—Ha ido, abuela, solo ha ido.

—¿Y qué tal tu ánimo hoy?

—De cojones, ¿no me ves? —ironicé sobrepasando los límites.

La mirada que me dedicó dijo más que si me hubiera echado la bronca.

Me pasaba con ella, lo reconozco, pero es que no dejaba de inmiscuirse en todo y me tenía quemado.

Mi abuela no era de las que se mordían la lengua, en eso me parecía bastante a ella, y me tocaba las pelotas recordándome a diario lo tonto que había sido, lo infeliz que sería de por vida y el poco honor que le estaba haciendo a mi apellido por actuar como estaba actuando. ¡Y luego era yo el de mente cuadrículada! Trataba de ser paciente, de no faltarle al respeto, pero era una misión imposible, maldita sea. No dejaba de joderme hasta que me encerraba en mi habitación dando un portazo.

—Tú sigue hablándome de ese modo, así cuando me muera tendrás otro remordimiento con el que vivir; que parece que te guste coleccionarlos —farfulló por lo bajo.

—Te pido, por favor, que esta noche no me des la brasa. He tenido un día de perros y solo quiero darme una ducha, cenar algo y meterme en la cama.

Esa noche no tenía la moral para aguantar sus pullas. El día había ido de mal en peor. Por la mañana, el tío de los repartos puso mis nervios a prueba al extraviar uno de los pedidos, por lo que terminé amenazándolo con que, si no aparecía, no se iba a reconocer en un año cuando se mirara al espejo. Pero si la mañana había sido un asco, la tarde fue aún peor. Mandé a la mierda a un cliente de esos que te hablan con prepotencia solo porque están podridos de dinero, por lo que me puso una hoja de reclamaciones. Lo que no me explicaba era cómo, después de ver cómo la rellenaba, no hice que se la tragara.

De modo que no estaba para combates.

—Esta noche te dejaré tranquilo, que bastante tienes con esto. Toma.  
Alargó el brazo tendiéndome un sobre.

—¿Qué es?

—Una carta de Abril que ha llegado para ti.

Lo cogí y vi que tenía la solapa rasgada.

—¿La has leído?!

—¿Hace falta que te responda?

No me lo podía creer.

—Joder, abuela. Te juro que... que...

—¡No jures más, leñe! —me chilló—. ¡Que no sabes hacer nada más que juramentos de asno!

Le di la espalda y desaparecí en mi habitación.

—Maldita metomentodo —gruñí dejándome caer en la cama.

La ducha que a todas luces necesitaba y el poco apetito que tenía pasaron a un segundo lugar.

Me llevé el sobre a la nariz y aspiré con fuerza. Olía a ella, joder, a la colonia que Abril se ponía. Saqué la carta y la desplegué, alisando con la mano los dobleces. Tenía una bonita caligrafía: legible, redondeada y carente de tachones. Sonreí. Éramos diferentes hasta en eso, no había más que comparar cualquiera de mis cartas con la suya. Se notaba que ella había meditado con detenimiento qué escribir en aquel trozo de papel, mientras que yo, cuando lo hice, me limité a plasmar mis pensamientos conforme me venían a la cabeza.

Con esa estúpida sonrisa, comencé a leer.

*Hola, Samu:*

*Espero que ya no estés muy enfadado por cómo me fui y que no hagas pedazos esta carta en cuanto caiga en tus manos.*

*Imagino que a estas alturas sabrás que tu abuela me entregó los sobres destinados a Rebeca. Si no lo sabías y he sido yo quien te ha puesto al corriente, te ruego que no seas muy duro con ella. Lo hizo con su mejor intención. Te quiere muchísimo, no sé si serás capaz de apreciarlo. Y todo lo que hace, lo hace por ti. Dale un beso enorme de mi parte.*

*Leí tus cartas y no siento haberlo hecho, aunque no las escribieras*

*para mí. Las guardaré hasta que nuestra hija tenga edad suficiente para entenderlas.*

*Me he visto en la obligación de escribirte porque quiero calmar de algún modo tu alma, porque sufro al saber que estás sufriendo y porque ha llegado el momento de que pasemos página.*

Cerré los ojos con fuerza con esa frase haciendo eco en mi cabeza. De eso se trataba, ¿no?, de aceptar que teníamos que seguir adelante el uno sin el otro, de poder rehacer nuestras vidas. Entonces... ¿por qué me dolía tanto, joder? ¿Por qué esa puta frase me oprimía el pecho hasta el punto de sentir un dolor lacerante?

Respiré hondo y me centré de nuevo en las letras de aquel papel.

*Pero quédate tranquilo, que yo me encargaré de que Rebeca no olvide que tiene un padre y que ese padre eres tú.*

*Desde que volví a la Asunción, habiendo leído tus cartas en el camino, le hablo cada día un poquito de ti. No la presiono ni hago el esfuerzo de que me atienda, solo le voy dejando miguitas de pan. Y ¿sabes qué? Que lo que en un principio era reacia a escuchar, ahora parece llamar su curiosidad. No es que me haya dicho nada. Ni siquiera me ha preguntado, con lo preguntona que es ella. Pero me he dado cuenta de que ya no se va cuando saco el tema y eso significa que estamos progresando. También le he dicho que tiene una bisabuela muy anciana con el espíritu y la fortaleza de una mujer joven. Sí, acabé por confesarle qué me llevó a Castellón, y me dio la sensación de que lo sabía de algún modo. Se rio a carcajadas cuando le conté la de collejas que le dio a Aarón, y le dije que tú estabas allí porque alguien tenía que cuidarla. Creo que eso aflojó un poquito las barreras que ha creado alrededor de su corazón para no dejarte entrar en él. En el fondo no le he mentado, solo omití parte de la verdad, porque tú podrías haberte ido a cualquier parte y, sin embargo, estás allí con ella, por lo que en cierta forma la cuidas y le haces compañía.*

*Conforme Rebeca vaya queriendo saber, iré dándole más datos. Porque son muchos. Muchos. Aunque tú no quieras verlos. Y la inmensa*

*mayoría buenos, por más que te niegues a reconocerlo. Tú no te ves como yo te veo, tienes una imagen muy distorsionada de ti mismo. Sí, te pierden las formas, pero solo porque sientes con tanta intensidad que no sabes canalizarla. Yo sé por lo que has pasado en la vida, todo lo que has sufrido y todas las culpas con las que cargas, los errores que sin querer cometiste y los que aún cometes. Pero es que eres humano, Samuel, con todos los defectos y virtudes que esa palabra conlleva. Y justo te quiero tanto por ser así, porque yo he tenido la suerte de ver tu interior y he llegado a entender los sentimientos que te mueven. Das todo cuanto eres sin limitaciones, mostrándote tal cual, sincero por fuera y también por dentro. Eres muy grande y me encargaré de que tu hija lo sepa.*

Comencé a ver las palabras borrosas y tuve que parpadear y sorber un par de veces antes de continuar leyendo.

*Te echo de menos a cada minuto y no hay día que no me pregunte qué habría pasado de haberme quedado contigo en aquel lugar o de que tú hubieras vuelto conmigo a este. No me puedo permitir pensar mucho en ello, porque ahora entiendo cuando decías que me querías tanto que dolía. Siento lo mismo cada vez que pienso en ti, porque no he dejado de amarte. Por ese motivo, esta es la única carta que te escribiré. Por ti y por mí. Porque no es sano seguir atados de ningún modo y menos de este. Solo espero que con el tiempo este dolor que siento real se mitigue. Me hice a él una vez y sé que me haré de nuevo. Siempre estará ahí, pero con el paso de los años se aplacará y terminará por quemar menos. Lo mismo te pasará a ti, estoy segura de ello.*

*Cuídate e intenta ser feliz. Y procura rehacer tu vida, te lo mereces. Me duele darte este consejo, pero es como debe ser, lo que ambos hemos elegido. No podemos permitirnos anclarnos por más tiempo al pasado y eso los dos lo sabemos.*

*Haré que nuestra hija te quiera y se sienta orgullosa de ti. A cambio de esto, vive. Vive como tienes que vivir.*

*Adiós, Samuel. Que esta despedida que no tuvimos en su momento*

*te sirva para liberarte.*

*Abril*

Me restregué con fuerza el antebrazo por la cara e hice desaparecer las malditas lágrimas que había sido incapaz de contener. De lo que no me pude deshacer con tanta facilidad fue del dolor y la rabia, presintiendo que terminarían por enquistármese en el centro del pecho.

—Quizá tú puedas pasar página —gruñí a las letras que me miraban—, pero yo nunca podré, joder.

Con un rugido airado hice añicos la puta hoja para no verme tentado a leerla de nuevo. Lancé los pedacitos al aire y me tumbé con los brazos bajo la nuca, observando cómo los diminutos fragmentos de papel caían sobre mí.

No haría falta que le diera a mi abuela ese beso que Abril le enviaba con tanto cariño, ella misma lo habría cogido, como hacía con todo. Y ella también se encargaría de que lo que había escrito en la jodida carta que acababa de romper no se me olvidara.



—Soy yo.

—¿Qué coño quieres?

Bien, de puta madre, a ver cómo lograba capear el temporal.

—Solo hablar un rato, asegurarme de que todo está bien entre nosotros.

—Estamos a finales de octubre, gilipollas. Hace casi dos meses que no sabemos el uno del otro, así que nada está bien.

—Estaba demasiado enfadado para llamarte. No contigo... Bueno, también. En realidad, estoy cabreado con la vida.

—¿Cabreado tú?! Tiene gracia que digas eso cuando es lo que has elegido. Si te tuviera delante te partiría la cara por mierda.

—Joder, Aarón, pon un poco de tu parte, no des lugar a que esta sea la última vez que hablemos.

—¿Que yo ponga de mi parte?! ¡Manda cojones! ¿Acaso me preguntaste si yo quería esto? ¿Le preguntaste a Abril o a Rebeca? ¡Te fuiste cuando acababa de recuperarte, cuando tu hija por fin te había aceptado y cuando la mujer que decías querer te lo había perdonado todo! —me gritó a

través de la línea—. Y encima quieres que sea yo quien ponga de mi parte. ¿Y qué pones tú, cabrón egoísta? Te pasaste lo que nosotros queríamos por el forro de los huevos, como siempre has hecho. «No puedo romper mi promesa, no puedo romper mi promesa» —se burló—. Menuda gilipollez cuando ya no hay motivos para temer nada, cuando lo peor ha pasado.

—Tú no lo entiendes —dije entre dientes.

—¿Y tú?! ¿Lo entiendes tú?! —Vociferaba de tal forma que tuve que retirarme el auricular de la oreja—. ¿Sabes lo que creo? Que esa estúpida promesa solo es una excusa para esconderte porque estás acojonado.

—¿De qué coño se supone que me estoy escondiendo?

Aquello no iba bien. Si me decidí a llamarlo fue, además de por querer saber algo de Rebeca y de su madre, para mantener el vínculo que se había creado entre los dos, y el muy capullo lo estaba destrozando.

—Te escondes de todo porque no eres capaz de manejar nada. Te acojona lo que podría ser tu relación con Abril, ya que ella te echa pelotas y eso te hace sentir débil; y claro, ¿cómo se va a dejar debilitar el poderoso Samuel? —Él sí que estaba tocándome las pelotas con tanta ironía—. Y también estás cagado por tener que explicarte delante de una cría de cinco años. Por eso te escondes detrás de un pasado que los demás intentamos dejar atrás, porque prefieres actuar como un cobarde antes de enfrentarte a lo que puedes perder. Lo que no sabes es que con esta gran decisión que has tomado ya lo has perdido todo, idiota. —Fui a responderle y no me lo permitió—. ¿Y sabes otra cosa? Que la única que perdió todo y nunca tendrá la oportunidad de recuperar nada fue nuestra hermana. Nosotros sí la teníamos, pero te la acabaste cargando como haces con todo. —No tenía palabras para rebatirle aquello—. Haznos un favor a ambos. Haz de nuevo como que estoy muerto, no te costará mucho, y déjame en paz. Y déjalas en paz a ellas también. Rebeca casi te ha olvidado y Abril se está planteando darle una oportunidad al gilipollas de su compañero. ¿Te vale la información? —Un gruñido ronco brotó de mi pecho y él se echó a reír—. Ya veo que no te hace mucha gracia. ¡Pues te jodes! —gritó de nuevo—. No se te ocurra llamarme más, Samuel, porque no pienso cogerte el teléfono. Quédate en ese puto pueblo y olvídate de nosotros. En nuestras vidas, tú ya sobras.

Lo que oí a continuación fue el pitido intermitente al ser cortada la llamada. Apreté el auricular con fuerza, insultando a pleno pulmón a ese cabrón que ya no me escuchaba.



Los días trascurrían jodidamente lentos y las horas en la tienda de repuestos se me hacían interminables.

Abel y Claudia empezaron a preocuparse cuando todas las alternativas que proponían para sacarme de la rutina no causaban el mínimo entusiasmo en mí. Él incluso llegó a insistirme en que buscara a una chica guapa con la que echar un buen polvo. Ni de coña iba a hacerlo, estaba inapetente de cojones. Si ya no respondía ni a los comentarios afilados de mi abuela, menos respondería mi polla a alguien que no fuese Abril.

Todo comenzó a resbalarme: lo que pensaban los demás, cómo les iría a ellos en la barriada, incluso qué sería de mí en un futuro. Todo a la puta mierda.

Nada más abrir los ojos por las mañanas, no veía el momento de volver a cerrarlos. Pero no era un parásito y la vida avanzaba a pesar de mí, a pesar de que yo no lo hiciera a su ritmo. Así que me limitaba a currar como un robot, a malcomer cuando algo me entraba y a respirar porque era imposible no hacerlo.



—Tu hermano ha llamado —me informó mi abuela nada más poner un pie dentro de la casa.

—¿Y qué se cuenta? —pregunté por preguntar, ya que bien poco me importaba saberlo.

—No mucho, la verdad. Me da que esa chica, Carol, lo hace feliz. Creo que con esta va en serio.

Yo sabía que sí. Había sido testigo de su relación y de lo que había entre ellos.

—Me alegro por él —murmuré de camino a la cocina.

—Parece que a la niña le va bien el curso. Dice que sus notas son muy

buenas. ¡Ah!, se me olvidaba. También me ha comentado que su madre y un tal... ¿cómo me ha dicho? ¿«Cocinerillo»? —Frené en seco y respiré profundamente—. No, no, «cocinillas», así es como lo ha llamado. Pues eso, que Abril y ese chico se ven muy acaramelados. —Me giré furioso—. Es todo cuanto me ha podido contar antes de que tu tío se pusiera al teléfono.

—Lo haces para tocarme los huevos, ¿verdad?

—¡No quiera Dios que yo haga tal cosa a mi edad! —exclamó persignándose.

Estuve frente a ella en tres zancadas.

—No seas cínica conmigo, que nos conocemos. Los dos sabemos por qué me cuentas esto, y no es porque quieras ponerme al corriente de la feliz vida de mi hermano. Lo que pretendes es que me coman los demonios porque Abril está con otro tío.

Bajó la cabeza intentando ocultar una sonrisa demasiado evidente.

—Y dime. —Sacudió unas miguitas de pan de su falda—. ¿Te están comiendo esos demonios... —alzó la vista y me miró muy seria— o por fin decidirás ser tú quien te los comas a ellos?

Aquella noche apenas pude dormir, luchando contra esos demonios que mi abuela había invocado.



La cena que compartíamos era como la de cualquier otra noche, a excepción de la bebida con la que la acompañábamos. Ese era el único distintivo que nos recordaba la fecha que era.

Mi abuela estaba poco comunicativa, ya que en esos días señalados era más consciente de todos a los que había sobrevivido. Yo también estaba poco hablador, sumido en mis turbios pensamientos, unos que me descolocaban y ponían mis convicciones patas arriba cada vez con mayor fuerza.

Abel había telefoneado por si me apetecía tomar una copa después de la cena y yo me había negado al igual que en las demás ocasiones en las que me propuso un mínimo de diversión. Y es que no quería divertirme, joder. Ni poco ni mucho ni nada. Era otro método de autocastigarme y lo sabía, pero ya todo me sudaba la polla.

—Tu tío ha llamado y ha preguntado por ti.

Dejé el tenedor a un lado y apoyé los codos en la mesa.

—Vamos a tener la noche en paz, abuela.

—No te lo digo para molestarte. No esta vez.

Me desconcertó cómo se le fue apagando la voz, y sentí que el alma se me partía al advertir que le temblaba la barbilla y se le humedecían los ojos.

Sujeté su arrugada mano por encima de la mesa y la apreté con cariño.

—¿Qué te pasa, abu? ¿Por qué te pones así?

La llamé por el diminutivo que usaba de niño —el mismo que Aarón seguía utilizando— para mitigar su tristeza de algún modo.

—Porque es mi hijo, el único que me queda, y me muero de pena al escucharle tan afligido. —Cogió la servilleta con la mano libre para limpiarse unas lágrimas que habían acudido a sus párpados—. Tu tío te quiere, mi niño. Está sufriendo lo indecible por ti y tú no te has preocupado en llamarlo una sola vez en todo este tiempo. —Un sollozo le agitó el pecho—. Yo también te quiero mucho, Samuel. Más de lo que crees. Por eso te pido que vuelvas con él, que regreses a la Asunción de María y arregles tu vida. Me gustaría sentirme en paz antes de que la muerte me lleve, saber que estáis unidos y que sois felices. ¿Has pensado cómo voy a irme tranquila con Dios sabiendo que te dejo solo en el mundo?

—Joder, abuela, no me digas estas cosas, que no me tienes acostumbrado y haces que me sienta fatal —me lamenté escondiendo la cara entre las palmas de mis manos.

—Mírame. —Lo hice a través de las pestañas y un puño me estrujó las tripas al ver las lágrimas surcando sus mejillas ajadas—. Deja de pensar en ti y empieza a hacerlo en los demás. Piensa en tu tío, que te quiere como al hijo que nunca pudo tener. En tu hermano, que por desgracias de la vida nunca pudo llamarte como tal. Piensa en esa niña que se va a criar sin la protección de un padre y en esa mujer a la que tú mismo has empujado a los brazos de otro. Piensa en lo disgustada que estaría tu hermana si pudiera ver en lo que te has convertido. Y piensa en cómo vas a poder vivir si no cumples la última voluntad de esta vieja.

—Lo siento mucho, pero creo que tendré que cargar también con eso —susurré sintiéndome de lo más miserable.

Se levantó de la silla y, echándome la mirada más triste que jamás le había visto, arrastró los pies por el pasillo hasta llegar a su dormitorio.

Rellené mi copa con más champán, que ya estaba caliente, y fijé la vista

en las losas agrietadas de la cocina mientras daba vueltas a sus palabras.

—Mierda —mascullé—. Mierda, mierda, mierda.

Me encerré en mi habitación sin acabarme la cena de Nochebuena.

«Noche-¿buena? —pensé—. ¡Mis cojones!».

Caí con ropa y todo sobre la cama, me tapé la cabeza con la almohada y cerré los ojos.

*Me despertaron mis propios jadeos. Los párpados me pesaban, pero me obligué a abrirlos.*

*Mi habitación estaba sumida en una oscuridad absoluta, sin embargo, a ella la vi con total nitidez. Era como si su cuerpo emitiera luz desde dentro y perfilara con destellos el contorno de su silueta. Estaba desnuda sobre mi cama y con una mano acariciaba mi miembro. Por eso me había despertado. Había comenzado a excitarme estando dormido y ahora gemía con fuerza, con los testículos contraídos y los primeros calambres que precedían al orgasmo. Elevé la pelvis y ella aumentó el ritmo de su mano.*

*—No pares, nena, por favor.*

*Me corrí con un gruñido triunfal, respirando agitadamente mientras mi polla continuaba palpitando rodeada por sus dedos. La miré y sonreí. Estaba preciosa con el cabello revuelto y el colgante del Árbol de la vida que le regalé como único adorno en su cuerpo.*

*Ella me devolvió la sonrisa.*

*—Ojalá pudieras verte ahora mismo —dijo con dulzura—. Ojalá pudieras verte como yo te veo... —Entonces me vi a través de sus ojos y mi corazón se detuvo—, Sergio.*

Salí de aquella pesadilla gritando como un puto poseído, con el corazón en la garganta y los músculos temblando de la tensión. Miré mi entrepierna y vi que estaba húmeda. ¡Me había corrido en sueños, joder! ¡Me había corrido siendo el «cocinillas» de los cojones!

Fui al baño y me deshice de la ropa, soltando por mi boca todos los tacos que conocía.

Al regresar a mi habitación miré el reloj y ni me lo pensé.

—Claudia, necesito que hablemos.

—¿Samu?! ¡Oh, Dios! ¡Solo son las seis y media de la mañana! ¡Y es el día de Navidad!

Reí al oírla gimotear como a una niña. También pude escuchar claramente las maldiciones que farfullaba Abel a su lado, todas dirigidas a mí.

—Es urgente. Necesito una terapia de las tuyas.

—¡Aaarrggg! ¡Eres de lo que no hay!

—Lo sé y lo siento.

—Anda, vente y te invitamos a desayunar mientras me hablas de eso tan urgente que no puede esperar a una hora decente.

—En media hora estoy ahí. Vestíos, que no me quiero quedar traumatizado de por vida —bromeé sin muchas ganas.

—¿Tú traumatizado?! No me hagas reír. —Y me colgó.

Yo hice lo mismo y, sin perder tiempo, me puse en camino.



## 29. Concesiones

*Abril*

«Era Rodolfo un reno  
que tenía la nariz  
roja como la grana  
con un brillo singular...»

Rebeca daba saltitos y hacía palmas alrededor de la mesa mientras yo colocaba los cubiertos, canturreando una de las canciones navideñas que había aprendido en la escuela.

«... Todos sus compañeros

se reían sin parar  
y nuestro buen amigo  
triste y solo se quedó...»

En la última cena del año tendríamos a Agustín como invitado. Aarón iba a cenar en la casa de las gemelas, al igual que Ángel, y mi hermano no había consentido que el mecánico pasara esa noche solo, de modo que estuvo insistiéndole hasta que logró obtener un *sí* y ahora nuestra mesa estaba vestida para cuatro comensales.

«... Pero Navidad llegó  
y Santa Claus bajó  
y a Rodolfo lo eligió  
por su singular nariz...»

A cambio, Agustín se había ofrecido a llevarse a Rebeca a su casa después del brindis de rigor, tras las uvas, para que yo pudiese salir a celebrar la entrada del nuevo año junto con los demás. Junto con Sergio. Sergio... Cuántas diferencias encontraba entre él y Samuel, sobre todo en la forma de besar. No es que me desagradara; era un chico muy dulce y besaba de igual modo, sin embargo, lo único que despertaba en mí era un sentimiento de cariño que quedaba totalmente anulado si lo comparaba con lo que en su día me hizo sentir Samuel con solo susurrarme una palabra al oído con su áspera voz.

Había sido decisión mía darle una oportunidad a mi compañero, dármele a mí misma, y si no terminaba de cuajar era por mis reservas, que me habían impedido hasta la fecha llegar más allá de unos cuantos besos y unos pocos apretones. Tres veces había intentado Sergio, en los casi dos meses que

llevábamos siendo algo más que amigos, profundizar en la relación; las mismas que yo me había negado por miedo a que se rompiera la poca magia que existía entre nosotros. Y es que tenía la absoluta certeza de que en cuanto tuviéramos sexo se rompería. Él no era Samuel, por lo tanto, en la intimidad tampoco lo sería. Me aterraba la posibilidad de echarlo aún más de menos, de enfrentarme a sus, probablemente, opuestas formas de hacer el amor y llegar a la conclusión de que mi cuerpo lo añoraría de por vida al igual que lo hacía mi corazón. Lo seguía amando con toda mi alma y, aunque mi mente había aceptado nuestra separación, mi cuerpo aún se negaba a recibir otras caricias que no fueran las suyas. Pero alguna vez habría de pasar y tenía la corazonada de que sería esa noche. Sergio no tenía la culpa de lo que a mí me ocurría, se merecía una entrega total por mi parte, que luchara por una relación que se tambaleaba en sus cimientos y también que sus besos fueran los protagonistas de mi anhelo. Estaba desesperada al no conseguir ninguno de los propósitos que me había marcado en mi nueva vida. La sombra de Samuel siempre estaba ahí. Sobre mí. Frente a mí. Alrededor de mí. Analizando con sus ojos de pantera cada uno de mis movimientos. Me cabreaba actuar de esa manera cuando él seguramente ya se habría acostado con más de una; era algo imperativo en su temperamento visceral. Y yo no era siquiera capaz de entregarme a un hombre bueno que me trataba como a una reina.

«... Tirando del trineo  
fue Rodolfo sensación  
y desde aquel momento  
toda burla se acabó...»

Dos golpes secos sonaron en la puerta.

—Rebeca, ábrele a Agustín.

Salió disparada sin dejar de repetir esa cancioncilla. Al menos ella parecía feliz, y eso era lo que importaba.

«... Pero Navidad llegó  
y Santa Claus bajó  
y a Rodol...»

Su voz infantil, hasta el momento coreada por el repiquetear de vasos y platos que yo colocaba sobre la encimera, se interrumpió de súbito.

—Rebeca —la llamé.

Ni ella respondió ni escuché la puerta cerrarse.

—¿Rebeca?! —repetí con el pulso acelerado.

Nada, ni un leve murmullo.

Mi corazón amenazó con salirse del pecho cuando regresó a mi mente cómo Sebas se la había llevado meses atrás. Las rodillas me flaquearon y las manos comenzaron a temblarme tanto que las copas que sujetaba estuvieron a punto de hacerse añicos. Las dejé sin mucha delicadeza y salí corriendo mientras gritaba su nombre.

—¡Rebeca!

Frené en seco en el recibidor, contemplando la abertura de la puerta por la que se filtraba la luz de las farolas, y estrangulé un sollozo llevándome las manos a la boca.

Samu se hallaba parado bajo el dintel, ocupando con su enorme tamaño prácticamente todo el espacio. Sujetaba un abultado macuto en una mano y sus preciosos ojos dorados estaban puestos en la niña, que lo observaba con la boca abierta.

—Hola, princesa. —La voz le salió más ronca de lo común.

Trató de tragar el nudo que le oprimía la garganta, lo supe por el rítmico movimiento de su nuez. Un deslizar casi hipnótico que siempre me había fascinado y que en esa ocasión tuvo la misma influencia.

—¡Eres tú! —Rebeca resbaló los dedos tímidamente por su musculoso muslo como para verificar que la vista no la engañaba—. ¿Vienes a jugar otra vez conmigo?

Ella no pudo contener el entusiasmo. Por mucho que se lo negara a sí misma, lo quería, lo había echado de menos y necesitaba tanto como yo su presencia física y continua. Necesitaba tanto como él tener su propia familia.

—Samu —pude pronunciar al fin.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, todos los sentimientos y emociones que había tratado de enterrar en un lugar arrinconado en mi pecho me golpearon a la vez.

—Buenas noches, Abril.

Advertí que estaba algo más delgado, lo que no le restaba atractivo a su imponente físico. También me percaté de las sombras oscuras bajos sus ojos y de la barba descuidada, de un par de días, que lo hacía parecer más joven. Y así, sin más, volví a enamorarme de él.

Rompió el contacto visual al dirigir sus pupilas tras de mí.

—Me alegro de verte, tío.

Volví la cara y descubrí a Darío tan sorprendido como lo estábamos nosotras. Pero mi hermano siempre había sabido cómo manejar a Samuel y qué palabras usar con él según la situación.

—¡Joder...! ¡Estás aquí! Pasa, pasa, no te quedes en la puerta.

Samu dejó el macuto en una esquina y no hubo dado ni dos pasos al interior cuando Darío ya lo tenía abrazado.

—¡Cómo me alegro de tu vuelta! —El entusiasmo impregnaba cada una de sus palabras mientras que a mí la lengua se me había hecho estopa dentro de la boca—. Abril —reclamó mi atención sin mirarme—, pon un cubierto más; Samu se queda a cenar.

No había opción a negativas por ninguna de las partes, así que giré sobre los talones y guie mis pasos a la cocina.

Tuve que apoyarme contra la encimera para controlar mi respiración si no quería terminar de bruces en el suelo.

—¿Y ahora qué? —susurré angustiada.

Las preguntas pasaban por mi mente a una velocidad demencial. ¿Qué hacía en la Asunción? ¿Por qué había regresado? ¿Cuánto se quedaría esa vez? Y la que más me horrorizaba. ¿Cómo iba a continuar con mis planes con Sergio cuando tenía allí a Samu en carne y hueso?

Llamaron de nuevo a la puerta y al instante llegó a mis oídos la conmovida voz de Agustín.

Me entretuve en darles forma a las servilletas, en abrillantar con un paño la cristalería y en recolocar los cubiertos en la mesa mientras ellos se ponían al día ante la mirada expectante de Rebeca, que no se perdía detalle.

Lo poco que captaba de la conversación, por tanto ir y venir del salón a la cocina, no resolvía ninguna de mis dudas, sino que a estas se sumaron otras altamente dolorosas.

—Entonces ha sido ella la que se ha hartado de ti. —No fue una pregunta.

—Ya sabes cómo es, Agustín, prácticamente me ha echado a patadas.

—Ya imagino, muchacho, ya imagino.

Comentaban entre risas el fuerte temperamento de la abuela Reyes, apreciándose claramente la nota de cariño que ambos otorgaban a sus voces al hablar de la mujer que les unía como familia. Yo, en cambio, no sonreía. Me decepcionaba la idea de que si, como parecía, la anciana había terminado cansándose de él, solo hubiese vuelto por no tener más sitio al que ir. Sí, era decepcionante, frustrante y humillante tratar de convencer a un corazón que había vuelto a latir desahogado que Samuel no había regresado por mí.

La cena me estaba resultando de lo más incómoda. Bueno, a él quizá un poco también, ya que cada vez que nuestras miradas se cruzaban y comenzaban a elevarse las comisuras de sus labios, yo apartaba los ojos, centrando mi atención en Rebeca o en el cordero que con tanto esmero había preparado y que ahora no me sabía a nada.

Nos concentrábamos delante del televisor a la espera de que las agujas del reloj marcaran las doce en punto y sonaran las campanadas. Darío y Samu se comportaban igual que siempre, bromeando con tal grado de complicidad que me sentía excluida en mi propia casa. A Agustín no se le borraba la sonrisa de los labios y dejaba ir de vez en cuando una carcajada cuando su sobrino decía algo de su madre o resoplaba por cualquier nimiedad que no le agradaba. Y mi hija... Mi hija estaba embelesada con él, incluso me atrevería a asegurar que maquinaba un acercamiento. Yo, sin embargo, me limitaba a observarlo cuando sabía que no me miraba, a suspirar cuando aparecían sus preciosos hoyuelos marcados y a contenerme para no lanzarme a sus brazos y comérmelo a besos.

—Venga, princesa, que está a punto de empezar. Y ya sabes, cuando termines los doce Lacasitos, pides un deseo.

—Vale, papi —contestó sin más.

Por un instante la estancia se sumió en el más absoluto silencio, solamente roto por las voces de los presentadores que surgían del televisor.

Ojalá las cosas fueran tan sencillas para los demás como lo eran para ella, que los adultos gozáramos de esa capacidad de olvidar y perdonar que hacía tan grandes a los niños. Ojalá el dolor en la madurez pasara de largo con la facilidad con la que pasaba en la infancia.

—Feliz Año Nuevo. —Me estremecí al contacto de su barba incipiente

cuando dejó un fugaz beso en mi mejilla.

—Feliz Año, Samu —musité apretando los párpados.

Estaba perdida. Su olor. El calor que emanaba de su piel. El espacio que su cuerpo ocupaba, dejándome sin oxígeno. Y ese dulce beso. ¡Oh, Dios! ¡Los besos de Samuel! Nos miramos unos segundos y me pareció ver toda nuestra vida cruzar por sus iris dorados.

De nuevo fui la primera en apartar la vista.

—¿Has pedido tu deseo?

—Sí, tío Darío, y se va a cumplir.



Era cerca de la una de la madrugada cuando nos dirigíamos al *pub*.

Nada más hacer el brindis y felicitarnos el año, Agustín y Samuel se llevaron a Rebeca. Ella le había ofrecido la mano a su padre y él la envolvió entre sus dedos con aparente normalidad, pero yo pude ver el brillo de optimismo que despidieron sus ojos. Unos ojos que durante un tiempo parecieron no tener vida.

Darío le había insistido en que se nos uniera a la fiesta, a lo que él había rehusado argumentando que estaba cansado del viaje. Yo, la verdad, preferí que así fuera, dado que su compañía solo serviría para dificultarme las cosas.

—Y ahora ¿qué vas a hacer?

Caminábamos con el estruendo de los cohetes como sintonía de fondo cuando mi hermano me sacó de mis pensamientos. Sabía a qué se refería con aquella pregunta y no me anduve con rodeos a la hora de contestarla.

—Lo que he estado haciendo hasta el día de hoy: hablarle bien a Rebeca de su padre para que lo acepte mientras yo termino de aceptar que él salió de mi vida.

—Pero ha vuelto y eso lo cambia todo.

—No, Darío, no cambia nada, solo lo referente a la niña. Sus razones tendrá para haber regresado, no te lo discuto, aunque ninguna de ellas tiene que ver conmigo.

—Eres estúpida si piensas eso. —Una sonrisa ladeada le desfiguró la cara.

—Me estoy dando una oportunidad con Sergio —lo corté antes de que continuara—. Su vuelta no cambia nada. Al menos para mí.

Escuché que se carcajeaba por lo bajo, lo que me puso furiosa. A mi hermano no le gustaba mi actual pareja y tampoco hacía por esconderlo. No

era por nada en concreto, simplemente se trataba de que Darío era incapaz de aceptar que Sergio ocupase en mi vida el lugar que él creía que pertenecía a Samuel.

—Tú di lo que quieras, pero él está aquí. Será divertido ver cómo pone cada cosa en su lugar. —Agarró mi brazo, haciendo que me detuviera, y me miró fijamente—. Y será divertido porque lo hará a su manera. —Sus ojos azules oscuros adquirieron un brillo malicioso—. Esa imagen de tío apacible que ha mostrado esta noche no se la cree ni él. Por eso va a ser la hostia de divertido ver salir al exterior al auténtico Samuel.

### *Samuel*

No tuve ocasión de hablar ni dos minutos con Rebeca; fue poner los pies en casa de mi tío y quedarse profundamente dormida, por lo que me vi obligado a aplazar para un mejor momento la explicación que creía deberle.

Al contrario que ella, yo era incapaz de cerrar un maldito ojo aun estando rendido tras el viaje, así que me tumbé en el sofá, fijé la vista en el techo y me puse a pensar en Abril.

Nada más llegar a la barriada había ido directo a casa de Darío con un único propósito: averiguar cómo estaban las cosas para saber cuáles eran mis posibilidades. La actitud cercana de mi hija me había subido el ánimo de un modo brutal, aunque no podía decir lo mismo de su madre, que había estado distante de cojones dejándome claro que su relación con ese tío iba en serio.

No sabía si era más feliz con él de lo que en su día lo fue conmigo. Tampoco en qué punto estaban, si en los comienzos, o ya tendrían elaborado algún proyecto de futuro en común. Solo de imaginarlos juntos me llevaban los demonios; más si tenía en cuenta que de un modo u otro yo había provocado aquello. Necesitaba todas las respuestas para poder actuar en consecuencia. Necesitaba con urgencia hablar con Abril, joder. Porque esta vez no iba a permitir que se me fuera la cabeza, no pensaba dejarme arrastrar por mis impulsos. No, no estaba dispuesto a meter la pata de nuevo; si ella lo elegía a él, yo me retiraría sin armar bronca. Sí, eso es lo que haría, apartarme

de su camino y dejar que rehiciera su vida.

Continuaba dándole vueltas a toda esa mierda cuando escuché la cerradura de la puerta. Aarón entró al salón y se quedó paralizado al verme tirado en el sofá cuan largo era. Agitó la cabeza, como despejándose, y volvió a clavar sus ojos en mí.

—Quita esa cara de gilipollas —dije a modo de saludo.

No sé qué cojones me esperaba de él, pero lo que hizo desde luego que no. Sus labios fueron estirándose hasta tomar la forma de una sonrisa. Una sonrisa tras la que se ocultaba mucho más que esa aparente alegría superficial.

—Ya estaba empezando a dudar de si habría funcionado.

Arqueeé las cejas totalmente descolocado.

—¿De qué hablas?

—Da igual. Venga, levántate que te vienes conmigo.

—¿Y puede saberse adónde?

—Después de todo voy a tener que dar gracias a las drogas —murmuró para sí, pasando de contestar mi pregunta.

—¿Qué drogas? —Los latidos se me dispararon con solo pensar que hubiese recaído—. ¿Qué coño insinúas, Aarón?

—Que no te dé un infarto, que estoy limpio. Solo he olvidado la cartera y he venido todo el camino cagándome en mi puta cabeza y en la puta adicción que se cargó a la mitad de mis neuronas. ¡Y te encuentro aquí! —Abrió los brazos—. ¡Qué jodida suerte!

—Sí que te faltan neuronas, sí —admití—. Lo normal sería, después de la última conversación que mantuvimos, que no te alegrara tanto verme. Lo normal al menos para alguien con un mínimo de cerebro.

—Pero cómo puedes ser tan capullo —farfulló—. Todo lo que dije fue para hacerte reaccionar, aunque pensé que sería mucho antes. —Achiqué los ojos, confundido—. ¡Venga ya, Samuel, no me seas idiota! A ti hay que golpearte con verdades, no con puños. Hay que darte donde más te duele, que es en el interior del pecho y no en la carne. Y hay que tocarte los huevos para que saques el carácter que intentas esconder. Tú no vas a cambiar, gilipollas, y eso me lo ponía muy fácil. ¿Por qué no me dices qué has hecho en estos meses? ¡Anda, sorpréndeme! Dime que has vivido de cojones sin darle vueltas a la cabeza. Dime que todo lo que te dije no te afectó en nada. ¡Vamos, tío, que es para hoy! —insistió—. Dime que solo has venido de visita.

¡Pero qué hijo de puta era! Aquellas palabras que me escupió al teléfono y su enfado descomunal solo habían sido una treta.

—He estado muerto —reconocí. Esa era la verdad y mi jodida persona se negó a disfrazarla.

—Lo sabía —aulló victorioso—. Y me alegro, joder. Cómo me alegro. Venga, levanta el culo que nos vamos de fiesta. ¡Una entrada de año cojonuda! —gritó avanzando por el pasillo en busca de su oportuna cartera olvidada.



Las pajaritas y los ajustados vestidos de tejidos brillantes fueron el primer indicador visible que me recordó la fecha que se celebraba en cuanto puse un pie en el interior del *pub*.

Eché una ojeada a mi ropa con una mueca de disgusto. Ni me había molestado en cambiarme para ir acorde con la jodida fiesta y había acudido en vaqueros, los más viejos que tenía, y un jersey fino de lana negro. «A la mierda», pensé. Lo cierto era que me sudaba la polla ser la nota discordante.

Aún no tenía claro qué me había empujado a levantarme del sofá y seguir a mi hermano cuando sabía lo que me iba a encontrar allí: a Abril acaramelada con el «cocinillas». Una parte de mí, muy pequeña, se alegró de que Darío no tuviera pareja, así al menos tendría con quien pasar el rato sin verme en la necesidad de matar a nadie.

La primera en verme fue Marta, que se abalanzó a mi cuello sin pensárselo.

—¡Oh, Samu, estás aquí! —La apreté contra mi cuerpo de lo contento que estaba de verla, mucho más de lo que jamás habría imaginado—. No me lo creía cuando lo dijo Darío. Pero es verdad, has vuelto con nosotros.

—Yo también me alegro de verte, pelirroja —le dije al oído, sonriendo—. ¿Y el capullo de tu novio?

—Ha ido por una copa a la barra. Sigue queriendo asesinarte, ¿sabes? Aunque sé que en cuanto te tenga enfrente solo podrá abrazarte.

—Preferiría lo primero, no me fío de sus muestras de cariño. —Adopté una expresión sobria—. Ya una vez intentó sobrepasarse conmigo. Me metió mano por debajo de una mesa, en el bar de Paco, delante de todo el mundo. —Su boca dibujó una «o» perfecta y tuve que echarme a reír—. Estoy de coña, Marta.

—¿Tengo motivos para ponerme celosa? —Ladeó la cabeza y arrugó la

nariz.

—No lo creo. Mis piernas no son tan bonitas como las tuyas.

—Tampoco te has puesto nunca faldas para poder compararlas.

Reí con su salida.

Qué dulce era, joder. Hasta fingiendo estar molesta su voz era como una caricia. No me explicaba qué veía en Ángel. Pero qué coño iba a saber yo cuando no entendía lo que Abril había visto en mí.

—Feliz Año, cuñado odioso.

Amplíe la sonrisa al darme la vuelta.

—Feliz Año, pelirroja diabólica.

Le pasé un brazo por los hombros y la atraje hacia mí.

—Eres un gilipollas. El más gilipollas entre todos los gilipollas.

—Me alegra comprobar que no has cambiado.

Pensé que Carol se ponía de puntillas para darme un beso y me incliné un poco yendo a su encuentro. Lo que hizo fue morderme la mejilla. Un mordisco cariñoso, eso sí. Su forma de darme la bienvenida.

—¡Eh, tú! Confianzas las justas —de un tirón mi hermano la separó de mí—, que seguro que hace tiempo que no mojas y mi pelirrojilla está muy follable.

—Eres un cerdo asqueroso.

La mirada furibunda que Carol le echó a mí me habría acojonado, en cambio, en él tuvo el efecto contrario.

Se mordió el labio inferior y cerró los ojos.

—Es que estás tremenda, joder, y mi hermano es un hombre necesitado.

—¿Y qué sabes tú de sus necesidades?

—Su lenguaje corporal lo grita, Carol. —Se enredó un rizo rojo en el dedo y tiró de él hasta alcanzar su boca.

Aarón tenía razón. No en eso, desde luego. Podía estar necesitado, pero no hasta el punto de tirarle los trastos a su chica. En lo que había acertado de lleno era en lo que dijo de mi personalidad en casa de Agustín antes de salir. El tiempo no nos había cambiado, ni a ellos ni a mí. Todo seguía igual que cuando me fui. Todo, excepto Abril.

El golpe en la espalda vino sin esperármelo; al instante, una zarpa me agarró por la nuca y se apretó alrededor de mi cuello.

—¿Cara o cruz? —gruñó Ángel junto a mi oído.

—¿Qué gano si elijo cara y qué si es cruz?

—Tú nada, puto loco. El que gana algo soy yo. Si eliges cara, te la

reviento, y si eliges cruz... te la reviento igualmente.

Curvé la boca hacia un lado.

—Pues elijo canto, así nos ahorramos que seas tú quien termine con la cara echada abajo.

Abrazándome por detrás, me elevó del suelo un par de segundos, lo que no era tarea fácil. En cuanto estuve otra vez en tierra firme, hizo que me girara y, sujetándome la cara con fuerza, pegó su frente a la mía.

—Te he echado de menos, cabrón. Mucho.

—Apesta a alcohol.

—Te jodes.

Fijé mis ojos en los de Ángel como si mi vida dependiera de ese contacto. Solo vi aceptación en los suyos. No había el más leve indicio de reproche.

—Yo también te he echado de menos, tío.

Fue como una especie de bálsamo sentirme rodeado por ellos. Los necesitaba, joder. Necesitaba tenerlos cerca y que todo volviera a tener sentido.

Darío se acercó a la barra cuando me tomaba la segunda y última copa, ya que tenía pensado largarme de allí apenas me la acabara. Los demás se habían ido dispersando poco a poco hasta reunirse de nuevo en el otro extremo del local, donde se encontraba Abril con el puto «cocinillas». Nuestras miradas se habían cruzado un par de veces, pero ella había apartado rápidamente la suya para centrarla en su acompañante, dejándome claro que mi presencia le sobraba. Por ese *pequeño* detalle preferí quedarme en la otra punta, aislado entre tanta gente, solo en medio de la multitud. Porque era más fácil ignorar mis sentimientos si no la tenía cerca y más seguro para ellos si me mantenía a distancia. Y es que dolía, maldita sea. Dolía verme desplazado de lo único que me importaba.

Miré a Darío, que apoyaba los codos en la superficie de madera y fijaba su atención en las botellas apiladas que había frente a nosotros. Él tampoco estaba en su ambiente, se veía tan aburrido y quemado del jodido mundo como lo estaba yo. Aunque lo suyo no era lógico. Mi actitud se podía definir como normal teniendo en cuenta que la mujer que amaba no quería saber nada de mí; en cambio, su inapetencia por todo iba más allá y lo más triste era que se negaba a sí mismo un mínimo de felicidad aun teniéndola al alcance de la mano.

—Aquella chica no te quita ojo —lo informé con la intención de hacerle

reaccionar—. ¿Por qué no la invitas a algo?

Giró la cabeza hacia donde yo señalaba.

—Paso.

—¡Venga ya, tío! Haz por vivir. En algún momento tendrás que pasar página.

—Estoy harto de escuchar esa frase, ¿sabes? Todo el mundo quiere pasar página. Todos queréis seguir adelante. Pues yo no, joder, así que ahórrate un discurso al que no voy a hacer puto caso.

Asentí y seguimos bebiendo, escuchando las risas, la música y el jaleo que nos rodeaba.

—¿Tú también vas a hacerlo? —preguntó de pronto.

—¿Hacer qué?

—Pasar página. ¿Vas a permitir que te marquen el camino?

Apreté los dientes hasta que rechinaron.

—Tu hermana ya ha elegido su camino.

—No le dejaste otra opción. Tú marcaste sus pasos y ahora ese tío al que se ha emperrado en dar una oportunidad marcará los tuyos.

—¿Qué te ha hecho Sergio?, ¿por qué te cae tan mal?

Me miró con la frente arrugada.

—¡A mí no me cae mal, joder! Ese pobre idiota no me ha hecho nada.

—¿Entonces?

—Lo que pasa es que Abril no es feliz con él y nunca lo será. Tampoco podrá hacerlo feliz por mucho que se esfuerce en intentarlo, y ninguna persona merece ser el segundo plato de nadie. ¿Por qué crees si no que, aunque me haya liado con alguna que otra tía, no he ido más allá? Porque sería injusto no dárselo todo, no entregarme al cien por cien o estar pensando en otra mientras estemos follando. —Le dio un sorbo a su copa—. Pero eso tú ya lo sabes, conoces la sensación de la que te hablo. —Sí que la conocía. Había convivido con ella unos cuantos años—. La diferencia entre nosotros es que tú aún puedes hacer que eso cambie. Yo perdí cualquier esperanza hace mucho. Hace justo seis años, tres meses y dieciséis días.

El pecho se me partió en dos. Él jamás superaría la muerte de mi hermana.

—Tienes que hacer algo, tío —le aconsejé de corazón—. Tienes que abrirte a otras personas. A mí también me duele mucho, no hay día que no me acuerde de Rebeca. Pero la vida está ahí y tienes que pelearte con ella. Tienes que ganar esta batalla, Darío.

En los siguientes minutos no dijo nada. No se movió. No reaccionó. Solo me observó como queriendo desgranarme la mente.

—Cuando vea que tú peleas por la tuya y dejas de comportarte como el hombre dócil que no eres, quizá entonces me lo replantee y luche por la mía. Mientras no, Samu. No voy a abrirme a otras personas y abandonarlas a ellas. No hasta que tú ocupes el lugar que ahora ocupó yo, porque me niego a que sea Sergio quien lo haga sabiendo que mi hermana jamás será feliz a su lado. —Acercó su cara a la mía, mirándome a los ojos con dureza—. Nunca te ha detenido nada ni nadie a la hora de conseguir lo que querías, y nunca, hasta esta noche, te he tenido por un cobarde que acepta con agrado la mierda que le ofrece la vida.

Clavé mis pupilas iracundas en su nuca cuando me dio la espalda, dejándome con la palabra en la boca.

—Eres un hijo de puta —siseé por lo bajo viendo cómo se camuflaba con parsimonia entre la gente después de haber pisoteado la poca dignidad que me quedaba—. Me cago en la facilidad que tienes de removerme todo por dentro. —Apreté el vaso con tanta fuerza que me estalló entre los dedos—. Y me cago en mi vida por dejar que lo que has dicho me afecte como lo ha hecho.

Sacudí la mano, desprendiéndome de los restos de vidrio que habían quedado adheridos a mi palma, y centré la vista en el lugar donde se reunían.

—Estoy hasta la polla de que me llaméis cobarde —me dirigí esta vez a todos aun sabiendo que no podían escucharme—. Harto de luchar contra lo que no puedo ni quiero. Quemado de tener que cargar con tantas culpas. ¿Quieres una demostración de lo que soy, Darío? Pues por mis cojones que vas a tenerla, a ver si luego eres capaz de cumplir tus palabras.

Me abrí paso entre aquella jauría concentrado en ella y en lo que iba a hacer. Si se creía que la última palabra ya estaba dicha iba a dejarle claro que se equivocaba. ¡Joder si se equivocaba!

—¿Nos perdonas un momento?

Agarrándola por el brazo, la arrastré conmigo sin pararme a ver la cara que se le había quedado a Sergio.

—Pero ¿qué haces, Samu?

—Creo que está claro.

Abril se opuso tirando hacia atrás, ayudándose de los tacones, que clavaba con firmeza al suelo con el tal de conseguir una mayor resistencia. La pena para ella era que a fuerza bruta no me podía.

—Suéltame ahora mismo, pedazo de animal con piernas.

No pude evitar que mis labios se curvaran al escucharla. Parecerá de locos, pero fue gratificante que me dedicara uno de sus insultos infantiles, porque eso solo podía significar que no le era tan indiferente como quería hacerme creer.

Reconozco que mi tacto era nulo y que poco me importaba dar la nota si eso me proporcionaba una respuesta por su parte, por hostil que fuese. Pero es que se trataba de ella, maldita sea, y nada de lo que hiciera me dejaba indiferente.

Había sido un auténtico imbécil al pensar que la situación no me sobrepasaría, que sería capaz de manejarla y que podría verla con otro tío y soportarlo. Qué estúpido, joder. Darío tan solo había tenido que presionarme un poco para echar por tierra mis argumentos y mis buenas intenciones. Ellos me conocían, estaban en lo cierto cuando afirmaban que yo no iba a cambiar, y ya no pensaba guardarme por más tiempo lo mucho que la quería ni cuánto la necesitaba en mi vida. Iba a escuchar por qué había vuelto a Las Viviendas de Papel, así tuviera que cargármela al hombro para sacarla de allí.

—Venga, camina —la insté tirando de su brazo de nuevo.

—He dicho que me sueltes, cromañón.

Maldije en todos los idiomas cuando hundió el jodido tacón de su zapato en el empeine de mi pie con todas sus fuerzas, que del cabreo que tenía no fueron pocas.

Las carcajadas de Ángel y mi hermano sonaron a nuestras espaldas, y no me hizo falta volverme para saber que Darío también se reía. No porque les hiciera gracia que me comportara como un auténtico cromañón como decía ella, no. De lo que se descojonaban, los muy cabrones, era de ver las pelotas que Abril me echaba; pelotas que, por cierto, a mí me pusieron cachondo. Y de qué manera.

—No pienso soltarte —gruñí junto a su oído—. Conque deja de intentar destrozarme el puto pie ya que no te va a servir de nada.

—¡Te doy dos segundos para que me sueltes, Samuel Reyes!

—Ni de coña —rugí empujando la hoja oscilante de la puerta con una mano al tiempo que con la otra tiraba de ella.

—¡Que me sueltes de una vez, hijo de puta!

El furioso aullido hizo eco en la solitaria calle.

—Nena, si te suelto ahora, tu culo termina en el suelo.

Paré la bofetada a tiempo, sujetándole la muñeca con la mano libre, y

alcé una ceja con prepotencia.

—¡Borra esa sonrisa guasona de la cara! —chilló otra vez—. No tiene gracia, Samuel. No tiene ninguna gracia cómo haces las cosas.

—¿Te he dicho alguna vez que me pone una burrada que saques ese carácter? —Sonreí como un lunático—. Sí que lo he hecho, ¿verdad?

Le coloqué los brazos tras la espalda y la pegué a mi pecho.

—Estás enfermo. —Negó con la cabeza, no dando crédito—. Si lo que quieres es hablar, hay otros modos de hacerlo. No a lo bestia. No obligándome. No dejando cortado a Sergio

—La otra forma de hacerlo que se me ha pasado por la cabeza te habría hecho menos gracia, créeme. —Imaginé la cara que hubiese puesto de habérmela cargado al hombro en mitad del *pub*—. ¿Qué significa el «cocinillas» para ti?

—No lo llames así —siseó.

Arrugué el ceño ante su tono afilado.

—Mucho lo defiendes para la mierda que he visto que hay entre vosotros. Ahí dentro no habéis demostrado tener nada. No ha habido un puto beso. Ni una jodida muestra de cariño —gruñí por lo bajo—. Así que dime qué significa ese tío para ti, porque necesito saberlo.

—No me da la gana. Y no te acerques más.

Instintivamente me había inclinado hacia adelante obligándola a que ella lo hiciera hacia atrás. Hasta que no lo dijo no fui consciente de que el arco creado por su espalda hacía que una zona muy concreta de su cuerpo contactara con mi entrepierna. De inmediato sentí un tirón en la ingle que me hizo cerrar los ojos con fuerza.

—Cómo te deseo en este momento —dije más para mí que por hacérselo saber—. Ni te imaginas la falta que me haces.

Intentó separarse y no se lo permití. La sujeté firmemente, apretándome más a ella.

—Rompiste con todo —balbuceó con voz estrangulada—. Rompiste conmigo. No puedes aparecer de pronto y hacer las cosas como te plazcan, sin darme una explicación de por qué has vuelto, sin dar señales de vida en todos estos meses y sin saber qué pasa por tu maldita cabeza para que te comportes así.

—Tú pasas, Abril. Siempre estás en ella —confesé desesperado—. Te daré tantas explicaciones como me pidas, pero después.

—¿Después de qué?

—De besarte. Porque voy a hacerlo...

—No te acerques, Samu.

—... ahora mismo.

Puse fin a la poca distancia que me separaba de su boca y me estrellé contra ella. Experimenté el subidón al momento, notando cómo cada molécula de mi cuerpo gritaba al volver a la vida. Ella decía, lo poco que la dejaba entre beso y beso, que no podíamos hacerle eso a Sergio, que no podía imponerme de esa manera. No la escuché. No podía, joder. Estaba encadenado a su sabor, a los movimientos de sus labios susurrantes sobre los míos mientras trataba de hacerme entender cosas que no me importaban.

Me detuve al ver que no dejaba de murmurar angustiada.

—Dime que ya no sientes nada por mí y que estás empezando a sentir algo por él. Dímelo y te soltaré.

Clavé mis pupilas en las suyas. Abril me miró con pena, aflojó los miembros de su cuerpo y cerró fuertemente los párpados.

—Aún no puedo decirlo. Necesito más tiempo para...

—Con eso me vale.

Volví a precipitarme contra su boca, esa vez con exigencia, con absoluta determinación, buscando la respuesta que quería de ella. Mis brazos la aprisionaron, mi cuerpo se solapó al suyo queriendo sentirla por todas partes y mi lengua no le dio tregua ni para tomar aire. Vivo, así me hacía sentir. La había echado tanto de menos que no me di cuenta de que le estaba haciendo daño hasta que no escuché el gemido de dolor. Me quedé paralizado, respirando pesadamente contra su boca. Aflojé la fuerza de mis brazos y subí una de mis manos por su espalda hasta rozarle la nuca con la yema de los dedos. Abril me miró con intensidad, respirando superficialmente, con rapidez. Sentía el frenético bombear de su corazón contra mi estómago y el vestido que llevaba se ajustaba tanto a sus curvas y era de un tejido tan fino, que fue inevitable cómo respondió mi cuerpo. Y es que la deseaba como nunca la había deseado. Pero me obligué a contenerme porque sabía que, si forzaba más la situación, después lo lamentaría aún más de lo que ya lo lamentaba.

Pegué mi frente a la suya y cerré los ojos.

—Lo siento, nena. Siento comportarme como un animal cuando quiero tenerte. Siento imponerme de este modo.

—Pues no lo hagas —susurró con impotencia—. No te dejes arrastrar por tus impulsos sabiendo que luego vas a arrepentirte.

Tenía razón, joder. Mi modo de actuar había sido de todo menos racional.

—Pensé que podía manejar la situación, que soportaría verte con ese tío y mantenerme al margen. Pero no puedo, Abril. Soy incapaz de aceptar que te he perdido. —Dejé un beso tierno en sus labios—. Perdóname, por favor. Perdona de nuevo a este capullo que no sabe hacer nada a derechas. No imaginas cuánto siento haber sido tan bestia contigo.

Cuando creí que me daría la patada y volvería a entrar en el *pub* para lanzarse a los brazos de su compañero, lo cual me tendría merecido, acunó mi cara entre sus manos y me miró fijamente a los ojos. Yo me perdí en la profundidad de los suyos, y es que todo dejaba de existir cuando me adentraba en la mirada azul de Abril.

—Por lo único que tienes que pedir perdón es por haberme roto el corazón dos veces. Ahí reside el verdadero dolor, Samuel, y no en que me hayas apretado un poco más de la cuenta.

—Pero te he hecho daño, mierda. —Me lamenté con una especie de gimoteo—. No sé medir lo que siento.

—No, no sabes, y esa es una de las razones de que te quiera tanto.

Sonrió por primera vez y me enamoré un poco más de ella, si eso era posible.

Me quería. Acababa de confesarlo. ¡Abril me quería a mí! ¡No al «cocinillas», sino a mí!

—Repítelo, nena. Di otra vez que me quieres. Necesito oírlo.

—Primero devuélveme la seguridad que me robaste. No puedo con más dolor. No soportaría tener que enfrentarme a otra despedida, ¿lo entiendes? No puedo permitirte que me hagas más daño.

—No quiero hacerte daño, de verdad que no quiero.

—Sé que nunca es tu intención, y aun así terminas por hacérmelo.

—¿Cómo puedo convencerte de que esta vez será distinto? Dime cómo y lo haré.

—Jamás me has mentido, de modo que empieza por pedir perdón por lo que de verdad debes pedirlo. Déjame ver lo que en realidad te ha empujado a hacer lo que has hecho, a sacarme de ahí de esa manera. Necesito saber si me merece la pena volver a intentarlo, ya que quererte tanto como te quiero nunca ha tenido el peso suficiente para que te quedes a mi lado.

No tuve ni que pensarme la respuesta.

—Perdóname por haberte roto el corazón una docena de veces, por no

ser un hombre normal y tener el alma podrida. Perdóname por no haber sido ni el compañero ni el padre que te mereces, por negarme a ver todo lo que me decías. Y perdóname por no poder dejarte ir. Pero es que no puedo, maldita sea. Te quiero tanto que...

—Te duele —terminó ella—. Igual que me duele a mí. —Respiró hondo—. Tú no tienes el alma podrida, Samu, solo una voluntad de hierro que no se puede manipular.

—Te equivocas. Cada vez que nuestras voluntades chocan siempre vence la tuya. Me aniquilas, Abril. Anulas mi voluntad hasta que no queda nada de ella. Sé que no actúo justamente contigo, que te pido mucho más de lo que yo te he dado y que merezco que me trates a patadas. Por eso te suplico que me permitas hacer un último intento por salvar lo nuestro. — Aquella era la verdad: desnuda, en carne viva. Solo deseaba que ella me creyera—. Te amo, nena. Contigo me siento vivo. Y ahora dímelo otra vez, por favor. Dilo de nuevo.

Me acojonaba la idea de que el temor a darme una oportunidad en la que no creía se impusiera a todo lo demás. Estaba en su derecho de dejarme tirado, de no aguantar ni un solo minuto más a un hombre que desconocía el término medio de las cosas, de decirme que esa oportunidad iba a dársela a su compañero. Sí, estaba en su derecho y una parte de mí aguardaba a que lo hiciese.

—Te quiero, Samu. Llevo toda la vida queriéndote y sé que eso no va a cambiar. —Un estremecimiento me recorrió de pies a cabeza—. Por favor, salva lo nuestro, porque acabo de elegirte a ti por encima de todo, por encima de mí.

—¡Joder, sí! —La voz me vibró de emoción, aunque no era lo único. El cuerpo entero me temblaba—. Esta vez lucharé por nosotros. Lo juro.

—No, no jures nada. —Selló mis labios colocando una mano sobre ellos.

Le besé las yemas de los dedos sin dejar de mirar sus bonitos ojos llenos de miedo. Miedo a lo que nunca cumplía. Miedo a lo que me empeñaba en cumplir.

«No más promesas —me repetí interiormente—. Lo que cuentan son los hechos».

—Vente conmigo ahora —le pedí con la voz enronquecida—. Necesito pasar esta noche junto a ti. No sabes cómo y de qué manera te necesito.

—Entonces nuestras necesidades son las mismas —susurró contra mi

boca—. Pero antes voy a entrar a darle una explicación a Sergio. Se la merece.

Asentí conforme, yo también creía debérsela. Era lo mínimo que podía hacer después de ser el causante de que lo poco que tenían se terminara.

—Venga, vamos —la animé cogiéndola de la mano.

—No, tú me esperas aquí.

—Yo entro conti...

—¡Aquí, Samuel! No quiero tener tus ojos en la nuca poniéndome de los nervios.

—¡Venga ya, Abril! —me quejé elevando los brazos al cielo.

—Aquí. Y es mi última palabra.

—¡Vale, joder! —accedí de mala gana, bufando por la nariz—. Pero no tardes.

—¿Perdona?! —Sus ojos me atravesaron al escuchar el mandato—. Tardaré lo que tenga que tardar, se lo debo. Y si no te parece bien, ya sabes el camino de vuelta.

Farfullé una sarta de palabrotas mientras la veía entrar en el *pub*.

—Voluntad de hierro, dice —me burlé con ironía de mí mismo—. De papel, tío. De papel es de lo que está hecha tu puta voluntad.



Al tiempo que la besaba en el cuello una de mis manos amasaba su trasero, amoldándolo a mis dedos, y la otra se peleaba con el maldito cierre del sujetador. Estaba brutalmente excitado. Duro como una jodida piedra. Deseando con tantas ganas estar en su interior que no daba pie con bola.

—Me cago en esta mierda —protesté con rabia, haciéndola reír.

Paseé los nudillos por la tierna carne que asomaba por encima del encaje e introduje los dedos dentro de las copas hasta rozarle los pezones. Fue mi perdición. Cerré los puños, estrujando la tela, y la miré a los ojos. Los suyos se abrieron desorbitados.

—Ni se te ocurra...

De un tirón le rompí la pieza de lencería que, aunque era *sexy* de cojones, me estaba dando por el culo. Resbaló por sus brazos hasta caer al

suelo.

—Problema solucionado. —Me encogí de hombros con indiferencia mientras ella me miraba estupefacta.

—¡Podría habérmelo quitado yo!

—No quería perder más tiempo.

Rodé los ojos de pura lujuria cuando tuve sus tetas en las palmas de mis manos.

—Me encantan. —Dio un respingo cuando le pellizqué los pezones y mi polla saltó de alegría al notar cómo se arrugaban entre mis dedos—. Me vuelven loco, joder.

Bajé una mano por su estómago, su vientre, y deslicé dos dedos entre sus pliegues. Gimió con fuerza cuando rocé el sensible nudo e hice círculos sobre él. No me perdí detalle de su rostro; tenía los párpados entornados, la boca entreabierta y su respiración cada vez se oía más agitada. Y verla así me consumía, en el mejor sentido de la palabra.

Se tambaleó y tuve que abandonar su pecho para sujetarla por la parte baja de la espalda, pero ni por esas dejé de torturarla.

—Vamos... a la... cama... Me voy... a caer.

—No dejaré que te caigas.

Aceleré el ritmo. Presionando, frotando, pellizcando.

—Samu... por favor.

—Quiero que te corras así, entre mis brazos. Quiero centrarme únicamente en ti, estar mirándote cuando tu cuerpo explote.

—Samu... Samu.

—Solo siente, nena. No imaginas lo bonita que te ves en estos momentos, lo perfecta que me pareces ahora mismo.

No le mentía. Tenía ante mí la imagen erótica más impactante que había visto en mi puta vida, pero no solo la masturbaba por eso, también era por tener un mínimo de garantías cuando entrara en ella. Y estaba disfrutando como el sádico que era de la experiencia sensorial pese a que ella no me tocara. Me puse a cien solo de verla, de beberme los gemidos que escapaban de su boca, de admirar esos ojos brillantes que me perturbaban en el mejor y en el peor de los sentidos.

Se quedó sin fuerzas al alcanzar el clímax y tuve que rodearle la cintura para que no acabara en el suelo. Alzándola con un solo brazo, la tumbé en la cama y me situé sobre ella. No podía más, maldita sea, estaba que me retorció de dolor. Le separé las piernas con una rodilla y ni dejé que sus espasmos se

calmaran. Con un fuerte empujón estuve dentro de Abril.

—¡Dios! —siseé cuando las contracciones de su orgasmo me absorbieron hasta el fondo—. ¡Joder!

Envolvió mis caderas con sus piernas y enlazó las manos a mi cuello. Sin dejar de mirarla comencé a embestir con fuerza, saliendo de ella casi por entero para volver a hundirme en su calor. Frenético. Desbocado. Ido de todas las formas posibles. Tres meses privándome de sentir aquello por una jodida fijación. Trece semanas y media acumulando testosterona. Noventa y dos putos días soñando con hacerle el amor de esa manera.

### *Abril*

Mi deseo de vivir resucitó en cuanto quedó demostrado que seguía siendo la dueña de su delirio, de su parte más visceral, de su manera sobrecogedora de sentir.

—Te quiero, te quiero, te quiero —repitió como un mantra, con el cuerpo tembloroso.

También la dueña de su parte más vulnerable, de la que lo hacía débil cuando salía al exterior. Sí, yo era dueña de todo lo que componía a Samuel, de cada una de sus personalidades, de su corazón hecho trizas. La única dueña de su alma, ahora lo sabía. Y había merecido la pena que él siempre fuese dueño de la mía si el resultado era ese: un nosotros. No un Samuel y una Abril, sino un nosotros por y para siempre.

Extenuado, me rodeó con un brazo la cintura y me aproximó a él hasta que mi espalda quedó acoplada a su duro pecho. Nos relajamos en esa cómoda posición, envueltos por el calor que desprendían nuestras pieles, adormeciéndonos con el leve resoplido de nuestras respiraciones.

—Deberíamos ponernos algo —dije antes de caer anestesiada en las garras de Morfeo.

—Luego —bisbiseó con voz somnolienta.

—Ya, Samu. Rebeca está con tu tío, prácticamente a dos pasos. Imagina que nos quedamos dormidos y entra y nos ve así. ¡No has echado ni el

pestillo!

—No podía pensar en otra cosa que no fueses tú.

—Pues ahora hay que pensar en cómo se quedaría nuestra hija si nos pillara desnudos.

Me levanté y fui hacia su armario.

El alma se me cayó a los pies cuando al abrirlo lo encontré vacío.

—¿Dónde... Dónde está tu ropa?

—En el petate.

—Pero... la vas a poner ahí dentro, ¿no? —Señalé las lejas de madera desiertas.

—No pretenderás que lo haga ahora, ¿verdad?

—Si tu intención fuera la de quedarte en la Asunción, ya la habrías colocado.

Crucé los brazos y entrecerré los ojos, manifestando de ese modo mi desconcierto.

—¡No me jodas, Abril! ¿Es que aún te quedan dudas?

—No me has explicado nada. No me has dicho qué vas a hacer. No me has...

—Me cago en mi puta suerte.

Se puso en pie de un salto, dio un tirón a la cremallera de la bolsa y empezó a sacar ropa a montones y a meterla de cualquier forma en el armario.

—¿Contenta?! —espetó mordaz cuando finalizó la «laboriosa» tarea.

Al dejarse caer de nuevo en la cama, acomodó los brazos bajo su cabeza y flexionó una rodilla, mostrándose cuan largo era y como su madre lo trajo al mundo. Mis pupilas recorrieron la consistente anatomía de Samuel, deteniéndose en «su cosa de ahí abajo», que reposaba insolente sobre su firme vientre.

Cogí una de sus camisetas y vestí mi desnudez. Luego le lancé a la cara unos pantalones de pijama.

—Ponte eso.

—No me sale de las pelotas.

Conforme abrí la boca la cerré, ya que si respondía en ese momento era muy probable que despertara a todo el vecindario.

Fui hasta la puerta y eché el seguro.

—Pues no te los pongas —mascullé de malos modos.

Me tumbé en la cama dándole la espalda.

—No jodas que te has enfadado. —Sentí un leve cosquilleo cuando deslizó la yema de uno de sus dedos a lo largo de mi columna, desde la nuca a la zona lumbar, donde la sutil caricia de ese dedo se convirtió en una enorme palma abierta que se arrastró con fuerza por el contorno de mi cadera hasta dar con el borde de la camiseta para arrugarlo en un puño—. Ya puedes quitarte esta mierda, nadie va a entrar en la habitación.

—No me sale de... los ovarios.

Escuché su risa ahogada por la almohada y tuve que reírme también.

Si se quedaba a mi lado así sería nuestra vida. No sabíamos querernos sin discutir, ser tiernos sin censurarnos. Éramos como el agua y el aceite, aliados y rivales a la vez. Y a pesar de eso nuestro amor continuaba vivo, creciendo, anteponiéndose a todo, enfrentándose a todos, incluidos nosotros mismos.

Para su desgracia, y mi contento, en ese momento llamaron a la puerta.

—Mami, ¿estás ahí? Me parece que te he escuchado, aunque dice Agustín que solo soñaba.

Lancé una mirada arrogante a Samuel mientras me subía las braguitas; tras ponérmelas, me dirigí a la puerta, obligándolo a que se enfundara los dichosos pantalones de pijama a toda velocidad.

—Sí, estoy aquí, cielo. ¿Es que no puedes dormir?

Se asomó a la habitación por el lateral de mis piernas y saludó a Samu moviendo los dedos.

—Es que os he escuchado pelearos.

Tragué saliva pensando qué contestarle sin que mi respuesta implicara tener que argumentarle que su padre era un fresco al que le importaba bien poco que ella lo pillara con la chorra al aire. Él se me adelantó.

—No nos peleábamos, princesa. Hablábamos un poco alto, eso sí.

—¿Por qué?

—Porque yo no había guardado la ropa en el armario y eso a tu madre no le ha gustado un pelo.

—¿Y te ha obligado a guardarla, papi?

—Sí, lo ha hecho.

Iba a matarlo, a ahogarlo con mis propias manos en cuanto tuviera ocasión.

—A mí también me obliga a guardar los juguetes, aunque no tenga ganas.

—Si tú los pones en medio, tú los recoges —dictaminé inflexible.

Rebeca abría la boca para replicarme cuando Samu intervino otra vez.

—Yo tampoco tenía ganas de guardar mi ropa a estas horas, y ¿sabes por qué lo he hecho? Porque a veces hay que hacer las cosas solo por ver feliz a alguien que nos importa. Y tu madre es, al igual que tú, lo más importante en mi vida.

Ella se acercó a la cama y se sentó, mirándolo muy seria. Podía palpase su curiosidad por comprender lo que él decía.

Me quedé junto a la puerta observándolos. Disfrutando de la primera conversación que los escuchaba mantener como padre e hija, pese a que esta se basara en mí y en mi modo de educarla.

—Pero tú eres un mayor y los mayores hacen lo que quieren. ¿Por qué has obedecido si no tenías ganas?

—Primero, porque la quiero; y segundo, porque estaba asustada y yo quería borrar su miedo.

—¿Por qué estaba asustada?, ¿es porque está muy oscuro?

—No, princesa. —Sus hoyuelos se acentuaron—. Se ha asustado porque pensaba que me iría de nuevo. Pero he venido para quedarme. —Sus ojos ambarinos se clavaron en los míos—. No puedo vivir si no os tengo cerca.

—¿Y no te vas a marchar otra vez?

—Nunca más. Ahora sé qué quiero de la vida.

—¿Puedo dormir con vosotros?

Para mi hija aquella explicación fue suficiente y dio el tema por zanjado, en cambio, para mí no lo era. Necesitaba saber los motivos reales que habían empujado a Samuel a regresar a la Asunción justo en aquel momento.

—La cama es muy pequeña, cielo, vuelve con Agustín.

—Mis amigas del cole a veces duermen con sus papás, me lo han contado. Y yo nunca he dormido con el mío y quiero dormir en medio como hacen ellas y contárselo a todas porque...

—Rebeca...

—Abril, sería la primera vez que me despertara abrazándola. —Fue como un ruego, ronco y necesitado.

Él no me llevaría la contraria si la mandaba con su tío, sin embargo, no quería que lo hiciera. Samuel deseaba pasar una noche apretado a nosotras, y una noche en casi seis años no era pedir demasiado.

Cerré la puerta de la habitación, dándoles a entender con ese gesto que accedía. Rebeca se acurrucó junto él con una sonrisa triunfal. Yo hice lo

propio, me acomodé en el extremo del colchón, de espaldas a ellos, y les di la privacidad que, por circunstancias de la vida, nunca tuvieron.

—¿Me llevarás al cole algún día?

—Te llevaré todos si es lo que tú quieres.

—¿Y me contarás un cuento por las noches?

—No me sé cuentos, princesa, pero me los inventaré para ti.

—¿Y vivirás con nosotras?

—Esa es la idea. —Lo oí suspirar—. Anda, duérmete, que se te cierran los ojos.

—Es que quiero hablar contigo —se quejó con esa vocecita que ponía cuando pretendía conseguir algo.

—Y hablarás mucho. Esta es la primera noche del resto de nuestras vidas.

—Se ha cumplido, papi.

—¿El qué?

—El deseo que he pedido con las campanadas.

—¿Me lo puedes contar?

—Es lo que estoy haciendo. —La imaginé poniendo los ojos en blanco y sonreí al escuchar la risa silenciosa de él—. Te he pedido a ti. He pedido que me quieras y que no me abandones más. ¿Tú me quieres?

Una lágrima rodó por mi sien hasta quedar atrapada en la almohada. Mi hija tenía las mismas carencias en su vida que siempre tuvo Samuel, las mismas que yo padecía. Los tres anhelábamos formar parte de una familia unida por amor.

—Con todo mi corazón.

—Y a mami, ¿la quieres?

—Más que a mi propia vida. Llevo catorce años queriéndola tanto que me duele.

—Yo también te quiero con todo mi corazón —declaró ella, bostezando ruidosamente—. Buenas noches, papi.

—Buenas noches, princesa. —La voz le salió entrecortada.

Sabía que aquello significaba mucho para él. Probablemente nuestra hija había terminado, al hacerle esa confesión, con muchos de los demonios que lo martirizaban. Cerré los ojos sin importarme seguir mojando la almohada, porque esa vez mis lágrimas eran de felicidad.

Hacía rato que en la habitación solo se oía la respiración acompasada de Rebeca. Yo aún estaba analizando la conversación que habían mantenido

padre e hija en la que se podía entrever más de una promesa de futuro.

Suponía que Samuel también dormía cuando su voz profunda reclamó mi atención:

—Abril, ¿estás despierta?

Giré sobre mi cuerpo en ese reducido espacio donde la comodidad no se hallaba en el confort del colchón y sí en el calor que desprendían las dos personas que se apretaban a mi lado. Rebeca estaba acurrucada contra su pecho hecha un ovillo y Samu la rodeaba con un brazo. En cuanto nuestras miradas se fundieron, buscó mi mano y trenzó sus dedos a los míos.

—¿Qué quieres de la vida? —le pregunté recordando lo que le había dicho a nuestra hija.

Necesitaba ver esas promesas irrompibles escritas en sus ojos sin que les diera voz, sin que pronunciara ningún sonido, solo dejándome saber a través de su mirada transparente y franca qué perseguía. Necesitaba respuestas dichas por sus labios que me dieran seguridad y me indicaran el camino para no tropezar de nuevo. Necesitaba rasgar esa capa superficial que él alzaba a su alrededor para protegerse hasta tener su alma desnuda ante mí.

Apretó mi mano tiernamente.

—Lo único que quiero es esto —susurró casi con miedo—. Despertarte cada mañana con un beso. Dormir abrazado a ti. Tocarte a todas horas. Hacerte el amor cuando me plazca. Estar encima de ti, debajo de ti, dentro de ti. Quiero sentirme vivo, y eso solo me pasa cuando estás a mi lado. Sé que no te merezco, que te he tratado de puta pena y que he metido la pata un millón de veces. Nunca podré agradecerte lo suficiente que me hayas dejado volver a entrar en tu vida sin ponerme condiciones, que me permitas ocupar el lugar que me pertenece y formar parte de todo cuanto os rodea. Mierda, estás llorando. —Se acercó a mí y besó mis labios—. No llores ahora, por favor. Ahora no.

—No puedo evitarlo —balbuceé—. Llevo tanto tiempo esperando este momento... Esperando verte por fin convencido de lo nuestro... Acabas de sacar lo mejor de ti, Samu, y no sabes cómo suenan tus palabras cuando hablas desde el corazón.

—Te equivocas, nena, no sabes cómo te equivocas. Tú consigues sacar lo mejor, es cierto, pero también lo peor. Y no llorarías si supieras lo que siento cuando te veo hacerlo.

—Pues explícamelo. Explícame por qué no debería llorar.

Respiró hondo y me besó una vez más.

—Porque no soy normal, mierda. Porque algo muy jodido le pasa a mi cabeza. No lo entenderías, Abril, y es que ni yo mismo lo entiendo.

—Prueba. —Le di un ligero apretón en la mano—. No más secretos.

Su rostro se ensombreció y un pellizco se me agarró a la boca del estómago.

—Cuando lloras, tus ojos vibran y se vuelven de un azul muy intenso, ¿sabes? Es como si el movimiento de las olas al anochecer estuviese dentro de ellos; la imagen más bonita que guarda mi puta cabeza. Y me excita, joder, siempre lo ha hecho. Me hipnotiza hasta el punto de no querer que se detenga tu llanto. Cuando veo tus ojos de ese modo no me mueve la compasión ni me sale de dentro cambiar de tema para levantarte la moral. Solo quiero besarte, abrazarte, hacerte el amor durante toda una vida, beberme tus lágrimas y paladear el sabor de la sal en mi boca; hacerlo mío. ¿Cómo puede excitarme algo así? ¿Qué coño me pasa para que en lugar de querer consolarte quiera follarte?

Lo frustraba no comprenderse, no entender el mecanismo que seguía su cuerpo y tener unos instintos diferentes al resto. Por eso era tan especial para mí.

—Esa es tu forma de darme consuelo, Samu. —Sus labios quedaron entreabiertos y se los perfilé con la punta de mi dedo—. Tal vez no tendría lógica si esos impulsos viniesen de otro, pero vienen de alguien poco común como eres tú. —Frunció el ceño y mi dedo se deslizó hasta allí para suavizarle el gesto—. No estés mal por cómo sientes; ya te he dicho muchas veces que eres un hombre de extremos. Me gusta saber que mis ojos te hipnotizan, que es el recuerdo más bonito que guardas. Y no hay nada de malo en eso, porque no te excitas por verme triste, lo haces pensando en cómo conseguirías hacer que yo me sintiese bien. Porque sabes de sobra que uno solo de tus besos me hace sentir mejor.

—Yo no lo veo así.

—Escúchame. Tú has aprendido a vivir con las culpas que crees merecer y con otras tantas que ni siquiera te corresponden, y eso te ha enseñado a soportar el dolor. En cambio, cuando quien está dañada soy yo, cuando es mi dolor con lo que tienes que lidiar, te bloqueas, no sabes cómo enfrentarte a él. Por eso necesitas abrazarme y besarme al verme llorar, es la única respuesta que tu cuerpo reconoce para consolarme. Porque me consuelas, Samu, y lo haces con todo tu ser.

—Me excito, joder, ¿no has oído esa parte?

Estaba rabioso consigo mismo por cómo reaccionaba su cuerpo.

Sonreí.

—Empezaré a preocuparme cuando eso no te suceda.

—¿De qué hablas?

—¡Vamos, Samuel! A ti te excita verme cabreada, gritando como una loca, que te clave un dedo en el pecho. Te excita mi carácter, mi genio, mis palabras airadas. Te excita verme vestida, desnuda, de pie o sentada. Te excita escucharme reír, cuando te acaricio, te beso o te digo lo mucho que te quiero. ¿Por qué habría de extrañarme que también te excite verme llorar? —Boqueó sin que de sus labios saliera un vocablo—. Te excito yo en cualquiera de mis formas de mujer, en todo lo que haga. Y eso no es malo, porque me dice hasta qué punto estás enamorado de mí.

—No hay punto, Abril. Lo que siento por ti no tiene fin.

Besé su boca como respuesta: lenta y profundamente.

—Ahora quiero que pienses en esto. ¿Qué dirías si supieras que no existe nada más excitante para mí que el que te impongas por la fuerza? —Arrugó el ceño de nuevo y me lo quise comer—. Se me disparan las pulsaciones, aunque no quiera. Me excita tu impulsividad en todo lo que haces. Me excita que me beses desesperadamente, que me aprietes la carne con ansia y me hagas el amor como un salvaje. Así fue como sentí aquel beso que me diste la primera vez, y me enamoré de ti justo por eso. Porque te das por entero sin guardarte nada para ti, en lo malo y en lo bueno. Te quiero por cómo eres, por cómo actúas, por cómo te dejas llevar. Te quiero porque, por sacar todo lo malo que tienes, nos salvaste a mí y a Darío, y... ¿sabes qué? Que yo en aquel entonces ya vi todo lo bueno que encerrabas dentro. Porque el día que me acompañaste a casa, después de que te contara cómo era mi vida, cómo nos trataba mi padre, salió tu lado oscuro, ese que todo el mundo teme, ese que no se frenó a la hora de defender a una cría de catorce años a la que acababas de conocer. Ahí empecé a quererte, justo por mostrarte como eras, por ser lo contrario a lo que se decía, porque yo sí vi lo que había detrás de toda esa agresividad.

—¿Y qué viste, Abril? —Su voz sonó más ronca de lo habitual—. ¿Qué fue lo que viste para enamorarte de mí?

—Te vi a ti, Samu. Al de verdad. Al real. A un chico con el corazón roto al que la vida había tratado mal, que en lugar de venirse abajo utilizaba su fuerza para defender cada injusticia que veía. En realidad, solo sacas lo peor que tienes con el fin de alcanzar lo mejor para ti y los demás. Para los

que te importan.

—Me he puesto muy duro, nena.

—¿Ves a qué me refiero? —Tapé mi boca para ahogar una carcajada—. Eres como eres, y es como yo quiero que seas.

—Quiero follarte como un salvaje, tal y como has descrito.

Saltó hasta el lado que yo ocupaba en la cama y me arrastró con él al suelo.

—¡Samu! —chillé en un susurro, advirtiendo claramente cuáles eran sus intenciones—. Rebeca puede despertarse.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

Se colocó sobre mi espalda y me bajó las braguitas. Mi cuerpo se puso rígido al instante.

—¡No, no, no! Así no, por favor, así no —se apreciaba perfectamente la nota de pánico en mi voz.

—¿Por qué? ¿Qué coño tiene de malo esta postura?

—¡Suéltame! —Me removí intentando escapar del brazo férreo que me rodeaba la cintura.

—No hasta que no me digas por qué.

—Porque así fue como él me forzó.

Lo escuché rechinar los dientes, pero no se apartó de mi trasero.

—Cierra los ojos, nena —me pidió tras unos tensos segundos.

—Samu, no...

—Relájate y dime si algo te incomoda. —Ciñó con más firmeza mi talle, recostándose sobre mi espalda, y con la mano libre comenzó a acariciarme entre las piernas—. Recuerda que estás conmigo —susurró muy cerca de mi oído—. Quiero curarte esa herida, déjame intentarlo.

Frotó mi sexo con suavidad, empapándose los dedos. El débil gemido que escapó de mis labios lo hizo tomar una fuerte inspiración. Enderezó la espalda y, por sus movimientos, supe que había liberado su erección y que la sujetaba con la mano. La deslizó hasta encontrar mi hendidura y, muy lentamente, se acopló en mi interior. Esa fue la primera diferencia con aquella maldita noche: la delicadeza.

Volví a notar su aliento en mi cuello: pesado, caliente, enloquecedor. Apoyó la mano libre en el suelo para que yo no tuviera que soportar todo su peso. Y ahí vino la segunda diferencia: la consideración.

Comenzó a mecerse con calma, dándoles tiempo a mis músculos a que se adaptaran a su tamaño, a que aflojaran la tensión. No dejaba de susurrarme

al oído cuánto me quería. Mostrándose extremadamente atento. Controlándose solo por mí. Haciéndome entender que con él todo era distinto. Y sí que lo era, cómo y de qué manera lo era. Sus envites eran tan sumamente lentos que, al apreciar a la perfección el avance de cada centímetro de su miembro en mi interior, me sentía una y otra vez al borde del clímax, por lo que tuve que apretar los labios para que mis jadeos no despertasen a Rebeca. Él también apretó los suyos, expulsando con violencia el aire por la nariz, tratando de aguantar un poco más.

Cuando estuvo seguro de que mi trauma no se nutría de malos recuerdos, sino que parecía empequeñecer, se irguió, me asió de las caderas y acrecentó el ritmo. El orgasmo me atravesó con fuerza, generando con su electricidad repentina un brote de confianza y arrastrando hacia el exterior, junto a la tensión acumulada, la sombra de esa repulsiva vivencia que ninguna mujer debería experimentar jamás. Samuel había conseguido en breves minutos borrar las horribles huellas que llevaban años impresas en mi cuerpo, en mi mente y en lo más profundo de mi alma.

—Estaba totalmente equivocado —soltó de pronto. Nos encontrábamos de vuelta bajo las mantas con los dedos entrelazados por encima del cuerpo de nuestra hija—. Soy tan gilipollas que he tenido que escucharlo mil veces y de infinidad de bocas distintas para darme cuenta de lo absurdo de mi promesa. Casi jodo nuestras vidas por una estúpida fijación.

—¿Y qué ha hecho que te dieras cuenta?

—En realidad, ha sido un cúmulo de todo. La bronca que me echó mi hermano hace unos meses ya hizo que me comiera la cabeza, pero el coñazo que me ha dado mi abuela todo este tiempo es la causa de que no haya sido capaz de pasar del tema. Aunque el último empujón, el que me ha hecho regresar de nuevo a Las Viviendas de Papel, me lo dieron Claudia y Abel hace unos días, después de que acudiera a ella buscando unas soluciones que estaban en mi poder. Sin embargo, seguía sin tener nada claro cuando he llegado esta noche a tu casa al no saber lo que me iba a encontrar. —Sonrió—. Lo único que traía en mente era el no obligarte a hacer nada que no quisieras. Pensaba respetar tu decisión por mucho que me jodiera, ¿sabes? Pero esa determinación se ha ido a la mierda en cuanto he hablado con Darío. Sí, por su culpa estás aquí.

—Recuérdame que mañana le dé las gracias por lo que sea que haya dicho para hacerte cambiar de opinión.

—No le ha hecho falta insistirme mucho tras comprobar con mis

propios ojos que era cierto que le estabas dando una oportunidad al tío ese. He sentido que te perdía, y no sabes cuánto me ha dolido. —Se quedó unos segundos callado, dejando que sus pensamientos fueran arrastrados por las corrientes de su mente, hasta que por fin habló—: En Nochebuena, después de una mierda de cena, soñé que me hacías una paja.

Me dejó atónita. No sé qué clase de confesión me esperaba, pero una tan íntima sí que no.

—Luego te molesta si digo que eres un burro.

Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro.

—Es lo que soñé. —Se encogió de hombros restándole importancia.

—Guarro.

—El caso es que puse la ropa pringada. Me corrí con un puto sueño, sí, pero lo que me despertó sobresaltado fue verme a través de tus ojos, porque no era a mí a quien tocabas, era al jodido «cocinillas» al que le dabas placer. —Abrí tanto los párpados que tuvo que reírse de nuevo—. Ahora sé por qué me pasó. Después de que Aarón me dijera que lo ibas a intentar con él, de que mi abuela me machacara día tras día con que era yo quien te había empujado a los brazos de otro y de leer tu carta, la idea de que te había perdido penetró en mi cerebro y el resultado fueron unos celos descomunales que me quemaban las entrañas. Porque era cierto, joder. Yo era el que había dado lugar a que pasara y en el fondo lo sabía; de ahí que mi subconsciente me puteara esa noche. Me acojoné de tal manera que, sin mirar la hora que era, llamé a Claudia y le pedí hablar con ella urgentemente. En veinte minutos estuve en su casa contándole mis miserias como cuando la conocí. Solo quería desahogarme y que el punzante dolor que me atravesaba el pecho desapareciera. Siempre me dio buenos consejos, pero en esa ocasión no me habló como profesional, sino que me dijo lo que pensaba ella, mi amiga, no la psicóloga...

*—Estoy muy jodido, Claudia. Quiero olvidarla, sacarla de mi puta cabeza. Si vuelvo a soñar que está con ese tío, no lo cuento. Tienes que ayudarme. Recétame alguna pastilla que me dé fuerzas para lidiar con esta mierda.*

*Samuel estaba desesperado, intentando aferrarse a lo que fuera con tal de que ese sueño no se repitiera.*

*Abel lo observaba preocupado desde el otro sofá. Nunca intervenía cuando su amigo venía de visita clínica, por llamarlo de algún modo, pero esa vez quería levantarse y darle un par de hostias para que espabilara. A él le parecía tan sencilla la solución, que no se explicaba cómo Samu no la veía.*

*—No puedo recetarte nada y lo sabes —dijo ella con calma—. Además de que no lo necesitas.*

*—Sí lo necesito —gruñó Samuel—. Necesito que este sufrimiento termine de una puta vez.*

*—¿Y por qué no te suicidas? —sugirió Abel que ya estaba hasta las pelotas de escuchar sandeces—. Ponle fin a tu vida, tío. Que les den por culo a Abril y a tu hija. Que jodan a tu abuela. ¡A la mierda todos! Ya lo superarán. Aquí lo único importante es que tú estés bien.*

*El sarcasmo le salió hasta por los poros de la piel.*

*—¿Me estás vacilando? —Samuel, incrédulo, no entendía la reacción de su amigo.*

*—¿Tú qué crees, gilipollas?*

*—Haya paz —intervino Claudia con la tranquilidad de siempre sin conseguir que bajaran el tono.*

*—Si supiera que abriéndote la cabeza se acababan tus pajas mentales, iba en busca de una piedra ahora mismo.*

*—He venido buscando vuestro apoyo, joder —soltó Samuel con rabia—. No que me echéis más mierda encima.*

*—Aquí tienes mi apoyo, tío: córtate las venas o lánzate al río. Lo que sea con tal de que no nos jodas más con tus paranoias.*

*Samuel se puso en pie, bufando por la nariz, con la intención de marcharse.*

*—Siéntate ahora mismo —le ordenó Claudia sin opción a réplica—. Sé que te cuesta admitir que te has equivocado, rebajarte ante tanta gente y aceptar que ellos tenían razón y tú no. También sé que debe ser duro mirar a tu hija a la cara y tener que pedirle perdón de nuevo, consciente de que es lo único que has hecho desde que la conoces. O enfrentarte a lo que pueda haber entre Abril y ese chico. Es duro, sí, y siempre he tratado de ponerme en tu lugar, pero esta vez no pienso hacerlo porque esa promesa que hiciste no tiene ni pies ni cabeza, carece de sentido y escasea de fundamentos. Eres un genio metiendo la pata, cometiendo errores garrafales... Te aconsejo que empieces a priorizar en tu vida, Samuel, a darle importancia a lo que de*

*verdad la tiene y a pedir perdón a todos los que has hecho daño, aunque tengas que ponerte de rodillas. Solo así serás feliz. Y solo de ese modo muchas de tus culpas dejarán de pesar.*

*—¿Cómo lo hago, Claudia? —Estaba abatido, derrotado, sin ganas de seguir luchando ni por nada ni por nadie. Solo quería olvidar—. No puedo hacer desaparecer todo el daño que he causado, el que me he hecho a mí mismo.*

*—Sí puedes, y el primer paso que tienes que dar es muy simple. — Sonrió, apretándole la rodilla—. Empieza por romper esa absurda promesa.*

—Y eso hice, nena. La rompí. Tras sopesarlo todo unos días, metí mi ropa en el petate y me puse en manos del destino sin tener ni puta idea de qué me tendría deparado.

—¿Qué te dijo tu abuela?

Samuel sonrió al recordarla.

—Primero me golpeó en el brazo con la poca fuerza que le queda, refunfuñando un: «ya era hora de que espabilaras, borrico». Después se abrazó a mí y me dio las gracias por cumplir su voluntad antes de que Dios se la llevara. Está a todas horas con lo mismo y no sabe que hierba mala nunca muere.

—Tienes una abuela que no te mereces. —Le acaricié la mejilla—. Te pareces bastante a ella.

—Mi abuela solo es una de las muchas cosas que no me merezco.

—No digas eso, tú te mereces todo. Mereces curarte por dentro, recibir el cariño que siempre te ha faltado. Mereces tener la familia que llevas anhelando desde tu juventud. Tú más que nadie mereces ser feliz, y yo haré cuanto esté en mi mano para que lo seas.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente que me hayas esperado todos estos años.

—Sí que podrás hacerlo, porque como le has dicho a tu hija antes, esta es la primera noche del resto de nuestras vidas

Nos besamos lenta e intensamente, abrazados a la esperanza de hacer realidad un futuro que durante toda nuestra vida nos había estado esquivando.

Con las frentes unidas y abrigados por el calor que desprendía el fruto de nuestro amor, que dormía profundamente entre ambos, nos fuimos

entregando al sueño, convencidos de que la mayoría de las pesadillas habían terminado.



## Epílogo

*Un año y dos meses después*

—Bueno, esto ya está.

Aarón cerró el maletero del coche y se giró hacia la mujer que lo observaba con el ceño fruncido.

—Ven a verme más a menudo, que eres muy descastado. Y llámame como hace tu hermano, que el teléfono no da calambre.

—Vale, vale. —Elevó los brazos, mostrándole las palmas abiertas, en señal de rendición—. No me lo repitas más.

—Y la próxima vez tráete a esa Carol, quiero conocerla antes de que Dios me tenga en su gloria.

—Que sí, joder.

—Y dales un fuerte abrazo a tu tío y a Samuel de mi parte.

—Al tío se lo daré, no te preocupes; a mi hermano, paso. —La anciana lo fulminó con la mirada—. ¡Venga ya, abu, lleva dos meses puteándome! ¿Por qué crees que me escaqueé en cuanto tuve ocasión?

Sospechaba que su nieto no hablaba en serio, que era su modo de hacer menos triste aquella despedida, pero a su edad ella no estaba para juegos.

—Porque eres un gandul —le espetó sin rodeos—. Y un flojo que se

queja por todo. Sabes de sobra que el pobre no tenía medios, que no hubiera podido hacerlo de no ser así. Y para algo están los hermanos, ¿no? Dile que estoy muy orgullosa de él.

—¿Un gandul?! ¿Un flojo?! Se ha pasado de negrero. ¡Si hasta ha abusado del tío a su edad! No tienes ni idea de lo agobiantes que han sido los últimos fines de semana, aguantando órdenes y más órdenes desde que salía el sol el sábado hasta que se ponía el domingo. «Aarón, la carreta. Aarón, los escombros. Aarón, coge el mazo». En la cabeza se lo tenía que haber estrellado.

Por fin su abuela sonrió y él se sintió dichoso de ser el artífice de aquella sonrisa. Habían sido dos semanas maravillosas en las que redimió muchas de sus culpas al lado de la mujer.

—Yo también estoy muy orgulloso de él —admitió abrazándola, dejando a un lado al crío que llevaba dentro para dar paso al hombre que era—. Y sé que él lo está de mí.

—Tanto como lo estoy yo, mi niño. No sabes lo feliz que me hace ver lo responsable que eres ahora. Por fin tienes la cabeza amueblada y no llena de paja. Ya puedo morirme tranquila.

—¿Quieres dejar de decir chorradas? —No se permitía pensar en aquella posibilidad—. Tú no vas a morirte nunca.

Los brazos de su abuela lo transportaron a su niñez, donde él y sus hermanos habían pasado tan buenos momentos en aquel pueblecito de Castellón.

Sabía que la había hecho muy feliz, que esas dos semanas habían significado mucho para ella, y eso también se lo debía a su hermano.

—Ya es la hora —musitó la anciana con resignación, mirando con un cariño inusual aquella sonrisa mellada que se le acercaba.

Rebeca se abrazó a su cintura y a la abuela Reyes le corrieron dos lágrimas por su cara surcada de arrugas.

—¡Ay, princesita! ¡Cuánto voy a añorarte!

—¿Añoqué?!

—Que te va a echar de menos, enana.

Aarón le revolvió el pelo.

—Y yo a ti, abu. —La niña la apretó con más fuerza—. Mucho, mucho, mucho.

Aunque los días habían transcurrido con demasiada rapidez para la mujer y le hubiese encantado que esas semanas se alargaran un poco más,

reconocía que ahora todo estaba como debía estar, razón por la que se sentía tan feliz.

Su nieto Samuel la telefoneaba cada viernes y, gracias a esas conversaciones que mantenían desde que él regresó a la Asunción, sabía de la vida de aquellos que le importaban.

En una de esas llamadas, realizada meses atrás, él le comunicó que había comprado una casita en Las Viviendas de Papel a un precio muy asequible. Estaba prácticamente en ruinas, y, por falta de medios económicos, se había visto obligado a adecentarla con sus propias manos. Consiguió losas de segunda para alicatar la cocina y el baño, reparó las humedades y le dio unas capas de pintura para sanearla a fondo. Todos habían contribuido en la restauración; su hijo Agustín el primero, pasándose muchos fines de semana echando horas y horas para que su sobrino pudiese cumplir su sueño: dar un hogar a sus chicas en el menor tiempo posible.

Solo habían pasado un par de semanas desde que Samuel le diera la gran noticia de que Abril y Rebeca se dirigían a Castellón, ya que la pequeña quería conocerla de tanto como había oído hablar de ella. Aunque, con pena, también la informó de que él no las acompañaría, pues tenía que quedarse dándole a su hogar los últimos retoques.

Le constaba que su nieto Aarón estuvo de acuerdo cuando su hermano le propuso que fuera él quien las llevase, y no por evadirse del trabajo como quería hacerle creer, sino por volver a verla y decirle que todo estaba bien, que sus vidas seguían un orden y que ya no tenía que penar más por ellos.

Pero hacía dos días que Samuel había vuelto a llamarla para comunicarle que había concluido las reformas y que esperaba con impaciencia a que Abril y la niña regresaran para comenzar su *nosotros*.

La anciana suspiró. Esa espinita que durante años había tenido clavada en el pecho por fin había sido arrancada. Sus seres queridos ahora estaban bien, ya podía morirse tranquila.

—Gracias por venir, mi niña. —Envolvió con sus manos temblorosas las de Abril y se las apretó con inmenso cariño—. Gracias por permitirme que conozca a mi biznieta.

—En verano volveremos, abuela, y él nos acompañará. Te quiere muchísimo, no lo olvides.

Abril la abrazó con infinita ternura, volcando en aquella mujer todo el cariño que no había tenido ocasión de darle a su madre.

—Mi Samuel siempre ha tenido un corazón enorme, aunque sabe

ocultarlo muy bien.

Se rio con las verdades de la anciana, ya sabía de quién había heredado él su sinceridad aplastante.

Tras varias docenas de besos, unas cuantas bromas de Aarón y alguna que otra lagrimilla, se subieron al coche.

La noche anterior habían estado cenando en casa de Abel y Claudia para despedirse de ellos. Fueron varios momentos a lo largo de esas dos semanas los que Abril pudo compartir con esa pareja que había brindado todo su apoyo a Samuel en sus peores momentos, y los echaría de menos. Pero lo más triste para ella fue decirle adiós a la abuela Reyes, si bien sabía que ya nada rompería el lazo que la ataba a aquel pueblo; mientras la anciana viviese, ella no iba a permitir que se pasara los meses echando de menos a sus nietos y haría que las visitas fuesen continuas. Quizá para el verano pudieran subir todos. Tal vez Darío accediera a acompañarlos, aunque lo dudaba.

Suspiró observando por el retrovisor cómo la silueta de la mujer se hacía más pequeña en la distancia.



Samuel estaba con el cuerpo inclinado hacia adelante, revisando la culata de un coche, cuando alguien se colgó a su espalda y le tapó los ojos.

—¿A que no adivinas quién soy?

Una amplia sonrisa borró el gesto concentrado que tenía hacía unos instantes.

—A ver, a ver... —Fingió que pensaba—. Ya lo sé. Un mono.

Escuchó la risilla infantil muy cerca de su oreja.

—¡Frío, frío!

Se irguió, sujetándola por los antebrazos, y dos cortas piernas lo abrazaron por la cintura.

—Si no eres un mono tienes que ser un koala.

—¡Soy yo, papi! —gritó Rebeca retirándole las manos de los ojos y asomándose por encima de su hombro para que le viera la cara.

Samuel no fue capaz de contener la carcajada. Ni la alegría tampoco.

Dos largas semanas sin escuchar aquella dulce voz habían sido demasiado para él.

—Hola, princesa. —La acomodó contra su pecho para poder abrazarla —. Te he echado mucho de menos.

—Yo también. Bueno... a ratillos, porque la abu es superdivertida y no me ha dado tiempo a pensar mucho en ti.

Él la miró con las cejas arqueadas.

—¿Divertida?! ¿Hablamos de la misma persona?!

Rebeca puso los ojos en blanco.

—A ver qué sueltas de tu abuela por esa boca que tienes.

Se estremeció solo con oírla.

—¿Tienes frío, papi? —preguntó la niña al apreciar cómo había temblado el cuerpo de su padre.

—No, Rebeca. Anda, ve a buscar a Agustín y dale un abrazo —le dijo tras dejarla en el suelo.

Cuando la vio correr hacia la pequeña oficina se giró lentamente.

Su nuez se deslizó arriba y abajo en cuanto la miró a los ojos.

—Hola, nena.

—Hola, Samu. —Abril le regaló una preciosa sonrisa—. ¿Pasaría algo si te demostrara delante de todos tus compañeros lo contenta que estoy de verte?

—Prueba. —Su tono fue contenido, gutural, rasposo. Y sus ojos dorados se habían oscurecido.

Ella dio un paso al frente y le plantó las palmas de las manos en el estómago, deslizándolas lentamente por su musculado pecho hasta tener los dedos enlazados en su nuca. Lo obligó a que inclinara la cabeza, sin dejar de mirar sus iris amarillos, y solo cerró los ojos cuando tuvo los labios de él contra los suyos. Suspiró con fuerza: de alivio, de amor, de ansias.

Samuel la cercó por el talle, apretándola contra su cuerpo, sin importarle las manchas de grasa que adornaban su mono de trabajo o el leve olor a sudor que sabía que desprendía después de aquella jornada agotadora. A la mierda todo. Abril estaba allí de nuevo, con él, junto a él, para él. Le repasó el perfil de sus jugosos labios con la lengua, capturando entre los dientes el inferior. Tiró de él con más fuerza de la que pretendía, pero ya se había contenido por más tiempo del que era capaz de soportar. Abril gimió por la leve punzada de dolor y a él le gustó comprobar cuánto lo deseaba, así que no hizo por esconder su deseo, ni tan siquiera por disimularlo en público. Entró en su

boca casi con violencia, haciendo que la lengua de ella danzara al ritmo que marcaba la suya. Volcó toda su pasión en aquel beso, toda la falta acumulada en esos días, y terminó de hacerlo totalmente indiscreto al presionarle las nalgas con sus enormes manos y elevarla del suelo.

Los vítores y silbidos de los demás mecánicos lo corearon, pero ni eso lo detuvo. Solo cuando escuchó carraspear dos veces a Agustín rompió el contacto con Abril, y no por su tío, eso le sudaba la polla —que a esas alturas la tenía tan dura como una roca—, sino porque sabía que su hija estaba presente.

—¿Para mí no hay beso? —preguntó con sorna el mayor de los Reyes oscilando las pestañas.

Samuel sonrió al verlo y, antes de que dijera otra gilipollez, lo agarró por los hombros para darle el caluroso abrazo que se merecía.

Aarón también había hecho los coros a aquella muestra de deseo que acababa de manifestar su hermano sin ningún pudor. Él pensaba hacer lo mismo en cuanto tuviera a su pelirroja delante.

«Piensa en bujías, discos de freno, cojinetes, bobinas... Lo que sea, joder. Venga, tío, que tú puedes», se animó a sí mismo.

El bulto que se apreciaba en la entrepierna de Samuel era justificado, pero si él se empalmaba imaginando las curvas de Carol, sus compañeros lo tomarían por un pervertido y el cachondeo en las siguientes semanas estaría servido.

Samuel puso punto y final a su día de trabajo y abandonó el taller rodeando con un brazo los hombros de Abril y aferrado a la mano de su hija. Estaba eufórico, impaciente e incluso nervioso. Esa noche darían por fin estreno a su modesto hogar, esa pequeña casita que él había adecuado con la ayuda de los demás. Un rinconcito confortable donde tener su propia familia, el sitio que había elegido para empezar a ser ellos.

—Hoy inauguraremos la cocina —susurró al oído de Abril. Ella lo miró y vio cómo se le dibujaba una sonrisa canalla de lo más alarmante—. Y la cama. ¡Joder, nena, lo que voy a hacerte en esa cama!

Se habían pasado más de un año actuando como los novios que ya no eran, compartiendo solo un par de noches a la semana y algún que otro triste desayuno. Pero eso había terminado y, a partir de esa noche, todo cambiaría. Dormiría abrazado a ella, se despertaría junto a ella y todos los putos días desayunaría frente a ella. El corazón le dio un vuelco solo de pensarlo, al tiempo que en su ingle sintió el tirón por la expectativa.

Cenaron patatas con huevos y salchichas, menú que impuso Rebeca y que encantados prepararon.

El estómago se le encogió al mostrarle a su hija la que sería su habitación, que con tanto cariño había pintado de un tono naranja pálido y que ahora se veía decorada con sus muñecas. Ella saltó sobre la cama, chillando de júbilo y dando muestras de alegría como la niña que era. Y él se lo permitió observándola con una tibia sonrisa.

Esa noche Samuel se inventó un cuento para ella en el que la heroína era una niña de casi siete años, con el pelo negro como la noche y unos ojos amarillos que tenían un superpoder con el que salvaba a sus compañeros de la escuela del ataque de unos insectos gigantes que habían montado su cuartel de mando en la finca San Telmo. Le dolía nombrar aquel lugar incluso en la fantasía de un cuento, pero no quería transmitir ni sus miedos ni su odio por ese sitio a Rebeca.

Salió de la habitación cuando la niña estuvo profundamente dormida y avanzó hasta la que iba a compartir con Abril. Se apoyó en el marco de la puerta sin llegar a entrar. Ella le daba la espalda en aquel momento, se había dado una ducha y llevaba puestas unas minúsculas braguitas. Tragó haciendo un ruido que habría escuchado hasta un sordo y Abril se giró, dejándose ver en todo su esplendor. El pelo húmedo le brillaba y le caía en ondas cubriendo parcialmente sus pechos. Dios, cómo le gustaba la imagen que tenía delante. Él se había duchado antes, desprendiéndose de los tiznes de grasa y del sudor de la jornada, pero el calor que empezó a acumular le decía que más tarde tendría que refrescarse de nuevo.

Conforme se aproximaba a la mujer que era dueña de su voluntad, se deshizo de la sudadera y del pantalón, quedando ambos en igualdad de condiciones.

Al principio se dedicaron exclusivamente a besarse para compensar a sus bocas sedientas por las dos largas semanas de abstinencia, sin prisa, sin impaciencia, manifestando de la forma más calmada cuánto se habían echado de menos. Los besos fueron acompañados por caricias, por manos que recorrían la piel del otro atravesando valles y coronando montañas.

No dejaron de mirarse a los ojos mientras hacían el amor y culminaron a la vez, saboreando con cada fibra de sus cuerpos el cumplimiento de un sueño por mucho tiempo compartido, pues al fin disfrutaban sin temores de la primera noche del resto de sus vidas.

—Te quiero, nena —susurró contra su boca—. Tanto que me duele.

Aunque ahora puedo decir que es un dolor jodidamente bueno. Un dolor que me permito disfrutar a cada minuto: intenso y placentero a la vez.

Cada latido de su corazón secundaba esa gran verdad.

Samuel era muy consciente de la realidad que en el presente lo rodeaba y acogía con ganas las miles de emociones nuevas que lo iban asaltando día tras día, entregándose a ellas en cuerpo y alma. Atrás habían quedado la incertidumbre, los miedos y la desesperanza con los que convivió tantos años.

La sonrisa de hoyuelos marcados que esbozó hizo que a Abril se le humedecieran los ojos. Después de todo, él había logrado perdonarse ciertas culpas y estaba aprendiendo a vivir en paz consigo mismo. Había encontrado el camino que por tanto tiempo buscó. Un camino que ella recorrería a su lado.

—Te quiero —le respondió con la voz estrangulada, acariciando con las yemas de los dedos sus ásperas mejillas—. Te quiero tanto que, de poder volver atrás en el tiempo, sabiendo por todo lo que tendríamos que pasar, elegiría vivirlo de nuevo, porque por encima de todas las penas, de todo el sufrimiento, el abandono y la desesperación, te elijo a ti, Samu. Elijo este momento.



«Cumpleaños feliz,  
cumpleaños feliz,  
te deseamos todos  
cumpleaños feliz».

—Pide un deseo, enana. —Rebeca apretó los párpados con intensidad y cerró los puños—. ¡Eh! Pero no tan fuerte, que te vas a hacer caca encima.

Colocando los brazos en jarras, lo miró muy enfadada.

—No le digas eso, Aarón. Todos los años haces lo mismo —le regañó Abril.

Entonces Rebeca sonrió, al igual que hacía él, sopló las velas y todos estallaron en ovaciones y palmas.

Ángel la levantó por las axilas y la lanzó al aire.

—Ya sí que eres toda una mujercita; no veas cómo has crecido.

Por su séptimo cumpleaños habían invitado a sus dos mejores amigas del colegio. Darío, las gemelas y Agustín también estaban allí, consiguiendo entre todos que la niña fuera cada día un poco más feliz. Y Aarón; él no podía faltar, era alguien imprescindible en sus vidas.

Pero ahora el centro de atención de Rebeca era el hombre que la miraba con orgullo, ese que tenía los ojos de un extraño color igual al de ella y al de su querido «Ron»: su padre, la persona más importante de su vida.

Se abrazó a él con un ansia desmedida.

—Papi, he vuelto a pedir lo mismo, que siempre estés en mi vida.

Cuando su hija se fue a jugar con sus amigas, Samuel aprovechó para ir a sentarse junto a Darío. Su amigo llevaba unos días extraño, como si su cabeza estuviese en otro lugar, y él estaba preocupado por si le estaba afectando negativamente el haberse quedado solo en la casa que durante años compartió con Rebeca y Abril.

—¿Por dónde andas? —Lo golpeó con un dedo en la frente—. Porque aquí, desde luego, no estás.

Darío dio un trago a la cerveza mientras miraba uno por uno a sus amigos. Se sentía algo agobiado y necesitaba desahogarse, y si no lo había hecho ya era porque sabía cómo reaccionarían aquellos dos idiotas y no tenía humor para escuchar sus tonterías. Aunque era Samu quien le había preguntado, el único que siempre lo tomaba en serio.

—Es por el trabajo, tío —dijo al fin—. No por el curro en sí, sino por la gente que hay en el lugar al que me ha enviado mi jefe.

—¿Qué le pasa a ese sitio?

—Que es una zona de pijos, que se huele el dinero a kilómetros y que creen que eso les da ciertos derechos sobre quienes nos ganamos la vida de una forma más humilde.

—Ese trabajo acabará y podrás decirles adiós a esos putos prepotentes.

A Samuel le hirvió la sangre de pensar que alguno de esos gilipollas ricos se estuviera pasando con Darío.

—Ahí está el problema, que a pesar de que sean un asco no quiero que el trabajo termine.

Casi podía ver cómo funcionaban los engranajes en el cerebro de Samuel.

—Expílicate —lo apremió Aarón mucho más interesado—. Si esa gente es tan mierda... ¿por qué quieres seguir allí?

—Por Silvia —soltó sin más.

—¿Quién coño es Silvia?

Ángel había hecho la pregunta, aunque veía claramente que todos esperaban la respuesta.

—Una niña de diecisiete años, esa es Silvia. Una pija adinerada que se me está metiendo bajo la piel. Una cría que se ha obsesionado conmigo y que no deja de acosarme, que está acostumbrada a tenerlo todo y que ahora me quiere a mí a costa de lo que sea.

Los tres se quedaron mudos unos segundos sin saber qué decir.

—¿Por qué dices que se te está metiendo bajo la piel?

Samuel había hecho una criba quedándose con la parte más importante de aquel discurso. Los caprichos de una ricachona se los pasaba por las pelotas, pero no el sentimiento que creyó ver en las palabras de su amigo.

—Se me ha colgado dos veces al cuello, tíos. —Carraspeó nervioso—. Y las dos veces me ha comido la boca... Y yo a ella.

—¿Y dónde está el problema?! Si esa tía te pone, tíratela.

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho, Ángel? Tiene diecisiete años; doce menos que yo. Su mundo y el mío no tienen nada que ver. Su padre es un capullo de los que te miran por encima el hombro. Si me dejo llevar, pierdo hasta el curro.

—Pero ¿por qué dices que se te está metiendo bajo la piel? —insistió Samuel—. Y sí, te he escuchado y lo entiendo. Todo excepto esa parte.

—¡Te has pillado, joder! —A Aarón pareció encendersele una bombilla en la cabeza—. ¡Te has pillado de esa niña!

Darío desvió la mirada, entre avergonzado y molesto. Sí, estaba empezando a sentir algo por Silvia. Y no quería, mierda. No quería por mil razones.

Tuvo que soportar las bromas sobre tetas y culos de aquellos dos imbéciles que en la vida iban a madurar. No tenía que haberles comentado nada, pero ya no había forma de recoger las palabras.

Samuel apoyó las manos en sus rodillas y se aproximó hasta que sus

caras quedaron muy cerca. Él no sonreía, era el único que se tomaba aquella putada en serio, y también parecía conocer los oscuros pensamientos que lo mortificaban.

—Han pasado más de siete años, ya es hora de que la dejes marchar. Sin remordimientos. Sin pensar que estás haciendo algo malo o que la estás traicionando. Mi hermana no va a volver, Darío. Si esa chica te gusta, dale una oportunidad.

—No tengo ninguna. —Dejó ir una risa amarga—. No tengo una puta oportunidad con ella.

—Yo tampoco creía tenerla. Estaban las dudas, las culpas, los miedos, los remordimientos, y al principio recuerdo que también me agobiaba el tema de la edad. Tuve que superar todas esas mierdas y me costó, tú lo sabes. Pero ahora mira a tu alrededor y dime qué ves.

Darío lo hizo, poniendo especial atención en todo cuanto le rodeaba. Vio a Agustín prestarse de buena gana a los juegos infantiles, escuchó las risas femeninas que venían de la cocina, observó la complicidad y el amor entre dos hermanos que no supieron quererse, y sintió el apoyo incondicional de la amistad de la infancia cuando miró a los ojos de Ángel. Entonces se centró en Samuel, que lo estudiaba fijamente. No vio en él rastro de aquel chico que creyó haberlo perdido todo, sino la satisfacción del hombre que consigue hacer realidad sus sueños. No pudo evitar emocionarse; su amigo siempre había tenido una voluntad inquebrantable.

—Todo es posible, ¿verdad, Samu?

—Solo si le echas pelotas para conseguirlo.



La fiesta de cumpleaños había finalizado hacía horas y los invitados se habían marchado a sus respectivos hogares. Rebeca dormía feliz en su habitación, rodeada de sus nuevos regalos, y Abril hacía lo propio en la cama que compartía con Samuel, relajada, satisfecha, preciosa como siempre. Él estaba tumbado junto a ella, con los brazos bajo la nuca y la vista fija en el techo. Era incapaz de conciliar el sueño a pesar de estar agotado, y todo por la conversación que había mantenido con Darío.

—Estás bien jodido, tío —sentenció en un susurro para no despertarla.

Samuel sabía mejor que nadie lo que era luchar constantemente contra

un sentimiento que te desborda. Conocía la sensación que queda en el cuerpo al no ceder ante las necesidades de este y había experimentado en sus propias carnes un dolor casi real al negarse una vez tras otra a darse por entero a la mujer que amaba. Sí, él sabía muy bien lo que suponía enfrentarse a todo aquello y su amigo lo tenía muy negro; si él las pasó putas en el pasado por culpa de sus prejuicios, no quería ni imaginarse lo mal que iba a pasarlo Darío. Que por aquel entonces Abril, aparte de ser bastante más joven que él, no hubiese cumplido los dieciocho, ahora le parecía una gilipollez si lo comparaba con la situación actual de su amigo, más cuando este le sacaba doce años a esa niña. Una docena ni más ni menos, que no eran pocos. Y ella encima era menor de edad y pertenecía a un mundo que nada tenía que ver con aquella barriada. Ahora que por fin Darío parecía haber encontrado a alguien que lo ayudara a desvincularse del pasado, habría que apelar a la puta providencia para que no le jodiera de nuevo la vida.

Samuel escupió una sarta de maldiciones más alto de lo que pretendía. Su amigo tendría que saltarse todas las reglas y no tener escrúpulos a la hora de actuar si quería que lo suyo con esa chica saliese bien, y reconocía que no era de esa clase de personas.

Al segundo frunció el ceño, contrariado. ¿En serio se estaba preocupando tanto por Darío cuando este sabía, al igual que él, que algunas normas éticas solo se habían inventado para tocarles las pelotas a gente como ellos? Cumplir con ciertas bases morales era inviable si el subidón jodidamente bueno se experimentaba al incumplirlas. Eso era un hecho demostrado y confiaba en su amigo que, a pesar de no ser de los que se rebelaban, contaba con una templanza de acero unida a una mente muy capaz de engranar pensamientos en frío.

—Vas a tener que aprender a que todo te sude la polla —le habló al silencio que lo rodeaba.

—¿Qué cuchicheas a estas horas de tu «cosa de ahí abajo»?

Samuel giró la cabeza en la almohada al escuchar la voz somnolienta de Abril. Se quedó mirándola, preguntándose qué sería de él de haber cedido ante las culpas, los remordimientos y los juicios preconcebidos; de haberse rendido.

Una sonrisa asomó a sus labios cuando llegó al convencimiento de que esa posibilidad jamás había existido realmente. Él nunca se hubiera dado por vencido, su forma de ser no se lo habría permitido. El que fuese impulsivo, intransigente y un auténtico cabrón había sido la clave para alcanzar la

felicidad y obtener lo que siempre deseó.

Nada podía hacer por su amigo, aparte de escucharlo cuando este necesitara ser escuchado o darle algún que otro consejo basado en su propia experiencia. Darío tendría que encontrar su lugar en el mundo como él había encontrado el suyo, tendría que pelear su propia batalla.

Decidió que ya se había comido la cabeza suficiente por esa noche.

—Nena, ¿estás despierta? —preguntó al tiempo que introducía los pulgares bajo el elástico de las braguitas de Abril y comenzaba a deslizárselas por las caderas.

—¿Acaso vas a dejar las zarpas quietas si te digo que no?

Los hoyuelos de Samuel fueron haciéndose visibles. Agarró la mano de la chica y la llevó a su abultada entrepierna, presionando su erección contra la palma abierta de ella.

—¿Contesta esto a tu pregunta?

—Eres imposible, Samu —fue su resignada respuesta.

—De imposible nada. Mi polla te está ofreciendo un abanico de posibilidades, ¿no lo notas?

El pecho de Abril vibró a consecuencia de la risa.

—Tú siempre tan comedido.

—Anda, ven aquí y bájame esto. —La arrastró hasta situarla sobre su cuerpo, la sujetó por la nuca y la guio hasta su boca.

Samuel se aplicó a fondo en demostrarle lo «mucho» que le preocupaba a él el jodido comedimiento y, por segunda vez aquella noche, le hizo saber a Abril cuánto y de qué manera la deseaba.

*Tres días después del cumpleaños de Rebeca, en el extremo opuesto de la ciudad*

Darío descendió de la escalera de aluminio e hizo uso del borde inferior de su camiseta para secarse el sudor de la frente, dejando expuestos el vientre y parte del pecho al escrutinio de Silvia, que acababa de entrar al inmenso salón.

Había hecho varias comprobaciones para asegurarse de que la instalación funcionaba debidamente. Su trabajo había concluido en aquel chalé.

Suspiró con tristeza. En el fondo, sabía que lo mejor era alejarse de esa niña que le revolucionaba las hormonas y le disparaba las pulsaciones.

—¡Quieto ahí! Ni se te ocurra mover un solo músculo. —Se quedó paralizado al escucharla, arrugando entre sus puños el extremo de la prenda de algodón con la que se limpiaba la humedad de la cara—. ¿Te han dicho alguna vez que estás bueno a rabiarse?

Soltó la camiseta y frunció el ceño, molesto. No con ella, sino consigo mismo por el modo en que le afectaban sus halagos.

—¿Y tus padres? —preguntó con sequedad.

—Han salido. —Silvia sonrió pícaro, aproximándose con lentitud al lugar donde él se encontraba—. Y volverán tarde. Estamos solos tú y yo.

A Darío le costó trabajo tragar al intuir sus intenciones, ya había caído como un estúpido dos veces en su juego y se había prometido no hacerlo ni una más. Pero es que era preciosa, joder, y había que estar ciego para no verla. La mata de pelo castaño salpicado de hebras doradas y aquellos ojos suspicaces de un tono avellana con máculas verdes, lo atraían de un modo bestial. Por no hablar de su cuerpo, al que ni le faltaba ni le sobraba nada y al que ella sabía sacar partido contoneándose ante él cada vez que se le presentaba la ocasión. Y esas jodidas curvas lo ponían realmente malo por mucho que no quisiera que así fuese.

—Esto ya está listo, lo he comprobado y funciona perfectamente en todas las habitaciones. Me largo. —Le dio la espalda para no verla—. Dile a tu padre que mi jefe le enviará la factura.

—¡¿Cómo que está listo?! —Silvia no pudo controlar el puntito de pánico en su voz—. No-No puedes haber terminado ya.

Darío se giró al escucharla y un pequeño tic apareció en su mandíbula. La decepción se reflejaba en el rostro de la chica, aunque lo que más le impactó fue ver cómo le brillaban ojos.

—Sabías que esto pasaría —espetó de malos modos—. Solo he sido un capricho como tantos, pronto encontrarás a otro con el que entretenerte.

Sus palabras fueron duras, pero le resultaba menos complicado pensar que eso era lo que significaba para ella: una mera distracción. Se negaba a fantasear con la alternativa que varias veces había asomado a su cabeza. Por eso debía cortar por lo sano antes de que se hiciesen daño de verdad.

Las facciones de Darío se contrajeron en un gesto de disgusto al advertir que a Silvia le temblaba la barbilla. Mierda, se había pasado de la raya hablándole así. Que pareciese un viejo a su lado, que su padre fuese el tío más gilipollas del planeta o que sus mundos estuviesen a años luz el uno del otro, no era culpa de ella.

—Lo siento —susurró masajeándose el puente de la nariz con los párpados fuertemente apretados.

Sus ojos se abrieron de nuevo al notar que unos dedos le recorrían la mejilla.

—No eres ningún capricho, Darío. —Ella se había acercado tanto que se vio reflejado en sus pupilas—. Estoy enamorada de ti, ¿por qué no me crees? —musitó a escasos centímetros de sus labios—. Me he enamorado de tus ojos, de la tristeza que hay en ellos. De tu cuerpo, de tu pelo, de tu forma de hablar, de cada rasgo de tu cara... —Deslizó un dedo por la pequeña cicatriz que él tenía en la ceja—. De tu corazón roto. —Posó la palma abierta en el centro de su pecho—. Deseo ser yo quien una los trozos.

—No puedes. —Sin ser consciente, Darío le había rodeado con un brazo la cintura y con el pulgar de su mano libre delineaba el contorno de sus labios—. Esos trozos no pueden unirse.

—Déjame intentarlo.

Esa petición le supo a súplica y se sintió culpable por haber dado lugar a que pasara aquello. Si era cierto que se había enamorado de él ya no iba a ser el único en sufrir, y él no quería que ella sufriera.

—Tienes diecisiete años, tus padres jamás te permitirían estar con alguien como yo.

Trataba de hacerla entrar en razón, por mucho que le doliera.

—No pueden impedirme estar contigo... siempre que tú quieras.

—Silvia...

—Y tampoco voy a tener diecisiete toda la vida —lo interrumpió para no escuchar más pretextos.

El que fuera menor de edad o que él le llevara unos cuantos años, a ella le importaba un comino.

—Tú mundo no es el mío.

—Pues renuncio a mi estúpido mundo, si eso es lo que te preocupa, y acepto lo que haya en el tuyo. Te elijo a ti, estés donde estés y a costa de lo que sea.

Los ojos de Darío se abrieron sorprendidos. Pero... ¿qué decía aquella loca?

—No digas chorradas —gruñó enfadado, apartándola de su lado.

¿En serio lo veía tan iluso como para tragarse que estaba dispuesta a cambiar las comodidades de las que disfrutaba por una vida de mierda?

Silvia, viendo que se le escapaba, se colgó de su cuello y abordó su boca.

Todo el cuerpo de Darío tembló con ese beso y el corazón se le disparó al primer roce de sus lenguas. Sintió cómo despertaban en su interior emociones que creía muertas cuando un calor casi olvidado lo recorrió y se instaló en sus genitales, haciéndolo gemir. La pegó a él, sujetándola por las caderas, y

restregó su erección contra el cuerpo de la chica sin dejar de besarla.

Pero Silvia no se conformó con aquella reacción que acababa de confirmarle la fuerte atracción que Darío sentía por ella y quiso ir más allá, empecinada en que él dejara aparcados todos sus prejuicios. Llevó la mano a su entrepierna y lo acarició por encima del pantalón, haciéndolo gemir de nuevo.

Mientras se dejaba arrastrar por las miles de sensaciones que lo recorrían, las palabras de Samuel acudieron a su mente. Su amigo tenía razón, Rebeca no iba a volver y debía dejarla marchar. Había llegado el momento de que él también pasara página.

—Darío, ¿estás bien? —Silvia lo devolvió a la realidad.

No fue consciente de que ella había dejado de besarle. Abrió los párpados y se la quedó mirando fijamente, empapándose de lo bonita que era.

—Sí, solo me preguntaba cómo piensas hacerlo —mintió.

—¿El qué?

—Desafiar a tus padres por un tío como yo.

—No te preocupes por eso. —Restregó su nariz contra la mandíbula de él, apreciando la suavidad de la barbita incipiente que la adornaba—. Nunca he temido a los retos.

—Así que no te dan miedo los retos —musitó contra sus labios.

—Lo único que ahora mismo me aterra es que no me permitas entrar en tu corazón.

No iba a negárselo por más tiempo, aquella niña pija ya había empezado a unir los fragmentos de su maltrecho corazón y se estaba haciendo dueña de él a pasos agigantados.

—Ya has entrado, joder —admitió vencido.

Esperanzada, aprovechó aquella confesión y asaltó de nuevo su boca. Sus manos volaron raudas a la ingle de Darío, comprobando que aún seguía excitado. Sonrió contra sus labios, sintiéndose poderosa, y friccionó las palmas enérgicamente contra su dura erección.

Él la frenó agarrándola por las muñecas.

—Vamos a dejarlo aquí, ¿vale? —balbuceó con esfuerzo, sin poder apenas respirar.

—No, no vale. Quiero que lleguemos hasta el final.

Se deshizo de su agarre y sus manos insistentes volvieron a la carga. Pero él se las volvió a sujetar, arqueando una de sus oscuras cejas.

—¿Qué estás insinuando? ¿Que te da igual que follemos aquí?, ¿en el salón de tu casa?, ¿frente a esa puerta por la que en cualquier momento podrían entrar tus padres?

La chica se ruborizó al no estar acostumbrada al lenguaje tan vulgar que usaba Darío. Con todo y con eso fue incapaz de impedir que un escalofrío la sacudiera.

—Pues sí —afirmó desafiante—, es justo lo que insinúo.

—¡Tú estás loca! —siseó de tan fuerte como se apretaron sus dientes—. Si tu padre nos pillara haría que me despidieran e incluso podría denunciarme. ¿O es que acaso me iba a creer si le dijera que es su perfecta hija la que lleva semanas acosándome?

—¡Yo no te acoso, tarado!

—Es lo único que has hecho en todo este tiempo. Pero ya me has tocado bastante las pelotas con tus jueguecitos, hace un momento literalmente hablando, ¿recuerdas? ¡Y no soy de piedra, joder! —terminó gruñendo.

Ella lo miró furibunda, queriendo abofetearle; sin embargo, no tuvo ocasión, ya que él le dio la espalda, se echó la escalera de aluminio al hombro y se encaminó hacia la salida.

—Dile a *papá* —pronunció Darío con desdén— que mi jefe se pondrá en contacto con él.

—Como se te ocurra salir por esa puerta arranco los mandos del sistema de zonas de las paredes. —Él se frenó en seco y la miró receloso por encima del hombro—. Imaginarás que a *papá* —recalcó Silvia la palabra entrecomillando con los dedos— no le hará ninguna gracia que el empleado de la empresa que ha contratado deje su trabajo a medias.

—¿Me estás vacilando?!

No podía creerse que hablara en serio. ¿Es que no era consciente de la putada que supondría para él que en un arrebato infantil jodiera la instalación?

—Para nada, solo te estoy avisando. Te he dicho hace un momento que no le temo a los retos... Lo que no te he comentado es que siempre me salgo con la mía, y tú, Darío, no vas a desaparecer, porque no pienso permitirlo. Me gustas, y sé que yo también te gusto, así que ve haciéndote a la idea de que esto no termina aquí.

Entonces fue ella la que le dio la espalda y, moviendo el trasero de forma descarada, salió del salón dejando la amenaza en el aire.

Silvia no pudo ver la sonrisa que esbozó Darío, una tan especial que hacía más de siete años que no se reflejaba en sus ojos.

«Eso espero, que si algo te importo no dejes de luchar», fue su último deseo antes de abandonar el chalé.

La chica creía que no tenían nada que perder y sí mucho que ganar, por lo que haría cualquier cosa que estuviese en su mano con tal de conseguir su objetivo, aunque eso significase imponer su voluntad a la de ese hombre melancólico del que se había enamorado y al que apenas conocía.

Ella ignoraba que el alma de Darío había acabado convirtiéndose en una frágil lámina de cristal y que, si presionaba con más fuerza de la debida,

terminaría agrietándose hasta hacerse añicos.

*Fin*

# Agradecimientos

Si has llegado hasta aquí significa que ya conoces a mis chicos, por eso mis primeros agradecimientos van dirigidos a ti. Porque, independientemente de que la historia te haya gustado más o menos —aunque espero que sí lo haya hecho y mucho—, le has dado una oportunidad y, de rebote, también a mí. Sin ti esto no tendría sentido, así que un millón de gracias por hacerlo realidad.

Como no quiero enrollarme, cosa que hago con mucha facilidad, solo voy a nombrar en los agradecimientos a las personas que, de una u otra forma, han tenido algo que ver para que *Voluntades de Papel* esté ahora en tus manos:

Merche, Chari y Jessy, mil gracias por vuestra sinceridad sin disfraces y por hacer que me exija más en cada una de mis historias. Vosotras le dais sentido a mi mundo de locura por muy cabritas que seáis a veces. Os quiero a rabiar, *prolegómenos* mías.

Fran, gracias por estar siempre al otro lado del teléfono para solucionar mis incontables meteduras de pata. Sé que soy un desastre, el mayor virus para un ordenador y blablablá... Pero hazte a la idea de que vas a tener que seguir aguantándome porque lo mío no tiene solución y lo sabes.

Jose, a ti quiero agradecerte tus valiosos conocimientos de mecánica que *casi* me hacen parecer una profesional en el mundo de la automoción. Y digo *casi* porque soy bastante olvidadiza y ya no recuerdo bien qué era un buje ni para qué servía. En fin, tendré que mancharme las manos de grasa para no volver a olvidarlo, conque hazme un hueco en el taller.

Sara, amiga y compañera de letras, te agradezco de corazón el apoyo que me has brindado en esta nueva aventura. Tú sabes mejor que nadie lo acojonadísima que estaba (que aún estoy) y como un hada madrina de cuento has logrado disipar gran parte de esos miedos. Gracias por estar, por existir, por quererme tal como soy, con mis pocas virtudes y mis muchos defectos. Te quiero un huevo, el otro y lo que cuelga entre medio, ¿lo sabes, guapa mía?

Elena, muchísimas gracias por compartir conmigo tu experiencia y por todo el conocimiento que le has aportado a esta novata verde como una lechuga. Me siento en deuda con vos, maestra de la romántica histórica.

Marien, ¡ay, Marien! Infinitas gracias por plasmar a la perfección en esta preciosa portada todo el desorden de ideas enredadas en mi cabeza y hacer real mi imagen interior de Las Viviendas de Papel. Eres una auténtica creadora de sueños y yo he tenido la suerte de que compartas tu don conmigo.

Y a ti, Carol, ¿qué decirte que no te haya dicho ya? Que ha sido un gustazo bestial trabajar contigo y que mi gratitud se queda corta en comparación al cariño que has volcado en cada fragmento de esta historia para mejorarla. Tú has endulzado mis días y me has dado el último chute de coraje que tanto necesitaba.

Por último, quiero dar las gracias a todos los que me habéis animado, preguntado y motivado tanto en persona como a través de RR. SS. También a los que habéis tenido que soportar a diario mis ausencias y desvaríos. Sois lo más de lo más.

Cada uno de vosotros habéis sido un pilar importantísimo para que *Voluntades de Papel* haya podido ver la luz, y a cada uno de vosotros os agradeceré eternamente que me hayáis dado alas para que pueda volar.

Gracias, gracias, gracias.

*Sus quieeero.*